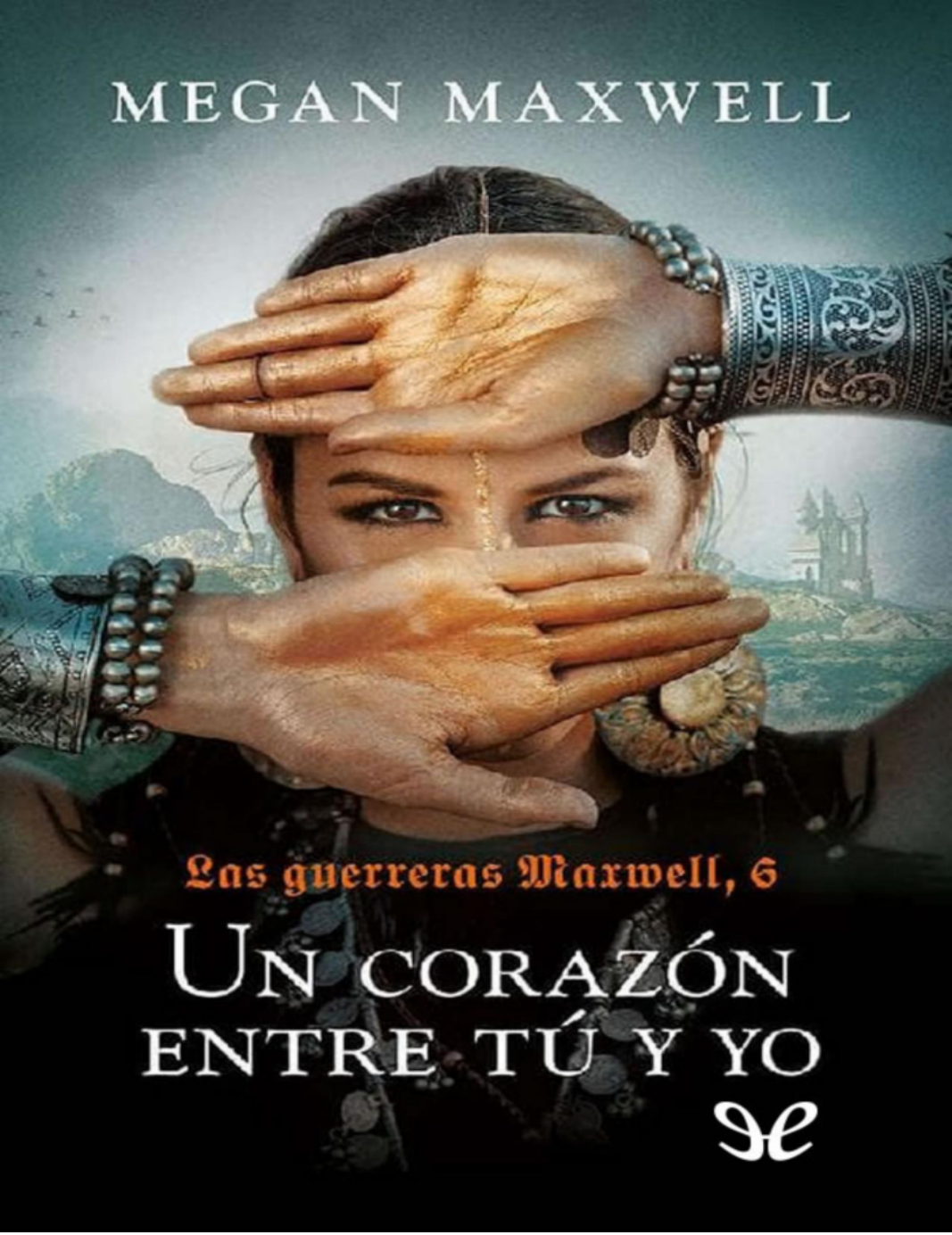
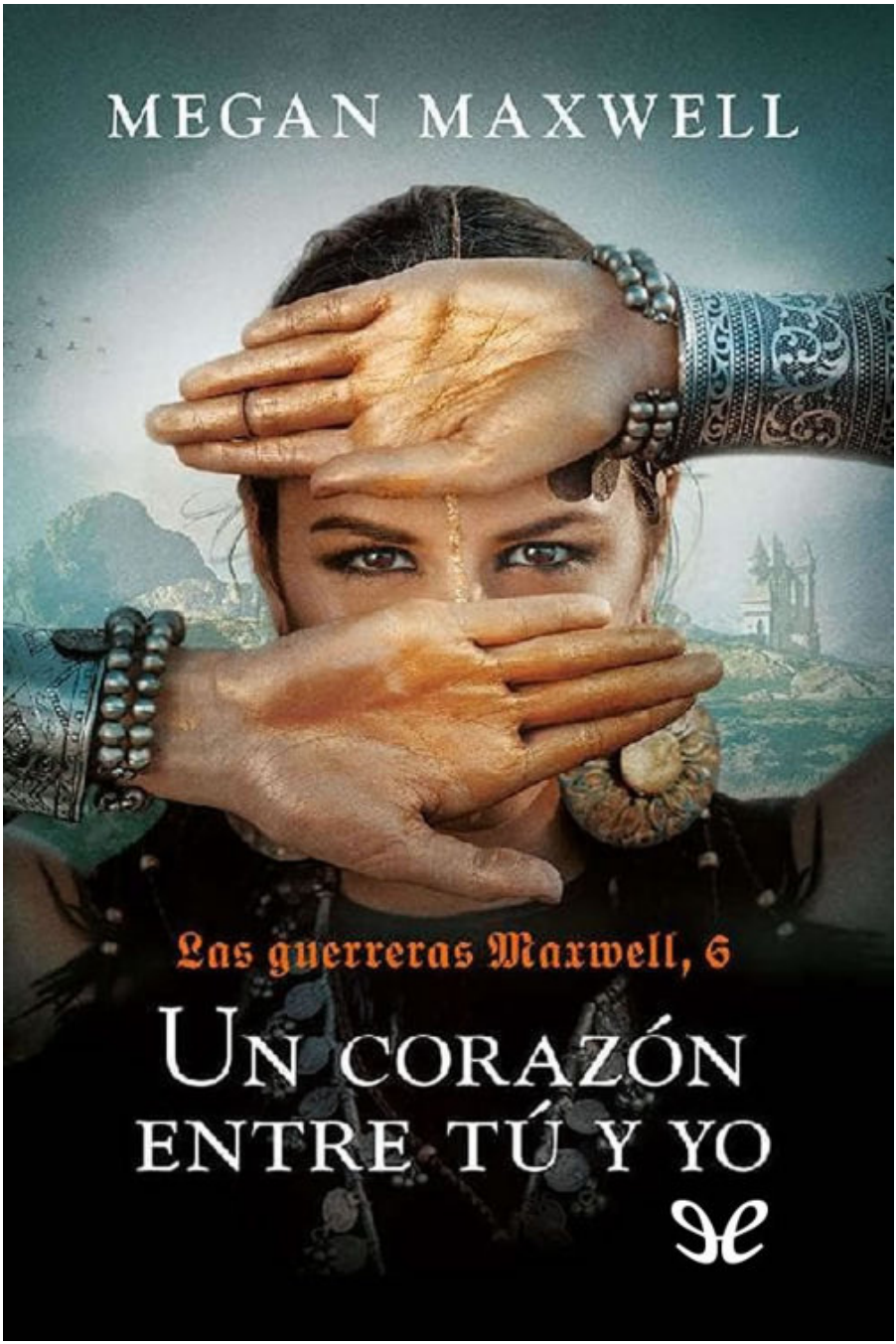
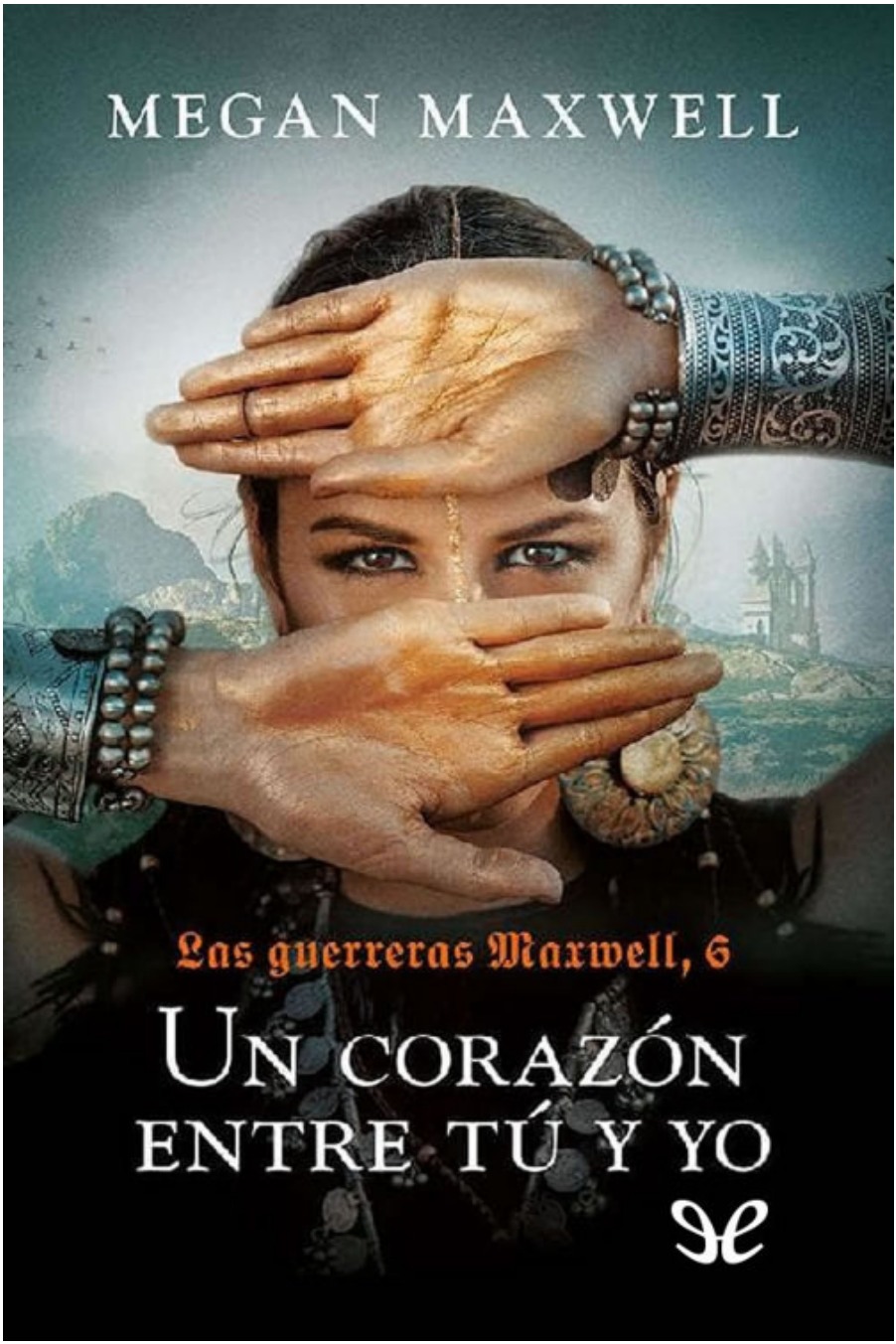
MEGAN MAXWELL

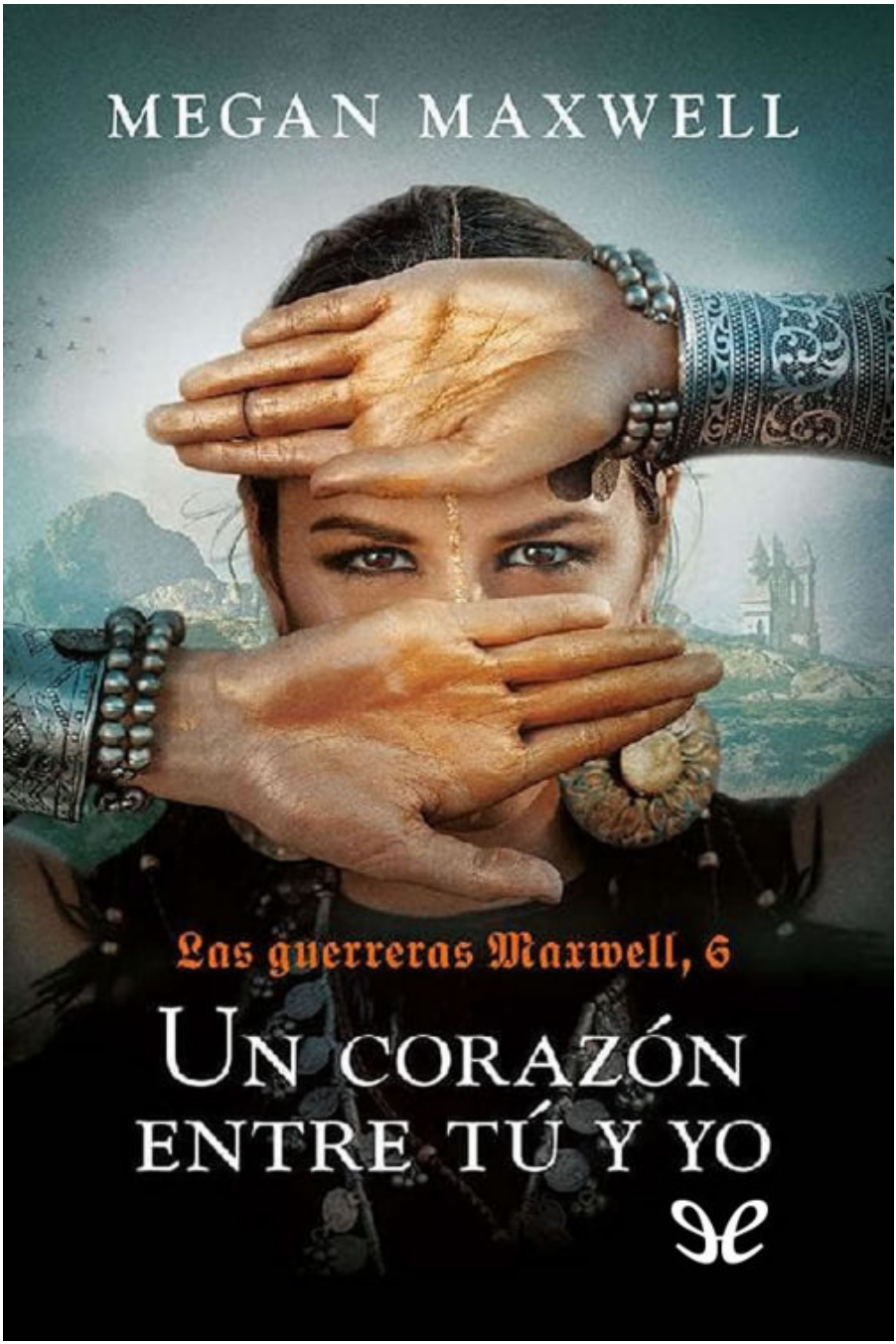


Las guerreras Maxwell, 6

UN CORAZÓN ENTRE TÚ Y YO


MEGAN MAXWELL
Las guerreras Maxwell, 6
UN CORAZÓN ENTRE TÚ Y YO


MEGAN MAXWELL
Las guerreras Maxwell, 6
UN CORAZÓN ENTRE TÚ Y YO



En su lecho de muerte, Harald Hermansen le prometió a su amada Ingrid

que dejaría Noruega y se trasladaría a vivir en Escocia.

Harald añora su país, como añora a su mujer y sus gentes, pero sabe que

regresar al Reino de Song no sería buena idea, especialmente porque allí ya

no le queda nada.

A pesar de ser considerado un bárbaro vikingo en aquellas tierras, gracias a

la ayuda de Demelza y de Aiden McAllister, su marido, Harald consigue

llevar una vida tranquila, sacar adelante su propia herrería y ser aceptado

por la mayoría de los parroquianos.

Pero todo comienza a complicarse cuando aparece una joven llamada

Alison. Ella y su manera de comportarse, tan parecida en ocasiones a la de

su fallecida mujer, lo atrae y lo espanta al mismo tiempo. Pero si algo tiene

claro es que no quiere volver a enamorarse, y menos de una mujer como

aquella.

¿Será capaz Harald de decirle adiós al pasado, vivir el presente y crear un

futuro?

Todo esto solo lo sabrás si lees… *Un corazón entre tú y yo*.

Megan Maxwell

Un corazón entre tú y yo

Las guerreras Maxwell - 6

ePub r1.0

Titivillus 17.02.2021

Título original: *Las guerreras Maxwell, 6. Un corazón entre tú y yo*

Megan Maxwell, 2021

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Para mis guerreras y guerreros.

Nunca perdáis lo bueno que habéis encontrado.

Cuidad para que os cuiden.

Amad para que os amen.

Sed felices con quien os importe,

y el pasado, aunque no se olvide…, dejadlo estar.

Un beso y ¡vivid!

MEGAN MAXWELL

Capítulo 1

Aemsterdam

El bullicioso mercadillo de la ciudad, situado junto al río Amstel, vendía

sus mercancías como cada mañana de sábado.

En sus particulares puestos se podía encontrar de todo: aceites, telas,

leña, pan, especias, verduras, gallinas, hierbas medicinales, todo tipo de

carnes, muebles e incluso finas y delicadas joyas y piezas de bisutería.

Gilroy Bowie, un enorme pelirrojo, tras colocar varias de las piezas de

plata y oro sobre una tabla de madera para exponerlas en su puesto, sonrió

al oír a Alison hablar con una mujer en gaélico escocés mientras vigilaba

que ningún ratero les robara nada.

Las piezas de bisutería y joyería que tenían a la venta, porque Alison las

trabajaba, eran muy golosas. Eran finas y refinadas, un imán para los ladronzuelos, y había que mantenerlas bajo una vigilancia extrema.

Desde pequeña, Alison dominaba distintas lenguas extranjeras con una facilidad increíble, gracias a la variopinta gente con la que se había criado desde el día de su nacimiento.

Una vez que la compradora se llevó un bonito anillo de plata para ella y una trabajada hebilla para el cinturón de su marido, Alison se guardó las monedas. A continuación miró a un hombre que la observaba y preguntó:

—¿Os gusta algo?

El hombre, un burgués de la zona, se acercó a ella.

—En realidad, sí —afirmó.

La joven sonrió y, dispuesta a atenderlo, iba a hablar cuando él se le acercó más de la cuenta y la cogió del brazo.

—Me gustas tú —musitó—. ¿Qué tal si…?

No pudo decir más. Con una rapidez increíble, Alison se deshizo de su mano y, dando una vuelta sobre sí misma, hizo que el tipo cayera de bruces contra el suelo.

Gilroy suspiró al verlo. Como siempre, Alison haciendo amigos… Y entonces la oyó increpar a aquel, que la observaba con incredulidad:

—¡Tú, zarrapastroso saco de excrementos malolientes! Si no quieres que te corte las manos por haber tenido la osadía de tocarme sin mi permiso, ya puedes desaparecer de mi vista.

Sin dudarlo, el tipo se levantó a toda prisa y se alejó. Aquella mujer era

una salvaje.

Las miradas de Alison y de Matsuura, otro de sus acompañantes, se

encontraron. Ambos sonrieron por lo que acababa de ocurrir, y la

muchacha, al ver que un joven rubio de ojos claros y aspecto agradable la

observaba, sonrió y cuchicheó dirigiéndose a Gilroy:

—Mira que me llaman la atención los hombres de pelo y ojos claros…

El joven, que había sido testigo de lo ocurrido, al ver cómo ella lo

miraba y le sonreía, se dio la vuelta en menos de dos segundos y se marchó.

No quería problemas.

Gilroy soltó una risotada al verlo. La delicadeza femenina no iba con

Alison y, mirándola, afirmó:

—Bicho…, creo que tu bonito vocabulario y tu arrolladora personalidad

lo han asustado.

—Probablemente. —Gilroy meneó la cabeza y Alison resopló para

luego añadir—: Bah…, si unas palabritas de nada lo asustan, no merece mi

atención.

Instantes después, cuando una adinerada pareja se acercó al puesto, ella

trató de dulcificar su expresión y los atendió con amabilidad. ¡Cuando

quería podía ser un encanto!

Minutos más tarde, cuando aquellos se marcharon llevándose varias

piezas creadas por ella, la joven se guardó las monedas y se dirigió de nuevo a Gilroy.

—Estupenda mañana la de hoy.

El pelirrojo asintió. Las joyas que Alison creaba eran verdaderas obras de arte.

Al poco, ella se tocó su talega y comentó:

—Voy a ir a ese puesto a comprar algunas hierbas que necesitamos, Gilroy.

—No me moveré de aquí —afirmó el pelirrojo.

Alison se echó el chal que llevaba por la cabeza y caminó hacia el puesto de hierbas. Durante un buen rato, con amabilidad y simpatía, departió con el hombre que las vendía sobre infusiones y cicatrizantes. La muchacha no solo entendía de joyas, sino que también sabía de hierbas y brebajes para sanar.

Una vez que se despidió de aquel, tras guardar en su talega lo que había comprado, regresó a donde estaba Gilroy, que sonreía a una mujer morena, y preguntó:

—¿Se sabe algo de tío Edberg?

Gilroy negó con la cabeza sin apartar los ojos de la mujer.

Saber aquello la inquietó.

—Quizá le surgió algo y… —dijo el pelirrojo mirándola.

—No —lo cortó Alison intercambiando una mirada con Matsuura, que,

como ella, esperaba a Edberg—. Él nunca dejaría de venir a vernos, y lo

sabes tan bien como yo.

Gilroy asintió, era consciente de que tenía razón, y cuando iba a decir

algo, ella declaró preocupada:

—He oído hablar durante toda la mañana a muchas de las personas que

se han acercado al puesto sobre la existencia de unas extrañas fiebres que

hacen que las personas sangren por la boca hasta morir.

—Yo también lo he oído —musitó él—. Y por eso creo que no

deberíamos estar aquí más de lo necesario.

Alison asintió, Gilroy tenía razón, pero como necesitaba saber sobre

aquel al que esperaba, indicó:

—Me acercaré a su casa.

—¡Ni hablar!

La joven sonrió. Que le prohibieran hacer cosas era algo que nunca

había llevado bien, y, tras pestañear con gracia para hacerlo reír, afirmó:

—Gilroy… Gilroy… Gilroy… No me voy a ir de aquí sin saber que tío

Edberg y Elga están bien. He dicho que voy a su casa ¡e iré! —Y cuando él

iba a protestar, esta insistió levantando un dedo—: Y si vas a mencionar a

mi padre, ¡olvídalo! Él no está aquí. Por tanto, tío Matsuura y tú os

quedaréis al frente del puesto, y no hay más que hablar.

Gilroy maldijo y miró al japonés Matsuura, que se encontraba a escasos

metros.

—¡Bicho! —replicó—, tu padre nos matará si te ocurre algo.

Eso hizo sonreír a la joven, que, tras hacerle una seña al japonés para

que se acercara, musitó:

—Tranquilo…, no me pasará nada.

Instantes después, tras contarle lo acontecido al tranquilo tío Matsuura y

este suspirar por la decisión de aquella, la joven se cubrió de nuevo la

cabeza con el chal y se alejó del puesto.

En cuanto salió del mercadillo, anduvo con seguridad por las callejuelas

de la ciudad. Solo había ido a casa de tío Edberg y Elga una vez, dos años

atrás, pero tenía buena memoria y aún recordaba cómo llegar.

Disfrutó del trayecto mientras se cruzaba con las gentes que caminaban

tranquilamente por allí. Nadie la conocía. Nadie le gritaba palabras soeces

por ser la hija de quien era y eso le daba tranquilidad.

Ver a niños jugando y riendo sin miedo la apasionaba. Sus dulces

rostros, en los que nunca veía maldad, sino todo lo contrario, la hacían

sonreír y recordar su niñez. Mientras aquellos jugaban con otros niños en la

calle, ella había jugado con los hombres de su padre en el barco. Eran

recuerdos muy bonitos, preciosos.

También llamaban mucho su atención las parejas con las que se

encontraba. En especial, las que se cortejaban. Ver cómo se miraban,

se

sonreían, se besaban o simplemente se rozaban las manos le resultaba

mágico y especial.

¿Cómo sería sentir ese amor?

¿Cómo sería sentirse tan especial?

Sumida en aquellos dulces pensamientos caminaba por un callejón

solitario cuando alguien la empujó. Rápidamente Alison se volvió y vio a

un hombre de su edad.

—¿Acaso no tienes suficiente espacio, que me has de empujar? —

gruñó.

El joven, sin ningún decoro, la repasó lascivamente con la mirada.

—Mujer, cuando yo paso, tú te retiras —soltó.

Oír eso hizo sonreír a la joven, que, agarrando su katana, replicó:

—Pues va a ser que te vas a retirar tú, ¡maldito mierda!

Pero el hombre, agarrando su espada, la puso ante ella y preguntó:

—¿Estás buscando que te dé un escarmiento?

—Probablemente.

Él sonrió por su respuesta. Aquella muchacha era una descarada.

—No soporto a las mujeres insolentes y malhabladas —siseó.

—Y yo no soporto a los bocazas como tú —replicó ella levantando su

katana.

Dicho eso, ambos blandieron sus espadas. Durante un rato lucharon el

uno contra el otro sin desfallecer en aquel callejón, hasta que finalmente la

joven, que era rápida moviéndose, lo acorraló contra la pared y, tras ponerle

la katana en la garganta, musitó:

—Si te rajo el cuello, veré tu sangre manar.

—Qué miedo me das —se burló él.

En silencio se miraban a los ojos cuando ella, dejando de presionar,

cuchicheó en italiano:

—Por las barbas pestilentes de Neptuno, ¡jodido Caruso! ¿Qué haces

por aquí?

El joven se guardó la espada sonriendo y respondió mientras abría los

brazos:

—Anda y dame un abrazo, jodida Moore.

Se abrazaron gustosos. Aquel muchacho era el hijo del capitán

Antonello Caruso y, como su padre, comandaba un barco y era considerado

un pirata. Se conocían desde niños, y cuando el abrazo acabó la joven

indicó mirándolo:

—Podrías haberme doblegado cuando he dado el traspié.

—Me gusta dejarte ganar. —El joven sonrió.

—Eres un creído.

—Y tú una insolente —se mofó él.

Durante un rato, amparados por la discreción de aquel callejón,

charlaron acerca de qué hacían en aquellas tierras. Pietro Caruso estaba de

incógnito en Aemsterdam, donde había vendido parte de las ricas telas que

él y su padre habían llevado desde Arabia en su barco. Dialogaban con placer cuando este dijo:

—Por cierto, me acabo de enterar de que ese al que se la tienes jurada está en Edimburgo.

Según oyó eso, el gesto de Alison cambió.

—¿Hablas de Conrad McEwan?

Pietro asintió.

—Según me contó mi padre, ese idiota engreído, tras vender las tierras de su padre en un lugar llamado Roxburgh, compró otras en Perth, y ahora pasa largas temporadas en su nuevo hogar de Escocia. Y como se acerca la fiesta del castillo en Edimburgo, tengo entendido que estará por allí.

A Alison le gustó saber eso. Tenía ganas de vengarse de aquel tipo que tanto daño le había hecho en el pasado y, sonriendo, iba a hablar cuando Pietro añadió:

—Si tu padre se entera de que te lo he contado, me cortará la lengua.

Ella sonrió divertida y, mirándolo, preguntó:

—Yo no se lo voy a contar…, ¿lo vas a hacer tú? Además, ni mi padre ni yo pondremos un pie en Escocia si queremos seguir conservando la cabeza sobre los hombros.

Pietro negó y, tras sonreír de nuevo, indicó:

—He de regresar al punto de recogida. Si tardo, se alarmarán.

La joven y él se abrazaron con cariño.

—Ten cuidado, Alison —dijo él—. Y sabes perfectamente por qué te lo

digo.

La joven sonrió, se lo decía por Conrad McEwan.

—Tranquilo. Lo tendré —aseguró.

A continuación él le guiñó un ojo y, dándose la vuelta, se despidió.

—Nos vemos en Port Royal.

—¡Probablemente!

Una vez que él se marchó y Alison se quedó sola, sonrió. La fortuna de

encontrarse con Pietro Caruso le había hecho saber a ciencia cierta dónde

encontrar al gusano de Conrad McEwan. Tenía que ir a Escocia, la tierra de

su padre, en la que nunca había estado. El problema era que ni su padre ni

sus tíos ni tampoco ella podían poner un pie allí o serían apresados por

piratas. No obstante, dispuesta a buscarse la vida para darle su merecido a

Conrad, prosiguió su camino. Debía ver a Edberg antes de marcharse.

Caminaba pensando en sus cosas cuando de pronto vio la bonita puerta

azul de la casa. ¡Había llegado!

Llamó con los nudillos sin dudarlo y esperó, pero nadie abrió. Volvió a

llamar, esta vez con mayor brío, y entonces la puerta se abrió sola. Alison

entró.

La estancia estaba oscura, el ambiente cargado y frío, y, levantando la

voz, llamó:

—¿Tío Edberg? ¿Elga?

Durante unos segundos esperó una contestación, pero de pronto oyó una

tos y, sin dudarlo, cruzó la estancia para entrar en la única habitación

colindante.

De nuevo, oscuridad. Allí olía raro y, tras dirigirse hacia una de las

ventanas y abrirla para que entrara aire y luz, el corazón le saltó en el pecho

al ver a aquel al que tanto quería postrado en una silla. Horrorizada, corrió

hacia él.

—Por las barbas de Neptuno, tío Edberg, ¿qué te ocurre? —preguntó al

ver su mal estado.

Él abrió los ojos enseguida cuando oyó su voz. La luz le hizo daño, pero

musitó al reconocer a la joven:

—Bicho…, nunca me he alegrado tanto de verte.

Muchos de quienes la conocían y la querían la llamaban por aquel

calificativo cariñoso, pero, sin ganas de sonreír, Alison miró a su alrededor

y preguntó:

—¿Qué… qué te ocurre?

Edberg, que tenía la boca reseca, no contestó. La realidad era terrible.

Dura.

—¿Dónde está Elga? —insistió la joven.

Él cerró los ojos con fuerza al oír ese nombre y, cuando los abrió,

susurró con un hilo de voz:

—Murió…

Alison parpadeó.

—¡¿Qué?!

Destrozado por su pérdida, el hombre explicó:

—Elga…, mi Elga murió de fiebres hace unos meses.

¡¿Cómo?! ¿Elga estaba muerta?

Aquello era terrible, doloroso. Alison llevaba toda la mañana oyendo

hablar de aquellas fiebres, y, angustiada, cogió un vaso que había sobre el

mueble, lo llenó de agua y, dando de beber a su tío, valoró la situación.

Desgraciadamente, Elga había muerto, pero tío Edberg no tenía por qué

hacerlo. Ella estaba allí para impedirlo. Por lo que, intentando ser

resolutiva, indicó:

—Tienes que levantarte y venir conmigo.

—No tengo fuerzas. No puedo…

—¡Puedes!

—No.

—Maldita sea, ¡no seas cabezón!

—Esa boca, Alison. —Él sonrió comenzando a toser.

En cuanto el ataque de tos cesó, la joven insistió:

—Tío Edberg, Gilroy y tío Matsuura están en el mercadillo. Solo

tenemos que llegar hasta allí y nos ayudarán.

—No…

Pero ella, incapaz de dar su brazo a torcer, siseó:

—No se hable más. Regresarás conmigo a *La Bruja del Mar*, y me da igual que digas que no. He dicho que sí, y ¡por Yemayá que así será!

Edberg miró con cariño a aquella joven a la que siempre había adorado.

Sabía que por él y su bienestar haría lo que fuera, pero aun así, era consciente de su situación.

—Las fiebres se llevaron primero a Elga y, nos guste o no, pronto se me llevarán a mí —repuso.

Alison negó con la cabeza y él musitó:

—¿Llevas tu talega medicinal encima?

Ella se apresuró a asentir. En el barco que comandaba su padre, ella era la encargada de atender y sanar a todos los hombres, por lo que nunca se separaba de su talega, que llevaba atada a la cintura.

—Necesito esas semillas africanas.

Al entender lo que él le pedía, la muchacha negó con la cabeza.

Aquellas semillas eran letales, solo se utilizaban en casos imposibles y desesperados, pero él insistió con voz ronca:

—Voy a morir. Ayúdame, por favor.

Consciente de lo que le pedía, ella volvió a negar.

—Ni hablar. ¡No vas a morir!

—Sabes que si te digo esto es porque va a pasar.

—¡No lo voy a permitir!

El hombre sonrió con tristeza y alivio por su presencia y luego susurró:

—Mi viaje está cerca. De ti depende que sufra o no.

—Tío Edberg…

—Como hemos dicho cientos de veces en el mar, no saldré de puerto si

las nubes no corren como el viento. Y en esta ocasión las nubes no corren

para mí.

—¡No digas eso! —murmuró enfadada.

Alison negó de nuevo con la cabeza. No pensaba permitirlo, su tío no

iba a morir; pensando en qué hacer, iba a hablar cuando él susurró:

—Olvida lo que estás pensando.

—¿Qué pienso? —preguntó agobiada.

Edberg tosió de nuevo.

—Alison…, te conozco —repuso—. Te niegas a aceptar lo que va a

ocurrir, pero, créeme, no hay remedio. Es imposible sanar de esto.

—No pienso dejarte morir. Yo te cuidaré.

Conmovido por sus palabras, él tomó aire y, necesitando que se relajara

y lo entendiera, musitó:

—Matsuura, Ragnar y yo te enseñamos desde pequeña a aceptar la

muerte como parte de la vida. Mi muerte me reunirá con Elga, y eso me

hace feliz. —Alison tragó el nudo de tristeza que se había instalado en su

garganta cuando aquel añadió—: Escucha, Bicho… —La joven se dio la

vuelta, no quería seguir escuchándolo, pero entonces oyó—: Alison…

Francesca… Isobel… Marguerite… Orquídea…

Oír todos aquellos nombres, los suyos, la hizo sonreír; su padre y

quienes la conocían bien los pronunciaban todos juntos en momentos

puntuales, y, al volverse para mirarlo, él continuó:

—Mi valerosa niña. Te has criado rodeada de hombres y has tenido que

forjar un carácter rudo y en ocasiones despiadado para que te respetaran.

Eres audaz, intrépida, guerrera, pero también eres dulce, tierna y cariñosa y

por ello mereces amar y ser amada.

Alison sonrió con tristeza al oírlo. Nada en el mundo le gustaría más

que poder vivir y disfrutar de un precioso amor, pero negando con la cabeza

repuso:

—Mi vida es la que es y…

—Alison…, eres una mujer.

—Y la hija de Jack Moore…

Edberg asintió, el estigma con el que cargaba la muchacha no le

facilitaba las cosas, pero insistió:

—Seas la hija de quien seas, busca esa vida que se te negó por nacer en

un galeón y que, sin lugar a dudas, te mereces.

—Pero…

—Siempre deseaste una vida normal. Anhelaste una casa en tierra firme

y unas amigas con las que disfrutar de momentos bonitos y un amor de pelo

y ojos claros. —Ella no respondió—. Escucha, mi vida, y escúchalo muy

bien: las situaciones que tuvieron lugar en tu pasado no han de determinar

tu futuro.

Alison resopló. Pensar en aquel amor del pasado que la marcó no era

agradable.

De niña, cada vez que llegaban a un puerto, deseaba que su padre

quisiera echar raíces allí. Quería un hogar, una madre que le peinara el

cabello, unas amigas con las que hablar, un perro con el que correr y un

caballo para trotar libre por el campo. Y cuando creció, a sus deseos se

añadió un guapo y gentil hombre de pelo y ojos claros que se prendara de

ella y la mirara con verdadero amor. Pero, según pasaron los años, y tras

sufrir un desamor por alguien que nunca la quiso, sino que tan solo la

utilizó, supo que ninguno de sus deseos se materializaría. Ella era quien era,

la hija del temido Jack Moore, y lo tenía asumido.

—Escucha, Alison, a mí ya no puedes ayudarme, cariño, pero puedes

ayudarte a ti. Para mí es tarde. Demasiado…

—No digas eso…

La joven no estaba dispuesta a tirar la toalla y menos con Edberg, pero,

de pronto, este volvió a toser. Se llevó las manos a la boca y, al retirarlas,

vio que en ellas había sangre. Eso horrorizó a la muchacha, que, cogiendo

un paño, rápidamente le limpió las palmas.

—Esto empeorará —continuó él—, dentro de unos días mis intestinos

se pudrirán como le pasó a Elga, y sufriré terribles dolores hasta morir.

A Alison se le aceleró el corazón. No quería que él sufriera por nada del

mundo. No.

—¿Dónde y cuándo os recogerán? —preguntó entonces Edberg.

—Al anochecer, en la desembocadura del río Vecht. Junto a la fortaleza

en ruinas.

Él asintió, se refería al antiguo castillo Muiderslot, un buen lugar de

recogida.

—Y tú, tío Edberg, vendrás conmigo —sentenció Alison.

De nuevo, él negó con la cabeza y, cuando ella iba a protestar, él asió su

mano con fuerza y susurró:

—Si me quieres como deseo creer, dame esas semillas. Por favor,

Bicho…, por favor…

Oír aquella súplica y ver su mirada vacía la hizo entender que debía

hacerlo. Edberg se moría. Y ella, por amor y lealtad, debía facilitarle el

camino.

Finalmente, con todo el dolor de su corazón, la joven abrió su talega. De

ella extrajo un pañuelo del que cogió unas semillas negras y, tras

entregárselas con el corazón encogido a Edberg, este susurró sonriendo:

—Sin duda me quieres. Me quieres mucho, cariño. Gracias.

Aquello era duro, terrible.

—Dile a Matsuura que siempre fue mi hermano —añadió él—, al igual

que Ragnar, y que, aunque nuestras religiones sean distintas, encontraré la

forma de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Sin poder hablar, la joven asintió y él se incorporó.

—Ahora necesito pedirte el mayor favor de mi vida —dijo—. ¿Puedo?

—No tienes ni que preguntar.

El hombre sonrió. Había pedido ayuda a sus dioses para que algo así

ocurriera.

La aparición de la joven en aquel momento tan complicado era lo mejor

que podía pasarle y, caminando hacia una cuna, la destapó y dijo:

—Tienes que llevarte a Siggy contigo.

Alison se quedó de piedra al mirar a un bebé que dormía plácidamente

en su cuna.

Pero ¿de dónde había salido ese bebé?

Entonces Edberg se sentó de nuevo tosiendo y explicó:

—Elga y yo fuimos padres hace once meses.

Conmovida por la noticia alegre y triste a la vez, y por la preciosa niña

rubia como su padre que veía dormida, la joven susurró:

—Oh, Dios, tío Edberg.

El aludido, viendo cómo miraba a la pequeña, insistió sin perder un

segundo:

—Siggy es fuerte. Está sana. No ha enfermado de las fiebres como su

madre o como yo. Odín me ha escuchado y te ha traído hasta aquí para que

te la lleves y yo no tenga que matarla.

Horrorizada, ella no sabía qué pensar y él insistió:

—Llévatela contigo. Matsuura te ayudará, lo sé. Y… y prométeme que

la vas a querer como… como yo siempre te he querido a ti.

Boquiabierta por todo lo acontecido, la joven apenas si podía

reaccionar.

Hasta hacía tres años, Edberg había servido a las órdenes de su padre en

la flota, pero se enamoró locamente de una vikinga como él en una taberna

de Portugal y todo cambió.

Elga era una bonita mujer de pelo y ojos oscuros que estaba cautiva en

aquella taberna, por lo que Edberg, ayudado por Alison y Matsuura, la

liberaron de sus opresores durante la noche y, tras introducirla de polizón en

La Bruja del Mar, la alejaron de sus captores, sabiendo que cuando el

capitán y el resto de los hombres se enteraran de que habían subido a una

mujer a bordo se originaría un grave problema. Si algo estaba prohibido por

su padre era una cosa: al barco no se subían ni mujeres ni niños. El único

bebé que se crio en el galeón fue Alison, y porque era la hija del

capitán.

Tras una gran bronca cuando la tripulación descubrió a Elga, una vez

que llegaron al puerto de Aemsterdam, Edberg, después de más de treinta

años a las órdenes del capitán Moore, decidió cambiar su vida. Deseaba

dejar el mar y tener una existencia tranquila junto a Elga.

Y, gracias a la intervención de Alison y de recordarle a su padre todo lo

que aquel había hecho y dado por ella, Jack Moore tuvo que aceptarlo.

Edberg Bass le había sido leal durante mucho tiempo. Había llegado junto a

su hermano Ragnar pocos meses después de Matsuura, siendo unos

muchachos, y cualquiera de ellos se merecía lo mejor.

Finalmente, el capitán Moore casó a Edberg y a Elga en *La Bruja del*

Mar y, aunque le dolió su marcha, lo dejó ir. Merecía ser feliz.

Durante los años que Edberg vivió en Aemsterdam, nadie supo nunca ni

que él había estado a las órdenes del capitán Jack Moore ni mucho menos

que la muchacha que los había ido a visitar era la hija de aquel hombre tan

buscado. Aquella fidelidad, protección y cariño siempre le habían llenado el

corazón a Alison, y ahora, mirándolo con cariño, indicó consciente de su

deber:

—Le buscaré la mejor familia del mundo.

—Tú y Matsuura sois su familia. No habrá nadie mejor que vosotros para ella.

Eso hizo sonreír a la joven, que se encogió de hombros.

—Matsuura no lo dudo, pero yo soy un desastre para los típicos menesteres de las mujeres, y lo sabes tan bien como yo y…

—Te equivocas, Alison…, te equivocas… Serás una excelente madre precisamente por lo protectora que eres —afirmó él.

La joven contuvo las ganas de llorar, nunca se le había permitido hacerlo, y al ver la dificultad de aquel para respirar, y dispuesta a decirle todo lo que lo reconfortara, susurró tomando sus manos con devoción y cariño:

—Me aseguraré de que sea querida, amada y respetada y tenga una bonita y feliz vida rodeada de gente que la quiera, la cuide y la proteja como habrías hecho tú.

Edberg Bass por fin respiró feliz. Saber que su pequeña no moriría sola, allí, junto a él, era lo único que necesitaba oír.

—Cógela. Coge a Siggy —dijo mirándola.

—No sé hacerlo…

—Sabes… Claro que sabes. ¡Cógela!

Con manos temblorosas, Alison miró a la pequeña, que dormía plácidamente, y susurró asustada:

—¿Estás seguro de tu decisión?

—Muy seguro. Y en cuanto a tu padre, dile a Matsuura que…

—Del cascarrabias me encargo yo. No te preocupes —repuso ella sabiendo por qué lo decía.

Consciente del problemón que se le venía encima, la mente de Alison buscaba posibles soluciones cuando, al ver a la pequeña más de cerca, cuchicheó:

—Es preciosa…

—Lo es…

Los niños siempre le habían gustado mucho a la joven. Cada vez que llegaban a un puerto y veía uno, los ojos se le iban tras él; pero ahora se sentía insegura y preguntó:

—¿Y si la pierdo? ¿O si se me cae o la enveneno?

Edberg sonrió con esfuerzo. Sabía que su niña estaría bien con ella, e insistió:

—Tranquila. Tu instinto protector te hará hacer lo correcto. Lo harás bien.

Sin esperar un segundo más, ella extendió las manos y, tras agarrar a la pequeña, que estaba envuelta en una sucia y maloliente toquilla que en otra época había sido blanca, la cogió en brazos.

—Has de saber que solo entiende el noruego —dijo entonces Edberg —.

Elga y yo le hablábamos en nuestro idioma natal, porque íbamos a regresar a nuestro país, pero tú le enseñarás gaélico…, entre otras lenguas.

Aquello descolocó más aún si cabía a la joven. No sabría cuidarla y

tampoco la entendería. ¿Cómo iba ella a ocuparse de una niña?

—Siggy es muy buena. Apenas llora y… y le agrada mucho la canción

que te cantábamos cuando eras pequeña, ¿la recuerdas?

Alison sonrió con los ojos anegados en lágrimas. Su padre y todos los

tripulantes de su flota se la habían cantado infinidad de veces desde que era

una niña.

—La canción de mamá. Claro que la recuerdo —afirmó.

El hombre suspiró, y ella, mirando al bebé, preguntó sintiéndose

ridícula:

—¿Por qué no me enseñaste a hablar noruego?

Edberg sonrió, y eso le provocó un nuevo ataque de tos que lo hizo

sangrar. Sabía que Alison dominaba distintas lenguas. Su tío materno se

había preocupado de que aprendiera italiano, el idioma de su madre. Su

padre, el escocés. Dominaba el francés por Armand, y algo de japonés por

Matsuura.

—Ragnar y yo lo intentamos, Bicho —respondió él—, pero nunca le

prestaste mucha atención, a excepción de a las palabrotas. —Ambos

sonrieron por aquello y luego él añadió—: No aprendiste nuestro idioma,

pero sí a luchar como un vikingo. Ese es el legado de mi hermano Ragnar y

mío para ti. Para vosotras. Me siento muy orgulloso de ello y espero que

enseñes a Siggy.

La joven, conmovida, no supo qué decir. Lo que había aprendido de sus

tíos Edberg y Ragnar siempre le había sido útil. Y entonces los dos,

mirándose, dijeron al unísono cierto dicho nórdico:

—No hay dolor, ¡solo venganza!

De nuevo, sonrieron y ella musitó:

—Acabo de enterarme de que Conrad McEwan está en Escocia. Al

parecer, ha comprado unas tierras y…

—Alison —la cortó mirándola—. Ni se te ocurra acercarte a él.

—Pero, tío Edberg, él mató a Ragnar.

Edberg asintió. Ragnar era su hermano, nunca había olvidado lo

ocurrido, pero musitó:

—Te lo dije una vez, como te lo han dicho tu padre y el resto de tus tíos.

No quiero que tus manos se ensucien con su asquerosa sangre. Así que

prométeme que no harás ninguna locura. —La joven no contestó y él

insistió—: Alison…

La aludida, que tenía a su hija en brazos, repuso:

—Tío, sabes bien que yo nunca prometo lo que no sé si seré capaz de

cumplir.

Edberg resopló. Lo sabía, como sabía que Alison iba a aprovechar

aquella información, y mirándola susurró:

—Maldita descerebrada insolente. Eres igual que tu madre. ¿Cuándo

vas a cambiar?

Finalmente, ambos sonrieron y Edberg, necesitando decirle algo,

comentó:

—Cuando Elga murió, vi a un hombre en el cementerio. Acababa de

enterrar a su mujer y a sus dos hijas a causa de las fiebres y, borracho,

gritaba que era Bart *el Rojo* y que mataría a la muerte por haberse llevado a

lo que más quería.

Oír eso hizo que Alison le prestara toda su atención.

—En un principio no lo creí —prosiguió Edberg—. Era un borracho

muerto de dolor por la muerte de sus seres queridos. Pero días después, una

noche, lo volví a ver y, ¡por las barbas de Neptuno!, no podía creer lo que

mis ojos veían. ¡Era el mismísimo Bart *el Rojo*!

—¡¿Qué?!

Edberg asintió y, tomando aire, añadió:

—Lo reconocí, Alison. Era él. Y, deseoso de vengar a quien tú ya sabes,

no lo dudé y lo maté. Diles al capitán y al resto que ya pueden descansar. El

último que faltaba por morir lo hizo, y con sufrimiento. Por fin tu padre

podrá dejarte respirar. Necesitas encontrar tu camino y vivir. —Y,

sacándose algo del bolsillo del pantalón, musitó—: Este anillo era de tu

madre.

Al ver lo que le enseñaba, la joven tomó aire. Había oído hablar de

aquel anillo y de lo importante que había sido para su padre y para

Francesca, su madre.

Antes de ser la mujer del capitán Moore, Francesca era una joven que

vivía en Génova con su hermano Marco y sus padres, que eran orfebres. Era

una belleza morena que llamaba mucho la atención por su sonrisa y su

fuerte carácter arrebatador, y mientras vendía con sus padres las joyas que

realizaban en un mercadillo, un joven escocés llamado Robert Williamson

se prendó de ella e iniciaron una relación.

Sin embargo, poco tiempo después apareció el guapo capitán escocés

Jack Moore por Génova, liderando el galeón *La Bruja del Mar*. Jack era un

reputado comerciante escocés de joyas que compraba y vendía por los

puertos. Francesca, dejando de lado a Robert, se enamoró del joven capitán,

y este, tras entregarles a los padres de la joven el más increíble diamante

jamás visto que había comprado en la India, les pidió que le hicieran un

impresionante anillo.

Sin dudarlo, ellos crearon el anillo más bonito que pudieron para su

hija, y en menos de dos meses Francesca y el capitán se casaron. La boda

rompió en dos a Robert, quien, a pesar de haber asumido la ruptura,

continuaba amando a la joven.

Cuando Francesca, una muchacha con un intrépido carácter, decidió

marcharse con su marido para surcar los mares en *La Bruja del Mar*, su

hermano Marco y su mujer Isobel, animados por los padres de él, se

les

unieron. Y Robert, no dispuesto a perder de vista a su amor, se enroló

también. Mejor verla sin tenerla que perderla.

La convivencia en el barco fue de maravilla. Tanto Marco como Robert

aprendieron a entender el mar y las señales que las estrellas del cielo les

indicaban y, además de eso, Robert se hermanó con Jack Moore. Ambos se

querían y se respetaban.

Pero toda aquella felicidad se acabó la noche siguiente al nacimiento de

Alison.

El capitán Moore celebraba junto a sus mejores amigos, Roy, Armand,

su cuñado Marco y Robert, la llegada de la pequeña en una taberna del

puerto de Génova. Todo iba bien. Brindaban por la niña y por Francesca,

hasta que Robert, consumido por la amargura de no ser él el padre de la

chiquilla, se dirigió solo y borracho hacia la playa sin percatarse de que

unos hombres lo observaban en la oscuridad de la noche.

Aquellos hombres resultaron ser Bart Vinke, Tobias Sanders y Enzo

Carole, más conocidos como Bart *el Rojo*, Tobias *el Sucio* y Enzo *el Tuerto*,

tres temibles piratas que lideraban distintos barcos y que, al verlo tan bien

vestido a pesar de la borrachera que llevaba, dedujeron que pertenecía

a la

refinada tripulación de alguno de los barcos que fondeaban cerca del puerto.

Dispuestos a todo, lo apresaron y lo torturaron para sacarle la

información que deseaban y, cuando supieron que era tripulante de *La*

Bruja del Mar y que en aquel barco transportaban joyas compradas en

Oriente, saltaron felices por su suerte.

Ni que decir tiene que los piratas vieron un filón goloso en las joyas y

reunieron a sus hombres. Y, en la oscuridad de la noche, mientras el capitán

Moore y sus amigos disfrutaban de una agradable velada bebiendo, tras

dejar a Robert medio muerto en la playa, asaltaron su galeón.

Sin piedad, mataron a los marineros que allí había. Se apoderaron de las

joyas y, no contentos con eso, asesinaron a las mujeres que en ese instante

cenaban con la reciente madre. Todas murieron, incluida Francesca, a la que

sustrajeron su increíble diamante.

La pequeña Alison se salvó gracias a que Ragnar, Matsuura y Edberg,

que eran unos muchachitos en ese momento, obviando el peligro, fueron a

por la pequeña y se lanzaron con ella al mar.

Durante horas la mantuvieron viva en el agua sujetos a un tablón, hasta

que llegó Moore y los rescató. A partir de ese instante el capitán los nombró

sus guardianes.

Aquella masacre provocó la furia y el envenenamiento de los pocos que

quedaron vivos, y más al saber por el propio Robert que aquella desgracia

había ocurrido por su culpa.

Jack Moore y sus íntimos amigos, muertos de dolor por el asesinato de

sus mujeres, lo repudiaron y lo echaron del barco. No querían verlo. Aquel

escocés era el culpable de la matanza. Y a partir de entonces comenzó una

enemistad que ya hacía veinticinco años que duraba, los mismos que tenía

Alison, a la que se la había empezado a llamar « *la Joya Moore*» por su

belleza y por la sobreprotección de su padre hacia ella. El capitán había

prometido no separarse de ella, por temor a que le pasara algo, hasta que

todos los que habían matado a su madre estuvieran en el infierno.

Con el paso de los años, Jack Moore y sus íntimos amigos pasaron de

ser considerados comerciantes de joyas a ser tildados de salvajes piratas,

por buscar sin descanso a quienes habían asesinado a sus mujeres para

darles muerte y, de paso, se habían apropiado de sus barcos. Y lo peor, Jack

Moore no volvió a pisar su amada Escocia. Si lo hacía, sería apresado por

pirata y sería ahorcado.

Ahora la flota del capitán se componía de *La Bruja del Mar*,

comandada

por él; *El Demonio de las Olas*, capitaneado por Roy; *El Fuego Infernal*,

liderado por Marco y, finalmente, *La Brisa Guerrera*, que estaba bajo las

órdenes de Armand.

Solo les quedaba por encontrar a Bart *el Rojo* para que su venganza se

cumpliera en su totalidad.

Por su parte, el escocés Robert Williamson desapareció y nunca nadie

volvió a saber de él.

Un acceso de tos hizo que Alison saliera de sus pensamientos.

Angustiada, vio cómo tío Edberg la miraba y, entregándole aquel anillo que

en un pasado había pertenecido a su madre, musitó en un hilo de voz:

—Idos.

—No —contestó la joven sollozando.

El hombre asintió convencido. Y, tras darle un beso en la cabeza a su

hija y sonreírle a la joven, indicó metiéndose en la boca las semillas que ella

le había entregado:

—Sonríeme, vida mía, vete y no llores. Cerraré los ojos y moriré en paz

sabiendo que Matsuura y tú iluminaréis el camino para que nos volvamos a

encontrar.

Oír aquella frase de la tradición japonesa que le había enseñado

Matsuura y que ya habían pronunciado cuando Edberg se quedó con Elga

años atrás en Aemsterdam, hizo que el corazón se le rompiera.

—Tío…

—¡Vete! Y exígele a tu padre tu libertad.

Incapaz de no hacer caso de aquella orden desesperada, Alison asintió.

Tío Edberg no quería que lo viera morir. Por ello, le regaló la sonrisa que

necesitaba para desearle un buen viaje y, con el corazón roto y el bebé en

brazos, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 2

Como en una nube, Alison se encaminó con pasos lentos hacia el

mercadillo. Su tío había muerto, la había dejado para siempre, y lo último

que le había pedido era que cuidara de su hija y viviera su vida.

Pero ¿cómo hacerlo siendo la hija del famoso capitán pirata Jack

Moore?

¿Qué hombre querría conocerla? ¿Tomársela en serio?

Caminaba pensando en aquello mientras la tristeza y el dolor la rompían

por dentro. No obstante, la muerte era parte de la vida como siempre le

habían enseñado y así debía aceptarlo.

Una vez que llegó al mercadillo abrió la mano y, parándose, observó

aquel anillo del que había oído hablar durante toda su vida. Lo contempló

con curiosidad. Era una maravilla, una verdadera maravilla que sus abuelos

maternos habían hecho en Génova por encargo de su padre, para su

madre.

Lo miró durante unos instantes y finalmente se lo guardó en el bolsillo de la

falda.

Tomando aire, miró a su alrededor y, al sentir el nauseabundo olor que

salía de la toquilla que llevaba el bebé, sin dudarlo, se la quitó y la tiró.

Buscó un puesto de ropa, compró una toquilla nueva y se encaminó hacia

donde estaban sus amigos.

Al llegar frente a tío Matsuura y Gilroy, estos la miraron sorprendidos al

ver lo que llevaba en los brazos y el segundo preguntó:

—¿Qué es eso?

Viendo su gesto horrorizado, la joven tomó el control de su cuerpo y sus

emociones y respondió:

—Te podría decir que es un saco de avena, pero en realidad es una niña.

—Matsuura y Gilroy miraron a la pequeña, que dormía, y luego Alison

declaró tras coger aire—: Tío Edberg y Elga han muerto.

—¡¿Qué?! —susurraron los otros dos.

Ella asintió con pesar y, mirando a Matsuura, cuyos ojos se

entristecieron en un solo instante, musitó en un hilo de voz intentando no

llorar:

—Edberg me ha dicho que te diga que eres su hermano y que, aunque

vuestras religiones sean distintas, encontrará la forma de que vuestros

caminos vuelvan a cruzarse.

Matsuura, aquel guerrero de pocas palabras, reteniendo sus emociones,

posó una rodilla en suelo y, bajando la cabeza, cerró los ojos y murmuró

algo en japonés. Aquella pérdida era terriblemente dolorosa, pero se repuso

con la fuerza de un guerrero y se levantó, y entonces Alison soltó:

—Es… esta es la hija de tío Edberg.

—¡Repámpanos! —exclamó Gilroy boquiabierto.

Saber que aquel bebé era de Edberg hizo que la mirada del japonés se

dulcificara y, sin tocarla, solo mirando a la pequeña, afirmó:

—Será cuidada con el respeto y el amor que se merece.

Alison asintió, pero Gilroy de pronto susurró mirando a la joven:

—Ah, no…, Bicho, ¡ni hablar!

La joven sabía que el asunto le acarrearía problemas con su padre, pero

sacando de nuevo a relucir aquella parte ruda y fuerte que habitaba en ella,

replicó con chulería:

—Ah, sí…

—¿Estás loca? —preguntó Gilroy haciendo aspavientos con las manos

—. ¡Tu padre nos matará!

—Probablemente —dijo ella sin querer pensar.

—Sabes que es complicado —terció Matsuura.

—Pero no imposible.

El japonés sonrió, pero Gilroy resopló y, levantando la voz, estalló:

—¡Bicho! ¡Por Tritón! Las mujeres y los niños están prohibidos.

La joven afirmó con la cabeza, sabía que llevaba razón. Tras lo ocurrido

con su madre y las mujeres de sus tíos, su padre se negó a que ninguna otra

que no fuera ella volviera a poner un pie en sus barcos. Pero, preocupada al

notar que la niña se agitaba, susurró:

—Baja la voz para que no se despierte o te juro que te arranco las

orejas.

Gilroy asintió. Lo que acababa de decir no iba con su manera de ser ni

de pensar, pero insistió en un tono más bajo:

—¿Cómo te vas a llevar a la niña?

—¡¿Y qué quieres que haga?! —gruñó ella sintiéndose responsable de

la pequeña.

—No sé…

—¿Acaso pretendes que la abandone en la calle o la deje morir?

Según dijo eso, Matsuura la miró. Él no iba a permitirlo y ella tampoco.

—No, ¡claro que no! —exclamó Gilroy, pero, mientras buscaba una

solución, al ver que Matsuura no decía nada, insistió—: ¿Nadie se la puede

quedar? ¿Un vecino? ¿Una amiga de Edberg?

Alison negó con la cabeza. Ella no conocía a nadie y, aunque lo hubiera

hecho, había dado su palabra.

—Le he dicho a tío Edberg que la cuidaría y le buscaría una familia, y así será.

Gilroy resopló. Se avecinaba marejada cuando llegaran al barco.

—La niña se viene con nosotros —decidió Matsuura.

Oír eso hizo sonreír a Alison.

—Tío Edberg sabía que podía contar contigo —musitó.

El japonés asintió con una tímida sonrisa. No había más que hablar.

Finalmente, los tres, junto a la niña, se dirigieron hacia sus caballos. Al ir a montar, Alison se detuvo. No podía hacerlo con el bebé en brazos y la falda, no estaba acostumbrada. Por ello, le pidió a Gilroy:

—Sujétala un instante.

Él, que como Alison había tenido en sus brazos a pocos bebés, la cogió con sumo cuidado y contuvo el aliento paralizado, aunque susurró contemplándola:

—Qué cosita más chiquitita y bonita.

Matsuura, que se subía a su caballo con las bolsas de las joyas, sonrió.

El efecto que solía provocar tener a un bebé en brazos era increíble, inaudito. Él lo había sentido cuando cogió aquel fatídico día a Alison, y ya nunca lo había podido olvidar.

Con cuidado, la joven sacó entonces algo del bolsillo que guardó en su talega medicinal para después dejar caer al suelo aquella falda que se colocaba cada vez que iba a vender al mercado. Quitársela suponía una

liberación para ella. En el galeón siempre utilizaba pantalones porque allí

era un hombre más.

Por ello, una vez que se colgó la katana a la espalda, se ajustó el

cinturón y la espada a la cintura y se echó por encima la preciosa y abrigada

capa azulona que antaño había pertenecido a su madre, se subió al caballo y

pidió mirando a Gilroy:

—Dame a la niña.

En cuanto él le dio a la pequeña y montó en su caballo, los tres se

alejaron en silencio del mercadillo. Debían llegar a la desembocadura del

río Vecht al anochecer para que el padre de ella los recogiera.

Capítulo 3

Fortaleza de Keith, Tierras Altas de Escocia

Los rayos del sol entraban por la ventana del fondo de la habitación y

Demelza sonrió al sentirlos en su rostro.

Le encantaba su calidez, y ahora que esta comenzaba a mermar, pues el

frío invierno de las Highlands se acercaba, trataba de disfrutarlo cuanto

podía.

—Buenos días, *Nidhogg* —murmuró.

El aludido no era otro que su lobo gris, que por norma dormía cada

noche a los pies de la cama y que rápidamente se levantó para saludar a su

ama con agrado.

La presencia de *Nidhogg* y Demelza en un principio había asustado a

todos los que vivían en las tierras de los McAllister. Nadie se fiaba de un

lobo y una vikinga, pero ahora ambos eran tremendamente queridos por

todos.

Demelza demostraba día a día el enorme corazón que poseía y el cariño

que les tenía a todos, y *Nidhogg* se ocupaba de que ni otros lobos ni otras

bestias peligrosas se acercaran a las casas ni a los animales, especialmente a

los caballos y a las ovejas.

Durante un rato Demelza permaneció tumbada sobre la cama, mientras

el maravilloso olor de su marido, Aiden McAllister, emanaba de las

sábanas. Sonriendo, acercó la nariz a ellas. Por suerte, ese día debía regresar

de un viaje. Solo llevaba sin verlo dos días, pero eso para ella era toda una

eternidad. Amaba con locura al hombre que había prometido quererla y

cuidarla y, gracias a él, su vida era plena y feliz.

Estaba pensando en ello cuando la puerta de la habitación, que estaba

entornada, se abrió por completo. Al levantar la cabeza, Demelza vio salir a

Nidhogg y entrar a Hilda, la que para ella era su madre. Llevaba en brazos a

la pequeña Ingrid, como siempre despierta, y cuando iba a decir algo,

Demelza enseguida preguntó:

—¿Cuándo te la llevaste?

—Cuando dormías como un angelito. —Hilda sonrió.

Demelza suspiró. Su pequeña había estado despierta gran parte de la noche, llorando, y exclamó:

—¡Menuda nochecita me ha dado!

Hilda asintió.

—¿Ha llegado ya Aiden con Harald y Peter? —preguntó Demelza a continuación.

La mujer negó con la cabeza y, señalando a la niña, añadió:

—No, o esta pequeña brujilla estaría dormida.

Demelza sonrió. Si alguien apaciguaba y hacía dormir a Ingrid, ese era Harald. Su paciencia y las canciones que le cantaba en noruego a la pequeña la hechizaban, y cuando iba a contestar, Hilda indicó:

—Arriba, holgazana. ¿Qué haces todavía en la cama?

Ella sonrió y, extendiendo los brazos para que le entregara a su hija, replicó:

—Esperando a que vinieras a despertarme.

Hilda sonrió dichosa. Nada le gustaba más que despertar a su niña cada mañana, y, tras entregarle la pequeña a su madre, se sentó en la cama para observarlas reír y jugar.

Ver a sus dos amores felices era lo que más le agradaba en el mundo.

En el pasado, Demelza había sufrido mucho. Demasiado. Pero todo

aquel sufrimiento se había acabado gracias a su fuerza interior y, sobre todo,

a Aiden McAllister y al amor que este le profesaba a diario. Fruto de ese

precioso amor había nacido Ingrid, una preciosa niña pelirroja como su

madre que acababa de cumplir su primer año de edad y a la que, además de

no dormir, lo que más le gustaba era llorar.

Demelza estaba jugando con su pequeña cuando oyó ruido de caballos

acercarse a la fortaleza. ¡Aiden!

Rápidamente se levantó de la cama para mirar por la ventana y una

sonrisa resplandeciente se instaló en su rostro al ver a su marido junto a

Moses, Peter, Harald y otros hombres del clan que llegaban.

Años atrás, Harald había sido su cuñado. Se casó en Noruega con su

hermana Ingrid, pero, por desgracia, el mismo día de la boda, tras el ataque

de unos desalmados que iban buscando a Demelza, ella murió. Eso hizo que

las vidas de Harald y Demelza cambiaran drásticamente, dejando su

Noruega natal para irse a vivir a Escocia.

Los rudos highlanders desmontaron de sus caballos y se encaminaron

hacia el establo. Todos menos Aiden y Harald, que continuaron hablando

junto a la puerta de entrada. Demelza intentó oír lo que decían, pero le

resultó imposible, no lo hacían lo suficientemente alto.

Instantes después, cuando vio que aquellos dos iban a seguir el mismo camino que los anteriores, abrió de golpe la ventana de la estancia y gritó:

—¡Aiden McAllister, ¿en serio vas a ir al establo antes de subir a darle un beso a tu mujer?!

Al oír eso, él miró hacia arriba con sorna.

Adoraba a aquella fierecilla.

Aunque ella no lo hubiera intuido, tanto él como Harald la habían visto observándolos. Por eso, con complicidad y para hacerla rabiar, habían hablado bajito.

—Atrevida y fanfarrona vikinga —soltó Harald mirándola.

El gesto ofuscado de ella no se hizo esperar y ambos sonrieron cuando desapareció en el interior de la casa. Sin dejar de sonreír, Aiden le entregó a Harald las bridas de su caballo.

—No hay nada que me guste más que esa pelirroja —declaró—. Luego nos vemos.

Una vez que Harald se marchó, Aiden entró en la casa con paso acelerado. En su camino se encontró con Girda, una de las criadas, y tras saludarla inició el ascenso a la primera planta.

Después de subir la escalera se encontró con Hilda, que llevaba en brazos a Ingrid. Ambos se entendieron con una sonrisa y, cuando el highlander le hubo dado un beso a su pequeña con amor, prosiguió su camino hacia el dormitorio.

Sin llamar, entró y cerró la puerta. Cuando sus ojos y los de Demelza se

encontraron, él cuchicheó al ver su fiera mirada:

—Pelirroja salvaje…

—Señor… —musitó ella con cierto desagrado.

Aiden sonrió. Su mujer lo apasionaba, lo volvía loco.

Los separaba la bonita cama y Aiden, sacándose de debajo de la

chaqueta una flor que había cogido por el camino, se la tendió.

—Esto es para la dueña de mi vida y mi corazón —indicó—. Y, sí,

cariño, te he visto en la ventana y, para hacerte rabiar, he fingido que me

dirigía al establo. Pero, créeme…, nunca habría llegado, porque lo único

que he deseado desde que me marché hace dos días ha sido regresar para

besarte y decirte lo mucho que te quiero.

Al oír eso, el gesto de Demelza se dulcificó. Aquel lado romántico de

Aiden podía con ella. Por lo que, sonriendo, se subió a la cama de un salto,

la cruzo y se tiró a sus brazos para besarlo.

Aiden la aceptó gustoso y, cuando los dos cayeron sobre el lecho, solo

bastaron un par de besos más para que se hicieran el amor sin dudarlo. Se

deseaban.

A la hora del almuerzo, cuando Aiden y Demelza se saciaron de amarse,

bajaron al comedor. Allí frente a la chimenea estaba Harald, que tenía

sobre

su hombro a la pequeña Ingrid felizmente dormida, y al verlos aparecer

afirmó:

—Pensé que os habíais matado.

Aiden sonrió y observó dándole un azotito cariñoso a su mujer en el

trasero:

—Como verás, no ha llegado la sangre al río.

Divertida, Demelza empujó a su marido y, tras acercarse a Harald, le dio

un cariñoso beso en la mejilla y lo saludó.

—No sabes cuánto te hemos echado de menos.

Él asintió sonriendo. Hilda le había dicho lo mismo. Estaba claro que la

pequeña Ingrid lo necesitaba cerca para dormir y el resto, para descansar de

sus lloros.

Con mimo, Aiden cogió a su hija en brazos para besarla. Ingrid era

agotadora. Apenas dormía. Se pasaba más de la mitad del tiempo despierta

e intranquila, pero no la cambiaría por la niña más tranquila del mundo.

Tras unos minutos de carantoñas de los que la pequeña ni se enteró,

finalmente se la entregó a Hilda.

—Que duerma una buena siesta —indicó—. Le vendrá bien.

—A ella y a todos —afirmó la mujer.

Todos rieron divertidos y, cuando los tres se quedaron a solas y se

sentaron a la mesa, Demelza preguntó mirando al que había sido su cuñado:

—¿Encontraste los muebles que querías para tu hogar?

El vikingo asintió.

—Sí. Incluso encargué algunas piezas al ebanista.

En el tiempo que Harald llevaba en Escocia, Aiden, el marido de

Demelza, había sido muy bueno con él. No solo lo había aceptado en el

clan, sino que le había regalado unas tierras cercanas a la casa principal y al

río, concretamente donde estaban las caballerizas, el lugar preferido de

Harald. Allí, con la ayuda de los McAllister, que ya lo habían aceptado

como uno más, el vikingo se había construido una bonita casa de piedra y

una herrería en la que trabajar.

La enorme construcción tenía dos plantas, era espaciosa, soleada en

verano y cálida en invierno. Una casa que había llenado de recuerdos que se

llevó tras su último viaje a Noruega y que habían pertenecido a Ingrid, su

amada mujer.

Después de comentar que al cabo de unos días llegarían los muebles que

había encargado y de que Girda les sirviera unos platos con comida,

Demelza preguntó mirando a Harald:

—¿Qué tal tu cita con Mariam?

Él resopló y, sin mirarla, respondió tocándose el anillo que llevaba en

el

dedo:

—No la repetiré.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero, Harald…

—¡Dem! —protestó él.

—Mariam está muy ilusionada y…

—Ese es su problema, no el mío.

Demelza maldijo. No había manera de que Harald rehiciera su vida y,

recordando algo, insistió:

—¿Has vuelto a pensar en Lorna Sisley?

El vikingo resopló y respondió para que se callara:

—Alguna vez.

Demelza sonrió.

—Eso está bien, Harald. Necesitas una mujer en tu hogar y, si mal no

recuerdo, dijiste que te gustó y que volverías a verla. ¿Qué tal si invito a su

padre, Robert Sisley, y así os conocéis?

Él suspiró. Demelza no pararía hasta encontrarle una mujer.

—Sé lo que dije —repuso—. Pero si no te importa, yo decidiré cuándo

y cómo.

Ese comentario y en especial ver su mirada hizo maldecir a la joven

pelirroja y, cuando se disponía a protestar, su marido la cogió de la mano y

preguntó:

—¿Te apetece venir con nosotros a Peebles y posteriormente a

Edimburgo?

Oír eso hizo sonreír a la joven; entonces Harald, agradeciendo la

intervención de aquel para desviar el tema, contó:

—Nos hemos enterado de que traerán una estupenda partida de caballos

nórdicos para la gran fiesta del castillo de Edimburgo y le he dicho a Aiden

que deberíais ir y comprar alguno.

Demelza asintió complacida, nada le gustaría más, pero Aiden añadió:

—Alastair, Zac y yo tenemos que solucionar un tema con Ferdinald

Douglas en Peebles y hemos pensado que, ya que Edimburgo estará

engalanada en fiestas, podríamos ir con nuestras mujeres y, además de hacer

negocios, pasarlo bien. Podrías comprar con tus amigas lo que te apetezca.

¿Qué te parece?

Emocionada, Demelza se levantó. Las compras le daban igual, pero le

encantaba estar con Adnerb, que era su mejor amiga, y Sandra, la mujer de

Zac.

—¿Me estás preguntando si quiero estar con Adnerb y Sandra? — Aiden

asintió, y ella gritó feliz—: ¡Por supuesto que sí! ¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de unos días.

La joven sonrió entusiasmada y entonces Aiden añadió:

—Nos acompañará también el padre Murdoch.

Eso a Demelza no le gustó. Aquel cura que oficiaba las misas en la

iglesia de Keith, y que era un cotilla por naturaleza, la agotaba un poco,

pero repuso:

—Intentaré no matarlo. Odio cuando se pone tan puritano.

Aiden soltó una carcajada y Harald, al ver la alegría de la joven, asintió.

Estaba claro que aquella había rehecho su vida en Escocia en todos los

sentidos.

—Yo me quedaré en Keith si no os importa —señaló mirando a Aiden

—. Las fiestas no son lo mío y, además, una de las yeguas nórdicas que

compramos en la última remesa va a parir y quiero estar aquí.

Aiden se disponía a replicar cuando Demelza, tras darle una patada por

debajo de la mesa para que no le llevara la contraria, indicó:

—De eso nada, Harald.

—Dem…, no empecemos —musitó el noruego.

—Tú te vienes con nosotros —insistió ella.

—No.

—Sí.

—He dicho que no —replicó él.

—Pues yo he dicho que sí. De la yegua ya se encargará otra persona,

para que tú en Edimburgo puedas conocer a mujeres —insistió ella.

—No quiero problemas…

—Una mujer no tiene por qué ser un problema —declaró Demelza.

El vikingo maldijo.

—No hay nadie como Ingrid. Además, sabes que odio mentir cuando

me preguntan mi procedencia por mi raro acento. Así que no iré.

Demelza refunfuñó. Harald tenía razón. Ellos y muchos de los noruegos

residentes en el país ocultaban su procedencia para evitar problemas con los

escoceses. Decir que eras vikingo no era algo que les gustase. Por norma

odiaban a los vikingos por sus fechorías y sus saqueos.

—Harald, sabes tan bien como yo que no todos los escoceses piensan

igual. Pero…

—He dicho que no iré. No hay más que hablar —sentenció él.

—Claro que hay más que hablar… —afirmó ella.

Harald protestó. Aquella cabezota nunca lo dejaba en paz, pero, cuando

se disponía a replicar, la puerta se abrió e instantes después apareció el

atractivo Peter McGregor, amigo de Aiden y Harald, con su candorosa

sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó sentándose junto a ellos al notar la tensión

en el ambiente.

Aiden puso los ojos en blanco, y Peter, al entenderlo, preguntó

sonriendo a Demelza:

—¿Con quién quieres emparejar a Harald esta vez?

—Solo me intereso porque conozca mujeres y… —repuso ella

señalándolo con el dedo.

—No necesito conocer mujeres —la cortó Harald.

La joven suspiró al oírlo, pero, ignorando su gesto enfadado, miró a Peter y preguntó:

—Por cierto, ¿quién era la joven con la que caminabas hacia el lago hace algunas noches?

—¡Demelza! —protestó Aiden.

—¡¿Qué?! —gruñó ella.

Peter sonrió, a aquella mujer no se le escapaba detalle, y, tomando un trozo de pan de la bandeja de madera, respondió:

—Sarah Kinsell.

—¿La hija de Mordac *el Ruin*? —Peter asintió y Demelza susurró—: Ándate con ojo con esa muchacha. No me gusta nada.

Aiden observó sorprendido a su mujer y, acto seguido, ella aclaró:

—Según me contó Adnerb, hace dos semanas la pillaron robando en el mercado y, al parecer, no es la primera vez.

Peter se encogió de hombros; eso le daba igual, Sarah solo era una amiga más, pero afirmó:

—Es bueno saberlo.

A continuación, se quedaron unos segundos en silencio, hasta que la incansable Demelza volvió a mirar al que para ella siempre sería más que su cuñado e insistió:

—Volviendo al tema…

—Dem… —protestó él.

—Te necesitamos para la elección de los caballos —repitió ella.

Molesto por su insistencia, Harald la increpó:

—Tú sabes elegirlos tan bien como yo. Incluso Aiden o Peter. ¿Por qué tengo que ir?

—Porque sí. —Demelza dio un golpe con la mano en la mesa.

Ambos se miraron a los ojos. Estaba claro por qué quería que Harald viajara con ellos y, mirando al techo, el vikingo gruñó:

—Por Odín…

—Por Odín y por Thor, ¡vas a venir sí o sí! —afirmó la joven haciendo sonreír a su marido.

Esta vez fue Harald quien dio un golpe en la mesa y siseó:

—No quiero una mujer en mi vida porque ya tengo una mujer.

Demelza asintió. Ver a su cuñado anclado en el pasado le dolía una barbaridad. Se merecía ser feliz, se lo había prometido a su hermana antes de morir, y, tras tomar aire, respondió intentando que la voz no le temblara:

—Antes de que sigas, permíteme recordarte que yo también perdí a Ingrid. —Harald maldijo mirando a Peter y a Aiden y ella prosiguió—: Sé cuánto os amabais y puedo intuir el vacío que su marcha te dejó en el corazón. Pero Ingrid murió. No va a regresar. Y te recuerdo que ambos le prometimos ciertas cosas antes de que lo hiciera. Mis promesas —dijo cogiendo la mano de su marido, que se la besó— las cumplí gracias a Aiden. Ahora solo falta que las cumplas tú y tengas una familia y un hogar.

Harald cerró los ojos y negó con la cabeza. Había pasado tiempo desde

la muerte de Ingrid, pero la devoción que sentía por ella le impedía mirar a

otra mujer con amor.

—Aiden… —musitó dirigiéndose a su amigo en busca de ayuda.

—Eso, Aiden, ¡di algo! —lo interrumpió Demelza—. A ver si a ti, o a ti

—añadió mirando a Peter—, os escucha este maldito cabezón, cambia de

parecer y por fin se da cuenta de que se está convirtiendo en un cascarrabias

solo y amargado que no sonríe y que necesita ser feliz.

—Yo lo veo sonreírles muchas veces a ciertas mozas —musitó Peter.

Al oír eso, Demelza lo miró y siseó:

—De las mozas a las que te refieres prefiero no hablar. Así que, para

decir eso, ¡mejor cállate!

Peter sonrió divertido y Aiden resopló. Aquellos dos ya estaban con lo

de siempre. Por lo que, tragando lo que tenía en la boca e intentando ser

imparcial, indicó:

—Os lo dije hace tiempo y os lo repito ahora. En el tema del amor, ni

me meto, ni me pronuncio. Porque, diga lo que diga o haga lo que haga, uno

de los dos se enfadará conmigo, y no. Lo siento, pero no. En cuanto a lo de

omitir tu procedencia durante nuestros viajes, creo que es por tu propio bien

y el de las personas que te acompañan. Sabes tan bien como yo que hay

nórdicos que llegan a nuestras costas solo para causar muerte y…

—Yo no soy así —gruñó Harald.

Aiden asintió, lo sabía. Tanto Harald como su mujer eran unas buenas

personas, aunque fueran de procedencia vikinga, y, tras intercambiar una

significativa mirada con Peter, que lo entendió, dijo mirando a Demelza:

—Dicho lo cual, seguiré al margen del tema inicial y espero que lo

solucionéis de la mejor manera posible entre vosotros para que todos

podamos continuar viviendo sin tener que estar oyéndoos discutir por lo

mismo cada dos por tres.

De inmediato, Harald y Demelza comenzaron a discutir sin reservas. En

un principio lo hacían en gaélico, hasta que finalmente él cambió de idioma.

Le era más fácil discutir con ella en noruego.

Acostumbrado a aquellas discusiones entre ellos cada vez que Demelza

intentaba que Harald conociera a mujeres, Aiden prosiguió comiendo con

tranquilidad sin inmutarse. Y Peter, sirviéndose en un plato un poco de

carne, lo miró y, tan acostumbrado como Harald a aquellos numeritos,

preguntó:

—¿Qué tal está el estofado?

Aiden asintió y respondió mientras aquellos dos seguían chillando:

—Riquísimo.

Tras un buen rato en el que Demelza y Harald gritaron y blasfemaron

como si el mundo se fuera a acabar, cuando finalmente se hizo el silencio en

el salón de la fortaleza, Peter preguntó mirándolos a ambos:

—¡¿Ya?! ¿Sin sangre ni hachazos?

Aiden sonrió.

—¿Alguno me puede decir en qué ha terminado el tema?

Harald se levantó molesto y salió de la estancia a grandes zancadas. Y

Peter, al verlo, se puso a su vez en pie y fue tras él.

—Me lo llevaré a tomar un trago.

Una vez a solas con su marido, Demelza sonrió y respondió:

—El tema ha terminado en que vendrá con nosotros a Peebles y a

Edimburgo.

—Cariño, creo que deberías dejar de…

—¡Ni hablar! —lo cortó ella—. Harald le hizo una promesa a mi

hermana y, mientras no la cumpla, Ingrid no podrá descansar. ¡Así que

mejor cállate!

Aiden asintió. Aquellos vikingos lo volvían loco con sus promesas.

—Partimos dentro de unos veinte días —dijo—. Ya te informaré.

Finalmente, la joven sonrió orgullosa porque se había salido con la suya

y comenzó a comer estofado. Estaba hambrienta.

Esa madrugada, cuando Harald regresó de tomar unos tragos con Peter, la

casa se le cayó encima como todas las noches, por lo que decidió salir y

acercarse al lago.

Una vez allí, se desnudó y, como hacía habitualmente, se zambulló

sumido en sus pensamientos. El agua fría lo relajaba, lo despejaba. Durante

minutos nadó con rapidez hasta que, cansado, salió del lago y se tumbó

desnudo sobre la hierba para contemplar el cielo y las estrellas. La imagen

de Ingrid era cada vez más borrosa en su mente y, tras besarse el anillo que

llevaba en el dedo, susurró:

—Siempre te llevaré en mi corazón, mi amor.

Capítulo 4

Alison, Gilroy y Matsuura se dirigían a caballo hacia el lugar en el que

habían quedado en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. La joven

pensó en contarles su encuentro con Pietro Caruso, pero finalmente calló. Si

se lo decía se lo explicarían a su padre, y eso podría truncar lo que ideaba.

Al cruzar una arboleda y llegar a un río, se fijaron en que allí vivía una

humilde pareja con un pequeño que no parecía tener más de cinco años.

Aquellos, horrorizados, se fijaron en Matsuura. Los orientales siempre

atemorizaban y provocaban desconfianza, por lo que Alison, al ver cómo lo

observaban, les sonrió. Quería que sintieran que no buscaban problemas,

por lo que los saludó con una educada sonrisa:

—Buenas tardes.

La pareja los contempló durante unos segundos. La capa azulona que

aquella mujer llevaba era cara, excesivamente. Y, tras entender que no

suponían ningún peligro y que parecían gentes de bien, el hombre se separó

unos pasos de su mujer y se dirigió a ellos con un marcado acento escocés.

—Si quieren parar y darles agua del río a los caballos pueden hacerlo.

Los tres se miraron. La noche se acercaba, no tenían mucho tiempo,

pero a los caballos no les vendría mal un poco de agua fresca.

Alison estaba pensando en ello cuando, al bajar la vista, el corazón le

saltó desbocado al encontrarse con la mirada de la pequeña que llevaba en

sus brazos.

La niña se había despertado y la observaba en silencio. Era rubia como

Edberg, pero poseía los ojos oscuros de Elga. Eso la sorprendió; al verla tan

rubia la imaginaba con los ojos claros de su padre.

—Hola, chiquitina, soy Alison —la saludó con una sonrisa.

La cría rápidamente hizo un puchero. Sin duda no la entendía.

Y a la joven le entró el pánico. ¿Qué tenía que hacer? ¿Cómo se cuidaba

a un bebé?

No obstante, tras un segundo de indecisión, se la acercó a su cuerpo por

instinto y, acunándola, susurró:

—No llores…, no llores…, no llores…

Así estuvo un rato hasta que la apartó de sí y, al ver que ya no lloraba, afirmó:

—Te prometo que buscaré lo mejor para ti.

La niña parpadeó y, llevándose la mano a la boca, se la chupó. En ese momento Alison notó un olor raro.

—¿De dónde viene esa peste?

Y de inmediato lo comprendió: era la niña. Miró a Gilroy e iba a decir algo cuando este exclamó mientras se alejaba:

—¡Ni hablar!

—Pero…

—Que no, Bicho, ¡que no!

Alison miró a su tío Matsuura y este hizo lo mismo que Gilroy, se dio la vuelta, aunque antes indicó:

—La niña es responsabilidad tuya. Ocúpate de ella.

Instantes después, tras bajarse con cuidado del caballo con la chiquilla en brazos, Alison miró a la mujer, que la observaba, y preguntó consciente de que tenía que limpiarle la caca a la niña:

—¿Sois escoceses?

La mujer no respondió, pero su marido respondió con respeto acercándose a ella:

—Milady, soy Jesse Fletcher y ellos son mi mujer Leisy y mi hijo Finlay. Sí, somos escoceses.

Alison sonrió con afecto. Que la llamaran «milady» siempre le hacía

gracia, más aún cuando estaba acostumbrada a apodos como «Bicho», entre

otros muchos por el estilo.

—Un gusto conoceros. Mi nombre es Alison Moore. —Y, deseosa de

empatizar con ellos, como siempre le ocurría cuando bajaba del barco,

añadió—: Mi padre es escocés. Concretamente, de Montrose.

Aquello hizo sonreír a Jesse, que, sin quitarle ojo al oriental, iba a

hablar cuando esta señaló:

—Tranquilo, Matsuura es un hombre de paz. Nada tenéis que temer.

Jesse asintió y entonces la mujer de aquel intervino.

—Tiene hambre —dijo señalando a la niña.

Al oír eso, Alison miró a la pequeña, que se chupaba un dedo, y, sin

dudarlo, al sentir de nuevo el tufillo que emanaba de ella, preguntó:

—¿Tendríais un poco de leche para ella? ¡Os la pagaré! También os

pagaré si la laváis y le cambiáis el paño. Es horrible el olor que desprende.

La mujer sonrió y, tras mirar a su marido, que asintió, rápidamente se

acercó a ella y pidió mirando a la pequeña con amor:

—¿Me la dais?

Alison se la entregó enseguida y cuchicheó arrugando la nariz:

—Por Anfitrita, pero ¡qué ha comido esta niña!

La mujer volvió a sonreír y, tumbando a la pequeña sobre una mesa de

madera, tras desenvolverla de la toquilla, se ocupó de asearla. Bajo la

mirada de Alison, que gesticulaba horrorizada, la lavó con agua y le cambió

el paño. Una vez que la niña volvió a estar limpia, la mujer miró a Alison y

preguntó:

—Milady, ¿no la amamantáis vos?

Contarle que la chiquilla no era su hija no entraba en sus planes, pero

respondió:

—No. No puedo alimentar a Siggy.

Leisy asintió. En muchas ocasiones las mujeres de alta alcurnia no lo

hacían. Contrataban a otra para que lo hiciera, y, sin querer preguntar más

de lo que debía para no ser indiscreta, susurró:

—Yo podría hacerlo, si vos queréis.

Oír eso sorprendió a Alison, y entonces aquella musitó con gesto triste:

—Mi bebé nació muerto hace unos días…

—Oh…, lo siento.

Sin apartar sus ojos de la pequeña, la mujer insistió:

—Mis pechos están repletos de leche que le vendrá muy bien a la niña.

Sin dudarlo, Alison asintió. La pequeñita debía alimentarse, no sabía

desde cuándo llevaba sin comer, y, en cuanto la mujer se sentó en una silla,

se descubrió un pecho, y se lo acercó a la niña, esta lo aceptó sin dudarlo.

Estaba hambrienta.

A Alison la emocionó presenciar aquel momento tan bonito entre la

pequeña y aquella mujer.

—Gracias —musitó.

Y Leisy, al ver cómo la pequeña se alimentaba, respondió satisfecha:

—Un placer, milady.

Durante un rato todos permanecieron en silencio mientras la pequeña

mamaba y Gilroy y Matsuura se encargaban de atender a los caballos. El

marido de Leisy jugaba y bromeaba con su hijo, y Alison, disfrutando de

aquel momento de paz y tranquilidad, preguntó:

—¿Y qué hacen unos escoceses en tierras holandesas?

—Sobrevivir —repuso Leisy. Alison asintió y a continuación ella

añadió—: Somos de Lanark y nuestras familias llevan enfrentadas por unas

tierras desde antes de que nosotros naciéramos, y que nos enamoráramos lo

empeoró.

—Vaya…

—Pero, milady —sonrió Leisy—, vivir junto a Jesse y sentir cómo me

mira, cómo me quiere y cómo me cuida es lo mejor que me ha pasado en la

vida. Y aunque hemos sufrido pérdidas dolorosas, como la de nuestros

familiares o ahora la del bebé, el amor que sentimos el uno por el otro junto

a nuestro hijo Finlay es una maravillosa bendición que hace que todo

merezca la pena.

Alison asintió y aquella añadió:

—Como dice Jesse, las situaciones complicadas del pasado no deben

nublarnos el futuro.

Oír eso hizo que Alison parpadeara. Tío Edberg había hecho referencia

a eso mismo esa mañana, y sonreía con tristeza cuando aquella preguntó

señalando a Gilroy:

—¿Es vuestro marido?

Alison negó horrorizada con la cabeza, e iba a hablar cuando la mujer,

sacando sus propias conclusiones, dijo mientras observaba a la pequeña:

—Pues entonces permitidme deciros, milady, que Siggy tiene el color

fuerte y oscuro de vuestros ojos. —Y, mirando su pelo oscuro, añadió —:

Aunque el pelo trigueño ha de ser del padre, ¿verdad?

Alison sonrió. Pensó en el pelo de tío Edberg y afirmó emocionada con

un hilo de voz:

—Tu apreciación es muy acertada.

Al ver cómo aquella miraba a la niña y la emoción contenida de sus

ojos, Leisy sacó sus propias conclusiones.

—Algo me dice que huis del amor, pero mi consejo es que no tengáis

miedo y persigáis vuestros sueños. Esa es la única manera de ser feliz,

milady. Jesse y yo dejamos a un lado nuestros miedos en lo que a nuestras

familias se refería y nos casamos. Después, persiguiendo nuestro sueño de

ser felices, decidimos comenzar una nueva vida lejos de nuestra amada

Escocia. Al principio todo era inseguro. Estas tierras y sus gentes eran algo

nuevo para nosotros. Pero tan pronto como nos habituamos, os

aseguro que

todo, absolutamente todo, ha merecido la pena.

Alison sonrió. Le gustaban aquellas historias de amor que oía en

ocasiones, eran preciosas, a pesar de que a ella nunca le pasaría algo así, por

lo que afirmó con cierto abatimiento:

—Es muy bonito lo que dices. Cuando el amor es verdadero, todo debe

de merecer la pena.

—Sin lugar a dudas, milady.

Dicho eso, Jesse se acercó a ellas con su hijo Finlay cogido de la mano

para observar el momento. Durante un rato, y mientras la pequeña Siggy era

amamantada por Leisy, hablaron del hambre que tenía la pequeña, hasta que

Alison se alejó de ellos para acercarse a la orilla del río, donde estaban

Gilroy y Matsuura.

—La Providencia es nuestra aliada —indicó Gilroy.

Alison lo miró y este enseguida aclaró:

—Me refiero a lo de la niña. —Y al ver que ella no decía nada, insistió

—: ¿No te parecería una buena idea que se quedara con esta familia?

Al oírlo, Alison y Matsuura se miraron desconcertados. La opción sería

extraordinaria, aquella familia podría atender a la pequeña; pero entonces

un alarido proveniente de la arboleda hizo que todos se quedaran

paralizados y Leisy gritó levantándose de la silla:

—¡Jesse! ¡Finlay!

Nadie respondió.

Rápidamente Matsuura empuñó su katana y susurró mirándolos:

—Ojos bien abiertos.

Leisy volvió a gritar el nombre de su marido y de su hijo con desesperación, pero estos no contestaron. Eso los hizo entender que algo grave pasaba, y más cuando de pronto surgieron de la arboleda cinco hombres sucios con una pinta desastrosa.

Uno de ellos llevaba a Finlay cogido por el cuello, lo que hizo que Leisy gritara.

—Esto es fácil —dijo el tipo en un perfecto gaélico—. Vosotros nos entregáis las joyas que lleváis en las bolsas y nosotros os damos al mocoso.

Finlay lloraba asustado mirando a su madre, mientras ella, con la niña en brazos, gritaba horrorizada y pedía a aquel que lo soltase. Alison se acercó a ella a toda prisa y, quitándose la capa que llevaba para tener mejor acceso a su katana, aseguró:

—Tranquila. Te prometo que todo saldrá bien.

Matsuura y Gilroy intercambiaron una mirada. Estaba claro que aquellos tipos los habían seguido desde el mercadillo y sabían de las joyas que llevaban, por lo que, replegándose, miraron a Alison y esta asintió entendiéndolos. Eran cinco contra tres.

—De acuerdo —accedió ella levantando la voz—. Coged las joyas y dadnos al niño.

—¿Qué tal si me las acercas? —pidió el que parecía el cabecilla.

—Iré yo —se ofreció el japonés.

Alison lo miró, pero el desconocido que tenía cogido a Finlay, y al que la mugre cubría por entero, exigió:

—No. Tú no. Ella.

Sin dudarlo, esta asintió. Miró a Gilroy y a Matsuura para pedirles paciencia y, cuando iba a dar un paso, aquel indeseable indicó:

—Antes deja las espadas que llevas en el suelo.

A Alison no le gustó oír eso, pero, sin dudarlo, depositó la katana y la espada en el lugar que aquel le pedía y, a continuación, caminó hacia los caballos, donde tenía los sacos con las joyas.

Con destreza, desató los sacos, los cargó a su espalda y, cuando los dejó delante del tipo, él murmuró mirándola con deseo:

—No me recuerdas, ¿verdad?

Ella parpadeó. Aquel tipo sucio, despeinado y andrajoso al que le faltaban varios dientes no era un hombre para recordar, pero este insistió:

—¿Se te aclararían las ideas, querida Joya Moore, si te llamara «Bicho»?

Eso hizo que la joven se sorprendiera, y de pronto Matsuura gritó en su perfecto gaélico:

—¡Maldita sea, Brayden McBoten, ¿qué diablos estás haciendo?!

—¡Cierra el pico, asiático! —replicó aquel.

Según dijo eso, Alison parpadeó. Si aquel era Brayden McBoten, muy mal lo había tratado la vida desde que su padre lo había echado del barco a palos junto a su hermano.

—No lo podía creer —soltó el tipo con una carcajada—. Cuando Jim y yo os vimos en el mercadillo, casi comenzamos a dar saltos de alegría. Sin duda, hoy es nuestro día de suerte.

Rápidamente Matsuura buscó con la mirada a Jim, el hermano, entre los presentes, pero no estaba.

—A vosotros dos os mataré —continuó Brayden—, llenaré mis bolsillos con las joyas que me llevaré y…

—El capitán Moore te matará —lo cortó Gilroy.

—Si antes no lo hago yo —afirmó Alison, mientras sentía cómo la sangre se le revolucionaba y su lado pirata y guerrero se apoderaba de ella.

Brayden miró a sus hombres y soltó una risotada, pero Matsuura siseó:

—Si la tocas…, te mato.

En ese instante el tipo soltó un alarido de dolor. En su afán de escapar, el pequeño Finlay le había dado un mordisco en la mano y él lo degolló sin dudarlo un segundo.

Horrorizada al ver la sangre manar del cuello de su hijo, Leisy soltó un alarido. Alison jadeó, y Matsuura y Gilroy se quedaron boquiabiertos.

Finlay era solo un niño, ¿cómo podía haberle hecho eso?

Gilroy sujetó a duras penas a Leisy, que lloraba desconsolada,

pataleaba

y voceaba viendo a su pequeño muerto en el suelo, mientras que Alison,

con toda su furia por lo ocurrido, clavaba la mirada en aquel tipo.

—Arderás en el más oscuro y desagradable de los infiernos por tu

osadía, rata pestilente.

Mirándose la mano mordida, Brayden la movió y, tras hacer una señal

con la cabeza para que los otros cuatro hombres que lo acompañaban se

tomaran la justicia por su mano, susurró al ver cómo comenzaban a luchar

contra Gilroy y el japonés:

—Antes de venderte a cualquier pirata, haré algo que siempre quise:

hacerte mía.

Su gesto obsceno le revolvió las tripas a Alison. Pero ver el cuerpo del

pequeño sin vida y oír los lamentos de Leisy antes de perder la consciencia

y caer al suelo con la pequeña Siggy en brazos le rompieron el alma. Y,

consciente de aquello que decía, sangre por sangre, siseó como una fiera:

—Te voy a matar.

Brayden soltó una carcajada. Se sentía fuerte, sanguinario. Su padre lo

había echado del barco seis años antes por haber robado comida en

reiteradas ocasiones.

—Primero te tomaré yo y luego lo harán mis hombres —añadió—.

Después te venderé, y espero que hagan contigo lo mismo que hicieron con

tu madre.

Oír eso, y en especial que mencionara a su madre, envenenó aún más a

la joven.

—Asqueroso gusano pestilente y maloliente, vuelve a nombrar a mi

madre y te arranco la cabeza.

Pero, intentando mantener la cabeza fría, como Edberg y Matsuura le

habían indicado que debía hacer siempre en momentos de tensión, tomó

aire por la nariz cuando aquel afirmó:

—Mi nombre será recordado como el del hombre que te apresó.

Eso hizo reír a Alison con desafío y, tras coger la katana del suelo y

sujetarla con fuerza entre las manos, replicó viendo cómo Matsuura y

Gilroy luchaban:

—Sigue soñando.

El hombre sonrió, sabía de su maestría en la lucha, era muy buena. Pero,

sin dejarse intimidar por cómo movía la espada, insistió:

—Baja eso antes de que tenga que hacerte más daño del que una mujer

podría soportar.

Alison maldijo. Y, tras ver que Leisy seguía sin conocimiento y la

pequeña Siggy movía las manos, indicó:

—El daño que te voy a hacer yo a ti sí que no lo vas a poder soportar.

Y con la destreza que él conocía, pero a la que nunca se había

enfrentado, la joven se lanzó al ataque con una fiereza que lo hizo

tambalear.

El lado rudo, fiero y sanguinario de Alison siempre había sido

comentado por todos quienes la conocían. Aquella joven menuda y delgada

de ojos marrones y pelo oscuro como la noche no tenía el aspecto de saber

luchar de ese modo. Pero, sí, ella era así.

Su padre y sus tíos, especialmente Edberg y Matsuura, le habían

enseñado el arte de la guerra. Por ello Alison era una experta en la lucha

cuerpo a cuerpo, se manejaba a la perfección con el arco, la espada y las

dagas, pero si había algo que le gustaba por encima de todo era la katana.

De inmediato hirió a Brayden en el costado y, cuando este dio un paso

atrás para tomar aire, preguntó deseosa de sangre:

—¿Duele? Porque eso, maldito saco de mierda, no es nada comparado

con lo que te pienso hacer.

El tipo se tocó el costado. Aquella sabía muy bien dónde herir.

—Bruja asquerosa… —siseó furioso.

—Me han dicho cosas peores —afirmó Alison volviendo al ataque.

Matsuura y Gilroy, que a su lado luchaban tan fieramente como ella,

tras haber matado a dos de aquellos hombres, enseguida se liaron con los

otros dos. Ya no estaban en superioridad numérica. Sin duda las cosas se

estaban volviendo a su favor, pero entonces vieron a Alison rodar por el

suelo para esquivar una estocada de Brayden.

La muchacha era incansable. Luchaba como una fiera guerrera.

Técnicas escocesas, nórdicas, japonesas, francesas e italianas, todas

aprendidas en el barco de su padre, le habían servido en infinidad de

ocasiones para salvar su vida y la de los demás.

En el suelo, con maestría, Alison enredó las piernas con las de Brayden

y este rápidamente cayó.

—Te voy a matar…, te voy a matar…

—Inténtalo… —animó ella levantándose.

El hombre maldijo. En un principio su intención era apresarla, poseerla,

robarle las joyas y después, en venganza contra su padre, entregársela a

cualquier pirata. Pero su nivel de rabia crecía por segundos ante el ataque y

el descaro de aquella, y ahora solo deseaba matarla y acabar con ella antes

de que ella lo hiciera con él.

Sin embargo, le resultaba imposible. La Joya Moore era una excelente

guerrera, y cuando por fin él cayó de bruces en el suelo y ella le arrebató la

espada, mientras intentaba boquear un poco de aire que le llenara los

pulmones, Alison se sentó a horcajadas sobre él retorciéndole el brazo, se

agachó y, mientras aquel gritaba de dolor, le musitó al oído sin piedad:

—Creo que será mi nombre el que sea recordado. Yo te apresé.

Brayden aullaba de dolor. No solo lo había herido con la katana en

varias ocasiones, sino que ahora estaba a punto de romperle el brazo. Y,

moviendo la cabeza con fuerza hacia atrás, la golpeó en toda la cara, lo que

la desestabilizó y él se levantó del suelo deprisa.

Durante unos segundos el mundo de Alison se tornó oscuro. El fuerte

golpe le nubló la vista y, cuando regresó y vio a Brayden junto a Leisy y a

Siggy, con la espada de aquel clavada en el estómago de la mujer, se

levantó horrorizada dando un grito de dolor.

No…, no…, no… ¡Eso no!

Le había prometido a tío Edberg que cuidaría de la pequeña y a Leisy,

que salvaría a su hijo y nada ocurriría. Pero, viéndolos en el suelo, rodeados

de sangre y sin moverse, el corazón se le paralizó al saber que no había

podido cumplir su promesa.

—Esa perra, su marido, su hijo y el bebé que portabas en tus brazos

están muertos, y ahora vas a morir tú también como lo hizo la zorra de tu

madre.

La rabia y la frustración volvieron a apoderarse de la joven, que, dando

un salto, llegó hasta donde estaba su katana y, tras cogerla, la asió con

fuerza con las dos manos, dio un paso adelante para acercarse a aquel, giró

el cuerpo y lo decapitó con una fuerza descomunal mientras gritaba:

—¡Púdrete en el infierno, maldito hijo de perra!

El cuerpo sin vida del hombre cayó al suelo lejos de su cabeza. Alison

lo miró con rudeza, con la respiración sofocada. Se fijó en sus ojos abiertos

y, sin un atisbo de lástima, le escupió.

Instantes después, Matsuura y Gilroy se acercaron a la ella, y el primero

preguntó al ver sangre en su cara:

—¿Estás bien?

Todavía furiosa, la muchacha asintió, y Matsuura susurró:

—Jesse y su familia caminan juntos.

No hizo falta decir más, quedaba todo entendido, y, horrorizada por el

triste desenlace de aquella pobre familia, Alison quiso gritar, pero Gilroy

aconsejó:

—Debemos irnos. Jim, el hermano de Bradley, podría aparecer.

Aún en *shock*, la joven miró hacia donde estaban Leisy y los dos niños

muertos. Era horrible. Y, con los ojos cargados de rabia y venganza, musitó

con amargura fuera de sí:

—Les prometí a tío Edberg y… y a… Leisy que…

—¡Alison! —terció Matsuura.

—No me gusta prometer, ¡lo sabes! Nunca debería hacerlo y…

—¡ *Shensi*, mírame!

Oír la autoritaria voz de Matsuura, llamándola «Guerrera» en japonés

hizo que saliera del *shock* y lo mirara.

—Leisy y Edberg saben que habrías dado tu vida por sus hijos —añadió

él—. Lo has intentado. No te martirices.

Alison no respondió.

Con el paso de los años se había acostumbrado a las peleas en tierra, en

alta mar, a las huidas, a las escaramuzas, las heridas, las encarcelaciones,

los rescates…, pero a lo que nunca terminaba de acostumbrarse era a perder

a la gente que quería y, menos aún, a no cumplir sus promesas.

Estaba paralizada cuando Gilroy insistió:

—Tenemos que irnos.

—Pero ellos…

—No hay tiempo, Bicho —insistió él—. Tenemos que partir.

Consciente de que nada podían hacer y de que tampoco tenían tiempo

para enterrar sus cuerpos, la joven limpió la hoja de su katana en la ropa del

hombre al que le había arrebatado la vida y luego pidió mientras se la

colgaba a la espalda:

—Un momento.

Caminando hacia donde estaba la mujer y los dos pequeños muertos, se

acercó a ellos y murmuró con los ojos llenos de lágrimas:

—Lo siento… Lo siento mucho…

Acto seguido extendió la mano, la llevó hasta el rostro de Leisy y su

hijo y les cerró los ojos. Era lo mínimo que podía hacer por ellos. Su padre

siempre le había dicho que, si alguien moría con los ojos abiertos, eso le

dificultaba el camino para llegar hasta sus seres queridos, y ella quería que

Leisy y su hijo se encontraran con Jesse.

Según retiró la mano de la mujer, miró a la pequeña Siggy, que tenía los

ojos cerrados. Apenada y muerta de dolor, acarició su preciosa carita

redondita, pero de pronto la niña se agitó. Alison parpadeó y, al ver que

abría los ojos y comenzaba a mover las manos, la cogió sin dudarlo y,

quitándole la toquilla llena de sangre, murmuró con manos temblorosas

mientras le retiraba la sangre del rostro:

—Pequeña…, pequeña…, estás bien…, estás bien…

La niña hizo un puchero y rápidamente comenzó a llorar.

Lloraba y lloraba sin consuelo, y Alison, consciente de que no podría

separarse de ella, la abrazó. Quizá no entendiera el gaélico, pero estaba

claro que el idioma de los abrazos y el cariño lo entendería y, recordando

algo, empezó a cantarle la canción de su madre.

Instantes después la pequeña se calmó, reconocía aquella canción, y

Alison, emocionada, miró a Matsuura y explicó:

—Tío Edberg me dijo que se la cantaba.

El japonés asintió. Él mismo le había cantado a Alison cientos de veces

esa misma canción, y, levantándola del suelo, señaló tras haber atado los

sacos de nuevo a los caballos:

—Tenemos que irnos.

Tras ponerse su capa azulona, Alison cogió una toquilla que había sobre

una silla, cubrió a la pequeña y, montando todos en sus caballos, se

lanzaron al galope sin volver la vista atrás.

Capítulo 5

Costa holandesa

Esa madrugada, tras ser recogidos por una barcaza en la desembocadura del

río Vecht, cuando Alison, Matsuura y Gilroy vieron a lo lejos los cuatro

galeones de la flota del padre de la joven que los esperaban, suspiraron

aliviados.

Los hombres que habían ido a recogerlos los miraban en silencio

cuando Gilroy preguntó:

—¿Cómo vas a explicar lo de la niña?

Alison, que no paraba de darle vueltas a la cabeza, resopló. Su padre

montaría en cólera al ver al bebé, e indicó consciente de que deseaba cuidar

de la pequeña:

—Con la verdad. Es de la familia y no voy a abandonarla.

Matsuura asintió, Gilroy también, y los hombres que remaban miraron

hacia otro lado. Se avecinaba una buena tempestad.

Una vez que llegaron a las inmediaciones donde estaban fondeados *La*

Bruja del Mar, El Demonio de las Olas, La Brisa Guerrera y *El Fuego*

Infernal, la flota de su padre, se engancharon a las redes del primer galeón y

subieron a bordo. Los hombres que allí los esperaban sonreían, pero la risa

se les congeló al ver que Alison se desataba una manta que llevaba sujeta al

cuerpo y de ella aparecía un bebé.

—Cáspita, Bicho, pero si solo has estado unas horas fuera del barco…

—se mofó Gus.

Eso le hizo gracia a la joven. En el galeón debía dejar a un lado su

dulzura y su lado femeninos para simplemente ser uno más de ellos, así que

endureció la voz, y contestó:

—Pues imagínate lo que habría traído si hubiera estado fuera una

semana.

Los hombres rieron. Aquella muchacha siempre tenía contestación para

todo, y, aun viéndole el labio partido y un buen chichón en la frente, no

preguntaron, estaba claro que se había metido en algún jaleo. A

continuación Kendrak se acercó a ella y contempló a la niña dormida.

—¿Cómo osas traer un bebé al barco? —preguntó.

Alison lo miró, los buenos modales se habían quedado en tierra;

clavando su oscura mirada en aquel, le dio un cabezazo que hizo que todo

su cuerpo retumbara, pero, sin mostrar signos de dolor, siseó:

—¿Cómo osas tú echarme tu pestilente aliento de gusano podrido? —

Kendrak se tocó la frente, aquella muchacha era una bestia, y cuando iba a

contestar ella añadió—: Hueles peor que los pedos de un camello.

Todos rieron de nuevo ante la fuerza y la osadía de la joven, y ella,

consciente de que el problema comenzaba en ese instante, miró a Ferdinald,

el hombre que se ocupaba de darles a todos de comer en *La Bruja del Mar*,

y anunció:

—Necesitaré leche o lo que suela comer un bebé.

El hombre asintió sin dudarlo y, sorprendiéndola, indicó:

—Le daremos algo de leche y puré. Trituraré el estofado de pescado y

lo rebajaré con agua para que no sea muy fuerte. —Y, al ver el

agradecimiento en el rostro de aquella, cuchicheó—: Eso hacía contigo

cuando eras un bichito, ¡y mira lo sana y fuerte que estás!

Alison asintió. La mayoría de aquellos fieros hombres la habían cuidado

desde que era una niña. Todos y cada uno de ellos eran especiales para ella

por muchos motivos.

—Compré la raíz que te dije para las molestias de tu rodilla — comentó

a continuación dirigiéndose al viejo Jackson.

—Gracias, Bicho —contestó él sonriendo.

—Y la hierbabuena para tus dolores de cabeza —añadió señalando a

otro hombre.

Todos asintieron. Alison se preocupaba por ellos. A su manera los

cuidaba y, cuando aquel iba a hablar, Gus tosió e intervino:

—Bicho, siento interrumpir, pero quienes ya sabes te esperan en el

camarote de tu padre.

—Te acompañaré —se ofreció Matsuura viendo que Gilroy se

escabullía.

En cuanto desaparecieron de la mirada de los hombres, Alison se llevó

una mano a la frente, que aún le dolía a causa del cabezazo que le había

dado a Kendrak, y murmuró en confianza:

—Dios, ¡qué daño!

Matsuura asintió. Cuando se ponía guerrera, era la más bestia de todos.

—Muchacha, ¿cuándo dejarás de ser tan bruta? —la regañó mirándole

el chichón.

Instantes después, cuando Alison abrió la puerta del camarote principal,

vio a su padre sonreír. Ella era su mayor orgullo y su vida entera. Y, sin

fijarse en lo que llevaba en los brazos, él le preguntó viendo los feos golpes

que tenía en la boca y en la frente:

—Francesca, ¿quién ha osado ponerte la mano encima?

—Tranquilo, papá. Quien lo hizo lo pagó con su vida.

—Isobel, *amore mio*! —exclamó de pronto su tío Marco—. ¿De quién

es ese bebé?

El capitán Moore se fijó entonces en lo que su hija llevaba en los

brazos.

¿Qué hacía un bebé a bordo?

Y, dando un paso atrás como si aquello fuera la peste, musitó entre

dientes:

—Alison… Francesca… Isobel… Marguerite… Orquídea…

Al oírlo, la joven resopló. Por todos era sabido que, tras la matanza causada por los piratas, y en honor a las mujeres fallecidas, sus tíos decidieron ponerle sus nombres. Alison era el elegido por su madre al nacer. Francesca, el escogido por su padre, y a estos le siguieron Isobel,

Marguerite y Orquídea, por el de las mujeres de Marco, Armand y Roy.

La joven había crecido con aquellos nombres y más; dependiendo de quién le hablara, así la llamaba. Algo que para otros podía ser una locura

para ella era de lo más normal. Los únicos que la llamaban por el nombre

que su madre había elegido siempre habían sido Edberg, Ragnar y Matsuura. El resto la llamaban como les apetecía. Pero cuando su padre o

cualquiera de aquellos pronunciaba todos sus nombres al completo, no hacía presagiar nada bueno.

—A ver, papá —se apresuró a decir Alison—, antes de que sigas con tu retahíla de nombres, has de saber que esta niña es la hija de Edberg y Elga.

El capitán Moore parpadeó sorprendido y Roy Loewe preguntó mirándola:

—Orquídea, ¿y por qué está aquí contigo y no con sus padres?

La joven abrió la boca para contestar, pero el francés Armand insistió:

—Marguerite, ¡necesitamos una explicación de manera inminente!

Un nudo de emociones se le instaló de nuevo a Alison en la garganta, y

fue Matsuura quien explicó lo ocurrido. Aquellos hombres, a los que la

gente consideraba piratas por haber vengado las muertes de sus esposas,

escucharon apenados lo que aquel contaba con voz seca y, cuando acabó,

Alison indicó con dulzura:

—Por eso está aquí conmigo. Tío Edberg me lo pidió y yo…

—Por todos los demonios —gruñó su padre—. Edberg sabía

perfectamente que al barco no pueden subir niños. Así que ese maldito bebé

ha de desaparecer.

—Papá…

—Son las normas. Y tú las conoces tan bien como el resto de la

tripulación —insistió él viendo cómo Armand le hacía una monería a la

pequeña y esta sonreía.

A Alison comenzaba a acabársele la paciencia. Cualquiera le decía a su

padre lo que sabía de Conrad McEwan, por lo que cambió el tono por otro

menos dulce y se quejó:

—Papá…, maldita sea.

—Me da igual lo que digas, Francesca. Ese bebé ha de bajar del barco.

Alison negó con la cabeza y, dispuesta a cumplir algo que en su cabeza

ya se había fraguado, propuso:

—Escúchame, papá. Podemos ir a Escocia y…

—¡¿Escocia?! ¿Te has vuelto loca?

—Siempre he querido conocer Escocia —insistió ella.

—¡Que no, muchacha, que no!

—Papá, escucha…

—¡Ni hablar! —escupió el capitán.

—¿Cómo se llama la *bambina*? —preguntó su tío Marco hechizado por la cría.

—Siggy.

—Precioso nombre, pero algo corto —afirmó Roy haciéndole monerías.

El capitán Moore, consciente de la metedura de pata de su hija y viendo las caras de aquellos ante la niña, insistió:

—Has de regresar a tierra y dejarla allí.

—¡Ni hablar! La niña no se quedará con unos desconocidos. Maldita sea, papá, Siggy es de la familia —gruñó enfadada—. No pienso dejársela a cualquier persona con la que me cruce en el camino sin saber si la cuidará bien o no.

—He dicho que ha de bajar del barco y no lo voy a repetir —insistió el capitán.

Al oír a su padre, Alison se acercó a él con la misma chulería y, mirándolo directamente a los ojos, musitó con descaro:

—Si ella se baja, yo también.

—Alison… Francesca… Isobel… Marguerite… Orquídea… —siseó él —. No me repliques ni me retes, muchacha, o tendré que hacerte pasear por

la plancha de madera. ¡Soy tu padre y tu capitán!

La joven, acostumbrada a aquellas amenazas desde que era niña y a

decir siempre la última palabra, contestó enfadada:

—Querido padre y estimado comandante, si me descuartizan o me

pasan cosas horribles por ser tu hija y estar sola en tierras extrañas con una

niña, espero que recaiga sobre tu conciencia de una manera tremendamente

cruel. Si muero o padezco de terribles fiebres o situaciones que prefiero no

comentar, te auguro que no volverás a dormir ni una noche del resto de tu

vida, porque…

—¡Ya estamos! —gruñó el capitán—. Hija, ¿tengo que meter tu maldita

cabeza bajo el agua para que cierres esa boca?

—Probablemente.

—¡Francesca! No me tientes.

—¡Atrévete! —lo increpó ella.

—¡Francesca!

—Atrévete, papá, y…

— *Shensi* —cortó Matsuura tocando el hombro de la joven.

El capitán, ofuscado por el rudo temperamento de su hija, se disponía a

hablar de nuevo cuando vio que ella se sacaba algo que llevaba en la talega.

—Antes de morir, tío Edberg me dio esto y me recordó que te reclamara

mi libertad —contó mientras todos observaban boquiabiertos el anillo que

aquella les mostraba. Sin duda lo habían reconocido—. Se encontró con

Bart *el Rojo* sin esperárselo. Lo reconoció y lo mató por vosotros —añadió

—. Bart *el Rojo* por fin está muerto, y todo gracias a él.

Oír eso hizo que todos los presentes se miraran entre sí. Aquello era lo

mejor que habían oído en mucho tiempo. Por fin habían vengado las

muertes de sus mujeres, y Jack Moore, acercándose a su hija, miró el anillo

y murmuró emocionado:

—Francesca…

Ver la ternura en su padre emocionó a Alison. Pocas veces lo había visto

así y, al mirar a sus tíos y comprobar que estaban en la misma situación,

intentando que aquellos rudos a la par que cariñosos hombres de mar no

lloraran ante ella, soltó:

—Entiendo que saber que el malnacido de Bart *el Rojo* está muerto y

recuperar este anillo os emocione y os traiga infinidad de recuerdos, pero

¿en serio vais a poneros a llorar como unas blandengues damiselas?

Jack Moore, Roy, Armand y Marco tomaron aire por la nariz al oírla; la

noticia y ver el anillo los había emocionado.

—En ocasiones por tu maldita frialdad tengo la sensación de haber

tenido un hijo en vez de una hija —musitó Jack Moore.

Eso que tantas veces le habían repetido hizo gracia a la joven, que, mirando a su padre, se acercó a él y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Para tu suerte o para tu desgracia, tuviste una hija —le susurró con cariño.

—Una hija preciosa que es todo un guerrero —afirmó el capitán sonriendo.

Durante unos segundos padre e hija se miraron con devoción. Se amaban. Lo ocurrido los había unido aún más, y entonces él, quitándole el anillo de la mano, se lo guardó en el bolsillo del pantalón y dijo cambiando el gesto:

—Saca al bebé del barco.

Alison maldijo. ¿Cómo podía ser así su padre? Y, dispuesta a salirse con la suya, gritó olvidando su dulzura:

—¡Jodido cabezón! ¡Escúchame!

—¡Orquídea! —le reprochó Roy.

—Isobel…, *amore mio*, ¡contén esa lengua! —gruñó su tío Marco.

Pero Alison, a quien no le importó cómo la miraban los presentes, comenzó a maldecir en todos los idiomas que sabía.

Los hombres, como siempre, la miraban boquiabiertos. La joven pasaba de ser una dulce y sonriente muñequita al peor y más malhablado de los piratas. Los ataques de furia que sufría eran algo característico en ella,

pero

ignoraban que siempre los usaba para desconcertarlos y darse tiempo para

pensar cómo contraatacar para salirse con la suya.

Matsuura suspiró, pero de pronto ella dejó de blasfemar y, sin apartar

los ojos de su padre, le entregó la niña a su tío Marco y, mirando a su

progenitor, gritó fuera de sí:

—¡Por Yemayá, capitán Moore, ¿me puedes explicar por qué yo siendo

un bebé sí pude estar en este barco y Siggy no?!

—Porque tú, maldita deslenguada, eras mi responsabilidad y mi hija —

contestó él sin parpadear.

Alison asintió y, tomando aire, soltó mientras veía a su tío sonreírle a la

pequeña:

—Pues ahora Siggy es mi responsabilidad. Y si para que se quede aquí

he de gritar a los cuatro vientos que es mi hija, lo haré: ¡es mi hija!

Según dijo eso, todos abrieron los ojos sorprendidos. Alison nunca

había hablado de tener hijos, y cuando su padre iba a hablar, su tío Marco le

pasó la niña a Armand e intervino:

—A pesar de que la cólera ahora recaerá sobre mí, estoy con Isobel.

Edberg no se merece que dejemos a su hija sola en tierras holandesas.

Matsuura sonrió con disimulo; el contraataque empleado por la joven

para ablandarles el corazón comenzaba a funcionar. El francés, tras

arrugarle la nariz a la pequeña, que lo miraba, indicó:

—Estoy con Marguerite y con Marco. Edberg ha matado a Bart *el Rojo* por nosotros, ¿cómo vamos a abandonar a su pequeña?

—¡¿Os habéis vuelto locos?! —gritó el capitán Moore sin dar crédito.

Armand miró a Marco, que sonreía como él, le tendió la pequeña a Roy Loewe y cuchicheó:

—¿Has visto qué manitas tan regordetas y chiquititas tiene?

El capitán los miraba atónito a todos cuando el francés exclamó en un tono meloso:

— *Ma petite!*

—¡Rayos y centellas! Pero ¿qué estáis haciendo? —bramó Moore.

Alison sonrió. Dejar que todos cogieran en brazos a la pequeña había surtido el mismo efecto que a ella le causó.

—Estoy con vosotros —señaló entonces el escocés Roy—. Debemos buscar una solución para este bombón. —Jack Moore maldijo y aquel prosiguió—: Vayamos a Escocia como ha sugerido Orquídea.

—¿Por qué justamente Escocia? —preguntó enfadado el capitán.

—Muy fácil, papá. Porque nadie, nadie en absoluto, imaginará que pueda estar allí para buscarle un hogar a la pequeña. ¿Realmente crees que la gente creerá que estoy allí sabiendo que me pueden apresar, colgar o cortarme la cabeza?

Todos asintieron. Lo que aquella proponía era una locura, pero también era acertado. Nadie imaginaría nunca que la hija de Jack Moore fuera tan

osada como para poner los pies en Escocia.

Armand entendió lo que la joven indicaba y terció:

—Marguerite podría encontrarle un hogar a la pequeña y posteriormente

regresar al barco.

Pero a Alison no le gustó esa opción. Si bien ella lo había pensado

también, cada segundo que pasaba junto a Siggy le hacía sentir que deseaba

seguir con ella; pero no queriendo levantar la liebre, le dio la razón.

—Buena idea.

Los hombres se miraron entre sí, y Roy Loewe insistió:

—Si mal no recuerdo, dentro de poco más de un mes se celebrará en

Edimburgo la gran fiesta del castillo. Podría ser un buen momento para que

Orquídea se mezclara con la gente que llegue de todos los lugares sin ser

reconocida.

—Tío Pinwi vive en Edimburgo vendiendo joyas, ¿verdad que sí? —

preguntó la joven, aunque ya sabía la respuesta.

Todos sonrieron al oír aquel apodo.

—Sí —afirmó Marco.

—Marguerite —terció Armand—, creo que si lo visitaras le darías la

sorpresa de su vida. Sabes que te quería mucho.

—Lo sé —dijo ella sonriendo.

El capitán Moore suspiró. Su hija era lista, muy lista. No solo era

físicamente idéntica a su madre, sino también en aquel carácter suyo tan

arrebatador.

Los conocía a todos muy bien como para saber manejarlos y conseguir

lo que se proponía como en otro tiempo había hecho Francesca, su madre.

Eso lo hizo sonreír para sus adentros, consciente de que le agradaba ver

aquel instinto protector de Alison hacia el bebé. Vivir rodeada de hombres

la había hecho ser un hombre más, a pesar de la sensibilidad que sabía que

aquella poseía.

Estaba pensando en ello cuando Roy le entregó a la pequeña. El capitán,

incapaz de no cogerla, la sujetó y entonces su amigo cuchicheó:

—Es un bichillo como lo fue Orquídea…, ¿en serio la quieres

abandonar?

Jack Moore la miró en silencio. Su hija, que lo retaba y lo sacaba de sus

casillas en muchas ocasiones, también había sido así de pequeñita, y sin

poder evitarlo sonrió y Alison suspiró aliviada.

¡Su plan funcionaba!

Durante unos minutos en el camarote no se oyó una mosca, hasta que

ella, tomando aire, soltó:

—Papá, reclamo mi libertad.

Al oír eso, todos la miraron.

Al morir Bart *el Rojo*, el peligro que Alison podía correr de morir como

su madre a manos de aquel asesino era nulo, pero el capitán se

resistió. Su

hija, lejos de él, podría tener cientos de problemas y, además, ¿qué iba a

hacer sin ella?

Alison, al ver que no decía nada, insistió:

—Papá, tíos, la vida en el mar es lo que me ha tocado vivir, pero

también sabéis que siempre he querido…

—¡Ni hablar! —la interrumpió el capitán—. Eres mi hija. Te quiero

viva, y si alguien en Escocia te descubre morirás. Olvídalo. Nadie te

protegerá como yo. No sigas por ahí.

—Pero, papá…

—Francesca, he dicho que no. ¡Obedece!

Oír eso enfadó aún más a la joven, que, clavando la mirada en aquel,

siseó:

—Tengo veinticinco años. Bart *el Rojo* ha desaparecido y…

—No solo él quería verte muerta —la cortó su padre—. Hay otros

muchos que disfrutarían matándote.

—Que lo intenten y me defenderé…

—¡Maldita cabezota! —gruñó él.

—¡Quiero vivir! —exigió de nuevo—. El peligro siempre formará parte

de nuestras vidas. Pero, papá, ¿acaso no crees que merezco probar otra vida

diferente?

—No sabrás vivir en tierra. Tu vida está aquí, junto a mí. Soy tu padre,

te quiero y te protejo. Nadie lo hará tan bien como yo, ¡olvídalo!

Pero, desesperada, la joven no quería dar su brazo a torcer.

—¿De verdad crees que quiero pasar toda mi vida en este barco?

Jack Moore no respondió. Le gustara o no, su hija tenía parte de razón.

—Orquídea —indicó entonces Roy—, tu padre tiene razón. Por

desgracia, la realidad es esa y lo mejor para ti es…

—¿En serio me estáis diciendo que nunca podré tener una vida normal?

¿De verdad pretendéis que mi vida sea el mar, que no me enamore, tenga

hijos e intente ser feliz?

— *Ma petite*, ¿quieres enamorarte? —preguntó Armand.

—Probablemente…

—¿Y tener hijos? —preguntó su tío Marco sorprendido.

Alison se encogió de hombros y, sin saber qué decir, musitó:

—Y yo qué sé tío. —A continuación ninguno habló, todos se miraban

entre sí, y la joven insistió—: Os quiero porque sois mi familia. Daría mi

vida por todos vosotros, pero yo necesito…

—¡No! Y no hay más que hablar, Francesca. No pisarás Escocia —la

cortó su padre.

Alison apretó los puños enfadada. Estaba cansada. Comenzar una nueva

discusión con su padre y con sus tíos sería agotador, y, cerrando los ojos,

suspiró y su padre agregó:

—Ese suspiro contiene todo lo que no dices con palabras.

Ella lo miró molesta. Lo quería. Amaba a su padre y a sus tíos, pero la vida en el mar y la soledad que conllevaba se le hacían más cuesta arriba cada día. E, intentando utilizar las mejores palabras para hacérselo entender, iba a hablar cuando su padre continuó:

—Cuando naciste y vimos que eras una niña, tu madre me hizo prometer que te protegería toda la vida. Y cuando ella murió, mi protección hacia ti se redobló. Pero creciste. Te convertiste en una mujer y comenzaste a decidir por ti misma cosas que sabes tan bien como yo que nunca te reproché. —Alison asintió. Sabía que se refería a sus escarceos con los hombres—. La vida en el mar es dura. Lo sé, Francesca. Lo sé. Pero has de entender que alejada de mí, y especialmente en Escocia, te pueden pasar cosas terribles, y yo como padre tuyo que soy quiero evitarlo.

—Gracias por tu protección, papá, pero tú me has enseñado a vivir sin miedo y… y hay algo dentro de mí que me pide a gritos que cambie de vida, y para ello he de ir a Escocia.

—Pero ¿por qué Escocia? —insistió él.

Alison sonrió y, omitiendo que Conrad McEwan estaba allí, indicó:

—Quizá porque soy mitad escocesa o porque los recuerdos de tu tierra siempre te emocionan cuando hablas de ella. El caso es que quiero conocer el país. Y si mamá estuviera aquí sé que me apoyaría te pusieras como

te

pusieses, porque sin duda querría que fuera feliz; ¿o acaso crees que no

sería así?

Los hombres se miraron entre sí y Armand, en un hilo de voz, susurró:

—¿No eres feliz, *ma petite*?

Sintiéndose fatal por cómo todos la miraban, Alison suspiró.

—Tío Armand, todos vosotros me hacéis feliz. Pero deseo disfrutar de

todas esas cosas que siempre se me han negado por nacer en este barco y

ser la hija del capitán.

La tristeza que la joven vio en los ojos del francés por lo que acababa de

decir le rompió el corazón.

—Papá —prosiguió—, quizá tras quince días en Escocia sienta la

necesidad imperiosa de regresar a *La Bruja del Mar* contigo porque,

efectivamente y como tú dices, puede que no me acostumbre a vivir allí.

Pero eso no lo sabré hasta que lo pruebe.

El capitán Moore finalmente asintió. Llevaba tiempo temiendo que

llegara ese momento. Y, comprendiendo que no podía seguir mirando hacia

otro lado y que su hija merecía la oportunidad de vida que reclamaba,

repuso:

—No podrás decir que eres mi hija.

—¡Por el culo de Neptuno, lo sé!

—Ni tampoco hablar así, *amore mio* —le recriminó riendo su tío

Marco.

La joven sonrió y luego, mirando a su padre, afirmó:

—Papá, sé que una vez en tierra he de evitar decir quién soy. Y aunque

eso me duele en el alma, porque tengo al mejor padre del mundo, sé que es

importante para sobrevivir.

El capitán afirmó con la cabeza.

—Me gustaría que todo fuera diferente, Alison —musitó con voz

pesarosa—, pero la realidad es la que es. Yo no puedo pisar suelo escocés.

No puedo acompañarte, hija mía.

Con una tierna sonrisa, la joven asintió, y él tomó aire y luego declaró:

—En tierra firme, en vez de decir que te llamas Alison Francesca Isobel

Marguerite Orquídea Moore, dirás que te llamas Alison Francesca Isobel

Marguerite Orquídea Wilson.

Oír eso hizo sonreír a la joven, que musitó con un gesto gracioso:

—¿Qué tal si lo dejamos solo en Alison Wilson?

Jack sonrió y Armand, tras mirar a Roy y a Marco, afirmó:

—Será lo más acertado, Marguerite.

Sin poder creerse lo que estaba consiguiendo, ella iba a hablar cuando

su padre añadió:

—De acuerdo, Francesca. Te dejaré en tierra. En mi amada Escocia,

aunque yo no la pueda pisar, y tendrás que vivir sin nosotros. Y eso

significa no meterte en problemas.

—Lo sé —afirmó ella mientras sonreía y pensaba que lo primero que haría tras buscarle un hogar a la niña sería ir a por Conrad McEwan y matarlo.

—Para eso has de refrenar tu arrojo, pensar las cosas antes de hacerlas y, sobre todo, cerrar esa boca malhablada que sueles tener.

—Probablemente —afirmó ella pestañeando como una dulce jovencita.

Mientras caminaba de un lado a otro del camarote para templar sus nervios, Jack gruñó al oírla:

—¡Probablemente…, probablemente! Cada vez que dices esa palabra me fío menos de ti.

—Papá…

El hombre tomó aire para tratar de serenarse.

—Tus tíos y yo te hemos enseñado modales como hemos podido o, mejor dicho, ¡como nos has dejado! Sabes ser una mujercita dulce, cálida y graciosa cuando es necesario y un fiero guerrero cuando no queda más remedio. Eso sí, no cocines porque eso, cariño mío, no es lo tuyo. —Alison soltó una carcajada y su padre finalizó emocionado—: Y, dicho esto, espero que seas juiciosa.

Todos la observaban en silencio cuando el capitán, mirando al japonés, que estaba junto a su hija, indicó:

—Matsuura, eres un hombre de mar y un buen marinero. Siendo Francesca un bebé os pedí a ti, a Ragnar y a Edberg que la cuidarais y

la

protegierais como si se tratara de vuestra propia hija. Pero llegados a este

momento te relevo de…

—Iré a donde ella vaya —lo cortó aquel.

Alison no se sorprendió. Oír eso alivió al capitán, que añadió para

ponérselo difícil a su hija:

—Vivirás sin lujos.

—¡Papá!

—¡Jack! —protestaron todos.

—Vivir sin lujos significará que nadie le hará preguntas ni se interesará

por su procedencia —explicó él. Los demás asintieron y el capitán

prosiguió—: Como dice Roy, llegaremos para la fiesta del castillo, por lo

que habrá mucha gente y nadie te mirará de un modo especial.

La joven resopló. Vivir sin lujos no era precisamente lo que había hecho

durante toda su vida. Por ser su padre quien era, nunca le había faltado

comida, ni una cama calentita, ni nada que deseara. Pero, le gustara o no, su

padre tenía razón. Entonces vio que él se quitaba el broche que llevaba

prendido en la camisa.

—Llévatelo. En caso de apuro lo puedes vender.

Al ver lo que le entregaba, ella parpadeó y el capitán señaló:

—Ya sé que es el primer broche que hiciste y me regalaste. Pero, como

bien sabes, en un momento de necesidad, las joyas que hay en él te

ayudarán. —Alison cogió el broche y, tras guardárselo en el bolsillo, su

padre añadió—: No te apures si has de venderlo. Lo vendas a quien se lo

vendas, lo volveré a recuperar. Pero si se lo vendes a Pinwi, me facilitarás

las cosas.

Alison parpadeó entre feliz e inquieta. ¿Sabría ella vivir fuera del mar y

sin dinero?

—Estarás seis meses en tierra, ni un día más —indicó él cogiendo una

botella.

—Papáááááá…

—Y mi consejo es que te andes con ojo y no vayas dando cabezazos ni

clavando dagas y puñales a todo el que se te acerque, porque mi deseo es

que no termines en la horca.

—¡Pero ¿qué dices?! —gruñó enfadada.

—Isobel, ¡es importante que recuerdes lo de los cabezazos! —se mofó

su tío Marco.

—Dudo que lo recuerde —cuchicheó el francés mirando el chichón que

tenía.

Todos comenzaron a hablar entre sí hasta que la joven oyó a su padre

decir:

—Conoce a quien te plazca. Diviértete, pero cuida tu corazón. No

quiero verte sufrir.

—Papá…

—Hija, bien sabes que no me meto en tu disfrute personal en ciertas

lides, pero ten cabeza y recuerda que ningún hombre en el mundo, una vez

que sepa quién eres en realidad, te respetará ni te querrá, ¿entendido?

—Entendido.

—Pobres escoceses —se mofó Marco—. La dulce tortura que se les

viene encima.

Oír eso hizo que los hombres rieran a carcajadas, y el francés,

observando el gesto de la joven, afirmó:

—Estoy de tu lado. Este momento tenía que llegar tarde o temprano, y

recuerda eso que te he dicho muchas veces: la vida es corta y pasarlo bien

es lo que importa.

La joven asintió y su tío Marco, que la adoraba, terció:

—Isobel, *amore mio*, cuando quieres sabes pestañear y sonreír con

amabilidad. Te hemos enseñado, por lo que simplemente ponlo en práctica,

en lugar de blasfemar como el peor de los hombres y liarte a puñetazos. Eso

sí, si alguno se propasa, ¡sácale los ojos y luego hazte unos pendientes con

ellos!

—No tiene por qué volver a suceder lo que pasó con el gusano de

Con…

—Tío Roy, ¡ni lo nombres! —lo cortó la joven.

Era mejor no mencionar el nombre de Conrad McEwan, y el francés,

dispuesto a terminar con aquel mal momento, comentó:

—¿Recordáis cómo corría el hijo del comerciante Lucho Piarse el año

pasado en el puerto de Génova, cuando el imprudente intentó cortejarla?

—Es que no me gustaba —indicó la joven.

—¿O aquel otro al que nuestra Orquídea lanzó por la proa cuando quiso

coger su mano?

—Tío Roy, ese hombre apestaba —afirmó ella.

—Y no hablemos del español al que esta descerebrada ató a la mesana

en el puerto de Barcelona.

—Ese era un osado y se lo merecía —susurró ella.

De nuevo, todos soltaron una risotada al recordar al que había atado por

los pies al palo más cercano a la popa. Ella también rio. Aquellos recuerdos

eran divertidos.

—Te acompañarán diez de mis hombres —añadió entonces su padre —.

Pero por tu bien y el de ellos te recomiendo que no te metas en problemas,

porque si algo les pasa a ellos, yo no estaré cerca para ayudarte. —La

sonrisa de la muchacha se desvaneció cuando él dejó la botella sobre la

mesa y continuó—: Cuando los seis meses de libertad que te concedo en

tierra concluyan, te pongas como te pongas regresarás conmigo a *La*

del Mar. Tu lugar está aquí. Junto a mí.

Conocedores del genio de aquella, los hombres la miraban a la espera de

que montara en cólera y volaran dagas y cuchillos por los aires.

Alison, que lo sabía, apretó los puños y respiró hondo. No iba a darles el

gusto. Ella era fuerte, decidida, resolutiva. Criarse entre hombres la había

hecho así. Pero su rudeza y decisión eran lo que en tierra firme no podía

practicar. En tierra firme debía ser una simple mujer, Alison Wilson, y no la

intrépida hija del capitán Jack Moore.

Escuchaba sin decir nada a aquellos a los que adoraba cuando su mirada

se encontró con la de Matsuura. En silencio, aquel hombre le habló. Con la

mirada le dio fuerza, seguridad, valor, y a su manera le imploró que

cambiara su presente para labrarse un futuro.

Ella era una mujer, ¿acaso no iba a saber desenvolverse como tal?

Alison se removió inquieta.

Aquello que de niña tanto había deseado estaba ocurriendo.

Ya no era una chiquilla inexperta en lo que a los sentimientos se refería.

Ya era una mujer fuerte y curtida. Una mujer independiente y guerrera

necesitada de aquella libertad y sobre todo de ver muerto a Conrad

McEwan.

Seis meses alejada de su padre, de sus tíos y del mar era algo tentador.

Mejor eso que nada.

Estaba pensando en ello cuando de pronto recordó lo que tío Edberg y

Leisy le habían dicho aquel día antes de morir: las situaciones del pasado no

debían determinar su futuro.

¿Y si seguía ese consejo?

¿Y si vivía aquellos seis meses todo lo que podía y más?

Por ello, y cogiendo a la pequeña de brazos de su padre, tras mirar a

Matsuura, que asintió mientras aquel abandonaba el camarote, la joven

soltó:

—No hay más que hablar. Seré Alison Wilson.

Su voz hizo que todos se callaran sonriendo para no demostrarle lo

mucho que los asustaba su decisión, y entonces ella dijo acercándose a la

botella que su padre había dejado sobre la mesa:

—Nos quedaremos en Escocia seis meses, pero solo Matsuura, Siggy y

yo.

—¡¿Cómo?! —gritaron todos al unísono.

—¿Qué es eso de que solo Matsuura y tú? —la cortó Moore—. ¿Te has

vuelto loca? ¿Acaso no piensas en tu seguridad?

Suspirando, la joven asintió.

—Precisamente pensando en mi seguridad declino la oferta de que me

acompañen los hombres. ¿Te imaginas a alguno de ellos en tierra

firme más

de tres días? Papá, ¡son hombres de mar! ¡Piratas! Piénsalo…, si la idea es

que nadie sepa que soy tu hija, ¡la maldita Joya Moore!, lo mejor es que no

me acompañen o toda Escocia se enterará de que la hija del capitán Jack

Moore está allí.

Todos guardaron silencio. Sin duda la joven tenía razón.

—Sé defenderme solita y bien lo sabéis todos. Y con Matsuura a mi

lado tengo más que suficiente.

—Alison…, Frances…

—No, papá, ¡no empieces! —lo cortó—. Tú pones tus condiciones y yo

pongo las mías. ¿Tan difícil es llegar a un entendimiento? Tú has dicho seis

meses. Y yo acepto con la condición de que no os quiero ver a ninguno

cerca. Escocia es peligrosa para vosotros, así que ¡os quiero lejos! —De

nuevo, los hombres se miraron y el capitán carraspeó incómodo cuando su

hija añadió sin apartar la mirada de él—: Matsuura y yo viviremos de la

venta de mis joyas, por lo que necesitaré material para realizarlas y…

—Te daré lo justo…

—Papá, ¡no seas tacaño! —protestó ella.

Jack Moore quería ponérselo difícil. Darle lo justo y necesario podría

significar que ella regresara en breve a *La Bruja del Mar*.

—Has pedido tu libertad —indicó— y, por muy hija mía que seas, te

irás con lo justo. Además, con el broche que te he dado, si lo vendes tendrás

más que suficiente para vivir.

Oír eso le pareció inaceptable a Alison. ¿Por qué su padre tenía que ser

así? ¿Por qué se lo tenía que poner siempre todo tan difícil? Pero, deseosa

de hacerle ver que no lo necesitaba para sobrevivir, sentenció:

—Muy bien. ¡Me llevaré lo justo! No necesito más.

Los hombres hablaban, se quejaban. La muchacha no tenía por qué

pasar calamidades pudiendo vivir holgadamente. Pero el capitán Moore no

dijo más.

¿Su hija lo dejaba? ¿En serio se iba a separar seis meses de ella? Pero

¿por qué había aceptado y le había dado su libertad?

Estaba sumido en sus preguntas sin respuestas cuando miró a Alison y

sonrió. En breve comenzaría el terrible frío y las nevadas en las Highlands.

Sin dinero, con frío y sin hogar, su hija no tardaría en regresar a *La Bruja*

del Mar.

Al ver el gesto desconcertado de su padre y del resto de los hombres,

que habían pasado de las risas a la preocupación, tras dejar a la pequeña en

brazos de uno de sus tíos Alison puso una mano sobre la botella de whisky

y otra sobre su corazón.

—Yo, Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea Moore, como

tripulante de *La Bruja del Mar*, acepto el trato hecho con el capitán Moore

—declaró—. Estaré en Escocia seis meses y después prometo regresar al

barco.

Que la joven hiciera aquello, prometer algo con una mano sobre una

botella y la otra sobre su corazón, para ellos era dar su palabra. Cuando

terminó, Alison retiró la mano de la botella y cogió de nuevo a la pequeña.

—Una vez en Escocia necesitaré una carreta que nos sirva de resguardo

por la noche y de puesto para la venta de mis joyas de día. Eso, y unos

buenos caballos para que nos podamos mover. —Y, clavando la mirada en

su padre, que estaba atónito, matizó—: ¡Y no se te ocurra decirme que no o

te juro por Yemayá que maldeciré tu nombre todos los días de mi vida!

El capitán asintió sin dudarlo. Tampoco quería que su hija durmiera en

el suelo.

Complacida, Alison sonrió y, sin revelarles lo que realmente quería

hacer en Escocia, indicó:

—Seis meses de mi vida que sin duda aprovecharé.

Todos se miraban sin decir una palabra cuando el capitán, sacando el

recién recuperado anillo de su mujer, lo contempló con amor y susurró

tendiéndoselo a su hija:

—Es tuyo.

—Papá…

—Tu madre querría que lo tuvieras tú.

Ella lo miró. Sabía lo especial que era aquel anillo de boda para su padre.

—Quiero que lo guardes tú. —Sonrió—. Es un anillo de boda y yo no tengo ninguna intención de casarme.

Padre e hija se miraron. En ocasiones las palabras sobraban, y esa era una de ellas.

Todos se quedaron de nuevo en silencio y la joven, al ver la emoción en el rostro de todos aquellos a los que la gente llamaba «fieros piratas», dijo sonriendo por la aventura que le esperaba:

—Me rugen las tripas y a Siggy también. ¡Zarpemos cuanto antes!

Una vez que salió del camarote con la pequeña, el corazón le iba a mil.

Lo que iba a hacer era una locura.

Pero ¿cómo se le había ocurrido proponerlo siquiera? ¿Qué iba a hacer ella durante seis meses en Escocia?

Estaba pensando en ello cuando llegó a cubierta. Allí se encontró con Matsuura y, acercándose a él, le preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme?

—Sí, pero has de prometerme una cosa.

—Sabes que yo no prometo.

Al oír eso, el japonés sonrió.

—Tienes que prometérmelo.

—¿El qué?

Matsuura acercó el dedo con cariño a la punta de la nariz de aquella y,

mirándole la frente, cuchicheó:

—Nada de chichones.

Ambos rieron y finalmente ella murmuró:

—Solo diré… probablemente.

Matsuura iba a protestar cuando de pronto notaron un tufillo raro y

Alison, entregándole a la niña, exclamó:

—Por Tritón…, esta niña es peor que una mofeta.

Y, dicho eso, huyó mientras él sonreía con la pequeña Siggy en brazos y,

posteriormente, mientras le cambiaba el paño, le comenzó a hablar en

japonés. La hija de su hermano debía aprender.

Horas después, en cuanto los marineros le dieron de comer a Siggy con

mimo en la cocina, Matsuura se la llevó a Alison. La joven la besuqueó con

cariño y la niña sonrió. Era tan bonita… Durante un rato jugó con ella,

hasta que, cerrando los ojitos, la pequeña se durmió sola. Alison la dejó

sobre su camastro y la miró.

¿En serio iba a ocuparse de ella?

Un buen rato después, cuando comprobó que estaba totalmente

dormida, cogió un viejo joyero y lo abrió. Allí había algunas joyas que

habían pertenecido a su madre y a su abuela. Unas joyas más sentimentales

que costosas, que guardaba y atesoraba con devoción y que solo utilizaba en

momentos muy especiales, y a las que ahora se sumaba aquel impresionante

anillo.

Tras admirarlas, se colocó unos grandes pendientes redondos en las

orejas, y en las muñecas unas pulseras y unos labrados brazaletes de plata.

Hecho eso, cogió una caja que contenían unos polvos color ocre dorado.

Echó unas gotas de agua sobre un plato e hizo una pasta con los polvos.

Cuando acabó, mirándose en un espejo, se trazó con aquellos polvos

dorados una línea en mitad del rostro. Después se impregnó las palmas de

las manos con los mismos polvos y, tras comprobar que la niña seguía

durmiendo, salió del camarote.

En cubierta vio a Matsuura sentado en la popa con los ojos cerrados. Sin

duda estaba con aquello que él llamaba «meditación».

Sin hacer ruido, se sentó a su lado. Él, como ella, llevaba la misma línea

pintada en la mitad del rostro y las palmas de las manos doradas. Ambos

debían hacer algo.

Un buen rato después, tras meditar como el japonés le había enseñado,

bajo la atenta mirada de varios de los que allí estaban, incluido el capitán

Moore, se levantaron y caminaron hacia la proa del barco.

A continuación ambos miraron a la luna y, tras hacer varios

movimientos lentos y ondulantes con los brazos y los pies, se colocaron las

manos ante el rostro con las palmas ocres mirando hacia el exterior, y el

japonés, al ver que ella no podía hablar por la emoción del momento,

murmuró:

—Valeroso hermano y amado tío Edberg, ha sido un honor para

nosotros estar a tu lado todo este tiempo. Que los dioses y la luz de nuestras

manos faciliten la andadura de tu camino y creen ese hilo eterno entre

nosotros para que algún día nos volvamos a encontrar.

Y, dicho eso, Alison y Matsuura cerraron los ojos y sonrieron

emocionados.

Capítulo 6

Edimburgo

Harald caminaba por las calles repletas de gente de Edimburgo acompañado

de Aiden, Zac, Peter, el padre Murdoch y Alastair. La fiesta en el castillo

había atraído a la ciudad a infinidad de personas con ganas de disfrutar y

pasarlo bien.

Mientras Demelza, Sandra y Adnerb, animadas por esta última, que

quería comprar unas telas, se acercaban al mercadillo, los hombres se

dirigían hacia la zona donde estaba el ganado. Especialmente los caballos.

Querían verlos y comprobar si eran lo que esperaban. Les habían hablado

de una excelente partida de caballos nórdicos y sin duda no se lo querían

perder.

Una vez que llegaron al lugar donde estaban los animales a la venta, el

padre Murdoch miró a unos jóvenes que se besaban y musitó al tiempo que

se santiguaba:

—Por los santos clavos de Jesucristo, las barbaridades y las indecencias

pecaminosas que uno tiene que ver…

Al levantar la vista, los demás vieron a la pareja besándose con deseo en

una esquina y, riendo, Peter McGregor repuso:

—Padre…, son jóvenes, ¡debéis entenderlo!

Pero el cura negó con la cabeza y se apresuró a replicar:

—Peter McGregor, ¡mejor cállate! Tú precisamente no eres ejemplo de

virtud y decoro. ¿Acaso crees que no sé que cada noche compartes lecho

con una moza diferente?

El aludido sonrió y, tras intercambiar una sonrisa con Harald, respondió:

—Padre, soy un hombre libre y sin compromiso y…

—Muchas de las mujeres con las que se te relaciona no están libres,

¡están casadas! Pero, muchacho, ¿acaso te gustaría que eso te lo hicieran a

ti?

El gesto de Peter cambió al oír eso, y Aiden, que sabía lo recto que era

aquel cura, indicó:

—Mejor dejemos el tema.

—Mejor —convino Harald.

El padre Murdoch maldijo y, volviendo a mirar a los muchachos que se

besaban, gritó levantando la voz:

—¡El fornicio es lo único que os mueve…, arderéis en el infierno!

Todos rieron a carcajadas al oírlo, y el cura, tomando aire, añadió:

—No sé por qué os reís. Solo diré una cosa: si yo fuera el padre de esa

moza o de ese mozo, los casaba ahora mismo. Si quieren disfrutar del

pecado de la carne, que cumplan con el santo matrimonio primero.

Todos rieron de nuevo y entonces Harald, señalando unos caballos que

había más allá, dijo para acabar con el tema:

—Los caballos que buscamos sin duda son esos.

Y así era. Aquellos caballos nórdicos eran una maravilla. Los hombres

se interesaron por ellos, y enseguida un impresionante caballo moteado

negro y blanco llamó la atención de Harald. Era un animal magnífico,

robusto, guerrero.

Rápidamente se acercó a él. Era un buen semental. Con curiosidad,

Harald le abrió el hocico, le miró las orejas, tocó sus patas y, cuando estaba

seguro de que aquel caballo era una buena compra, oyó que alguien decía a

su lado:

—Por las barbas de Neptuno…, ¡qué impresionante!

Harald volvió entonces la cabeza hacia su derecha para encontrarse con

una mujer que, mirándolo, le preguntó:

—¿Es tan bueno como parece?

Aquella mujer era más bajita que él. Morena, ojos oscuros y un rostro

dulce y agradable a la vista. Harald paseó sus azules ojos por ella con

curiosidad y, tras comprobar que vestía pantalón de cuero y botas altas,

respondió:

—Este semental tiene una corpulencia poderosa, a la par que es fuerte y

elegante. Sin duda es una buena compra.

Alison, que no entendía nada de caballos pero sí algo de hombres,

asintió.

—Sin duda tienes toda la razón.

Lo primero que había soltado por su boca había sido en referencia a él,

que realmente ¡era impresionante! Tan rubio…, tan alto…, con esos ojazos

azules. Pero, por suerte, él no se había dado por enterado.

Aquel tipo, que había llamado su atención antes que el caballo, era

todavía más atractivo visto de cerca. Pero, consciente de que debía controlar

su descaro a la hora de hablar, porque ya no estaba en el barco y debía

comportarse como una señorita, musitó mirando al animal:

—Impresionante lo que dices.

Harald prosiguió alabando al caballo. Sin duda le había gustado. Y,

consciente de que le había aclarado las dudas en lo referente al animal y de

que si no era rápida él se lo iba a llevar, Alison soltó entonces mirándolo

con chulería:

—Estás tardando en retirar esa manita de su hocico o tendré que

quitártela yo.

Sorprendido, él volvió a mirarla.

—¿Has dicho algo?

—Lo que has oído —replicó ella—. Ni más, ni menos.

Entre boquiabierto y divertido por sus palabras, Harald repuso:

—Pero ¿qué dices, mujer?

Maldiciendo para sus adentros por no haber controlado su boca, ella

resopló, pero de nuevo fue incapaz de recular y soltó:

—Lo que oyes. —Y, alargando el brazo hacia la espada que llevaba en

la cintura, le advirtió—: La manita fuera de mi caballo ¡ya!

Harald parpadeó. ¿En serio lo estaba amenazando? Y, no dispuesto a

tener líos con aquella ni con nadie, tras retirar la mano del animal,

preguntó:

—¿Es tuyo?

Alison sonrió al oír eso. El acento de aquel hombre al hablar en gaélico

en cierto modo le recordaba al de su fallecido tío Edberg y eso le gustó.

El caballo aún no era suyo, pero sin duda lo iba a ser, por lo que afirmó:

—Probablemente.

Dándose por vencido, Harald se encogió de hombros y susurró antes de

alejarse:

—Excelente compra.

—¡Lo sé!

Cuando él se marchó, Alison sonrió satisfecha. Lo había engañado.

Había recabado la información que necesitaba en cuanto al animal, por lo

que, asiéndolo de las crines, se acercó hasta el vendedor y comenzó a hablar

con él.

Una vez que Harald llegó de nuevo hasta donde estaba el grupo, Aiden,

que lo había visto charlar con la joven junto al caballo, dijo:

—¿Quién era ella?

Consciente de por quién le preguntaba, el vikingo contestó con gesto

hosco:

—Nadie.

Aiden asintió al tiempo que Peter se reunía con ellos y, siguiendo la

dirección de su mirada, preguntó:

—¿Cómo se llama esa preciosidad?

—Al parecer, se llama « *nadie*» —respondió Aiden divertido.

Harald los miró. Peter y Aiden rieron divertidos por aquello, pero él gruñó molesto:

—Con Demelza ya tengo bastante. Por favor, no empecéis vosotros también.

Sin decir nada más, sus amigos asintieron y, dándose la vuelta, se encaminaron hacia donde estaba Zac junto al padre Murdoch, admirando otro de los caballos.

Poco después, cuando examinaban a otro de los animales, los ojos de Harald volvieron a encontrarse con la joven, que parecía regatear con uno de los vendedores. Eso llamó su atención y, cuando finalmente vio que ella sacaba de su talega unas monedas y se las entregaba al hombre, maldijo sin dar crédito. Pero ¿cómo se había dejado engañar así?

De inmediato apartó la mirada. Pero el engaño de aquella le escocía y, tras dar media vuelta, se acercó a ella y se detuvo a su espalda.

—¿No habías dicho que era tuyo?

Alison se volvió, lo miró y parpadeó con mofa.

Cuanto más lo veía, más le gustaba. Tan limpio, tan aseado, tan bien vestido…

Pero estaba claro que se había dado cuenta de su engaño y, cuando iba a

responder, aquel enorme escocés rubio de extraño acento preguntó en tono

hosco:

—Mujer, ¿acaso me tomas por tonto?

—Probablemente…

—¡¿Qué?! —gruñó Harald.

Alison sonrió. Sabía por su padre que en muchas ocasiones una sonrisa

burlona lo decía todo y, efectivamente, aquella sonrisita sacó de sus casillas

a Harald, que, sorprendido, vio cómo ella se le acercaba y, empinándose

para llegar a su cuello para olerlo con disimulo, susurró:

—Un poco tontito sí eres.

Él la observó boquiabierto por su desfachatez. ¿Desde cuándo una

mujer osaba llamarlo *tontito*?

Y cuando iba a contestar, ella le soltó sin ningún tipo de decoro:

—¿Alguna pregunta más?

Harald no respondió. Aquella mujer era una descarada, y si le respondía

no iba a ser nada bonito.

—Pues ¡adiós! —añadió ella—. Tengo muchas cosas que hacer.

Y, sin más, dio media vuelta y se alejó de él junto al caballo, consciente

de lo bien que olía aquel hombre y de lo mucho que le había gustado.

El nórdico la miró con gesto fiero. Que lo tomaran por tonto y encima

se lo dijeran a la cara no era en absoluto agradable.

—¿De nuevo charlando con… nadie? —le preguntó Aiden, que se

había

acercado a él.

El vikingo lo miró, pero, al ver su gesto de guasa, finalmente sonrió

meneando la cabeza e indicó señalándolo con el dedo:

—Vayamos a comprar esos caballos antes de que nos los quiten.

Capítulo 7

El mercadillo estaba animado.

El olor a cerdo asado y a especias llenaban las fosas nasales de los

presentes, Alison, desviándose, se encaminó a la calle de las joyas y, tras

atar al caballo, se puso la capucha de su capa y entró en una de las tiendas.

De inmediato se fijó en un hombre bastante mayor que, al verla entrar,

se levantó trabajosamente de su silla y preguntó:

—¿En qué puedo ayudaros, milady?

Según oyó eso, Alison sonrió y, al ver que estaban solos, dijo:

—Busco al dueño de la tienda.

El hombre clavó la mirada en ella e iba a responder que él era el dueño

cuando esta, quitándose la capucha, lo saludó:

—Hola, tío Pinwi.

El hombre sonrió al reconocerla. Ante él tenía a Alison, la hija del que

fue su capitán durante muchos años, y abriendo los brazos exclamó:

—Cáspita, Bicho, ¡ven aquí!

Encantada, ella lo abrazó y luego Percival, caminando hacia la puerta, la

cerró con llave y volvió a su lado.

—Por todos los santos, muchacha —dijo a continuación bajando la voz

—, ¿qué haces aquí? Si alguien te reconoce, te meterás en un buen lío. ¿Tu

padre lo sabe?

Feliz por el encuentro, ella rápidamente le contó todo lo sucedido para

que se tranquilizara y, cuando acabó, el hombre musitó sorprendido:

—¿Alison Wilson? —Ella asintió y él, sentándose en una silla,

cuchicheó—: Si yo fuera tu padre, nunca te habría permitido esta locura.

Pero ella sonrió y se encogió de hombros.

—Por suerte para ti, no lo eres, ¡y aquí estoy!

A continuación estuvieron charlando y riendo durante un buen rato,

hasta que él, mirando el broche que la joven llevaba en la pechera de su

camisa, señaló:

—No deberías llevar eso ahí, tan a la vista.

Alison se miró el broche, había sido el primero que ella había

confeccionado muchos años atrás, e indicó:

—Tranquilo, tío Pinwi. Por fortuna, casi nadie entiende de joyas.

—Su venta te permitiría vivir holgadamente, muchacha —comentó él

—. ¿Por qué no lo haces y vives en mejores condiciones que en una vieja

carreta como ha propuesto el mísero de tu padre?

—Porque viviendo en esa vieja carreta nadie imaginará que soy la

terrible y sanguinaria hija del pirata Moore.

Ambos rieron por aquello. Las cosas que se decían en referencia a ella eran la mayoría inventadas.

—Tienes toda la razón, Bicho, y tu padre ha pensado bien —asintió el hombre y, mirándola, añadió—: Pero ya sabes, si alguna vez necesitas vender ese precioso broche, ven a mí. Yo te pagaré lo que vale y no te engañaré.

—Lo sé, tío Pinwi. Lo sé. —Ella sonrió.

Dicho eso, prosiguieron hablando durante un rato más, hasta que finalmente se despidieron y Alison se marchó. Por el bien del anciano, cuanto menos la vieran con él, mejor.

Pañeros, peleteros, merceros… Puestos de fruta, de pescado fresco o en

salazón, hilos, telas de seda, cobres cincelados, joyas, carnes… Todo

aquello era bienvenido y deseado en el enorme mercado de Edimburgo.

Adnerb, Demelza y Sandra caminaban encantadas entre los puestos

cuando se detuvieron en uno de especias a comprar canela.

En el siguiente puesto se hicieron con productos medicinales como áloe,

ruibarbo y jábega, y poco después, en otro, Adnerb les hizo adquirir agua de

rosas para sus noches de pasión.

Gustosas y felices caminaban por el mercado cuando esta última, de pronto, al ver un puesto enorme, se llevó la mano a la boca y susurró echando a correr:

—Muero de amorrrrrr.

Sandra y Demelza intercambiaron una mirada y luego la primera

preguntó:

—¿Cuántas veces muere Adnerb de amor?

—Infinitas. —Demelza rio.

Divertidas, se dirigieron hacia el puesto donde Adnerb acariciaba con

mimo unas telas de colores. Eran bonitas, diferentes. Y, tras un buen rato de

hablar con el vendedor sobre ellas, la joven decidió comprar una buena

pieza con la que podría hacerse un precioso vestido.

Cuando se alejaron del puesto de las telas, Adnerb se detuvo al ver otro

y musitó:

—No me matéis, pero…

—¿Vuelves a morir de amor? —se mofó Demelza.

Las tres muchachas sonrieron y Sandra, al ver el puesto que señalaba

Adnerb, que era de joyas y bisutería, exclamó encantada:

—¡Me encantannnnnnnn!

—Mira esos pendientes, ¡qué bonitos! —afirmó Adnerb.

Demelza asintió justo cuando veía a una joven llegar con un precioso

caballo negro y blanco que ató junto a otro de color rojizo. Sin duda aquel

impresionante caballo era de raza fiorda, y lo admiró boquiabierta, pues era

una preciosidad.

Matsuura, al ver aparecer a Alison junto a la carreta que habían

comprado, donde tenía expuestas las joyas, la saludó gustoso. Adoraba los

caballos. Siempre le habían gustado mucho, y el porte del que ella había

comprado era impresionante.

Hacía cinco noches que pisaban tierra escocesa.

Jack Moore, para no acercar ninguno de los barcos de su flota a la costa

escocesa, había mandado transportar en una barcaza a Alison, a Matsuura y

a la pequeña Siggy hasta Dunbar.

Una vez allí, sola con Matsuura, tras dejar a la pequeña en el suelo

sobre una manta, la joven y el japonés, que llevaban las palmas de las

manos pintadas de ocre, las pusieron ante el rostro con las palmas hacia el

exterior y, con una sonrisa, se despidieron de aquellos que se alejaban en la

barcaza. No volverían a verse hasta al cabo de seis meses.

Aquel día caminaron durante horas. Alison lo miraba todo a su

alrededor emocionada. ¡Estaba en Escocia!

Esa noche durmieron a la intemperie, agotados, y al día siguiente, en

cuanto amaneció, buscaron un sitio donde comprar una carreta, que

necesitaban para que les ofreciera un techo y seguridad.

Con el poco dinero que el capitán Moore les había dado pudieron

comprar una carreta destartalada y Alison, tirando de su ingenio y de su

sonrisa, consiguió que en el precio de la misma se incluyera un viejo

caballo rojizo al que Siggy miraba completamente asombrada. Sin

duda era

la primera vez que veía uno.

La niña, en los veintitantos días que llevaba a su lado, ya los reconocía

como parte de su vida, y ellos lo comenzaban a disfrutar, a pesar de que la

comunicación aún era complicada con ella en ocasiones.

Cuando Siggy vio al caballo rojizo por primera vez, lo señaló con su

dedito y gritó: «¡Bo! ¡Bo!».

Eso hizo sonreír a Alison, que sin dudarlo decidió llamar *Bo* al animal.

Pero necesitaban otra montura mejor que el viejo *Bo*, y por ello

decidieron invertir parte del dinero que aún tenían en comprar otro en

cuanto llegaran a Edimburgo. Y allí, ante ellos, estaba ahora el precioso

animal.

—¿Esta maravilla de caballo fiordo es tuyo? —oyó Alison a su espalda.

—Probablemente —repuso.

Al volverse se encontró con una muchacha pelirroja, vestida como ella

con unos pantalones de cuero. Su mirada y especialmente su sonrisa le

gustaron.

—Sí. Lo he adquirido esta mañana —añadió.

Demelza asintió gustosa con la cabeza. Qué lástima que su marido o

Harald no lo hubieran visto antes; dirigiéndose de nuevo a la joven

preguntó:

—¿Puedo tocarlo?

Que le preguntara aquello a Alison le pareció curioso. En su mundo

nunca se preguntaba algo así, y afirmó:

—Si él se deja, no veo por qué no.

Con ganas, Demelza se acercó al precioso animal, que rápidamente la

miró. Su conexión con los caballos era algo innato en ella, mágico, y tan

pronto como juntó su frente con la de aquel poderoso fiordo, comenzó a

susurrarle en noruego muy bajito para que nadie la oyera.

Alison la observó con curiosidad. ¿Qué hacía?

Y, tras unos segundos, la extraña se separó de él y comentó:

—Es noble y seguro. Tienes un excelente caballo.

Ella asintió sorprendida. Si aquella lo decía, como lo había dicho el

gigante rubio anteriormente, era buena señal.

En ese instante, un hombre alto y de pelo claro pasó por su lado y, sin

poder remediarlo, Alison lo miró.

Demelza sonrió al ver el descaro de la extraña, y esta cuchicheó

mirándola:

—¿No te parecen extremadamente atractivos los hombres de pelo y ojos

claros?

Eso hizo reír a Demelza, que, encogiéndose de hombros, respondió

pensando en su marido:

—Me van más los morenos de ojos oscuros.

Las dos soltaron una risotada, y luego esta última, mirando de nuevo al

caballo, preguntó:

—¿Qué nombre le has puesto?

Matsuura las observaba complacido, ver a Alison charlando

tranquilamente con otra mujer no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

— *Pirata* —respondió aquella ni corta ni perezosa.

Al japonés se le cortó la sonrisa, en cambio a Demelza se le dibujó una,

y la pelirroja preguntó divertida:

—¿No crees que es un nombre un poco osado?

Alison se encogió de hombros e iba a responder cuando de pronto

Demelza, fijándose en la pequeña que dormía sobre unas mantas,

olvidándose del caballo, preguntó:

—¿Cómo lo hacéis?

Matsuura y Alison se miraron. No la entendían. Y Demelza, señalando a

la pequeña, dijo:

—¿Cómo hacéis para que duerma de esa forma tan placentera?

De nuevo, aquellos dos se miraron y Alison, apurada por no saber qué

responder, explicó:

—La verdad, a Siggy le encanta dormir.

Demelza suspiró y luego afirmó pensando en su pequeña:

—Tengo una hija de una edad parecida y te aseguro que mataría por

verla dormir así. Desde que era un bebé llora mucho. Es intranquila y

dormir, lo que se dice dormir, no es su fuerte. Mi marido y yo la adoramos.

Daríamos nuestras vidas por ella, pero os aseguro que Ingrid en ocasiones

nos hace desesperar por su falta de sueño.

A Alison le hizo gracia oír cómo la joven le contaba eso, y se disponía a

responder cuando oyó que alguien exclamaba:

—¡Malditos asesinos orientales! ¡Muerto y en tu país deberías estar!

—¡Vete al demonio, saco de mierda podrida! —gritó la joven

dirigiéndose al hombre que lo había dicho.

No soportaba que se metieran con Matsuura solo por su procedencia. La

gente odiaba a los orientales porque los temían.

Y estaba dispuesta a machacarlo pero, al ver el gesto de su tío, supo que

debía contenerse y suspiró. Sin embargo, tras unos instantes, una piedra

impactó contra la cabeza del japonés y Demelza, al verlo, gritó dándose la

vuelta:

—¡Serás hijo de Satanás! Ven aquí, que te voy a…

—Milady, no os preocupéis. Estoy bien —indicó Matsuura en gaélico

tocándose la sangre de la herida.

Demelza lo miró con tristeza. Aquel hombre, simplemente por ser de

otra tierra, sufría el rechazo de muchos escoceses, que no se paraban a

pensar por qué estaba allí y, sobre todo, si podía ser buena persona o no.

Eso mismo les ocurría a ella, a Adnerb o a Harald. Si muchos de los que

los rodeaban supieran que eran vikingos, sin lugar a dudas los apedrearían.

Por ello, e incapaz de quedarse quieta, se dio la vuelta y vio al tipo que

había insultado y posteriormente tirado la piedra; caminando hacia él, lo

cogió de la pechera, lo arrojó al suelo y, una vez que lo retuvo apretando la

rodilla contra su torso, siseó:

—Vuelve a hacer lo que has hecho o a abrir tu pestilente boca para decir

una tontería más y te juro que te saco el hígado.

Matsuura y Alison se miraron sorprendidos por la reacción de la

muchacha, pues no estaban acostumbrados a aquello; entonces Sandra se

acercó junto a Adnerb y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Tras soltar al tipo, que se marchó corriendo, Demelza las miró.

—Un idiota que se merecía un pescozón. Nada más —contestó.

Aquella apreciación, tan propia de Alison, hizo sonreír a la joven, y

mirando a Matsuura, dijo al ver la sangre:

—Vamos. Te lo curaré.

—Estoy bien, tranquila. Continúa atendiendo a la mujer. Yo lo curaré.

Y, en silencio, el japonés se retiró hacia la parte de delante de la carreta,

feliz por ver receptiva a Alison en cuanto a conocer a aquellas y dejarse

conocer. Sabía que para ella no era fácil, pero sin duda lo estaba intentando.

Apurada y apenada por lo ocurrido, Alison resopló; sin duda la

procedencia de Matsuura les iba a acarrear más de un problema. De pronto,

Adnerb, al ver a la pequeña dormida plácidamente sobre las mantitas,

musitó llevándose las manos al cuello:

—Ay… Ay… Ay… ¡Que me muero de amorrrrrrrrrrrrrrrr!

Alison parpadeó al oírla. ¿Que se moría? ¿En serio?

—¡Rayos y centellas! ¿Qué te ocurre?

Demelza, divertida al ver la cara de desconcierto de la joven, se

apresuró a aclarar:

—Adnerb es muy exagerada en sus expresiones, y al ver a la niña

dormida le ha parecido tan adorable que por eso ha dicho que muere de

amor. Pero tranquila, que no se muere.

Alison suspiró y, consciente de que tenía mucho que aprender en

aquellos seis meses, afirmó aliviada:

—Me alegra saberlo.

Todas rieron por aquello y a continuación la pelirroja indicó:

—Por cierto, ella es Sandra y yo Demelza. Encantadas de conocerte.

Alison asintió.

—El hombre al que has defendido es tío Matsuura, la pequeñita es

Siggy y yo soy Alison.

—Un placer, Alison —dijo Demelza, que se preguntó qué hacía aquella

joven con un oriental.

Sandra y Adnerb, por su parte, le dirigieron una sonrisa. Era un gusto

conocer gente nueva.

Aquella conversación en tono tranquilo y cordial, sin aspavientos,

insultos o golpes, era algo nuevo para Alison. Por norma, las mujeres con

las que intercambiaba unas palabras, que pocas veces eran buenas, eran las

prostitutas que los hombres de su padre conocían en los puertos.

En ese instante la pequeña Siggy se despertó y Matsuura, que no le

quitaba ojo, para intentar que Alison continuara charlando con aquellas

gentiles mujeres, rápidamente la cogió y se la llevó consigo.

Le daría de comer. Siggy siempre tenía hambre.

Durante un buen rato, las mujeres le preguntaron por las distintas joyas

que tenía a la venta y las preciosas y labradas cajitas de madera, y Alison

les respondió encantada.

Demelza la escuchaba sorprendida por todo lo que aquella sabía sobre

piedras preciosas y en especial sobre otras tierras.

—La piedra de este broche de plata ¿cómo se llama? —preguntó Sandra

mirándola.

—Es una piedra semipreciosa llamada «lapislázuli» —explicó Alison

—. Esa es de Arabia, aunque también se pueden conseguir en sitios como

Sri Lanka y Persia.

—¡Me lo compro! Y esa preciosa cajita labrada de madera también.

¡Muero de amor por ella! —afirmó Sandra haciendo sonreír a Adnerb.

—Por cómo hablas de esos lugares —comentó entonces Demelza—, da

la sensación de que has estado en todos ellos.

—¡Es que he estado!

Pero al observar la mirada sorprendida de aquellas tres mujeres, Alison

se apresuró a añadir, consciente del error que había cometido:

—Repámpanos, ¡era bromaaaaaaaa! —Todas rieron, y ella insistió—:

¿Cómo voy a haber estado yo en esos sitios? —E intentando buscarle una

respuesta lógica afirmó—: Es solo que cuando compro las piedras a los

comerciantes preguntó por su procedencia. Me intereso. Nada más.

—¿Qué significan las iniciales «F. J.» que veo grabadas en todas las

joyas? —preguntó Sandra.

Alison la miró. Aquel era su sello de distinción. «F. J.», Francesca y

Jack. Y respondió sin miedo:

—Son las iniciales del nombre de mis padres. Todas mis piezas lo

llevan.

Demelza asintió, aunque su audaz instinto la hacía intuir que aquella

joven ocultaba algo. Entonces Alison, que era consciente de cómo la

observaba la pelirroja, señaló:

—Bonito broche el que luces.

Demelza sonrió. Aquel broche de plata con una piedra negra había

pertenecido a su padre y anteriormente a su abuelo. Y, tocándolo con mimo,

musitó:

—Gracias. Es una joya familiar.

Rápidamente Alison sacó unos pendientes con unas piedras negras e

indicó mientras se los mostraba, sin percatarse de cómo Demelza se fijaba

en los cortes ya sanados que ella presentaba en sus brazos:

—Son de cristal de roca.

—¿Cristal de roca? —preguntó la joven con curiosidad.

Alison asintió.

—Es agua congelada que con el paso del tiempo se endurece.

Originariamente el cristal de roca es transparente, pero al endurecerse

blanquea y yo, al trabajarlo, lo mezclo con colores hasta conseguir el

deseado. Al ver tu broche con esa piedra negra he recordado estos

pendientes que hice. —Y bajando la voz cuchicheó—: Estoy segura de que

a tu marido le encantará verte con ellos puestos.

Demelza los miró sonriendo. Ella no era una mujer presumida. Nunca la

habían atraído los vestidos ni las joyas, como podían atraer a Adnerb o a

Sandra.

—Es mi regalo por haber dado la cara por tío Matsuura —declaró

Alison.

Al oír eso, la pelirroja negó con la cabeza.

—Oh, no, por favor. ¡Ni hablar! Solo he hecho lo que creía que era

correcto y…

—Y lo correcto en mi caso —la cortó Alison— es ser agradecida por

ello.

—Pero tú vives de esto, de la venta de tus joyas —insistió Demelza

mirando la pequeña y algo desastrada carreta que llevaban.

Alison sonrió. Durante un tiempo, así sería. Pero, consciente de que

regalar aquello no le iba a suponer un gran problema, insistió:

—Por favor, acepta mi obsequio.

Demelza sonrió finalmente y, encantada, asió lo que la joven le tendía y

murmuró observando las iniciales «F. J.»:

—Muchísimas gracias. De verdad. Los guardaré como un bonito tesoro.

Oír eso a Alison le gustó y, bajando la voz, murmuró:

—Como yo guardaré este bonito momento contigo.

Esa frase hizo que a Demelza se le erizara la piel. ¿Por qué la muchacha

decía aquello con tal sentimiento? Y, sobre todo, ¿cómo se había hecho

aquellos cortes en los brazos que parecían de espada?

—¡Decidido! —soltó entonces Adnerb—. Me llevaré este precioso

anillo con zafiros y varios botones de plata.

Alison asintió encantada y, dispuesta a vender, preguntó:

—¿Cuántos botones quieres?

Adnerb repasó mentalmente lo que necesitaba.

—Con ocho bastará.

Sin dudarlo, Alison le entregó lo que le pedía; entonces vio que un

hombre de pelo claro se acercaba a ellas y, tras pasar las manos alrededor de

la cintura de Adnerb, musitaba con dulzura:

—¿Qué compra mi preciosa mujer?

Ella sonrió y respondió mirando a Alastair:

—Un bonito anillo que me hace morir de amor.

—¡Cómo no! —se mofó Alastair.

Zac, que caminaba junto a él, se aproximó a Sandra y, con mimo, tras besarle el cuello preguntó:

—¿Te diviertes, *mo chridhe*?

Esa expresión de amor tan íntima entre Zac y ella hizo sonreír a la joven, que afirmó:

—Ahora contigo cerca mucho más.

A continuación, un hombre alto y moreno de agradable sonrisa se acercó a Demelza. Le dio un beso en los labios y, cuando se separó, Alison musitó en un hilo de voz:

—Ahora entiendo por qué te van los morenos.

Ambas sonrieron y a continuación Demelza, ante la cara de sorpresa de Aiden al reconocer a la joven, dijo:

—Alison, te presento a mi marido, Aiden McAllister. El marido de Sandra, Zac Phillips, y el de Adnerb, Alastair Matheson.

La aludida, al ver que aquellos la miraban, sin saber si hacer una reverencia o no, se quedó tiesa como un palo.

—Un placer conoceros —saludó.

—El placer es nuestro —afirmó Aiden divertido—. ¿Alison qué más?

Al oírlo, la joven iba a contestar cuando se interrumpió y luego dijo:

—Wilson… Alison Wilson.

—¿Dónde están Harald y Peter? —preguntó Demelza entonces con curiosidad.

—Ultimando la compra de unas excelentes ovejas —indicó Zac.

Ella asintió y, con cierta diversión, cuchicheó mirando a la joven:

—Me habría gustado que conocieras a Harald.

—¿Por qué?

Con picardía, Demelza se acercó a ella.

—Porque precisamente moreno no es —susurró.

Ambas reían por aquello cuando Adnerb y Sandra sacaron unas monedas de sus talegas y se las entregaron a la joven para pagar sus compras.

Aiden, sin querer decir que ya había visto cómo aquella muchacha hablaba con Harald, se dirigió a su mujer.

—Harald y yo hemos comprado seis caballos nórdicos excepcionales. Te encantarán. Moses y el padre Murdoch se los han llevado al campamento.

Ella asintió complacida y, una vez que sus amigas terminaron de pagar lo que habían comprado, al ver que otras personas se acercaban al puesto para preguntar, Alison sonrió y murmuró consciente de que debía seguir vendiendo:

—Ha sido un placer conoceros.

Las chicas sonrieron a su vez y Demelza respondió:

—Lo mismo digo.

Y, de la mano de su marido, la pelirroja se alejó expresando la felicidad

que aquel le proporcionaba, mientras Alison los observaba y pensaba cómo

sería sentirse amada por un hombre así.

Capítulo 8

Por la noche, la fiesta en Edimburgo estaba en pleno apogeo. Frente al

castillo de la ciudad la gente bailaba alrededor de las hogueras, cantaba,

bebía. Todo el mundo quería pasarlo bien.

Demelza, que disfrutaba del momento junto a su marido Aiden y sus

amigos, al ver a un ceñudo Harald, se le acercó y cuchicheó:

—Peter McGregor se divierte mucho.

Él asintió y, viendo a Peter reír con una guapa mujer de pelo claro que

lo besaba en ese momento, repuso:

—Si lo ve el padre Murdoch, lo casa.

Ambos rieron por aquello, el cura era excesivo en muchos temas.

—Insisto —dijo Demelza al cabo—, Peter lo pasa mejor que tú.

—Pues me alegro por él.

La joven resopló al oírlo. Nada en el mundo le gustaría más que ver a

Harald disfrutar de la alegría de una fiesta. La última vez que lo había visto

sonreír de verdad había sido en la boda con su hermana Ingrid. Nunca más

había vuelto a verlo reír así, pero cuando se disponía a replicar, Aiden se

acercó a ellos.

—Tengamos la fiesta en paz, que os estoy viendo.

Los dos vikingos intercambiaron una mirada y, sin poder evitarlo,

sonrieron. Pasara lo que pasase y se enfadaran lo que se enfadasen, se

querían una barbaridad, por lo que Demelza, levantándose, le tendió la

mano a su cuñado.

—¿Y conmigo tampoco bailarás? —preguntó.

Sin poder negarse, Harald se puso en pie y, tras recibir un empujón

divertido de Aiden, la siguió. ¡Tocaba bailar!

Complacido, Aiden volvió a sentarse junto a sus amigos y sus mujeres;

disfrutar de aquellos momentos de paz y diversión siempre era algo bueno.

Un buen rato después, Harald y Demelza regresaron y esta se sentó

sobre él, y la felicidad lo inundó.

Disfrutaban charlando y bebiendo cuando de pronto la pelirroja, al ver

que la gente se reunía en corrillos y comenzaba a gesticular con las manos,

preguntó:

—¿Qué pasa?

De inmediato, Aiden envió a uno de sus hombres hasta uno de aquellos

corrillos para informarse. Al poco, este volvió junto a ellos y, mirándolo,

indicó:

—Mi señor, los lugareños afirman haber visto varios barcos pirata por la

costa.

—¡Piratas, qué horror! —exclamó Sandra asustada.

Zac la tranquilizó asiéndola de la mano y Aiden suspiró.

—Si eso es verdad —dijo—, lo más lógico es que alguno haya pisado tierra para disfrutar de la fiesta.

—Y no hacer nada bueno —acabó Harald por él.

—¿Cuándo hacen algo bueno los piratas? —se mofó Peter.

—Nunca —repuso Harald.

Todos se miraban convencidos cuando Alastair, Zac y Aiden, tras hablarlo entre ellos, llamaron a sus hombres y este último dijo:

—Sentimos dar por terminada la fiesta por hoy, pero tenéis que regresar todos al campamento. Los caballos y las ovejas que hemos comprado pueden ser muy golosos para esos piratas y no nos gustaría perderlos.

Sin dudarlo, los hombres asintieron y volvieron al campamento. No había más que hablar.

Una vez que volvió a quedar el grupo inicial disfrutando de la fiesta, Adnerb murmuró:

—Solo oír la palabra *pirata* atemoriza.

—Nada ha de atemorizarte mientras estés conmigo —cuchicheó Alastair.

Todos sonrieron al oír eso pero, sin saber por qué, Demelza recordó a la muchacha que tenía un caballo con ese nombre. Qué curioso…

Capítulo 9

Esa noche, cuando la pequeña Siggy se quedó dormida y Matsuura se

tumbó a descansar, Alison observaba las estrellas sentada en la parte

delantera de la carreta.

Desde pequeña le había gustado admirar aquellos luceros llameantes,

que era como su padre las llamaba. Las estrellas durante años los habían

guiado en el mar. Solo hacía falta que llegara la noche para saber si su

rumbo era o no el bueno, pero, en tierra, de momento no las sabía

interpretar.

Estaba pensando en ello cuando el sonido de las gaitas, las palmas y las

risas procedentes de la plaza que había junto al castillo llegó hasta ellos. Y

Alison comenzó a mover los pies en el acto. Su padre y sus tíos le habían

enseñado a bailar, y sonreía divertida cuando Matsuura le dijo:

—¿Por qué no te das un paseo y vives la fiesta de cerca?

—Es tarde.

—Para una fiesta no —afirmó el japonés.

—¿No te importa que vaya? —preguntó ella mirándolo.

—No. Es más, como siempre te digo, ¡vive el presente! —Si algo tenía

que hacer la joven para sentirse una más en Escocia era relacionarse con

gente, y Matsuura añadió—: Sabes defenderte. Confío en ti y, además, eres

consciente de que no has de meterte en ningún lío.

Ella asintió. Su tío tenía razón, aunque se sentía fatal por ocultarle que

Conrad McEwan pisaba la misma tierra que ellos. Inconscientemente, miró

a la pequeña, y el japonés indicó:

—Está dormida, y sabes tan bien como yo que, aunque truene como si el mundo se fuera a acabar, no se despertará hasta el alba.

Alison sonrió divertida.

—Suéltate el cabello y ponte una falda como llevarán el resto de las mujeres, o ningún hombre que se precie te sacará a bailar —insistió Matsuura.

Divertida, la joven iba a replicar. Ella solo había bailado con su padre, sus tíos y los hombres de su flota. No esperaba que nadie la sacara a bailar.

Pero, consciente de que sin duda llevar una falda era lo más apropiado para una fiesta, afirmó tomando aire:

—De acuerdo.

Instantes después, una vez que se puso la única falda que tenía y se soltó el pelo, el japonés indicó:

—Deja la espada y la katana aquí, pero llévate las dagas contigo.

De nuevo, Alison volvió a sonreír y, mirándolo con mofa, replicó:

—Rayos y centellas, tío Matsuura, habrías sido una madre excelente, ¿lo sabías?

—Habla como una mujer, no como un pirata —señaló él riendo—. Ve a las hogueras y pásalo bien. Siggy y yo te esperamos aquí y, por favor, ¡no vuelvas con ningún chichón en la frente!

En cuanto Alison salió de la carreta, se alisó la falda y el cabello y,

levantando el mentón, echó a andar entre la gente, sin percatarse de que

alguien que había salido de detrás de otra carreta la seguía.

Con una sonrisa, la joven paseaba mientras todos bailaban y cantaban

disfrutando de la paz y la tranquilidad que el momento les ofrecía cuando

notó que la cogían de la mano. Enseguida miró y, al encontrarse con un

hombre que había bebido de más, exclamó deshaciéndose de él:

—¡No me toques! Llevas más mugre encima que un perro pulgoso.

El tipo soltó una risotada y, dando media vuelta, se alejó.

La joven prosiguió su camino y, curiosa, cada dos por tres se paraba

para escuchar los cánticos. Muchos de ellos los conocía, otros no, y cuando,

poco después, un joven de bonita sonrisa se acercó a ella para invitarla a

bailar alrededor de una de las hogueras, siguió el consejo de Matsuura y

aceptó. ¿Por qué no?

La madrugada llegó y las gentes seguían disfrutando de la fiesta cuando

Demelza, mirando hacia una hoguera, sonrió sorprendida al reconocer a

Alison. De inmediato se levantó, caminó hacia ella y la llamó cuando esta

pasó por su lado bailando.

—¡Alison! ¡Alison!

Al oír su nombre, la muchacha se detuvo en seco. No conocía a nadie en

Edimburgo que la pudiera llamar, y Demelza, al ver su reacción, dio un

paso adelante e insistió:

—Eh…, Alison.

Cuando ella la localizó, al ver que se trataba de la joven pelirroja que

había conocido aquella tarde en el mercadillo, suspiró aliviada. Cambiando

rápidamente su gesto por una sonrisa, se acercó a ella y, mirándola,

comentó llevándose las manos a la cintura:

—Vaya…, sin duda los pantalones no son lo más acertado para una

fiesta.

—Tú tampoco los llevas. —Demelza rio.

Las dos mujeres sonrieron, y a continuación la joven Moore susurró:

—Los pendientes realzan tu belleza.

Demelza, encantada, se tocó el cabello suelto y musitó:

—Gracias a ti. Y, por cierto, tú también estás muy bella.

Alison puso los ojos en blanco y, sin creérselo, cuchicheó:

—Graciasssssssssss.

Ambas volvieron a reír y la pelirroja, al ver que el hombre con el que

bailaba aquella las observaba, preguntó:

—¿Es tu marido?

—Repámpanos, ¡no!

—¿El padre de tu hija?

—Noooooo…

Demelza parpadeó y Alison, al ver su gesto, soltó:

—Por las barbas mojadas de Neptuno, ¿tan mal gusto crees que tengo?

¿Acaso no recuerdas que te dije que me atraen los rubios?

La otra soltó una risotada. ¿Qué era eso de las barbas de Neptuno? Pero,

cuando iba a hablar, Alison explicó:

—No tengo marido ni nada parecido. Y en cuanto a Siggy…

—¡Alison! —gritó entonces Sandra al reconocerla.

La aludida levantó la vista y vio a Sandra de la mano de Zac, que venían

de bailar.

—Pero qué alegría verte de nuevo por aquí —dijo abrazándola.

Alison sonrió. Le gustó que otra mujer se alegrara de verla y la abrazara

de ese modo. Entonces Zac, que estaba sediento, les propuso a las tres

regresar con el resto del grupo, y Alison aceptó acompañarlos.

Aiden, que había seguido de lejos los movimientos de su mujer, sonreía.

¿Otra vez aquella muchacha?

Y Harald, que desde donde estaba no podía ver bien con quién se

acercaba su cuñada, preguntó:

—¿Con quién habla Dem?

Con una sonrisa en los labios, y evitando decir el nombre de Alison

Wilson, Aiden respondió:

—Con… « *nadie*».

Harald no lo entendió, pero asintió y siguió bebiendo. Entonces Aiden,

al ver a los que se acercaban, se acomodó en su asiento y le preguntó a

Harald:

—¿Quieres más cerveza?

—De momento no.

—Creo que en breve querrás beber —se mofó él.

—No veo por qué —gruñó Harald volviéndose para charlar con un

lugareño.

Instantes después, cuando aquellos llegaron hasta el grupo, Adnerb, al

reconocer a la joven, rápidamente la abrazó mientras Alastair la saludaba

con caballerosidad. Aquel recibimiento y aquellas sonrisas sinceras, que no

la juzgaban, gustaron a Alison. Todo era nuevo para ella.

Y entonces Demelza, deseosa de presentarle a su cuñado a su nueva

amiga, lo llamó:

—Harald…

El nórdico, que charlaba con un hombre, se volvió en el acto y, cuando

Demelza iba a abrir a boca, se sorprendió al oír a Alison decir:

—¡Por las barbas de Neptuno! ¡Tú!

Capítulo 10

Asombrado al encontrarse de nuevo con aquella, Harald no dijo nada.

—¿Os conocéis? —preguntó su cuñada con asombro.

El vikingo miró a Aiden, que sonreía; ahora entendía la guasa de este.

Entonces Alison dijo:

—Probablemente.

Demelza parpadeó sorprendida.

—Nos hemos visto esta mañana durante la venta de caballos —aclaró

Harald.

—¿Y por qué no has comprado el caballo que ha comprado ella? —

quiso saber su cuñada—. ¡Es magnífico!

Harald no dijo nada, pero Alison contestó en su lugar:

—Porque yo he sido más rápida.

Oír eso hizo que él le clavara la mirada.

—No has sido rápida. Has hecho trampas.

La joven sonrió, sabía que era cierto, y, viendo cómo Demelza, Aiden y

el resto la miraban, indicó:

—Vale, tiene razón. Le he dicho que el caballo era mío cuando no lo

era. Pero en mi defensa he de decir que me he visto forzada a hacerlo

porque si no él me lo habría arrebatado. Lo he visto en sus ojos. Me he dado

cuenta de que lo quería y eso no lo podía permitir, porque yo soy de las que

cuando quieren algo no lo dejan escapar. ¡Y ese caballo era mío!

Harald asintió al ver que todos sonreían por su explicación y, sin poder

callarse, replicó:

—También eres de las que insultan, ¿no?

Demelza y Aiden se miraron sorprendidos.

—¿Lo has insultado? —preguntó ella.

Alison, al verse observada por todos, explicó con un gesto gracioso:

—Solo lo he llamado *tontito*…

— *¡¿Tontito?!* —se mofó Demelza.

Ella asintió y la pelirroja miró entonces a su cuñado.

—Por favor, Harald…, ¿en serio te has ofendido porque te llamara *tontito*?

Aiden, Alastair y Zac comenzaron a reír a mandíbula batiente al oír eso,

y el vikingo les recriminó mirándolos:

—No sé dónde le veis la gracia.

Las mujeres, divertidas, iban a intervenir cuando Alison le dio un pellizco a Harald en el brazo para atraer su atención.

—Venga, hombre, no te pongas así. Para mí un insulto sería llamarte «cagalindes», porque estaría diciendo que eres un cobarde, o cosas como

«borrego llorón», «sucio gusano podrido», o también aquello otro de «maloliente pedo de mierda». Pero «tontito»…, ¡oh, por favor!

De nuevo, todos rieron. Aquella muchacha era muy divertida, con su extraordinaria verborrea para decir palabras en absoluto correctas.

—Es más —continuó ella—. Deberías considerar *tontito* como un diminutivo cariñoso.

Oír eso hizo que Harald levantara una ceja. Sin duda aquella tenía muy

poca vergüenza.

—¿Quieres que te diga por qué lo he hecho? —La oyó decir a continuación. El vikingo, boquiabierto como el resto por lo que ella

exponía

con total naturalidad, asintió y ella soltó—: Porque he visto que estabas

molesto al saber que ese precioso fiordo blanco y negro era mío y no

tuyo…, *tontito*.

Las risas volvieron a oírse en el grupo y entonces Harald, levantándose,

se acercó a la joven y, mirándola directamente a los ojos, siseó:

—¿Sabes, *tontita*? Tú y yo no tenemos más que hablar.

Y, dicho eso, se alejó a grandes zancadas. ¡Pero qué mujer tan

desagradable!

Demelza suspiró al verlo y cuando iba a hablar, su marido Aiden se

levantó para caminar tras el noruego e indicó:

—Mejor omite cualquier comentario, ¿de acuerdo?

La pelirroja asintió. ¿Dónde estaba el sentido del humor que Harald

tenía antaño?

Estaba pensando en ello cuando Alison, que en esa ocasión no había

dicho aún la última palabra, se le acercó al ver la reacción del gigante rubio.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó.

Demelza resopló. Contarle el trauma por el que aquel había pasado no

era algo que le apeteciera en ese momento festivo, e, intentando no darle

mayor importancia, respondió:

—Hoy no ha tenido un buen día.

Alison simplemente suspiró y, al ser requerida por otro joven para

bailar, no lo pensó y decidió hacerlo sin percatarse de que Harald y Aiden la

observaban desde la distancia mientras hablaban de ella.

Estaba danzando alrededor de una de las hogueras cuando, al cruzarse

con uno de los hombres que bailaban, parpadeó.

Pero ¿qué estaba haciendo Gilroy allí?

El pirata, al darse cuenta de que Alison lo había descubierto, le guiñó un

ojo y prosiguió bailando hasta que la música cesó y, acercándose, la saludó.

—Bicho…

—¡Por los antepasados de Yemayá! ¿Qué haces tú aquí?

Gilroy le sonrió a la moza con la que acababa de bailar y luego indicó:

—Tu padre me obligó.

Alison maldijo y se dio la vuelta enfadada con gesto agrio al oír eso.

Al ver que se alejaba a grandes zancadas, Gilroy maldijo a su vez y fue

tras ella.

—¡Bicho! ¡Para!

La joven no le hizo caso, hasta que, irritada, se dio la vuelta y siseó:

—Regresa con él ¡ya! No te quiero aquí.

Y, dicho esto, se dio la vuelta para volver junto a Matsuura.

—¡Bicho, escúchame! —insistió él—. Yo tampoco quiero estar aquí.

Pero fue tu padre el que me obligó. ¡Bicho, maldita sea! ¡Bicho! ¡Bicho!…

Harald y Aiden, que estaban en un lateral tomando algo fresco, al oír

eso se miraron sorprendidos y el segundo preguntó:

—¿Ese hombre la ha llamado «bicho»?

Su cuñado, que había oído lo mismo que él, se encogió de hombros y

repuso:

—Ese nombre le va al pelo.

Ambos reían cuando, de pronto, al ver que aquel cogía del brazo a la

joven para detenerla, corrieron sin dudarlo hacia ellos. Pero ¿qué hacía ese

tipo?

Alison, ajena a aquello, miró furiosa a Gilroy para contestarle, pero

entonces él salió despedido hacia atrás para caer de culo en el suelo.

—¿Este hombre te está importunando?

Boquiabierta, se encontró con Harald muy cerca de ella. En los

preciosos ojos azules de aquel vio preocupación al tiempo que su olor a

bosque le inundaba las fosas nasales. Pero ¿qué le ocurría con aquel tipo

que la paralizaba? Y, al ver que Aiden tenía la pierna sobre el pecho de

Gilroy para que no se levantara, rápidamente respondió volviendo en sí:

—No…, no…, no me importuna.

Harald no se movió. Ni soportaba ni consentía que delante de él un

hombre atemorizara a una mujer, por lo que, volviéndose hacia Gilroy,

siseó:

—Si vuelves a acercarte a la señorita, lo lamentarás.

Alison sonrió sin poder evitarlo al oírlo. Que aquel tipo la llamara

«señorita» después de lo mucho que ella se había pasado con él era como

poco inquietante, y, sonriendo y sin pensarlo, soltó:

—Gracias por tu defensa. Eres un encanto.

Harald la miró. No quería ser un encanto.

—Solo soy educado —matizó—. No pretendo ser nada más.

—Harald… —murmuró Aiden para que se callara.

Durante unos segundos, el vikingo y Alison se miraron a los ojos. Y

cuando ambos en silencio sintieron que el vello de sus cuerpos se erizaba, la

joven apartó la mirada e indicó algo confundida:

—Gilroy es… es mi hermano. Gilroy Wilson.

El aludido la miró sorprendido. ¿Hermanos? ¿Wilson?

Aiden y Harald asintieron sin dudar de su palabra, y cuando el primero

permitió a Gilroy levantarse del suelo, la joven añadió:

—Hermano, ellos son Harald y Aiden.

Los tres hombres se saludaron con un gesto de la cabeza, y ella, para

que aquel no abriera la boca y desmontara la mentira, dijo mirándolo:

—Disfruta de la fiesta hasta que yo vaya a buscarte para marcharnos.

—Pero…

—Por las barbas mohosas de Neptuno, ¡vete! —insistió sin percatarse

de cómo Aiden y Harald se miraban por lo que había dicho.

Cuando Gilroy desapareció, Alison se recompuso e intentó comportarse

como una mujercita educada. Tras pestañear con gracia, los miró y musitó:

—Gracias por vuestra preocupación. Ha sido un detalle muy bonito.

Harald no contestó, pero Aiden sonrió e indicó:

—Has de tener cuidado. En la fiesta hay gente que ha bebido de más.

La joven asintió, lo sabía, y, encogiéndose de hombros, respondió sin

pensar:

—Pues que tengan ellos cuidado conmigo.

Al oír eso, Harald resopló, la chulería de aquella era insufrible, y,

dándose la vuelta, se alejó. Aiden sonrió al verlo y, ofreciéndole su brazo,

preguntó:

—Alison Wilson, ¿qué te parece si regresamos con el grupo?

Complacida, ella se agarró a él y, sonriendo, ambos siguieron al gigante

rubio.

Capítulo 11

Una vez que volvieron a estar todos juntos disfrutando de la fiesta, mientras

charlaban Alison observaba con disimulo a Harald, que permanecía en

silencio. Aquel hombre, que ni siquiera la miraba, de pronto había llamado

su atención.

Lo repasó con disimulo. Alto, grande, fornido, cabello rubio, ojos

azules, acento extraño. Y sin duda, cuando sonriera, cosa que no hacía,

seguramente tendría una preciosa sonrisa.

Estaba pensando en ello cuando el grupo calló y, sin dudarlo, se dirigió

a él.

—Te llamas Harald, ¿verdad? —El aludido la miró, al igual que todos los demás, y ella, sin esperar respuesta, prosiguió—: Oye, en serio, te pido disculpas si mi diminutivo cariñoso de *tontito* te ha molestado. De verdad, no pretendía ofenderte ni incomodarte.

Harald no esperaba oír eso en aquel momento y, viendo cómo todos aguardaban que contestara, repuso:

—Tranquila. No pasa nada.

Su respuesta y su azulada mirada hicieron que el vello del cuerpo de la joven se erizara una vez más y, sin saber por qué, sonrió. Aquel tipo no la soportaba y ella sonreía… Pero ¿estaba tonta?

Instantes después, animada al oír una canción, Adnerb sacó a bailar a Harald y él aceptó con caballerosidad. No podía estar toda la noche diciendo que no.

En silencio, y clavando la mirada en aquel tipo, que de pronto había llamado su atención, Alison lo siguió con los ojos y Demelza, que era consciente de ello, le susurró:

—Ya me ha dicho Aiden que tu hermano es aquel joven de allí.

Alison miró hacia donde le señalaba. Gilroy reía junto a una mujer rubia en ese instante, y afirmó antes de volver a mirar a Harald:

—Sí.

Ver su mirada dio esperanzas a Demelza, que, sin dudarlo, soltó:

—Harald está soltero y no corteja a nadie.

Al saber eso, Alison asintió.

—Lo conozco desde que era una niña y te aseguro que es un hombre excepcional —añadió la pelirroja.

—Atractivo es —declaró ella.

Demelza afirmó con la cabeza, aunque Harald tenía mejores cosas que la belleza, e indicó recordando a la pequeña de aquella:

—Es cariñoso, atento, y le encantan los niños. Siempre ha querido ser padre, y tendrías que ver cómo mima y cuida a mi pequeña Ingrid.

Oír eso hizo que Alison dejara de mirarlo. Estaba claro lo que Demelza le quería dar a entender y, divertida, preguntó:

—¿Y por qué no te casaste con él?

Ella sonrió y, bajando la voz, musitó mirando a su marido, que también sonreía:

—Porque, como ya te he dicho, a mí me van los morenos.

Instantes después, Adnerb y Harald regresaron de danzar alrededor de la fogata. Rápidamente el vikingo asió un vaso para refrescarse la garganta y, cuando se sentó junto a la que había sido su cuñada, la oyó decir:

—Me consta que ni Alison ni tú tenéis pareja… ¿Qué tal si salís a bailar?

La sonrisa de Harald se esfumó. Demelza nunca pararía. Y Alison, al darse cuenta de su gesto incómodo, se apresuró a intervenir.

—Eh, ¡tranquilo! Yo no obligo a nadie a que baile conmigo.

Harald se levantó enseguida y, tras arrugar la nariz con desgana, se

cambió de sitio.

Sorprendida por ello, Alison preguntó a Demelza mientras se olisqueaba

el hombro:

—¿Huelo mal?

Ella rio al tiempo que negaba con la cabeza.

—Hueles divinamente. Es solo que Harald es un maldito cabezón.

Curiosa por la reacción de aquel, Alison se disponía a preguntar cuando

un tipo de cabello no tan claro como el de Harald, pero con una preciosa

sonrisa se les acercó. Era Peter McGregor, que de inmediato comenzó a

hablar con ella.

El tiempo pasaba. Todos charlaban, y Harald permanecía sentado lo más

alejado posible de Alison para evitar los comentarios de Demelza.

—¿Por qué has llamado a tu caballo *Pirata*? —le preguntó de pronto

Adnerb a la joven.

Todos la miraron expectantes.

—¿Y por qué no? —repuso ella encogiéndose de hombros.

De nuevo, salió el tema de que habían avistado piratas por las costas

escocesas y Demelza, al ver que aquella no se asustaba por ello, iba a

preguntar cuando Sandra comentó:

—¡Qué miedo! Solo imaginarme ante un pirata me hace temblar.

Eso le provocó una sonrisa a Alison, que miró a Gilroy. Si aquella

supiera… Pero, callando lo que pensaba, indicó:

—No todos los piratas son asesinos.

—¿Ah, no? —preguntó Peter McGregor con curiosidad.

—No —aseguró ella.

Todos rieron y luego Aiden explicó:

—Según tengo entendido, uno de los más sanguinarios que surcan los mares es escocés. Su nombre es Jack Moore y lleva años en busca y captura.

Al oír el nombre de su padre, Alison se tensó en el acto.

—¿Ese no es el que tiene una hija que es tan sanguinaria como él? —dijo Peter McGregor.

—Creo que la llaman «la Joya Moore» —añadió Harald.

Alison lo miró.

—Dicen que padre e hija matan por placer para después usar los cráneos de sus víctimas como cuencos para comer sopa —intervino Aiden.

—¡Qué horror! —susurró Adnerb.

—¿En serio dicen eso? —preguntó Alison boquiabierta.

Siempre había oído muchas cosas que se referían a ellos, pero esa era nueva.

—Eso dicen —asintió Demelza.

—Pues yo he oído que el capitán Moore tuvo esa hija con una sirena —repuso Alison divertida—. Por ello, cuando esa muchacha se mete en el mar, las piernas se le convierten en una preciosa e interminable cola

con la

que nada sin parar.

—¡No me digas! ¿Eso se cuenta? —murmuró Adnerb sorprendida.

—Probablemente. —Alison sonrió.

Durante un buen rato siguieron hablando sobre el capitán Jack Moore y

su tripulación. Oír las barbaridades que se decían de ellos y que nada tenían

que ver con la realidad al principio le resultó divertido a Alison, pero

después de un rato, no pudo más y se mofó:

—¡Por Yemayá, cuántas tonterías hay que oír! —De inmediato, al ver

que su comentario había llamado la atención de todos, agregó intentando no

meter la pata en exceso—: A ver, hablar es fácil para la gente y,

sinceramente, dudo que muchas de las cosas que habéis contado sean

ciertas. —Ninguno dijo nada, y Alison prosiguió—: Creo que hay piratas

que matan y saquean por puro placer. Pero estoy segura de que habrá otros a

los que se los acusa de serlo simplemente por haber llevado a cabo aquello

de «ojo por ojo y diente por diente». —Todos continuaron en silencio, y

Alison finalizó mientras sacaba de su bolsillo un pañuelo azul para

pasárselo por el cuello—: Llamadme «bestia», pero soy de las que piensan

que quien la hace la tiene que pagar, ya sea en el mar o en tierra.

—Opino igual que tú —afirmó Demelza.

A Alison le gustó saberlo, y Aiden miró a su mujer y se mofó:

—¡Estamos ante dos bestias!

Todos rieron de nuevo, y Alastair, viendo la tranquilidad de aquella al hablar de los piratas, le preguntó:

—¿No te dan miedo los piratas?

Sin dudarlo, Alison negó con la cabeza.

—Ni un poquito.

—¿Y los vikingos? —preguntó Aiden divertido mirando a su mujer—. ¿Los vikingos te dan miedo?

Harald lo miró con interés al oírlo.

—Esos…, menos aún —contestó la joven.

Su respuesta hizo reír a todos y Zac, divertido, insistió:

—Si no te asustan los piratas ni los vikingos, ¿qué te da miedo?

Alison dio un trago a su vaso de cerveza. Si aquellos supieran con quién estaban hablando, sin duda alguna se echarían a temblar, y al sentir la azulada mirada de Harald en espera de su contestación, soltó:

—Prefiero que el miedo me tema a mí.

Las risas, de nuevo, no se hicieron esperar.

De pronto, Alison vio que Gilroy caía de bruces al fondo de la plaza y supo que tenía que llevárselo de allí antes de que la lengua se le soltara por la bebida.

—Me ha encantado estar con vosotros —dijo poniéndose en pie—, pero es tarde y mi hermano y yo tenemos que descansar para estar frescos y

despiertos mañana en el mercadillo.

Todos asintieron y se dispusieron a despedirse de ella, y a continuación

Demelza le preguntó mirando a Gilroy:

—¿Necesitas ayuda?

—No, tranquila —repuso Alison—. Puedo con él.

—Podemos echarte una mano —insistió Aiden.

—De verdad, no hace falta —aseguró ella sonriendo.

Después de que Demelza y Alison se dedicaran una sonrisa de

despedida, esta última se alejó sin ser consciente de cómo Harald la

observaba con disimulo. Era la primera vez que una mujer como aquella

llamaba su atención y aún no entendía por qué.

Con una sonrisa en los labios, la joven caminó por la plaza. Aquella

sensación de libertad sin miedo a que la atacaran o la insultaran por ser la

hija de quien era le parecía maravillosa, y conocer a personas como

Demelza y su grupo más aún.

Estaba pensando en ello cuando, al llegar junto a Gilroy, su gesto

cambió. Estaba claro que aquel había bebido de más, y, poniéndose las

manos en las caderas, gruñó con gesto furioso:

—Levanta tu sucio culo del maldito suelo a la de ¡ya!

Gilroy lo intentó, pero le fue imposible.

—¿En serio voy a tener que cargar contigo?

El pirata, al que se le había ido la mano con la bebida, sonrió mientras

trataba de incorporarse.

—Bicho…, dame un instante.

Al tercer intento se levantó, pero las piernas le fallaron y, si no llega a ser porque Alison se apresuró a sujetarlo, se habría estampado contra el suelo.

—Cuando vea a mi padre, ¡me las va a pagar!

Despacito, ambos comenzaron a caminar hacia el lado derecho.

—Por todos los dioses, Gilroy… —gruñó Alison—, ¿dónde te has metido? ¡Apestas! —El hombre asintió y, cuando empezó a balbucear, esta siseó—: Mejor no me lo digas.

Demelza, que seguía con la mirada los pasos de Alison, al ver que cargaba con un tipo que era el doble de grande que ella, miró a su marido para protestar, pero entonces, al ver a Harald tranquilamente sentado mirando las estrellas, se acercó a él.

—¿En serio vas a permitir que esa muchacha cargue sola con su hermano?

—Sí.

—Pero, Harald, ¿dónde está tu caballerosidad?

—Descansando —replicó el nórdico al oírla.

Demelza suspiró.

—Necesitas una mujer a tu lado.

—No.

—Maldito cabezón, necesitas una mujer en tu hogar.

—Que no. No existe nadie como Ingrid, así que no insistas, ¡maldita

sea, Dem!

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que él, siguiendo la

dirección de su mirada, comentó al ver a Alison cargando con su hermano:

—No es mi problema.

—Pero, Harald…

—He dicho que no es mi problema —repitió él.

Demelza parpadeó boquiabierta. Jamás habría esperado esa contestación

por parte de Harald.

—Te aseguro que ahora mismo Ingrid no debe de estar nada orgullosa

de ti —replicó. El vikingo la miró furioso y de inmediato ella sentenció—:

Pero tienes razón, Alison no es tu problema.

Y, sin más, se dio la vuelta para acercarse a su marido. Él la ayudaría.

Enfadada y molesta por la frialdad de Harald, comenzó a contarle a Aiden

lo que ocurría.

—Pelirroja salvaje, deja de protestar —la interrumpió él de pronto—.

Harald ya va.

Sin dar crédito, Demelza se volvió y sonrió al ver a aquel caminar hacia

donde estaba Alison.

¡Quizá no estuviera todo perdido!

Capítulo 12

Alison caminaba por la angosta calle sujetando a Gilroy con fuerza.

No era la primera vez que se veía sola ante algo así, pero, enfadada

por

lo mucho que pesaba aquel, gruñó:

—Juro que cuando regresemos a *La Bruja del Mar* utilizaré tus sesos

como cebo para pescar.

Gilroy sonrió.

—Bicho…, Bicho…, no digas eso, mujerrrrrrrrrrr…

La joven se detuvo para tomar aire y agarrar mejor al pirata, pero de

pronto notó que todo el peso de aquel desaparecía de sus hombros.

—¿Adónde hay que llevarlo? —oyó que decía alguien.

Al ver que Harald lo sostenía con fuerza y seguridad, suspiró y,

consciente de que necesitaba aquella ayuda para llegar hasta la carreta,

indicó:

—Hay que ir hasta el final de esta calle y luego torcer a la derecha.

Sin dudarlo, Harald cargó con Gilroy y anduvo junto a la joven en

silencio. Lo que le había dicho Demelza le había molestado. No podía

consentir que Ingrid pensara algo así de él.

Al ver que el vikingo llevaba a Gilroy como si nada, Alison sonrió.

—Mataría por tener tu fuerza —aseguró.

—No mates tanto y camina —gruñó él sin mirarla.

—Al Bicho le encanta matar y si es con su katana…, mejor —afirmó de

pronto Gilroy.

Harald no dijo nada, pero la joven bufó.

—Cierra esa bocaza que tienes si no quieres que te la cierre yo, y

camina.

En silencio llegaron hasta un descampado. Harald comprobó que allí era

donde dormían la gran mayoría de los comerciantes que vendían sus

productos en aquellos días de fiesta en Edimburgo.

—¿No vives en la ciudad? —preguntó.

Alison negó con la cabeza.

—Lo que ves es mi hogar —declaró Alison señalando la carreta.

Consternado al saber que la muchacha vivía en alguno de aquellos

mugrosos carros, Harald no supo qué decir.

—Es la tercera de la derecha —explicó ella.

De inmediato él vio al fiordo blanco y negro junto a una carreta que sin

duda había visto tiempos mejores, pero, sin decir nada, se acercó a donde la

joven indicaba y estaba sujetando a Gilroy cuando ella pidió:

—Dame un segundo más antes de soltarlo.

Diligentemente, Alison fue a la parte de atrás de la carreta, cogió una

manta y, tras ponerla en el suelo, dijo en voz baja:

—Ya puedes dejarlo ahí.

Harald obedeció y dejó al hombre en el suelo, que rápidamente se

acurrucó para dormir.

—Gracias. —Ella sonrió.

El nórdico asintió y, cuando se dio la vuelta para marcharse, Alison lo

sujetó del brazo y dijo al ver que tenía babas de Gilroy en la manga de la

camisa:

—Toma, límpiate.

Harald comprobó que le tendía un pañuelo azulado que se había sacado

del bolsillo de la falda y, cogiéndolo, comenzó a limpiarse.

—¿Por qué me odias? —le soltó de pronto ella.

—Yo no te odio —repuso él con la boca seca—. ¿Por qué dices eso?

Nerviosa al verse sola con aquel, Alison cogió un balde de agua y llenó

un vaso.

—Vamos, bebe agua, te vendrá bien —indicó con el corazón acelerado.

Harald se metió el pañuelo en el bolsillo y aceptó el agua. Estaba

sediento. En cuanto acabó, sin acercarse a ella susurró:

—Gracias.

La joven dejó de nuevo el balde en el suelo y, al ver que él miraba el

caballo fiordo, que estaba junto al otro, declaró:

—Vale. No lo hice bien.

—No. Nada bien.

Luego se miraron en silencio, y a continuación Harald se dio la vuelta

incómodo y se alejó.

Alison suspiró y, deseosa de seguir charlando, corrió hacia él y le cortó

el paso.

—Antes te he pedido disculpas por ello y las reitero.

—Me parece bien —dijo él y, sin mirarla, añadió—: Adiós.

Harald la sorteó y continuó su camino, no tenía nada más que hablar

con aquella.

Pero, sin darse por vencida, Alison corrió y volvió a colocarse delante de él.

—También te he pedido disculpas por llamarte… *tontito*.

—Y las he aceptado.

De nuevo, él echó a andar y Alison, parándolo otra vez, insistió:

—¿Y por qué me da la sensación de que sigues molesto conmigo?

Harald maldijo mirando al cielo. Aquella mujer, además de insufrible, era una cotorra. Alison, al ver que no la miraba, añadió:

—¿Lo ves? Me odias.

Eso hizo que él bajara sus ojos hasta la joven, y esta, sonriendo por lo que había conseguido, afirmó:

—Por fin me miras.

Se observaron unos segundos en silencio hasta que ella, viendo que él no decía nada, preguntó:

—¿Crees que soy una bruja? —Sorprendido, Harald no supo qué responder, y ella continuó—: Lo digo por eso de no mirarme a los ojos.

Siempre he oído que la gente no mira a los ojos a las mujeres que consideran brujas por miedo a que su maldición los pueda matar durante la

noche entre terribles dolores abdominales.

Atónito por su verborrea, él la miraba cuando Alison añadió:

—Vale. Está visto que eres hombre de pocas palabras.

—Y tú de demasiadas —gruñó Harald.

—Mi padre dice lo mismo. —La joven sonrió—. Cree que hablo demasiado, que siempre he de decir la última palabra y que lo mejor sería cogerme la cabeza y meterla bajo el agua para hacerme callar.

Harald levantó las cejas boquiabierto, y aquella prosiguió:

—Quiero que sepas que alguien muy sabio y a quien quiero mucho siempre me dijo que si se desea enmendar un error solo hay que proponérselo. Pues bien, me encantaría enmendar el error que cometí contigo, no por el caballo, sino por haberte llamado *tontito*. Así pues, ¿qué te parece si empezamos de nuevo?

Sin dar crédito, Harald no sabía qué decir, y aquella muchacha de ojos oscuros, con una bonita sonrisa y una gracia que lo estaban descolocando, le tendió la mano y dijo:

—Hola, soy Alison M… Wilson, ¿y tú eres…?

Incapaz de negarse, finalmente él se la estrechó y, echando mano del apellido de Aiden para no decir Hermansen, el suyo propio, respondió:

—Harald McAllister.

Complacida, Alison preguntó entonces:

—¿Como el marido de Demelza? ¿Sois familia?

Sin dudarlo, Harald asintió y, al ver cómo aquella lo miraba, repuso:

—Primos.

Con un candoroso gesto, la joven sonrió en espera de que aquel dijera algo más. Pero nada. Aquel tipo que la miraba con sus preciosos ojos celestes no despegaba los labios, por lo que, alterada y buscando algún

tema

sobre el que hablar, miró el precioso cielo que sobre ellos tenían y dijo:

—Hace una noche fantástica, ¿no crees?

Harald levantó la vista y se disponía a contestar cuando una estrella

fugaz cruzó el cielo y Alison preguntó agarrándole la mano:

—¿Lo has visto?

Harald asintió y rápidamente se soltó de su mano.

—Tío Edberg siempre decía que, tras ver una estrella fugaz, había que

cerrar los ojos y pedir un deseo —contó ella—. Vamos, ¡hazlo! ¡Ciérralos!

Al verla con los ojos cerrados, el vikingo sonrió. Aquella muchacha,

además de otras cosas, era graciosa, divertida, pero de pronto ella abrió los

ojos y preguntó:

—¿En serio estabas sonriendo?

Harald, al oírla, volvió a sonreír.

—¿Haciendo trampas de nuevo? —se burló.

El gesto que hizo Alison se le antojó increíblemente conmovedor.

—En serio, Harald McAllister, deberías sonreír más a menudo. Tienes

una sonrisa preciosa.

El vikingo no dijo nada. Oír eso que en otra época su amada Ingrid le

decía, lo hizo volver a su gesto serio, y Alison suspiró cerrando los ojos de

nuevo para decir:

—Ni te imaginas la cantidad de estrella fugaces que tío Edberg y yo

vimos juntos y la cantidad de deseos que pedimos.

Se quedaron unos instantes en silencio hasta que él preguntó con

curiosidad:

—¿Por qué hablas de él en pasado?

Al abrir los ojos, Harald fue consciente de cómo la mirada de aquella se

había entristecido.

—Porque murió.

—Lo siento.

Ella asintió y él, incómodo al ver la tristeza que se había instalado en

sus ojos, preguntó:

—¿Y algunos de los deseos que pediste se cumplieron?

Al oír eso la joven parpadeó. Sus deseos habían sido muy variados

según había ido creciendo. Había pedido salud para los que quería,

encontrar a Conrad para matarlo y también aquello de tener la fuerza de un

león, y, consciente de que las estrellas la habían escuchado en alguno de

ellos, se encogió de hombros y afirmó con gracia:

—Probablemente.

Los ojos de ambos se encontraron. En silencio, y bajo la luz de la luna y

las estrellas, se miraron durante unos segundos, y luego Harald, incómodo

por lo que le pedía el cuerpo, soltó:

—He de marcharme.

—Gracias por tu ayuda —respondió ella tratando de que no se le

notara

el deseo que su cuerpo emanaba—. Sin ti todavía estaría arrastrando por las

calles el culo de Gilroy.

Harald asintió y, confundido por la rara sensación que aquella muchacha

le estaba provocando, sin decir más, dio media vuelta y se marchó.

Alison observó cómo se alejaba. Aquel hombre callado, prudente y

cauteloso, que nada tenía que ver con ella, la atraía mucho. Demasiado.

Pero, consciente de que ella a él no, suspiró y se dirigió hacia su carreta. Sin

duda no estaba hecha para el amor.

Al llegar allí miró a Gilroy, que roncaba en el suelo, sobre la manta, y

suspiró de nuevo. Su padre era un cabezón. Acto seguido, y con cuidado, se

subió a la carreta y, tras comprobar que la pequeña dormía plácidamente, se

tumbó sobre su manta.

—¿Lo has pasado bien? —Era la voz de tío Matsuura.

Eso la hizo sonreír.

—Sí.

Se quedaron unos instantes en silencio y luego él preguntó:

—¿Gilroy ya ha aparecido?

Boquiabierta, la muchacha se dio la vuelta para mirarlo, y el japonés

indicó sonriendo:

—Lo he visto esta mañana escondiéndose de nosotros en el mercadillo.

Imagino que tu padre lo obligó a acompañarnos.

Alison maldijo, y aquel preguntó:

—¿Quién era el hombre de pelo trigueño que hablaba contigo?

Ella soltó una carcajada, estaba claro que a tío Matsuura no se le

escapaba nada, y finalmente, tras pensarlo, respondió acurrucándose en su

manta:

—Harald McAllister.

El japonés sonrió y, cerrando los ojos, no preguntó más.

Capítulo 13

Las fiestas en Edimburgo continuaban, aunque aquella era la última noche

de celebración. Después, vendedores y visitantes regresarían a sus hogares a

seguir con sus vidas.

Durante los días anteriores, la joven Alison no volvió a aparecer por la

noche en las hogueras, pues prefería quedarse en la carreta creando sus

joyas en compañía de Matsuura y Siggy, mientras Gilroy, tras prometer que

no bebería hasta perder la razón, se marchaba a la fiesta.

Alison trabó amistad con algunos de los vendedores y se informó de

lugares a los que ir para vender su mercancía. Saber eso le gustó, puesto

que podrían encontrarle una familia a Siggy mientras viajaban por Escocia.

Esa mañana la joven no acudió al mercadillo a primera hora por una

razón. A través de una de las amigas de Gilroy, que trabajaba como

criada

en una buena casa en Edimburgo, supieron que los señores de aquella

deseaban tener hijos y no podían.

Saber eso los alegró. Aquella familia podía ser la ideal para Siggy. Pero

Alison y Matsuura, antes de dejarles a la pequeña, querían conocerlos.

Necesitaban tener claro que la niña estaría a salvo y protegida, por lo que

Matsuura se marchó en busca de información.

Alison disfrutaba jugando con Siggy aquella mañana. La cría ya no

hacía pucheros al verla, al revés, y ella la abrazaba y la mimaba encantada.

Le gustaba la sonrisa de la pequeña, su olor, su manera de descubrir

cualquier cosa. Estaba disfrutando de ella en el interior de la carreta cuando

oyó a Gilroy gritar:

—Bicho… ¡Bichooooo!

Oír eso la hizo maldecir. ¿Por qué la llamaba así? Pero ¿para qué tenía

Gilroy la cabeza?

Y, gritando desde el interior de la carreta, soltó:

—Por las barbas pestilentes de tu abuelo paterno, Gilroy, ¿quieres hacer

el favor de no llamarme de ese modo?

El hombre asintió y, sonriendo a una mujer que estaba a su lado, indicó:

—Alison, aquí hay una señora que dice que hace un par de días te

encargó la hebilla de un cinturón de plata con la inicial de su marido.

Al oír eso, Alison dejó a Siggy sobre una manta. Eran muchas las personas que le encargaban cosas así y, dulcificando su tono de voz, respondió:

—Dile a la señora que enseguida la atiendo.

Rápidamente buscó entre sus encargos lo que sabía que habían ido a recoger y, al encontrarlo, salió de la carreta. Al observar su dura mirada,

Gilroy rápidamente se escabulló y Alison se acercó a la mujer con una sonrisa.

—Si mal no recuerdo, la inicial del apellido de vuestro esposo era la «M», ¿verdad?

—Sí —contestó ella encantada de que se acordara.

Alison asintió y, enseñándole la hebilla de plata con la inicial, se la entregó y preguntó:

—¿Qué os parece?

La mujer la observó feliz.

Llevaba tiempo deseando regalar aquello y, sonriendo, afirmó:

—Me parece una preciosidad.

—¡Qué maravilla!

Al oír eso último, Alison miró a su derecha y sonrió al ver que se trataba de Demelza. Pero ¿qué estaba haciendo allí?

Divertida, vio que vestía pantalones como ella y, guiñándole el ojo con complicidad, pidió:

—Un segundo.

La mujer también miró al oír su voz y, al ver a aquella joven pelirroja,

a

la que conocía, la saludó tras repasar con reproche su atuendo varonil.

—Lady Demelza, sabía de vuestra llegada a Edimburgo, pero no os

había visto.

«¿Lady Demelza?», se preguntó Alison.

La aludida, observando el gesto sorprendido de la joven, respondió:

—Así es, lady Constance. Mi marido y yo llegamos hace unos días con

unos amigos para disfrutar de la fiesta del castillo y, de paso, comprar

algunos caballos y ovejas.

Durante unos segundos Alison vio cómo aquellas dos, que parecían

conocerse, hablaban con tranquilidad, y cuando finalmente la mujer que

había ido a recoger la hebilla se marchó, ella preguntó:

—¿Lady Demelza?

La joven pelirroja asintió.

—Mi marido es el laird Aiden McAllister.

Alison parpadeó sorprendida y, recordando lo que le habían enseñado

sus tíos, hizo una reverencia y musitó confusa:

—Milady, siento que…

Eso hizo soltar una risotada a la pelirroja, aquellas formalidades no iban

con ella, y, segura de lo que decía, la cortó:

—Para ti solo somos Demelza y Aiden.

Harald, que había acompañado hasta allí a Demelza a petición de

aquella, las observaba charlar amigablemente desde la distancia. Todavía no

llegaba a comprender por qué había pensado tanto en aquella deslenguada y,

sobre todo, por qué se sintió decepcionado al comprobar que las dos últimas

noches ella no había acudido a la celebración de las hogueras.

Estaba pensando en ello cuando Aiden se le aproximó.

—Venga, acerquémonos a saludar a… « *nadie*» —dijo.

Al oír eso, Harald lo miró y él se alejó riendo.

Instantes después, Aiden se les unió y Alison, sin percatarse de la

presencia de un tercero, prosiguió hablando y charlando con aquellos,

sorprendida por su descubrimiento.

Harald, que dudaba si acercarse o no, finalmente se dirigió hacia la

carreta y, curioso, vio a una pequeña de ojos oscuros que lo observaba

desde su interior sentada sobre una manta.

¿Alison tenía una hija?

La niña le dedicó una espléndida sonrisa y él le guiñó un ojo con gracia.

Siempre le habían gustado mucho los niños.

De pronto, la pequeña abandonó la manta y comenzó a gatear hacia él, y

cuando llegó al borde de la carreta, para que no se cayera, él la detuvo e

instintivamente la saludó en noruego.

—Hola, preciosa. —La sonrisa de la niña se amplió y luego Harald

preguntó—: ¿Quieres que te coja?

Sin dudarlo, la niña le echó los brazos. Eso sorprendió al vikingo, que la

cogió. Una vez que la tuvo en sus brazos, al ver que miraba hacia una botella de agua que llevaba sujeta a su cintura, susurró de nuevo en noruego:

—Parece que tienes sed. ¿Quieres agua?

La niña asintió. ¿Acaso entendía lo que le decía?

A cada segundo más sorprendido, Harald destapó la botella y, mirándola, susurró con toda la intención de nuevo en noruego:

—Pequeña, abre la boca.

Y ella lo hizo.

Tras beber agua, la niña dio un gritito feliz que atrajo la atención de Alison. Al mirar y ver a la pequeña en brazos de Harald, se encaminó de inmediato hacia él y le arrebató a la pequeña de los brazos.

—¿Qué haces? —preguntó.

Él, asombrado por lo que creía haber descubierto, viendo cómo Demelza y Aiden lo miraban iba a responder cuando apareció Gilroy.

—Bicho…, estaba pensando que… —Pero no dijo más. La mirada dura de Alison lo detuvo y, dándose la vuelta, desapareció.

En silencio, Harald y ella se miraron, y luego este preguntó:

—¿De quién es esta niña?

—¡Por la madre de Neptuno! ¡¿Y qué te importará a ti?! —respondió Alison a la defensiva.

Él meneó la cabeza. Estaba claro que aquella ocultaba algo, y en ese instante Demelza se les acercó y lo increpó:

—Harald, por Dios, ¿de quién va a ser la pequeña? De Alison.

La aludida asintió con una sonrisa algo incómoda y Demelza, al ver cómo su cuñado la miraba, insistió:

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Por qué preguntas eso?

Dispuesto a mostrarle lo que había descubierto, Harald se acercó de nuevo a la pequeña y dijo en noruego, dejando a Alison sin palabras:

—Da palmas con las manos.

Rápidamente Siggy lo hizo.

Demelza se demudó y, mirando a una descolocada Alison, preguntó en gaélico:

—¿Hablas noruego?

Aiden, que no entendía nada de lo que allí pasaba, se acercó a ellos y Alison susurró tan boquiabierta como ellos:

—No.

Demelza y Harald se miraron sorprendidos, y la primera, para cerciorarse, miró a la pequeña y preguntó algo que solía preguntarle a su hija, pero en noruego:

—¿Dónde tienes los ojitos?

Enseguida la niña se los señaló con una sonrisa y le echó los brazos a Harald.

—Por san Ninian —murmuró Aiden.

La niña seguía reclamando los brazos de Harald, pero Alison no lo permitió. Y, al ver cómo aquel la miraba, de pronto resopló.

El vikingo físicamente era como Edberg. Alto, pelo rubio y largo, ojos azules. Y si le sumabas aquel extraño acento al hablar, ¿cómo no lo

había

pensado antes?

¿Harald era noruego como su tío? ¿Y Demelza también?

La niña seguía con los brazos tendidos hacia aquel, se quería ir con

Harald, por lo que la joven, volviéndose, se disponía a llamar a Gilroy

cuando de pronto apareció Matsuura y ella, caminando hacia él, le entregó a

la pequeña ante la atenta mirada de todos mientras decía:

—Creo que tiene hambre.

Matsuura, al ver cómo la niña le echaba los brazos al hombre rubio,

miró a Alison y musitó en japonés:

—Siggy cree que es Edberg, su padre.

Sin duda Matsuura había pensado lo mismo que ella.

—Llévatela y dale algo de comer —le pidió Alison.

Instantes después, cuando la pequeña desapareció con el japonés, ella

regresó junto a los demás y, ante la mirada de reproche de Demelza, indicó:

—Pensarás que te engañé, pero no es así. En ningún momento te dije

que Siggy fuera mi hija. Simplemente no te corregí cuando lo insinuaste

porque pensé que era lo mejor. —Demelza parpadeó y ella prosiguió —: Era

la hija de mi tío Edberg, quien, antes de morir, me pidió que me ocupara de

ella. Y, bueno, eso estoy haciendo hasta que le encuentre una buena familia

que la quiera y la cuide con amor.

—¡¿Cómo dices?! ¿Vas a entregar a la niña? —exclamó Harald.

Alison, al ver cómo él la juzgaba con la mirada, rápidamente soltó sin

levantar la voz:

—Rayos y truenos, no me mires así… No soy un monstruo. Ella…,

Siggy llegó inesperadamente a mi vida, y quizá lo mejor para ella no sea yo.

Sus palabras, dichas con aquel sentimiento, hicieron comprender a todos

que Alison temía algo.

—A veces lo inesperado es lo que nos cambia la vida, para darle sentido

—indicó entonces Demelza.

Alison intentó sonreír. Adoraba a esa pequeña. Solo le había hecho falta

estar con ella una noche para darse cuenta de lo bonito que podía ser vivir a

su lado. Pero, consciente de su cruda realidad una vez que pasaran los seis

meses, susurró:

—Créeme, Demelza, si la alejo de mí será por su bien.

En silencio, Harald, la aludida y Aiden se miraron sorprendidos, y luego

Alison les preguntó:

—¿Y vosotros por qué sabéis hablar noruego? —Y, al ver sus caras,

añadió—: Rayos y centellas, ¿sois paganos?

Demelza, al oír aquel término, que equivalía a catalogarlos de animales,

sonrió e indicó bajando la voz:

—Harald y yo somos nórdicos y hemos aprendido a no pregonar nuestra

procedencia para así evitar problemas con algunos escoceses.

Boquiabiertos, todos se miraban por lo que cada cual estaba

descubriendo cuando Harald señaló con gesto serio:

—Puedo entender que cuides de la hija de tu tío, pero lo que no

comprendo es por qué la niña entiende el noruego.

Entrándole unos calores de la muerte porque no se había preparado para

hablar sobre algo así, ella rápidamente respondió bajando la voz:

—Porque tío Edberg y su mujer eran vikingos.

Los demás se miraron y, al cabo, Aiden se burló:

—¡No…, si al final va a resultar que sois primos!

Demelza sonrió, y Alison se mofó mirando a Harald:

—Mira…, como tú y Aiden, ¿no?

Demelza rio de nuevo. Apenas conocía a aquella muchacha, pero le

gustaba ver el desconcierto de Harald y el modo en que él la observaba.

—¿Tu familia y tú sois…? —empezó a preguntar.

—No…, no somos nórdicos.

—¿Entonces? —terció Harald.

Confundida y agobiada por aquel interrogatorio, Alison se retiró el pelo

de los ojos y explicó:

—Sin entrar en detalles personales que no vienen a cuento porque yo no

me intereso por los vuestros, tío Edberg era noruego, como tío

Matsuura es

japonés. Se puede decir que ellos me criaron, pero yo no soy noruega ni

japonesa, aunque sí tengo sangre italiana y escocesa.

—Vaya… —exclamó Demelza sorprendida.

Aiden asintió, las mezclas de sangre siempre le habían parecido algo

bueno, y señaló mirando a la joven:

—Alison, ahora que nos hemos sincerado todos, te rogaría que no

comentaras a nadie que…

—Por mí nadie sabrá nada —le aseguró ella—. No soy una chismosa.

Aiden asintió, Alison también y Harald, que había permanecido en

silencio la mayor parte del tiempo, dijo entonces mirando a la joven:

—¿Puedo darte un consejo?

—Creo que aunque te diga que no me lo vas dar —afirmó ella.

—¿Por qué eres tan contestona? —gruñó el vikingo.

—¿Y tú por qué eres tan susceptible? —replicó Alison.

Aiden y Demelza se miraron sonriendo, y Harald, sin querer entrar en

discusiones, continuó:

—Si entregas a la pequeña, asegúrate de dejarla con una buena familia

que la quiera, la cuide y la respete. Si, por el contrario, no lo haces y con el

tiempo te enteras de que te equivocaste, nunca te lo perdonarás.

—Uis, mira…, ¡no lo había pensado! —se mofó Alison.

Oír eso hizo que el vello de todo el cuerpo de Demelza se erizara, y

murmuró:

—Harald…

—Lo estoy diciendo muy en serio —afirmó él sin apartar su mirada de Alison.

—Hey…, amigo —susurró Aiden.

Pero no pudo decir más, pues Harald dio media vuelta y se alejó.

Con gesto triste, Demelza lo miró. Su cuñado llevaba a sus espaldas demasiadas cargas del pasado que todavía no se había perdonado y, suspirando al ver que su marido la miraba, sonrió y trató de aclararle a Alison:

—Hay cosas del pasado que…, bueno…

Los tres se quedaron en silencio hasta que Aiden, viendo el dolor en la mirada de su preciosa e incombustible Demelza, deseoso de que su sonrisa ocupara su rostro de nuevo, le preguntó cogiéndola de la mano:

—¿Crees que Alison tendrá planes para esta noche?

Demelza sonrió. Como siempre, Aiden estaba ahí para hacerla sonreír, y, tras darle un cariñoso beso en los labios para hacerle saber que todo estaba bien, se dirigió a la joven, que los observaba.

—¿Te apetece venir a la cena del castillo?

Alison no respondió. Lo que le proponía era una auténtica locura. Ella nunca había estado en una cena así, pero Demelza insistió:

—Será divertido. Vamos, ¡anímate!

Alison los miraba sorprendida. Pero ¿qué haría ella en esa cena?

—Dijiste que tenías sangre escocesa, ¿verdad? —preguntó Aiden

entonces.

—Mi padre es de Montrose —respondió ella sin pensar.

Él asintió, conocía a gente de aquella zona, y se apresuró a preguntar de

nuevo:

—¿Y se apellida…?

Decir que su apellido era Moore, tras habérsele soltado la lengua al

decir que su padre era de Montrose era peligroso, por lo que sin dudarlo

respondió:

—Wilson.

Aiden sonrió y a continuación afirmó:

—Pues, Alison Wilson, esta noche vendrás con nosotros a la cena del

castillo; quizá allí te encuentres con alguien de tu familia.

—¡Claro que sí! —afirmó Demelza—. Lo pasaremos genial.

Oír eso le puso el vello del cuerpo de punta a la joven, que rápidamente

contestó:

—No sé si será buena idea. Además, no tengo qué ponerme.

—Por eso no te preocupes —repuso Demelza—. Veo que tú y yo

tenemos la misma talla. Le pediré a uno de los hombres de Aiden que te

haga llegar uno de mis vestidos.

Alison sintió una gran emoción. Nunca una mujer le había ofrecido algo

así. En la vida había tenido una amiga con la que hablar y compartir cosas,

y musitó:

—Gracias…, pero no quisiera incomodar al grandullón.

Aiden y Demelza se miraron. Estaba claro que lo decía por Harald, pero

la pelirroja indicó con seguridad:

—No vas a molestar. Serás nuestra invitada y no hay más que hablar.

—Pero…

—En cuanto al grandullón —indicó Aiden—, no creo que asista y, si lo

hace, no le importará.

Alison, al ver la buena predisposición de aquellos para que los

acompañara a la cena de los clanes, finalmente aceptó. ¿Por qué no?

Enseguida su mente pensó que en aquella fiesta podría recabar más

información con respecto a Conrad McEwan, por lo que asistir se le antojó

una buena idea.

Minutos después, cuando Demelza y Aiden se marcharon tras quedar

con la muchacha al anochecer en su campamento, ella miró a su marido con

picardía y preguntó:

—¿En serio crees que a Harald no le importará?

Aiden soltó una risotada. Lo que le había quedado claro era que a

Harald le gustaba aquella joven, por lo que respondió:

—¡Nos odiará!

Capítulo 14

Esa tarde Alison contemplaba embelesada el vestido que Demelza le había

hecho llegar. En *La Bruja del Mar* tenía algunos preciosos vestidos que

solía comprarle su padre, aunque ella nunca se los ponía, pues prefería la

comodidad de los pantalones y las botas. Aun así, nada más ver aquel

espléndido vestido color mostaza se enamoró de él.

Se aseó y, después, una de las mujeres de otra carreta se ofreció a

arreglarle el cabello. Alison accedió, pues ella no era una experta en eso, y

en aquel momento toda ayuda era bien recibida.

Cuando la mujer terminó y la joven se tocó su cabello suelto sintiéndolo

como la seda, se sorprendió. ¿Ese pelo era el suyo?

A continuación se metió en un improvisado probador hecho con varias

telas sujetas a su carreta y a la de los vecinos y se puso el vestido.

Una vez que este se ajustó a su cuerpo realzando sus curvas femeninas,

se sintió extraña, pero, consciente de que ir le podría facilitar información

de Conrad, prosiguió vistiéndose.

Sin embargo, de pronto pensó: ¿y si alguien la reconocía?

Durante un rato dudó. ¿Debía ir o no?

Finalmente se decantó por ir, pues pensó que vestida de aquella manera

nadie la reconocería.

Cuando minutos después salió del improvisado vestidor, mirando a

Gilroy y a Matsuura, que tenía a Siggy en brazos, preguntó:

—¿Qué tal estoy?

—¡Cáspita, Bicho!…

Insegura al verse tan peripuesta, cuando ella no solía vestir así, Alison resopló y musitó:

—Lo sé. Estoy ridícula.

Gilroy parpadeó. Era la primera vez que la veía arreglada como una mujer. Como mucho la había visto con alguna falda, pero su vestuario básicamente estaba compuesto por pantalones, y, repasándola con la mirada,

susurró:

—¡Por las barbas de Neptuno!

—¡¿Qué?! —preguntó ella inquieta al ver cómo ambos hombres la miraban. ¿Tan ridícula estaba?

—Repámpanos, Bicho, ¡pero si no pareces tú! ¡Pareces una mujer!

Oír eso por fin la hizo sonreír y, encogiéndose de hombros, indicó:

—De eso se trata, ¿no?

Matsuura asintió gustoso. Aquella mujercita a la que tanto quería era una auténtica belleza.

—Estás preciosa —declaró.

Complacida al oír eso, con una coquetería que ni ella sabía que tenía, Alison sonrió y preguntó enseñándole unos pendientes:

—¿Me pongo estos o estos?

El japonés estaba mirando lo que le mostraba cuando Siggy llevó la mano hasta uno de ellos y Alison cuchicheó mirándola:

—¿Te gustan estos?

La niña sonrió y Alison se los colocó.

—Pues no se hable más —dijo—. Si mi niña dice que estos, ¡estos!

Estaban sonriendo por aquello cuando la joven preguntó:

—Tío Matsuura, antes no he podido preguntarte, pero ¿qué te pareció la

familia que fuiste a investigar para Siggy?

El japonés se sentó en una banqueta con la cría y respondió:

—No creo que sea la idónea para nuestra niña.

—¿Por qué? —preguntó Gilroy sorprendido.

La chica con la que llevaba viéndose todas las noches trabajaba para

aquellos y le había dicho que eran buenas gentes, pero Matsuura meneó la

cabeza y soltó:

—Para mi gusto, él es demasiado recto y severo y ella, demasiado

gritona. A Edberg no le habrían gustado.

Oír eso era lo único que Alison necesitaba, y sentenció:

—Pues si a tío Edberg no le habrían gustado, ¡descartados! Seguiremos

buscando.

Matsuura sonrió y, mirando a Siggy, le guiñó un ojo. Para él no había

nadie mejor que Alison. Solo había que darle tiempo.

Minutos después, cuando la joven le hubo llenado la cara de besos a la

niña y le hubo dado otro en la mejilla a su tío Matsuura, se encaminó hacia

el lugar donde había quedado con sus amigos acompañada por Gilroy.

En su camino, él le contaba que se había citado de nuevo aquella noche

con la misma chica. Alison asentía, pero no lo escuchaba. Estaba nerviosa.

Por primera vez en su vida iba a acudir a una cena de clanes, y eso en cierto

modo la inquietaba y la emocionaba a partes iguales.

Una vez que llegaron a una bifurcación, ambos se despidieron y la joven

continuó su camino hacia el campamento donde aquellos le habían indicado

que la esperaban, sin ser consciente de cómo muchos de los hombres con

que se cruzaba se volvían para admirarla.

Pero ¿quién era aquella belleza morena?

Cuando alcanzó el campamento de sus amigos, se sorprendió al ver la

cantidad de gente que había allí. Con curiosidad, observó que los hombres

vestían prendas de tartán de diferentes colores y rápidamente lo entendió.

Allí estaban acampados los clanes McAllister, Phillips y Matheson, los de

los maridos de Demelza, Sandra y Adnerb, de ahí los diferentes tonos de

tartán.

¿Cómo sería el de los Moore?, se preguntó de pronto.

Parándose, contempló desde la distancia los caballos que aquellos

habían comprado en la feria, que permanecían tranquilamente junto a las

ovejas.

Estaba mirando todo aquello cuando chocó con alguien y, al

reconocerlo, iba a hablar cuando oyó:

—¿Qué haces tú aquí?

Boquiabierta por encontrarse con Harald, a Alison se le cortó la

respiración. Aquel, que la miraba con sus preciosos ojos azules, tenía el

pelo mojado por haberse aseado, pero estaba perfectamente vestido. Si por

norma la impresionaba, con aquella falda escocesa y con el tartán de los

McAllister la dejaba sin palabras.

—¡Hola! —lo saludó intentando sonreír.

Harald, por su parte, la observaba sin dar crédito. Estaba preciosa con

aquel vestido color mostaza y con el cabello suelto. Sin duda era una mujer

tentadora y de interesantes curvas. Pero, al sentir cómo otros hombres la

observaban con interés, se incomodó.

¿Qué le ocurría?

Acalorada al sentir su intensa mirada, Alison enseguida indicó:

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que Aiden y Demelza me

han invitado a la cena, incluso ella me ha prestado este vestido. Han dicho

que quizá tú no acudirías y por eso he accedido a venir. Pero, vamos, que tú

tranquilo, prometo que una vez que lleguemos al castillo no me acercaré a ti

ni te molestaré, porque está visto que verme te desagrada.

Harald no sabía qué decir y ella, maravillada por aquel hombre que cada

vez que lo veía le gustaba más, prosiguió, ignorando las miradas de los

demás hombres, que ahora la observaban con más curiosidad:

—Ya me disculpé contigo por mis meteduras de pata y no lo voy a

volver a hacer. Pero, vamos, tampoco me parece bien que cada vez que nos

encontremos me mires como si me fueras a degollar. Porque, sí…, eso es lo

que me dice tu mirada, y no digas que no, porque lo tienes difícil para

convencerme de lo contrario.

Aquel chorreo de palabras finalmente hizo resoplar a Harald. Él no

pensaba ir a aquella cena de clanes. Se había negado, pero, como siempre,

Demelza lo había convencido; la miró con su habitual gesto serio y replicó:

—No tengo la menor intención de degollarte y siento si mi mirada te

dice eso. Simplemente me he sorprendido porque no esperaba verte aquí.

Alison suspiró al oír eso. Aquel hombre serio y responsable, que nada

tenía que ver con los del barco de su padre, llamaba poderosamente su

atención. Si supiera quién era ella ni siquiera la miraría. Se encogió de

hombros y musitó, consciente de que era preferible que se marchara:

—Creo que es mejor que me vaya.

Ver cómo ella se daba la vuelta para irse hizo reaccionar a Harald y,

asiéndola del brazo, la paró y, cuando esta lo miró, indicó:

—No tienes por qué marcharte.

—Es que no quiero incomodarte.

Consciente de lo rudo que estaba siendo con ella, él suavizó entonces el

tono y añadió:

—Es una fiesta y todos queremos pasarlo bien. Venga, quédate, te

enseñaré los caballos y después te llevaré con Demelza.

Alison no se movió, y él, intentando sonreír, musitó:

—En serio. Te lo digo de corazón.

Ver su tímida sonrisa le encantó a la muchacha, que sintió que su

corazón se aceleraba. Y él, intentando ser agradable, insistió:

—Te aseguro que no te degollaré.

—¿Seguro, vikingo? —preguntó divertida.

Harald asintió.

—Te lo prometo.

Eso hizo sonreír a la joven, que exclamó con gracia:

—¡Repámpanos, eso me deja más tranquila!

Con una sonrisa tonta, Harald se encaminó hacia los caballos mientras

respondía a las curiosas preguntas que Alison le iba haciendo.

Demelza, que estaba con Aiden en la puerta de su tienda, susurró

sorprendida al ver a aquellos dos con semblante sonriente:

—Por todos los dioses…, ¿Harald está sonriendo?

—Eso parece —afirmó su marido tan asombrado como ella.

Sin moverse, observaron durante un rato cómo caminaban junto a los

caballos, y luego Aiden cuchicheó divertido:

—Algo me dice que Harald no nos va a odiar.

Demelza sonrió y cuando, un buen rato después, aquellos llegaron

hasta

ellos, la joven iba a hablar pero Alison, al ver las joyas que llevaba,

exclamó:

—¡Por las barbas del capitán Wookin Han, me encanta que lleves esos

pendientes!

La curiosa exclamación de la muchacha hizo sonreír a todos, y ella, al

darse cuenta de lo que había dicho, se apresuró a dulcificar el tono y añadió:

—Adoro tu broche familiar que sujeta el tartán, es espectacular.

Ambas sonrieron y, sin esperar un segundo, se pusieron a hablar.

Aiden y Harald se miraban sin decir nada, pero entonces uno de los

hombres de Zac Phillips que pasaba por allí se detuvo para contemplar a

Alison. Harald, al verlo, lo miró con gesto hosco y segundos después el

hombre se marchó.

—Tengo que enseñarle algo a Alison dentro de la tienda —indicó

Demelza—. Id hacia los caballos. Nosotras iremos enseguida.

Harald y Aiden asintieron y, cuando echaron a andar, este último miró

con picardía al gigante rubio y cuchicheó:

—Vaya, vaya…

El noruego sonrió, y Aiden añadió:

—Veo que te gusta… « *nadie*».

Harald no respondió, pero una vez que llegaron junto a los caballos, dijo

mirándolo:

—Simplemente intento ser educado.

Aiden asintió y no dijo más. Le bastaba con haber visto cómo aquel había mirado al hombre de Zac.

En el interior de la tienda, Alison admiraba la espada que Aiden le había regalado a Demelza cuando esta le preguntó:

—¿La pequeña se ha quedado bien acompañada?

Ella sonrió. Siggy estaba perfectamente con Matsuura.

—Te aseguro que quien está con ella la cuidará muy bien.

Ambas sonrieron por aquello y Demelza, al sentir que aquella no quería seguir hablando de la niña, preguntó:

—¿Y tu tartán?

Alison no supo qué responder. Nunca había tenido uno. Su padre en el barco nunca lo había utilizado y, al ver que Demelza esperaba una contestación, respondió:

—¿Puedo serte sincera?

—Siempre —afirmó ella.

Mentirle a aquella joven incomodaba a Alison, pues no lo merecía. Pero, consciente de que la verdad podía acarrearle problemas, se apresuró a decir:

—Mi padre y su clan no se tienen mucho aprecio y…, bueno, se puede decir que nunca me he considerado de ningún clan.

Demelza asintió, aunque pensó que aquello que decía era raro. Todos los escoceses llevaban en la sangre su pertenencia a un clan, pero, sin querer ser indiscreta, rápidamente cogió un tartán del clan de su

marido y

dijo:

—Pues ¿qué te parece ser una McAllister?

Sin hablar, Alison permitió que le colocara el tartán sobre su cuerpo y,

tras ajustárselo con el broche que aquella llevaba en un lateral del vestido,

Demelza declaró:

—¡Solucionado!

Alison sintió una gran emoción. Ella, que era una mujer fuerte, dura y

guerrera, se quedó mirando el tartán que cruzaba su cuerpo y, tocándolo,

musitó:

—¿A Aiden no le molestará?

—Le encantará —repuso Demelza segura de lo que decía.

Instantes después, en cuanto llegaron hasta donde Aiden y Harald las

aguardaban, este último comentó:

—Alastair, Zac, Adnerb y Sandra nos esperan en el castillo.

En ese instante el padre Murdoch se acercó a ellos y, al ver a Alison,

preguntó:

—¿Y esta linda jovencita quién es?

Ella rápidamente lo miró y, cuando iba a presentarse, Demelza

intervino:

—Alison Wilson. Una amiga.

El cura asintió, la observó con detenimiento y, mirando a Harald, dijo

consciente de lo poco mujeriego que era:

—Eres un hombre de bien. Divertíos.

Cuando el cura se alejó, Demelza sonrió y Aiden, viendo el tartán que

Alison llevaba, afirmó con una sonrisa:

—Bienvenida al clan McAllister.

La joven sonrió a su vez. Que le dieran la bienvenida en lugar de

echarla a patadas era para ella algo nuevo, y susurró:

—Gracias.

Acto seguido, Aiden y Harald montaron en sus impresionantes caballos

y, una vez que Demelza montó junto a su marido, se sorprendió al ver cómo

Harald le tendía la mano a Alison para subirla con él. Sin decir nada, sonrió,

y cuando Aiden emprendió la marcha con un gesto, la gran mayoría de sus

hombres lo siguieron. Esa noche lo iban a pasar muy bien.

Capítulo 15

Las horas pasaban y la fiesta era como poco entretenida. Algunos de los

clanes de Escocia se habían reunido en el castillo para disfrutar de un

evento en el que cada año se congregaba más gente.

Intentando ser una escocesa más, Alison no se separaba de Demelza,

Sandra y Adnerb. Estar con ellas y oírlas reír y hablar de cualquier cosa era

divertido, diferente. En especial porque aquellas mujeres, por lo que veía,

no eran las típicas florecitas que se desmayaban a la mínima, y eso le

gustaba.

Desde niña, al estar rodeada siempre de hombres en el barco, sus

conversaciones giraban en torno a soltar bravuconadas para ver quién era

más bruto o locuaz, o se limitaban a hablar del barlovento o el sotavento.

Estaba bebiendo cerveza cuando Sandra, Demelza y Adnerb se alejaron

para bailar. De reojo, Alison observaba a Harald cuando un hombre se

acercó a ella y le preguntó:

—¿Te diviertes?

—Probablemente.

Oír eso lo hizo sonreír, e insistió:

— *Probablemente* es un término muy ambiguo, ¿no crees?

Alison lo miró. Ante ella, un hombre de la edad de su padre le sonreía y,

complacida, repuso:

—Si una fiesta no es divertida, ¿debería llamarse «fiesta»?

Ambos rieron por aquello y luego el hombre preguntó:

—No te conozco, ¿tu nombre es…?

Sin dejar de sonreír, ella se apresuró a contestar sin percatarse de cómo

Aiden y Harald los observaban:

—Alison. Alison Wilson.

Gustoso y encantado, el hombre asintió. Llevaba un buen rato

mirándola y pensando cómo acercarse a ella, y con galantería iba a

responder cuando otro hombre se le aproximó.

—Gobernador McBouden —dijo—, el laird Percival McPherson desea

hablar con vos.

El aludido asintió.

—Rupert, dile que ahora lo buscaré yo.

El hombre se alejó al oír eso y, al mirar a la joven, que lo observaba ahora con cierta distancia, McBouden iba a hablar cuando ella se le adelantó:

—Un placer conocerlo, gobernador.

El aludido, un hombre con barba blanca y unos preciosos ojos azules, musitó guiñándole el ojo:

—Tanto formalismo en ocasiones me agobia; ¿qué tal si me llamas por mi nombre de pila, que es Thomas?

Alison sonrió. Si aquel tipo se enterase de quién era, rápidamente la apresaría, pero intentando seguirle el juego para caerle en gracia, respondió:

—Encantada de conocerte, Thomas.

Durante un rato hablaron sobre la fiesta, sus gentes y los manjares que en ella se servían, hasta que el hombre, complacido de charlar con ella, le

preguntó:

—Entonces ¿te diviertes?

Sin poder dejar de sonreír, Alison asintió y, mirando a Harald, que estaba hablando con unos hombres no muy lejos de ella, afirmó:

—Sí. Aunque estoy convencida de que podría divertirme más.

El gobernador siguió la dirección de su mirada y soltó una carcajada.

—Si ese hombre no te saca a bailar y prefiere ocupar su tiempo en

hablar con otros, ¡es que está ciego! —murmuró.

Divertida por la perspicacia de aquel, Alison cuchicheó entonces con un

gracioso gesto:

—Ciego y tonto.

De nuevo, él sonrió y luego preguntó con curiosidad:

—Nunca te había visto anteriormente; ¿de dónde eres, Alison Wilson?

La joven, intentando no demostrar lo mucho que la inquietaba aquella

cuestión, respondió mirándolo:

—De todas partes y de ninguna en especial.

Eso hizo que Thomas levantara las cejas.

—De nuevo, una respuesta muy ambigua.

—Probablemente. —Ella sonrió y, viendo cómo él la miraba, cuchicheó

—: Si no te importa, y aun a riesgo de parecerte una antipática y una

impertinente, hay cosas de las que no me gusta hablar. Soy muy celosa de

mi intimidad.

Divertido por la frescura de la muchacha, el gobernador prosiguió

hablando con ella hasta que se acercaron a ellos otro hombre y dos mujeres

y rápidamente él la presentó. Aquellos eran su mujer, Regina, el hermano de

esta y Eloisa, su mujer.

Thomas se quedó unos segundos en silencio cuando esta última dijo

algo en francés y, sin pensarlo, Alison le contestó en su idioma. La mujer

sonrió complacida. Poder hablar con alguien en su lengua natal le era muy

grato, y Thomas, mirando a la joven, comentó:

—Veo que hablas con soltura el francés.

—Y el italiano y…

De pronto, Alison se demudó y cerró el pico. ¡¿Cómo era tan bocazas?!

¿Qué hacía revelando aquella información? ¿Acaso había perdido la

cabeza? ¿Por qué no pensaba antes de hablar?

Thomas, consciente de su gesto, sonrió y añadió bajando la voz:

—Tranquila. No continuaré preguntando, pues no quiero incomodarte.

Pero has de saber que, como escocés que soy casado con una extranjera, no

juzgo a las personas por su procedencia.

—Eso está muy bien —afirmó ella con una sonrisa.

Permanecieron unos instantes en silencio y luego él añadió:

—Es bueno que hables otros idiomas. —Ella asintió y de pronto el

hombre, sorprendiéndola, le preguntó en italiano—: *La tua famiglia è*

italiana?

Oír eso a Alison la hizo sonreír, y Thomas se apresuró a añadir:

—Vale…, vale…, ahora soy yo el impertinente. Pero he tenido la suerte

de viajar y conocer otros países. De ahí que no juzgue a nadie. Y, por cierto,

mi mujer, Regina, y su hermano son italianos.

—Noooo…

—La conocí en uno de mis viajes a Sicilia. Nos casamos y ahora

vivimos en Escocia.

Complacida, y tras cruzar algunas palabras con aquella en italiano,

Alison indicó:

—Mi madre era italiana.

Regina sonrió.

— *Da dove veniva tua madre?*

Entendiendo que le había preguntado por la procedencia de su madre,

olvidándose de sus barreras, la joven respondió:

— *Mia madre era di Genova*.

Y finalmente comenzó a hablar con aquellas mujeres con naturalidad.

Poco después, cuando Regina, su cuñada y su hermano se alejaron hacia

una mesa a por algo de beber, Thomas se dirigió a ella.

—Lo reconozco. Has conseguido llamar mi atención y despertar mi

curiosidad.

La muchacha sonrió y luego él preguntó:

—¿Cómo una jovencita como tú domina varios idiomas a la perfección?

Incómoda por aquello, pero consciente de que tenía que dar una

explicación creíble, Alison respondió omitiendo que también sabía japonés:

—Por la familia de mi madre aprendí el italiano. Y en cuanto al francés,

mi padre era comerciante y viajaba mucho.

—«¿Era?»

—Murió —se inventó rápidamente. Thomas asintió y ella añadió—:

Pero eso es algo de lo que no suelo hablar.

El hombre la escudriñó con la mirada sin decir nada. Lo que aquella joven decía llamaba su atención, y estaba claro que no se encontraba cómoda hablando de ello, por lo que, bajando la voz, dijo:

—Si temes que pueda perjudicarte, tranquila. Soy una tumba.

Alison sonrió. Había algo en aquel hombre que le daba confianza, y musitó:

—Es de agradecer tu discreción. Gracias, Thomas.

Encantado, él la invitó a bailar y durante un buen rato danzaron divertidos, mientras Aiden, Demelza y Harald los observaban y el primero decía:

—Está visto que el gobernador McBouden se ha rendido ante Alison.

Demelza sonrió y Harald no dijo nada. Ella no era de su incumbencia.

—Malditos Campbell —gruñó de pronto Peter.

Al oírlo, Demelza lo miró.

—¿Qué ocurre?

Con gesto serio, él señaló con la barbilla a un grupo y siseó:

—En una noche de borrachera le arrebataron a mi tatarabuelo las tierras que colindan por el suroeste con las de Harald. Y ahora mi padre se ha empeñado en recuperarlas, pero esos jodidos Campbell no quieren venderlas.

Los hombres comenzaron a hablar sobre aquello, y Demelza, al ver que el gobernador se despedía de Alison para regresar junto a su esposa, se

encaminó hacia ella.

—¿Conocías al gobernador McBouden? —le preguntó.

Alison sonrió al oír eso. Se había fijado en cómo muchas de las

personas allí presentes los habían observado mientras hablaban y bailaban.

Hacer creer que era conocida de aquel podía facilitarle ciertas cosas, y,

guiñándole el ojo a su amiga, respondió:

—Probablemente —y cuando vio que aquella iba a volver a

interrogarla, la cortó—: Pero mejor no preguntes.

Demelza asintió; sin lugar a dudas Alison era bastante enigmática.

Respetando sus palabras, la cogió del brazo y ambas fueron hasta el lugar

donde Sandra y Adnerb charlaban.

—Por el amor de Dios —se quejó la pelirroja—. El padre Murdoch no

hace más que incordiar a todas las parejas que ve.

Rápidamente las mujeres miraron hacia donde Demelza señalaba y, al

ver al cura regañando a unas parejas que se besaban, Adnerb susurró:

—Para él todo es pecado.

—Woooo. —Sandra rio—. Mejor que el padre no mire hacia la derecha

o morirá, y no precisamente de amor.

De nuevo, todas miraron hacia donde ella señalaba y, al ver al guapo de

Peter McGregor con la mano bajo el vestido de una mujer, se echaron a reír.

Aquel atraía mucho la atención de las mujeres.

—Como diría mi padre, hay que darle gusto al cuerpo —observó

Alison.

Todas volvieron a reír y entonces Demelza cuchicheó:

—Si el padre Murdoch te oye decir eso, ¡pensará de tu padre lo peor!

—Creo que lo soportaré —repuso Alison con una carcajada.

Se miraban divertidas cuando la pelirroja indicó:

—Hace un rato Aiden me ha dicho que ese grupo de ahí son de

Montrose, de donde es tu padre. Aunque son del clan Moore y Perkins, pero

ninguno del clan Wilson.

Saber eso hizo que Alison los mirara con curiosidad. Estaba claro que

alguno de aquellos Moore podía ser un familiar directo o indirecto de su

padre y, por tanto, también suyo, y, sonriendo, murmuró:

—¡Qué curioso!

Luego continuaron disfrutando de la fiesta hasta que de pronto Alison

reparó en un hombre alto y de buen porte que estaba al fondo hablando con

el marido de Sandra. ¿De qué lo conocía?

Lo observó con interés. Su manera de moverse le sonaba, y de repente,

al darse la vuelta y verle el rostro, se volvió con la angustia en el cuerpo.

A pocos pasos de ella estaba Conrad McEwan, su verdadero motivo

para estar en Escocia. Un hombre que, tras la muerte de su progenitor, Tom

McEwan, había heredado los barcos *La Bella Escocia* y *El Tritón Rojo*. De

familia escocesa como su padre, Conrad surcaba los mares liderando

aquellas naves. Supuestamente era un honrado comerciante de sedas

orientales como lo había sido Tom, pero quienes vivían en el mar sabían

que era un sanguinario pirata al que apodaban con el sobrenombre de

Conrad *el Guapo*.

Agobiada por la sorpresa de encontrárselo allí cuando no lo esperaba, la

joven se dio aire con las manos. Llevaba sin verlo más de ocho años. Ocho

años en los que lo había odiado con todo su ser y en los que se había

prometido que, si volvía a ver a aquel que la llamaba «princesa», lo mataría.

Conrad y ella se habían conocido una noche en Jamaica, concretamente

en Port Royal, un enorme nido de piratas que vivían allí en total libertad. En

aquel momento Alison era una inocente y romántica jovencita que se

prendó de él nada más verlo.

Comenzaron a verse a escondidas de su padre y de todo el mundo.

Escapar de sus tíos no era fácil, pero Alison era escurridiza y lo conseguía,

y una noche, enamorada, se entregó a él.

A partir de entonces, verse con Conrad a escondidas de todo el mundo

en distintos puertos se convirtió en un juego complicado pero divertido para

Alison. Soñaba con él. No podía parar de pensar en él. Lo amaba, adoraba

que la llamara «princesa» y, deseosa de creer todo lo que le prometía, se

dejó llevar.

Sin embargo, un año después, en Port Royal, tras hacer el amor en la

habitación de él, ella le insinuó que debían hablar con su padre sobre su

relación. Oír eso a Conrad lo incomodó. A él le gustaban las mujeres y

podía tener la que quisiera, por lo que, sin paños calientes, le hizo saber que

entre ellos no había nada serio. Simplemente Alison era una más. Y, llegado

el momento de emparejarse, nunca lo haría con la ruda y malhablada pirata

hija del capitán Moore, sino con una jovencita fina, delicada y de buena

cuna.

A la joven la destrozó oír eso. Ella lo quería. Y, aunque siempre había

sido una mujer fuerte, entera y decidida, tras aquellas palabras que la

hicieron recordar cuál era la realidad de su vida, el desamor pudo con ella.

La tristeza y la angustia fueron lo que hizo que su padre y sus tíos supieran

la verdad de lo que le ocurría.

El capitán Moore, al enterarse por su destrozada hija de las promesas

que aquel sinvergüenza le había hecho hasta conseguirla, decidió matarlo.

Fue a por él, pero este ya se había marchado de Port Royal como la rata que

era.

Un año después, al entrar en el puerto de aquel sitio plagado de piratas y

mala gente, rápidamente Alison vislumbró el barco de Conrad, *La Bella*

Escocia. Su padre y sus tíos también.

Por suerte para ella, el desasosiego que el desamor de aquel le había

provocado ya había pasado. Se había prometido no volver a sufrir por amor,

por lo que ahora era ella quien utilizaba a los hombres, y no al revés. Solo

sentía rabia y resentimiento por aquel sinvergüenza, y, tras hablarlo con su

padre y todo aquel que la quería, les pidió que la dejaran a ella ocuparse de

él.

Y así fue. Esa noche, acompañada por su tío Ragnar, buscó a Conrad.

Sabía en qué prostíbulo encontrarlo y, tras tener una fuerte discusión con él

en una de las habitaciones, cuando Conrad puso ante ella su espada, Alison

se tuvo que defender.

Sin miramientos, se enzarzaron en una virulenta lucha que acabó

cuando ella le perdonó la vida aunque habría podido matarlo, y él,

aprovechando su debilidad, se sacó una daga de la bota y la hirió en el

costado.

El grito de dolor, rabia e impotencia de Alison hizo que Ragnar entrara

en la habitación y, al ver a la joven en el suelo sangrando, iba a auxiliarla

cuando Conrad lo mató atacándolo por detrás sin miramientos. Ragnar

murió en el acto.

Horrorizada, y olvidándose de su dolor, Alison acudió a socorrer a su

tío, que yacía en el suelo sin vida. Los gritos histéricos de la joven atrajeron

hasta la habitación a Julian, el mejor amigo de Conrad. Y este, sin dudarlo y

para hacerla callar, le propinó una patada que la dejó inconsciente. Acto

seguido, los dos se marcharon sin mirar atrás.

Edberg y Matsuura, alarmados al ver que Ragnar y Alison no

regresaban, fueron hasta donde imaginaban que habían ido, y lo que se

encontraron en la habitación de aquel lujoso prostíbulo los horrorizó.

Ragnar estaba muerto y Alison, desangrándose a su lado.

Tras llevarlos de regreso a *La Bruja del Mar*, aunque por Ragnar no

pudieron hacer nada, hicieron todo lo posible y más por ella. Por suerte para

la joven, la patada recibida en la cabeza solo le causó una brecha en la sien.

Y la puñalada en el costado, a pesar de la sangre que había perdido, no le

había tocado ningún órgano vital, aunque una fea herida le recordaría lo

ocurrido de por vida.

Cuando Alison despertó y fue consciente de la pérdida de su tío Ragnar,

no podía parar de llorar. Por su culpa él había muerto, y cuando su padre y

sus tíos, y muy especialmente Edberg, que era el hermano mayor de Ragnar,

le dijeron que lo vengarían, ella los hizo prometer que nadie tocaría a

Conrad. Él había matado a tío Ragnar y ella sería quien lo vengaría.

Y así habían pasado más de ocho años. Ocho largos años en los que

imaginó mil maneras diferentes de dar muerte a aquel hombre, al que

odiaba con todas sus fuerzas.

Estaba pensando en ello cuando Sandra se le acercó.

—¿Ves a algún Wilson de tu clan que conozcas?

Alison se apresuró a negar con la cabeza.

—Alguno tiene que haber —insistió Adnerb.

Disimuladamente, como si buscara a alguien, la joven Moore miró a su

alrededor. Con desagrado, además de ver a Conrad vio también a Julian.

Ambos estaban allí. La sangre se le aceleró. Tan solo tenía que sacarse las

dagas que llevaba escondidas estratégicamente bajo el vestido, acercarse a

ellos y clavárselas en el corazón. Pero sabía que, si hacía eso, si se le

ocurría atacar a aquel sucio impostor frente a aquellos escoceses, todos se

volverían contra ella, por lo que, intentando tranquilizarse, se encogió de

hombros y repuso:

—Quizá no haya venido nadie del clan.

No le gustaba mentir, y menos aún a aquellas que la habían acogido de

esa manera; percibiendo la mirada de Demelza, se disponía a añadir

algo

cuando Sandra continuó:

—¿Tus padres no tienen hermanos, primos o conocidos?

La cara de circunstancias de Alison era cada vez más evidente y,

mirando hacia una de las mesas donde había bebida, dijo deseosa de huir:

—¡Caray! Estoy sedienta. Voy a por algo de beber.

Sin mirar atrás, se alejó de ellas sintiéndose fatal. En su camino se

percató de que Harald la observaba. No paraba de hacerlo y aunque eso le

agradaba, al mismo tiempo la inquietaba.

¿Por qué la miraba pero no se acercaba a ella?

Estaba pensando en ello cuando a su lado oyó que decía una joven muy

enfadada:

—No, padre. No me gusta ese sucio y maloliente Steward. Así que

olvida que…

—¡Carolina, baja la voz!

—La bajaré cuando dejes de atosigarme.

—¿Cómo se te ocurre morderle un dedo? —insistió el hombre.

—Ha osado tocar mi cabello sin mi permiso —repuso la muchacha

morena conteniendo una sonrisa.

—¡Carolina!

—Maldita sea, padre, ¡no empecemos!

El hombre resopló desesperado. Su hija menor era insufrible; ese

endemoniado carácter suyo lo iba a llevar a la tumba.

—No voy a seguir permitiendo que ahuyentes a todos los hombres que

quiero que se acerquen a ti —sentenció—. Y, te pongas como te pongas,

acudirás con nosotros a la cena que los Cunningham dan en Lanark dentro

de unos días.

—¡Padre!

—Te encontraré esposo aunque sea lo último que haga en este mundo.

Y, dicho esto, el hombre se dio la vuelta y se alejó.

Alison, al ver que la joven cogía una jarra de cerveza y se la bebía de un

tirón, afirmó sonriendo:

—En ocasiones los padres son insoportables.

—¡Insufribles! —convino la muchacha.

Luego ambas rieron y la joven preguntó:

—¿Te apetece un poco de esto? —y a continuación cuchicheó—: No sé

qué es, pero la verdad es que tiene un aspecto estupendo.

Encantada, Alison aceptó y, cuando aquella le entregó un vaso, bebió y,

tras notar su sabor dulzón, afirmó:

—¡Cáspita! Sí que está bueno.

De nuevo, ambas rieron y luego la joven Moore indicó:

—Soy Alison Wilson.

—Carolina Campbell. Carol para los amigos.

Durante un rato las dos jóvenes charlaron sobre la fiesta, hasta que dos

hombres se acercaron a ellas y las invitaron a bailar y, sin dudarlo,

aceptaron.

Dispuesta a pasarlo bien, Alison bailó con todo aquel que quiso; su belleza y su alegría hacían que fuera una joven muy requerida. Mientras tanto, observaba cómo Conrad charlaba más allá. Tenerlo lejos era lo mejor, pues, si se le acercaba en exceso, aquello podía acabar muy mal.

Agotada de tanto bailar, regresó a donde estaban Adnerb, Sandra y Demelza. En silencio las escuchó unos instantes, controlando en todo momento los movimientos de Conrad y Julian.

—¿Y tú qué? —le preguntó Sandra al cabo.

Alison parpadeó.

Por estar vigilando a aquellos no se había enterado de qué hablaban; Demelza, que se había fijado en su incomodidad, aclaró:

—Se refiere a si sabes manejar la espada.

Dándose la vuelta para no quedar frente a Conrad, que se había movido, Alison se apresuró a contestar sin pensarlo:

—Manejo la espada, el arco y la katana, entre otras cosas.

—¿Katana? ¿Qué es eso? —preguntó Adnerb con curiosidad.

Mientras veía con el rabillo del ojo que Conrad se alejaba, Alison respondió:

—Una katana es una espada larga, afilada y curva, hecha de acero de Tamahagane, principalmente utilizada por guerreros japoneses.

Las tres mujeres la miraban sorprendidas y ella, nerviosa por la presencia de aquellos dos, aclaró sin filtros:

—Como bien sabéis, mi tío Matsuura es japonés. —Las demás asintieron—. Es un maestro en el manejo de la katana, y como sabía lo mucho que a mí me gustaba, en uno de nuestros viajes a Damasco me compró una y me la regaló el día de mi decimoctavo cumpleaños.

De nuevo, las tres asintieron, pero Sandra preguntó con curiosidad:

—¿Damasco?

—Sí. En Siria —afirmó Alison, quien seguía los movimientos de Conrad.

—¿Has estado en Siria? —preguntó Adnerb sorprendida.

Ella maldijo en silencio; de nuevo había metido la pata hablando de más. Estaba tomando aire para contestar cuando Peter McGregor se les acercó y, plantándose frente a Alison, le tendió la mano con caballerosidad y preguntó:

—¿Le apetece bailar a la bella dama?

Sin dudarlo, y dispuesta a escapar de lo que se le venía encima, la joven aceptó. En su camino se cruzó con Thomas McBouden, que al verla le sonrió.

Durante un buen rato bailó primero con Peter McGregor, y posteriormente con todos los hombres que se lo pedían, mientras observaba que Conrad y Julian, ajenos a su presencia, disfrutaban de la fiesta, y no se percataba de que Harald continuaba observándola en silencio y con disimulo.

Aiden, que se hallaba cerca del vikingo, se dio cuenta de ello.

—¿A qué estás esperando? —preguntó. Harald lo miró y él musitó—:

De acuerdo. En este instante sé que me estoy comportando como mi mujer,

pero, Harald, estamos en una fiesta, y a las fiestas uno va a divertirse.

—Me estoy divirtiendo —aseguró él con su habitual gesto serio.

Oír eso hizo que Aiden sonriera y, encogiéndose de hombros, iba a

hablar de nuevo cuando de pronto Alison se acercó a ellos y, más tranquila

al ver que Conrad había desaparecido de su campo de visión, pidió deseosa

de su cercanía:

—Harald, ¿bailas conmigo?

Sorprendido por la impetuosidad de aquella muchacha, Aiden miró al

vikingo, que se apresuró a responder:

—No.

Alison puso los ojos en blanco, odiaba que la rechazaran, pero, sin darse

por vencida, insistió:

—¿Por qué?

—Porque no.

A diferencia de otras mujeres, que se habrían sentido horrorizadas por el

rechazo, la joven sonrió y, tras guiñarle el ojo a Aiden, reclamó:

—Venga, *tontito*…, ¡será divertido!

—Cuida tu lengua, mujer…

—Alison…, mi nombre es Alison —indicó ella.

—Y el mío es Harald, ¡no *tontito*!

Sonriendo sin saber por qué, la joven volvió a mirar a Aiden, que los observaba con gesto divertido, y murmuró:

—Por las barbas de Neptuno…, ¿siempre es tan gruñón?

Aiden soltó una carcajada y Harald resopló. Aquella contestona irreverente, que siempre tenía que decir la última palabra, lo sacaba de sus casillas, y con gesto hosco soltó:

—Mujer, aprende a leer mis labios: ¡no voy a bailar!

Ella suspiró. ¿Por qué le hablaba así cuando durante la cena había charlado y reído tranquilamente con ella? Y, tras mirar a Aiden y hacer un gracioso gesto con las manos, volvió a dirigirse a Harald y susurró molesta por no haber alcanzado su objetivo:

—El padre Murdoch ha de estar muy orgulloso de ti. Es más, dentro de unos años te veo como él, totalmente amargado, viejo y reprimido.

Según oyó eso, Harald la miró, mientras que Aiden se reía divertido, y ella, consciente de que sus palabras lo habían molestado, afirmó al ver a Thomas McBouden pasar por su lado y guiñarle el ojo:

—Como dice mi tío Armand, la vida es corta y pasarlo bien es lo que importa. Así que… ¡adiós! No te molestaré más.

Una vez que se alejó caminando hacia una mesa donde había bebidas, Aiden miró a su amigo y preguntó sin poder parar de reír:

—Pero ¿qué tienes contra esa muchacha?

—¿Por qué? ¿Acaso no ves que es una descarada?

Su amigo sonrió. Lo que veía en aquella era la frescura que en cierto

modo veía en su mujer, e insistió:

—Esa muchacha…

—No es Ingrid —lo cortó Harald.

Aiden asintió, pero repuso:

—Nadie será Ingrid, Harald. *Nadie*.

El vikingo lo miró en el acto.

—¿Eso tiene un doble sentido? —siseó en tono agrio.

—Te equivocas si crees eso —replicó él—, del mismo modo que te

equivocas con… « *nadie*».

—Aiden…

—He visto cómo la miras y sé que esa dulce muchacha llama tu

atención —y bajando la voz prosiguió—: Y sin duda también llama la de

otros.

Harald se retiró el cabello rubio de la cara mientras veía cómo otros

hombres la miraban y comprendía que Aiden tenía razón. Desde que Ingrid

había muerto, nunca una mujer había llamado su atención como aquella, y

cuando iba a hablar su amigo añadió:

—Particularmente nunca pensé que el amor estuviera hecho para un

hombre como yo hasta que conocí a Demelza. Conocerla cambió muchas

cosas en mí, y ahora soy consciente de lo bonita que es mi vida junto a ella,

aunque en ocasiones esa impetuosa pelirroja salvaje me vuelva loco.
—

Ambos sonrieron—. Eres un buen amigo, Harald. Casi te diría que el mejor

que tengo, y como amigo tuyo que me considero, simplemente deseo tu

felicidad.

En ese instante Demelza llamó a Aiden, y este antes de alejarse indicó:

—Amigo, me siento en la obligación de decirte que nunca es tarde para

un nuevo comienzo. No seas tonto y no te conviertas en el padre Murdoch.

Jamás olvidarás el pasado, pero tampoco va a volver. Sin embargo, tu futuro

puede ser inmensamente mejor de lo que es. Además, no olvides que le

hiciste una promesa a esa persona que quisiste, y con ella le prometiste que

volverías a ser feliz.

Cuando Aiden se marchó, Harald lo vio llegar hasta Demelza para

besarla con amor. Aún recordaba lo duros que habían sido sus comienzos,

pero estaba claro que el amor había vencido, y solo había que mirarlos para

ver lo felices que eran.

Instintivamente, volvió a mirar hacia donde estaba Alison. La joven

observaba una mesa donde, además de bebida, había comida. Con

curiosidad, contempló sus gestos, cómo sonreía, cómo se movía. No sabía

qué tenía de especial para que llamara de aquella manera su atención, pero

cuando ya se levantaba para acercarse a ella y pedirle disculpas por lo

grosero que había sido, se sentó de nuevo. Un hombre del clan de Alastair

se había acercado a ella para hablarle.

Pacientemente esperó a que la conversación de aquellos terminara, pero

se alargaba, y eso lo inquietó. Al igual que él, Aiden se había dado cuenta

de cómo algunos hombres revoloteaban alrededor de la muchacha, y,

cuando no pudo más, Harald se acercó a ella y preguntó situándose a su

lado:

—Alison, ¿tienes un segundo?

La joven se sorprendió al verlo. ¿En serio ahora quería hablar con ella?

Y, aún molesta por el trato recibido minutos antes, repuso:

—Lo siento, pero estoy ocupada con Roland.

Oír eso a Harald le revolucionó la sangre. Su amada Ingrid, la mujer que

había sido su novia desde niños, y luego su mujer, en la vida lo había hecho

esperar.

—Ahora —insistió.

Boquiabierta por aquella orden, la joven lo miró y replicó con chulería:

—Léeme los labios: ¡ahora no!

Harald maldijo en silencio. Sin duda se merecía aquella contestación, y

cuando iba a decir algo, Alison se alejó del brazo de Roland.

Eso hizo que el vikingo apretara los puños, pero, conteniendo la rabia

por sentirse rechazado, se dio la vuelta y se alejó. No pensaba volver a

acercarse a ella.

Sin embargo, un buen rato después, tras verla bailar con Roland y con

un par de hombres más, al observar que la joven se acercaba de nuevo a la

mesa de las bebidas, incapaz de no hacerlo, fue tras ella y preguntó:

—¿Tienes ese momento ahora para mí?

Sin necesidad de mirar, Alison supo de quién se trataba, y contestó:

—No.

El rato que había pasado bailando con Roland y sus amigos había

sentido la mirada de Harald persiguiéndola. Eso en cierto modo le había

gustado. Aquel hombre atraía muchísimo su atención, pero, consciente de lo

distintos que eran, y sin ganas de mostrarse como la damita educada que

intentaba ser, cuchicheó:

—No tengo nada que hablar contigo. Es más, creo que me resultaría

más agradable y divertido hablar con el arcaico y aburrido padre Murdoch

antes que contigo.

Harald pensó que se lo merecía. Y, al ver que ella no lo miraba, y

dispuesto a recuperar su atención, se le acercó, bajó la boca hasta su oído y

susurró:

—Soy un gruñón. Lo sé porque Demelza no para de decírmelo.

Al sentir el aliento en su oreja y oír aquellas palabras, Alison cerró los ojos. Ese hombre, sin saber por qué, la hacía comportarse de manera extraña.

—Venga, *tontita*, perdóname —insistió aquel en un tono íntimo.

La joven sonrió. Que el seriote de Harald dijera algo así sin duda era una novedad y, dándose la vuelta para mirarlo con mofa, preguntó:

—¿Tú bromeando?

—Sé bromear.

—«¡¿Tontita?!» —exclamó ella a continuación.

Ver que por fin había llamado su atención a Harald le dio esperanzas y,

recordando algo, añadió:

—Considéralo un término cariñoso.

Nada más decir eso, ambos sonrieron. Estaba claro que algo ocurría

entre ellos, y finalmente Alison dijo sin ser consciente de cómo Thomas

McBouden la observaba:

—¿Por qué ahora bromeas conmigo y antes, cuando yo lo he hecho

contigo, parecía que estuviera haciendo algo horrible?

Harald suspiró. Sin duda estaba desentrenado en aquello de hablar con

mujeres, y encogiéndose de hombros respondió:

—La verdad, no lo sé.

—¿Pretendes volverme loca?

—¡¿Más aún?!

Ella rio y el vikingo la cogió de la mano y propuso recordando algo que

ella le había dicho en otro momento:

—Comencemos de nuevo. Soy Harald, ¿y tú?

Gustosa y encantada, la joven sonrió.

¿Por qué no?

Capítulo 16

Bailar con Harald era tremendamente divertido. Aquel hombre de intensa

mirada azul era un buen bailarín, y estaba disfrutando de aquello cuando

Carolina Campbell se acercó a ellos.

—Mi padre me va a matar —comentó.

Alison la miró mientras Harald se tensaba, y aquella, sonriendo,

susurró:

—Ahora se ha empeñado en que conozca a Lenneth McLeod, y cuando

este se ha puesto excesivamente pesado lo he tenido que empujar por un

barranco.

—¡Carol! —exclamó Alison.

—Por todos los santos —murmuró Harald sorprendido.

Las dos jóvenes rieron por aquello, y luego Alison dijo:

—Harald, ella es Carolina Campbell. Carolina, él es Harald McAllister.

—¡Encantada!

—Lo mismo digo —musitó el vikingo.

El gesto de Harald seguía siendo serio.

—En cuanto a Lenneth, tranquilos, que está bien —indicó Carolina—.

Lo malo será la bronca que me caerá por parte de mi padre. Pero lo bueno

es que ese pesado no volverá a acercarse a mí.

Alison sonrió. Harald, en cambio, no.

Aquella muchacha tenía también un fuerte carácter y, tras mirarse a los

ojos, ambas comenzaron a reír ante el gesto desconcertado del noruego.

Estaban hablando sobre aquello cuando Peter McGregor se les acercó y,

al ver a aquella joven morena que no conocía, susurró con galantería:

—Cuánta mujer bella y morena junta.

Al oírlo, Harald lo miró con curiosidad. Aquella muchacha era una

Campbell, y él odiaba a los Campbell por unas tierras que aquellos les

habían arrebatado en el pasado a los McGregor. En otro momento lo habría

informado de ese detalle, pero, divertido, decidió callar. Quería ver cómo

reaccionaba Peter una vez que se enterase del apellido de aquella.

Carolina, al mirar al guapo hombre que estaba frente a ellas, se llevó las

manos a las caderas y preguntó con gracia:

—A ver, listillo, ¿tienes algo en contra de las mujeres morenas?

Peter sonrió. ¿Quién era aquella joven tan ocurrente?

Alison, divertida, cuchicheó dirigiéndose a Carolina:

—Por la cuenta que le trae, siendo tú y yo morenas, dirá que no.

Harald sonrió, Peter también, y, encantado al ver la sonrisa de la morena

que no conocía, añadió con galantería:

—Reconozco que las morenas de ojos negros como la noche tenéis algo

especial que siempre me ha gustado.

—¡Oh, por favorrrrrr! Acabas de terminar con el azúcar de toda Escocia

—se mofó Carolina.

—Lo digo totalmente en serio —afirmó Peter riendo a mandíbula

batiente.

Ella sonrió divertida.

—Mi sexto sentido me dice que si fuera rubia o pelirroja me dirías exactamente lo mismo.

Encantado con su sagacidad, Peter sonrió a su vez. Que una mujer bromeara y le presentara batalla dialéctica era nuevo para él. Y, queriendo ver hasta dónde llegaba su buen humor, soltó:

—Tu sexto sentido te informa muy bien.

—¡Lo sabía! —La joven rio a carcajadas, haciéndolo reír a él también.

Harald los miraba divertido cuando de pronto Peter dijo con cortesía:

—Soy Peter McGregor, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Carolina asintió gustosa. Aquel highlander alto, de pelo claro y sonrisa arrebatadora, que bromeaba con ella le llamaba la atención por su personalidad. Solo había que ver la seguridad con que le sonreía a ella o a las mujeres que ante él pasaban para saber que aquel era un picaflor.

—Carolina —respondió—. Carolina Campbell.

Según oyó eso, la sonrisa de Peter se desvaneció. ¿Una Campbell?

Y, sin decir nada más, dio media vuelta y se marchó.

Harald intentó contener una sonrisa al verlo; estaba claro que Peter no pensaba disimular su malestar hacia aquel clan, pero Carolina, boquiabierta, preguntó mirando a Alison:

—¿He dicho algo inapropiado?

—No.

—¿Huelo mal?

—No.

En silencio, los tres vieron cómo aquel rápidamente le sonreía a otra

mujer a la que sacó a bailar, y Carolina se quejó frunciendo el entrecejo:

—¿Se puede ser más tonto y más creído?

Sorprendida por lo ocurrido, Alison no supo qué decir. Conocía poco a

Peter, pero con ella siempre había sido encantador y caballeroso. Sin

embargo, consciente del desprecio que de pronto había visto en su mirada,

sentenció:

—La próxima vez que quiera hablar contigo, ya sabes: ojo por ojo.

Carolina asintió molesta y, con gesto guerrero, afirmó antes de

marcharse para continuar disfrutando de la fiesta:

—Y diente por diente.

Cuando se hubo ido, Alison miró a Harald.

—¿Tú sabes qué es lo que ha pasado?

El vikingo lo sabía muy bien, pero, no queriendo meterse en temas que

a él no lo incumbían, mintió:

—No.

Alison, todavía sorprendida, iba a decir algo cuando este de pronto

preguntó:

—¿Te apetece bailar?

Y sin dudarlo ella aceptó. ¿Por qué no?

Rio, bailó, saltó feliz hasta que divisó de nuevo a Conrad McEwan

junto

a su inseparable Julian y eso le arruinó la felicidad.

Los años que llevaba sin verlos los habían cambiado. Especialmente a

Conrad, a quien la madurez, aunque le jorobase reconocerlo, le sentaba muy

bien.

Tratando de aparentar normalidad, Alison prosiguió bailando, pero

Harald, al notar tensión en su cuerpo, preguntó con curiosidad:

—¿Te ocurre algo?

—No.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí.

—¿Y por qué siento que estás incómoda?

Ella sonrió y, mirándolo, indicó tras encontrar una contestación:

—¡Por las barbas de Neptuno! Porque estoy esperando a que el Harald

gruñón aparezca y no sé cuándo lo va a hacer.

Eso hizo sonreír al vikingo, que preguntó con curiosidad:

—¿A qué se debe esa manera tuya de hablar?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué mencionas continuamente a Neptuno o a Tritón?

Alison rio. Estaba claro que su vida en el mar había incluido palabras en

su vocabulario que el resto de los mortales no decían; intentando responder

una verdad a medias, dijo:

—Quizá porque me crie junto al mar y mi padre las dice.

Harald asintió; entonces ella, consciente de que aquel continuaría

preguntando, para intentar disimular dejó de bailar y, agarrándose a su

brazo, lo apremió para que se alejaran de donde estaba Conrad bailando con

una muchachita:

—¡Tengo el gaznate seco!

—¡¿El gaznate?! —se mofó él.

De nuevo, había utilizado la jerga que empleaba en el barco y,

suspirando, indicó:

—Tengo sed. Vayamos a beber algo.

Sin dudarlo, Harald se dejó guiar por aquella, consciente de que le

mentía.

Una vez que llegaron a una de las enormes mesas de madera donde

había bebidas, el gigante se percató de que la joven, ocultándose tras su

cuerpo, miraba curiosa por encima de su hombro. Eso lo incomodó y,

poniéndose a su lado para tener la misma perspectiva que ella, preguntó:

—¿A quién buscas?

—A nadie.

—Pues ¿de quién huyes?

Ver lo perspicaz que era Harald hizo que Alison lo mirara sorprendida y,

cuando iba a contestar, el vikingo insistió:

—Estando conmigo no tienes nada que temer.

Sin poder evitarlo, ella sonrió. Aquel seguía pensando que era una

dulce

e indefensa damisela, y de pronto le soltó:

—¡Ojo al parche con lo que te voy a decir! Sin ti, tampoco tengo nada

que temer.

Harald parpadeó; el vocabulario y la chulería de aquella mujer no

paraban de sorprenderlo. De pronto, ella, al ver que Conrad caminaba hacia

la mesa donde estaban junto a una mujer, buscó una salida para que no la

viera y cogió a Harald de la camisa, se apoyó en la pared, tiró de él para

atraerlo hacia sí y, acercando sus labios a los de él, lo besó.

Eso pilló por sorpresa al vikingo. ¿Qué narices estaba haciendo aquella

mujer?

Pensó en separarse, en rechazarla, pero la boca de Alison era dulce,

candorosa, cálida, lo atraía mucho y, dejándose llevar, la besó.

Sin embargo, cuando instantes después la joven acalorada dio el beso

por terminado y se miraron a los ojos, él preguntó molesto:

—¿A qué ha venido eso?

Alison, tan bloqueada como él por aquel intenso beso, no supo qué

responder. ¿Por qué lo había besado?

Y, sin saber qué decir, soltó enseñándole el brazo:

—Madre mía…, ¡se me ha puesto todo el vello del cuerpo de punta!

Tan desconcertado como ella, Harald susurró entonces sin saber por

qué:

—En mi tierra se dice que cuando el vello del cuerpo se eriza es porque

las hadas avisan de algo.

—¡¿Las hadas?! —preguntó escéptica la joven.

Confundido, Harald no supo qué contestar, pero esta, al oír la voz de

Conrad detrás de él, de nuevo lo atrajo hacia sí y lo volvió a besar.

Una vez más, la boca de la joven aturdió al vikingo, que volvió a

dejarse llevar por el momento. La deseaba. Deseaba a aquella mujer que por

su manera de besar le indicaba que no era una joven inexperta.

El beso se intensificó más aún cuando ella, ardiendo por el momento,

paseó la mano por su espalda. Harald la aupó entonces del suelo y la apretó

contra su cuerpo tomando el mando de la situación. Quería que sintiera lo

que le provocaba. Necesitaba hacerle ver que si continuaba con aquello la

cosa no terminaría ahí, y cuando, segundos después, el beso acabó y ambos

estaban acalorados, él la miró con sus intensos ojos y musitó:

—Si vuelves a besarme…

No pudo terminar. Deseoso de aquellos labios, de aquella boca, de

aquella mujer, esta vez fue él quien la besó gustoso, y Alison encantada

aceptó.

Un beso, otro…, otro…

De pronto, besarse se había convertido en una urgente necesidad para

ambos, hasta que finalmente Harald, asustado por lo que aquella

mujer lo

hacía sentir, la dejó en el suelo. Pero ¿qué estaba haciendo? ¡Él seguía

amando a Ingrid!

Se miraron unos segundos en silencio con las respiraciones aceleradas y

luego ella, recordando algo, susurró acalorada:

—Siempre he oído decir que los paganos adoráis el sexo. ¿Quieres

sexo?

—No.

—Pues qué pena. Lo podríamos pasar muy bien.

—Mujer, ¡tienes una lengua muy suelta! —gruñó Harald.

—Probablemente —afirmó ella sonriendo.

Harald sentía su respiración excesivamente acelerada. ¿Por qué había

reclamado él aquel beso? ¿En qué estaba pensando?

Alison, al ver su mirada atormentada, y sintiendo que no se estaba

controlando, finalmente susurró:

—Discúlpame. Me he dejado llevar.

Acalorado por el íntimo momento vivido con aquella, Harald dio un

paso atrás. Aquel beso y su fogosidad lo habían removido por dentro como

llevaba tiempo sin que nada ni nadie lo hiciera, y, tras coger su vaso, bebió

un trago. Necesitaba serenarse.

—¡Por todos los santos, Harald! —oyó decir de pronto—. Esa actitud

pecaminosa en público no es en absoluto correcta.

Al mirar se encontraron con la cara enrojecida del padre Murdoch,

que,

bajando la voz, susurró:

—Pagano tenías que ser.

Harald no dijo nada. Aquel religioso sabía perfectamente quién era él, y

lo oyó proseguir:

—¡Qué vergüenza…, qué vergüenza…! Un hombre tan íntegro y

responsable como tú, comportándose como… como…

—Padre Murdoch, ¿qué tal si os calláis? —lo interrumpió Harald.

El religioso meneó la cabeza y, mirando a Alison, le recriminó:

—Tu dulce rostro me ha engañado, pero está visto que la fiesta, la

música y la bebida te llevan de cabeza al pecado. Hija, ¡contención y

decoro! No te dejes llevar por la tentación de la carne.

Y, dicho esto, y tras mirarlos con reproche, el padre Murdoch se

marchó.

Estuvieron unos segundos en silencio. Ambos debían ordenar sus

pensamientos en la cabeza, y cuando Harald consiguió controlar su

sentimiento de culpa, al ver el gesto de la joven preguntó:

—¿Qué es eso de que te has dejado llevar?

Alison lo miró. La expresión de su rostro ya no era la que había sido

segundos antes y, después de tomar aire, serenarse y comprobar que Conrad

ya no estaba tras Harald y se alejaba, cuchicheó:

—Digamos que, como ha dicho el padre Murdoch, me he dejado llevar

por la locura del momento.

A Harald le hizo gracia su respuesta. ¿Por qué todo en ella le hacía

gracia, a pesar de tener aquella lengua tan afilada?

—¿Y te dejas llevar mucho por esa locura? —le preguntó.

—Probablemente —contestó Alison con descaro.

Harald, sorprendido por su respuesta, comentó entonces incapaz de

callar:

—Por tu manera de besar, he podido percibir que no era la primera vez

que lo hacías.

—Tú tampoco.

—Pero tú eres una mujer —insistió él.

Alison sonrió. En el mundo de los piratas, donde ella vivía, sus actos

habían dejado de ser recriminados por ser una mujer si no querían que les

rebanara la lengua, y sin poder callarse respondió:

—Por suerte para mí, aun siendo una mujer elijo mis locuras.

Eso hizo que Harald parpadeara. Ingrid nunca había sido así. Y aquella,

encogiéndose de hombros musitó:

—Solo te diré una cosa. No soy la dulce jovencita que crees. Y en cierta

forma, para las relaciones personales tengo alma de pagana. Por tanto, ten

cuidado, ya que, si la locura se contagia, aléjate de mí porque ¡yo tengo

mucha! Y en cuanto a…

—¡Estáis aquí!

Al mirar, se encontraron con una sonriente Demelza que, desde donde estaba, los había visto besarse asombrada; se agarró al brazo de Alison e indicó mirando a Harald:

—Aiden te busca.

Él no se movió, más tarde ya iría a hablar con él, pero la pelirroja insistió:

—Te busca ahora.

El vikingo continuó sin moverse y Demelza, sorprendida por aquello, exclamó:

—¡Harald!

—¡¿Y tiene que ser precisamente ahora?! —preguntó él molesto.

Aquella contestación y su mirada a la joven pelirroja le hicieron saber que no se quería mover de allí, pero afirmó:

—Sí, ahora. Vamos, ¡ve!

Harald maldijo, Demelza no podía ser más inoportuna, pero se dio la vuelta y se alejó.

—Lo he visto —declaró la pelirroja dirigiéndose a Alison.

Boquiabierta, ella parpadeó. ¿Cómo sabía Demelza lo de Conrad? Pero, sin saber a qué atenerse, preguntó:

—¡Por tritón, ¿qué has visto?!

Caminando juntas, llegaron hasta un lateral del castillo donde nadie podía oírlas ni verlas y, mirándola, Demelza indicó:

—He visto que Harald y tú os besabais.

—Ah…, eso…

—Sí…, ¡eso!

—Hemos escandalizado al padre Murdoch —cuchicheó Alison.

Ver su gesto al decir aquello inquietó a Demelza, e, ignorando el

comentario acerca del cura, preguntó muy seria:

—¿A qué creías que me refería?

Alison no contestó, y ella añadió bajando la voz:

—Mira, no sé qué es, pero tu mirada me dice que algo te preocupa.

De nuevo, ella no contestó. Eso a Demelza le confirmó lo que pensaba

y, como necesitaba saber, preguntó:

—¿Estás casada? ¿Huyes de tu marido con la niña? Porque, si de verdad

es eso y te has inventado la historia de tu tío, nosotros podemos ayudarte

y…

—No —la cortó rápidamente—. Ya te dije que no estoy casada y que la

niña no es mi hija.

—¿Qué ocultas, Alison?

—Nada.

—Mis oídos oyen una cosa, pero te aseguro que mis ojos ven otra.

—Demelza, por favor…

La aludida levantó una ceja a la espera de que dijera algo más, pero, al

ver que no lo hacía, finalmente declaró:

—Sé que apenas nos conocemos, pero algo me dice que tú y yo

podríamos ser excelentes amigas. Con esto solo quiero explicarte que yo a

mis amigas las quiero, las protejo y las ayudo.

Alison asintió emocionada. Demelza no se podía imaginar lo que para ella significaba oír eso. Pero, sin querer mostrar esa parte sensible que siempre ocultaba, aparte de asentir no dijo nada.

Se quedaron unos segundos en silencio hasta que Demelza, al ver que no iba a sacar más información de aquella, preguntó:

—¿Qué opinas de Harald?

—Se lo puede mirar.

—¿Te gusta? —insistió la pelirroja.

—Probablemente.

—Pero ¿mucho… mucho…?

Oír eso a Alison la hizo sonreír. Harald le encantaba, pero, incapaz de confesarlo, se encogió de hombros y respondió:

—¡Por las barbas de Neptuno, no lo sé…, no lo conozco!

—Oye, ¿por qué mencionas tanto a Neptuno? —preguntó de pronto la pelirroja.

Alison parpadeó.

De nuevo, aquella pregunta, y Demelza añadió:

—Lo digo por tus exclamaciones y por las palabras que empleas en ocasiones.

Eso hizo reír a la joven Moore. Estaba claro que disimular aquello le iba

a costar y, recordando lo que le había contado a Harald, se encogió de

hombros y respondió siendo consciente de su mentira a medias:

—Me crie junto al mar. Mi padre es pescador. De ahí mi manera de

hablar.

Demelza asintió y, cuando iba a preguntar de nuevo, Alison tomó la

delantera.

—En cuanto a Harald, es agradable pero también algo gruñón. Aunque

si te refieres a si veo en él a un hombre atractivo, la respuesta es sí. Es más,

lo que no sé es cómo alguien como él…

—Mira —la cortó Demelza—, visto lo visto, tengo que comentarte algo

o creo que moriré ahogada en mi propio vómito.

—Mujer, pero ¿qué dices?

Ella asintió y tomó aire.

—Harald ha sufrido mucho por amor. Demasiado. Y aunque yo lo

animo a que conozca a alguna mujer, y te aseguro que más de una en Keith

se muere por sus huesos…

—¿Se mueren por sus huesos?

Demelza asintió. Sin saber por qué a Alison le molestó su afirmación,

pero la primera prosiguió:

—A ver, en ocasiones soy tremendamente atosigante con él para que se

decida a buscarse una mujer. Pero…, pero tampoco quiero que vuelva a

sufrir y… y…, bueno…, si esos besos no significan nada para ti, es mejor

que te alejes de él. Y si digo esto es…

Ver la angustia en la mirada de la pelirroja alarmó a la morena, que exclamó divertida:

—¡Caray, Demelza! Me estás asustando.

—Es que no había visto a Harald mirar ni besar a una mujer así desde hacía tiempo. Por norma, en público las rehúye. No intima con ellas. ¡Pero a ti te ha besado!

Alison asintió. La realidad era muy diferente de como Demelza creía. No había sido Harald quien la había besado a ella, sino al revés, y cuchicheó:

—A ver, he sido yo quien lo ha besado.

—¡Peor me lo pones!

—¡¿Peor?! —se mofó Alison.

Demelza asintió y, bajando más la voz, añadió:

—He visto que habéis repetido el beso. Y he sido testigo de cómo te apretaba contra su cuerpo. Y… y eso, para mí, que lo conozco, significa que se ha fijado en ti.

—¿Crees que se ha fijado en mí? —preguntó interesada.

Demelza asintió y Alison, intentando no demostrar la felicidad que eso le ocasionaba, indicó:

—No creas que soy una libertina en cuanto a hombres se refiere, pero tampoco me tomes por una monja de clausura. Y en cuanto al sufrimiento que le pueda ocasionar, créeme cuando te digo que no pretendo que

por mí

sufra nadie, y mucho menos Harald. Es más, no creo que él a los besos les

esté dando la importancia que les estás dando tú.

Agobiada, Demelza se retiró el pelo del rostro, y entonces Alison

preguntó interesada:

—¿Puedo saber por qué ha sufrido Harald por amor?

La joven suspiró. Recordar no era fácil, pero, como quería que aquel no

sufriera más, contestó:

—No creo que a él le gustara que te lo contase…

—Pues vas a tener que hacerlo, porque a mí ya no me puedes dejar así.

—Pero…

Cogiéndola de las manos, Alison musitó:

—Dijiste que podíamos ser buenas amigas, y yo te prometo ser discreta

y no desvelar lo que me cuentes. Ni siquiera a él.

Demelza suspiró y, consciente de que Alison debía saber la verdad en

referencia a su historia con Harald, declaró:

—Harald es mi cuñado.

—¡¿Qué?!

—Estuvo casado con mi hermana Ingrid, pero ella murió.

Eso llamó poderosamente la atención de Alison. Con los ojos anegados

en lágrimas, Demelza prosiguió y le relató que Harald y su hermana habían

sido novios desde niños. Se adoraban y se entendían con solo mirarse,

y el

amor que se profesaban era algo sin igual. Cuando crecieron, por culpa de

un malentendido originado por su madrastra Urd, que la odiaba, Demelza

fue entregada en matrimonio a un hombre llamado Viggo Iversent. Aquel

hombre la vejó, la maltrató, la humilló, pero ella consiguió escapar y

separarse de él gracias a que las leyes vikingas lo permitían ante ciertos

casos.

No obstante, Viggo, muerto de rabia, el día de la boda de Harald e

Ingrid, envenenó a todos los comensales con el salmón y, cuando no podían

defenderse, envió a sus secuaces a la fiesta para raptar a Demelza y matar a

todo el que allí estuviera.

Ese día la joven no solo perdió a su querida y amada hermana, sino a

toda su familia y a la gran mayoría de las personas que conocía. Asimismo,

también le contó que, antes de morir, Ingrid le hizo prometer a Harald que

cuidaría de Demelza y, sobre todo, que ambos se marcharían de Noruega y

que buscarían la felicidad y el amor.

—Y yo… yo… —musitó ella emocionada— me encontré con Aiden. El

amor surgió entre nosotros de una manera incontrolable y soy feliz por

haber cumplido lo que le prometí a mi hermana. Pero Harald se niega

a

cumplir su promesa de ser feliz y formar una bonita familia. Sé que aceptó

su muerte como parte de la vida, pero la sigue recordando y sufriendo por

ella. Intento que cumpla su promesa, aunque él odia que yo sea tan pesada.

Pero, ¡por Thor!, por Ingrid y sobre todo por la felicidad de Harald lo tengo

que intentar. Él siempre ha velado por mí y ahora soy yo la que vela por él,

pero tampoco quiero que sufra por mi cabezonería y…

—Lo entiendo. No hace falta que digas más —afirmó Alison

conmovida por todo lo que aquella muchacha le había contado.

Si bien creía que su vida era complicada, solo había que conocer el

pasado de Demelza para darse cuenta de que ella, aun habiendo vivido en

un barco rodeada de hombres, o aun habiéndose equivocado en el amor, no

había sufrido ni la mitad de todo lo que aquella muchacha le contaba.

Conmovida, la abrazó. No sabía qué decir, pero la pelirroja, separándose de

ella, tomó aire e indicó:

—Odio emocionarme. Pero recordar el pasado es duro.

—Normal, Demelza…, normal.

Se quedaron unos segundos en silencio, y luego Alison, al recordar

algo, miró a la joven pelirroja y preguntó:

—¿Por eso que te pasó a ti con tu exmarido es por lo que Harald me

dijo que cuidara muy bien con quien dejaba a Siggy?

Demelza asintió.

—Él lamentó mucho lo que me ocurrió cuando mi familia me entregó a

Viggo. De ahí que sea extremadamente protector.

Alison asintió. Ahora entendía muchísimo mejor por qué Harald

reaccionaba así y, consciente de por qué Demelza le había contado aquello,

susurró:

—No me ves una buena mujer para él, ¿verdad?

Oír eso hizo que la pelirroja reaccionara y, mirándola, exclamó:

—¡Por san Ninian, yo no he dicho eso! —Y, al ver cómo aquella la

miraba, insistió—: Alison, me pareces una mujer encantadora y fascinante.

Me gusta tu fuerza y cómo defiendes a los tuyos. Lo vi el día que te conocí

en el mercadillo y defendiste a tu tío *Macurra*.

—Matsuura —rectificó ella.

Ambas sonrieron y Demelza continuó:

—También vi cómo te preocupabas por tu hermano, y por la pequeña

Siggy. Y, después de todo eso, ¿realmente crees que no me gustas para

Harald? —Ella no respondió y su amiga añadió—: Es solo que no quiero

que sufra.

—Tranquila —dijo Alison intentando mirar por el beneficio de Harald

—. Algún día encontrará una buena mujer que le dé esa bonita familia y

será feliz, ya lo verás. En cuanto a mí…, mi vida es algo complicada.

—¿Por qué?

La joven Moore suspiró. Demelza se le había sincerado con ella, pero en su caso era difícil hacerlo, por lo que, omitiendo la verdad, respondió:

—Porque yo soy complicada. —Y antes de que aquella preguntara de nuevo añadió—: Por mí, Harald no sufrirá. Piensa que, después de esta noche, seguramente no volveremos a vernos.

Demelza negó con la cabeza y, frunciendo el ceño, gruñó:

—Oye, no quiero perderte como amiga. Pero ¿qué tontería es esa?

Oír eso hizo sonreír a Alison. Ella era la primera amiga que tenía, la primera mujer que demandaba su amistad, y emocionada cuchicheó:

—Ten por seguro que tu cariño siempre lo llevaré en mi corazón.

—¡Hey, pelirroja salvaje!

Esa era la voz de Aiden.

Harald y él se hallaban a escasos pasos de ellas y, sonriendo, Demelza agarró el brazo de Alison e indicó echando a andar en su dirección:

—No pienso perderte como amiga, pero, de momento, ¿qué tal si seguimos disfrutando de la fiesta?

—¿Y escandalizando al padre Murdoch?

—¡Por supuesto! —Demelza rio a carcajadas.

Y, divertida y segura de que quería disfrutar de aquello con aquellas personas tan maravillosas, Alison exclamó:

—Pues volvamos a la fiesta.

Capítulo 17

La madrugada llegó y las gaitas resonaban en todos los rincones del castillo

mientras los invitados charlaban y bailaban.

Harald y Alison ya no se volvieron a separar. Tras los besos que se

habían dado, había surgido algo entre ellos y, sin hablarlo, decidieron pasar

el resto de la velada juntos.

Eso no le pasó desapercibido a nadie. Todos se percataron de cómo el

vikingo estaba pendiente de la joven y de cómo ella le sonreía sin parar.

Incluso Thomas McBouden, al intercambiar la mirada en varias ocasiones

con Alison, le guiñó el ojo con complicidad. Estaba claro que aquel joven

había dejado por fin de estar ciego.

Tras saludar a sir Malcolm Luard McPilshen, un buen amigo que los

había ayudado en el pasado, Aiden tiró de Demelza y la llevó hasta un

lateral del castillo donde apenas había gente. Allí, durante un buen rato se

besaron con deseo, con amor, hasta que de pronto oyeron unas risitas

cercanas que los hicieron parar.

Sonriendo, se alejaban del lugar cogidos de la mano cuando, al pasar,

vieron más allá al padre Murdoch con la sotana subida, disfrutando del

placer que lady Constanza le proporcionaba entregada al disfrute.

Ambos se miraron boquiabiertos y, sin decir nada, pero muertos de la

risa, se alejaron de allí a toda prisa.

—Vaya… —se mofó Aiden—. Está visto que nadie está libre de

pecado.

—Ahora ya entiendo para quién era esa hebilla con la «M» —declaró

Demelza.

—¿De qué hablas? —preguntó él.

Rápidamente su mujer le contó lo que había descubierto aquella mañana

cuando había ido a ver a Alison. Estaba claro que, aunque el padre Murdoch

censuraba a todo el mundo, él también era débil. Pero, consciente de que

debían guardar el secreto, pues si se conocía haría más mal que bien, tras

darse un beso en los labios la pareja continuó caminando hasta llegar a

donde estaban los suyos.

Un buen rato después, Adnerb, Sandra, Demelza y Alison charlaban sobre

los mejores lugares para que esta última vendiera sus joyas, cuando Adnerb

indicó:

—Por cierto, he hablado con el conocido de mi padre acerca de lo que

hemos comentado de la pequeña Siggy y me ha dicho que, en Lanark, su

sobrina y su marido, a los que Dios no les ha dado aún niños, estarían más

que encantados de hacerse cargo de una niña como ella.

Alison asintió.

Y aunque pensar en ello le dolía, pues cada día adoraba más a esa pequeñita, preguntó:

—¿Y esas personas son buena gente?

Adnerb se encogió de hombros.

—Gudolf Fraser, el amigo de mi padre, lo es. E imagino que su sobrina y su marido también. Tú misma podrás comprobarlo si los visitas. Se llaman Iria y Douglas Graham. Yo ya le he dicho a Gudolf que les envíe una misiva informándolos de que es posible que una amiga mía los visite con una preciosa nena. Si vas, ya me contarás.

Alison tomó nota mentalmente y asintió. Por el bien de Siggy, y para poder ir tras Conrad McEwan, tenía que ir a verlos y dejarles a la niña.

Estaban hablando sobre aquello cuando de pronto de entre un grupo de hombres que se acercaba a ellas se oyó una voz que decía:

—¿Y estas preciosas mujeres quiénes son?

Según oyó aquella voz, a Alison, que estaba de espaldas, le cambió el semblante. Apretó los puños, cerró los ojos y jadeó. Demelza, que se hallaba frente a ella, se dio cuenta.

—¿Qué te ocurre?

Alison negó con la cabeza. No podía ni hablar.

¿Cómo había llegado Conrad hasta ella?

Harald, que bebía de su copa, al percatarse del gesto de tensión por parte de la joven, dejó de hacerlo. ¿Qué le ocurría a Alison?

Angustiada, la muchacha miró a ambos lados para escabullirse, pero

lo

tenía difícil, básicamente no tenía escapatoria.

—Cuánta belleza junta… —oyó que decía entonces Conrad—. ¿Quién me las presenta? Muero por conocerlas.

Aiden y Zac se miraron. Aquel idiota, con el que alguna vez habían coincidido, nunca les había caído bien, y Alastair, que era su amigo, se acercó a su mujer y dijo:

—Querida, te presento a Conrad McEwan. —Y luego, mirando al resto de las mujeres, indicó—: Ella es Sandra, la esposa de Zac, Demelza, la mujer de Aiden, y Alison Wilson, una amiga.

Por educación, las otras tres lo saludaron con la cabeza, mientras eran conscientes de que Alison no se había movido, seguía petrificada, hasta que

finalmente, tomando aire, se dio la vuelta y lo enfrentó.

Durante unos segundos que parecieron una eternidad, sus ojos negros y

los de Conrad se encontraron. Se habían reconocido y posiblemente aquel la

iba a delatar.

Él sonrió encantado al sentir su poder, pero calló. Primero jugaría con ella y más tarde la descubriría.

Alison estaba preciosa. Los años habían convertido a aquella jovencita en toda una bella mujer y, encantado, esperó para ver con quién estaba. Por

suerte, conocía al marido de una de aquellas, y simplemente había aguardado el momento para acercarse a ella.

—Un placer conoceros a todas. —Y mirando a Alison añadió—: En especial a la bella Alison Wilson.

Las mujeres asintieron y Conrad, sin apartar la mirada de la joven morena, preguntó:

—¿Clan Wilson?

—Sí.

—Interesante… —afirmó él divertido y, mirando el broche que sujetaba el tartán de los McAllister, señaló—: «F. J.» ¿Qué significan esas iniciales?

Conteniendo las ganas que sentía de degollarlo allí mismo, no respondió. Él sabía muy bien lo que aquellas iniciales significaban, pero, jugando con ella, insistió:

—¿De dónde procede el clan Wilson?

La tensión de Alison subía por segundos. Aquel imbécil la estaba retando, pero entonces oyó decir a Aiden:

—De Montrose. De allí es la familia de Alison.

Con una sonrisa, Conrad asintió y, dejando de mirarla, sugirió a los hombres:

—¿Qué os parece si brindamos por las mujeres bellas, decentes y delicadas?

Ellos, encantados, atronaron con sus voces, y Demelza, consciente de la incomodidad de su amiga, musitó dirigiéndose a ella:

—Menudo idiota. A este me gustaría darle a mí con mi delicadeza…

Eso hizo que Alison sonriera y, junto a Demelza, se apartó a un lado del

grupo. Sin embargo, instantes después Conrad volvió a acercársele y

murmuró mirándole los pechos con descaro:

—Alison Wilson… Precioso nombre y preciosa mujer.

—Gracias —siseó la aludida por cortesía mientras veía que el

gobernador Thomas McBouden se aproximaba.

De nuevo, Conrad y ella intercambiaron una mirada y él volvió a

sonreírle. Se lo estaba pasando bien. Ser consciente de que allí nadie sabía

que aquella era la Joya Moore, la hija del famoso pirata, le otorgaba ventaja

para atosigarla y tenerla a su merced.

—Sin duda, hoy es mi día de suerte —declaró.

Alison sonrió de manera burlona y, olvidándose de su prudencia,

repuso:

—Cuidado con la suerte, Conrad McEwan, porque en ocasiones te

puede matar.

Esas palabras hicieron reír a quienes los rodeaban, especialmente a

Thomas; Conrad, divertido y dispuesto a incomodarla, al ver a Julian

acercarse, continuó, mirándola fijamente:

—El caso es que tu rostro me suena… ¿Dónde te he podido ver antes?

Alison apretó los dientes. No iba a caer en la trampa que aquel le estaba

tendiendo. No iba a sacar las dagas que escondía en su vestido por muchas

ganas que tuviera. Y cuando Thomas, al verla tan tensa, se disponía a

acudir

en su ayuda, ella sonrió y replicó:

—Posiblemente me habrás visto en tus pesadillas.

De nuevo, todo el mundo rio a carcajadas por las palabras de la joven, y

Thomas aplaudió feliz. Estaba claro que aquella sabía defenderse.

Harald, que había intercambiado una mirada cómplice con Aiden y

Demelza, observaba incómodo la situación. ¿Por qué aquel idiota se había

centrado de aquella manera en Alison? ¿Y por qué ella lo miraba con aquel

rencor?

Sin amedrentarse ante aquel sinvergüenza, ella levantó el mentón a

modo de reto. Si proseguía con aquel juego, sacaría la daga que llevaba

oculta en la cintura y se la clavaría delante de todos. Aquel idiota no iba a

acobardarla. Ya le había jorobado una vez la vida y no lo volvería a hacer.

Demelza, que percibía la tensión de Alison, tras mirar a Aiden y

comprobar que él estaba viendo lo mismo que ella, para alejarla de aquel

tipo la agarró del brazo.

—Vayamos a la mesa a por algo de comer —dijo.

Según se alejaban, con el corazón acelerado e incapaz de callar, Alison

siseó:

—Maldito gusano podrido.

Demelza asintió y, como necesitaba saber qué ocurría, sin mirarla ni

detenerse, cuchicheó:

—Ya me puedes contar de qué narices conoces a ese imbécil, y no me

digas que no pasa nada porque no te voy a creer.

Alison maldijo. Quería que ella y todos los demás continuaran pensando

que se apellidaba Wilson y no Moore. Sabía que, en cuanto se enteraran de

quién era hija, todo cambiaría. Pero también sabía que, si ella no lo contaba,

tarde o temprano lo haría el bocazas de Conrad, y, mirándola, susurró:

—Permite que me tranquilice antes, por favor.

Demelza asintió dándole tiempo.

Una vez que llegaron hasta la mesa en la que había distintos manjares

para degustar, lady Constance se acercó de nuevo a hablar con Demelza.

Alison las observaba cuando oyó:

—¿Te encuentras bien?

Al volverse vio al gobernador McBouden, que parecía preocupado.

—Todo lo bien que una puede estar en una fiesta —repuso ella.

Ambos sonrieron, y luego el hombre añadió:

—Si necesitas mi ayuda para que esa mosca incómoda te deje en paz,

solo tienes que decírmelo. Como gobernador de las Highlands puedo

solucionarlo de inmediato.

Alison asintió. Que aquel hombre y ella hubieran congeniado tan

maravillosamente bien sin duda era un lujo, pero le guiñó el ojo y afirmó

intentando quitarle importancia:

—Tranquilo, Thomas. Me he deshecho sola de peores moscas que esa.

Dicho eso, la mujer del gobernador se les acercó. Durante unos momentos los tres charlaron divertidos hasta que la pareja, requerida por otras personas, se volvió a alejar.

Una vez sola, Alison miró de nuevo la mesa donde estaban los manjares, y entonces oyó a su espalda:

—Princesa…

Aquella voz hizo que cerrara los ojos. Cientos de recuerdos íntimos acudieron en tromba a su mente; a continuación volvió a oír:

—Mi princesa se ha convertido en toda una preciosa mujer.

Alison resopló y, volviéndose para mirarlo a los ojos, lo encaró:

—Hijo de Satán…, no soy tu princesa.

Conrad esbozó una maquiavélica sonrisa. En ese momento Demelza se acercó para auxiliar a su amiga, y él, ignorando el gesto incómodo de la pelirroja, soltó dirigiéndose a Alison:

—He podido comprobar que te sigue gustando bailar… ¿Qué tal si lo haces conmigo?

A la joven no le dio tiempo a responder. Harald, que estaba siendo testigo del acoso, se acercó a ellos y, agarrando a Alison de la mano con propiedad, sin hablar ni permitir que aquel tipo se le acercara más, le dio un empujón y se la llevó. Thomas McBouden, que observa con disimulo desde la distancia, sonrió al verlo.

Demelza, encantada, casi aplaudió.

Aquel gesto protector por parte de Harald era lo que podía esperarse de

él. Conrad, sorprendido, al acercarse Aiden a su mujer, dijo viendo cómo

aquellos se alejaban:

—Está visto que la preciosa Alison es una mujer muy requerida.

Aiden, tan incómodo como Demelza por la presencia de aquel tipo, tras

agarrar a su esposa de la mano, se la llevó de allí con gesto de desagrado.

No quería que se acercara a ella.

Capítulo 18

Una vez que Harald y Alison estuvieron lo suficientemente alejados del

campo de visión de aquel, el vikingo la soltó, molesto por la situación, e iba

a hablar cuando ella siseó resoplando:

—¿A qué ha venido que me agarrases así?

Harald pareció sorprendido.

—He pensado que ese hombre te estaba incomodando.

Con el corazón a mil, la joven cerró los ojos, meneó la cabeza y, al

abrirlos, gruñó:

—¡Por las barbas de Neptuno…! Me incomodara o no ese tipo, no

necesito que nadie me defienda. Sé defenderme solita, ¿te enteras?

Boquiabierto, Harald asintió y, sin decir nada, dio media vuelta para

regresar a la fiesta. No estaba allí para discutir, y sin duda hacerlo con

aquella era fácil.

Alison maldijo al verlo alejarse. Estaba pagando con él lo que no podía pagar con Conrad; corrió hasta alcanzarlo y, poniéndose delante de él para detenerlo, dijo:

—Lo siento.

Él la miró sin decir nada.

—Siento haber pagado mi enfado contigo cuando tú solo lo has hecho para ayudarme —añadió ella.

Se miraron unos segundos en silencio hasta que el vikingo, consciente de lo que había visto, indicó:

—No sé quién es ese hombre ni me interesa, pero, visto lo visto, mi consejo es que te alejes de él, porque las personas como él no pueden traer nada bueno.

Alison asintió. Sin saber nada, Harald había estado de lo más acertado en lo referente a aquel gusano. Y, a continuación, la joven, sin apartar su mirada de él, soltó:

—¿Sabes que mirarse a los ojos tras una discusión y sonreír con afecto es una manera de disculparse e intentar hacer las paces?

Harald, al ver cómo ella sonreía, preguntó:

—¿Me sonríes por eso?

—Probablemente.

El vikingo asintió, aquella mujer lo desconcertaba, y de pronto la oyó preguntar:

—¿Me perdonas?

Sentir aquellos ojos oscuros mirándolo de aquella manera y ver su

sonrisa hicieron que a Harald le temblara el corazón. ¿Cuánto tiempo hacía

que no le ocurría algo parecido?

Y, consciente de que o la perdonaba o él no se lo perdonaría a sí mismo,

finalmente musitó:

—No hay nada que perdonar.

Dejándose llevar por lo que sentía, Alison lo abrazó. Pero, al ver que

aquel estaba más tieso que un ajo, lo soltó.

—Eres un buen hombre —dijo mirándolo a los ojos—. Solo espero

que…

—¡Alison! ¡Harald!

La voz de Demelza hizo que ambos levantaran la vista. Hacia ellos se

acercaban las tres parejas y, cuando llegaron a su lado, Aiden se dirigió a la

joven preocupado.

—Si podemos ayudarte en algo, no dudes en decirlo.

Alison sonrió.

—Tranquilos —dijo conmovida—. No ocurre nada. Gracias.

A continuación todos guardaron silencio y, consciente de que se habían

dado cuenta de lo ocurrido y les debía una explicación, la joven iba a añadir

algo cuando Alastair intervino:

—Es tarde. Regresemos a las tiendas.

Y, acto seguido, todos echaron a andar.

Alison suspiró al ver a las tres parejas caminar cogidas de la mano. Le gustaba observar su complicidad, sus gestos afectuosos y sus bromas cariñosas, y pensó en cómo debía de sentirse una cuando era correspondida en el amor.

Pensaba en ello en silencio mientras se dirigían hacia los caballos.

Entonces Demelza se deshizo de la mano de su marido, se situó junto a ella y, cuando Harald y Aiden comenzaron a hablar, preguntó mirándola:

—¿Cuándo te vas de Edimburgo?

Alison, que ya había hablado de aquello con Gilroy y Matsuura, repuso:

—Mañana. Te haré llegar el vestido antes de…

—Puedes quedártelo. Creo que te queda mejor a ti que a mí —la cortó Demelza, que a continuación cuchicheó—: Pero no pienso dejarte marchar sin que me cuentes qué pasa con ese gusano.

Consciente de que se merecía una explicación, en voz baja para no ser oída, Alison empezó a hablar.

—El gusano y yo nos conocimos cuando era una jovencita inexperta y me dejé engatusar por su belleza y su palabrería. Él lo consiguió todo de mí, pero cuando le pedí que hablara con mi padre para formalizar nuestra relación, se rio, me rechazó y me humilló.

—¡¿Qué dices?! —susurró Demelza.

Alison resopló.

—Nos enzarzamos con las espadas. Yo le arrebaté la suya y, cuando

pude matarlo, por pena no lo hice. Pero él aprovechó para sacar una daga y

clavármela en el costado.

—Nooooo…

—Y, no contento con eso, cuando mi tío Ragnar vino a auxiliarme, lo…

lo mató y se marchó sin mirar atrás.

Demelza la escuchaba boquiabierta. Si alguien le hubiera hecho eso a

ella, lo mataría.

—Créeme cuando te digo que nada de lo que me dijera o me hiciera me

dolió tanto como la pérdida de tío Ragnar —continuó Alison—. Me prometí

a mí misma que acabaría con él, y desde entonces no nos habíamos vuelto a

ver hasta hoy.

Oír eso a Demelza la apenó y cuando iba a hablar, Alison, cogiéndola

del brazo, comentó para cambiar de tema:

—Me ha encantado conocerte, y ten por seguro que, si alguna vez paso

por Keith, haré todo lo posible para ir a verte.

La pelirroja sonrió.

—¿Adónde os dirigiréis ahora?

—Habíamos pensado ir a Linlithgow, y Dunfermline, pues me han

dicho que allí los mercadillos son bastante grandes. —Y, pensando en la

liberación que para ella supondría encontrarle a Siggy una familia

para

poder encargarse de Conrad, añadió—: Además, después de hablar con

Adnerb sobre lo de Siggy, iremos también a Lanark.

Demelza asintió, conocía aquellos lugares, y mirándola preguntó:

—¿Por qué no os quedáis un poco más en Edimburgo? Nosotros

tenemos que ir unos días a Peebles a solucionar unos temas. Luego

regresaremos y podríamos viajar juntos. Así podrías conocer mejor a

Harald…

Alison sonrió. Nada le gustaría más. Pero, tras mirar al gigante rubio y

sentir que debía separarse de él cuanto antes o algo en su interior le decía

que se engancharía a él, repuso:

—Gracias, pero no.

—¿Por qué?

Alison suspiró.

—Porque nosotros hemos de partir. —Y, viendo el gesto de aquella,

matizó—: Demelza, yo no soy lo que Harald necesita.

La aludida, sintiendo que se estaba extralimitando, afirmó entonces:

—De acuerdo. No volveré a insinuar nada al respecto, pero prométeme

que cuando pases por Keith vendrás a visitarme.

—Yo nunca prometo —dijo Alison, que, al ver el gesto de aquella,

indicó sonriendo—: Venga…, vale, iré a saludarte si paso por Keith.

Instantes después, cuando llegaron hasta los caballos, todos montaron y

Alison, sintiendo la mirada de Harald, los miró uno por uno y anunció

para

dar por finalizado el encuentro:

—Ha sido un placer conoceros y disfrutar de esta maravillosa fiesta con

vosotros. Gracias por invitarme y hacerme sentir una más. Os aseguro que

esta noche quedará para siempre en mi corazón.

Todos sonrieron complacidos y Aiden, viendo que aquella pensaba

marcharse sola, preguntó al comprobar que Harald no decía nada:

—¿Quieres que te acompañemos?

La joven se apresuró a negar con la cabeza, pero el vikingo,

sorprendiéndolos a todos, acercó su caballo hasta ella y le tendió la mano.

—Sube. Yo te acercaré.

—No hace falta, de verdad.

Pero Harald insistió:

—Sí hace falta.

Alison, deseosa de estar con él, pero consciente de que debía olvidarse

de un hombre así, replicó sin importarle el modo en que todos los

observaban:

—Lee mis labios: te he dicho que no hace falta, no insistas.

Sentir de nuevo su rechazo hizo que finalmente el vikingo asintiera y,

sin más, se diera la vuelta para alejarse con su caballo. Aiden y el resto no

dijeron nada y, tras despedirse de nuevo de Alison, tomaron el mismo

camino que Harald.

Una vez sola, la muchacha comenzó a caminar tranquilamente por las callejuelas de Edimburgo sumida en sus pensamientos, hasta que, al llegar a una esquina, de pronto alguien la agarró del brazo y, tirando de ella, la aprisionó contra la pared.

Sentir aquello la hizo reaccionar rápidamente y, tras empujar a su atacante y ver de quién se trataba, siseó:

—Maldito seas, Conrad…

El aludido sonrió, por fin la pillaba a solas, y acercándose a ella preguntó divertido:

—¿Alison Wilson? ¿En serio?

Ella no respondió.

—¿Qué haces en Edimburgo? —insistió él—. O, mejor, ¿qué haces que no estás en *La Bruja del Mar* al abrigo de tu padre?

—Eso a ti no te interesa.

—A mí me interesa todo de ti —replicó él mirándola con deseo. La rabia le bullía en la sangre a la joven, pero él continuó divertido—:

Princesa, ¿qué pensarían esos lairds con los que te codeas o el gobernador Thomas McBouden si supieran realmente quién eres? ¿Les gustaría ser vistos con la hija del pirata Moore? ¿Crees que ese hombre del que no te has separado en toda la noche se sentiría orgulloso de estar a tu lado si conociera tu identidad?

Ella no respondió. Sabía de la fama de su padre y la suya propia, una

fama excesivamente exagerada que los imbéciles como aquel hacían crecer.

—No, Alison, no —continuó él—. No les gustaría saber que una pirata

como tú, acostumbrada a apropiarse de lo ajeno y a una vida nada aceptable

en cuanto a hombres se refiere, se codea con sus decentes mujercitas. Ten

bien claro que, en el momento en el que se enteren, nunca más te volverán a

mirar, te escupirán y posiblemente el gobernador te mandará ahorcar.

Oír eso le dolió, pero, ignorándolo, la joven escupió:

—Sabes que te voy a matar, ¿verdad?

Conrad sonrió. En Escocia, él tenía todas las de ganar.

—Atrévete —siseó— y Julian revelará a esos amigos tuyos que no eres

la encantadora y dulce Alison Wilson, sino Alison Moore.

—Me da igual, siempre y cuando te mate y posteriormente todos sepan

quién eres en realidad.

Él soltó una risotada. En un mundo de hombres como aquel tenía la

sartén por el mango, nadie creería la palabra de aquella vulgar pirata, y con

cierta chulería preguntó:

—¿De verdad piensas que te creerán? ¿A ti? ¿A la hija de Jack Moore?

Ella no respondió, y él, acercándosele más, la agarró por la cintura y

soltó:

—Princesa…, olvida eso de matarme y ven a mi lecho esta noche. —Y,

subiendo la mano hasta llegar a sus pechos, añadió—: Por lo que he oído,

has aprendido mucho en estos años, y lo que toco me trae agradables

recuerdos.

Oír eso y sentir su mano hizo reaccionar a la muchacha. Antes muerta

que hacer lo que aquel le pedía y, tras empujarlo para separarlo de ella, sacó

una de las dagas que llevaba y siseó rabiosa:

—Tócame de nuevo, pedazo de mierda, y te juro por Yemayá que,

aunque muera en el intento, tú no verás el amanecer.

Conrad sonrió.

—Deja en paz a la diosa de los mares y gánate mi silencio.

Ella no se movió. La belleza de Alison en aquellos años había florecido

hasta un punto que él nunca imaginó. Era preciosa, tentadora, y, bajando la

voz para adoptar un tono más íntimo, Conrad susurró:

—Aún recuerdo cómo te gustaba que…

No pudo terminar, pues ella rápidamente se le abalanzó. Lo empujó

contra la pared y, cuando este le arrebató la daga, la inmovilizó y la besó.

Sentir los labios de aquel sobre los suyos hizo jadear a la joven.

Había adorado, amado, idolatrado aquellos labios, aquellos besos, pero

ahora ya no. Ahora le repugnaban y, cuando se separó de él, sin dudarlo

hizo aquello que había hecho cientos de veces en su vida para defenderse.

Con fuerza, le propinó un cabezazo a aquel en la nariz y en un instante

Conrad comenzó a sangrar muerto de dolor.

A pesar de que la cabeza le dolía por lo que acababa de hacer, Alison sonrió e, intentando no marearse por el golpe, apoyó una mano en la pared mientras le arrebataba la daga con la otra.

—Maldito excremento de ballena…, ¡qué asco me das! —escupió.

Dolorido y sintiendo cómo la sangre le corría por la boca, Conrad le soltó un bofetón. El inesperado golpe hizo que Alison cayera al suelo y, dando un paso atrás para que ella no lo alcanzara, aquel gusano masculló:

—Perra… Tendrías que haber muerto aquel día con Ragnar.

En ese instante se oyeron las risas de unas personas que subían por la calle procedentes de la fiesta. Y Conrad, mirando la daga que ella portaba en su mano, musitó:

—Si pido auxilio, ¿a quién crees que ayudarán? —dijo—. ¿A ti o a mí?

Ella no respondió. Sabía que cuando revelara quién era, tenía todas las de perder. Entonces Conrad montó en su caballo y declaró antes de marcharse:

—Olvídate de que existo o al final te mataré yo a ti.

Luego, aquel excremento humano se alejó mientras Alison, nerviosa por lo ocurrido, se apoyaba en la pared para tomar aire.

Estaba claro que haberse encontrado con él iba a complicar su estancia en Escocia. Por ello, echó a andar y, acelerando el paso, llegó hasta la carreta. Tras desprenderse del vestido y ponerse sus habituales pantalones,

despertó a Gilroy y a tío Matsuura.

—Por todos los santos, muchacha, te dije que no quería más chichones.

Alison se tocó la frente y maldijo en silencio, pero el japonés, deseoso

de saber qué había ocurrido, insistió:

—¿A quién le has dado un cabezazo?

Furiosa, ella le contó la verdad. Matsuura la escuchó boquiabierto y, al

saber que en realidad habían ido a Escocia para matarlo, cerró los ojos y

maldijo. Aquello era un verdadero problema.

Capítulo 19

Días después, el chichón de Alison por el cabezazo que le había dado a

Conrad comenzó a bajar, como también la intensidad del moratón de su

rostro por el bofetón que él le había dado.

Pensar en aquel tipo se había convertido en una obsesión para la joven.

Durante los años en los que no habían vuelto a encontrarse su sed de

venganza se había aplacado, pero al verlo otra vez había vuelto a despertar.

Por las noches, cuando cerraba los ojos e intentaba dejar de pensar en

aquel gusano, solo lo conseguía si recordaba a Harald, aquel hombre serio,

tranquilo y de preciosa sonrisa cuando se permitía esbozarla.

Pensar en él, en su mirada, en el tacto de su piel y en los besos

compartidos la hacía querer mucho más e, inevitablemente, la hacía sonreír

y fantasear con él.

Aquel hombre distante y algo gruñón con ella de pronto se había

convertido en su mayor deseo y en alguien a quien no podía quitarse de la

cabeza. Aunque Alison imaginaba que él no se habría vuelto a acordar de

ella.

Durante esos días, cada vez que Matsuura la miraba y le veía el rostro

amoratado y su gesto pensativo, algo en él se rebelaba. El hecho de que la

muchacha, sin decirle nada, hubiera decidido ir a Escocia sabiendo que

Conrad estaba allí no le gustaba.

El japonés la conocía muy bien y sabía que, en cuanto viajaran sin la

pequeña Siggy, Alison iría a por él. No obstante, no deseaba que manchara

sus manos de sangre. Quería hablarlo con ella, deseaba pedirle tranquilidad

y prudencia por estar en tierra firme, pero, cada vez que la miraba y la veía

sumida en sus pensamientos, sabía que debía callar y esperar. Bastante tenía

ella con sus propios demonios como para que él los alimentara más aún.

La llegada a Lanark fue tranquila y sosegada y, tras preguntar en la

tienda más lujosa que había en la calle principal por Iria y Douglas Graham

y saber hacia dónde tenían que dirigirse, Matsuura se conmovió al ver que

Alison lo posponía para el día siguiente. Sin duda quería disfrutar una

noche más de la pequeña.

Lloviznaba.

Durante un rato debatieron cómo y dónde pasar la noche. La lluvia de

aquel día no era molesta, pero sí continua. Y al final decidieron pernoctar a

las afueras de Lanark, en la carreta. Su economía no era excesivamente

buena. No tenían muchas monedas y debían gastar lo imprescindible.

Por la noche, para su suerte dejó de llover, pero hacía cada vez más frío.

Tras cocinar un estofado de conejo, que previamente Alison había

cazado, cuando la oscuridad los rodeó y solo se veían gracias a la fogata

que los calentaba, Matsuura preguntó al ver a la joven con la pequeña Siggy

dormida en brazos:

—¿Estás segura de que quieres ir a ver a esos Graham? —Alison asintió

—. Me apena que, siendo la hija de Edberg, no pueda tener una vida a tu

lado —añadió el japonés—, cuando sé que es lo que él y Ragnar habrían

querido.

Alison lo miró y, sin levantar la voz para que Gilroy, que dormía, no se

despertara indicó:

—Precisamente por ser la hija de tío Edberg y sobrina de Ragnar le

deseo lo mejor. Y tú sabes que lo mejor para ella no soy yo.

—Lo eres, muchacha, ¡claro que lo eres!

—¡No digas tonterías!

—No las digas tú —replicó Matsuura.

Si alguien podía ser sincero con ella sin temer sus reacciones, ese era él.

Los años juntos y las vivencias compartidas le habían dado la fuerza

necesaria para hablarle con franqueza. Con su padre Alison discutía,

mientras que con Matsuura hablaba.

Se miraron unos segundos en silencio y luego la joven musitó:

—Tío, pero ¿de qué estás hablando?

—Hablo de lo que veo. Tienes prisa por dejar a la pequeña para ir a por

Conrad, y no me puedes decir que no.

La joven, a quien los remordimientos por aquello comenzaban a

intranquilizarla, replicó sin querer dar su brazo a torcer:

—Aquí lo que importa es Siggy. Ella se merece una familia que la

proteja y un hogar que le dé refugio en noches como esta, y no vivir en una

vieja carreta.

—Si tú lo dices…

—Vale —susurró ella—. Reconozco que estoy deseando ir a por

Conrad. Pero, tío Matsuura —insistió—, lo que los Graham le pueden

ofrecer a la niña yo no se lo puedo dar, te guste reconocerlo o no. Y no, no

estoy dispuesta a subirla a *La Bruja del Mar*. Sé que mi padre, con tal de

que esté con él en el barco, terminaría por aceptarla, pero lo que yo he

vivido no lo quiero para ella. Siggy se merece un hogar en tierra firme,

tener amigas y asistir a fiestas, entre otras cosas.

—¿Y por qué crees que esos Graham son mejores que tú?

Al oír eso, Alison resopló y gruñó señalando la desvencijada carreta:

—Tío Matsuura, ¡a la vista está, ¿no crees?!

El japonés, que no estaba de acuerdo en dejar a la pequeña con aquellos

extraños, insistió:

—Yo, como tú, quiero lo mejor para esa niña. Es la hija de mi hermano

Edberg y…

—Te prometo que me aseguraré de que los Graham sean lo que necesita

—lo cortó Alison sin querer oír más.

Al sentir que aquella comenzaba a acelerarse, Matsuura susurró:

—Creo que deberías cerrar los ojos, pensar y dormir.

—Estoy de acuerdo.

—Mañana nos acercaremos a ver a esos Graham y tomarás una

decisión.

La joven asintió, aquello era lo más acertado, y, tras subirse a la carreta

con la pequeña y acurrucarse sobre la manta con Siggy a su lado, intentó

pensar en lo que debía, pero el recuerdo de Harald acudió a su mente

y se

durmió pensando en él.

Al amanecer, cuando Alison abrió un ojo, lo primero que vio fue la carita de

la niña. Estaba despierta y, como siempre, le sonrió. Ver aquella sonrisa tan

dulce, tan pura y tan perfecta la hizo sonreír y, acercando los labios al

moflete de la pequeña, murmuró besándola:

—Buenos días, mi amor.

Contenta, la pequeña llevó sus manitas hasta la cara de Alison y

entonces fue esta la que sonrió.

Después de ocuparse de asearla y cambiarle el paño, ambas bajaron de

la carreta. Su tío Matsuura, que estaba fuera, las saludó al verlas:

—Buenos días.

Alison sonrió y, tras darle un cariñoso beso a aquel en la mejilla, iba a

hablar cuando el japonés se le adelantó:

—Dame a la pequeña. Le daré de desayunar mientras tú te aseas en el

río.

Alison asintió y, antes de pasarle a la niña, preguntó:

—¿Dónde está Gilroy?

—Ha ido en busca de la casa de los Graham. Así iremos sobre seguro.

Alison asintió y, tras entregarle a la niña y coger una toalla, se encaminó

hacia el río.

Un buen rato después, una vez que la joven se hubo aseado, regresó a la

carreta y comprobó que Gilroy ya había vuelto.

—Bicho, la casa de esos Graham es como poco impresionante —la informó él—. Viviendo en una casa así, estoy casi seguro de que a la mofetilla no le faltará de nada.

A la joven le gustó oír eso, y él continuó:

—Poseen tierras, gente a su servicio y ganado. Por lo poco que he podido ver, la vida les va bastante bien.

Cuando Matsuura iba a intervenir, de pronto se oyeron los cascos de unos caballos que se aproximaban. Rápidamente el japonés y ella asieron sus katanas y Gilroy musitó:

—Se acercan dos jinetes.

Estaban pendientes de quiénes podían ser cuando Alison sonrió al reconocerlos.

—Gobernador McBouden, milady… Pero ¿qué hacéis vos por aquí?

Thomas McBouden, acompañado de su mujer Regina, sonrió y detuvo su caballo.

—¿Ya no soy Thomas?

Eso hizo que la joven riera y afirmara:

—Claro que sí, Thomas.

Gustosos, los recién llegados se apearon de sus caballos y él, omitiendo la verdad, comentó:

—Ayer Regina te vio en Lanark. Pero cuando me lo dijo y salí en vuestra busca ya os habíais marchado, y esta mañana hemos decidido ir a

ver si os encontrábamos.

Sorprendida por su deferencia, Alison asintió. Pero ¿para qué la

buscaban y que hacían ellos en Lanark?

Se disponía a preguntar cuando Regina, al entender su gesto, se

apresuró a decir:

—Estamos en Lanark para asistir a una cena. Dentro de unos días

partimos hacia Ayr, donde Thomas ha de resolver unos temas de la Corona

y, posteriormente, regresaremos a Aberdeen, donde está nuestro hogar.

Alison asintió, pero entonces, al ver cómo el japonés miraba al hombre

con gesto extraño, preguntó:

—¿Ocurre algo, tío Matsuura?

Al oírla, él se apresuró a negar con la cabeza, y la joven, dispuesta a

seguir siendo amable con aquellos, indicó:

—Thomas, Regina, os presento a mi tío Matsuura y a mi hermano,

Gilroy Wilson.

Complacidos, todos se saludaron y Thomas, observando cómo Matsuura

lo seguía mirando, preguntó:

—¿De dónde eres?

Alison rápidamente contestó por él:

—Tío Matsuura es de Japón. Pero es un hombre de paz, te lo aseguro.

Thomas asintió, y Regina, entendiendo el silencio incómodo, al ver a la

pequeña que estaba en los brazos de la joven, se interesó por ella.

—¿Esta preciosidad es tu hija?

Alison miró a la pequeña con amor, y luego sonrió.

—No. Siggy es la hija de mi desaparecido tío Edberg, y me he

propuesto encontrarle un buen hogar. —La mujer asintió, y luego ella

añadió—: Adnerb, la esposa de Alastair, me dijo que aquí, en Lanark, una

sobrina de Gudolf Fraser bien posicionada socialmente estaría encantada de

hacerse cargo de ella junto a su marido, por eso hemos venido. Aunque,

bueno, si os soy sincera, he de decir que quiero conocer a los Graham antes

de decidir si Siggy se queda con ellos o no. Quiero para la niña una buena

vida y, antes de entregarla, me he de asegurar.

El gobernador asintió y, dejando de mirar al japonés, echó un vistazo a

la carreta y preguntó:

—No me digas que habéis pasado la noche ahí…

Alison asintió.

—Eso no es lo más apropiado —terció Regina—, y mucho menos con

una niña tan pequeña. Escocia en este tiempo es gélida por las noches.

Aquella tenía razón. Pero, defendiendo lo poco que tenía, la joven

afirmó:

—Lo sé, pero es nuestro hogar.

Regina y Thomas, conmovidos al ver su terrible hogar, que parecía que

se iba a caer a trozos de un momento a otro, se miraron, y Regina

dijo:

—En la casa donde nos alojamos hay habitaciones libres. Podríais venir

y…

—No, Regina —la cortó Alison—. Te lo agradezco, pero no.

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

—Porque ese —indicó la joven señalando la carreta— es nuestro hogar.

Thomas se sentía incómodo. ¿Cómo podía vivir así aquella muchacha?

Pero estaba claro que Alison no quería dar pena a nadie, y Regina, tras

mirar a su marido y verlo tan pensativo, añadió:

—De acuerdo. No insistiré.

—Gracias. —La joven sonrió satisfecha.

Tras un rato en el que hablaron de lo primero que se les ocurrió,

Thomas comentó dirigiéndose a Alison:

—Te buscábamos porque me gustaría que esta noche nos acompañaras a

la cena de los Cunningham a la que estamos invitados.

—¡¿Yo?!

—Asistirán las gentes mejores posicionadas de la zona, y creo que…

—Imposible, Thomas —repuso ella—. He de…

—¡Ve! —soltó de pronto Matsuura—. Gilroy y yo nos quedaremos con

Siggy.

Alison lo miró sorprendida y no dijo nada. ¿Por qué su tío tenía que

hablar por ella?

—Si a esa cena va la gente bien posicionada del lugar —aclaró a

continuación Matsuura—, podrás conocer a Iria y a Douglas Graham desde

el anonimato.

Oír eso hizo que Alison asintiera. En ocasiones su tío era mucho más

rápido que ella.

—Tu tío tiene razón —convino Regina—. Es una excelente oportunidad

para conocerlos y decidir si entregarles a la niña o no. Piénsalo.

Todos se miraban en silencio cuando Thomas, que no podía dejar de

observarlo todo a su alrededor sin entender qué hacía aquella muchacha en

aquellas condiciones, sentenció:

—Vendrás a esa cena como nuestra invitada. —Y cuando Alison fue a

protestar, insistió—: Jovencita, en este instante te hablo como el gobernador

McBouden, no como Thomas. Por tanto, estás obligada a venir.

Dicho eso, y tras aclarar dónde la esperaban y a qué hora, el gobernador

y su mujer se subieron a sus caballos y, tras dirigir una última sonrisa a la

muchacha, se alejaron al galope.

Se quedaron unos segundos sin hablar, hasta que Gilroy protestó

alejándose:

—¡Por Tritón! ¿Por qué narices no me han invitado a mí?

—¡¿A ti?! —se mofó Matsuura.

—¡Es una fiesta, ¿no?!

Matsuura sonrió.

—Asúmelo: sería una fiesta demasiado elegante para ti.

Gilroy, a quien cada día que pasaba en tierra se le hacía más cuesta

arriba, siseó:

—No veo el momento de regresar al mar. Odio estar aquí. No me gusta.

No es lo mío.

Matsuura sonrió mientras lo veía alejarse y, mirando a Alison, repitió:

—Creo que es una excelente manera de que conozcas a esos Graham. El

anonimato te hará ver si es la clase de gente que quieres para Siggy o no.

Alison, todavía descolocada, iba a hablar cuando él insistió:

—Puedes ponerte el vestido que usaste para la fiesta de Edimburgo.

—¿Otra vez?

Tío Matsuura, orgulloso de ver esa pincelada femenina en ella, se

disponía a responder cuando esta, entregándole a la pequeña, se alejó

contrariada. ¿Por qué tenía que ir a un evento como ese?

Durante un rato el japonés observó cómo Alison caminaba de un lado

para otro. Sin duda estaba valorando la importancia de ir o no a aquel acto,

y finalmente se acercó a él y declaró:

—Tienes razón, tío. Debo ir, el gobernador y su mujer me han brindado

una oportunidad excelente. Sin duda conocer a los Graham antes de que

ellos conozcan a Siggy será lo mejor.

Capítulo 20

La fortaleza de los Cunningham en Lanark era una maravilla.

Llegar acompañada del gobernador y su mujer fue la mejor carta de presentación para Alison, que, sorprendida, lo observaba todo a su alrededor.

Estaba más que claro que a aquellos Cunningham la vida les sonreía.

Charlaba gustosa con Thomas y su mujer cuando se acercaron a ellos unos hombres. Rápidamente el gobernador se los presentó. Se trataba de

Evan Cunningham, Irwing Steward, Dave Morrison y Louis Campbell.

Aquellos hombres, por el respeto con el que todos los observaban, sin duda

eran gente influyente y poderosa. Irwing Steward, mirando a Alison, preguntó:

—¿Y esta jovencita de sonrisa cautivadora quién es?

Ella sonrió; que la trataran con amabilidad y respeto se estaba convirtiendo en algo maravilloso.

—Es mi sobrina, Alison Wilson —soltó Regina.

Sorprendida al oír eso, la joven la miró con disimulo mientras Thomas añadía:

—Es hija de la hermana de Regina.

Los hombres asintieron complacidos y Regina, mirando a Alison para que no dijera nada, indicó:

—Por desgracia, es lo único que me queda de mi amada hermana

Bianca. Ella y su marido Kendrick Wilson, que vivía en Forres, murieron

hace años en el incendio de su casa.

—Oh, qué terrible —exclamaron al oírla.

—Fue horrible…, sí —afirmó Regina compungida.

Boquiabierta por aquella mentira, Alison no sabía qué hacer excepto asentir.

¿Sobrina de Regina y Thomas? ¿Incendio? Pero ¿por qué decían eso?

Estaba sin saber qué pensar cuando Thomas prosiguió:

—Tras el incendio, Alison regresó a Italia, donde se crio con la familia de Regina en Sicilia. Pero su deseo siempre fue volver a Escocia, su tierra.

—La sangre escocesa te devolvió a tu hogar, ¿verdad, querida? — afirmó Evan Cunningham.

Ella asintió sin dar crédito, y luego todos comenzaron a hablar sobre Escocia.

De pronto, sus ojos y los de Thomas conectaron y al ver que este sonreía, sin saber por qué ella sonrió a su vez. Irwing Steward se le acercó y dijo bajando la voz:

—Imagino que hablas italiano como tu tía, ¿verdad?

—Sí, señor —afirmó ella.

El hombre asintió y, tras comprobar que nadie lo escuchaba, cuchicheó:

—Lleno de orgullo te digo que mi madre era española y mi padre escocés. Pero esto es Escocia y lo mejor que puedes hacer es hablar nuestro idioma, evitar mencionar a antepasados que no sean de aquí y así siempre te ahorrarás susceptibilidades.

Oír eso hizo gracia a la muchacha. Estaba claro que no ser cien por cien

escocés en aquellas tierras podía ser el origen de un problema, y con

complicidad afirmó:

—Gracias por el consejo. No lo olvidaré.

Durante un rato todos hablaban mientras Alison, sumida en una

vorágine de emociones, escuchaba en silencio, y una vez que aquellos se

marcharon, mirando a Thomas y a Regina, preguntó:

—¿Vuestra sobrina?

Ellos se miraron sonriendo y luego él cuchicheó:

—Muchacha, por lo poco que te conozco, veo que no eres persona de

dar muchas explicaciones en lo que a tu vida y a tu pasado se refiere. Por

ello, y conscientes de que preguntarían, Regina y yo lo hablamos y

decidimos allanarte el camino.

—¿Allanarme el camino?

—Créeme, es lo mejor para ti. Estos escoceses son excesivamente

curiosos —afirmó la mujer guiñándole un ojo mientras se alejaba a saludar

a una conocida.

—Alison —prosiguió Thomas—, simplemente te acabamos de crear

una vida y un pasado. Al ser Regina italiana, nadie dudará de que seas

nuestra sobrina y eso te facilitará el trato con las gentes de por aquí. Te

otorgará seguridad y te evitará problemas.

Alison lo miraba boquiabierta, y preguntó:

—¿Y por qué me ayudáis si apenas me conocéis?

Thomas sonrió.

—Porque todos en un momento dado necesitamos que nos ayuden, y siento que en este momento lo necesitas tú.

Complacida, la joven sonrió, y de pronto sus ojos se encontraron con alguien y murmuró:

—Por las barbas de Neptuno… ¡Maldita sea!

Thomas se apresuró a mirar y, al divisar a Conrad McEwan, endureció el gesto y musitó:

—En Edimburgo sentí que ese hombre te molestaba y, por lo que veo, su sola presencia te vuelve a incomodar. ¿Qué te ocurre con él?

Sin dar crédito, ella lo siguió con la mirada. De nuevo, lo volvía a ver en un lugar donde no podía hacer lo que deseaba, por lo que, mirando a

Thomas, respondió con sinceridad:

—Ese hombre es alguien con quien tengo una cuenta pendiente.

—¿Qué cuenta? —se interesó él.

Sin apartar la mirada de aquel tipo al que odiaba, Alison lo vio sonreír y

pavonearse con las mujeres de la cena. Estaba claro que todas caían rendidas a sus encantos.

—Thomas, como bien sabes, no me gusta hablar de mi pasado —repuso

—. Y en cuanto a ese hombre, debemos ser prudentes. No quiero que tu

ayuda pueda perjudicarte.

Él se sintió de pronto incómodo. Sabía quién era Conrad McEwan,

como sabía perfectamente quién era ella, aunque no se lo hubiera dicho. Y,

consciente de que iba a ayudar a la joven en todo lo que pudiera, respondió:

—Tranquila, Alison. Soy el gobernador McBouden. Estoy muy bien

visto por la Corona y puedo presumir de tener infinidad de buenos y leales

amigos. Créeme cuando te digo que si alguien puede perjudicar a otro en

estos instantes, ese soy yo.

La joven sonrió. Era bueno contar con el apoyo de Thomas, aunque no

entendía por qué lo merecía. ¿Qué había hecho para que aquel poderoso

hombre la tuviera en tan buena consideración?

Estaba pensando en ello cuando anunciaron la cena y todos los invitados

pasaron a un gran salón. Una vez allí, sentada junto a Thomas, que estaba a

su derecha, e Irwing Steward a su izquierda, tuvo una velada muy

agradable. Las clases recibidas durante años por sus tíos en el mar en

cuanto a cómo comportarse en una cena como aquella sin duda estaban

dando su fruto.

A diferencia de lo que había pensado Alison, se vio segura en su

proceder y decidió disfrutar del momento. ¿Por qué no?

Tras la cena, de inmediato comenzaron a sonar las gaitas y las palmas.

Todos querían divertirse y, después de trasladarse a un enorme salón

de

grandes ventanales que estaban abiertos a un impresionante jardín, los

Cunningham, anfitriones de la fiesta, abrieron el baile danzando sobre unas

espadas.

Alison sonreía gustosa cuando Regina se le acercó en compañía de unas

mujeres.

—Señoras, ella es mi adorable sobrina, Alison Wilson.

Todas le sonrieron y Regina, mirándola, indicó:

—Alison, ellas son Betsi Henderson, Cadha McDonald, Lorna

Campbell e Iria Graham.

Oír ese último nombre hizo saber a Alison lo que Regina pretendía.

Estaba llevando a Iria hacia ella, y, contenta y agradecida, las saludó.

Durante un rato las mujeres hablaron de todo lo que se les ocurría hasta

que, de pronto, una joven morena no muy alta se acercó a ellas.

—Madre, ¡he de hablar contigo! —pidió.

Lorna Campbell, al ver a su insufrible hija, la cogió del brazo

suspirando, la alejó del grupo y musitó:

—Carolina, vamos a ver…

Alison sonrió. Aquella era la chica que había conocido en Edimburgo,

Carolina Campbell, la que discutía con su padre y, por lo que veía ahora,

también discutía con la madre.

Todas las mujeres observaban la situación cuando Regina, intentando

sacarle el lado divertido, cuchicheó:

—Cuando veo estas discusiones entre madre e hija no me arrepiento de

no haber tenido hijos. —Todas sonrieron y Regina musitó—: Dios no me

bendijo con hijos, pero sí con una excelente y maravillosa sobrina.

—Tú sí que eres maravillosa…, tía. —Alison sonrió divertida.

Lorna Campbell regresó con el grupo y, al ver cómo las mujeres la

miraban, gruñó:

—Tengo siete hijos. Cuatro varones y tres hembras. Y os puedo

asegurar que Carolina, aun siendo la pequeña, tiene más fuerza que ninguno

de sus hermanos y es más terca que una mula. Pero, nos cueste lo que nos

cueste, la tenemos que casar. Solo hace falta que encontremos al hombre

que sea capaz de soportarla, que no es poco.

De nuevo, todas rieron e Iria intervino:

—Yo no tengo hijos, aunque bien sabe Dios que Douglas y yo lo

intentamos. —Las risitas de las mujeres no tardaron en hacerse oír, y ella,

bajando la voz, añadió—: Mi marido me ha convencido para que, hasta que

lleguen nuestros propios hijos, acojamos a algún niño o niña desfavorecido

al que darle un bonito hogar. Hay muchos niños solos en el mundo.

Las mujeres asintieron emocionadas. Que una pareja acomodada como

aquella fuera a hacer algo tan enriquecedor era maravilloso.

Encantada, Alison le sonrió a Regina. Oír eso era lo que necesitaba.

Siggy podría estar muy bien con ellos.

—Y si el día de mañana Dios nos bendice con hijos —añadió Iría—, la

niña o el niño acogido podrá quedarse en la casa y ejercer como criado. —

Oír eso hizo que Alison se demudara—. Será algo que irá aprendiendo poco

a poco, para que, en su madurez, todo lo enseñado le sirva para algo.

Regina, que se había sorprendido como todas al oír eso, se apresuró a

replicar:

—Si crías a un niño como tu hijo o tu hija, ¿cómo va a dejar de serlo

luego?

—Querida Regina —dijo Iria tocándose el pelo con coquetería—, una

cosa es acoger y otra amar. Nunca podré amar a un niño que no sea sangre

de mi sangre.

Alison no quiso oír más y, dándose la vuelta, miró hacia otro lado.

Regina, al verla, se acercó a ella y Alison indicó segura:

—Ni me molestaré en llevarle a Siggy. Eso no es lo que quiero para

ella.

—Harás muy bien —afirmó la mujer.

Estaba asintiendo a eso cuando divisó un enorme ventanal y,

necesitando aire, caminó hacia él. Al salir vio encantada que ante ella se

extendía un precioso jardín.

Gustosa, y respirando el aire fresco de la noche, Alison caminó por

aquel cautivador lugar plagado de flores invernales, y entonces Harald

volvió a su mente.

¿Dónde estaría? ¿Qué haría?

Estaba pensando en el vikingo cuando sintió que una mano la agarraba

y tiraba de ella.

Al mirar y ver a Conrad se le erizó el vello de todo el cuerpo. ¿Cómo

tenía la poca vergüenza de volver a acercarse a ella?

—Pero ¿tú eres tonto?

Él no respondió, sino que intentó agarrarla de nuevo y ella gruñó

dándole un manotazo.

—¡Que no me toques!

Conrad sonrió mientras observaba cómo se alejaba. Le gustara o no,

Alison lo atraía con ese fuerte carácter suyo. Lo excitaba, aun sabiendo que,

tarde o temprano, ella lo atacaría. Y, sin darse por vencido, la siguió, se le

acercó por detrás y, pegando la boca a su oreja, preguntó:

—¿Qué haces aquí, princesa?

Sin ganas de decirle la verdad, e incapaz de refrenarse, la joven se

volvió. Lo miró a los ojos y pensó en darle un nuevo cabezazo, pero se

detuvo. Si lo hacía, luego tendría un chichón en la frente y todo el mundo le

preguntaría, por lo que optó por darle un pisotón en un pie. La fuerza que

aquella ejercía hizo que él maldijera de dolor y finalmente, empujándola, se

la quitó de encima.

Acto seguido, Alison se alejó de nuevo sin mirar atrás.

Aquel brusco movimiento atrajo la atención de quienes estaban

paseando por el jardín, pero Conrad, tras sonreír e indicar que había sido un

tonto traspié, la siguió sin perder tiempo. Pero ¿quién se había creído que

era para hacerle algo así?

La joven caminaba furiosa cuando, al oír las pisadas de aquel, se paró

en seco y se volvió.

—¿Pretendes que te mate aquí mismo?

Su temperamento retador le hacía gracia a Conrad, que rápidamente

respondió:

—Alison…, Alison…, Alison… ¿Qué tal si te relajas, vamos a un sitio

oscuro y me dejas meter la mano bajo tu falda? Te aseguro que en estos

años mi destreza para dar placer ha aumentado mucho.

Sin poder dar crédito a su desfachatez, la joven se disponía a contestar

cuando de pronto se oyó un golpe seco y, segundos después, Conrad cayó

desplomado al suelo.

Alison lo miraba boquiabierta cuando oyó:

—Odio a estos fanfarrones.

Divertida, vio que se trataba de Carolina Campbell, que, acercándose a

ella, tiró un trozo de madera que llevaba en la mano.

—Hola, Alison —saludó—. Te he visto antes con el grupo en el que

estaba mi madre.

Ella asintió y Carolina, agachándose, le puso a aquel la mano en el cuello y, al notar su pulso, cuchicheó con calma:

—Tranquila, este engreído simplemente dormirá un ratito.

Acto seguido, ambas se taparon la boca para no reír, se cogieron de las manos y se fueron corriendo de allí.

Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos pudieron reír a mandíbula batiente y, cuando pararon, Carolina indicó:

—Si mi padre o mi madre se enteran de lo que acabo de hacer, te aseguro que me encerrarán en mi habitación y no saldré de allí en un año.

De nuevo, ambas rieron y luego Alison dijo:

—Tranquila. Yo no se lo diré, y dudo que ese idiota te haya visto.

A continuación se sentaron en el suelo y miraron hacia el cielo.

Estuvieron unos minutos en silencio hasta que Alison preguntó:

—¿Qué te ocurría hoy con tu madre?

Carolina resopló.

—Lo de siempre. Me buscan marido. Padre y madre quieren casarme. Lo intentan. Pero hasta el momento he conseguido que todos los hombres huyan de mí.

—¿Que huyan de ti?

Carol asintió achinando los ojos.

—Lo que oyes… Les hago creer que estoy loca y salen corriendo como ratas.

Ambas soltaron una carcajada y luego Alison preguntó:

—¿Lo haces porque ya tienes un amor?

Carolina negó con la cabeza.

—No, no tengo ningún amor y, la verdad, dudo que llegue a tenerlo.

—¿Por qué?

La joven se tumbó en el suelo para ver mejor las estrellas y musitó:

—Porque ningún hombre lucha por mí, y menos aún llama mi atención.

Digamos que mi manera impetuosa de ser los asusta tanto que ninguno ha

querido volver a verme. Algo que, por cierto, me gusta, pues todos los

pretendientes que mis padres eligen por mí ¡son un horror!

Alison se tumbó junto a ella para contemplar el cielo estrellado.

—¿Y tú tienes un amor? —preguntó Carol.

Ella sonrió. Rápidamente la imagen de Harald, aquel vikingo rubio de

ojos azules, acudió a su mente y, como necesitaba confesarlo, musitó:

—Probablemente.

—Por Dios, ¡cuéntame! —exclamó Carolina emocionada.

Divertida al oírlo, la joven Moore respondió:

—No tengo ningún amor, pero sí hay alguien que ocupa mis

pensamientos.

—¿Está aquí esta noche?

Ella negó con la cabeza y, mirándola, contestó omitiendo que era

Harald, el hombre con el que la había visto en Edimburgo:

—No está. Pero si estuviera, daría igual, no me prestaría atención.

—¿Por qué?

—Porque algo me dice que también lo asusto. Creo que soy demasiado salvaje, osada, descarada y malhablada para él.

—¿Y en realidad eres así?

—Rotundamente, sí —declaró ella sin dudarlo.

Durante un buen rato ambas charlaron sobre infinidad de cosas, cosas de las que no solían hablar con otras personas pero que, extrañamente, entre ellas se contaron con total normalidad.

—Jovencitas, el suelo no es un buen sitio para estar: cogeréis frío —oyeron que decía alguien de pronto.

Al levantar la vista vieron que se trataba de Thomas McBouden.

Rápidamente se pusieron en pie y este dijo mirando a Alison:

—Me tenías preocupado.

—¿Por qué?

Thomas, más tranquilo por tener a aquella delante, indicó:

—Han encontrado a Conrad McEwan con un fuerte golpe en la cabeza.

—¡Rayos y centellas! —se mofó Alison.

—Oh…, qué penita. ¿Está bien? —preguntó Carolina divertida.

Thomas, que fue testigo de cómo aquellas dos se miraban, sacó sus propias conclusiones y señaló:

—Sí, está bien.

—Por todos los santos…, ¡cuánto loco suelto hay por ahí! —exclamó Carol conteniendo la risa.

—Ya te digo…, ¡ni por el jardín se puede caminar ya! —musitó Alison.

Thomas volvió a asentir. El teatrillo de las muchachas era lo mejor de la

fiesta de aquella noche y, cuando las jóvenes se agarraron a sus brazos,

añadió:

—Según ha contado Conrad, un gigante alto y con una pinta desastrosa

lo ha atacado mientras caminaba por el jardín. Y yo, que lo he visto, he

podido comprobar el tremendo chichón que tiene en la cabeza.

—¡Qué barbaridad! —musitó Alison muerta de la risa.

Esa noche la muchacha lo pasó muy bien junto a Carolina, Thomas,

Regina y los amigos de esta. En varias ocasiones Conrad hizo un intento de

cruzarse con ella. Quería que supiera lo enfadado que estaba por lo

ocurrido, pero Alison ni siquiera lo miró. Si lo hacía, finalmente iría a por

él.

Capítulo 21

Esa madrugada, cuando acabó la fiesta en la fortaleza de los Cunningham,

Alison se despidió de Carol con la esperanza de volver a encontrarla alguna

vez. Luego se dirigió a Thomas y a Regina y con mofa susurró:

—Tía…, tío…, ahora he de despedirme de vosotros.

—Ni hablar, jovencita. No vas a regresar sola hasta la carreta.

—Pero…

Regina, que pensaba como su marido, insistió:

—Te pongas como te pongas, te vamos a acompañar.

La joven finalmente se encogió de hombros y asintió. No era miedosa.

Sabía que podía regresar sola hasta donde la esperaban, pero la compañía de

aquellos le agradaba.

Seguidos de cerca por quienes velaban por la seguridad del gobernador,

mientras charlaban se encaminaron hacia el lugar donde habían dejado sus

monturas.

Una vez allí, Thomas indicó señalando el caballo de Alison:

—Precioso animal. ¿Dónde te hiciste con él?

Con mimo, ella acarició el morro de *Pirata*. Aquel había sido el primer

nexo de unión con Harald y, omitiendo el nombre del animal para que no le

preguntaran, respondió:

—En Edimburgo.

—Precioso ejemplar. Robusto y fuerte —comentó Thomas, que

entendía bastante de caballos.

—Lo sé —murmuró la joven pensando en Harald.

El camino de regreso hacia donde tenía la carreta se le hizo corto.

Hablar con Thomas y Regina era fácil y, cuando llegaron, al ver una fogata

encendida al lado de la carreta, susurró:

—Están todos dormidos.

El gobernador miró a su alrededor y, al verlo todo en calma, asintió.

Pero si antes no se fiaba de Conrad McEwan, ahora, tras ver cómo

aquel la

había mirado durante la fiesta, se fiaba menos aún, por lo que dijo:

—Escucha, Alison. Mañana he de reunirme con unas personas en

Lanark para solucionar unos temas y luego partiremos para Ayr. ¿Por qué

no nos acompañáis tú y tu familia?

Sorprendida por el ofrecimiento, la joven preguntó:

—¿Por qué?

Thomas entendió su pregunta y, con sinceridad, soltó:

—Porque no creo que sea buena idea que vendáis joyas y vayáis

vosotros tres solos y la pequeña con la mercancía. ¡Os podrían asaltar!

La joven sonrió. Entendía lo que aquel decía, pero, sin ningún miedo a

enfrentarse a quien se atreviera a intentar robarles, indicó:

—Agradezco tu preocupación, pero no hace falta.

—Alison, mi marido tiene razón —terció Regina—. Los caminos son

peligrosos.

Pero Alison negó con la cabeza.

—Os lo agradezco, de verdad, pero tranquilos, sabemos defendernos.

Sin perder la sonrisa, Thomas finalmente asintió. Lo jorobaba separarse

de la muchacha, temía por ella. Pero, consciente de que de momento poco

más podía hacer, repuso:

—De acuerdo. Solo espero que cuando pases por Aberdeen vengas a

visitarnos…, ¡que por algo somos tus tíos!

Alison rio. Sin duda, en tierra estaba conociendo a gente muy buena.

Primero Demelza, Harald, Aiden y sus amigos, y ahora Thomas, Regina y

la propia Carolina. Cuando le contara aquello a su padre, ¡no la iba a creer!

Una vez que se despidieron y la joven vio que el matrimonio se alejaba

con su comitiva, sin bajarse del caballo se acercó hasta la carreta. A

continuación se apeó y, atando al caballo junto al otro, saludó:

—Hola, *Bo*. Ya está aquí *Pirata* contigo.

Satisfecha por la bonita noche que había pasado, se acercó hasta la

fogata y se sentó ante ella para calentarse las manos. Hacía frío, por lo que

echó varios trozos de madera al fuego para avivarlo.

Estaba pensando en todo aquello cuando volvió la cabeza y miró a

Gilroy, que dormía como un ceporro bajo la carreta, y al ver que tenía una

pierna fuera de la manta, se levantó para cubrirlo. Iba sonriendo cuando de

pronto la sonrisa se le congeló al ver unas manchas oscuras junto a la pierna

de Gilroy. Las tocó y, al ver sus dedos rojos, se alarmó y se apresuró a

destaparlo. De inmediato, el corazón se le encogió al verlo ensangrentado y,

horrorizada, gritó llamando a su tío Matsuura.

Sin tiempo que perder, con esfuerzo sacó a Gilroy de debajo de la

carreta y con el alma en vilo comprobó que, a pesar de tener el rostro lleno

de sangre, respiraba.

Con el corazón a mil, oyó de pronto los cascos de unos caballos. Al

mirar, rápidamente vio que se trataba de Thomas, Regina y sus hombres y,

horrorizada, chilló:

—¡Ayudadme, por favor!

Sin dudarlo, aquellos bajaron de sus caballos y Alison, al ver que su tío

no acudía a su llamada, subió a la carreta y lo que se encontró dentro de

nuevo la hizo gritar.

Matsuura, su adorado tío, estaba cubierto de sangre al igual que Gilroy.

Pero ¿qué les había ocurrido?

Mientras Regina se ocupaba de atender a Gilroy, Thomas siguió a la

muchacha e, intentando calmarla, susurró:

—Tranquila, Alison…, tranquila.

Pero mantener la tranquilidad en un momento como ese era complicado.

La que para ella era su familia había sido atacada, estaban

ensangrentados, y al ver que el japonés intentaba abrir los ojos, Alison miró

a su alrededor buscando a Siggy.

Thomas, al igual que ella, revolvió las mantas, pero la niña no estaba

allí. No la encontraban. Y entonces Matsuura, a quien le habían propinado

una buena paliza, consiguió susurrar en un hilo de voz:

—Ve al río…

—¡¿Qué?!

El japonés, mirando al acompañante de la joven, insistió:

—¡Id al río!

Alison miró aterrorizada a Thomas y, cuando este iba a hablar, se dirigió

de nuevo a su amado tío y preguntó:

—¿La niña está en el río?

Matsuura asintió y, sin pensarlo, ella saltó de la carreta y corrió hacia

allí.

Thomas se disponía a ir tras ella cuando el japonés, agarrándolo del

brazo, susurró:

—Sé quién eres.

Las miradas de ambos se encontraron, y a continuación el gobernador

repuso:

—¿Cómo puedes saberlo? Ha pasado mucho tiempo.

Ambos guardaron silencio hasta que Matsuura musitó:

—Pase el tiempo que pase, la mirada de las buenas personas perdura, y

la tuya sigue intacta. Ayúdala.

Thomas asintió conmovido por sus palabras y, tras indicarle que no se

moviera, bajó de la carreta y se dirigió a uno de sus hombres:

—Evander, ¡ve a la casa y trae a Michael! Él los atenderá. —Luego

miró a su mujer, que se ocupaba de Gilroy, y antes de correr hacia donde

había ido Alison, indicó—: No te muevas de aquí.

Regina asintió y Thomas se alejó todo lo rápido que pudo.

Sin resuello, Alison llegó hasta el río. No entendía qué había pasado,

del

mismo modo que tampoco entendía qué hacía Siggy allí. En la orilla, miró a

su alrededor. La noche era oscura y le resultaba imposible ver nada.

Asustada por lo que pudiera encontrar, Alison buscaba con las

pulsaciones a mil, miraba, pero no veía nada. Todo estaba oscuro a su

alrededor.

¿Dónde estaba la niña?

Thomas llegó hasta ella, y esta gritó fuera de sí:

—No… no la veo, ¡no la veo!

Entendiendo su desesperación, Thomas se unió a la complicada

búsqueda de la pequeña, y de pronto un bulto bajo un árbol llamó su

atención.

Tras avisar a Alison, juntos se acercaron hasta él y la joven, aún muerta

de miedo por lo que se pudiera encontrar, enseguida se agachó y descubrió

a la pequeña envuelta en una toalla húmeda.

Rápidamente la cogió y, acercando su cara a la de la niña, comprobó

que sangre no tenía, pero estaba fría. Helada. No se movía.

¿Y si había muerto a causa del frío?

Horrorizada, miró a Thomas. Deseaba llorar, pero no era el momento y,

como pudo, susurró:

—Siggy… Siggy… No, por favor…, por favor…

Tras unos segundos, la niña, al oír su nombre, abrió lentamente los ojos

y la miró. Sin tiempo que perder, Thomas se quitó el abrigo que llevaba y

dijo tendiéndoselo:

—Abrígala. Necesita entrar en calor.

Tiritando por el miedo, el susto y el horror, Alison hizo lo que aquel le

pedía, pero, sin tiempo que perder, echó a correr de vuelta a la carreta.

Matsuura y Gilroy la necesitaban y debía hacer que la niña entrase en calor.

Esta vez, al llegar a la carreta se encontró a tío Matsuura en el suelo

junto a Gilroy y Regina. La mujer los atendía. Les limpiaba con agua y un

paño la sangre del rostro para valorar sus heridas cuando sonaron los cascos

de varios caballos. Al mirar, Thomas vio que se trataba de Evander, que

acudía con Michael, el médico.

Matsuura, que tenía un ojo cerrado a causa de un golpe, se apresuró a

preguntar al ver a su sobrina:

—¿Está bien? ¿Siggy está bien?

Aunque no estaba realmente segura, Alison asintió y, necesitando saber,

preguntó a su vez:

—¿Qué ha pasado, tío? ¿Quién os ha hecho esto?

El hombre intentó hablar, pero el dolor que sentía en las costillas no se

lo permitía.

—Dejemos que el médico lo atienda y luego hablaremos con él —

explicó Thomas interviniendo.

Alison asintió y entonces Regina se acercó a ellos.

—La niña debe de estar empapada —dijo—. Habría que cambiarla de ropa lo antes posible.

Alison afirmó con la cabeza, Regina tenía razón, y subiéndose a la caravana, buscó entre la poca ropa que tenía de Siggy y, con delicadeza y amor, la cambió. Al cabo, la joven comprobó que sus escasas mercancías seguían allí, por lo que de inmediato supo que aquello no se había tratado de un robo.

Un buen rato después, una vez que el médico hubo atendido a Gilroy y a Matsuura, quienes por suerte no tenían nada roto, pero sí estaban muy magullados, mientras Regina acunaba a la pequeña Siggy, Alison se acercó al japonés.

—Tío, ¿qué ha ocurrido?

Matsuura, a quien el color le había regresado al rostro, al ver cómo la muchacha y Thomas lo miraban, declaró:

—Oí ruidos. Vi movimiento en la oscuridad y supe que nos iban a atacar. Por ello me he llevado a Siggy al río. La he alejado de aquí por miedo a que le pudiera pasar algo. Pero, al regresar, varios hombres golpeaban a Gilroy. He intentado presentarles batalla, pero eran demasiados.

Alison movía la cabeza horrorizada, y Matsuura susurró:

—Conrad McEwan me ha dicho que ahora irá a por ti.

Oír eso hizo que Alison levantara el mentón. Ahora lo entendía todo.

Aquel sinvergüenza, enfadado por lo ocurrido aquella misma noche en la

fiesta de los Cunningham, había decidido tomarse la revancha. Eso hizo que

cambiara su gesto de susto por el de venganza, e incapaz de callar siseó:

—Su hora de morir ha llegado.

Thomas se alarmó al ver la expresión de Matsuura. Si alguien conocía a

Alison, ese era él, y cuando iba a hablar, el japonés, asiendo rápidamente a

la joven de la mano para retenerla, dijo:

— *Shensi*, no lo hagas.

—Lo odio, y lo sabes —replicó ella enfadada.

Matsuura asintió, lo sabía perfectamente, pero insistió:

—Ninguno de los que te queremos deseamos que manches tus manos

con su sangre, Alison…

Pero la joven ya no escuchaba. La sed de venganza se había apoderado

de ella y, soltándose de la mano de su tío, indicó:

—El momento tenía que llegar y ya ha llegado.

—Alison —insistió él—. Matarlo solo te traerá problemas. Estamos en

Escocia. ¡Recuérdalo!

—¡Sé dónde estamos, y me da igual! —gritó ella.

— *Shensi*, maldita sea, ¡recapacita!

Oír eso la hizo negar con la cabeza, y escupió:

—Como he dicho, su hora ha llegado.

Matsuura, al ver que aquella comenzaba a caminar hacia su caballo, gritó sin poder moverse:

— *Shensi!* Mírame. *Shensi!*

Pero esta vez ella no lo miró y Thomas, consciente de lo que estaba a punto de ocurrir, indicó dirigiéndose a él:

—Tranquilo. Iré con ella. No permitiré que manche sus manos de sangre.

Acto seguido, tras mirar a su mujer, que continuaba acunando a la pequeña, dijo hablándole a su hombre de confianza:

—Evander, que media docena de hombres se encarguen de trasladar a mi esposa, a la niña y a los heridos a la casa con discreción. Tú y el resto, acompañadnos.

Una vez que hubo dado las órdenes pertinentes, Thomas se acercó a su mujer y, al leer en sus ojos lo que quería decirle, esta le dio un beso en los labios y musitó:

—Ayúdala.

Dispuesto a ello, Thomas se acercó al lugar donde la joven, tras quitarse el vestido y ponerse sus pantalones, se aprovisionaba de armas.

—Deberías serenarte, pensar e incluso llorar —le aconsejó.

—Yo no lloro —replicó ella y, viendo cómo la miraba, aclaró—: Me han enseñado que llorar solo debilita y deja al descubierto tu fragilidad.

—Te equivocas, Alison. Llorar es necesario, porque tu alma y tu cuerpo

agradecen que liberes tus emociones.

Ella negó con la cabeza y siseó:

—Llorar es de débiles, y yo no soy débil.

El hombre no respondió. Estaba claro que a aquella muchacha la habían

criado con dureza.

—Te acompañaré —indicó tras tomar aire.

—No hace falta —repuso ella furiosa—. Yo sola me ocuparé de ese

malnacido.

—Te acompañaré, te pongas como te pongas. Sé dónde se aloja —

sentenció Thomas.

Oír eso hizo que Alison asintiera y no dijera más.

Pocos minutos después, y abrigados por la oscuridad de la noche, la

joven regresaba a Lanark junto al gobernador y diez de sus hombres.

Capítulo 22

Esa fría madrugada, las calles de Lanark estaban desiertas. Los cascos de

los caballos resonaban al pasar.

—Me consta que su barco, *La Bella Escocia*, está en un embarcadero

cerca de Renfrew —declaró Thomas dirigiéndose a la joven.

Alison asintió y él, señalando una casona que había a las afueras del

pueblo, indicó:

—Conrad se aloja ahí.

La joven miró el lugar muy seria y, sabedora de lo que era, siseó:

—Muy en su línea… Un prostíbulo.

El gobernador la miró en silencio. La rabia, la furia y la determinación

que vio en aquella muchacha le erizaron el vello de todo el cuerpo. Iba a

ayudarla. Tenía que hacerlo, e indicó:

—Alison, creo que…

—Thomas —lo cortó ella—. Nada de lo que me digas evitará que haga

lo que estoy dispuesta a hacer. Ese malnacido no solo mató a mi tío Ragnar,

sino que también intentó matarme a mí. Y hoy tú mismo has visto sus malas

artes. Si no ha matado a tío Matsuura y a Gilroy ha sido porque quería que

supiera que había sido él. Pues bien, me he dado por enterada y va a morir.

—Con seguridad te espera.

Alison asintió.

—La muerte lo espera a él.

Aquella determinación le sonaba. Aquella llevaba los genes guerreros

de sus progenitores y, conmovido al tiempo que hechizado, calló.

Antes de llegar al prostíbulo vieron que había varios hombres rodeando

estratégicamente el lugar, y Evander dijo mirándolos:

—Nos ocuparemos de ellos.

Thomas asintió y, junto a Alison, observó cómo sus hombres se

acercaban hasta aquellos y, tras golpearlos, caían al suelo sin más.

Después de asegurarse de que no había más hombres fuera de la casa,

Evander se aproximó a Thomas y anunció:

—El exterior está todo despejado, mi señor.

Thomas asintió.

—Prosigamos.

Una vez en el prostíbulo comprobaron que todo estaba en calma.

Por la hora que era, la gran mayoría de los hombres que estuvieran en

aquella casa ya estarían dormidos o borrachos, y, tras bajarse de los

caballos, Thomas ordenó:

—Evander, que entren dos hombres. Quiero el salón despejado. El resto

que rodee la casa. Que nadie, nadie en absoluto, entre o salga de ella.

—Sí, mi señor —afirmó aquel.

Rápidamente dio la orden a dos de los hombres y, segundos después,

estos desaparecieron en el interior del prostíbulo. No tardaron en salir e

indicar:

—Salón despejado.

Alison asintió agradecida y Thomas dijo mirándola:

—Vamos, entremos.

Como era de esperar, allí había hombres borrachos dormidos sobre

mesas y otros en el suelo. La dueña del prostíbulo, sin entender qué ocurría,

se acercó hasta los recién llegados y, al reconocer al hombre que acababa de

entrar, susurró sin dar crédito:

—Gobernador…, me honráis con vuestra visita.

Thomas asintió y luego preguntó mirándola:

—¿Cómo te llamas?

Aquella, consciente de quien era él, respondió azorada porque se encontrara en su prostíbulo:

—Hermione, señor.

Thomas asintió y, sacándose unas monedas de oro del bolsillo, se las mostró y dijo:

—Hermione, ¿cuál es la habitación del capitán Conrad McEwan?

Mirando con avidez las relucientes monedas, ella contestó:

—Primer piso, tercera puerta a la izquierda, señor. —Y sin dudarlo susurró—: Hay un hombre apostado frente a su puerta.

Tras oír eso, Evander se dirigió a toda prisa hacia la primera planta, y Alison preguntó:

—¿Cuál es la habitación del capitán Julian Andersen?

—Ese no se aloja aquí, milady —dijo la mujer después de pensarlo un poco—. Solo está el capitán McEwan.

Alison asintió y, cuando iba a encaminarse hacia la habitación, Thomas

la detuvo y, mirando a la mujer, le enseñó un saquito de monedas y añadió:

—Pase lo que pase y oigas lo que oigas, ni tú nos has visto ni nosotros hemos estado aquí.

Sin cuestionarse nada, la mujer asintió mientras miraba el saquito que aquel le mostraba. La cantidad que intuía que había dentro no la ganaba ella

ni en un año, y cuando iba a cogerlo Thomas lo retiró e insistió:

—Hermione, si no cumples lo pactado, morir será el menor de tus problemas.

Oír eso hizo que ella lo mirara y afirmara:

—Tenéis mi palabra, señor. Os lo juro.

Él asintió y Alison, dirigiéndose a la mujer, preguntó:

—¿Conrad está acompañado?

—Está con Wynona.

Thomas y ella se miraron, se entendieron sin hablar, y luego el gobernador pidió:

—Acompáñanos, Hermione. Necesitamos a Wynona fuera de la habitación.

—Sí, mi señor.

Una vez que le entregó el saquito de monedas a la mujer, los tres se encaminaron hacia la parte izquierda del prostíbulo, donde estaba la escalera. En ese instante Evander bajaba por ella arrastrando a un hombre, e

indicó:

—Mi señor, podéis subir.

Alison, al fijarse en Evander y ver que tenía sangre en el cuello, lo detuvo y murmuró:

—Por Tritón…, ¿estás bien?

El escocés, consciente de por qué se lo decía, afirmó con una sonrisa.

—Sí, milady…

—Alison —lo corrigió ella.

—Alison —dijo él al ver que Thomas asentía—. Es simplemente un

rasguño.

Ambos sonrieron y luego aquel continuó su camino.

El gobernador, que observaba en silencio antes de comenzar a subir la

escalera, paró a Alison e iba a hablar cuando esta, leyendo su mirada,

indicó:

—Te agradezco tu ayuda, pero nada de lo que digas hará que cambie de

opinión.

—Tu tío ha dicho que ni tu padre ni…

—Thomas —lo cortó ella—, déjame continuar.

Aunque apenas la conocía, pero consciente de que a aquella no la iba a

detener nadie, finalmente el hombre asintió y, en silencio, subieron hasta la

primera planta.

En cuanto alcanzaron la tercera puerta a la izquierda, Alison y Thomas

se escondieron detrás unas cortinas, y, tras una señal, Hermione dio unos

golpecitos en la puerta y profirió alto y claro:

—Wynona, te necesito un momento.

Aguardaron unos segundos sin hacer ruido, hasta que la puerta se abrió

y apareció una joven alta de precioso pelo oscuro que, mirando a Hermione,

preguntó:

—¿Qué ocurre?

La mujer, viendo que la chica no se había percatado de la presencia de

aquellos que se ocultaban tras las cortinas, dijo entonces:

—Necesito que me arregles el cabello. Me acaban de avisar de que viene uno de mis mejores clientes y he de recibirlo como es debido.

Wynona sonrió. Su patrona tenía clientes bastante adinerados que esperaba que algún día se fijaran en ella y, al no ver al soldado que sabía que estaba apostado en la puerta, preguntó:

—¿Y el hombre del capitán McEwan?

Hermione se encogió de hombros.

—Hace un rato que ha bajado a refrescarse la garganta.

Sorprendida, la muchacha iba a darse la vuelta para comentárselo a su cliente cuando ella insistió agarrándola:

—Tengo prisa, Wynona, ¡vamos!

La prostituta, al ver que su cliente estaba dormido, siguió a su patrona.

En cuanto la peinara, regresaría.

En cuanto se quedaron solos en aquel pasillo, Thomas y Alison salieron de detrás de las cortinas y se dirigieron hacia la habitación. Al salir Wynona, Hermione se había asegurado de dejar la puerta entreabierta.

Dispuesta a todo, Alison agarró el pomo para entrar. El silencio de la habitación, en la que solo se oía el crepitar del fuego de la chimenea, le erizó el vello de todo el cuerpo. A pesar de tratarse de un prostíbulo, la estancia estaba caliente y era acogedora, nada que ver con su carreta. Y,

mirando la cama, vio a Conrad dormido como su madre lo trajo al mundo.

Thomas y ella entraron y, tras cerrar la puerta, Alison se acercó a la

cama y, sacándose una daga de la bota, puso la mano sobre la boca de aquel

para que no chillara y, cuando abrió los ojos, ella le mostró la daga y lo

saludó.

—Hola, asqueroso saco de mierda.

Conrad se sobresaltó al verla. ¿Cómo había entrado?

Sabía que iría a por él, así lo había planeado, pero ¿cómo había llegado

hasta allí?

Y, tras quitársela de encima, se levantó de la cama y, mirando a Thomas,

musitó:

—Gobernador McBouden, ¿qué hacéis aquí?

Aquel no contestó. Alison, levantando una pierna, le dio una patada a

Conrad en el estómago que lo hizo caer de culo al suelo.

—Maldita sea… —se quejó él.

La joven sonrió y luego siseó mirándolo con asco:

—Eres la peor rata que he visto en mi vida. El ser más despreciable que

he tenido la desgracia de conocer. ¿Cómo eres tan cobarde de atacar a tío

Matsuura y a Gilroy?

Conrad, en cierto modo tranquilo por la presencia de McBouden allí, se

levantó del suelo dispuesto a revelarle algo que seguramente aquel no sabía.

—Gobernador, cuando os diga quién es esta mujer, tened por seguro que

me lo vais a agradecer.

Oír eso hizo que Alison resoplara y, dándole una nueva patada que hizo

que aquel cayera otra vez al suelo, gruñó:

—Céntrate en responderme, maldito cobarde.

De nuevo, Conrad se levantó y siseó:

—¿Sabe el gobernador que no eres Alison Wilson, sino Alison Moore,

la hija del tan buscado y sanguinario capitán pirata?

—¡Cállate! —exclamó ella.

Pero él insistió viendo cómo aquel que los observaba se demudaba por

segundos.

—Gobernador, esta mujer es la Joya Moore, una maldita pirata buscada

por su ambición, sus asesinatos y…

No pudo decir más, pues la joven se acercó a él y, empinándose para

estar a su altura, apretó los puños y le soltó un cabezazo. El golpe hizo que

a Alison le diera todo vueltas y que Conrad cayera al suelo por tercera vez.

Thomas, horrorizado al verlo, fue a auxiliar a la joven pero ella,

dejándose caer a horcajadas sobre Conrad, se sentó encima de él y,

clavándole la daga en el hombro derecho, masculló sin importarle las

consecuencias que aquel descubrimiento ante el gobernador le acarrearía:

—Sí, Thomas, soy quien este gusano dice. Soy Alison Moore, la hija de

Jack Moore. Pero solo por el hecho de verlo retorcerse de dolor bajo mis

manos y matarlo merecerá la pena todo lo que posteriormente me pueda

pasar.

Oír eso hizo que el gobernador tomase aire, y Conrad escupió:

—Te ahorcarán, y te aseguro que te veré morir desde la primera fila…

—Me ahorcarán, ¡vale! Moriré, ¡de acuerdo! Pero te aseguro que eso tú

no lo verás.

Mientras observaba el gesto desconcertado del gobernador, Conrad

sonrió a pesar del dolor. La revelación de quién era ella con seguridad lo

estaba alarmando y, cuando iba a hablar, Alison siseó cegada por la

venganza:

—Cerdo de mierda. Ni mi padre es el sanguinario hombre que dices ni

yo tampoco lo soy. Y, ya que estamos revelando verdaderas identidades,

creo que el gobernador se merece saber que tú, Conrad McEwan, al que

todos en Escocia creen un comerciante honrado, eres en verdad Conrad *el*

Guapo, un pirata que roba, secuestra y mata junto con Julian Andersen solo

por el maldito deseo de tener más y más. En los últimos años tú y tu secuaz

habéis asaltado barcos de la Corona escocesa para saquearlos, hundirlos con

su tripulación y, después, hacer correr el bulo de que habían sido mi padre y

su flota.

—¡Mentira! —gritó aquel.

—¡¿Mentira?! —se mofó ella, y, acercando la cara a la de él, indicó—:

Para tu desgracia, no solo mi padre y yo lo sabemos. —Y, clavándole otra

daga en el otro hombro, espetó viéndolo retorcerse de dolor—: Esto es por

tío Ragnar, tío Matsuura, Gilroy y Siggy. Y mirándote a los ojos te digo que

tu hora ha llegado, maldito saco de mierda.

Dolorido, pero sacando fuerzas de flaqueza, Conrad se la quitó de

encima con esfuerzo y, mirando a Thomas, lo increpó:

—¡Ayudadme! ¡Os acabo de revelar quién es!

El gobernador, que en silencio observaba lo que acontecía, al ver el

gesto con que Alison lo miró, repuso:

—No pienso ayudarte.

Horrorizado por aquello, Conrad parpadeó e insistió:

—Por todos los santos, gobernador, ¡os acabo de decir que esta es

Alison Moore! ¡La Joya Moore! —Y al ver que aquel ni se movía, añadió

—: ¿Acaso las habilidades de esta mujer en la cama os han nublado la

razón?

Thomas no respondió; apenas si podía respirar ante las barbaridades que

aquel decía. Conrad, a quien las fuerzas le fallaban, se acercó como pudo

hasta su espada. Mover los brazos le resultaba casi imposible. Aquella lo

había herido a conciencia. Sabía dónde clavar las dagas para tenerlo como

lo tenía, pero, sacando fuerzas, levantó con torpeza la espada y siseó:

—Te lo dije, princesa…

—No me llames así —bufó Alison furiosa mientras él se le acercaba de

manera intimidatoria.

—Con tus artes de mujerzuela has hechizado al gobernador, pero esto

no va a quedar así. Gritaré tan fuerte para revelar tu identidad que alguien

me oirá, maldita Joya Moore. Eres una pirata. Una vil y sanguinaria pirata

como tu padre, que vive apoderándose de lo ajeno, y a la que sin duda hay

que tratar como a una furcia como en su tiempo lo fue tu madre y…

Los pasos de Conrad se detuvieron en seco y sus ojos se abrieron como

platos cuando de pronto un borbotón de sangre le llenó la boca. Alison lo

miró sin dar crédito y entonces comprobó que una espada atravesaba el

cuerpo de aquel, que en un solo instante cayó sin vida al suelo.

Entonces la joven se percató de que Thomas tenía su espada en la mano

y, mirándolo, murmuró:

—¿Qué has hecho?

Consciente de lo ocurrido, él iba a responder cuando ella gritó

endureciendo el tono:

—Era mío. ¡Mío!

—Alison…

—Yo debía matarlo, ¡yo!, ¡solo yo!

—Lo he hecho por ti —repuso él.

—¿Por mí?

Thomas asintió, se acercó a ella y, agarrando su barbilla para que lo mirara, indicó:

—Lo he hecho por ti, Alison. Yo tampoco quería que te ensuciaras las manos con su sangre.

Ella lo miró sin dar crédito. No entendía qué había pasado; entonces, viendo las manos de aquel, susurró:

—Pero… pero, Thomas, ahora tus manos están manchadas de su sangre

por mi culpa.

Él asintió al oírla. Aquello no le preocupaba en absoluto, y con seguridad repuso:

—Tu vida me importa. La de él y su sangre no.

Luego permanecieron en silencio mirando al muerto en el suelo, hasta que de pronto Thomas indicó:

—Hemos de irnos de aquí.

Ella no se movió y él insistió:

—Conrad McEwan está muerto y nosotros tenemos que marcharnos.

La joven lo miró sin entender y, descolocada, preguntó:

—¿Por qué aun sabiendo quién soy me ayudas?

—Porque todos tenemos secretos.

Boquiabierta, Alison cada vez comprendía menos. Solo sabía que

Conrad estaba muerto.

—Mis hombres harán parecer que fue un ajuste de cuentas y, créeme,

nadie lo cuestionará. Conrad también tenía muchos enemigos en Escocia. A

nadie le extrañará su final.

Alison asintió.

Estaba visto que las malas personas lo eran en todos lados, y cuando iba

a decir algo Thomas insistió:

—Vayámonos, cuando lleguemos a la casa hablaremos. Prometo

responder a todo lo que me preguntes.

Con curiosidad, finalmente la joven asintió y, mirando a Conrad, que

yacía muerto con los ojos abiertos, le escupió a la cara.

—Ojo por ojo y diente por diente. Adiós, maldito bastardo.

Luego abrió la ventana y se dirigió a Thomas:

—Es un primer piso; ¿te atreves a saltar?

—La duda ofende, jovencita —replicó él divertido—. Pero mejor

salgamos por donde hemos entrado. Está todo controlado.

Capítulo 23

Cuando, un buen rato después, Thomas y Alison llegaron a la casa donde

aquellos se alojaban, ella le entregó su caballo a Evander.

—Me alegra que solo fuera un rasguño —murmuró mirándole el cuello.

Él sonrió y la joven, agradecida, añadió—: Muchas gracias por todo.

El escocés la miró.

—Siempre que me necesites, aquí estaré…, Alison.

Oír eso la hizo sonreír y, cuando aquel se alejaba con los caballos,

Thomas cuchicheó mirándola:

—Vaya…, sin duda Evander ha caído rendido a tus pies.

Sonriendo por aquello, ambos entraron en la casa.

El calor del lugar hizo que su helado cuerpo se calentara en un solo

instante, y más cuando Alison vio a Regina con Siggy en los brazos. La

mujer se acercó a ellos de inmediato al verlos aparecer.

—Gilroy y Matsuura están bien y descansan arriba —los informó.

Alison asintió, y, tras mirar a la pequeña, que dormía tranquila, repuso:

—Quiero subir a verlos.

—Segundo piso, cuarta puerta a la derecha —dijo Regina—. Por cierto,

tu habitación y la de Siggy es la quinta puerta a la izquierda. Por si quieres

refrescarte.

Con una sonrisa, Alison se lo agradeció y subió los escalones de dos en

dos.

Al entrar en la confortable habitación, se acercó a Gilroy y comprobó

que estaba dormido pero bien. Estaba visto que le habían dado una buena

paliza, pero, conociendo su fortaleza, en un par de días estaría como

siempre.

—Está bien…, tranquila.

Alison sonrió al oír la voz de Matsuura y, volviéndose para mirarlo, al ver el ojo cerrado de aquel, musitó:

—Tío…

Sin más, se dirigió hacia su cama y lo estrechó entre sus brazos. Abrazar a aquel hombre al que tanto quería era como abrazar a su padre, y cuando se separaron preguntó preocupada:

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera aplastado una ballena gris —repuso él.

Ambos sonrieron por aquello y luego Matsuura dijo:

—¿Qué ha ocurrido?

—Conrad está muerto —dijo la joven.

Matsuura asintió y ella añadió:

—Antes de morir, le ha dicho a Thomas quién era, pero, sorprendentemente, eso no le ha importado al gobernador. Incluso lo ha matado por mí.

—¡¿Qué?!

—Ha dicho que él tampoco quería que mis manos se ensuciaran con su sangre.

Oír eso emocionó a Matsuura.

—Eh…, ¿qué ocurre? —quiso saber Alison.

—Ese Thomas es un buen hombre. La bondad sigue intacta en su mirada. Le agradeceré eternamente lo que ha hecho por ti.

Intentando entender, la joven asintió y a continuación dijo:

—Hay algo que no comprendo. Desde el primer instante en que me vio

en la fiesta de Edimburgo se ha preocupado por mí. Y hoy, aun sabiendo

que soy Alison Moore, ha matado a Conrad. ¿No te parece extraño?

—Alison…

—Incluso me ha dicho que hablaremos y responderá a mis preguntas.

Matsuura, que en ocasiones valía más por lo que callaba que por lo que

contaba, seguro de que Thomas tendría una clarificadora conversación con

aquella, indicó mirándola a los ojos:

—Habla con él. Pregunta lo que necesites y sabrás.

Alison asintió y, tras darle un beso en la mejilla, sugirió:

—Ahora descansa. Lo necesitas.

Matsuura asintió, estaba molido, y cuando ella salió de la habitación con

una tranquilidad que no había tenido desde que Conrad apareció en su vida,

sonrió.

Tras pasar por su cuarto para refrescarse y cambiarse de ropa, Alison

bajó al comedor, donde sabía que la esperaban. Había amanecido. La noche

había sido dura y complicada. Pero, al llegar al comedor y ver a Thomas y a

Regina con Siggy, se les acercó y sugirió:

—¿Y si sois vosotros la familia de Siggy?

Ellos sonrieron mirando a la pequeña y luego la mujer señaló a la

niña,

que dormía sobre una manta, y declaró:

—Siggy ya tiene una mamá. Y esa eres tú, mi querida Alison.

Oír eso la emocionó. Ser la madre de aquella pequeña por la que sin duda daría la vida podía ser algo increíblemente bonito.

—Si no os importa, llevaré a Siggy a la habitación y me iré a dormir —

anunció entonces Regina dando un beso a su marido—. Estoy agotada.

Con una sonrisa, Alison la despidió y, cuando el hombre y ella se quedaron a solas, la joven se dirigió a él.

—Me es imposible ser la madre de Siggy, y creo que esta noche ha quedado claro por qué.

—En la vida, lo único imposible es lo que no se intenta —repuso él cabeceando con una sonrisa.

Acto seguido señaló la mesa, donde había leche, cereales y una especie

de bizcocho, y dijo:

—Reponer fuerzas nos vendrá bien.

—Probablemente —asintió ella.

Durante unos minutos comieron en silencio, hasta que Thomas preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Rara —contestó Alison, que al poco aclaró—: Tengo un doble

sentimiento que no sé cómo interpretar. Por un lado estoy feliz porque ese

saco de mierda que tanto daño me hizo ha muerto y, por otro,

enfadada

porque la muerte no se la he dado yo.

Thomas, que la entendía perfectamente, musitó:

—Lo creas o no, la muerte se la has dado tú.

—Pero…

—Tú lo decidiste, Alison. Yo solo lo he ejecutado.

—Pero quería ejecutarlo yo.

Thomas asintió y, mirándola, sentenció:

—Tu rabia, tu deseo de venganza y tu arrojo nos han llevado hasta él.

Mi espada solo ha hecho lo que tu mente deseaba. Quédate con que él ha

muerto porque tú lo decidiste así. Quédate con eso.

La joven asintió. Sabía que en cierto modo tenía parte de razón y,

agradecida, susurró antes de seguir comiendo:

—Gracias, Thomas.

Conmovido por aquella mirada tan bonita, el hombre sonrió.

Durante un rato guardaron silencio de nuevo, y después Thomas

preguntó:

—¿Volverás a encontrarte con el hombre con el que te divertías en

Edimburgo?

Al oír eso, Alison se detuvo.

—¿Te refieres a Harald? —Thomas afirmó con la cabeza—. Dudo que

nos volvamos a ver —concluyó ella.

—¿Por qué?

—Porque mi vida es complicada.

El gobernador asintió y aquella añadió:

—Si no me delatas, en un tiempo regresaré a *La Bruja del Mar* porque así se lo prometí a mi padre, y, por si eso no fuera suficientemente frustrante, intuyo que a Harald lo horrorizo como mujer.

Deseoso de saber qué le había prometido a su padre, Thomas levantó las cejas y ella continuó con su gracia habitual:

—Harald piensa que soy osada, descarada y excesivamente habladora. No voy a esconder que a mí él me atrae. Es un hombre con un físico espectacular. Tan alto, tan atractivo, con esos ojos tan imponentes, con ese pelo rubio y…

—Sin lugar a dudas, llamó tu atención —se mofó Thomas.

Ambos rieron por aquello y luego ella añadió:

—Y como persona me pareció un hombre leal, tranquilo, y alguien en el que uno puede confiar. Pero seamos sinceros, Thomas, ahora que sabes quién soy, ¿realmente crees que si él supiera la verdad querría algo conmigo?

Él no respondió, y ella dijo con su habitual sinceridad:

—La respuesta es no. Soy la hija del capitán Moore. La maldita pirata sanguinaria, la Joya Moore, y nadie, absolutamente ningún hombre con un par de dedos de frente, querría nada serio conmigo.

—Ya veo que tú sola te lo dices todo —repuso Thomas mientras partía un bollo en varios trozos.

Tras coger el trozo que aquel le tendía, Alison le dio un mordisco e

indicó:

—Si algo he aprendido en la vida es a saber distinguir entre la realidad

y los sueños. Soñar es fácil. La realidad es otra cosa.

Thomas asintió, y al cabo ella preguntó mirándolo:

—¿Cómo siendo gobernador de las Highlands y sabiendo lo que sabes

de mí estás tan tranquilo?

—¿He de temerte? —se mofó él.

—¿Por qué no me apresas y me delatas? —insistió ella sin sonreír—.

Entregar a la hija de Jack Moore, el pirata que supuestamente ha robado,

hundido barcos y matado a tantos escoceses, te haría mucho más popular.

Oír eso hizo sonreír al hombre, que, mirándola fijamente, manifestó:

—Alison… Francesca… Isobel… Marguerite… Orquídea… Moore,

también conocida entre la tripulación con el cariñoso apodo de *Bicho*,

nunca te entregaría a la justicia porque tú, aunque no lo sepas, eres una de

las personas más importantes de mi vida.

Oír eso sorprendió a la joven, y él, al ver su expresión, musitó:

—Como te dije, todos guardamos secretos. Pero llegado este momento,

en el que yo sé tu secreto, me veo en la obligación moral de revelarte el

mío, y responderé a todo lo que quieras preguntar.

Boquiabierta, ella dejó el trozo de bollo sobre la mesa y, sin apartar sus

ojos negros de los de aquel, preguntó:

—¿Cómo es que sabes todos mis nombres y también mi apodo? ¿Y por

qué soy importante para ti?

Thomas tomó aire. El momento de sincerarse había llegado.

—Mi verdadero nombre es Robert Williamson… —empezó.

—¡¿Qué?!

—Desde hace unos veinte años nadie me llama así, porque para todos

soy Thomas McBouden.

—¿Has dicho «Robert Williamson»?

El hombre asintió con cierto pesar.

—Con seguridad habrás oído a tu padre y a tus tíos maldecir mi nombre

no una, sino un millón de veces, y…

Alison parpadeó levantándose de la silla.

—¡Por Tritón! ¿Eres Robert, el…?

—Sí —la cortó Thomas.

Alison lo miró sin dar crédito.

—Mientras viva, nunca me perdonaré que, por mi culpa, tu madre y tus

tías murieran. Esa noche celebrábamos tu llegada al mundo, yo bebí de más

por culpa del amor que sentía por tu madre y…, en fin, todo lo que te hayan

contado tu padre y tus tíos es cierto.

La joven asintió.

¿Robert Williamson?

Alison había oído hablar de aquel hombre. Conocía el papel que había desempeñado en su pasado y en su familia, pero siempre lo creyeron muerto. Sin embargo, ¡estaba vivo!

Se sentó de nuevo, dispuesta a escuchar lo que aquel quisiera contarle.

—Papá y los tíos me hablaron de ti, de lo ocurrido esa noche, pero ahora quiero saber lo que tú tienes que decir.

Sobrecogido por cómo lo miraba la muchacha, él cerró los ojos y, sin dudarlo, le contó su versión. Le habló de cómo conoció a Francesca, su madre, en Italia, de cómo se enamoró de ella y de cómo esta, aun siendo su novia, se enamoró de su padre.

Le habló de los viajes que habían hecho juntos para comprar joyas en distintas partes del mundo y de cómo aprendió a vivir sin ser el marido de su madre. Durante un buen rato le habló de todo lo acontecido en el pasado y cuando terminó, declaró conmovido:

—Muchacha, permíteme decirte que eres el vivo retrato de Francesca. Cada vez que te miro la veo a ella, y en ocasiones he de recordarme lo que sucedió para no creer que eres ella y no tú quien está frente a mí.

Alison asintió emocionada. Llevaba toda su vida oyendo eso.

—No eres el primero que me lo dice.

—Lo imagino… Lo imagino…

A continuación se quedaron unos segundos en silencio y luego ella declaró:

—Quiero que sepas que la versión de papá y los tíos coincide

plenamente con la tuya. Ahora puedo comprobar que se han ceñido a la

verdad. Pueden seguir enfadados o no contigo, pero ten por seguro que tú

no has dicho nada que ellos no me hubieran contado ya.

Complacido, Thomas prosiguió:

—Cuando me echaron del barco en Génova solo quería morirme.

Durante meses viví a la espera de que me mataran cualquier madrugada en

un callejón como una rata, hasta que una mañana me desperté en una

abadía.

—¿Una abadía?

—Sí, muchacha. —Él sonrió—. En la abadía de San Columbano. El

padre Ludovico me vio tirado en la calle, se apiadó de mí y me llevó

consigo. Gracias a él y a sus continuas conversaciones, conseguí que cesara

la destrucción que yo mismo había creado en mi interior por la sensación de

culpabilidad. Como me dijo el padre Ludovico, yo quería a tu madre, a tu

padre, a tus tíos, y lo ocurrido fue una fatalidad del destino. Según él, debía

perdonarme a mí mismo porque, aunque eso no cambiaría el pasado, sí

podría ayudarme a caminar hacia el futuro.

—Valioso consejo —señaló Alison—. Papá y los tíos te creen muerto.

Alguna vez se lo he oído decir.

Thomas asintió.

—Con razón Matsuura, cuando me vio, me miraba de esa forma.

—¡¿Cómo?! —preguntó la joven.

—Matsuura sabe quién soy. Me reconoció y me pidió que te ayudara.

Alison asintió. El japonés no dejaba de sorprenderla.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos. Ahora la joven

entendía por qué aquel hombre la había tratado con tanto respeto y cariño

desde el primer momento.

—Quizá me meta donde no deba —añadió él—, pero ¿qué haces en

tierra y no en *La Bruja del Mar* con tu padre? ¿Y qué es eso de que tienes

que regresar?

—Supe que Conrad estaba en Escocia —contó Alison—. Y como por

desgracia tío Edberg murió y me dejó al cargo de Siggy, con la excusa de

buscarle un hogar a la pequeña planeé venir aquí. Ni que decir tiene que mi

padre se negó. Escocia era el último lugar al que quería que fuera por lo que

ya sabes, pero yo me empeñé y lo conseguí. Dicho esto, quiero que sepas

que siempre había deseado estar en tierra firme más de una semana. El

lugar me daba igual, pero finalmente fue Escocia.

—Pero, Alison, es peligroso para ti. Si alguien se entera de quién eres,

tu vida correrá peligro.

La joven asintió y, sin importarle, respondió:

—Lo sé, Thomas. Pero, siendo la hija de Jack Moore, ¿cuándo no corre peligro mi vida?

El hombre asintió, pero insistió:

—Muchacha, has sido una imprudente.

—Probablemente. —Ella sonrió y continuó—: Como mi capitán, papá me ha concedido seis meses de libertad. En ese tiempo mi plan era matar a Conrad, buscar un hogar para Siggy y disfrutar vendiendo mis joyas y mis labradas cajitas de madera por Escocia antes de regresar a *La Bruja del Mar*.

Thomas asintió y, pensando en el hombre rubio con el que a la joven se le iluminaba el rostro solo con mencionarlo, preguntó:

—Y si te enamoras o se enamoran de ti, ¿regresarás también al barco?

—Nadie se va a enamorar de mí —aseguró ella.

—Como tú misma has podido comprobar, Evander ha caído rendido a tus pies —insistió Thomas.

Oír eso hizo que la joven sonriera, y luego él indicó:

—¿Y si ese gigante rubio que tanto te ha impresionado también lo hace?

De inmediato ella supo que hablaba de Harald.

—Créeme, ese sería el último hombre en el mundo que se enamoraría de mí.

Thomas soltó una risotada. Estaba claro que la muchacha no estaba muy puesta en temas amorosos y cuando iba a preguntar, ella lo

interrumpió:

—Cuéntame qué ha sido de tu vida todos estos años. Quiero saber.

Él, agradecido por el cariño que veía en su mirada, aun sabiendo quién

era, indicó:

—Durante dos años trabajé como jardinero en la abadía. Tener la mente

ocupada en otras cosas que no fueran mi propio sentimiento de culpabilidad

era bueno para mí, hasta que un día un familiar de uno de los religiosos fue

a visitarlo y le dijo que buscaba hombres para uno de sus barcos, para

repartir mercancía por toda la costa italiana. Sin dudarlo, me enrolé. Así

pasaron tres años más, hasta que en uno de esos viajes una terrible tormenta

nos sorprendió y partió la embarcación en dos.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Alison.

Ella, que conocía el mar y su bravura, sabía lo terrible que había tenido

que ser la tormenta para partir el barco por la mitad.

—Pensé que mi final había llegado —continuó Thomas—, pero tras

pasar varios días a la deriva sujeto a una tabla, unos pescadores me

recogieron y me llevaron hasta una playa de Palermo. Recuerdo estar

desorientado, asustado y helado, y entonces comprendí que Robert

Williamson había muerto. El barco en el que iba había desaparecido y todos

me creerían muerto. Cuando me preguntaron mi nombre, no dudé en

responder que era Thomas McBouden. —Alison sonrió y él cuchicheó —:

Si hay algo que no puedo esconder es mi acento escocés… —Ambos

soltaron una carcajada y él prosiguió—: Pasados unos días me trasladé a

Sicilia. Allí encontré trabajo cuidando vacas, y fue entonces cuando conocí

a Regina. Ella era la hija de un humilde panadero y, aunque al principio no

le presté atención, pues no quería volver a sufrir por amor, ella puso todo de

su parte para que yo finalmente me rindiera a sus encantos. Y, sí, Alison.

Cuando me di una segunda oportunidad para querer y dejar que me

quisieran, me enamoré locamente de ella y nos casamos. Pasaron los años y,

aunque nunca fuimos bendecidos con hijos, éramos felices. Nos

trasladamos a vivir a Pompeya. Allí abrimos un horno de pan y todo iba

bien hasta que un día de pronto vi una cara familiar. Era tu tío Marco, el

hermano de tu madre. Lo seguí por la calle, que estaba muy concurrida, y

entonces te vi.

—¿Me viste? —preguntó ella emocionada.

Thomas asintió y sonrió.

—Tendrías unos doce años, y no me cupo la menor duda de que eras tú.

Alison, la hija de Francesca y Jack Moore. Sin dejarme ver, os observé

desde la distancia y vi que, además de Marco, ibas acompañada de Roy y te

compraban cosas en el mercadillo mientras tú reías y corrías divertida. Esa

noche, cuando regresé a casa le conté a Regina que te había visto. Ella

conoce mi pasado, sabe de ti, de tu padre, del amor que le tuve a tu madre,

lo sabe todo, y esa noche, tras mucho hablar, decidimos venir a Escocia y

labrarnos un nuevo porvenir.

—¿Por qué, si en Italia eras feliz?

—Porque algo en mi interior me decía que tarde o temprano, si tú

pisabas suelo escocés, me necesitarías —dijo él con los ojos brillándole por

los recuerdos, y al ver cómo ella lo miraba, añadió—: Durante años he oído

las cosas que se cuentan de tu padre, de su flota y, por supuesto, de ti. He

oído verdaderas barbaridades que nunca he creído. Conozco a Jack y a tus

tíos, y mucho tendrían que haber cambiado para que se comportaran así y,

mucho menos, criaran a una muchacha sin corazón, egoísta, caprichosa y

sanguinaria.

Alison sonrió y luego él, mirándola, dijo:

—El día que te vi en aquella fiesta en Edimburgo te aseguro que me

quedé sin aliento. No te esperaba, pero rápidamente te reconocí. Durante

horas te observé, vi a tu madre en ti, y cuando no pude más me acerqué a

hablar contigo y entonces confirmé mis sospechas. Eras tú. Eras Alison, y

no entendía qué hacías allí, rodeada de escoceses que, si se enteraban de tu

verdadera identidad, te matarían.

»Se lo dije a Regina y ella, sin dudarlo, indicó que teníamos que

ayudarte. Tú, como yo en otro tiempo de mi vida, ocultabas tu verdadera

identidad y necesitabas ayuda urgente. De ahí que inventáramos que éramos

tus tíos. Eso daría fuerza a tu historia y nadie te haría preguntas incómodas

porque ante todos tú eres mi sobrina. —Ambos rieron y Thomas añadió—:

Alison, eres una guerrera, valiente, preciosa y fascinante, nada que ver con

la loca sanguinaria de la que habla la gente.

Oír eso hizo que ella asintiera.

—¿Has oído eso de que matamos a la gente para utilizar sus cráneos a

modo de cuencos para la sopa?

—La gente inventa con la boca lo que no ve con los ojos —asintió él.

Ambos rieron de nuevo y Thomas continuó:

—Llevo años siguiendo tus andanzas.

—¡¿Qué?!

—Agudizo el oído y el ingenio para preguntar por el pirata Moore y

siempre hay alguien que tiene algo que contar. Incluso hace dos años

coincidí contigo en un mercadillo en España. Verte fue una sorpresa para

mí. Regina y yo nos acercamos a tu puesto, donde tú, sin saber quiénes

éramos, nos enseñaste tus preciosas cajas y tus joyas. Tras un rato contigo,

compramos dos cajitas de madera y un precioso collar que mi esposa

atesora con mucho amor.

—¿En serio?

—Totalmente —aseguró él—. Como te he dicho, además de mi mujer,

Regina es mi amiga, mi confidente, es mi todo. A ella fue a la que se le

ocurrió buscarte un pasado gracias a que hablabas italiano. Y…, dicho esto,

ahora entenderás por qué yo tampoco podía permitir que mancharas tus

manos con la sangre de ese tipo. Si tu padre o tus tíos no estaban aquí para

matar por ti, tenía que hacerlo yo. Te lo debía. No pude salvar a tu madre,

pero sí podía salvarte a ti.

Conmovida por la historia, ella lo miró con cariño y, levantándose de su

asiento, rodeó la mesa, se sentó junto a él y lo abrazó.

Gustoso, el hombre aceptó aquel deseado abrazo y musitó emocionado:

—No sabes lo que este momento significa para mí.

Alison asintió con una sonrisa. Aquel había conocido a su madre, la

había querido, y un error había hecho que cargara con su muerte. Una

muerte de la que Alison nunca lo había culpado.

—Sin duda mamá estará muy agradecida por lo que has hecho —

declaró—, y te aseguro que cuando papá y los tíos se enteren, también.

Durante un buen rato continuaron hablando. Alison le preguntó por su

madre y él le contó. Saber cosas de ella siempre le había gustado, y lo

escuchó encantada.

Dos horas después, se dirigieron hacia sus respectivos cuartos. Había

amanecido ya y necesitaban descansar. Y ambos lo hicieron con el corazón

tranquilo y lleno de felicidad.

Capítulo 24

Hasta que Matsuura y Gilroy se hubieron repuesto de la paliza que les

habían dado, pasaron una semana en Lanark, un tiempo durante el cual

Thomas retrasó su viaje a Ayr para estar con ellos. Especialmente con

Alison. Durante esos días la joven disfrutó de la compañía de sus nuevos

tíos, Thomas y Regina, y de Evander, que siempre que podía se acercaba a

charlar con ella.

En esos días corrió como la pólvora la noticia de la muerte de Conrad McEwan. Se decía que había sido un ajuste de cuentas y, sorprendida, Alison comprobó cómo aquel tampoco era muy querido en tierra, tal como le había contado Thomas.

Tras esa semana, a pesar de que el gobernador y su esposa intentaron convencerla para que viajara con ellos, la joven se negó. Quería continuar con su viaje por Escocia con lo poco que tenía y nadie la iba a frenar.

Aunque no le gustaba la idea, Thomas no siguió insistiendo. Estaba claro que Alison era tan testaruda como lo fue su madre, e intuyó que no la iba a convencer. Al final, tras una despedida cariñosa y emocionada, McBouden partió junto a su mujer y su comitiva hacia Ayr. Tenía que atender unos asuntos de la Corona que no podía retrasar más.

Varios días después de separarse de ellos, mientras Gilroy iba en el interior de la carreta con la pequeña Siggy, Matsuura y Alison dirigían a los caballos en silencio cuando el japonés, viendo una ciudad no muy lejos, indicó:

—Entiendo que es Linlithgow.

La joven asintió.

—Las monedas escasean, por lo que es mejor que hagamos noche a las afueras de la ciudad. ¿Te parece bien? —sugirió él.

Alison estuvo de acuerdo y, viendo un pequeño camino, señaló:

—Seguro que por allí encontramos un buen sitio donde preparar algo de

comer y pasar la noche.

Instantes después, tras llegar a un bonito paraje, la joven detuvo la

carreta, se bajó de ella, estiró las piernas y, cuando iba a hablar, Gilroy

asomó la cabeza por la podrida tela que cubría la parte trasera de la carreta

y protestó:

—Rayos y centellas, Bicho… Esta niña vuelve a oler a podredumbre.

—Menuda mofeta está hecha —respondió ella riendo.

—Pues siento decirte que esta vez el paño te toca cambiarlo a ti —terció

Matsuura.

—Noooooooo —gruñó Gilroy.

—Síííí… —se mofaron la joven y el japonés.

Minutos después, cuando Gilroy hubo hecho lo que le tocaba, preguntó:

—¿No vamos a la ciudad?

—No.

—¿Por qué?

Matsuura, al oírlo, dijo sin mirarlo:

—Muchacho, disfruta del presente y de la naturaleza.

El otro maldijo, aquello que le proponía era terriblemente aburrido, y

Alison, entendiéndolo, indicó mirando unos trozos de madera que había en

el suelo:

—Ve a la ciudad y trae pan, habas y leche. Matsuura nos hará un guiso

para cenar.

—Sí —afirmó Gilroy—, porque como lo hagas tú moriremos

envenenados.

La muchacha rio. Sin lugar a dudas lo suyo no era la cocina, y

resoplando insistió:

—Anda, ve.

Tras desatar uno de los caballos de la carreta, Gilroy se marchó feliz. En

la ciudad podría tomarse un trago.

Una vez que Matsuura cogió en brazos a la pequeña Siggy y la dejó en

el suelo, Alison, tras sonreír a la pequeña, que le dedicó una preciosa

sonrisa, cogió su arco y su espada.

—Iré a cazar algo para la cena.

Y, dicho eso, se alejó.

Un buen rato después, tras cazar un par de conejos, mientras aquellos

cocían junto con las habas llevadas por Gilroy las zanahorias y el ajo que le

había añadido Matsuura, Alison jugaba con la pequeña Siggy en brazos.

En el tiempo que llevaban juntas, disfrutaban una barbaridad de

aquellos momentos de tranquilidad. De pronto, Alison miró hacia la

derecha; le parecía haber visto algo que se movía. Durante unos segundos

observó con disimulo, pero al no ver nada continuó con su juego.

Cuando la cena estuvo hecha, Gilroy, Matsuura, Alison y la pequeña se

sentaron alrededor del fuego que los calentaba para disfrutar de la comida.

El olor del guiso de Matsuura era fantástico, pero de nuevo Alison vio

moverse unos matorrales. En esta ocasión continuó comiendo pero alerta

por lo que pudiera pasar.

Luego estos volvieron a moverse y esa vez Alison vio a un niño pasar

mientras Matsuura comentaba:

—Ese ratón lleva un buen rato observándonos.

Con una sonrisa se miraron y el japonés, echando un vistazo a los

matorrales, que cada vez se movían más, preguntó en voz alta:

—Muchacho, ¿quieres un poco de estofado de conejo?

El chiquillo no tardó en mostrarse. Sus ropas ajadas y su rostro sucio y

escuálido lo decían todo. Tiritaba de frío. Alison lo miró apenada, pero,

intentando demostrarle que no pretendían engañarlo, cogió un trozo de pan

y se lo tendió.

—Ven, acércate. Puedes sentarte con nosotros, calentarte y comer.

El muchacho los miraba con cierto recelo, pero el hambre y el frío que

tenía parecían poder con él. Y, tras partir el pan y guardarse un trozo en el

bolsillo del pantalón, se acercó a coger el cuenco de estofado calentito que

el japonés le tendía y preguntó mirándolo:

—¿Podré repetir?

Gilroy soltó una carcajada y Alison afirmó conmovida:

—Por supuesto que sí.

Con ganas, el muchachillo comenzó a devorar su plato. En un principio

se quemaba, el ansia le podía, y Matsuura susurró:

—Tranquilo. Come despacio o te sentará mal.

Pero aquel tenía mucha prisa por comer y, cuando el cuenco de madera

quedó totalmente vacío, dijo tendiéndoselo:

—Has dicho que podía repetir.

El hambre que tenía el chiquillo llamó la atención de todos, pero

Matsuura, sin hablar, le volvió a llenar el cuenco de estofado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Will, señor.

Los tres adultos sonrieron y luego Alison dijo:

—¿Y cuántos años tienes, Will?

Aunque incómodo por sus preguntas, él se apresuró a responder:

—Diez, milady.

Con ansia, el niño cogió el cuenco de estofado, pero en esta ocasión no

se sentó, sino que se quedó de pie con él en las manos, por lo que Alison

indicó:

—Siéntate y come tranquilamente.

El muchacho negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Me… me tengo que ir.

—Antes termina de comer —dijo Gilroy.

Pero el chico, mirando al cielo como si no lo hubiera oído, dio media

vuelta, con tan mala suerte que sus pies se enredaron con una raíz que salía

del suelo y cayó derramando el estofado.

Rápidamente Alison se levantó para ayudarlo, y al ver cómo él recogía

del suelo los trozos de conejo, la zanahoria y las habas con los ojos llenos

de lágrimas, preguntó:

—¿Te has hecho daño?

El niño no contestó. Solo se centraba en meter todo lo que podía del

estofado dentro del cuenco y, cuando acabó, Alison lo sujetó de un brazo e

insistió mirándolo a los ojos:

—¿Qué te pasa, Will?

Con el rostro sucio, el muchacho la miró y, asustado mientras temblaba

a causa del frío, dio un paso atrás. Alison vio desconcierto y temor en su

mirada y, creyendo entender qué ocurría, dijo:

—¿Has preguntado si podías repetir para llevarle esta comida a alguien?

¿Por eso te has guardado la mitad del pan en el bolsillo?

El niño no contestó, sino que miró de nuevo al cielo, y la joven insistió

agachándose frente a él:

—Will, me llamo Alison y ellos son tío Matsuura, Gilroy y Siggy.

¿Dónde están tus padres? —Con cara de pánico, aquel no respondió, y ella

prosiguió—: Entiendo que no nos conoces, pero necesito que sepas que

queremos ayudarte. Por nuestra parte no te va a ocurrir nada malo.

Agobiado por la situación, al muchacho se le volvieron a llenar los ojos

de lágrimas. Los últimos dos meses habían sido los peores de su vida y, sin

saber por qué, pero al necesitar un abrazo, estrechó a Alison con

desesperación.

Desconcertada, ella lo abrazó a su vez mientras Gilroy y Matsuura, con

Siggy en brazos, se levantaban para acercarse a ellos. Pero ¿qué le ocurría a

ese muchachito?

Tras un rato en el que Alison solo dijo palabras bonitas y cariñosas, esas

que sus tíos le decían cuando ella era pequeña y necesitaba mimos, por fin

el crío la soltó.

—El estofado es… es… para mi hermanita —dijo señalando el cuenco

lleno de tierra.

La joven asintió y se disponía a quitarle el cuenco de las manos para

reemplazarlo por otro limpio cuando aquel imploró:

—Por favor… Por favor, milady, no me lo quitéis.

Conmovida, ella lo miró.

—Cariño, si te quito el cazo es para darte uno limpio lleno de estofado

que no tenga tierra. Por supuesto que podrás llevárselo a tu hermanita.

Oír eso y ver su gesto no era lo que el pequeño Will esperaba, y al

comprobar que Alison le tendía la mano, se lo entregó. Con la angustia

instalada en el pecho, el niño observó que ella cogía otro cuenco, lo llenaba

de comida y, tragándose las lágrimas, susurró:

—Muchas gracias, milady.

Alison asintió y, asiendo su mano, pidió:

—Ahora llévame a donde está tu hermanita.

Matsuura, Gilroy y ella se dejaron guiar por el pequeño. Cruzaron un

pequeño riachuelo y, tras una arboleda, apareció algo parecido a una choza

vieja y abandonada.

—¿Tus padres están ahí? —preguntó Alison al verla.

El niño negó con la cabeza.

—Está Briana.

—¿Tu hermana?

—Sí —afirmó él.

Al acercarse a la desvencijada casucha, el chiquillo abrió la portezuela

y, al entrar, los tres se quedaron sin palabras al encontrarse un lugar

inhóspito, frío y sucio donde, sobre una vieja y mugrosa manta, había una

pequeña dormida.

Rápidamente Will se soltó de la mano de Alison y, acercándose, se

sentó sobre la manta y dijo mientras se sacaba el trozo de pan del bolsillo:

—Briana… Briana…, despierta. Traigo comida.

Con lentitud, la niña abrió los ojos y, al ver lo que su hermano le tendía,

sonrió y lo cogió a toda prisa para llevárselo a la boca. No obstante,

segundos después, al ver a aquellos desconocidos, se metió bajo la manta

asustada.

Will no se extrañó, pero, sin decir nada, fue hasta Alison, cogió el

cuenco de estofado de sus manos y, sentándose de nuevo en la manta, dijo

levantando un extremo para mirar a su hermana:

—Todo esto es para ti.

La niña, al oler el humeante cuenco de estofado, se apresuró a

preguntar:

—¿Para mí?

—Sí. Solo para ti y para *Pousi* —indicó señalando su inseparable

muñeca de trapo.

—¿Y tú? —preguntó la cría tosiendo sin salir de debajo de la manta.

—Yo ya he comido.

Pero la pequeña no se movía, y con susto en la mirada preguntó

tocándose el pañuelo que llevaba en la cabeza:

—¿Nos van a pegar?

Nada más oírlo, Gilroy, Matsuura y Alison se miraron sorprendidos.

Pero ¿qué burrada era esa? ¿Quién les había pegado?

—No…, no —se apresuró a decir Will.

—Tengo susto —cuchicheó la cría.

El muchacho suspiró, pero, intentando convencer a su hermanita,

insistió:

—Tranquila. Vamos, Briana, sal de ahí y come.

Como un conejillo asustado, la pequeña salió de debajo de la manta. Era

muy menuda y tenía unos preciosos y enormes ojos verdes, iguales que los

de su hermano, que llamaban la atención.

Con el corazón a mil, Alison los observó mientras oía a la pequeña toser

y la veía temblar. Tanto ella como Will estaban desnutridos, ateridos. Solo

había que ver sus delgados cuerpos y la tristeza en sus miradas para saber

que no lo estaban pasando bien.

Conmovida por las palabras de la chiquilla y el miedo que veía en sus

ojos, se acercó a ella y, sentándose a su lado, saludó.

—Hola, Briana, soy Alison.

La pequeña la miró después de toser y ella, quitándose la chaqueta que

llevaba, se la colocó sobre los hombros y, con mimo, le tocó un mechón del

flequillo pelirrojo que escapaba del paño que llevaba sujeto a la cabeza.

—Tienes un pelo muy bonito —comentó.

La cría parpadeó al oírla y, de pronto, comenzó a llorar horrorizada.

Sin entender nada, Alison miró a Matsuura y a Gilroy, que tampoco

sabían qué hacer, y entonces Will tomó aire y se dirigió a la joven:

—Milady, mejor no le habléis de su pelo.

Sin entender qué ocurría, Alison miró a Matsuura y esté enseguida le

indicó con un gesto que la abrazara. Sin dudarlo, Alison lo hizo, pero

entonces el trapo que la pequeña llevaba en la cabeza se cayó dejándola al

descubierto. La niña tenía todo el pelo del lado derecho cortado casi desde

la raíz. Incluso tenía heridas. Pero ¿cómo había podido hacerse aquello?

Briana, al ver cómo aquella la miraba, intensificó su llanto.

—Por las barbas infestas de Neptuno… —exclamó Alison—. Pero ¿qué

te ha ocurrido?

Rápidamente Will, cogiendo el trapo, se lo volvió a anudar a su

hermana en la cabeza, y la niña explicó entre hipidos:

—Las mujeres malas… las mujeres malas… me arrancaron el pelo.

Sin dar crédito, Alison no sabía qué hacer, y Matsuura, tras pasarle la

pequeña Siggy a Gilroy, se acercó a ellas y, cogiendo a la niña, la abrazó y

susurró intentando que se sintiera protegida:

—Tranquila, pequeñita, esas mujeres no te volverán a hacer daño

porque yo no se lo voy a permitir, ¿de acuerdo? ¿Confías en mí?

Conmovida por los lloros de la chiquilla y el cariño con que Matsuura le

hablaba, Alison se emocionó. Aún recordaba las veces que ella había

llorado y él la había consolado.

Cuando Briana se tranquilizó y finalmente el japonés consiguió que

comenzara a comer el guiso con ganas, a pesar de la tos, Alison agarró a

Will de la mano y lo sacó fuera.

—¿Cuántos años tiene Briana? —preguntó.

—Cinco, milady.

—Llámame Alison, por favor —le pidió ella. El crío asintió con una

tímida sonrisa y luego la joven preguntó—: ¿Dónde están vuestros padres?

Will miró hacia el cielo, contestar a aquello era complicado, y Alison,

viendo que el muchacho pelirrojo estaba fabricando una mentira, indicó:

—No quiero mentiras. ¿Dónde están?

—Muertos.

Oír eso y ver la mirada del niño hizo que Alison asintiera, pero,

necesitaba saber, así que insistió:

—¿Enfermaron y murieron?

—No.

—Entonces ¿qué pasó?

De nuevo, Will miró hacia el cielo. Cada vez que no quería responder

una pregunta hacía eso, pero Alison, agarrándolo de la barbilla, volvió a

insistir:

—¿Qué pasó?

Incapaz de huir de la verdad, finalmente el chiquillo se sentó sobre un

tronco y susurró:

—Vivíamos en Roxburgh, pero… pero…

—¿Pero…?

Él se retiró el flequillo del rostro con su sucia mano y continuó:

—Tuvimos que trasladarnos el año pasado a Renfrew, huyendo de

Roxburgh porque unas mujeres, al enterarse de que mi madre era inglesa, la

acusaron de ser bruja.

Alison suspiró. A muchos escoceses les costaba aceptar a personas de otros lugares, en especial a los ingleses.

—En Renfrew todo iba bien —continuó Will—, hasta que un día mi madre se encontró en el mercado con una mujer de Roxburgh, y rápidamente esta la acusó ante todos de inglesa y bruja. Mamá se enfrentó a ella y esa noche, tras sacarnos de la casa en la madrugada, cuando mi padre fue a defendernos lo colgaron, y a mi madre la… la quemaron por bruja en la hoguera.

Horrorizada, Alison no podía parpadear siquiera, pero el niño prosiguió con los ojos anegados en lágrimas:

—A Briana y a mí nos pegaron y nos encerraron en una porqueriza durante días, sin comer. Una mañana vinieron a por ella y yo no pude hacer nada. Le cortaron y le arrancaron el pelo para que todo el mundo supiera que era la hija de una bruja. Cuando vinieron a por mí, pude empujar a la mujer que intentó agarrarme, coger a mi hermana y huir.

—¿Por qué no acudiste a tu familia?

—Me dirigía hacia St. Andrews porque allí vive el único hermano de mi padre. Y…, bueno, en todo este tiempo he intentado cuidar de Briana, pero… pero… no lo hago bien. Hace frío. Apenas consigo comida y ella,

por mi culpa, ha enfermado…

—No, cielo. No…, no…, no… —lo cortó Alison conmovida—. Tú no tienes la culpa de nada. Ni siquiera de la tos de Briana.

—Pero, Alison…

—Es más, deberías sentirte orgulloso, cariño, porque tú solito, con lo pequeño que eres, te has ocupado de ella y de ti.

Aquello no era consuelo para William, que, mirándola, susurró:

—Hay días que no consigo comida. Temo las represalias si de nuevo se enteran de que mi hermana… y… y… yo…

Sin dejarlo proseguir, Alison lo abrazó. Aquel niño de tan corta edad había pasado por cosas terribles, y, besándolo con cariño en su sucia cabeza,

musitó consciente de lo que necesitaba y de cómo se sentía al ser rechazado:

—Tranquilo. Solo estamos tú y yo. Puedes llorar.

Y durante un buen rato, Will lo hizo. El pequeño lloró con ganas, con intensidad, con necesidad, y cuando por fin sus ojos se secaron y miró a

Alison sin saber qué decir, esta afirmó:

—Os llevaré a tu hermana y a ti hasta tu tío.

—¿En serio?

Ella sonrió y, dispuesta a que esos pequeños no pasaran más fatalidades,

indicó:

—Yo nunca prometo, pero esto sí.

—A mamá le gustarías —susurró él cogiendo aire.

Con cariño, Alison sonrió y, tocándole con mimo el rostro, afirmó:

—Y seguramente tu mamá me gustaría a mí.

Esa noche, cuando ella y el resto decidieron regresar a donde habían dejado la carreta y los caballos, eran dos más.

Antes de acomodar a los pequeños en el interior de la misma, la joven los obligó a bañarse en el río. En un principio la idea no les gustó, pues hacía frío, pero finalmente accedieron.

Una vez limpios, y mientras se secaban bajo unas mantas, Alison preparó una infusión con unas hojas que llevaba en su talega y, en cuanto las coló y vertió el líquido en un vaso, pidió mirando a Briana:

—Tómate esto. Ya verás cómo pronto dejas de toser.

La pequeña, tras mirar a Will y este asentir, cogió el vaso y al dar el primer trago, murmuró:

—No me gusta.

Alison asintió. Sabía que no sabía especialmente bien. Y, recordando las cosas que sus tíos hacían por ella cuando era pequeña, cogió el vaso y a la muñequita *Pousi*. Tras hacer como que la muñeca bebía y después que la escuchaba, indicó:

— *Pousi* dice que no es lo más rico, pero que si te lo tomas te curará.

Y finalmente, mediante ese tipo de juegos, la cría se lo bebió.

Esa noche, cuando Alison los acostó en el interior de la carreta, junto a

Siggy, que dormía como una bendita, murmuró mirándolos:

—Mañana intentaré compraros algo de ropa de abrigo, ¿vale?

Ellos asintieron agradecidos, y Alison, por instinto, se agachó y los besó

a ambos antes de desearles las buenas noches. Ese simple gesto de cariño

que su padre y sus tíos siempre le habían dedicado la emocionó, y la niña,

con *Pousi* en la mano, susurró:

—Mamá también nos besaba antes de dormir.

—Y papá —recordó Will.

Conmovida por ese recuerdo que perduraría en los niños para el resto de

su vida, les guiñó un ojo y susurró:

—Desde donde estén os seguirán besando siempre cada noche. Y ahora

a dormir. Mañana será otro día.

Dicho eso, se bajó de la carreta y, al ver a Matsuura y a Gilroy dormidos

sobre sus mantas en el suelo, suspiró. Dejar espacio a los niños requería

hacer ciertos sacrificios.

Sin sueño, se tumbó sobre su manta para contemplar las estrellas y

sonrió. Si algo tenía claro era que había hecho bien no dejando de nuevo

solos a esos pequeños. Ya no solo tenía que buscar un hogar para Siggy,

sino que ahora, además, se había comprometido a llevar a Will y a su

hermanita con su tío.

Capítulo 25

Pasaron diez días durante los cuales viajaron por Escocia vendiendo sus

mercancías y Alison disfrutaba de su libertad, ahora que Conrad McEwan

había muerto y ya no podía delatarla.

En ese tiempo, Will y Briana se habían integrado perfectamente en el

grupo, y esta comenzaba a reír, a hablar, a comportarse como la niña que

era, y todos estaban encantados con el cambio.

La mañana que llegaron a Dunfermline para vender su mercancía, a

pesar de que el tiempo estaba cambiando, hacía un bonito día.

En el mercadillo, mientras los tres adultos atendían el puesto, Will y su

hermana permanecían en el interior de la carreta con la pequeña Siggy,

aunque Briana, asustada por los extraños, pasaba casi todo el rato metida

bajo una manta con *Pousi*.

Durante la mañana vendieron varias piezas que Alison había

confeccionado, pero de pronto Gilroy indicó:

—¡Bicho, ojo al parche a tu derecha!

Al mirar, Alison vio cómo dos hombres que estaban frente al puesto

cuchicheaban entre sí. ¡Mal asunto!

Matsuura, consciente de lo que aquellos tramaban, murmuró mirando a

la joven:

—Creo que te va a tocar correr.

Alison se acercó a ellos. Tenía claro lo que tío Matsuura había querido

decirle; pero entonces aquellos, al sentirse descubiertos, sin dudar y con

rapidez cogieron varias de las pulseras expuestas y se alejaron a la carrera.

—¡La madre que los…!

Sin perder ni un segundo, Alison saltó por encima del puesto y comenzó

a correr junto con Gilroy tras aquellos dos tipos. Por nada del mundo iban a

permitir que se llevaran lo que les daba de comer.

Al salir de la plaza del mercadillo, los hombres se desviaron a la

derecha. Gilroy y Alison también. Los seguían muy de cerca cuando uno de

ellos, al llegar a otra plaza, dio un traspié y se cayó.

—Gilroy, ¡tuyo! —exclamó la joven.

El grito de ella hizo que el otro mirara hacia atrás. No pensaba

abandonar a su amigo, y menos por ser perseguido por una mujer.

La plaza estaba a rebosar de gente. Estaba repleta de tabernas donde se

comía y bebía, y al ver aquello todo el mundo gritó.

Ignorando los muchos ojos que los observaban, Alison miró al tipo que

estaba frente a ella y dijo sin ganas de problemas:

—Devuélveme lo que llevas en los bolsillos y asunto zanjado.

Pero el tipo sonrió. Aquella joven menuda no lo asustaba, y replicó:

—Dalo por perdido, mujer. Lo que tengo ya es mío.

Alison sonrió a su vez. Aquel idiota al final tendría un problema, y, sin amilanarse, musitó:

—¿Ah, sí? Conque esas tenemos…

Aquel asintió con seguridad y, sin dudarlo, sacó el puñal que llevaba en la cintura. Alison entonces ancló bien los pies en el suelo y le advirtió:

—Yo que tú no lo intentaría. Te vas a hacer daño.

La gente que los rodeaba prorrumpió en risas burlonas al oír eso; era gracioso lo que aquella joven menuda decía.

—Para ser una mujer, eres muy osada —cuchicheó el tipo envalentonado.

—Eso dice siempre mi padre —se mofó ella haciendo reír de nuevo a quienes los observaban.

Alison sabía que su audacia era lo primero que solía sorprender, y cuando aquel la atacó con la daga, se apartó de un salto. Viendo que ella también necesitaba defenderse, se sacó su daga de la bota y sin dudarlo atacó.

La gente gritaba y el hombre, al recibir un golpe que le hizo perder la daga, chilló furioso.

¿Cómo podía pelear así aquella mujer?

En ese momento a Alison le pareció ver un rostro conocido entre la gente y, al volver a mirar, no se percató del bofetón que se le venía encima.

La fuerza del impacto la hizo caer al suelo, pero rápidamente se levantó.

El sabor a óxido le hizo saber que le sangraba el labio. Eso la enfadó

aún más, por lo que, dispuesta a acabar con aquello, se olvidó del rostro

conocido y lanzó con todas sus fuerzas una patada al pecho de aquel, que lo

hizo caer de culo.

El tipo la miraba sin poder creérselo y ella, limpiándose con el

antebrazo la sangre de la boca, soltó:

—En ocasiones es un auténtico placer ser una mujer osada ante un

mierda como tú.

La gente reía, aplaudía, quería sangre, se divertía; el tipo fue a

levantarse y de pronto un hombre se interpuso entre él y la joven y,

cogiéndolo del cuello, siseó:

—Devuelve ahora mismo lo que no es tuyo.

Gratamente sorprendida, Alison comprobó que se trataba de Harald.

Pero ¿qué estaba haciendo él allí?

Sin dudarlo, el tipo al final se sacó las pulseras que llevaba en el bolsillo

y, tras entregárselas, Harald señaló:

—Ser amigo de lo ajeno nunca es una virtud. Y ahora vete antes de que

decida cortarte las manos.

Dicho eso, lo soltó y aquel y su amigo salieron corriendo.

En un instante la mayor parte de la gente que se había congregado a su

alrededor se esfumó; Harald la miró y ella iba a decir algo cuando oyó:

—Por todos los dioses, Alison, ¡tienes que enseñarme cómo has dado

esa patada!

De inmediato la joven vio a Demelza a caballo junto a su marido, que al

oír eso reprochó:

—Demelza…

Pero la pelirroja, segura de lo que decía, insistió:

—Ha sido fascinante, Alison. Quiero aprender.

Sorprendida, iba a hablar cuando Harald se acercó a ella y dijo

entregándole lo que llevaba en las manos:

—Esto es tuyo.

Sin mirarlo, pero sintiendo cómo se le había acelerado el corazón, la

joven lo cogió y el vikingo preguntó mirándola a los ojos al verla tan

callada:

—¿Estás bien?

Aquel tono íntimo le puso el vello de punta.

Verlo ante ella, volver a encontrarse con él, era lo que durante días había

anhelado. Y ahora que lo tenía enfrente no sabía qué decirle. Pero ¿cómo

era tan tonta?

Asombrado por el silencio de aquella, Harald se preocupó. ¿Qué le

ocurría?

De pronto, encontrarse con la joven cuando no lo esperaba había hecho

que su corazón se acelerara. Durante días no había podido quitársela de la

cabeza, y al descubrirla de pronto corriendo tras aquel tipo, no lo dudó y fue

tras ella. Sin embargo, al verla ahora con sangre en la boca, estaba

desconcertado. ¿Por qué había procedido así?

Por ello, y para intentar sosegarse, la cogió de la barbilla y, tras maldecir

por lo bajo, indicó:

—Hay que curarte esa herida.

Demelza, que se había apeado del caballo, se acercó a ella.

—Menudo golpe te ha dado.

Desconcertada por la presencia de aquellos allí, especialmente de

Harald, Alison intentó sonreír y, mirando a su alrededor, finalmente soltó:

—Ese gusano también se ha llevado lo suyo.

Oír aquellas palabras tan propias de Alison en cierto modo tranquilizó a

Harald. Pero al comprobar que Demelza y ella hablaban riendo sobre lo

ocurrido, se desesperó. ¿Es que esas mujeres no veían el peligro?

Feliz por el reencuentro, pero angustiado por la situación, el vikingo se

dio la vuelta para acercarse a su caballo por si necesitaba algo cuando, al

ver a varias personas que todavía los observaban curiosas, preguntó con

gesto fiero:

—¿Qué demonios miráis?

De inmediato, aquellos se dieron la vuelta para alejarse y Demelza le

reprochó:

—¡Harald!

El aludido, a quien el corazón todavía le iba acelerado por ver la sangre

en la boca de Alison, gruñó:

—Harald, ¡¿qué?!

Aiden sonrió al oírlo. Estaba claro que aquella jovencita le preocupaba.

La tensión en su mirada y en su cuerpo hizo que se viera reflejado en él, y

se acercó para calmarlo.

—Tranquilo, amigo…, tranquilo.

Gilroy, que en silencio había sido testigo de todo, se aproximó a Alison

y a Demelza. En la mano portaba otras piezas de bisutería y, sonriendo,

cuchicheó:

—Bicho…, creo que lo hemos recuperado todo y tu frente está intacta.

Ambos rieron ante la incredulidad de Harald, cuando Demelza

preguntó:

—¡¿Bicho?!

Intentando no sonreír, Alison iba a contestar cuando Gilroy se le

adelantó:

—Desde pequeña siempre fue un bicho y con «Bicho» se quedó.

Demelza asintió divertida.

—Si tu hermano lo dice, ¡por algo será!

De nuevo, los tres reían en el mismo instante en que unos caballos se

acercaron a ellos. Eran Peter, Alastair y Zac, junto a Adnerb y Sandra y el

padre Murdoch.

Enseguida se apearon de los caballos para interesarse por su estado al

ver la sangre en su rostro, y rápidamente Demelza los tranquilizó.

—Por los clavos de Cristo, muchacha, cuánto salvaje hay suelto —se

quejó el padre Murdoch y, apiadándose de Alison, susurró—: Ven a una

dulce jovencita desvalida e inexperta y a por ella van. ¡Espero que esos

sinvergüenzas reciban su merecido!

—Lo han recibido, padre…, os lo aseguro —indicó Demelza mirando a

Alison, que sonreía.

Instantes después, cuando aquellos, animados por Aiden, se adelantaron

para acudir a un hostal a reservar unas habitaciones, Demelza cogió el trapo

que Harald le tendía y señaló dirigiéndose a Alison:

—Ahora vamos a curarte el labio.

—No es nada…

—Seguramente, pero hay que curarlo.

La joven se lo permitió. Por norma era ella siempre quien curaba a los

demás, y, suspirando, se dejó hacer.

Harald y Aiden los observaban en silencio cuando la joven le pidió a

Gilroy:

—Regresa con tío Matsuura. Está solo en el puesto con los tres niños.

Una vez que él cogió lo que Alison le tendía y se marchó, Aiden

preguntó sorprendido:

—¿Tres niños? Que yo recuerde, era solo una pequeña.

Cuando Demelza acabó de curarla, al ver que esperaban contestación a

la pregunta, Alison enseguida les contó lo ocurrido con Will y Briana.

—Pobres chiquillos —musitó Harald, a quien la historia le había

llegado al corazón.

—Para lo pequeños que son, han vivido muchas cosas desagradables —

añadió ella—. Me extraña que aún sigan con vida.

Todos asintieron y entonces Demelza, agarrándola del brazo, preguntó:

—¿Te apetece comer algo con nosotros?

Encantada por aquel encuentro, y más aún por haber vuelto a ver al

vikingo, la joven exclamó:

—¡Las tripas me rugen!

Con una sonrisa, los cuatro se dirigieron hacia el hostal donde los

esperaban el resto de sus amigos. En su camino, mientras Aiden y Demelza

iban cogidos de la mano charlando alegremente junto a sus caballos, Harald

y Alison lo hacían en silencio.

De reojo, la joven observaba al gigante rubio. Como siempre, su

expresión era seria.

—¿No te alegra volver a verme? —le preguntó con una sonrisa.

Harald, que en realidad estaba contento para sus adentros, la miró sin

sonreír y soltó:

—¿Por qué habría de alegrarme?

Sonriendo con picardía, ella lo miró y cuchicheó:

—Porque soy agradable a la vista, ¿o no?

Sorprendido por oírla decir algo así, Harald levantó las cejas.

—Sin duda hay gustos para todos —repuso.

Boquiabierta y molesta, la joven insistió:

—¿No soy de tu agrado?

Por su parte, el vikingo se encogió de hombros divertido.

—Suelo fijarme en mujeres tranquilas y apocadas con el cabello claro como el sol. Y tú precisamente no tienes nada de eso.

Alison asintió y, decepcionada al saber aquello, susurró sin ser consciente de cómo él la miraba:

—Vaya…, pues qué bien.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que ella, incapaz de callar, preguntó mirándolo a los ojos:

—¿Por qué siempre parece que estés de mal humor?

Oír eso inevitablemente lo hizo cambiar su gesto. Haberse encontrado de nuevo con aquella muchacha le había encantado, pero, dejando de mirarla, respondió:

—Porque así evito conversaciones innecesarias.

—¿Y te parece que esta conversación lo es?

Harald la miró. Le había gustado toparse con aquella, a la que no esperaba y en la que no había podido dejar de pensar. Pero, no dispuesto a

reconocerlo, no respondió y Alison cuchicheó con una media sonrisa:

—¡Me deja sin palabras la simpatía que me tienes!

El vikingo la miró. Aquella pequeña morena que caminaba con una

seguridad que lo sorprendía, además de atraerlo lo sacaba de sus casillas, y

cuando iba a responder, ella murmuró con gracia:

—Venga, hombre, cambia esa expresión de «no te soporto» por otra más

amable. Vale. Ya me has dejado claro que las morenas no te gustamos, e

intuyo que piensas que hablo demasiado para ser una mujer, pero venga,

reconócelo, ¡en el fondo te gusta que sea tan descarada!

Sorprendido por aquello, Harald no supo qué decir. Su trato con las

mujeres era escaso y el cortejo, totalmente nulo. Por lo que durante unos

segundos ambos caminaron en silencio, hasta que la joven, cansada, añadió:

—De acuerdo. Ya dejo de molestarte.

Y, dicho eso, apretó el paso y se colocó junto a Demelza para continuar

charlando. En ese instante, y sin que nadie lo viera, Harald sonrió.

Al llegar al hostal, entraron directamente en el comedor, donde se

sentaron con sus amigos a degustar un exquisito estofado de cerdo que a

todos les supo de maravilla. Con disimulo, Alison observaba a Harald.

Aunque no le hablara no podía dejar de observarlo cuando Alastair

preguntó:

—¿Está confirmado aquello que oímos?

Peter McGregor asintió.

—Sí. Al parecer han avistado varios barcos pirata rondando las costas escocesas.

—¡Malditos! —protestó Aiden.

—Eso no puede significar nada más que problemas —comentó Harald.

—Sin lugar a dudas —concluyó Zac.

Durante un rato Alison escuchó cómo aquellos hablaban acerca de los sanguinarios piratas, hasta que, incapaz de callar, preguntó:

—¿Se habla de alguno en concreto?

Aiden asintió.

—Al parecer, el capitán Conrad McEwan informó del avistamiento de varios barcos del sanguinario Jack Moore.

Oír esos nombres a Alison le cerró el estómago. Estaba claro que Conrad había querido perjudicarla, e indicó obviando lo que sabía de aquel:

—Y conociendo al fanfarrón, por no decir chucho de charca de Conrad McEwan, ¿lo creéis?

Según dijo eso, Alastair replicó con gesto serio:

—Un poco de respeto. Conrad McEwan ha muerto.

Al oír eso, Alison se hizo la sorprendida.

—Vaya…, pero ¿qué me dices? No lo sabía.

Todos se quedaron en silencio y Demelza, acercándose a ella, cuchicheó:

—Me gusta lo de «chucho de charca».

Alison sonrió y entonces Aiden, al ver el gesto de Alastair por lo que

había oído, indicó:

—Como bien sabéis, ese McEwan no era santo de mi devoción. Pero si

he de elegir entre él y el pirata Jack Moore, mi decisión está clara.

—¿Y por qué lo tienes tan claro? —dijo Alison sin poder evitarlo.

Según preguntó, todos la miraron; entonces Adnerb intervino:

—Por el amor de Dios, Alison, ¿cómo que por qué? Estamos hablando

de ¡piratas! ¿Hay algo más desagradable que un sucio y rastrero pirata? ¿Y

algo peor que Jack Moore?

Alison se mordió los labios y calló. Oír eso la incomodaba. Hablaban

sin saber de su padre. Creían lo que otros escupían por la boca, y, clavando

los ojos en su plato, prosiguió comiendo mientras aquellos continuaban con

la conversación.

Harald la observó con curiosidad. ¿Qué le ocurría? Porque notaba que

se tensaba ante los comentarios de sus amigos.

A Alison le resultaba insoportable lo que estaba oyendo. Todo era

negativo en lo referente a su padre, y, agobiada, miró hacia el fondo de la

sala y de pronto se le heló la sangre al encontrarse con el rostro del hombre

que había visto un buen rato antes, durante la pelea en la calle. Este, al ver

que sus ojos habían conectado con los de la muchacha, le indicó que saliera

del hostal con un gesto de la cabeza.

Pero, por Tritón, ¿qué hacía su tío allí?

Mientras el resto continuaba hablando, Alison se levantó y se acercó

hasta la barra. Allí se sirvió un vaso de agua de una jarra y, al ver que nadie

de la mesa la miraba, salió del local. Una vez fuera, miró a ambos lados,

hasta que oyó:

—Orquídea…, aquí.

Sin tiempo que perder, se acercó hasta el hombre que se escondía tras la

esquina y cuando lo tuvo enfrente preguntó:

—Por las barbas de Neptuno, tío Roy, pero ¿te has vuelto loco? ¿Qué

haces aquí?

Él, encantado, la abrazó y, una vez que se separó de ella, cuchicheó:

—Estaba intranquilo. Nunca he estado tanto tiempo separado de ti y…,

bueno, llegó hasta nuestros oídos lo de Conrad McEwan… Por Dios,

muchacha, ¿es que te has vuelto loca? ¿Cómo se te ha ocurrido matarlo? Te

podrían haber apresado.

Alison asintió. Sin duda la noticia de la muerte de aquel se había

extendido rápidamente, y Roy, al ver que ella no decía nada, preguntó:

—¿Estás bien, mi vida?

—Sí, tío, tranquilo.

Él resopló y mirándola musitó:

—¡Repámpanos, Orquídea! Lo último que queríamos era que te

mancharas las manos con su sangre y…

—Tío —lo cortó ella, y pensando en Thomas dijo—: ¿Y si te dijera que no fui yo?

Sorprendido, él parpadeó.

—¡Probablemente no te creería!

Alison sonrió. Pensó en contarle lo que había descubierto del gobernador, pero entonces su tío murmuró:

—Mira, Orquídea, te lo digo muy en serio. Creo que…

—Sermones no, por favor. Ese gusano ya está muerto. Tema zanjado.

Roy maldijo y, no queriendo ser pesado, sentenció:

—De acuerdo. No diré más, pero cuando regreses al barco hablaremos, ¿entendido?

—Entendido —suspiró la joven.

Durante unos segundos, aquellos, que se querían, se miraron, y luego Roy susurró:

—Cuando he visto tu pelea con ese saco de mierda hace un rato, poco me ha faltado para meterme y arrancarle la cabeza.

Angustiada por lo mucho que aquel se exponía por estar allí, ella iba a hablar cuando él le entregó un saquito de monedas.

—Toma. No quiero que pases penurias como pretende tu padre.

Encantada de recibir el dinero, que le vendría de maravilla ahora que tenía a los niños, se lo guardó y musitó:

—Gracias…, gracias y gracias.

—Las que tú tienes, mi vida.

Complacida, al ver que él miraba a su alrededor Alison preguntó

entonces:

—¿Cómo está papá?

Roy resopló, lo que hizo entender a la joven.

—Me hago una idea —afirmó.

—Tu padre es complicado… y cuando se enteró de lo de Conrad, ¡ni te imaginas cómo se puso!

—¿Cómo sabías que estamos en Dunfermline? —preguntó ella a continuación con cariño.

Roy miró de nuevo a su alrededor para controlar a todo el que pasaba junto a ellos y respondió:

—Porque cuando llegó hasta nuestros oídos lo de Conrad nos temimos lo peor y te buscamos.

Ella lo miró sorprendida. Que la noticia hubiera llegado hasta ellos significaba que no debían de andar muy lejos de la costa escocesa, y cuando iba a protestar él le pidió:

—No te enfades, Orquídea. Estábamos en un sinvivir por ti, y creo que…

—Por Tritón, tío Roy —lo cortó—. Debéis alejaros de inmediato de la costa. Antes de morir, Conrad informó del avistamiento de nuestros barcos, y me niego a que por mi culpa os apresen…

—Orquídea, no sigas. Digas lo que digas, hasta que regreses al barco no estaremos tranquilos.

—Pero, tío…

—No hay peros que valgan. Velamos por ti.

La joven resopló. Saber aquello la incomodaba.

—¿Quiénes son esas personas con las que estás comiendo? —preguntó entonces él sonriendo.

—Unos amigos.

Roy asintió.

—En realidad lo que me interesaría saber es quién es ese gigante rubio de ojos claros que ha detenido la pelea y al que he comprobado que no puedes dejar de mirar.

—¡Caray, tío Roy…!

—¿Quién es, muchacha?

Consciente de que su tío había visto lo que había visto, pero dispuesta a quitarle hierro, ella respondió:

—Nadie importante. Solo es Harald.

—Pues para ser solo Harald y nadie importante —se mofó él—, lo miras con ese gesto tuyo de interés que tanto conozco.

—¡Tío Roy!

—Ay, muchacha, ¡lo que te gustan los hombres de pelo y ojos claros!

—¡Tío, ya basta! —protestó.

El hombre asintió sonriendo. Ver bien a la que consideraba su hija era lo único que necesitaba, y con cariño indicó:

—Orquídea…, Orquídea…, nada me gustaría más que verte dichosa y feliz.

Y ella finalmente sonrió.

—He de regresar a *El Demonio de las Olas* —añadió él—. Estaremos

en contacto. Adiós, mi bella Orquídea.

Dicho eso, el hombre se echó la capa de nuevo por la cabeza y, sin mirar

atrás, se alejó.

Desde donde estaba, Alison lo observó. Que su padre y sus tíos

rondaran las costas escocesas y no pensaran moverse de allí no era buena

idea. Todos deseaban apresar al temido capitán Moore, y que este se pusiera

en peligro la alarmaba.

—Se está levantando viento y va a llover con fuerza —oyó que Harald

decía de pronto a su espalda.

Encogiéndose por la sorpresa, cerró los ojos, pero, al abrirlos, miró al

cielo y respondió todo lo tranquila que pudo:

—Espero que no.

Tras unos segundos en silencio, y al ver que ella no hablaba, Harald

preguntó:

—¿Pensabas irte sin decir adiós?

Al volverse comprobó que estaba tan cerca de ella que tuvo que levantar

la cabeza para mirarlo a los ojos, e intentando sonreír repuso:

—Probablemente.

Se quedaron en silencio y luego ella, para desviar el tema, preguntó:

—¿Es cierto que los paganos sacrificáis a seres humanos?

Harald miró a Alison sin dar crédito. Estaba claro que lo había desconcertado totalmente y, tras regalarle una de sus bonitas sonrisas, le guiñó un ojo y entró en el local de nuevo.

El vikingo no se movió. A través de una ventana del hostal había visto a la joven hablar con un hombre. Se acercó a ellos con curiosidad, pero demasiado tarde. Solo lo oyó decir: «Adiós, mi bella Orquídea».

¿Orquídea? Pero ¿no se llamaba Alison?

Estaba claro que aquella joven ocultaba cosas que comenzaban a intrigarlo.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, cuando Matsuura se despertó e informó de que se iba a cazar algo para desayunar, Alison asintió y, mirando a Siggy, sonrió.

Durante un rato jugó con la pequeña, hasta que finalmente decidió vestirse, y al bajar de la carreta vio acercarse unos caballos.

Los miró con curiosidad, y la sonrisa se le ensanchó al percatarse de que eran Demelza, Adnerb y Sandra.

Contenta, las saludó con la mano y, cuando estas llegaron hasta ella y se apearon, la joven preguntó:

—Pero ¿qué hacéis aquí?

Demelza se acercó hasta ella encantada y, tras cogerle de los brazos a Siggy, respondió:

—Hoy los hombres tenían que reunirse para tratar ciertos asuntos con el

laird Montgomery, y nosotras nos disponíamos a ir a Sambery, un pueblo de

pescadores donde viven unos conocidos de Adnerb, para saludarlos.

—Vaya…

—Gladys, una antigua sirvienta de mi casa, vende hierbas, muy buenas,

por cierto —afirmó Adnerb—. Y hemos decidido pasar para ver si querías

acompañarnos.

Gustosa porque hubieran pensado en ella, Alison sonrió y de inmediato

preguntó:

—¿Sabéis si vende Charmaemelon?

—Sí —contestó Adnerb—. Soy bastante torpe y tener Charmaemelon

me ayuda a curar las heridas.

Alison sonrió al oír eso e indicó:

—Sabes que esa fantástica hierba sirve para más cosas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, y la joven explicó:

—La Charmaemelon sirve, además de para limpiar heridas como tú has

dicho, para tratar quemaduras, picaduras, incluso para lavar la nariz, los

ojos, la boca y los oídos.

—¿En serio?

Alison asintió.

—Si los ojos se ponen malos, unos emplastes de Charmaemelon a

primera hora de la mañana y a última hora de la tarde los mejoran rápidamente.

—Oh…, no lo sabía, ¡gracias!

Estaba sonriendo por aquello cuando Sandra preguntó:

—¿Entiendes de hierbas y plantas?

—Siempre me han gustado —dijo Alison.

—Eso está muy bien —afirmó Demelza.

Las mujeres se contemplaban encantadas cuando Alison, acercándose a la carreta, exclamó mirando al suelo:

—Gilroy… ¡Gilroy!

El aludido, que dormía plácidamente, protestó.

—No jorobes, Bicho. Déjame dormir un rato más.

Eso hizo reír a las demás y Alison, dándole con el pie en el hombro, insistió:

—Vamos, holgazán, ¡levanta!

Al volverse, Gilroy iba a protestar de nuevo, pero al ver a las mujeres, finalmente contuvo sus palabras y saludó.

—Bu-buenos días, miladies.

Oír eso hizo sonreír a Alison, que dijo mirándolo:

—Matsuura ha salido a cazar algo para desayunar. Briana y Will están dormidos. Yo me voy, quédate con Siggy y dile al tío que regresaré a lo largo de la mañana, ¿entendido?

—¿Cómo que te vas? —protestó él levantándose.

—Lo que has oído.

Gilroy se disponía a quejarse de nuevo cuando Adnerb añadió:

—Solo serán unas horas.

Molesto por aquello, el hombre maldijo en silencio. No le hacía gracia

que Alison se alejara sin ir acompañada de Matsuura o de él, y cuando iba a

protestar Alison añadió mientras se colgaba la katana a la espalda:

—Gilroy, métete en la carreta con Siggy, acurrúcala y se dormirá.

Vamos, ¡hazlo!

A cada instante más molesto por sus palabras, el aludido se disponía a

decir algo cuando Sandra, mirando la espada que aquella había cogido,

preguntó:

—¿Es esa la katana?

Alison asintió orgullosa. A continuación la desenvainó con destreza y se

la mostró a sus amigas.

Durante unos instantes todas observaron aquella espada curva y afilada,

hasta que Alison, guardándola, dijo al ver que Gilroy había desaparecido

dentro de la carreta con la pequeña:

—Venga, vayámonos antes de que los niños se despierten.

—Cuanto más lo veo, más ¡muero de amor! —exclamó entonces

Demelza mirando al caballo.

Alison sonrió y acarició el hocico de aquel precioso caballo fiordo y,

besándoselo, cuchicheó:

—¡Eres un rompecorazones, *Pirata*!

Las mujeres rieron y, subiéndose cada una a su montura, se alejaron siguiendo las indicaciones de Adnerb.

Durante la mañana en Sambery, las cuatro estuvieron en casa de los conocidos de Adnerb, que se desvivieron por darles todo lo que tenían. Eran unas personas humildes, pero tremendamente bondadosas y encantadoras.

La mujer, Gladys, era nórdica, y cuando llegó a Escocia fue el padre de Adnerb quien la ayudó a integrarse en el país. Durante más de diez años Gladys vivió con Adnerb y su familia en sus tierras, hasta que se enamoró de Oswald, un escocés con el que se casó para ser feliz.

Pocas veces se habían visto desde entonces. Pero siempre que alguien de la familia de Adnerb pasaba por aquellas tierras, se desviaba para ir a ver a la mujer, a la que querían un montón.

Complacida con la acogida por parte de aquellos, Alison sin dudarlo sacó de su talega unas pulseras de plata y le regaló una a Gladys y otra a su hija Leonora. Tener un detalle con aquellas personas por lo bien que la habían recibido era lo mínimo que podía hacer.

Gustosa y emocionada, Gladys miró el presente. Ni en el mejor de sus sueños había imaginado poder tener nunca algo así y, viendo las letras que estaban grabadas en el interior de la pulsera, preguntó:

—¿Qué significa «F. J.»?

—Son las iniciales de los nombres de sus padres. Alison firma así sus joyas. ¿A que es ideal? —dijo Adnerb encantada.

Después de tomar algo, se encaminaron hacia el mercadillo, donde su hijo Scott atendía el puesto de pescado de su padre y Leonora, el de hierbas de su madre. La joven, al recibir la pulsera que su madre le entregó de parte de Alison, se lo agradeció encantada. Era preciosa. Algo que ella nunca podría costearse.

Durante un buen rato Alison olió las hierbas que aquellas vendían. Sin duda eran buenas, increíbles, y muchas de ellas difíciles de conseguir en Escocia, pues eran originarias de otros países. Por ello, mirando a Gladys preguntó:

—¿De dónde habéis sacado la canela y el jengibre?

La mujer sonrió.

—Se los vendió un amigo de mi hijo Scott, ¿a que son fantásticos?

Alison asintió. Sin duda eran de lo mejorcito. Tan buenos que le resultaba extraño que el hijo de aquella pudiera haber pagado una mercancía tan extraordinaria.

Al ver los zapatos agujereados de Leonora y la preciosa camisa de seda que llevaba Scott, algo no le cuadró. ¿Cómo podían comprar aquellas exóticas y caras especias y aquella camisa y no tener para un par de zapatos

nuevos?

Resultaba más que evidente que aquellos que les habían abierto la puerta de su casa y les habían dado todo lo que tenían atravesaban dificultades económicas, aunque el hijo, por lo que veía, era otro cantar. Por ello, y segura de su decisión, se quitó el precioso broche que su padre le había entregado para un caso de urgencia y dijo mirando al patriarca:

—Toma, Oswald. Véndelo y os darán unas buenas monedas por él.

Tan sorprendidas como el hombre, Demelza, Adnerb y Sandra la miraron; entonces Alison, consciente de la realidad que estaba viendo, susurró:

—Leonora necesita calzado y, por lo que he visto, tú y Gladys también.

Por favor, acéptalo. Lo necesitáis. Y cuando alguien necesita algo los amigos han de ayudar.

Oswald, conmovido por el buen corazón de aquella muchacha, susurró:

—Muchas gracias, milady. Pero no os preocupéis: como siempre que viene a vernos a Sambery, Adnerb nos ayuda.

Complacida por saber que su amiga había ido hasta allí no solo para comprar hierbas, Alison sonrió. Y, al darse cuenta de que Oswald no quería ni tocar la joya, insistió al ver a Leonora reír por algo que su madre decía:

—Si no lo quieres vender, guárdalo. Pueden lucirlo Gladys y Leonora. Quédatelo, guárdalo y… —miró a Scott y continuó—, si pasáis por un

grave apuro, podéis venderlo para sortear el bache.

Sus amigas se conmovieron al oír eso. No conocían a Alison. Solo

sabían que vivía en una destartalada carreta junto a tres niños que había

recogido en su camino y se dedicaba a vender sus joyas. Pero, sin duda, lo

que estaba haciendo en ese momento la honraba.

Oswald sonrió y, algo nervioso, preguntó consciente de cómo aquella

joven observaba a su hijo:

—¿En qué apuro nos podemos encontrar, milady?

Alison lo miró. No quiso ser indiscreta con lo que veía y calló. Algo le

decía que Scott no era trigo limpio, por lo que miró por última vez el

broche, que como todo lo que ella hacía estaba marcado con las iniciales «F.

J.», y metiéndoselo a Oswald con disimulo en el bolsillo de la camisa,

repuso:

—En la vida hay muchos altibajos, y siempre hay que estar preparado y

alerta para lo que pueda venir.

El hombre asintió, pero, incapaz de hablarle de su hijo, respondió:

—Tomo nota de lo que decís, pero, por favor, guardaos el broche. Es

vuestro.

La joven blasfemó como el peor de los piratas al oír su negativa.

—Por favor, Alison…, esa boca —murmuró Adnerb.

Ella negó con la cabeza y, consciente de que el broche estaba en el

bolsillo de aquel, insistió para que supiera lo que era cuando lo encontrara:

—La gema que adorna el centro del broche es española. Concretamente

procede de Almería, un lugar famoso por sus magníficos rubíes.

De pronto, un silbido muy particular hizo que Oswald y su hijo se

miraran.

Alison, que se percató de ello, rápidamente preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada, milady —se apresuró a contestar Oswald.

Sin querer ser pesada, Alison calló, pero observó cómo Scott, el hijo del

matrimonio, se agachaba en su puesto de pescado para posteriormente

alejarse y ocultarse tras una de las columnas que había al fondo de la plaza.

¿De qué se escondía?

De inmediato, Oswald se encaminó hacia la pescadería. La mercancía

que habían pescado esa madrugada no podía quedar sin vigilancia, y,

consciente del peligro que se avecinaba, dijo para que las muchachas se

marcharan:

—Milady, os agradezco el detalle, pero, por mucho que quisiéramos, ni

Gladys ni Leonora podrían lucir algo tan majestuoso. Que poseamos algo

así, siendo unos simples vendedores de hierbas y de pescado, daría que

hablar a la gente y no quisiera exponerlas a peligros innecesarios.

—Ya os pone en peligro Scott, ¿verdad? —preguntó Alison.

El hombre, que había empezado a atender a una mujer que le había

pedido un pescado, no contestó, y Adnerb, que no se había percatado de

nada, propuso entonces:

—Debemos irnos.

—Excelente idea —afirmó Oswald apremiándolas.

Alison miró a su alrededor y observó cómo Adnerb se despedía con

cariño del hombre.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Demelza.

La joven le señaló con la cabeza al hijo de aquellos, que permanecía

oculto.

—Eso —contestó.

Rápidamente Demelza miró y, al ver a Scott agachado tras una columna,

dijo:

—¿De quién se esconde?

Alison resopló, no conseguía adivinarlo, e indicó:

—No lo sé. Eso me gustaría saber.

Sin darse cuenta de nada de lo que ocurría con su marido y su hijo, tras

dejar a Leonora al mando del puesto de hierbas, Gladys se acercó a las

jóvenes y las animó a regresar a su casa. Allí tenían los caballos con los que

deberían volver al hostal del pueblo de al lado.

Mientras Adnerb charlaba con tranquilidad con ella, Sandra, al ver que

Demelza y Alison de vez en cuando miraban hacia atrás, dijo:

—¿Qué os ocurre?

Enseguida le contaron lo que habían visto, y Gladys, que las oyó, susurró consciente de lo problemático que era su hijo:

—Será mejor que regreséis cuanto antes junto a vuestros esposos.

—¿Por qué se esconde Scott? —quiso saber Alison.

—Por todos los santos, Gladys, ¿qué ocurre? —exclamó Adnerb al oír eso.

—No será por los piratas que han avistado, ¿no? —observó Alison incómoda.

La mujer, que desconocía la verdad, repitió la mentira que su marido le había contado la noche anterior, al regresar su hijo de madrugada.

—Tonterías de muchachos de su edad.

—¿Y por eso se esconde? —preguntó Demelza.

Gladys suspiró.

—Este hijo mío es demasiado inquieto. Pero os aseguro que lo que sea que ocurra posiblemente se resolverá hoy con un par de puñetazos.

Oír eso hizo reír a las mujeres, y luego Adnerb afirmó:

—Pues entonces lo mejor es que regresemos y dejemos que Scott resuelva sus problemas.

Una vez que llegaron a la casa de aquellos y cada una se subió a su propio caballo, tras despedirse de la encantadora mujer las cuatro jóvenes retomaron su camino.

Gladys, por su parte, sin ser consciente del peligro que se acercaba, regresó al mercadillo y Oswald, al verla aparecer, gritó:

—Vete con Leonora para casa ¡ya! Y no salgáis hasta que yo llegue.

—Pero ¡¿qué pasa?!

—¡Vete! —insistió él tras besarla.

—¿Qué ha hecho Scott esta vez?

—¡Márchate, Gladys! Luego te lo cuento.

La mujer, cogiendo a su hija de la mano, tiró de ella para llevársela

mientras buscaba angustiada con la mirada a su hijo. ¿Qué fechoría habría

hecho esta vez?

El muchacho, al ver quiénes aparecían al fondo de la plaza, anduvo

hasta su padre, y Oswald blasfemando siseó:

—Te lo dije, Scott, ¡te lo dije! Te dije que no lo hicieras. —El chico no

habló y aquel insistió—: Aléjate ahora mismo de aquí y no regreses a casa

hasta bien entrada la noche, ¿entendido?

—Pero, padre…

—¡Vete! —repitió Oswald.

El muchacho, asustado, finalmente asintió y se marchó corriendo.

El problema de Scott en realidad era grave. Él y un amigo suyo habían

entrado en uno de los barcos atracados en el muelle dos días antes para

robar y lo que encontraron en sus bodegas los sorprendió. Por imprudentes,

los pillaron y, aunque esa noche escaparon ilesos y con algo de mercancía,

en su huida mataron a uno de los marineros, y estaba visto que habían

localizado a Scott.

Desesperado por despistar a aquellos hombres de mar que iban directos

hacia su hijo, Oswald comenzó a gritar:

—¡Regalo pescado! ¡¿Quién quiere pescado fresco gratis?!

Ni que decir tiene que el bullicio que se originó frente a la pescadería

fue monumental. ¿Pescado fresco gratis? ¿Quién no iba a quererlo?

Sin dar crédito, Gladys se detuvo al oír gritar a su marido. Pero ¿qué

hacía regalando el pescado que les daría de comer durante un par de días?

Y, dispuesta a pedirle una explicación, dijo a Leonora:

—Vete para casa, ahora voy yo.

La chica se alejó sin dudarlo y ella, entre empujones, intentó llegar

hasta su marido. Pero ¿qué locura estaba haciendo?

Instantes después, varios de los hombres que provenían del puerto

maldecían al ser arrollados por las personas que reclamaban el pescado. Se

miraron entre ellos y el cabecilla, que no era otro que su capitán, siseó

dirigiéndose al alcalde del pueblo:

—Que corra la voz que somos gente del pirata Jack Moore.

El alcalde de Sambery asintió. La visita de aquel en su puerto siempre

lo enriquecía y no era bueno que supieran quién había originado todo

aquello.

—Capitán —dijo un hombre—, el que regala el pescado es el padre del

muchacho.

—¡La rata huye por la derecha! —afirmó otro señalando.

Julian Andersen, que estaba al frente de *El Tritón Rojo*, el segundo

barco de Conrad, que había pasado a ser suyo tras su muerte, ordenó al ver

al chico correr:

—Apresadlo y matadlo. Yo iré a por el padre.

Y, dicho eso, se encaminó hacia donde estaba Oswald. Pero, viendo

cómo todos los empujaban a su alrededor, gritó:

—¡Quitadme de encima a las ratas!

En menos de dos segundos aquellos tipos sacaron sus espadas y

comenzaron a atacar a la gente, que, asustada, empezó a chillar, mientras

los otros corrían tras el muchacho. Horrorizado, Oswald vio cómo

apresaban a su hijo. ¡Tenía que ayudarlo!

En medio de todo aquel desastre, Gladys intentó escapar, pero le fue

imposible. Y cuando sintió que algo le atravesaba el abdomen, como pudo

llegó junto a un puesto del mercado, donde se dejó caer al suelo mientras la

gente huía a su alrededor.

Al mirarse el abdomen y ver cómo la sangre empapaba su ropa a un

ritmo excesivamente acelerado, cerró los ojos. Aquello tenía muy mala

pinta. Unas lágrimas brotaron de sus ojos mientras intentaba encontrar a

Oswald y a su hijo con la mirada. Tenía que avisarlos, decirles que

corrieran, pero no los veía.

¿Por qué no le había hecho caso a su marido?

Capítulo 27

Las chicas cabalgaban de regreso a Dunfermline mientras charlaban de

sus

cosas y comentaban que las hierbas que habían comprado en el puesto de

Gladys eran de una calidad excelente.

—Callad un segundo —pidió Alison de pronto.

Las demás guardaron silencio y prestaron atención, pero no oyeron

nada, excepto los trinos de los pájaros y los resuellos de los caballos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adnerb.

De nuevo, Alison pidió silencio.

—¿No habéis oído gritos? —dijo al cabo.

Volvieron a prestar atención, pero después de unos segundos Sandra

respondió:

—Yo no oigo nada.

—Ni yo —convino Demelza.

Continuaron en silencio unos instantes, y finalmente Alison indicó

encogiéndose de hombros:

—Me había parecido oír unos gritos.

—Habrá sido algún pájaro. —Adnerb sonrió—. Por cierto, ¡muero de

amor por esos preciosos pájaros de colas azules! ¿Los habéis visto?

Sandra asintió, sabía a qué pájaros se refería, y acto seguido continuaron

su camino de vuelta.

Al rato, antes de llegar a Dunfermline, pasaron por el lugar donde se

encontraba la carreta de Alison, con Matsuura y los niños.

Desde lejos, la joven pudo ver cómo los pequeños correteaban cerca del

japonés, y Demelza preguntó:

—¿Son Briana y Will?

Ella asintió.

—¿Los niños de los que nos hablaste? —preguntó Sandra.

Alison afirmó de nuevo y, al ver que la chiquilla se subía a la carreta y desaparecía en su interior, comentó:

—Seguro que, en cuanto nos ha visto, se ha asustado y se ha metido bajo las mantas.

—Pobre… —susurró Sandra.

Lo que les había ocurrido a aquellos niños era terrible.

—No te preocupes, Alison —añadió Adnerb—. Ya verás cómo tarde o temprano Briana dejará de hacerlo.

—Eso espero —dijo ella con tristeza.

Una vez que las cuatro mujeres llegaron hasta la destartalada carreta, Demelza indicó mirándola:

—Creo que deberías cambiarla por otra. Cualquier día esta carreta…

—Lo sé —convino ella. Pero, omitiendo que allí solo vivirían unos meses, señaló—: Tienes razón, pero de momento es nuestro hogar.

Al verlas llegar, tío Matsuura y Gilroy se dirigieron hacia ellas. Con cariño, las mujeres saludaron a aquellos y a la pequeña Siggy, que les sonrió. La niña era un bomboncito, y verla siempre alegraba el corazón.

—Hola, Will, soy Sandra, una amiga de Alison —saludó la muchacha al

niño.

El chiquillo, que observaba algo rezagado, las saludó con una tímida sonrisa. A continuación, Alison se asomó al interior de la carreta y llamó:

—¡Briana!

Como era de esperar, la niña estaba oculta bajo una manta, y la joven insistió:

—Briana y *Pousi*, salid de ahí.

Finalmente, la cría asomó la cabeza y Alison musitó con cariño:

—Ven, quiero presentarte a unas amigas.

Ella negó con la cabeza. Las personas, y especialmente las mujeres, le daban miedo.

—Te prometo por mi vida que no te harán daño —insistió la joven.

— *Pousi* y yo tenemos susto.

Alison sonrió al oírla.

—Cariño, no debéis tener susto.

Pero la chiquilla seguía sin moverse; entonces Will se subió a la carreta.

—Briana, haz caso a Alison o harás que se enfade y nos dejará solos en el siguiente pueblo.

Nada más oír eso la pequeña dio un salto para acudir junto a ella. La joven, conmovida por su reacción, iba a decir algo cuando Briana, abrazándola con su vieja muñeca en la mano, rogó:

—No…, no nos dejes, por favor…, por favor…, por favor…

Percibir que la niña la necesitaba hizo que Alison la abrazara con seguridad y, mirando a Will, susurró:

—Tranquila, cielo…, tranquila…

Instantes después, con una temblorosa Briana en los brazos, Alison

acudió de nuevo junto a sus nuevas amigas.

—Os presento a la preciosa Briana y a *Pousi*.

Demelza, Adnerb y Sandra miraron a la pequeña con cariño y esta

última, extendiendo los brazos dijo:

—Hola, Briana, ¡qué precioso nombre tienes! —Y tocando con mimo la

muñeca añadió—: Y *Pousi* es muy bonita también.

A continuación, las tres mujeres, ante los ojos agradecidos de Matsuura,

Gilroy y Alison, se deshicieron en halagos con la pequeña para hacerla

sentir bien y que dejara de tener miedo. Ninguna mencionó el pañuelo que

cubría su cabeza. Y cuando finalmente Briana se relajó y cogió confianza,

Alison la dejó en el suelo.

Un buen rato después vio a la niña sentada charlando con las chicas; se

acercó a Will, que estaba junto a los caballos, y, tras tocarle con afecto la

cabeza, murmuró:

—Yo nunca os dejaría porque Briana no me haga caso.

Él sonrió al oírla y meneó la cabeza.

—Lo sé, Alison. Pero para que mi hermana saliera de debajo de la

manta tenía que amenazarla con lo que sé que teme.

Alison parpadeó confundida y luego él aclaró:

—Briana tiene miedo de que nos abandones.

—Will…

—Es pequeña —prosiguió el niño—, pero precisamente por lo que hemos pasado al quedarnos solos sabe que vosotros tenéis que repartir vuestra comida con nosotros, siendo vuestras raciones más pequeñas, y es consciente, como yo, de que para que nosotros durmamos en la carreta, tío Matsuura y Gilroy duermen fuera de ella.

Conmovida por lo que oía, Alison se disponía a replicar cuando el pequeño preguntó en un hilo de voz:

—No nos vas a abandonar, ¿verdad?

Sin poder apartar la mirada de aquel chiquillo que le suplicaba amor, Alison lo abrazó y susurró besándolo:

—No, cariño. Nunca os abandonaría.

—¿Y si el tío Tadeo no nos quiere? —preguntó Will.

—Pero ¿por qué no os va a querer? —dijo ella sorprendida.

Will se encogió de hombros. Aquel tío nunca se había llevado especialmente bien con su padre y, sin saber qué responder, oyó que Alison añadía:

—Will, lo poco que tenemos es para todos, y en lo referente a tu tío, en cuanto os vea seguro que se alegra de saber que vais a estar con él. Él os dará un hogar y…

—Teniéndote a ti ya tenemos ese hogar —la cortó él.

Sorprendida por aquello que aquel muchacho sentía a pesar del poco tiempo que llevaba junto a ella, la joven sonrió.

—Gracias por tus palabras. Te aseguro que es una de las cosas más bonitas que me han dicho en la vida. Pero, como bien sabes, Will, en ocasiones el futuro puede ser muy incierto, y creo que un hogar ha de ser algo más que una mísera carreta, que es lo único que puedo ofrecerte yo.

Ambos se miraban con muchas preguntas en la cabeza cuando Demelza se les acercó.

—Alison, ¿podemos hablar un segundo?

Levantándose, Will se encaminó hacia donde su hermana hablaba con el resto del grupo, y Demelza susurró mirando al chiquillo:

—Parecen buenos niños.

—Lo son —afirmó Alison.

Durante unos instantes se quedaron calladas, hasta que Demelza preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ellos?

Alison suspiró y se encogió de hombros.

—Llevarlos con su tío, que al parecer vive en Saint Andrews, y si por alguna razón eso no pudiera ser, tendré que buscarles un hogar como a Siggy.

Su amiga, al ver cómo ella miraba a los niños, que reían junto a Matsuura y a Gilroy, comentó entonces sin poder evitarlo:

—¿No crees que ya han encontrado su hogar? —Alison la miró—. He

visto cómo Briana se siente protegida por Matsuura, cómo Siggy le sonríe a

Gilroy y cómo Will te abraza y te mira a ti… ¿No crees que vosotros ya sois

su hogar?

Oír eso era bonito pero duro, por lo que Alison, con los ojos llenos de

lágrimas, se levantó para que nadie la viera y preguntó dándose la vuelta:

—¿Crees que esta vieja carreta es un hogar?

—Hey, Alison… —susurró Demelza.

Alejándose unos pasos para no ser oída, la joven Moore indicó:

—Yo no lo creo. En mi opinión, esos maravillosos niños se merecen

algo mejor. Además, yo…

De pronto, calló. Pero ¿qué iba a decir?

—Además, tú ¿qué? —preguntó Demelza con curiosidad.

Ella cerró los ojos. No podía contar la verdad. No podía decirles que era

la hija del pirata Moore, esa que todos creían que mataba a la gente para

posteriormente utilizar sus cráneos como cuencos para la sopa, por lo que

tomando aire respondió:

—Pues que, además, no sé cuidarlos. No soy su madre ni sé qué es lo

que hace una madre. Por desgracia, la mía murió siendo yo un bebé y no

tengo muchas referencias.

Su amiga asintió al oírla. Esa historia le recordaba a la suya propia.

—Mi madre también murió cuando yo era muy pequeña —explicó—, y

mi padre me llevó junto a la que era su familia en Noruega. Su mujer, Urd,

nunca quiso ser mi madre. Siempre me puso las cosas difíciles, aunque en

su lecho de muerte me pidió perdón y yo la perdoné. Por suerte, con ellos y

mis hermanos vivía Hilda, una escocesa a la que mi padre liberó de su

cautiverio y trabajaba como criada en la casa. Desde que entré por la puerta

Hilda fue como mi madre. Ella me abrazó, me cuidó, me mimó, me

escuchó, se preocupó por mí y, sobre todo, me dio su amor. Todas esas

cosas son las que hace una madre, y todo eso es lo que tú les estás dando a

esos niños. Así que no digas que no sabes qué es lo que hace una madre,

porque eso ya lo estás haciendo y muy bien.

Oír eso hizo asentir a Alison, y Demelza continuó:

—Entiendo que encontrarte de pronto al cargo de tres niños no ha de ser

fácil. Yo solo tengo una hija, a la que por cierto me muero por ver y que

Hilda está cuidando ahora como una abuela. Pero quizá la vida haya puesto

a esos niños en tu camino por y para algo, Alison. Deberías pensarlo.

Ella sonrió y tomó aire.

—Demelza, por las cosas que cuentas siento que ni tu vida ni la mía han

sido fáciles. Pero digamos que mi vida ha estado marcada por ciertas

circunstancias que no quisiera que dañaran el futuro de esos pequeños.

—¿Qué circunstancias?

Alison miró a la joven pelirroja a los ojos. Algo en su interior le decía

que podía fiarse de ella, sincerarse. Que ella ni se iba a asustar ni la iba a

echar de su lado. Pero, consciente de que revelar su secreto podría poner en

peligro la vida de Gilroy y de Matsuura, finalmente musitó:

—Prefiero no hablar de ello.

—Pero, Alison, ¿qué temes? —La aludida la miró y Demelza insistió—:

No sé qué es lo que no quieres contar de ti y no lo entiendo. ¿Y sabes por

qué no? —Alison negó conmovida con la cabeza—. Porque te miro y veo a

una buena persona, una persona cariñosa y con un corazón inmenso. Por

eso no lo entiendo.

Alison sonrió. Cada vez que alguien le decía algo bonito temía más la

reacción de esa persona si supiera realmente quién era ella. Por lo que,

bajando la voz, respondió:

—Siento no poder contártelo. De verdad, Demelza, casi es mejor para ti

que no lo sepas.

Pero ¿qué podía ocultar aquella?, pensó la pelirroja. Y, a pesar de lo

mucho que deseaba saber, no insistió. En algunos momentos de su

pasado

ella misma había guardado secretos por sus circunstancias y posteriormente

los había revelado. Pero, sin duda, decidirse a hacerlo llevaba su tiempo, y

como no quería atosigarla, cuchicheó:

—Estoy aquí para cuando desees hablar conmigo y sincerarte. Te lo

digo de corazón. Te aseguro que no te juzgaré. Solo te escucharé y trataré

de entenderte.

—Lo sé —afirmó Alison.

Ambas se miraban a los ojos cuando Demelza cambió de tema.

—Quiero que sepas que estos días Harald ha pensado mucho en ti.

Alison la miró sorprendida.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo conozco.

La joven sonrió, le gustaba oír eso; que él hubiera pensado en ella,

como ella lo había hecho en él, le resultaba increíble.

—Alison —añadió Demelza—, algo me dice que, en cuanto Harald se

dé una oportunidad y sepa que su vida junto a ti no tiene por qué ser un

problema sino una bendición, cambiará de actitud.

La muchacha volvió de nuevo a la realidad al oír eso. Bendición, lo que

se decía una bendición, no era; al contrario, por ser ella quien era, más bien

constituía un problema.

—Eso nunca ocurrirá —repuso tras coger aire.

—¿Por qué? ¿Acaso ahora vas a ser tú tan cabezota como él?

Alison sonrió.

—La última vez que nos vimos en Edimburgo me dijiste que no

volverías a insistir con el tema. Estás faltando a tu palabra…

Demelza asintió. Sin duda tenía razón. Y, dándose por vencida de

momento, añadió cambiando de tema:

—Ha sido muy bonito lo que has hecho por Gladys, Oswald y su

familia. —Alison la miró y ella continuó—: He visto cómo le metías el

broche a Oswald en el bolsillo. Sin duda, cuando el hombre lo encuentre,

¡se llevará una sorpresa!

Eso hizo sonreír a la joven, que, encogiéndose de hombros, susurró:

—Si puedes ayudar a quien lo necesita, ¿por qué no hacerlo? Ese broche

fue el primero que confeccioné y quizá por eso es especial. Por suerte, no

estoy pasando penurias como para venderlo para poder subsistir, pero ellos

sí, y lo necesitan. —Y, consciente de que en cuanto lo quisiera recuperar su

padre la ayudaría, finalizó—: La verdad, te aseguro que dormiré mucho

mejor sabiendo que, gracias a la venta de ese broche, Gladys y su familia

podrán vivir más tranquilos.

De pronto, se oyó el galope de un caballo. Ambas jóvenes levantaron la

vista y vieron que alguien se acercaba.

Todos se pusieron en pie y Briana se apresuró a meterse en la carreta para ocultarse bajo la manta. El caballo paró ante ellos y un hombre al que no conocían exclamó:

—¡Alejaos de aquí! ¡Estáis en peligro!

—¿Qué ocurre? —preguntó Sandra.

El hombre, sin bajarse de su caballo, rápidamente aclaró:

—¡Piratas!… Los piratas del capitán Jack Moore y su hija han llegado a Sambery, sembrando el caos y la destrucción.

Sin poder creerlo, Alison no supo qué responder. ¿Qué decía aquel hombre?

Acto seguido él les relató el ataque que había tenido lugar en el mercadillo del pueblo.

—Por el amor de Dios…, ¡muero de horror! —murmuró Adnerb.

Antes de marcharse el hombre repitió lo ocurrido, y Alison, mirando a las demás, siseó:

—¡Por las barbas de Neptuno! Así pues, los gritos que me ha parecido oír eran reales. —Y, corriendo para coger su katana y su caballo, dijo mientras las otras tres iban a toda velocidad hacia sus monturas—: Tío Matsuura, tú y Gilroy os quedaréis aquí con los niños.

—¡Ni hablar! Iré contigo —afirmó el japonés tras oír lo que aquel hombre había contado.

Sin embargo, la joven negó con la cabeza.

—Sabes tan bien como yo que los niños no se pueden quedar a solas con Gilroy. —Y, bajando la voz, añadió—: Dudo que sean los nuestros quienes han hecho eso. Papá no haría algo así.

—Me contaste que ayer viste a Roy, y ese hombre ha dicho…

—Ese hombre puede decir misa. Te aseguro que los nuestros no han sido —afirmó Alison convencida.

Matsuura maldijo. Sin duda ella tenía razón.

—De acuerdo —asintió—, pero ten cuidado. No te pongas en peligro, y tampoco quiero chichones.

Ese comentario hizo que ambos rieran y a continuación Matsuura indicó señalando a las mujeres:

—Enviaré a Gilroy en busca de sus maridos para informarlos de lo ocurrido en el mercado.

Y, sin tiempo que perder, las cuatro jóvenes emprendieron el camino de regreso a Sambery.

¿Le habría pasado algo a la familia de Gladys?

Capítulo 28

La llegada a casa de Gladys fue terrible. Cuando las muchachas entraron, esta estaba repleta de gente que las miraba con desconfianza, y se quedaron sin saber qué decir al encontrarse con los cuerpos sin vida de la mujer y su hijo Scott en el salón.

Leonora lloraba desesperada, y Oswald estaba en *shock*.

Adnerb rompió a llorar horrorizada. Sandra la consolaba, mientras

Demelza y Alison, gracias a su fortaleza, intentando serenarse se acercaron

a Oswald para preguntarle en qué podían ayudar y, sobre todo, para saber

qué era lo que había ocurrido.

Una vez que él les contó que habían sido atacados en el mercadillo

porque días antes Scott había hecho una de las suyas con unos amigos,

Alison miró paralizada a su alrededor. Desde siempre la muerte había

formado parte de su vida, y aunque sufría cada vez que perdía a algún

integrante del barco de su padre, nunca había vivido un momento como

aquel, tan íntimo y familiar.

Agobiada por la situación, y más aún porque los vecinos repetían

continuamente que su padre había sido el causante del ataque, salió al

exterior a tomar el aire.

No podía creerlo. Ni su padre ni sus tíos harían algo así nunca.

Las personas que estaban a su lado la observaban con curiosidad. Era

una extraña, pero su manera de mirarla no inquietó a Alison; ella estaba

acostumbrada a eso y más. En ese momento oyó que alguien decía:

—Esto es tuyo.

Sorprendida, se dio la vuelta para encontrarse con Oswald, que le tendía

una de las pulseras de plata que horas antes les había regalado.

—Mi Gladys ya no la necesita.

Su voz, rota por el dolor, hizo que Alison lo abrazara y murmurara:

—Oswald…, lo siento. Lo siento mucho.

El hombre asintió y, secándose las lágrimas que inevitablemente corrían

por su rostro, dijo bajando la voz para no ser oído:

—Como la buena nórdica que era, Gladys siempre me decía que debía

ver la muerte como parte de la vida. Mi hijo era un buen muchacho, pero

hace tiempo comenzó a frecuentar ciertas compañías que lo hicieron

cambiar. Lo volvieron ambicioso y… y…

No pudo continuar, pues la angustia pudo con él. Su mujer. Su hijo.

Perder a dos seres queridos en un mismo día era algo que nunca habría

imaginado, y Alison lo abrazó de nuevo.

—Tranquilo, Oswald. Tranquilo.

Conteniendo sus sentimientos, el hombre tomó aire. Por Leonora, su

hija, debía ser fuerte, y mientras se encaminaban hacia la puerta trasera de

la casa, murmuró mirando a Alison:

—Esos malditos piratas han destrozado mi vida.

Ella trató de consolarlo, pero, incapaz de callar, preguntó:

—¿Por qué dices que eran piratas del capitán Moore?

—Porque lo eran.

Desesperada, ella clavó su oscura mirada en él e insistió:

—¿En qué te basas?

—Muchacha…, creo que… —empezó a decir él bajando la voz.

—Oswald, por favor, ¿por qué estás tan seguro de que eran ellos?

El hombre, confundido, tras tomar aire para llenar sus pulmones,

susurró para que solo ella lo oyera:

—Sé que metiste el broche en mi bolsillo, pero no te lo puedo devolver

porque quien originó esta masacre me obligó a decir que los asaltantes eran

hombres del capitán Moore y la sanguinaria de su hija.

—¿Qué?

Oswald asintió avergonzado.

—Me dijo que mataría a Leonora si no lo hacía —añadió—. Y…,

también, que cuando te viera te dijese que él mismo te devolvería el broche

antes de matarte.

Alison lo miraba boquiabierta sin percatarse de que alguien trataba de

escuchar su conversación desde el otro lado de la puerta.

—Muchacha —cuchicheó él entonces—, no sé de qué conoces a ese

hombre, pero estás en peligro. Huye cuanto antes de aquí para que no te

encuentre.

Alison no daba crédito a lo que oía; del único que tenía que escapar

estaba muerto, por lo que, sin poder remediarlo, preguntó:

—Pero ¿de quién he de huir?

Con rabia en los ojos y en el corazón, finalmente Oswald soltó:

—Del maldito capitán Julian Andersen.

Oír ese nombre la hizo maldecir. Estaba claro que aquel sabía que ella

había tenido algo que ver en la muerte de su amigo Conrad, de ahí que los

culpara de lo ocurrido.

—¡Maldita sea! —murmuró.

—Ese hombre es peligroso, como lo era Conrad McEwan —insistió

Oswald.

—Lo sé —afirmó ella.

—Cada vez que *El Tritón Rojo* o *La Bella Escocia* atracan cerca, algo

me dice que no son buenas personas, aunque sean amigos de quien imparte

justicia en la zona. Por fortuna, uno de ellos está muerto, pero el otro parece

querer justicia.

La joven asintió, Oswald no podía estar más acertado.

—Scott no quiso hacerme caso —continuó el hombre—. Se lo dije. Le

advertí que no se acercara al barco, a sus hombres ni a la mercancía, pero se

enteró de que portaban grandes cantidades de hierbas que a su madre le

vendría bien vender y… y… no quiso escucharme. Entrar en ese barco fue

su perdición. Vio más de lo que debería y…

—¿Qué vio? —quiso saber Alison.

Oswald, que tenía los ojos empañados por el dolor, musitó:

—Entre montones de cosas que no debían transportar, en sus bodegas

había unas cuarenta personas encadenadas, hombres y mujeres escoceses.

Scott pudo hablar con uno de ellos y le dijo entre sollozos que había

oído

que se los llevaban a Asia para venderlos como esclavos.

Alison asintió horrorizada y, cuando iba a preguntar algo, un vecino se

acercó a ellos y, dando un paso atrás, la joven se alejó.

Durante un rato rumió lo que le había contado Oswald.

Conrad estaba muerto, pero ahora era Julian quien podía buscarle

problemas. Y aunque eso no le importaba demasiado, sí que le importaba

que echase la culpa a su padre y a ella de lo ocurrido.

Esclavos. A menudo había oído decir eso en referencia a lo que Conrad

y Julian transportaban en sus barcos, pero ni su padre ni ella habían querido

creerlo. No obstante, acababa de descubrir que era cierto. No contentos con

la piratería, ahora también compraban y vendían personas. Aquellos

hombres eran un horror.

Sin duda había llegado el momento de terminar con aquello. Conrad ya

no estaba, por lo que solo tenía que acabar con Julian Andersen. Sabiendo

lo que sabía no podía permitir que aquel terrible hombre, al que nadie

consideraba un pirata, siguiera robando, matando y secuestrando y no

pagara por ello. Alison tenía que hacer algo, y lo haría aunque le costara la

muerte.

Odiaba a Julian igual que a Conrad, el asco que les tenía era

tremendo.

Y, dispuesta a darle su merecido a Julian por echarles las culpas del ataque,

dio media vuelta y se dirigió hacia su montura. Debía acercarse al puerto y

comprobar si el barco de aquel aún seguía allí.

Cuando alcanzó su caballo, Demelza, que había escuchado parte de su

conversación oculta tras la puerta, simplemente dijo:

—Vayas a donde vayas, voy contigo.

Y, sin hablar, ambas se dirigieron hacia el puerto de Sambery. Antes de

llegar pasaron por la plaza. Aquel lugar, que durante el mercadillo estaba

repleto de risas y vida, ahora, tras lo ocurrido, era un caos. No solo habían

muerto Gladys y Scott, sino que habían sido muchos más.

De pronto, Alison se detuvo y se quedó mirando una embarcación que

ya no estaba atracada en el puerto. *El Tritón Rojo* estaba ahora fondeado

mar adentro para evitar que alguien externo a la nave pudiera acceder a ella.

Estaba claro que Julian no quería más sorpresas.

Durante unos instantes las dos jóvenes permanecieron en silencio, hasta

que Alison vio de pronto a Julian a lo lejos. La suerte estaba de su parte.

Siguiendo la dirección de su mirada, Demelza lo vio también y preguntó:

—Pero ¿ese no es el que estaba el otro día en la fiesta de los clanes

con

Conrad McEwan?

—Sí —asintió ella—. Conrad poseía dos barcos. Julian capitanea uno

de ellos, e intuyo que, tras la muerte de su amigo, ahora él es el dueño de

ambos. Créeme, Demelza, todos estáis muy equivocados en cuanto a

Conrad y Julian. No son buena gente. De hecho, Julian es quien ha matado

a Gladys y…

—Pero ¿qué dices? —la interrumpió ella—. Quienes han causado la

masacre han sido los piratas del capitán Moore y la sanguinaria de su hija.

—¡No han sido ellos!

—¿Cómo que no?

Alison la miró y luego indicó con una seguridad aplastante:

—Julian ha obligado a Oswald a decir que fueron ellos amenazándolo

con matar a Leonora. Aquí los únicos piratas que han asesinado a alguien

han sido Julian y sus hombres.

Demelza asintió; estaba claro que aquella conocía detalles que ella

ignoraba. Al ver que Julian se metía en un prostíbulo y deducir lo que

Alison estaba pensando, susurró:

—No creo que sea buena idea.

—Probablemente —repuso ella.

Durante unos segundos ambas guardaron silencio, hasta que finalmente

la pelirroja afirmó:

—Si Aiden se entera, me matará.

Alison se bajó del caballo e indicó:

—Quédate aquí. Iré yo.

—De eso nada —protestó Demelza—. Si tú vas, yo también.

Oír eso hizo que su amiga la mirara e insistiera:

—Demelza, tú lo has dicho: ¡Aiden te matará! Quédate aquí.

La pelirroja sonrió.

—Te acompañaré, me mate Aiden o no.

—¡Demelza!

—¡Alison!

—¡No seas cabezota!

—¡Mira quién fue a hablar!

Sin poder evitarlo, las dos sonrieron por su cabezonería, y luego la pelirroja pidió:

—Prométeme que, cuando salgamos de ahí, me contarás lo que has callado hasta el momento. Sea lo que sea y seas quien seas, quiero saberlo.

—Prometer no es lo mío.

—¡Alison!

La aludida sonrió de nuevo.

—Soy sincera. No me gusta prometer cosas que no sé si podré cumplir.

Demelza se disponía a replicar cuando ella indicó mirándola:

—Ahora debes confiar en mí y no asustarte, sorprenderte ni juzgarme por nada de lo que haga o diga cuando entremos en ese burdel.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—¡Ya lo verás!

Demelza parpadeó y, acto seguido, Alison dijo sonriendo:

—¡Entremos!

Tomando aire, las dos mujeres, que iban vestidas con pantalones, entraron en la taberna. Como era de esperar, el local estaba lleno de hombres y prostitutas, que, al verlas, rápidamente comenzaron a meterse con ellas.

Las dos jóvenes, sin inmutarse, continuaron caminando en busca de Julian, pero no conseguían verlo.

De pronto, Alison notó que alguien la agarraba de una pierna y, sin dudarlo, lanzó el codo hacia atrás para estampárselo a un tipo en toda la nariz. Este empezó a sangrar y ella, mirándolo, preguntó:

—¿Quieres que ahora te corte la verga?

—¡Atrévete, guarra! —gritó aquel.

—Eso, tú anímame…, muerdebotas —se mofó Alison ante el gesto pasmado de Demelza.

Los hombres rieron y otro tipo se levantó de la mesa, se colocó delante de la morena y, de forma inesperada y sin mediar palabra, ella le dio un cabezazo que lo hizo caer al suelo.

Demelza, al verlo, se apresuró a preguntar inquieta:

—Por Dios, ¿estás bien?

Dolorida por el golpe, pero sin cambiar su gesto fiero, Alison asintió y, sonriendo de una manera que Demelza no le conocía, indicó alto y

claro

para que todos la oyeran:

—Soy Maura McWarren y estoy mejor que ese mascaalmohadas de mierda…

Demelza levantó las cejas al oír eso. ¿Maura McWarren?

Las risas de los hombres no tardaron en hacerse oír. Alison, parándose ante una mesa, le gritó a un tipo que había sentado a ella:

—¡Tú, grumete de aguadulce, levanta tu sucio y agrietado culo de ahí o

juro que, como lo tenga que levantar yo, lo usaré como cebo para los tiburones!

El hombre se apresuró a levantarse ante la sorpresa de Demelza y Alison se sentó en su sitio. Entonces otro se dispuso a acercarse a ella, pero

la morena, acostumbrada a bregar con aquel tipo de gente, lo detuvo levantando una pierna mientras gritaba:

—¡Acércate, zarrapastroso maloliente, y te arranco los dientes!

Demelza no cabía en sí de su asombro. Sabía que Alison era fuerte, guerrera, una mujer con carácter, pero ver cómo se manejaba con los hombres y el rudo vocabulario que utilizaba la sorprendió.

—Vamos, Maura McWarren, ¡báilanos un poquito! —dijo uno mirándolas.

—Bailaría sobre tu fea tumba —replicó ella—, pero algo me dice que eres tan malnacido e hijo de Satanás que ni sepultura merecerás.

—Eh, Maura, ¡no te pases! Soy un lobo de mar.

Oír eso hizo que ella sonriera con descaro y, mirándolo, exclamó:

—¡Por las barbas de Neptuno! ¿Lobo de mar, tú? —Él volvió a asentir,

y esta afirmó—: Yo más bien creo que eres un jodido chucho de charca.

De nuevo, las risas volvieron a inundar el local. Aquella mujer era muy

ingeniosa. Pero en ese instante una de las prostitutas se acercó a su mesa y,

mirándolas con inquina, soltó:

—Este es un local solo para hombres, ¿acaso no os habéis dado cuenta?

Demelza y Alison se miraron y luego la primera preguntó:

—¿Tú no eres una mujer?

—Sí.

—¿Y qué haces aquí?

—Estoy trabajando —replicó la prostituta molesta por sus preguntas.

—¿Cómo te llamas? —dijo Alison sin darle un respiro.

—Mariana.

Ella asintió y, con actitud chulesca, indicó observando a una joven que

servía copas por las mesas:

—Pues sigue con lo que hacías, Mariana. Nosotras no vamos a requerir

tus servicios. Eso sí, dile a… ¿Cómo se llama la mujer que está al lado de la

joven que sirve las bebidas?

De inmediato, Mariana miró y, al ver a quién se refería, dijo con

desagrado:

—Beth. Aunque yo la llamo Beth *la Sucia*.

—Pues dile a la que está junto a Beth que nos ponga dos tragos. Y bien servidos.

La mujer se separó de ellas con gesto asqueado y acto seguido Demelza preguntó dirigiéndose a su amiga:

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo…, Maura?

—Buscando información.

—¿Y buscas información insultando a todo quisque?

—Sí.

La pelirroja parpadeó e, intentando no reír, se mofó:

—Ah, vale…, saber eso me deja más tranquila. Por un momento pensé que estabas buscando que nos mataran.

Alison no respondió. Entonces, la camarera llegó hasta ellas y dijo tras colocar las copas sobre la mesa:

—Dos monedas.

Alison asintió y, dejando cuatro para que aquella lo viera, señaló:

—Si me dices en qué habitación está el capitán Julian Andersen, las dos monedas que sobran son para ti.

La chica miró el dinero. Proposiciones como aquella allí había pocas y, poniendo la mano encima, musitó:

—Tercera planta, segunda puerta a la izquierda.

Demelza sonrió y Alison miró a aquella y dijo apresándole la mano:

—Si nos has mentido o se te ocurre advertir de adónde nos dirigimos, juro que regresaré, te buscaré y, sin dudarlo, te mataré, ¿queda claro?

La chica, algo asustada por la fuerza de aquella, asintió y, al marcharse,

Demelza iba a decir algo cuando Alison, a quien le dolía la cabeza por el

cabezazo, preguntó:

—¿Se me está abultando la frente?

La pelirroja asintió y luego dijo boquiabierta por todo lo que estaba

descubriendo de ella:

—Tremendo chichón verde.

Alison blasfemó al pensar en su tío Matsuura y, tras coger el vaso y

bebérselo de un tirón, cuchicheó:

—Vamos. Tómatelo.

Demelza le dio un trago. Aquello sabía a rayos y, dejando la bebida

sobre la mesa, preguntó:

—¿En serio te lo has bebido?

—Sí.

—Pero ¡está asqueroso!

—He bebido cosas peores —repuso ella.

Y, sin tiempo que perder, la joven Moore, dispuesta a que todo el mundo

mirara para otro lado para así ellas poder moverse libremente por el

prostíbulo, se levantó y gritó:

—¡Ehhh, Beth *la Sucia*! ¡Dice Mariana que tienes liendres en tus partes

bajas, ¿es eso cierto?!

Al oírlo, las aludidas se miraron y, antes de que nadie pudiera evitarlo,

se agarraron de los pelos y comenzaron a pelearse, mientras los hombres las

jaleaban encantados con el espectáculo.

—Sígueme —apremió Alison dirigiéndose a su amiga.

Sin tiempo que perder, ambas alcanzaron la escalera, subieron hasta la

tercera planta y, al llegar frente a la puerta donde supuestamente estaba

Julian, Alison le pidió a Demelza:

—Ponte la capucha y oculta tu rostro.

—¿Por qué?

—Porque cuanto menos te vean, mejor.

A continuación, dispuestas a todo y sin pensar en nada más, abrieron la

puerta de una patada.

En cuanto esta se abrió, Julian, que disfrutaba de los placeres de la carne

con una mujer, se levantó de la cama desnudo.

Rápidamente cogió su espada, pero Alison, abalanzándose sobre él, lo

hizo rodar por el suelo. Demelza cerró entonces la puerta del cuarto y,

mirando a la mujer, que estaba asustada sobre la cama, se llevó un dedo a

los labios y le advirtió:

—Si chillas, te mato.

Durante unos instantes Julian y Alison se pelearon en el suelo, hasta que

finalmente ella, sacándose una de las dagas que llevaba, la colocó junto al

miembro viril de aquel y, mirándolo a los ojos, musitó:

—Nada me gustaría más que cortártela.

—No te atrevas —siseó él.

Al ver la mirada de su amiga, Demelza se temió lo peor.

—Motivos tengo, y bien lo sabes —susurró ella.

—Mataste a Conrad —escupió Julian molesto por haber sido pillado de

aquella manera—. Fuiste tú, lo sé. Y lo vas a pagar.

Alison sonrió y, sin mirar a su amiga, que escuchaba sorprendida,

escupió:

—Tú sí que vas a pagar por lo que has hecho.

—Maldita pira…

Antes de que terminara de pronunciar la última palabra y Demelza lo

oyera, Alison se apresuró a propinarle un bofetón.

—No me llames «pirada» —repuso.

Julian la empujó furioso y volvieron a rodar por el suelo; Alison, tras

darle una patada en sus partes que lo hizo ver las estrellas, soltó

inmovilizándolo:

—¿Qué es eso de que han sido los piratas Moore quienes han causado

esa masacre? —Julian, al que le faltaba el aire por el fuerte golpe recibido,

no respondió—. Eres un maldito hijo de perra. Un malnacido. Un despojo

humano —continuó ella—. ¿Cómo has sido capaz de hacer algo como lo de

hoy? ¿Cómo puedes dormir matando a gente y culpando a otros? ¿De

verdad unas míseras especias merecían la muerte de ese muchacho, su

madre y todos los que te has llevado por delante?

—La justicia me amparaba —logró decir Julian tras recuperar el

resuello—. Mataron a uno de mis hombres y me robaron.

A cada segundo más enfadada, Alison gruñó:

—La justicia se equivoca al creer que tú y el muerto erais honrados

comerciantes, cuando bien sabes que es todo lo contrario —replicó evitando

decir la palabra *pirata* para no poner sobre aviso a Demelza—. Y que

tengas la poca vergüenza de culpar a quien nunca ha estado aquí me

demuestra una vez más lo gusano podrido que eres. Pero, ¿sabes?, eso se va

a acabar, porque en esta ocasión he pillado tu juego sucio y pienso actuar.

Por tanto, si no quieres que al amanecer el gobernador Thomas McBouden,

al que conozco personalmente, revise de arriba abajo *El Tritón Rojo*, tienes

que hacer dos cosas. La primera, correr la voz de que el capitán Jack Moore

y su hija no tuvieron nada que ver con la masacre del mercado. Y, la

segunda, liberar a las personas que tienes cautivas en las bodegas del barco

y que tenías pensado vender en Asia.

Demelza parpadeó. ¿Era cierto lo que estaba oyendo?

Recordar cómo ella había sido apresada en Noruega para ser vendida en

Escocia no le resultaba grato. La sensación de miedo e impotencia aún le

era difícil de olvidar, y cuando iba a hablar Alison le dio otro bofetón a

aquel y añadió:

—Hoy es tu día de suerte. No te voy a matar porque necesito que hagas

lo que te pido, pero ten por seguro que, si nos volvemos a ver, no pienso ser

tan benevolente. Y como se te ocurra acercarte a Oswald o a su hija, te

buscaré, te cortaré tu asquerosa verga y te la comerás, ¿te queda claro?

Julian, enfadado y acobardado, pues sabía lo bestia que podía ser la

joven, llevado por el momento y dispuesto a sacarla de sus casillas,

cuchicheó:

—Princesa, no me…

—Hijo de Satanás…, ¡no me llames así!

Y, sin poder retenerse, bajó ligeramente la mano y le clavó la punta de la

daga en la pierna. Julian gritó dolorido, y la joven, mirándolo, siseó:

—Disfrutaré despellejándote si vuelves a llamarme así.

—Alison —murmuró Demelza al ver su mirada oscura.

La fiereza que veía en ella solo podía equipararla con la que ella sintió

cuando tuvo ante sí a la persona que mató a su familia.

Pero ¿qué le ocurría a Alison?

Inquieta, al oír pisadas fuertes y rápidas provenientes del exterior,

Demelza susurró:

—Creo que sube alguien… —Y, mirando a la mujer que la observaba

desnuda desde la cama, ordenó—: Tú, levanta y ayúdame a bloquear

la

puerta.

Sin dilación, aquella obedeció y Demelza y ella movieron unos muebles

para que nadie pudiera entrar en el cuarto.

Julian jadeaba. La herida infligida por Alison era dolorosa, por lo que,

mirándola, iba a hablar cuando esta, clavando aún más la daga, masculló:

—Recuerda: desmiente que lo que has hecho tú ha sido el capitán

Moore, y quiero a esas personas en tierra antes del amanecer, ¡¿entendido?!

En ese instante alguien golpeó la puerta.

De inmediato, Julian gritó para pedir ayuda y los golpes se

multiplicaron.

—Tenemos que salir de aquí —se apresuró a decir Demelza—. No creo

que eso aguante mucho.

Furiosa, Alison le dio un fuerte bofetón a aquel en toda la cara que hizo

que la cabeza del pirata rebotara contra el suelo y este perdiera la

consciencia. Al verlo inmóvil rápidamente comprobó si respiraba y, como

lo hacía, murmuró:

—Mal por mal…

Luego, rabiosa por todo, le soltó un nuevo puñetazo en la nariz que lo

hizo sangrar de nuevo.

Sin prisa, le arrancó la daga de la pierna y se levantó. Fue hasta donde

estaba la ropa de Julian y, tras rebuscar en sus bolsillos y encontrar el

broche que le había robado a Oswald, miró a la mujer que los observaba

desnuda y asustada e indicó al ver que su amiga abría la ventana:

—Cuando despierte dile que más le vale hacer lo que le he dicho o

pagará las consecuencias.

Dicho esto, Demelza y ella miraron hacia la calle. Lanzarse desde allí

era una temeridad, pero Alison, acostumbrada a ese tipo de huidas, se subió

al alféizar de la ventana y, al ver cómo los muebles que sujetaban la puerta

se balanceaban, dijo asiéndose a un palo que sobresalía de la fachada:

—Subamos.

—¿A la azotea?

—Sí. Es la mejor opción.

Sin dilación, ambas treparon como pudieron hasta la azotea del

prostíbulo.

Una vez allí, se miraron y Demelza preguntó:

—¿Mataste a Conrad McEwan?

Alison, sin querer confirmarlo o desmentirlo, tan solo respondió:

—Probablemente.

Y, recordando que antes se había hecho la sorprendida al hablar sobre el

tema, la pelirroja añadió:

—Alison, tus secretos comienzan a inquietarme.

—Solo te pido que esto quede entre tú y yo.

Consciente del problema que sería que alguien se enterara de ello,

Demelza se apresuró a decir:

—Te lo juro por mi vida.

Alison sonrió agradecida.

—¿Cómo sabías lo de los esclavos que quiere vender? —preguntó su amiga a continuación.

—Scott se lo dijo a Oswald, y él a mí.

Demelza asintió, al menos le había respondido a aquello, y volvió a preguntar:

—¿Y por qué quieres que desmienta lo del capitán Jack Moore? ¿Qué tienes que ver tú con ese pirata?

Alison cogió aire y resopló. Responder a eso era fácil y complicado al mismo tiempo, y, tras pensarlo unos segundos, dijo mirando a su alrededor para buscar una salida:

—Quiero que lo desmienta por una simple cuestión de humanidad. Si no ha sido el capitán Moore, ¿por qué atribuirle a él el crimen?

La joven pelirroja asintió.

—¿Crees que Julian soltará a esa gente?

Alison, que seguía buscando una vía de escape con la mirada, repuso:

—Por el temor que he visto en los ojos de ese saco de mierda al mencionar al gobernador McBouden, lo hará. Lo de desmentir lo de Jack Moore, eso ya no lo sé.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Demelza agobiada.

Alison miró las azoteas de las casas vecinas.

—Cojamos impulso y saltemos.

—¡Nos mataremos! —exclamó la pelirroja.

—Probablemente, aunque no creo. —Ella sonrió con seguridad.

Lo que Alison proponía era una locura. Si Aiden se enteraba de aquello

la mataría, pero, consciente de que no les quedaba otra si querían escapar

vivas de allí, Demelza afirmó:

—Muy bien, ¡a la de tres!

Y, tras coger carrerilla, saltaron a la azotea vecina, donde aterrizaron

rodando por el suelo.

—¡Wooooo! —exclamó Demelza con la adrenalina por las nubes—. Ha

sido increíble.

Alison asintió riendo.

—Pues todavía nos queda alguna más por saltar.

Las dos mujeres continuaron saltando de azotea en azotea sin ser

conscientes de que un grupo de jinetes entraba al galope en el pueblo. Era

Aiden, junto a Harald, Peter, Gilroy y algunos hombres más, que volvían de

casa de Gladys. Allí, tras encontrarse con el triste panorama, y después de

que Oswald los pusiera al corriente de lo que sabía, Gilroy les indicó

adónde tenían que ir. Conocía a Alison y estaba seguro de que había ido tras

Julian Andersen.

Al entrar en Sambery, Gilroy vio a lo lejos unas figuras que saltaban de

azotea en azotea y de inmediato supo que eran las dos jóvenes.

—¡Ahí están! —exclamó.

La oscuridad no les permitía distinguirlas con claridad, pero Aiden, viendo lo mismo que Gilroy, replicó:

—Imposible. Esas no pueden ser Demelza y Alison.

—Lo son… —aseguró Gilroy—. ¡Vaya si lo son!

Pero Harald insistió:

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello?

Con una tranquilidad que a los demás les resultó pasmosa, Gilroy declaró a continuación:

—¡Por Tritón! Estoy totalmente seguro. Conozco muy bien al Bicho y sé por dónde escaparía si sus pies no pudieran tocar tierra.

Con el corazón encogido, Aiden volvió a ver cómo aquellas dos saltaban hacia otra azotea. Esta vez oyó un grito de alegría y, reconociendo la voz de Demelza, siseó:

—La voy a matar… Juro que la voy a matar.

—Por Thor, ¡están locas! —exclamó Harald horrorizado.

—¡Por la derecha! —advirtió de pronto Peter McGregor.

Al mirar vieron a un grupo de hombres que gritaban con las espadas en la mano. Entendieron que iban en busca de Demelza y Alison y, sin dudarlo, se bajaron de sus caballos para enfrentarse a ellos.

Salto a salto, las dos jóvenes se fueron alejando del prostíbulo hasta que finalmente, tras descolgarse por la fachada de una casa, pusieron los

pies en

el suelo y Alison cuchicheó divertida:

—Pero bueno, Demelza, ¡me has sorprendido!

La aludida sonrió y, viendo sus caballos más allá, afirmó corriendo

hacia ellos:

—Tú sí que me has sorprendido porque sin duda siento que tienes

mucho que contarme.

Pero antes de alcanzar los caballos, dos hombres aparecieron frente a

ellas y, desenvainando sus espadas, gritaron:

—¡¿Adónde vais tan rápido?!

Sin tiempo que perder, Demelza y Alison desenvainaron a su vez las

suyas y comenzaron a luchar sin ser conscientes de que, unas calles más

arriba, Aiden, Harald y varios hombres más luchaban como ellas.

El cuerpo a cuerpo con espada era algo que ambas dominaban, y cuando

consiguieron doblegar a aquellos dos sucios mequetrefes, Demelza afirmó

mientras echaba de nuevo a correr hacia su caballo:

—¡Eres buena con esa katana!

—Tú tampoco lo haces mal —repuso Alison subiéndose a su montura.

Se alejaron de aquel pueblo al galope, y especialmente de la casa de

Oswald, mientras eran conscientes de que otros hombres a caballo las

perseguían. No querían que Julian fuera allí a buscarlas. Pero cuando

llevaban un buen trecho galopando, Demelza advirtió:

—Si seguimos por este camino llegaremos hasta los niños.

Oír eso hizo que Alison frenara su caballo.

Por nada del mundo iba a llevar a quienes las buscaban hasta Matsuura

y los pequeños, por lo que, apeándose del fiordo, empuñó la katana y pidió:

—Vete, Demelza. Yo me ocupo de ellos.

Sin embargo, la vikinga se apeó a su vez y replicó:

—Ni loca te dejo aquí sola.

—Pero, Demelza…

—He dicho que ni loca —insistió aquella.

Instantes después, tres hombres llegaron hasta ellas montados en sus

caballos. Rápidamente se bajaron de ellos y, con las espadas en la mano,

fueron a por ellas.

Un golpe, dos… Alison y Demelza luchaban con fuerza, con vigor, con

valentía. Ellas eran por encima de todo unas guerreras. Ningún hombre, con

o sin espada, les había dado miedo nunca, y cuando finalmente acabaron

con aquellos tres, vieron que otros dos caballos se acercaban al galope.

De nuevo, la lucha comenzó. En esta ocasión las fuerzas comenzaban a

escasear, y uno de aquellos hirió a Demelza en un hombro y el otro, a

Alison en una pierna. Pero eso era justamente lo que las jóvenes

necesitaban para despertar su fiereza. Por ello, tras luchar con valentía y

concentración, cuando terminaron con aquellos se miraron la una a la otra y,

aun ensangrentadas, sonrieron.

No obstante, la sonrisa les duró poco, pues oyeron más caballos que se

acercaban. Demelza tomó aire y se dispuso a seguir luchando, pero antes

pidió:

—Si salimos de esta, prométeme que te sincerarás conmigo y me

enseñarás a manejar la katana.

Sin embargo, por suerte para ellas, quienes llegaban eran Aiden, Harald

y otros de sus hombres. Demelza bajó la espada y, mirando a su marido,

declaró:

—Ni te imaginas lo feliz que me hace veros en este momento.

Aiden, que estaba pálido y furioso por lo que había visto e imaginado, al

ver a su mujer llena de sangre, enseguida se apeó del caballo y, acercándose

a ella, iba a hablar cuando esta le advirtió:

—Ni se te ocurra soltar por la boca lo que veo en tus ojos.

Sin embargo, él, enfadado por lo ocurrido, exclamó sin poder callarse:

—¡¿Qué narices estabas haciendo, insensata?!

—Aiden, por favor, no me grites —musitó Demelza viendo cómo todos

los observaban.

Pero el highlander estaba furioso y, sin escucharla, insistió:

—Por el amor de Dios…, ¿cómo se te ocurre ir sola a Sambery y entrar

en ese prostíbulo? ¿Acaso te has vuelto loca? —Y mirando a Alison añadió

—: Y lo mismo te digo a ti…

Sorprendida, la pelirroja iba a hablar cuando Aiden prosiguió fuera de sí:

—Gilroy nos ha avisado de lo que ocurría. ¿Me puedes decir por qué no lo has hecho tú? Pero ¿cómo eres tan inconsciente? ¿En qué estabas pensando?

—Aiden…

Sin embargo, el highlander, frenético, no escuchaba, y continuó, mirando a su mujer:

—Demelza, maldita sea. No solo corres peligro sin necesidad en el prostíbulo, sino que, encima, ¿saltas de azotea en azotea jugándote la vida?

Y lo mismo te digo a ti —repitió señalando a Alison—. Pero, por el amor de Dios, ¿es que estáis locas?

—Creo que sí —terció Peter con una sonrisa.

Demelza y Alison lo miraron sonriendo a su vez y él sacudió la cabeza. Aquel tipo de mujer, tan guerrera, tan impetuosa, le llamaba mucho la atención.

—McGregor —gruñó Aiden al ver su sonrisa—, no sé dónde le ves la gracia.

Peter, que como todos había sido testigo de lo que aquellas habían hecho, repuso mirándolo:

—Están bien. No les ha ocurrido nada, Aiden. Quédate con eso.

—Podrían haberse matado —insistió él.

—Pero no ha sido así —afirmó Peter.

—Para decir eso, ¡mejor cállate! —bramó de pronto Harald.

En cuanto las jóvenes lo oyeron, inevitablemente intercambiaron una mirada. Y recordar los saltos que habían dado las hizo esbozar una sonrisa que Aiden, al verla, sentenció asombrado por su desfachatez:

—Está claro que lleváis la locura en las venas.

Demelza miró a su amiga y se encogió de hombros; su marido, a cada instante más exaltado, miró a Harald, que guardaba silencio aún montado en su caballo, y exclamó:

—Por Dios, Harald. ¿Acaso la cordura no fue algo que su padre le enseñó a esta mujer?

—La cordura era la virtud de Ingrid, no de Demelza —replicó el vikingo.

La aludida resopló. Ella siempre había sido una mujer osada, excesivamente osada, pero estaba claro que Alison no se quedaba atrás. Y entonces, intentando tranquilizar a su marido, susurró:

—Cariño, tienes razón. No he procedido bien.

—Nada bien —convino Peter tratando de no reír.

Se quedaron unos segundos en silencio hasta que Harald, necesitando respuestas, preguntó:

—¿Por qué habéis ido en busca de Jack Moore y de su hija?

Alison se apresuró a negar con la cabeza.

—Ellos no tienen nada que ver en esto —replicó.

—¡¿Qué?! —preguntaron los hombres.

Se miraban boquiabiertos cuando Alison indicó:

—Hemos ido a por Julian Andersen.

Ellos volvieron a mirarse entre sí y, al cabo, Harald preguntó:

—¿Y ese quién es?

—El hombre de confianza de Conrad McEwan —aclaró ella—.

Conociendo a Julian, tras la muerte de Conrad se habrá apropiado de todas

sus pertenencias.

De nuevo, los hombres se sorprendieron y Demelza soltó:

—Nos hemos enterado de que ese hombre y no Jack Moore era el

culpable de la matanza en el mercado. Y, por si eso no fuera poco, tiene a

personas retenidas en su barco a las que tiene pensado vender en Asia. Y

sabéis tan bien como yo lo que pienso en…

—Ese hombre, como en su momento lo fue Conrad, es un mal bicho por

muchos motivos. Y lo digo con conocimiento de causa —aseguró Alison.

Gilroy la miró en el acto. Pero ¿qué hacía? Si seguía hablando sin filtro

los pondría en peligro.

Y ella, al ver cómo aquellos la miraban en busca de respuestas, añadió

intentando desviar las posibles preguntas:

—Me lo contó Oswald. Su hijo Scott se metió en su barco para robar y

vio a la gente cautiva. A hombres y mujeres escoceses retenidos contra su

voluntad a los que iban a llevarse para vender en Asia como esclavos.

Por

eso mataron a Scott. Porque los vio. Pero, tranquilos, estoy convencida de

que esa pobre gente pisará de nuevo esta noche tierra escocesa. He

amenazado a Julian con que, si no suelta a esa pobre gente, al amanecer el

gobernador McBouden irá a registrar su barco; y, conociéndolo y sabiendo

lo cobarde que es, sin duda los soltará.

—¿El gobernador McBouden? —repitió Aiden con asombro.

Alison, que fue consciente de su irresponsabilidad al mezclar a aquel en

el asunto, se apresuró a salir del paso:

—Vale. He mentido en lo referente al gobernador, sé que ese hombre

tendrá cosas mejores que hacer que venir para eso, pero ha sido lo primero

que se me ha ocurrido.

En silencio, y sorprendidos por todo, aquellos se miraban; lo que la

joven contaba era como poco increíble. De pronto, Aiden musitó mirando a

su mujer:

—Juro por Dios que la agonía que me has hecho sentir me la vas a

pagar.

Demelza sonrió. Su marido era de los que explotaban, pero, por suerte,

si utilizaba las palabras adecuadas, enseguida se le pasaba. Lo conocía, y

mirándolo afirmó:

—Prometo que pagaré, pero ahora, ¿qué tal si te tranquilizas y me das un beso?

Aiden sonrió al oírla. Aquella bruja de pelo rojo y ojos verdes podía con él, y, necesitando sentirla viva y a su lado, la besó.

Alison, que se emocionó al darse cuenta de cómo aquel hombre quería a su amiga, sonrió y, sin poder evitarlo, miró a Harald. El gigante rubio continuaba montado en su caballo con gesto serio. No decía nada, incluso parecía que no respiraba.

Entonces Gilroy, apeándose, se acercó a la muchacha.

—Bicho, te veo bien. Solo un rasguño en el muslo y tu habitual chichoncillo.

—Bah…, esto no es nada —afirmó ella tocándose la frente.

Harald, atónito, no sabía qué decir. ¿En serio el hermano de Alison no le iba a recriminar que había sido una imprudente? ¿De verdad no pensaba llamarle la atención por poner en peligro su vida?

Como los demás, Harald había sido testigo de cómo aquellas dos locas habían ido saltando de azotea en azotea sin pensar en que podrían haberse matado. Sin embargo, Gilroy no parecía haber visto lo mismo que ellos. En ese momento Peter McGregor se acercó con su caballo al vikingo y cuchicheó:

—Aunque reconozco que me hace gracia lo ocurrido, en estas mujeres

la cordura brilla por su ausencia.

Harald asintió, y añadió:

—A mí no me hace ni pizca de gracia.

Peter suspiró y, sin más, se alejó de él.

—¿Algún muerto que destacar? —preguntó a continuación Gilroy.

De nuevo, Harald se sorprendió. Pero ¿qué manera era esa de preguntar

por lo ocurrido? ¿Algún muerto? ¿En serio Alison sería capaz de matar?

La joven, que se miraba el muslo, que seguía sangrando, tras coger un

pañuelo de las alforjas de su caballo para limpiarse, respondió:

—Nadie importante.

Acto seguido, mientras Aiden curaba el corte en el hombro de Demelza,

Gilroy y Alison se apartaron unos pasos del resto y se pusieron a hablar;

estaba claro que tenían mucho que contarse.

Harald todavía sentía el corazón acelerado como llevaba tiempo sin

sentirlo. ¿Por qué?

Mirar a la joven y verla herida lo llenaba de rabia, pero intentaba

contenerse y en especial no enfadarse con ella por su imprudencia. Él no era

nadie para regañarla ni exigirle nada. No podía pedirle explicaciones como

hacía Aiden con su mujer. Pero necesitaba acercarse a ella, así que

finalmente se apeó del caballo y caminó hasta donde estaba. Le miró el

rostro y, al ver el chichón verde e hinchado de su frente, preguntó:

—¿Duele?

Complacida por su cercanía y su preocupación, Alison se encogió de hombros y, a pesar de que le dolía horrores la cabeza, respondió:

—No.

—¡Faltaría más que le doliera algo a ella! —se mofó Gilroy al oírla.

—¡Cállate! —gruñó Alison.

—Verás cuando te vea Matsuura —insistió él.

Alison maldijo y, deseosa de que se callara, sentenció:

—¡Repámpanos! ¿Qué tal si cierras esa sucia bocaza? Hermanito, ya te salté un diente hace tiempo de un puñetazo y, si pretendes que te salte otro, estoy lo suficientemente alterada como para hacerlo.

Gilroy se apresuró a negar con la cabeza y, dando media vuelta, se alejó.

Sin moverse de donde estaba, Harald esperó a que ella lo mirara de nuevo; entonces, al bajar la vista hacia su pierna y ver que la sangre le corría por ella, se agachó con premura para examinar el corte.

—¿Qué haces? —preguntó ella con mofa al verlo arrodillado—. ¿Acaso me vas a pedir matrimonio? Te recuerdo que soy morena y descarada y a ti te gustan las mujeres apocadas con el pelo del color del sol.

Harald levantó la mirada para contestar, pero no le salieron las palabras.

Aquella mujer, con su belleza, su fuerza, su cercanía, su descaro, lo hacía comportarse como un crío. Y Alison, entendiendo su gesto serio como

desagrado, dio un paso atrás para alejarse de él mientras se tocaba la herida

del muslo y añadía:

—Tranquilo, estaba bromeando. Y en cuanto a esto, no es nada.

¿Cómo que no era nada? Y, recobrando el control de su cuerpo, el

vikingo clavó la mirada en ella e insistió:

—Es un corte que sangra y hay que curarlo.

—Que no es nada.

—No seas cabezota.

—¡Mira, «cabezota»! —se burló ella—. Algo más que añadir a tu larga

lista de mis defectos.

Sin escucharla, Harald la agarró entonces del brazo, la acercó a él y le

arrebató el pañuelo que tenía en las manos para ponerlo luego sobre la

herida. Durante unos instantes la observó. Con mimo y delicadeza, limpió

la herida ante los ojos de Alison, y finalmente dijo:

—Necesitas algún punto.

Sentirlo tan cerca, tan preocupado y entregado y oler aquel aroma

varonil que desprendía, hizo que el vello de todo el cuerpo de la joven se

erizara.

Aquel hombre, tan diferente de ella, conseguía sin proponérselo lo que

ningún otro había logrado. Ni siquiera Conrad en su momento. Deseaba

besarlo, abrazarlo, perderse en sus brazos y en su cuerpo, pero intuía que

eso difícilmente ocurriría. El gesto serio de aquel le hacía entender que no

sentía lo mismo que ella por él y, dando un paso atrás, indicó:

—He dicho que no es nada. Yo misma lo curaré.

Finalmente, Harald, viendo su expresión incómoda, se incorporó y se

dio por vencido. Le entregó el pañuelo que segundos antes le había

arrebatado y, con cierta chulería, dio un paso atrás. No quería seguir

agobiándola.

Tras unos instantes en los que reinó el silencio, al oír el ruido de

caballos que se acercaban, todos se volvieron y empuñaron sus espadas

dispuestos al ataque, hasta que vieron que se trataba de Adnerb y Sandra

junto a Zac y Alastair.

Las dos mujeres, al ver a sus amigas de aquella guisa, parpadearon sin

poder creérselo y Adnerb gruñó:

—¿Se puede saber por qué os habéis marchado sin avisar?

—Adnerb —la regañó Alastair.

Pero Sandra, enfadada, insistió:

—Cuantas más hubiéramos ido a por Jack Moore y la sanguinaria de su

hija mejor, ¿no?

—¡Sandra! —protestó Zac.

Demelza y Alison asintieron, y esta última indicó:

—Ni Jack Moore ni su hija han tenido nada que ver con lo ocurrido.

Hemos ido a por un tipo llamado Julian Andersen. Él y su gente son los

culpables. Oswald me ha confesado que Julian le había exigido que culpara

a los Moore o mataría a Leonora.

—Nooooo —murmuró Adnerb.

Demelza asintió y allí no se habló más.

Instantes después, Aiden, que ya había dado la orden a dos de sus

hombres para que comprobaran si esa noche se producía el desembarco de

los esclavos, asió a su mujer del brazo e indicó:

—Será mejor que regresemos al hostal.

Demelza asintió, más tarde ya hablaría con sus amigas. Y, mirando a

Alison, pidió tras subirse a su caballo:

—Ven con nosotros. Necesitas un baño y suturar la herida de tu pierna.

Alison se negó, pero Harald, a quien cada vez le quedaba menos

paciencia por la manera de proceder de aquella, insistió agarrándola del

brazo:

—Vamos.

—¡No!

—Mujer, no seas testaruda y obedece.

Según oyó esa última palabra, Alison sonrió. Y, mirando a aquel rubio

por el que estaba perdiendo la cabeza, musitó con chulería:

—Lee mis labios: ¡yo no soy de obedecer!

Harald tomó aire, aquella mujer lo desesperaba, y cuando iba a

protestar, ella se apartó de él mientras decía:

—Regresaré a la carreta con mi hermano.

—Pero, Alison… —protestó Demelza.

—Allí me curaré —la cortó ella—. Tío Matsuura y los niños nos esperan.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Estaba claro que el nivel de cabezonería de aquella mujer era desesperante, por lo que finalmente Harald, montándose en su caballo, declaró conteniendo el caudal de emociones que bullían en su interior:

—Si ella así lo quiere, así será.

Demelza suspiró al oírlo. Si ella estaba cansada y destrozada, Alison debía de estar igual. Pero, intuyendo que no la iba a convencer, y segura de que entre ellas quedaba pendiente una conversación, señaló mirándola:

—Nos vemos mañana por la mañana en el comedor del hostal.

Alison comprendió por qué le decía eso, e, intentando sonreír, a pesar de que sabía que la iba a decepcionar, musitó:

—Probablemente.

Y, sin más, los otros dieron media vuelta sobre sus caballos y comenzaron a alejarse.

Harald y Alison, en silencio, se miraron a los ojos unos instantes. ¿Qué les ocurría? ¿Por qué se miraban de esa manera y luego siempre terminaban discutiendo?

Entonces ella, para cortar el íntimo momento y que aquel se marchara como el resto, soltó:

—Adiós…, *tontito*.

Oír eso hizo que el vikingo finalmente se diera la vuelta y siguiera a los demás. Ese gesto a Alison le dolió, pero, consciente de que hacía lo que ella le había pedido, dijo dirigiéndose a Gilroy:

—Adelántate.

—¡¿Qué?!

—Adelántate y dile a tío Matsuura que estoy bien y que iré en breve.

—Maldita sea, Bicho…, ¿qué narices vas a hacer ahora?

Alison montó en su caballo, y, tras comprobar que estaba ya muy oscuro y que aquellos no podrían ver adónde se dirigía, indicó:

—He de terminar algo en Sambery.

Y, sin más, espoleó a su precioso fiordo, que comenzó a cabalgar como el viento.

De vuelta en el pueblecito de pescadores, Alison se encargó de hacer correr la voz de que lo ocurrido había sido obra de Julian Andersen, y no de Jack Moore, y cuando la gente comenzó a hablar de ello, cogió de nuevo su caballo y se marchó.

Durante horas Alison permaneció agazapada en un acantilado desde el que tenía una excelente perspectiva de *El Tritón Rojo*. Como era de esperar,

vio cómo diversas barcazas procedentes del barco, ocultas por la oscuridad

de la noche, se dirigían hacia una de las solitarias playas y, tras descargar

allí a varios grupos de personas, los marinos regresaban al mar.

Alison sonrió satisfecha. Había conseguido salvar a aquellas pobres

gentes.

Estaba muerta de frío, sucia, olía mal y tenía un aspecto deplorable.

Pero ver que aquella gente que se dispersaba corriendo por la playa volvía a

ser libre merecía el resfriado que seguramente pillaría.

Una vez que las barcazas regresaron a *El Tritón Rojo*, este arrió velas y,

ayudado por el viento, se alejó de la costa. Estaba claro que Julian había

entendido perfectamente su mensaje.

Complacida, la joven montó de nuevo en su caballo y se dirigió hacia la

casa de Oswald.

Cuando llegó, por la ventana pudo verlo a él y a Leonora, que, junto a

varios vecinos, velaban los cuerpos de Gladys y Scott. Durante un rato

aguardó pacientemente a pesar del frío que tenía, hasta que al final Oswald

la descubrió a través de la ventana.

El hombre se apresuró a salir para atenderla y, al verla ensangrentada y

tiritando, se asustó. Pero ¿qué le había ocurrido a esa muchacha?

Tras entregarle un par de mantas para que entrara en calor y ella

tranquilizarlo con sus palabras, Alison se sacó del bolsillo el broche

que

Julian le había robado, se lo puso a Oswald en la mano junto a algunas de

las monedas que tío Roy le había entregado y dijo:

—Entiendo que quieras enterrar a tu mujer y a tu hijo como se merecen,

pero en cuanto lo hagas, coge a Leonora y marchaos de aquí.

—Pero… —musitó él al ver lo que de nuevo le entregaba.

—Es para ti y para Leonora. Lo necesitáis.

Destrozado por todo lo acontecido, él cerró los ojos y, cuando los abrió

de nuevo, susurró:

—Esta es mi casa y…

—Oswald —lo cortó ella—. Leonora y tú necesitáis empezar de nuevo,

y sabes que Gladys así lo habría querido. Con estas monedas tendréis para

llegar a Edimburgo. Una vez allí tenéis que ir a la calle de las joyas. Busca a

Percival Glaswood, pero llámalo Pinwi. Dile que vas de parte de Alison

Wilson y que quiero vender el broche. Y, tranquilo, sabiendo eso, él no te

engañará. Confía en mí.

—Pero…

—Oswald, te aseguro que, con lo que te dará por él, durante un buen

tiempo a Leonora y a ti no os faltará de nada. Podrás pagar una casa,

podréis comer, vestiros. Edimburgo es un buen lugar y las

oportunidades

para ti y en especial para Leonora serán mucho mejores que las que nunca

tendréis aquí. Piensa en tu hija, en su futuro. Por Gladys y Scott nada se

puede hacer ya, pero por ella sí. ¿De verdad quieres que Leonora siga

viviendo como hasta ahora o prefieres algo mejor para ella?

Oswald, emocionado, miraba aquel broche y las monedas que la joven

le había entregado.

Muchas veces Gladys y él se habían planteado marcharse de allí y

buscar algo mejor. Y, escuchando lo que aquella decía, pensó que sin duda

ese era el momento de hacerlo. Gladys así lo habría querido, y por ella tenía

que hacerlo. Por lo que, mirándola a los ojos, susurró:

—Lo haré. Leonora y yo nos iremos.

Alison sonrió satisfecha y aquel, sorprendiéndola, añadió:

—Alison Moore, eres una excelente y maravillosa persona. Nada que

ver con lo que la gente dice sobre ti. Sin duda tu padre supo criarte muy

bien. Mi familia y yo te estaremos eternamente agradecidos.

La joven parpadeó al oír que la llamaba por su verdadero nombre y

apellido. Estaba claro que Julian, cuando le quitó el broche, le indicó a

quién pertenecía, pero Oswald había decidido no delatarla. Por ello, con una

sonrisa, le dio un casto beso en la mejilla y, emocionada, susurró antes de

irse:

—Gracias, Oswald. Ni te imaginas lo que agradezco tus palabras.

Acto seguido, fue en busca de su caballo y se marchó feliz por todo lo

que esa noche había conseguido tras la irreparable desgracia.

Cuando llegó a la carreta, donde Matsuura la esperaba inquieto, tras coger

un paño y dirigirse al río, Alison se lavó. Hacía frío, tiritaba, pero

necesitaba desprenderse de la sangre y la mugre que llevaba encima.

Después de asearse, el japonés le cosió con cuidado el corte del muslo,

y la joven, que estaba acostumbrada a ese tipo de heridas, ni se quejó.

Sin embargo, algo le rondaba por la cabeza. Demelza esperaba

explicaciones de su parte. Deseaba saber cosas que no solo la pondrían en

peligro a ella, y no podía consentirlo.

Por eso mismo, queriendo salvaguardar las vidas de tío Matsuura y

Gilroy, y por el miedo al rechazo de aquella cuando se enterara de quién era

realmente, tomó la decisión de partir de inmediato. Estaba cansada,

agotada, pero ya descansaría. Tenían que dirigirse a Saint Andrews. El tío

de Will y Briana vivía allí, y dejar a los niños a salvo con su familia era su

máxima prioridad. Después regresarían con su padre y sus tíos para

alejarlos de la costa escocesa.

Su libertad no merecía la muerte de aquellos a los que quería.

Capítulo 29

Al amanecer, cuando Demelza abrió los ojos y fue consciente de que

estaba

en la habitación del hostal, se colocó de lado en la cama, miró hacia la

ventana y de inmediato vio que el día no era soleado.

—Buenos días, pelirroja salvaje.

Sonrió al oír la voz de Aiden y, dándose la vuelta, lo encontró sentado

frente a la cama en un butacón. Por el modo en que la miraba enseguida

supo que iba a echarle la bronca por lo ocurrido el día anterior.

—Vale —dijo cubriéndose el rostro con la sábana—. Ya me lo dijiste

anoche. Hice mal. ¿Me lo vas a repetir?

Aiden sonrió. Su mujer, aquella vikinga pelirroja, era excesivamente

atrevida y no veía el peligro en nada de lo que hacía.

—Te lo diré tantas veces como crea oportuno —replicó—. Soy tu

marido y me preocupo por ti.

Bajo las sábanas, Demelza asintió, sabía que él llevaba razón, y,

sentándose en la cama, lo miró a los ojos y dijo tomando aire:

—Aiden. Estoy aquí, no pasó nada y…

—¿Y si hubiera pasado?

Ver la preocupación en su rostro cautivó a la joven; Aiden la protegía, la

cuidaba y mimaba. Se levantó de la cama, se sentó sobre él tan solo vestida

con la camisola y repuso:

—Pero no ha pasado.

Se miraron unos segundos en silencio hasta que él musitó con gesto

serio:

—Demelza, si algo te ocurriera, no podría soportarlo. —La joven sonrió

y, cuando se disponía a responder, Aiden añadió—: Lo que Alison y tú

hicisteis fue una locura, y lo sabes tan bien como yo.

Ella volvió a asentir.

—¿Crees lo que Alison dice del capitán Moore? —preguntó él a

continuación.

—Sí —afirmó ella.

—¿Por qué?

La joven se encogió de hombros.

—Su tesón en buscar la verdad y la expresión de Julian cuando ella lo

acusó de mentir hacen que la crea —dijo, aunque evitó contar que

posiblemente Alison hubiera matado a Conrad McEwan—. Jack Moore

puede hacer muchas fechorías, pero sin duda lo que ocurrió ayer no tiene

nada que ver con él. Y es justo no acusar a otros de acciones que no

cometieron, ¿no te parece?

Aiden por fin asintió. Seguir dándole vueltas al tema no servía de

mucho, lo mejor sería ir a ver a Alison y hablar con ella tranquilamente.

Entonces Demelza, para hacerlo callar, acercó su boca a la de él y,

enredando los dedos en el pelo de su marido, cuchicheó:

—¿Qué tal si cambias tu gesto fiero por otro más amable y me dejas que

te haga el amor?

—Sigo enfadado contigo —replicó él con una sonrisa.

Demelza frotó su nariz contra la de él y musitó sonriendo a su vez:

—Pero ahora un poquito menos, ¿verdad?

Un beso…

Dos…

El deseo entre ellos crecía segundo a segundo y Aiden, ansioso de su

mujer, se levantó del butacón para tumbarla sobre la cama y, con delicia y

pasión, fue él quien le hizo el amor a ella.

Un buen rato después, cuando la pareja bajó al comedor del hostal, vieron a

Harald y a Peter McGregor sentados al fondo con varios de los guerreros

McAllister. Al acercarse a ellos, Moses se levantó de inmediato y se dirigió

a Aiden.

—Mi señor, anoche se cumplió lo que nos ordenasteis vigilar. De *El*

Tritón Rojo partieron varias barcazas que dejaron a más de tres docenas de

personas en una playa y, posteriormente, estas regresaron al barco, que

partió y se alejó de la costa. —Aiden asintió y Moses continuó—:

Interceptamos a varias de esas personas en el camino. Los interrogamos y

nos contaron que habían sido apresados días antes en Berwick y que, al

parecer, pensaban venderlos en Asia como esclavos. Y no. No fueron las

gentes del capitán Jack Moore.

Aiden miró a Demelza, que indicó:

—Te lo dije. Alison y yo no mentimos.

Después de haber informado, Moses se sentó para seguir comiendo, pero Harald intervino:

—Alastair, Zac, sus mujeres y el padre Murdoch han partido al amanecer. Ellos guiarán los caballos y las ovejas que compramos hasta Keith.

Aiden asintió. La noche anterior había quedado en aquello con sus amigos, y, cuando Demelza lo miró, este dijo:

—Quedaste en verte con Alison, ¿verdad? —Ella asintió y él añadió—: A mí también me gustaría hablar con ella. Luego partiremos y les daremos alcance por el camino.

—Me parece bien —afirmó la joven complacida.

Aiden, Harald y Peter asintieron y no dijeron más. Ellos también querían hablar con Alison en lo referente a lo sucedido el día anterior con el barco de Julian Andersen.

Tras pedirle a la posadera algo para desayunar, mientras Aiden y Demelza comían, la puerta de entrada se abrió y Peter saludó levantándose:

—Gobernador, señora…, ¡qué alegría veros por aquí!

Thomas y Regina, que regresaban de su viaje a Ayr y se dirigían a su residencia en Aberdeen, se acercaron a ellos, y el hombre, sorprendiéndolos, preguntó a Demelza:

—¿Estáis bien?

La joven no dijo nada, pues no lo entendió, y él insistió:

—Ha llegado a mis oídos que tú y nuestra sobrina tuvisteis problemas en Sambery.

Oír eso hizo que todos parpadearan y, de inmediato, Demelza preguntó:

—¿Vuestra sobrina?

El gobernador asintió y Regina se apresuró a aclarar:

—Alison es mi sobrina.

—¿Qué? —dijo Aiden sorprendido.

El matrimonio asintió y ella, con un gesto gracioso, musitó a continuación:

—Está visto que no os ha contado nada. ¡Típico de ella!

—No, milady —repuso Demelza, que estaba tan sorprendida como el resto—. No nos ha contado nada.

Thomas sonrió por la rapidez de su mujer y, tomando aire, musitó:

—No se lo toméis a mal. Alison es muy reservada en ciertos temas.

Boquiabierto, Harald procesaba la información. ¿Alison era la sobrina del gobernador? E, incapaz de callar, preguntó con gesto serio:

—Si es vuestra sobrina…, ¿qué hace viajando en una carreta infecta como una mendiga?

Regina y Thomas se miraron, buena y perspicaz pregunta la de aquel, por lo que la mujer respondió con una sonrisa:

—Eso debería ser ella quien te lo explicara. Pero te aseguro que yo tampoco lo apruebo.

Todos se miraban sin dar crédito cuando Thomas, sentándose a su mesa,

dijo mirando a Demelza:

—Por favor, cuéntame qué ocurrió.

Sin pestañear, el gobernador escuchó lo que la joven le relataba

mientras sentía una fuerte opresión en el pecho. Estaba claro que Alison no

sorteaba los problemas. Aquella mujer era capaz de enfrentarse a ellos sin

pensar en las consecuencias, y cuando Demelza terminó Aiden indicó:

—Por suerte, ambas están bien. No les sucedió nada.

Thomas asintió. Y, tras unos segundos en silencio, cuchicheó:

—¿Saltasteis de azotea en azotea? —Demelza sonrió y el gobernador

añadió sonriendo a su vez—: Eso no está bien. Os podría haber ocurrido

algo.

Todos comenzaron a hablar. Todos daban su parecer en cuanto al

comportamiento de aquellas, pero entonces Thomas, viendo a la joven

callada, preguntó sin apartar la mirada de ella:

—¿Dónde está Alison?

—Regresó a su carreta. Quería estar con su tío, y quedamos en vernos

aquí.

Regina y él se miraron, y este, quitándose los guantes que llevaba,

pidió:

—Que nos traigan algo de comer. Esperaremos con ellos.

Durante gran parte de la mañana esperaron la llegada de la joven, hasta que

finalmente Harald comentó dirigiéndose a Demelza:

—Algo me dice que no va a venir.

La joven pelirroja asintió.

—Pues si ella no viene, iremos nosotros —decidió.

—Excelente idea —afirmó Thomas, que se levantó junto a su mujer.

Sorprendidos por tener al gobernador con ellos, Aiden, Harald y Peter

se pusieron también en pie, y el primero, dirigiéndose a uno de sus

hombres, ordenó:

—Estad preparados. Partiremos en cuanto regresemos.

Una vez que los seis cogieron sus caballos, Aiden miró a su mujer, a la

que ya notaba intranquila, y dijo:

—Vayamos a ver por qué Alison no ha venido.

Al galope, llegaron hasta el lugar donde la carreta de la muchacha

estaba el día anterior y, al ver que ya no se encontraba allí, Harald gruñó

furioso:

—Lo sabía.

Thomas resopló; estaba claro que Alison había huido.

—Maldita cabezota —siseó mirando a su mujer.

—Parece que te enoja su marcha —dijo Peter dirigiéndose a Harald al

verlo tan enfadado.

—¡Cállate, McGregor! —soltó el vikingo.

Peter sonrió y, tras intercambiar una mirada con Thomas y Aiden, que

sonreían como él, preguntó:

—¿Adónde puede haberse dirigido?

Demelza lo pensó mientras se tocaba la cabeza.

—Quería llevar a los niños que encontró con su tío. Si mal no recuerdo,

creo que dijo que tenía que dirigirse a Saint Andrews.

—Pues a Saint Andrews nos dirigiremos —concluyó Regina.

Aiden levantó las cejas al oír eso, y Demelza le susurró mirándolo con

complicidad:

—¿Recuerdas a quién viste por primera vez en Saint Andrews?

El highlander simplemente sonrió, hasta que Peter, deseoso de saber,

dijo:

—¿Se puede saber a quién viste por primera vez en Saint Andrews?

Aiden y ella, cogiéndose de la mano, se hablaron en silencio y luego el

primero indicó:

—Allí fue donde vi por primera vez a Demelza.

—Oh, ¡qué romántico! —exclamó Regina encantada.

—Me costó conquistarla porque no se fiaba de mí —añadió Aiden—,

pero al final ¡lo conseguí!

Todos sonrieron y a continuación Thomas comentó:

—Todo lo que vale la pena lleva su trabajo.

—Que me lo digan a mí… —aseguró su esposa con una sonrisa.

Oír eso hizo que Harald se irguiera en su caballo molesto.

—Deberíamos dejar de perder el tiempo y dirigirnos a Saint Andrews

—declaró.

Los demás lo miraron, y Thomas, recordando lo que Alison le había

contado, preguntó:

—¿Te agrada mi sobrina y por eso quieres partir raudo?

Desconcertado por su pregunta, y más aún viendo cómo todos lo

miraban, el vikingo se apresuró a responder:

—No, señor. Simplemente me preocupo por ella.

Thomas sonrió al oírlo y, tras intercambiar una mirada con Demelza,

que meneaba la cabeza, susurró:

—Uno comienza preocupándose y termina enamorándose…

Molesto, Harald frunció el entrecejo, pero no dijo nada mientras

Thomas y Regina daban media vuelta a sus caballos para regresar al hostal

en busca de su séquito.

Divertida por lo que había oído, Demelza iba a hablar cuando el vikingo

sentenció al verla sonreír:

—Mejor no digas nada.

Sin poder evitarlo, Aiden y Peter rieron y Harald, colocándose junto a

Demelza, espoleó a su caballo para volver al hostal. Allí recogerían a sus

hombres y luego todos partirían hacia Saint Andrews.

Capítulo 30

El frío procedente del mar les congelaba las manos y el cuerpo. Día tras día,

el tiempo empeoraba, y aunque en un principio no le había importado en

exceso, Alison comenzaba a preocuparse.

¿Cómo iban a vivir en la carreta cuando hiciera aún más frío?

Intranquila por el bienestar de los niños, en el interior de la carreta la joven los abrigaba todo lo que podía. Que ellos estuvieran calientes era lo

único que le importaba.

— *Pousi* también tiene frío —dijo Briana mirándola.

La joven sonrió y, asiendo un paño, lo enrolló en la vieja muñeca y a

continuación se la devolvió.

—Creo que así *Pousi* estará más calentita.

Complacida, Briana la cogió y, mirándola, confirmó mientras Matsuura

y Gilroy conducían la carreta:

— *Pousi* dice que le gusta.

Alison sonrió y entonces, observando los trasquilones que la pequeña

llevaba en la cabeza, sugirió:

—¿Qué te parece si te arreglo el pelo?

La niña rápidamente agarró un pañuelo y se lo anudó a la cabeza.

—Cielo, el cabello crece —indicó Alison—. Habría que igualarlo y…

—No —la cortó la pequeña.

Eso le hizo entender a la joven que aún no estaba preparada para ello y,

tomando aire, añadió:

—De acuerdo. Solo lo decía para que tu tío te viera más guapa.

La niña, que estaba junto a su hermano Will, no dijo nada, y entonces

este musitó mirándola:

—Briana, algún día habrá que arreglarte el cabello.

—Hoy no —insistió la pequeña.

Alison y Will intercambiaron una mirada. La chiquilla necesitaba su tiempo.

Siggy dio uno de sus gritos. La niña reclamaba la atención de Alison y esta, cogiéndola de los brazos de Will, susurró sonriendo:

—Mofetilla, ¿quieres besitos?

Como siempre, Siggy sonrió. No había niña más buena y sonriente en el mundo, y cuando soltó una de sus carcajadas, Briana pidió:

—Yo también quiero besitos.

Sin dudarlo, Alison comenzó a besuquear a los tres pequeños y estos, gustosos, reían y gritaban de felicidad mientras la joven disfrutaba haciéndoles cosquillas. Le gustaba aquella faceta que había aflorado en ella con respecto a los niños. Le encantaba y la disfrutaba. Mimar y proteger a los pequeños era lo más bonito que había hecho en su vida.

De pronto, Gilroy metió la cabeza por la ajada tela de la carreta y anunció:

—Bicho, hemos llegado a Saint Andrews.

Según oyó eso, Will dejó de reír y se quedó muy serio.

La carreta se detuvo unos metros más adelante y Gilroy preguntó:

—Will, dime el apellido de tu padre. Así podremos localizar a tu tío.

—Sommerville. Mi padre se llamaba Harry Sommerville, y mi tío se llama Tadeo.

Gilroy asintió y, tras apearse, comenzó a preguntar en la ciudad.

Durante un buen rato, Alison, Matsuura y los pequeños aguardaron junto a la carreta; luego ella divisó una tienda en la que vendían ropa de abrigo y, sin dudarlo, dijo dirigiéndose a Briana:

—Vayamos a ver qué tienen.

La niña y ella entraron en el establecimiento cogidas de la mano. El calorcito del interior las reconfortó en el acto, y la muchacha que atendía preguntó:

—¿Qué desea, milady?

Alison miró a su alrededor. Allí había de todo lo que uno pudiera necesitar y, al ver cómo la pequeña miraba una chaqueta de lana gruesa de un blanco inmaculado, le preguntó sin dudarlo:

—¿Te gusta?

Briana asintió. Era la chaqueta más bonita que había visto en la vida.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó la joven.

—Siete monedas, milady —respondió la tendera con amabilidad—. Es de lana de oveja de primera categoría.

Alison asintió. Aunque Will y Briana se quedaran con su tío, necesitarían ropa de abrigo.

—Quiero dos —dijo sin dudarlo—. Esa blanca para Briana y otra en color verde para un niño un poco más mayor.

Rápidamente la chica alcanzó la chaqueta que la niña contemplaba y, tras entregársela a Alison, miró el pañuelo que la pequeña llevaba en

la

cabeza y sugirió:

—Tengo gorros de lana sobre esa alacena. Lo digo por si os interesa

alguno.

Alison asintió. Un gorro sería estupendo para la chiquilla. Y, sin perder

tiempo, le probó la chaqueta. Comprarla blanca era una temeridad, pues en

dos días la llevaría negra, pero, deseosa de darle ese capricho antes de

dejarla con su tío, una vez que se la hubo abrochado preguntó:

—¿Qué te parece?

La niña se miró al espejo que tenía frente a ella con los ojos muy

abiertos. Nunca había tenido nada tan nuevo y bonito.

—Me gusta mucho.

Ver su expresión de felicidad a Alison le llenó el corazón y, cogiendo un

gorro de lana blanca, se lo mostró y, al comprobar que la tendera estaba de

espaldas, indicó:

—Póntelo y dime si te gusta también.

Como era de esperar, la niña, al ver que la dueña no miraba, se quitó el

pañuelo de la cabeza muy deprisa para colocarse el gorro. El cambio la

favorecía una barbaridad, y Alison cuchicheó emocionada:

—Estás preciosa, Briana. Preciosa.

La pequeña no podía parar de sonreír. El gorro no solo la abrigaba, sino

que, además, era muy bonito, y cuando iba a hablar, la vendedora, acercándose con una chaqueta verde oscuro, preguntó:

—¿Os gusta esta?

Alison miró la chaqueta para Will. Era de una excelente calidad, como la de Briana, y afirmó:

—Es perfecta.

La tendera, complacida por la alegría que veía en la niña, le tendió entonces unos dulces y preguntó:

—¿Te gustan?

Briana los miró y asintió en el acto.

—Vamos, coge uno —la animó ella.

La niña fue a hacerlo, la tentación le podía, pero de pronto retiró la mano.

—Solo si puedo coger otro para mi hermano y para Siggy.

Alison y la muchacha se miraron sonriendo, y luego esta última dijo:

—Por supuesto, cielo. Puedes coger tres.

Feliz, la niña cogía los dulces y Alison, complacida, miró a la vendedora y susurró:

—Mi nombre es Alison, y te doy las gracias por el detalle.

—Soy Maya. Permíteme decirte que tienes una niña muy educada.

Alison sonrió. Andar aclarando que Briana no era su hija era más difícil

que dejar que aquella así lo creyera, por lo que asintió.

Tras comprar paños limpios para Siggy, un gorrito de lana también para

la pequeña y una manta para arroparla, Briana y ella abandonaron la tienda

sonriendo tras despedirse de Maya. Poder comprar aquello para los niños la

había hecho más feliz que si lo hubiera comprado para sí misma.

Poco después, cuando llegaron hasta Will y este se comió el dulce que

su hermanita le entregó, Alison le dio la chaqueta. El gesto de

agradecimiento del chiquillo hizo que la joven tuviera que retener las

lágrimas. Él la abrazó y musitó:

—Eres tan buena como mi mamá. Gracias.

Conteniendo las ganas de llorar, Alison miraba a un emocionado

Matsuura cuando Gilroy se acercó a ellos y dijo:

—Según un hombre que he encontrado en la taberna, hay un Tadeo

Sommerville en la segunda aldea que hay saliendo de la ciudad.

De pronto, al ver la expresión del muchacho, Matsuura preguntó:

—¿Te encuentras bien, Will?

Él asintió mientras agarraba la mano de su hermana. El miedo y la

incertidumbre que Alison vio en la mirada del pequeño le dolieron, pero,

consciente de que no era bueno alargar aquella agonía para los niños,

indicó:

—Vamos, subamos de nuevo a la carreta. Debemos encontrar a vuestro

tío.

Una vez que se pusieron en marcha, la joven, que iba atrás con los

pequeños, comentó al verlos tan callados:

—Esas chaquetas os sientan muy muy bien. Estáis muy guapos. —

Briana y Will no respondieron. Estaban nerviosos, tenían miedo, y Alison,

para suavizar el momento, añadió—: Vuestro tío se pondrá muy contento,

¡ya veréis!

A continuación, dijo todo lo que se le ocurrió para animarlos, pero los

chiquillos no volvieron a hablar.

Un rato después, la carreta se paró y Matsuura, metiendo la cabeza por

la lona, señaló dirigiéndose a ella:

—Hemos llegado.

Intentando sonreír, Alison asintió, pero al bajar de la carreta el mundo

se tambaleó bajo sus pies.

Aquella aldea era un lugar extremadamente pobre. Solo había que ver a

sus gentes como para saber qué clase de vida llevaban allí.

Matsuura, cogiéndole a la pequeña Siggy de los brazos, le preguntó:

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Con el corazón encogido, Alison suspiró. Le gustara o no, si los niños

tenían un tío debían estar con él, por lo que tomando aire contestó:

—No. Pero es lo que hay que hacer.

El japonés asintió y Gilroy, que había ido a preguntar, se acercó a ellos

y dijo:

—Es la cuarta casa de la derecha.

Al mirar hacia allí, Alison resopló. Por fuera, la casa estaba vieja,

descuidada, pero asintió tomando aire de nuevo.

—De acuerdo.

Con cariño, ayudó a bajar de la carreta a Briana y a Will. Rápidamente la niña se agarró a su pierna y susurró mirando a su alrededor:

—Tengo susto.

Conmovida, Alison iba a hablar, pero Will regañó a su hermana con gesto serio:

—Briana, ¡vale ya!

La tensión del momento se notaba en el ambiente; entonces Will comenzó a desabrocharse la chaqueta nueva y Alison preguntó:

—¿Qué haces? —Y, mientras él intentaba sonreír, ella lo detuvo y aclaró—: Cariño, la chaqueta es para ti. Te mantendrá calentito.

El chico inspiró hondo al oírla. Tenía unas ganas locas de llorar. No quería separarse de aquellos que tanto amor y cariño le habían dado durante aquellos días, y cuando la joven lo abrazó para tranquilizarlo, añadió:

—Will, yo nunca prometo, pero a ti te prometo por mi vida que vendré a visitaros cuando vuelva a pasar por aquí, ¿de acuerdo?

El niño asintió, se tragó las lágrimas y finalmente no lloró.

Ver aquello a Alison le rompió el corazón y, consciente de cómo Briana se agarraba a su pierna, miró a Gilroy y a Matsuura y declaró:

—Creo que es mejor que os despidáis de ellos aquí. Yo los acercaré a la casa.

Los dos hombres, conmovidos, abrazaron a los niños. Habían sido solo unos días, pero les habían cogido muchísimo cariño.

—Gilroy, Siggy y yo te esperaremos aquí —dijo Matsuura al cabo mientras se volvía conteniendo las lágrimas.

Alison asintió y cogió la mano de Will, aunque le fue imposible despegar a Briana de su pierna, y como pudo indicó:

—¡Vamos a ver a vuestro tío!

Sin decir nada más, y con dificultad por llevar a Briana agarrada a la pierna, Alison consiguió llegar hasta la puerta de aquella casa. El corazón le iba a mil, pero, segura de que estaba haciendo lo correcto, llamó con los nudillos.

Esperaron unos instantes hasta que la puerta se abrió y apareció una mujer de pelo rubio y vestimenta nada adecuada que, al verlos, preguntó:

—¿Qué quieres?

Intentando ser amable, a pesar de la desconfianza que aquella mujer le había despertado, Alison dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Buscamos a Tadeo Sommerville.

La mujer los miró de arriba abajo recelosa.

—Es mi marido. ¿Quién lo busca?

—Mi nombre es Alison Wilson —se apresuró a decir la joven—, y ellos son Will y Briana. Son hijos de Harry, el hermano de Tadeo. ¿Tu nombre es…?

La mujer asintió al oírla y, de pronto, sonriendo con maldad, quiso

saber:

—¿Tú eres la sucia inglesa con la que se casó Harry y estos son sus

bastardos?

A Alison no le gustó nada oír eso, no soportaba los prejuicios, y replicó:

—Si quieres que yo sea educada contigo, ya puedes comenzar a serlo tú

con nosotros.

La mujer suspiró y finalmente dijo:

—Soy Enke.

Alison sentía que Briana temblaba mientras le apretaba la pierna.

—Encantada, Enke.

Aquella, que los miraba con descaro, se apresuró a tocar la chaqueta de

Will.

—Bonita y cara prenda —comentó.

Sin poder evitarlo, Alison le apartó la mano de inmediato.

—Si no te importa, quiero ver a Tadeo.

La mujer sonrió y, apoyándose en el quicio de la puerta, tras saludar a

un hombre que pasaba frente a la casa con una sonrisa lasciva que le indicó

a Alison a qué se dedicaba, respondió tranquilamente:

—Tadeo murió hace dos semanas. ¿Qué querías de él?

La joven no esperaba oír eso. Si Tadeo había muerto, ¿debía dejar a los

pequeños allí con aquella mala mujer?

Enseguida miró a Will. El niño la observaba angustiado y, al entender su

muda súplica, Alison declaró:

—Simplemente pasábamos por aquí y queríamos saludarlo.

Enke asintió y luego escupió mirándola con desprecio:

—¡Pues tú y esos malditos críos marchaos a vuestro país! A Tadeo lo

horrorizaba tener sobrinos bastardos. Nunca le agradó que su hermano se

casara con una *sassenach*.

Alison la miró asqueada. La mujer la había llamado «inglesa» en

gaélico para humillarla. Creía que Alison era la mujer del hermano de su

marido. La había confundido y, sin sacarla de su error, dio un paso al frente

y siseó furiosa:

—Contén tu lengua de víbora ante los niños si no quieres que yo misma

te la arranque. Vuelve a insultarnos o a despreciarlos y te juro que esta

noche dormirás junto a Tadeo.

Oír eso sorprendió a la mujer, que, sin ganas de problemas, se metió en

su casa en el acto y les cerró la puerta en las narices.

Durante unos segundos los tres se quedaron inmóviles. Lo ocurrido

había sido muy desagradable.

De nuevo, aquellos niños estaban solos, sin nadie que los pudiera

cuidar. Por ello Alison miró a Will y a Briana y, tomando rápidamente una

decisión, declaró:

—No pienso dejaros aquí. ¡Os venís conmigo!

Los niños suspiraron aliviados, y Briana musitó dando un salto de

felicidad:

—A Will, a *Pousi* y a mí nos parece bien.

Alison sonrió y, tras darle un beso a cada uno en la cabeza, regresó

cogida de sus manos a la carreta. De inmediato, al ver el gesto de sorpresa

de Matsuura, aclaró mientras los críos iban a abrazarlo:

—El tío de los niños ha muerto y su supuesta tía no me gusta un pelo.

Así pues, se vienen con nosotros.

—Excelente decisión —afirmó el japonés guiñándole un ojo a Briana,

que le sonreía.

De inmediato, todos montaron de nuevo en la carreta y Alison propuso:

—Busquemos un lugar donde pasar la noche lejos de esta aldea.

Capítulo 31

A la mañana siguiente, cuando despertaron el cielo estaba tremendamente

encapotado y soplaba un aire gélido. El día era muy desapacible. Y la

joven, viendo las botas rotas de los pequeños, dijo dirigiéndose a Matsuura:

—Voy a acercarme de nuevo a la tienda de Saint Andrews. Los niños

necesitan algunas cosas más y creo que allí puedo conseguirlas a un buen

precio.

—¿Quieres que te acompañe Gilroy? —preguntó él.

Alison negó con la cabeza, pero el aludido afirmó:

—Pues va a ser que sí.

La joven maldijo. Desde que Siggy había llegado a su vida, no había

podido estar ni un solo segundo a solas, y cuando iba a protestar, Matsuura

indicó:

—Id juntos a pie.

—Pero…

—Alison —insistió el japonés—, mientras tú vas a la tienda de ropa,

que Gilroy compre algo de leche, habas y cereales. Lo necesitamos.

La joven finalmente accedió y, tras despedirse de su tío y de los

pequeños, que se quedaban en el bosque, se dirigió con Gilroy hacia Saint

Andrews.

Cuando llegaron a la ciudad, la joven lo miró y dijo:

—Volveré cuando termine. Tú regresa en cuanto compres lo que tío

Matsuura te ha pedido. No me parece bien que esté solo con los tres niños.

Gilroy asintió y, sin decir más, se marchó mientras ella se dirigía hacia

la tienda.

—Alison…, ¿qué se te olvidó? —preguntó la vendedora con amabilidad

al verla entrar.

Sin dudarlo, y consciente de que ya no le quedaban muchas monedas, la

joven adquirió algunas cosas para los pequeños con la ayuda de Maya. Si

iban a estar con ella, lo mínimo que podía hacer era cuidarlos como era

debido. Cuando acabó, tras despedirse de la muchacha, salió a la calle.

El viento soplaba ahora con más fuerza y unas feas nubes negras

encapotaban el cielo.

En el mar Alison sabía interpretar el cielo, pero en tierra era diferente, y,

sin poder remediarlo, sonrió cuando oyó:

—Esa preciosa sonrisa solo puede ser de mi Marguerite.

De inmediato, se dio la vuelta y, sorprendida al ver quién estaba a

escasos metros de ella, dijo:

—Tío Armand…, pero ¿qué haces tú aquí? ¡Por Yemayá!, ¿es que os

habéis vuelto locos?

El hombre se acercó a ella encantado y, tras abrazarla, indicó:

—Podría decirte que pasaba por aquí, pero…

—Por las barbas de Neptuno…, le dije a Roy que os marcharais de

Escocia. Aquí estáis en peligro.

El francés sonrió y, sin darle importancia a lo que aquella decía,

preguntó:

—¿Estás bien?

—Estaré bien cuando os alejéis de Escocia.

—¿Cómo está la chiquitina y los otros niños?

—Bien. —Alison resopló, pero de inmediato preguntó con interés—:

¿Y papá?

Armand suspiró y contestó bajando la voz:

—Insoportable.

La joven asintió, y entonces aquel dijo:

—Así que tres niños, ¿eh?… Por Dios, Marguerite, a este paso formarás

una familia numerosa.

Sin poder evitarlo, ella rio.

—Les buscaré un hogar a todos antes de regresar.

Durante varios minutos estuvieron charlando del tema, hasta que él

comentó:

—Marguerite, quiero que sepas que estoy muy enfadado porque tú sola

te enfrentaras al gusano de Conrad.

—Por favor, tío, ¡no comiences tú también! —gruñó ella.

Armand resopló y, dejando un momento de lado el asunto, señaló:

—Marco también está aquí y no piensa marcharse sin verte y hablar

contigo.

Ella lo miró boquiabierta. Pero ¿es que se habían vuelto todos locos?

¿Acaso sus tíos no pensaban en su seguridad?

—Tranquila —se apresuró a añadir él al ver su gesto de sorpresa—. Los

barcos están fondeados lo suficientemente lejos como para que nadie repare

en ellos, y en cuanto a Marco, entiende que también se preocupe por ti.

—¿Dónde está?

Armand miró más allá, donde había una taberna, y empezó a decir:

—Marguerite, creo que…

—¡Alison!

Al oír aquella voz que pronunciaba su nombre, la joven se tensó y, dándose la vuelta, vio que Harald la miraba y se alejó con disimulo de Armand mientras este se marchaba.

—¡Por Tritón! —exclamó—. ¿Qué haces tú por aquí?

Harald, que había oído que el hombre que se alejaba a toda prisa la había llamado Marguerite, estaba confuso. Era la segunda vez que la veía hablar con alguien que la llamaba por un nombre distinto del suyo y, cuando iba a decir algo, Peter, Aiden y Demelza aparecieron también.

—Ya sé que tú no prometes —dijo la pelirroja con retintín—, pero no pensé que te fueras a ir así.

Sorprendida por ver a aquellos allí, Alison no supo qué responder, y Demelza cuchicheó:

—¿Y qué es eso de que eres la sobrina del gobernador y no me lo habías dicho?

—A ver… —musitó ella sin dar crédito.

—Que sepas que tu tío y tu tía también están aquí —añadió la pelirroja.

—¿Dónde? —preguntó ella en un sinvivir.

Peter, Harald, Demelza y Aiden se miraron. Con su respuesta, Alison acababa de confirmarles que aquellos eran sus tíos.

—Fueron directos al hostal donde nos alojaremos —indicó Aiden.

Boquiabierta, la joven no sabía qué pensar. Por un lado, acababa de ver

a su tío Armand, quien le había dicho que Marco la esperaba en la taberna

del fondo, y al mismo tiempo Harald, Demelza y los demás habían

aparecido en la ciudad junto a Thomas y Regina, que seguían con aquello

de que eran familia. ¿Se podía enredar más la cosa?

Sin poder evitarlo, miró a Harald, que la observaba con su habitual

gesto serio. Verlo de nuevo era un auténtico placer, pero entonces, sintiendo

que el cuerpo se le calentaba en un instante, miró a Demelza, que estaba a

su lado, y aclaró:

—Tenía que traer a los niños a Saint Andrews con su tío. —Su amiga

levantó una ceja con ironía y Alison finalmente dijo—: Vale, lo hice mal.

Os pido disculpas a todos.

A continuación, durante unos instantes todos guardaron silencio hasta

que Aiden propuso:

—Hace frío. Vayamos a comer algo. ¿No tenéis hambre?

Todos se apresuraron a asentir, y mientras Peter, con galantería, le cogía

a Alison de las manos los bultos con las prendas de ropa que había

comprado, la joven sugirió:

—Podríamos ir a esa taberna.

—Mejor aquella —repuso Harald.

Pero ella, al ver que señalaba otra, insistió dispuesta a ver su tío Marco:

—Prefiero esa.

—Créeme —añadió el vikingo—, he estado ya aquí y es mejor la comida de donde yo digo.

Pero Alison se negó en redondo. Quería ir al lugar donde sabía que estaba su tío, y mirando a Harald, gruñó:

—¿También tienes que cuestionar el lugar que yo proponga?

Sin entender su reacción, y al ver sonreír al resto del grupo, él finalmente accedió.

—Muy bien. Vayamos a donde tú dices.

Alison echó a andar en el acto. En su camino, mientras Demelza hablaba, ella pensaba qué hacer para acercarse a su tío Marco sin levantar sospechas. Lo conocía y sabía que, hasta que hablara con ella, no se iría de allí.

Al entrar, miró con curiosidad a su alrededor y enseguida lo localizó sentado a una mesa al fondo a la derecha. Sus miradas se encontraron y, sin poder remediarlo, le sonrió.

Sin separarse de los demás, Alison se sentó a una mesa con ellos y, una vez que pidieron algo de beber y de comer, Aiden iba a preguntarle por Thomas cuando comenzó a decir:

—No he podido dejar a los niños con su tío.

—¿Por qué? —quiso saber Demelza.

Rápidamente la joven le contó lo acontecido, y cuando terminó, Harald

musitó:

—Los prejuicios que tienen algunos van en contra de la unión.

Peter y Aiden asintieron, y el segundo dijo:

—Si ya entre escoceses, por ser de diferentes clanes, en ocasiones nos

matamos entre nosotros, ¿cómo pretendéis que pensemos bien de un pueblo

como el inglés, que nos asesina? Tú mismo odias a los Campbell —añadió

mirando a Peter.

Al oír eso, Alison lo miró y, recordando cómo había reaccionado él al

conocer a Carolina, preguntó:

—¿Por qué odias a los Campbell?

Peter dio un trago a su bebida y luego respondió mirándola:

—Esos malditos nos arrebataron de malas maneras unas tierras que

lindan con las que Aiden le regaló a Harald. ¿Cómo no voy a odiarlos?

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Demelza curiosa.

—Antes de que yo naciera. Se las quitaron a mi tatarabuelo.

Sorprendida, Alison soltó una carcajada, aquello era de locos, y al

instante preguntó:

—¿Y qué culpa tienen los Campbell de ahora de lo que hicieron sus

antepasados?

—Ser Campbell… —siseó Peter—. ¿Te parece poca culpa?

Demelza resopló y luego cuchicheó molesta:

—Campbell, McGregor, ingleses, escoceses, vikingos…, por el amor de

Dios… Lo que nos separa es la procedencia, el lugar donde nacemos o la

familia, cuando creo que debería primar que somos personas. Ni todos los

escoceses son malos, ni los ingleses, ni los vikingos, ni los Campbell, ni los

McGregor. Las personas deben hablar, entenderse. Mientras eso no ocurra,

nada cambiará y la gente seguirá muriendo simplemente por ser de otro

país, otro clan u otra religión.

Alison asintió. Estaba de acuerdo con ella.

De pronto, vio pasar a Maya, la chica de la tienda. Con disimulo, la

siguió con la mirada y, cuando vio que se metía en la cocina, rápidamente

sonrió. Ella le serviría para poder encontrarse con su tío a solas, y, mientras

sus amigos seguían hablando sobre el tema, dijo poniéndose en pie:

—Voy a pedirle a la posadera un poco de agua.

—Yo se la pediré —se ofreció Peter.

Al oír eso, Harald lo miró, y Alison indicó con una encantadora sonrisa:

—Gracias, Peter, pero Maya es amiga mía y quiero preguntarle algo

sobre el estofado que hemos pedido antes de que me lo sirvan.

Él asintió y acto seguido ella se alejó; en ese momento Aiden miró a

Peter y, consciente de lo que había hablado con él, preguntó con mofa:

—¿Desplegando tus encantos con Alison?

Peter sonrió y, tras mirar a Harald, que se hacía el despistado, repuso:

—Es una mujer bonita y agradable, y como veo que Harald no quiere

nada con ella… ¿Por qué no?

Según dijo eso, el vikingo lo miró.

—¿Te importa? —le preguntó entonces Peter.

Molesto, Harald se revolvió en su asiento y, consciente de que aquellos esperaban una respuesta, finalmente dijo:

—Puedes hacer lo que te venga en gana.

Demelza ni siquiera se inmutó al oírlo. Cada vez tenía más claro que a su cuñado le atraía Alison, pero si lo decía, él lo desmentiría.

—Qué bonita pareja hacen Peter y Alison, ¿verdad? —comentó en cambio dirigiéndose a Aiden.

—Preciosa —afirmó él observando el gesto molesto del vikingo.

Estaban riendo por aquello cuando Aiden se levantó de pronto.

—¡Por san Angus, padre Murdoch, ¿qué estáis haciendo aquí?!

Todos lo miraron sorprendidos. Aquel se había marchado con Alastair, Zac y sus mujeres días antes.

—Alabado sea Dios… —exclamó el religioso acercándoseles—, ¡qué alegría encontraros por estos lares! —Y, tras engullir una copa de vino que cogió de la mesa, añadió—: En el camino me enteré de que el padre Corwen de Saint Andrews se encontraba bastante enfermo y vine a visitarlo. Por suerte, los rezos y los cuidados han logrado que se recupere, y ya iba a partir hacia Keith.

—La fortuna ha hecho que nos encontráramos. —Demelza sonrió.

—La fortuna y mis rezos, hija. He rezado mucho para no hacer el

camino solo. Ya sabes que la valentía no es lo mío.

El cura sonrió. Viajaría mucho más tranquilo si lo hacía en compañía de

aquellos valerosos guerreros. Sin duda, ese era su día de suerte.

Cuando Alison llegó a la barra, rápidamente Maya sonrió al reconocerla. La muchacha le contó que su marido regentaba el local y, gustosa, Alison le pidió un vaso de agua.

—Mujer…, ¿qué tengo que pagarte por el estofado? —Era la voz de su tío Marco, que estaba a su lado.

—Una moneda, señor —respondió Maya.

Alison, viendo lo difícil que sería hablar con él allí, le preguntó:

—¿Está buena la comida?

Él se apresuró a mirarla y contestó:

—Bastante buena.

Durante unos segundos ambos se miraron sonriendo, y luego Alison dijo dirigiéndose a Maya:

—¿Sabes si lleva vino el estofado?

Ella dudó y, pidiéndole un segundo con un gesto, repuso:

—Voy a preguntárselo a mi marido.

La joven se alejó, y Marco, consciente de que ese era su momento, susurró:

—Isobel, *amore mio*… ¿Cómo estás?

Emocionada al oír aquella voz que tantas veces la había arrullado, la muchacha se apresuró a decir:

—Por las barbas de Neptuno, tienes que marcharte de aquí. Si alguien

te

reco…

—Tranquila, todo está bien.

—¿Bien? ¡Por Yemayá! Julian Andersen hizo correr la voz de que

habíais sido vosotros los que habíais matado a esa gente en aquel pueblo.

Eso, sin contar con que Conrad, antes de morir, ya comenzó a decir que

había avistado nuestros barcos cerca de la costa y…

—Isobel, tranquila.

—¡¿Cómo que «tranquila»?! Pero ¿acaso no veis el peligro que corréis?

Ese tipo, Julian, sin duda volverá a hacer de las suyas y…

—Eso ya está solucionado —la cortó Marco sonriendo.

—¿Qué dices? —cuchicheó Alison.

—Lo que oyes. Ni Conrad ni él volverán a molestarte más.

Boquiabierta, ella parpadeó y, tomando aire, susurró:

—¿No lo habréis…?

Marco sonrió y, antes de que aquella pudiera terminar, añadió:

—Él, su tripulación y su barco descansan en el fondo del mar. Y lo

mejor, tus manos están limpias de su sangre.

Alison negó con la cabeza. ¿En serio? Primero Thomas lo había hecho

con Conrad y ahora ellos con Julian. Pero ¿acaso no sabían que la venganza

era suya?

—¡Maldita sea, tío!

—Isobel…

—Pero…

—Tú te ocupaste de Conrad y nosotros de Julian. Tema zanjado.

Maya regresó en ese mismo instante y Marco, que no la vio, continuó:

—Isobel…, Isobel…, *amore mio*, tranquila.

—El estofado lleva vino —señaló la joven sorprendiéndolos.

Alison asintió y su tío, tras guiñarle un ojo, se marchó con disimulo.

Alterada por lo que Marco le había contado y preocupada por tenerlos rondando por Escocia, Alison regresó a la mesa, donde proseguían hablando, y al ver al padre Murdoch lo saludó.

En silencio, y sumida en sus propios pensamientos, la joven los oyó hablar durante un buen rato; cuando Maya se acercó a su mesa y, tras depositar sobre ella los platos de estofado, miró a Alison y dijo poniendo frente a ella unos viejos guantes de lana:

—Se los ha dejado el hombre que te llamaba Isobel.

Eso hizo que todos volvieran la vista hacia ella.

—¿Isobel? —preguntó Demelza.

Alison la miró, y Harald, incapaz de callar, soltó:

—Orquídea, Marguerite, sobrina del gobernador McBouden y… ¿ahora también Isobel?

Alison se lo quedó mirando sorprendida. ¿Cómo sabía todo aquello?

Ver el desconcierto en su mirada hizo que el vikingo le aclarase:

—Lo oí. Se lo oí decir a esos hombres con los que hablabas.

Todos la miraban esperando una explicación. Sabía que decir la verdad

era extremadamente complicado, pero decidió intentarlo para comprobar su

efecto.

—Lo creáis o no, me llamo así —declaró la joven.

—¿Acaso eres de la realeza? —se mofó Peter.

—La mentira es la antesala para que el demonio entre en tu cuerpo,

muchacha —cuchicheó el padre Murdoch.

Oír eso hizo que Aiden y Peter sonrieran. De pronto, se les acercó un

hombre y, tras pedirle al cura que lo acompañara, este se alejó. Luego los

buscaría.

Harald observaba a Alison con gesto serio. Sin duda lo que había

soltado había sorprendido a la muchacha.

—Si no vas a decir la verdad, es mejor que no digas nada —opinó

Demelza mirándola—. Resulta insultante contar solo mentiras, ¿no te

parece?

La aludida asintió. Como era de esperar, no la creían, nadie que no fuera

hija de reyes tenía tantos nombres como ella; por ello, buscó una mentira

que pudiera ser creíble, pero en ese momento oyó a sus espaldas:

—Querida sobrina, ¡qué alegría encontrarte!

Al volverse se encontró con los rostros sonrientes de Thomas y Regina.

Rápidamente se levantó, los abrazó y, tomando aire, al comprobar que los

demás los observaban, preguntó:

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Oímos lo ocurrido en Sambery y tu tío se inquietó —contó Regina.

Ella los miró sin dar crédito y luego repuso:

—Tío Thomas…, no seas tan… agobiante.

Él asintió y entonces Alison, mirando al hombre que estaba tras ellos, lo

saludó con una sonrisa:

—Hola, Evander.

—Hola, Alison —respondió él complacido—. Me alegra volver a verte.

De inmediato, la muchacha se le acercó y ambos comenzaron a hablar y

a bromear. En los días que habían estado en Lanark se había creado una

buena sintonía entre ellos.

Observar la complicidad que tenían incomodó a Harald, y cuando

Alison regresó de nuevo a la mesa y se sentó, el vikingo, malhumorado, la

asió de la mano y preguntó:

—¿Y por qué siendo la sobrina de quien eres viajas en…?

—Porque me da la gana, y suéltame si no quieres que te arranque las

orejas —lo cortó ella sin dejarlo terminar.

Todos se miraron entre sí, y entonces Thomas, para relajar el ambiente,

en especial con aquel hombre rubio, terció:

—¿Está bueno el estofado aquí?

—Buenísimo —dijo Alison, que, dejando de mirar a Harald, preguntó

—: ¿Quieres estofado, Evander?

El guerrero sonrió, pero, tras ver la mirada de Harald, se apresuró a

decir:

—Gracias, Alison, pero debo regresar con mis hombres.

Una vez que él se marchó, a cada segundo más enfadado por las atenciones que aquella le prestaba a Evander, el vikingo insistió:

—No comprendo que quieras viajar como una mendiga ni…

—Tú, precisamente tú…, no tienes que entender nada —lo interrumpió de nuevo ella.

—Eres una mujer. Vendes joyas —continuó Harald—. ¿Acaso tus padres no son conscientes de los peligros que puedes encontrarte en el camino?

Thomas resopló. Por mucho que quisiera ayudarla, había cosas que era difícil responder, pero, sin saber por qué, terció:

—A ver, muchacho, creo que…

—Mis padres murieron —lo cortó Alison—. Y ahora, Harald, ¿serías tan amable de dejar de preocuparte por mi vida, o tengo que levantarme de la mesa y marcharme para que me dejes en paz?

—Eres una insolente. ¿Lo sabías?

Alison asintió.

—Mejor no te digo lo que eres tú.

Él abrió la boca para protestar, Ingrid no le había contestado así en la vida, pero aquella, gesticulando con las manos, siseó:

—¡Por Tritón, fíjate en aquella mujer, tiene un precioso pelo claro, como a ti te gusta, y olvídate de que existo!

Oír eso hizo que todos se miraran. Aquello parecía una riña de enamorados, y Demelza, intentando apaciguar los ánimos, cambió de tema.

—Alison, Aiden ordenó vigilar *El Tritón Rojo* y pudo comprobar que lo que dijimos era cierto.

Haciéndose la sorprendida, ella asintió. Y, evitando desvelar lo que su tío Marco le había informado sobre Julian, oyó que Aiden decía:

—Mis hombres me han contado que tres barcazas procedentes de *El Tritón Rojo* dejaron esa madrugada a unas tres docenas de personas en una playa. Interceptaron a algunos de ellos y les explicaron que los habían cogido en Berwick y que pensaban venderlos en Asia como asegurasteis vosotras. También confirmaron que ni Jack Moore ni su hija habían tenido nada que ver en ello.

Thomas se atragantó al oír ese nombre, y entonces Demelza añadió:

—El farol que le soltaste a Julian al decirle que el gobernador McBouden iría a su barco ¡hizo efecto!

Sorprendido por aquello, Thomas miró a Alison, que afirmó:

—No le conté que eras mi tío, pero sí le dije que lo machacarías.

El hombre sonrió. Le gustaba que Alison comenzara a tenerlo presente en su vida, y, desviando el tema para que la situación en la mesa se relajara, se interesó por lo que Aiden y los demás tenían que contarle en referencia a lo descubierto en el barco de Julian Andersen.

Harald, molesto y enfadado por lo ocurrido entre él y la joven, calló

mientras sentía cómo, extrañamente, el corazón se le desbocaba al verla

sonreír.

Pero ¿qué le ocurría con aquella mujer, que mentía con más frecuencia

que respiraba?

Capítulo 32

Tras la comida, el gobernador y su mujer se marcharon a descansar. Estaban

agotados.

Durante un buen rato los demás siguieron charlando. La comunicación

entre Alison y Harald se relajó, ahora hablaban, no discutían, hasta que ella

dijo levantándose:

—He de regresar. No sé si Gilroy habrá vuelto ya o si tío Matsuura

sigue solo con los niños.

Demelza asintió y, tras mirar a su marido, afirmó:

—Te acompañaremos.

Al salir del comedor, Alison vio a Evander y se acercó a hablar con él.

Como siempre, la comunicación entre ellos era fluida, y su amiga, viendo el

gesto incómodo de Harald, se aproximó a ella e indicó:

—Cuando quieras podemos irnos.

Con una sonrisa, Alison se despidió de él y, mientras iba a reunirse con

sus amigos, oyó que a Aiden decía:

—Peter, avisa a Moses y al resto de que en un rato regresaremos.

El aludido asintió y Harald, sorprendiéndolos a todos, dijo de pronto mirando a la joven:

—Yo llevaré a Alison en mi caballo.

La aludida levantó las cejas boquiabierta.

—¿Has oído lo mismo que yo? —preguntó dirigiéndose a Demelza.

Harald la miró con reproche y entonces ella, con su habitual manera de ser, se le acercó y cuchicheó:

—¿Seguro que no te saldrá un sarpullido por tener que aguantar mi presencia?

Demelza y Aiden rieron. Aquella muchacha, con aquel ingenio, era lo que su amigo necesitaba.

—Vamos, sube —dijo Harald tendiéndole la mano desde lo alto de su caballo—, que va a llover.

—¡Qué galante! —se mofó ella mientras se la agarraba.

Durante el trayecto, Harald como siempre se mantuvo en silencio, hasta que Alison, nerviosa por lo que le provocaba, señaló mirando al cielo mientras sentía las fuertes ráfagas de viento:

—Pues tenías razón, va a llover.

Siguieron un trecho en silencio hasta que Harald, sorprendiéndola, preguntó:

—¿Qué hay entre Evander y tú?

Boquiabierta por su pregunta, la joven replicó:

—A ti te lo voy a decir.

—Por lo que he visto, parece que os lleváis bien.

—Es un hombre agradable. No como otros…

A Harald no le gustó su contestación y, mordiéndose la lengua, decidió

callar.

De nuevo, guardaron silencio, hasta que ella, consciente de lo antipática

que había sido, preguntó con gracia:

—¿Puedo saber en qué estás pensando?

Al oír eso, el vikingo miró al frente con tranquilidad y respondió:

—No.

Alison resopló. Aquel hombre era un hueso duro de roer, pero lo miró

de nuevo e insistió, retirándose de la cara el pelo que el viento le

alborotaba:

—¿Cómo un vikingo como tú vive en Escocia? Y, sobre todo, ¿te gusta

esta tierra?

Harald simplemente asintió, y ella musitó:

—Vamos, hombre…, todo el mundo tiene un motivo para estar en un

lugar.

Según dijo eso, él dejó de mirar el camino y clavó sus espectaculares

ojos azules en ella.

—¿Y tú qué motivo tienes para estar aquí?

Alison sonrió al oírlo y, viendo en su mirada que tenía dudas sobre ella,

respondió:

—Si crees que voy a contestar a tu pregunta cuando tú no contestas a las

mías, ¡lo llevas claro!

Se volvieron a quedar en silencio, hasta que Harald comentó:

—Nunca habría imaginado que fueras sobrina del gobernador

McBouden.

Ella simplemente suspiró, y el vikingo añadió:

—Mi padre siempre decía que los suspiros eran las respuestas a muchas

de las preguntas que quedaban en el aire.

Alison lo miró al oírlo y, con un gesto divertido, cuchicheó:

—¡Ojo al parche!, acabas de confesar ante mí que tuviste padre…

¡Increíble! —Eso hizo sonreír tímidamente al vikingo, y luego ella indicó

—: Por cierto, muy acertado lo que tu padre decía. ¿Sabes lo que me dice el

mío al respecto? Que mis suspiros contienen toda la mala leche que no

manifiesto.

Harald asintió divertido y Alison siguió con su interrogatorio.

—¿Tienes hermanos?, ¿hermanas? ¿Perro? ¿Gato?

—¿Podrías dejar de preguntar?

—No.

—Pues deberías.

—¿Por qué?

—Porque preguntas demasiado.

Divertida, ella sonrió y, feliz por estar manteniendo una conversación

con él, continuó:

—¿Sabes lo que dice mi padre sobre mis preguntas? —Esta vez Harald

negó con la cabeza, y aquella soltó endureciendo la voz para ponerla ronca

—: «¡Maldita sea, Alison, tanta pregunta tuya me pone enfermo! ¡Cierra de

una vez esa bocaza llena de dientes que tienes, antes de que decida cosértela

para siempre!».

El vikingo sonrió y luego ella añadió:

—Pero es aún mejor cuando me dice: «¡Alison… Fr…! Puñetera

cotorra incapaz de callar, con tanta pregunta solo me apetece cortarte la

lengua y encerrarla bajo siete llaves en el fondo del mar para toda la

eternidad».

Sin poder evitarlo, Harald soltó una risotada que atrajo la atención de

Demelza y de Aiden.

No reír ante la escenificación de aquella era imposible y, sin importarle

cómo los otros lo miraban sorprendidos, afirmó consciente de que la joven

hablaba en presente de su padre, y no en pasado, por lo que supuso que

aquel no estaba muerto como les había contado.

—Imagino que te lo dirá cuando no pueda soportarte más —soltó para

comprobarlo.

—¡Has acertado! —afirmó ella feliz sin percatarse de que había caído

en la trampa.

Cada vez que Harald reía, su rostro se iluminaba de una manera

increíble, y tras intercambiar una divertida mirada con Demelza, Alison

indicó cerrando los ojos:

—Le estaba contando a Harald que a menudo mi padre quiere cortarme

la lengua por ser tan preguntona.

Todos rieron por aquello y la pelirroja, animada, contó entonces cosas

del suyo.

—También recuerdo cuando, por circunstancias que no vienen al caso

—dijo luego Alison encantada—, mi padre me miró un día y me dijo:

«¡Alison, hoy la vida te ha enseñado que hay heridas que, en vez de abrirte

la piel, te abren los ojos! ¡Recuerda lo ocurrido para que no vuelva a

pasar!» —Y, bajando la voz, añadió con pesar—: Y nunca más pasó.

Un silencio extraño se originó a continuación. Estaba claro que lo que

había contado aún le dolía. Harald, acercando la boca al oído de aquella,

susurró:

—Aprender de los errores es bueno.

Una fuerte ráfaga de viento, unida a la sensación que le provocó su

aliento cerca del cuello, hizo que la joven se estremeciera.

—¿Tienes frío? —preguntó él al verlo.

—Un poco…, la verdad.

El tiempo en Escocia comenzaba a cambiar advirtiendo de la llegada del

invierno. Y Harald, cogiendo una manta que llevaba sujeta al caballo,

la

desató y, echándosela por encima de los hombros, la cubrió también a ella y,

una vez que los cuerpos de ambos quedaron protegidos por la misma,

indicó:

—Esto te mantendrá caliente.

Alison se estremeció. Le gustaba aquella intimidad entre ellos. Y,

sintiendo cómo el cuerpo de aquel bajo la manta la hacía entrar en calor,

susurró:

—Gracias.

Harald sonrió; sentir su cuerpo junto al de él era arrebatador. En silencio

y durante un buen rato, disfrutó del contacto que los movimientos del

caballo le proporcionaban y, sobre todo, de la maravillosa sonrisa de

Alison.

Inevitablemente pensó en Ingrid, en la que para él seguía siendo su

mujer. ¿Cómo olvidarla? Ella también había sido una muchacha sonriente y

guerrera, como lo era Alison. Pero si algo las diferenciaba, además de su

físico, pues Ingrid era rubia de ojos claros y Alison morena de ojos oscuros,

era su personalidad. Ingrid siempre había sido una mujer paciente, aniñada

y bonachona. Con ella nunca había discutido, pues jamás le había llevado la

contraria, pero Alison era todo lo contrario. Ella era inconformista y

contestona entre otras muchas cosas más.

Estaba pensando en ello cuando la joven, que hablaba con Demelza y Aiden, dijo:

—Hay que coger el camino de la derecha para llegar hasta el lugar donde haremos noche.

Tras tomar la ruta que ella indicaba, a lo lejos, bajo un enorme roble, vieron la desvencijada carreta.

—No podéis quedaros ahí —señaló Harald.

—¿Por qué? —quiso saber Alison.

—Por el viento, y porque vienen lluvias fuertes. Ese árbol, por grande que sea, no os cobijará.

La joven asintió, seguramente tenía razón, y pensando con rapidez respondió:

—Buscaremos otro lugar.

—Por mucho que busques, esa carreta no es segura.

Cuando llegaron hasta ella, sin esperar a ser ayudada por Harald para bajar, tras liberarse de la manta que lo pegaba a él, Alison se arrojó del caballo y, extendiendo las manos ante la pequeña Siggy, que sonreía, exclamó:

—Hola, mofetilla, ¿te vienes conmigo?

Sin dudarlo, Siggy se tiró a sus brazos mientras Matsuura observaba a las personas que habían llegado con su sobrina. Con mimo, Alison besó en la cabeza a la niña y, al ver el gesto del japonés, indicó:

—Tío Matsuura, a Demelza ya la conoces, y creo que a ellos también. Pero como no estoy muy segura, te diré que él es Aiden, el marido de Demelza, y él Harald.

Los hombres se miraron y se saludaron, y Matsuura, consciente de que aquel Harald era el tipo del que había oído hablar más de una vez, preguntó en su idioma:

—¿Podemos fiarnos de ellos?

Alison sonrió y respondió en japonés sabiendo que los demás no los entendían:

—Tranquilo, tío. No te angusties.

Aiden y Harald se miraron sorprendidos al oírla. ¿En qué idioma había hablado?

Y Demelza, que como todos lo había oído, preguntó:

—¿Hablas japonés?

Alison, sin darle importancia, afirmó cambiando al gaélico:

—Sí. Tío Matsuura me enseñó.

—Os pido disculpas —dijo entonces Matsuura en gaélico—. Inconscientemente le he hablado en mi idioma natal.

Todos sonrieron, y luego Alison preguntó mirando a su alrededor:

—¿Dónde está Gilroy?

—No lo sé. Pensé que regresaríais juntos.

Molesta, la joven asintió y entonces, al oír unos murmullos procedentes del interior de la carreta, entregó la pequeña a Matsuura y, tras pedirles a

todos unos segundos y coger los bultos con la ropa que había comprado en

Saint Andrews, que estaban sujetos al caballo de Harald, se acercó hasta la

carreta y se asomó al interior notando cómo el viento la sacudía.

—Hola, Will. Hola, Briana.

El chiquillo la saludó con la mano, pero Briana estaba escondida bajo

una manta; oír voces extrañas la había asustado. Y Alison, al ver el gesto

apurado de su hermanito, le guiñó un ojo y dijo subiendo a la destartalada

carreta:

—Os he comprado ropa de abrigo que seguro que os gustará.

Will sonrió, pero la pequeña no se movió.

Alison se apresuró a sacar las prendas que había adquirido y Will,

sorprendido al ver unos pantalones, unas botas y una camisa, cuchicheó:

—Es lo más bonito que he tenido nunca.

Eso hizo sonreír a Alison, que, mirando en dirección a la manta bajo la

que estaba la niña, preguntó:

—Briana, ¿no quieres ver lo que tengo para ti?

La chiquilla, levantando un poco la manta para mirar, vio que Alison le

mostraba un bonito vestido gris y también unas botas.

—Creo que estarás preciosa —comentó—, ¡y me parece que a *Pousi* le

encanta!

A continuación, vio que la niña sonreía y, dejando las ropas a un lado,

indicó:

—Venid, quiero presentaros a unos amigos.

Will asintió y, cuando fue a levantarse, la manita de Briana asomó de debajo de la manta y la niña susurró:

—No, Will…, no. Nos pegarán…

Conmovida, Alison se acercó a ellos y, sentándose junto al chiquillo, pidió:

—Briana, sal. Quiero verte. —Pero la niña no se movió, y ella insistió —: Vamos…, ¿es que aún no confías en mí?

Instantes después, la pequeña salió de debajo de la manta. Una vez que sus ojos y los de aquella se encontraron, Briana le dio la mano a su hermano y murmuró:

—Tengo un poco de susto.

Alison sonrió al oírla y, tras darle un cariñoso beso en la mejilla, le colocó bien el gorro en la cabeza y explicó:

—A Demelza, la mujer del pelo rojo, ya la conocéis. Mis amigos son buena gente, y nunca permitiría que ni ellos ni nadie os hiciera nada malo, ¿de acuerdo? —Will y Briana se miraron y, después de que Alison les guiñase el ojo, esta añadió sacándose la daga de la bota—: Aun así, me aseguraré por vosotros. Vamos. Seguidme.

A continuación, la joven bajó de la carreta y, tras mirar a todos, que la observaban curiosos, les guiñó un ojo con complicidad. Instantes después,

Will salió de un salto, y tras él asomó la cabeza Briana. Alison agarró

entonces a la pequeña, que llevaba su muñeca en las manos, la cogió en

brazos para bajarla y, sin soltarla, dijo adelantando la daga que llevaba en la

mano:

—Sois mis amigos y os aprecio, pero si a alguno se le ocurre acercarse a

Briana, a *Pousi* o a Will con malas intenciones, juro que lo mataré, ¿queda

claro?

Harald, Demelza y Aiden, entendiendo por qué decía aquello, asintieron

enseguida y entonces Alison indicó mirando a Briana:

—Olvídate del susto. No tienes nada que temer de ellos.

Dicho esto, la soltó en el suelo y rápidamente la pequeña, agarrándose a

su pierna, se ocultó tras ella. Aquello ya se había convertido en una

tradición.

El chiquillo, que estaba a su lado, al ver cómo aquellos hombres

desconocidos lo miraban, saludó mientras tiritaba por el frío:

—Yo soy Will.

Demelza le guiñó un ojo con cariño mientras Harald y Aiden saludaban

al delgado y ojeroso muchacho; Alison, tras echarle a Briana por encima la

manta que el vikingo le había entregado, la animó:

—Vamos, cielo, diles a Harald y a Aiden cómo te llamas.

La niña no se movió, no solo temblaba a causa del frío; Harald, sorprendiéndolos a todos, se acercó, se arrodilló ante la pequeña y, tendiéndole la mano, preguntó con caballerosidad:

—¿Cómo te llamas?

La chiquilla, asustada, no dijo nada, y Alison afirmó sonriendo:

—Se llama Briana.

Él asintió y a continuación declaró con gracia:

—Lady Briana, aquí tenéis a vuestro caballero Harald para defenderos de lo que necesitéis.

Oír eso hizo que la pequeña mirara a su hermano sorprendida. Will sonrió, y Alison, feliz por lo que aquel había hecho por la niña, preguntó mirándola:

—Lady Briana, ¿no vais a saludar a vuestro caballero Harald?

La pequeña sonrió al fin y cuchicheó enseñándole la muñeca:

—Esta es *Pousi*, y esta chaqueta y este gorro me los ha comprado Alison, y también más cosas.

—Encantado, lady *Pousi* —dijo Harald—. Y me gusta saber que Alison te compra cosas que realzan tu belleza.

Divertida por aquello, la pequeña parpadeó y, saliendo finalmente de detrás de las piernas de Alison, soltó:

— *Pousi* y yo no somos ladies.

—¿Cómo que no? —terció Demelza. Y, sonriendo, afirmó echando sobre los hombros de la niña el chal que llevaba—: Tú y tu muñeca sois

lady Briana y lady *Pousi*, como ella es lady Alison y yo soy lady Demelza.

Y estos hombres, Matsuura, Aiden, Harald y Will, están aquí para

protegernos. Son nuestros caballeros. Nuestros protectores. ¿O acaso Will

no te ha protegido cuando estabais solitos?

La niña asintió al oír eso y Aiden, emocionado al ver su inocente

mirada, afirmó tras coger una manta de su caballo para arropar a su mujer:

—Pues ahora, mi preciosa lady Briana, estamos nosotros aquí para

ayudar a Will a protegerte.

La niña parpadeó. Aquella era una excelente idea y, tras mirar a su

hermano y a Alison y ver que estos asentían, dijo con algo de vergüenza:

—Hola, Harald. Hola, Aiden… Soy Briana.

Complacido, el vikingo sonrió, y acto seguido la chiquilla hizo algo que

los sorprendió a todos. Quitándose el gorro de lana que Alison le había

comprado, dejó al descubierto el desastre de su pelo y contó a Harald:

—Unas señoras malas me hicieron esto, pero Alison, que me quiere, me

ha dicho que me lo va a arreglar.

Conmovido por la escabechina que aquellas indeseables le habían hecho

en la cabeza, Harald tragó el nudo de emociones que le provocaba la

tristeza que veía en los ojos de la niña y, levantando la mano para

acariciarle el rostro, declaró:

—Alison te quiere mucho y estoy seguro que te dejará preciosa. Y en

cuanto a esas mujeres, eso no volverá a ocurrir, porque yo no lo voy a

permitir.

—¡Ni yo! —afirmaron al unísono Aiden y Demelza.

Durante unos segundos todos permanecieron callados observando a la

chiquilla, hasta que Matsuura, abrigando a la pequeña Siggy, señaló:

—Comienza a llover. Habrá que resguardarse.

—Me encanta la lluvia —afirmó Alison mirando hacia el cielo mientras

oía a Matsuura decirles a los niños que se refugiaran en el interior de la

carreta.

Sentir cómo las gotas de agua caían sobre su rostro siempre le había

gustado, y más en tierra, donde todo a su alrededor olía de una manera

especial al mojarse.

—Esta lluvia no te gustará, te lo aseguro —repuso Harald observándola.

Alison sonrió. Nunca había visto una lluvia que no le gustara y,

abriendo los ojos, al ver cómo él la miraba con gesto de reproche, replicó

endureciendo el tono:

—Sabrás tú lo que me gusta o no a mí.

Harald prefirió no responderle y, en cambio, indicó mirando al cielo:

—Se avecina una fuerte tormenta.

—¡Qué bien! —se mofó Alison.

Sorprendido por su efusividad, el vikingo preguntó mirándola:

—¿Se puede saber por qué te alegras tanto?

Con un gracioso gesto, ella manifestó:

—Te lo he dicho: me encanta la lluvia.

—Yo he dicho «tormenta».

—¡Viva la lluvia!

Harald meneó la cabeza. Sin duda aquella estaba loca.

—Aquí no os podéis quedar —observó—. No es seguro. Debéis

resguardaros.

La joven asintió. Tal vez él tuviera razón, pues comprobó cómo el

viento agitaba las copas de los árboles, y, señalando hacia el bosque, dijo

mientras Demelza hablaba con Matsuura:

—Creo que será mejor que nos traslademos allí.

Harald y Aiden se miraron. Estaba claro que ambos pensaban lo mismo.

—Ni hablar —soltó Demelza—. Os venís con nosotros al hostal. No

podéis quedaros aquí. Es peligroso.

Según oyó eso, Alison negó y, cuando iba a hablar, Harald afirmó:

—Estoy con Demelza, creo que…

—Nos resguardaremos de la lluvia allí —replicó Alison.

Harald resopló. Aquella carreta desvencijada terminaría hecha añicos, e

insistió:

—Mujer, no seas cabezota y obedece.

Al oír eso, Matsuura meneó la cabeza y, suspirando, dijo en japonés:

—Ahora sí que no nos movemos de aquí.

Durante un buen rato Harald, Aiden y Demelza intentaron convencer a

Alison para que cambiara de opinión. Era peligroso que se quedaran allí,

pero aquella, sin dar su brazo a torcer, se negó. Había vivido cientos de

tormentas en el mar, y finalmente, mirando a Harald, sentenció:

—No insistáis. Es mi decisión. No hay más que hablar.

El vikingo maldijo. ¿Acaso aquella cabezota no era consciente del

viento y de la lluvia que se avecinaba?

Finalmente, Aiden, Demelza y él montaron en sus caballos y, tras

despedirse de aquellos, emprendieron el camino de vuelta.

Sin embargo, al perder de vista a Alison, Harald se detuvo de pronto.

—Me quedaré por aquí —dijo—. El viento podría volcar la carreta y…

Demelza asintió. Opinaba igual que él. Y cuando iba a hablar, su marido

intervino:

—Cariño, regresa al hostal.

—Pero…

—Demelza —insistió Aiden—, es necesario que te adelantes y les pidas

que preparen un par de habitaciones más. Yo me quedaré con Harald para

ayudarlo si fuera necesario.

Entendiendo sus palabras, ella asintió y, riendo, cuchicheó:

—Y luego dices que yo soy cabezota.

Aiden la besó divertido e indicó:

—Sin duda te ha salido una fuerte competidora.

Los dos rieron por aquello, pero Harald no. Y, tras darle un beso en los

labios a Aiden, Demelza se alejó al galope.

Capítulo 33

El viento soplaba con fuerza mientras la lluvia entraba por todos los

agujeros que tenía la lona de la desvencijada carreta.

—Las tormentas en tierra son diferentes —comentó Matsuura.

—Eso parece.

—Creo que el tal Harald tenía razón —añadió el japonés—. Deberíamos

haber ido a un sitio más seguro.

Alison asintió, pero, intentando parecer tranquila, a pesar de que a cada

segundo se arrepentía más de no haber hecho caso al vikingo, respondió

tapando a los niños con una manta:

—Cuando amaine nos reiremos de ello.

—Eso espero, *Shensi*. Eso espero.

Pero, en vez de amainar, la tormenta arreciaba cada vez más.

—Tengo susto y *Pousi* también —murmuró Briana agarrada a su

muñeca.

Will cogió la manita de su hermana y se la apretó.

—Tranquila. Es solo el viento —dijo a pesar del miedo que sentía.

Matsuura y Alison intentaban que los pequeños estuvieran tranquilos,

pero era complicado, pues el viento sacudía continuamente la carreta y los

caballos, atados al tronco de un árbol, estaban cada vez más asustados.

De pronto, la carreta se ladeó. Durante unos instantes ambos pensaron

que iban a volcar, y al oír llorar a Briana atemorizada, Alison indicó:

—Tío Matsuura, quédate con ellos. Yo saldré fuera e intentaré

amarrar…

—¡No digas tonterías! —gruñó el japonés.

—No digas tonterías tú —le reprochó Alison.

Cada vez estaban todos más nerviosos.

—No me hagas recitar todos tus nombres porque no hay tiempo —siseó

él—. Pero sí te voy a decir algo muy en serio: como te muevas de aquí me

voy a enfadar. —Y, entregándole a Siggy, afirmó—: Yo saldré. Tú quédate

con los niños.

Sin poder negarse, la joven resopló y cuando, segundos después,

Matsuura salió, mirando a Will y a Briana, que la observaban horrorizados,

la joven dijo levantando la voz para que la oyeran:

—Tranquilos. No va a pasar nada.

Pero pasó de todo.

Oyeron el ruido de algo que caía y, posteriormente, las maldiciones de

Matsuura.

De inmediato, y sin pensarlo, Alison entregó a la pequeña Siggy a Will.

—Vuelvo enseguida.

—Nooooo. ¡No te vayas! —gritó Briana.

Alison suspiró. Su tío la necesitaba y, mirando a la pequeña, indicó:

—Cariño, debo ayudar al tío Matsuura. Te prometo que en nada estaré

a

tu lado.

Y, sin mirar atrás, bajó de la carreta.

En el exterior, el fuerte temporal la tiró al suelo. La lluvia y el viento

eran tremendos. En tierra, y rodeada de aquellos árboles que se doblaban,

fue consciente del peligro que corrían allí; entonces vio a Matsuura en el

suelo con una enorme rama de un árbol sobre su pierna y gritó:

—Por las barbas de Neptuno, ¡no te muevas!

Alison, empapada, corrió a auxiliarlo, pero el viento la volvió a tirar.

Cayó sobre el suelo, que era un barrizal, y a rastras consiguió llegar hasta

donde estaba el japonés. Tirando con fuerza, lo liberó y, una vez que lo

hubo conseguido, preguntó:

—¿Estás bien, tío?

El hombre, que estaba tan empapado y embarrado como ella, asintió. En

ese instante una terrible ráfaga de viento sacudió la carreta y los niños

chillaron asustados. Los caballos, atados al tronco de un árbol, relincharon,

y, horrorizados y sin poder remediarlo, Matsuura y la joven vieron cómo la

carreta se sacudía con fuerza y finalmente volcaba.

Con el corazón a mil, intentaron levantarse para auxiliar a los pequeños,

que lloraban y gritaban, pero de pronto, y como salidos de la nada,

aparecieron Harald y Aiden, empapados como ellos, y el primero ordenó

mirándola:

—¡Desata los caballos del árbol y sujétalos con fuerza! Nosotros

sacaremos a los niños de la carreta.

—Intentaré recuperar lo que pueda —indicó Matsuura horrorizado al

ver la situación.

Sin tiempo que perder, ni de rechistar, Alison fue a hacer aquello que se

le había pedido mientras Harald y Aiden, a pesar de que la carreta se

desplazaba arrastrada por el viento, se metían en ella para sacar a los niños.

De pronto, en medio del barrizal, vio en el suelo aquel joyero oxidado

que ella guardaba con tanto amor, que contenía las joyas y los recuerdos de

su madre y su abuela, y sin dudarlo se dirigió hacia él. No podía perderlo.

Estaba cogiéndolo cuando oyó un crujido y, al levantar la vista, vio

cómo la rama de un árbol caía sobre ella. Y de pronto sintió cómo alguien

la arrastraba para terminar rodando por el fango.

Había sido Harald, quien, tras sacar a los niños, había visto lo que

estaba a punto de ocurrir y, sin dudarlo, se lanzó a por ella.

Bajo el peso del cuerpo del vikingo, que había quedado sobre ella, con

la cara llena de agua y de barro, Alison abrió los ojos y Harald siseó

furioso:

—Te mataría por cabezota e imprudente.

Ella parpadeó y él, enfadado, insistió:

—¡Maldita sea, ¿es que pretendes morir?!

—El joyero…

—¿Qué joyero?

—El de mi madre —repuso ella.

Al decir eso, de pronto fue consciente de que ya no estaba en sus

manos, y, empujándolo con todas sus fuerzas, se lo quitó de encima. No

podía perderlo. No… No…

Desesperada, buscó a su alrededor. Todo estaba embarrado, encharcado.

Y cuando lo vio intacto, suspirando, rápidamente lo cogió junto a la katana.

—Ve a por los caballos —la apremió Harald al ver el peligro que

corrían.

—Pero…

El vikingo la miró furioso.

—Como se te ocurra decir otra vez eso de «¡Viva la lluvia!», lo

lamentarás.

De pronto, el viento hizo volar por los aires la carreta hasta estrellarla

contra los árboles y esta se hizo añicos en cuestión de segundos.

Alison la miraba horrorizada cuando Harald la asió de la mano y tiró de

ella.

—Vamos, sube al caballo.

En cuanto lo hizo, él le entregó a Briana. Aiden cogió a Will y Harald se

encargó de la pequeña Siggy, mientras Matsuura ataba sus escasas pertenencias a su caballo.

Al ver lo poco que abultaba lo que había recuperado su tío, Alison se horrorizó. ¿Dónde estaban todas sus cosas? ¿Sus joyas? ¿Sus preciosas cajitas de madera?

Matsuura, al ver cómo ella lo miraba, acercó su caballo al suyo e indicó:

—Tranquila, cuando amaine regresaremos y veremos qué podemos encontrar.

— *¡Pousi!* —gritó de pronto Briana.

Alison no supo qué decir al ver a la niña desesperada. Sin duda aquella muñeca era muy especial para ella, pero, si querían salvar la vida, debían alejarse de allí cuanto antes.

—Te prometo que mañana vendré a buscarla —dijo tratando de que se calmara.

—Quiero a *Pousi*… *¡Pousi!* —gritó la pequeña desconsolada.

El gesto de dolor de la joven por todo lo ocurrido no le pasó por alto a Harald, que exclamó:

—¡Vámonos!

Al galope y sin hablar, se alejaron del bosque mientras sentían cómo el viento, que lo arrastraba todo, los zarandeaba y la incesante lluvia los empapaba.

Mojada, sucia y asustada, Briana sollozaba contra el pecho de Alison y

esta, como buenamente podía, susurraba:

—Tranquila, cielo…, tranquila.

Sin parar llegaron hasta la puerta del hostal, donde Demelza, que había

encontrado a Gilroy, los esperaba preocupada junto al padre Murdoch. Al

verlos aparecer, sonrió e indicó dirigiéndose al que creía que era hermano

de Alison:

—Te he dicho que ellos los traerían.

Más tranquilo al verlos, Gilroy asintió. Se sentía culpable por haberse

quedado en la ciudad tomando un trago. Y, cuando por fin llegaron hasta

ellos, Harald se bajó rápidamente del caballo, le entregó la pequeña a

Demelza, ayudó a Alison y a Briana a bajar y, una vez que todos estuvieron

en tierra, miró a Gilroy y señaló a la derecha.

—Lleva los caballos al establo y sécalos.

En ese instante apareció Evander y, al ver a Alison, preguntó

acercándose a ella:

—Por todos los santos, ¿qué te ha ocurrido?

La joven suspiró.

—Que soy un desastre, Evander. Eso es lo que ha ocurrido.

El highlander sonrió. Aquella muchacha le hacía gracia y, retirándole el

pelo mojado del rostro, musitó:

—Tranquila. Seguro que no ha sido para tanto.

Desesperada, ella resopló y Aiden, viendo el gesto incómodo de Harald,

terció mirando al guerrero:

—Evander, ¿puedes acompañar a Gilroy y a Matsuura al establo?

El hombre asintió enseguida y se alejó en compañía de aquellos.

—Pediré que preparen sopa caliente. La necesitan —indicó el padre.

Una vez en el interior del hostal, Demelza se mofó mirándolos:

—¡Pero qué limpitos venís todos!

—He perdido a *Pousi* —se lamentó Briana.

La pelirroja, al oírla y ver las lágrimas en su rostro, tras mirar a Alison y

sentir que no estaba bien, indicó:

—Cielo, lo importante es que Will y todos estéis bien.

—Pero *Pousi* no lo está.

A cada instante más martirizada por ello, Alison no supo qué decir, pero

entonces Will intervino:

—Briana, sé que quieres a *Pousi*, pero si tuvieras que salvarla a ella o a

mí, ¿a quién elegirías?

La cría lo miró. Su hermano nunca le había preguntado nada parecido, y

al verlo tan serio respondió:

—A ti.

—Pues Alison ha decidido salvarnos a ti y a mí —añadió él asintiendo.

Peter McGregor entró en ese instante y comentó al verlos empapados:

—Ya iba a salir a buscaros. —Y, mirando a Alison, indicó acercándose a

ella—: Puedes ocupar mi habitación si lo deseas.

Al oír eso, Harald se metió entremedias de ambos para separarlos e

indicó:

—No hace falta. Alison y los niños ya tienen habitación propia.

Aiden sonrió y apremió mirando a su mujer:

—Creo que lo mejor será que suban unas bañeras a las habitaciones y…

—Ya os están esperando —repuso ella.

Él asintió encantado por aquel detalle; Harald miró a Alison sin reparar

en el sentimiento de culpabilidad que aquella sentía por todo, y preguntó

furioso:

—¿Contenta con tu cabezonería?

—Harald, ahora no —susurró Peter al ver su gesto atormentado.

Pero aquel, que había aguantado estoicamente demasiadas cosas durante

días, insistió incapaz de callar:

—No solo saltas inconscientemente de azotea en azotea, sino que esta

noche todos vosotros podríais haber muerto a causa de tu irresponsabilidad.

Los árboles os podrían haber aplastado. ¿Acaso no sabes cómo son las

tormentas en Escocia?

Alison no supo qué decir.

En esta ocasión su cabezonería había puesto en peligro a los niños y a

tío Matsuura, y eso le resultaba imperdonable.

La situación se le había escapado de las manos. Conocía cómo era el

viento en el mar, pero estaba claro que en tierra firme todo era diferente, y

estaba mirando a aquel, que con gesto fiero le reprochaba su inconsciencia,

cuando Demelza intercedió:

—Vamos, Alison. Hay una habitación para ti y los niños y otra para

Matsuura y Gilroy. Subamos. Allí podréis asearos, entrar en calor y

cambiaros de ropa antes de que enferméis.

Sin decir nada, la joven asintió y, cogiendo a Briana entre sus brazos,

siguió a Demelza, que llevaba a Siggy, mientras Will iba tras ellas.

Una vez que desaparecieron, Peter miró a un ofuscado Harald y musitó:

—No seas tan duro con ella.

—Podrían haber muerto. Se lo hemos advertido y…

—Harald —lo cortó Aiden—, llevas toda la razón, eso no te lo voy a

discutir. Pero creo que ahora es momento de calmarse y no de reprochar.

Esa muchacha lo ha hecho mal y lo sabe. No la martirices con lo ocurrido.

El vikingo comprendió lo que aquel decía y asintió, y a continuación la

puerta de la entrada del hostal se abrió y entraron Matsuura, Evander y

Gilroy. El primero, al no ver a Alison y a los niños, iba a preguntar cuando

Aiden dijo:

—Han subido a su habitación para bañarse y cambiarse de ropa, y tú

deberías hacer lo mismo.

El japonés asintió.

—Sígueme —pidió Gilroy—. Te indicaré cuál es nuestro cuarto.

De nuevo, el japonés asintió, pero, antes de moverse, miró a aquellos

hombres que habían arriesgado sus vidas por ellos y declaró:

—Os agradezco mucho lo que habéis hecho por nosotros. —Aiden

asintió, y Matsuura, mirando a Harald, que seguía con gesto huraño, añadió

—: Alison es la persona más cabezota que hay en el mundo, pero también la

más maravillosa y de buen corazón que nunca podrás encontrar. Te aseguro

que lo ocurrido la hará pensar y darse cuenta de su error.

—Espero que así sea —afirmó él.

En el fondo, al japonés le agradó ver su expresión preocupada y, tras

intercambiar una mirada cómplice con Evander, Aiden y Peter, indicó

dirigiéndose al vikingo:

—Muchacho, creo que has de saber que la palabra *obedece* siempre ha

sido un reto para Alison. Por tanto, si quieres evitar problemas en el futuro,

no la vuelvas a repetir.

—Buen consejo. —Evander sonrió mientras se alejaba.

Harald maldijo para sus adentros y cuando, segundos después, Matsuura

y Gilroy desaparecieron, Aiden se dirigió a él:

—¿Por qué será que ese consejo me suena a mí también?

Al ver su sonrisa y la de Peter, Harald volvió a maldecir.

—Dejad de sonreír así si no queréis quedaros sin dientes.

Eso los hizo carcajearse.

Sin duda reír aligeraba la tensión.

Capítulo 34

Tras un humeante baño caliente en la habitación frente a la chimenea,

Alison, vestida con una camisola blanca que le llegaba hasta los pies,

terminaba de bañar a Siggy cuando la puerta se abrió y apareció Will.

Al verlo limpio y aseado, con aquella camisa que le quedaba enorme, la

joven sonrió y él se acercó a la cama, junto a la que estaba Briana, y susurró

mirándola:

—Me la ha prestado Harald.

—Me parece muy bien —afirmó Alison.

En silencio, Will se aproximó a su hermana y, mirándola, iba a decir

algo cuando ella comentó tocándose la cabeza:

—Alison me ha cortado el pelo.

La aludida asintió y, viendo cómo la cría se miraba en el espejo, afirmó:

—Ahora todo el pelo crecerá al mismo ritmo y, antes de que te des

cuenta, volverás a tener una larga cabellera.

Will sonrió, la niña también, y juntos se metieron en la cama.

—Hueles muy bien —comentó el chiquillo.

Briana asintió encantada, pero luego, preocupada por su muñeca,

preguntó:

—¿ *Pousi* estará bien?

A Alison le dolía verla así. Aquella muñeca era lo único que Briana

tenía de su madre, y su pérdida sería irreparable. Pensó en las joyas que

había recuperado en el joyero. El valor que ella les daba no era económico,

sino sentimental. Si las hubiera perdido, se le habría roto el corazón.

Mirando a la pequeña, iba a contestar cuando Will, entendiendo la

situación, dijo:

—Briana, recuerda lo que hemos hablado antes.

Eso llamó la atención de Alison, y la niña musitó mirándola:

—Lo importante es que todos estamos bien.

Según dijo eso, Will hizo cosquillas en la tripa a su hermana y esta,

olvidándose de todo, comenzó a reír.

Gustosa por verlos así, Alison terminó de secar a Siggy, que no paraba

de ponerle morritos para que se los cogiera con los dedos; sin duda la

pequeña estaba cambiando su vida.

—La ropa que compraste también la hemos perdido, ¿verdad? —

preguntó entonces Briana.

Alison asintió. Habían recuperado pocas pertenencias. Las escasas

monedas que le quedaban también se habían perdido en la vorágine de la

tormenta, pero, no queriendo hacerles ver lo difícil que se les estaba

poniendo todo, repuso:

—Tranquila. Ya veremos cómo compramos más.

Los niños se miraron y, tras un rato de cuchichear entre ellos, Will dijo:

—Alison, Briana y yo queremos hacerte una pregunta.

—¿Es una pregunta buena o mala? —quiso saber ella divertida.

—¡Es bonita! —susurró Briana.

—Vaya…, ¡bonita! —Alison rio.

Feliz por verlos así, la joven se sentó en la cama de ellos con la pequeña

Siggy para terminar de ponerle el paño y la ropa, y entonces el crío soltó:

—¿Harald es tu marido?

—No.

—¿Y el padre de Siggy? —insistió él.

Alison negó con la cabeza y, al ver cómo aquellos la miraban, repuso:

—Siggy es la hija de mi tío Edberg, pero él murió y me pidió que me

encargara de ella.

Los niños asintieron y luego Briana preguntó:

—¿Y te encargas de ella como de nosotros?

—Eso es.

—¿Y le buscarás un hogar como a nosotros? —insistió la pequeña.

Oír eso la hizo suspirar. Adoraba a Siggy, como adoraba ya a aquellos

dos chiquillos, pero, tras lo ocurrido esa noche, en la que por su culpa

habían estado a punto de morir todos, respondió:

—Simplemente quiero lo mejor para ella y para vosotros. Y me

esforzaré porque así sea.

Will se disponía a decir algo cuando oyeron unos golpes en la puerta.

Instantes después entró Demelza, que, sentándose en la cama con ellos,

quiso saber:

—¿Cómo os encontráis?

—Huelo muy bien y la cama es muy calentita —afirmó Briana encantada y sin mencionar por primera vez a *Pousi*.

Demelza, al ver que el cabello de la cría estaba igualado, rápidamente afirmó:

—Briana, estás preciosa.

La niña tocó su pelo corto. Pocas niñas que conociera lo llevaban así, pero, por increíble que pareciera, no tener ya los trasquilones la hacía sentirse mejor, y afirmó:

—Me gusta mi pelo.

Eso los hizo reír a todos, y Demelza, interesada, preguntó:

—¿De qué hablabais cuando he entrado?

Briana iba a contestar cuando Will la interrumpió:

—Alison nos decía que quiere lo mejor para Siggy y para nosotros y por eso nos quiere encontrar un hogar, pero… pero yo no entiendo por qué ella cree que no es lo mejor para nosotros, cuando es buena, cariñosa, nos cuida y siento que nos quiere.

A Alison se le erizó el vello del cuerpo al oír eso. Cada vez que oía palabras tan bonitas dirigidas a ella se emocionaba, pues no estaba acostumbrada, y Demelza indicó mirándola:

—Will tiene razón. ¿Por qué buscarles un hogar si ya te tienen a ti?

Alison dejó entonces a la pequeña Siggy en sus brazos y, levantándose de la cama, respondió:

—Muy sencillo. Porque no sé cuidarlos como merecen.

—¡Pero ¿qué dices?! —protestó su amiga.

—Sí sabes —terció Will.

—Sí, y por eso casi os mato esta noche, ¿verdad? —insistió la joven.

Ninguno contestó y, furiosa, murmuró a continuación reconduciendo el

tema—: Mi vida es complicada.

—¿Por qué? —preguntó Briana.

—Porque sí —dijo Alison con pesar.

Demelza asintió; sabía que su amiga ocultaba algo. No sabía qué era,

pero sin duda la martirizaba. Para hacerla sonreír, dijo:

—¿Entre tú y Evander hay algo?

Al oír eso, Alison la miró y aquella cuchicheó:

—Lo digo porque siento que cierto vikingo se incomoda al ver lo

mismo que yo.

Ella meneó entonces la cabeza sonriendo.

—No inventes, y en cuanto a ese vikingo, prefiero no hablar.

Demelza asintió. Sabía lo que veía como lo veían todos, pero, volviendo

al tema del que anteriormente hablaban, prosiguió:

—Si tuvieras un hogar, ¿los niños se quedarían contigo?

Consciente de una verdad que no podía confirmar, Alison respondió:

—Probablemente.

—Síííííííííííííí —gritó Briana haciéndolos sonreír.

—Eso estaría muy bien —afirmó Will sin dudarlo.

Alison los observó con el corazón henchido de felicidad. Sus días en

tierra no habían sido perfectos, pero sí los mejores de su vida, y afirmó con

seguridad:

—Tener un hogar y unos niños como vosotros a mi lado podría ser un

bonito sueño. Pero siento deciros que los sueños y la realidad pocas veces

van de la mano.

Demelza se disponía a replicar cuando llamaron de nuevo a la puerta.

Instantes después, Matsuura y Gilroy entraron en la habitación, y

Demelza, levantándose de la cama, dijo entregándole la pequeña a este

último:

—Es tarde y debemos descansar. Mañana será otro día y hablaremos.

Con una sonrisa, Alison la despidió y, cuando la puerta se cerró,

mirando a su tío, lo cogió del brazo y musitó alejándolo de los pequeños:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Lo hemos perdido todo. —El japonés

asintió, lo sucedido había sido una terrible calamidad, y ella insistió —: Y,

por si eso fuera poco, ¡también ha desaparecido *Pousi*!

Matsuura sonrió al oírla. La sensibilidad que demostraba no tenía nada

que ver con la joven que se daba cabezazos con los hombres en el barco

para demostrar su valentía. En pocos días, y más desde que Briana y Will

habían aparecido en sus vidas, Alison le estaba demostrando la gran

necesidad que tenía de cambiar su vida y, en cierto modo, de tener una

familia. Sus acciones, sus palabras y sus miradas así lo confirmaban, y eso

le gustaba. Por ello, y con cariño, acomodándole un mechón de su oscuro

cabello tras la oreja, indicó con cariño:

—De momento, esta noche vamos a descansar.

—Pero, tío Matsuura, ¡soy un desastre!

El japonés puso entonces un dedo sobre sus labios e insistió:

—Mañana, como ha dicho Demelza, será otro día, y entonces

valoraremos las opciones que tenemos.

—¿Opciones? ¿Qué opciones? No tenemos carreta. No tenemos dinero.

No tenemos nada para vender. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué hacemos con los

niños? Porque, te digo una cosa, si yo tengo que pasar hambre, la paso, pero

ellos ¡no!, ¡me niego!

—Alison…

—He… he pensado hablar con Demelza y Aiden. Sé que tienen una hija

pequeña, viven en una casa enorme y quizá podrían hacerse cargo de los

pequeños. O… o, si no, si hablo con Thomas y Regina, tal vez ellos

pudieran.

— *Shensi*…

—Está decidido. Si cualquiera de ellos acepta, nosotros regresaremos

con papá. Él tenía razón. Mi lugar no está aquí, sino en el mar, con él.

Viendo que Alison ya estaba metida en una espiral que cada vez la enfadaría más, el japonés finalmente la cortó:

— *Shensi*, pero ¿qué dices? ¡Basta ya!

—Tío Matsuura, no he sabido interpretar la lluvia en tierra, lo que ha estado a punto de matar a esos pequeños y… —No pudo continuar. Se sentía fatal.

Él la abrazó. Sabía que la única manera de tranquilizarla era abrazándola, y cuando sintió que su cuerpo dejaba de temblar, dijo mirándola:

—Al amanecer, si la tormenta ha amainado, regresaremos y veremos si podemos salvar algo y, después, con la mente fría, decidiremos, ¿te parece?

Ella asintió, no podían hacer otra cosa, y, tras darle un beso a aquel en la mejilla y este uno a los niños en la frente, Gilroy y Matsuura se marcharon.

De nuevo, a solas con los niños, la joven indicó mirándolos:

—¡A dormir! Es tarde.

Will y Briana, que la habían oído, a pesar de que ella había intentado que no fuera así, cerraron los ojos sin preguntar nada más y, abrazados, se quedaron dormidos.

Alison, con la pequeña Siggy en brazos, todavía despierta, se acercó entonces a la ventana. Llovía a mares. Diluviaba. Y cuando sintió que la pequeña finalmente se dormía, con cuidado la dejó sobre la cama.

En silencio, y solamente alumbrada por el resplandor de la chimenea, miró a los pequeños.

Por su mala cabeza, lo poco que podía ofrecerles se había evaporado.

Pensaba en ello desesperada cuando oyó de nuevo golpes en la puerta.

Instantes después, esta se abrió y apareció Harald.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos, mientras él era consciente de que ella iba tan solo vestida con una fina camisola blanca. Se observaban en silencio cuando Alison dijo en voz baja:

—Si vienes a seguir echándome la bronca por todo lo que crees que hago mal, he de decirte que…

—Venía a ver si necesitabais algo —la cortó aquel.

Intentando sonreír, ella asintió y le indicó que entrara. Él lo hizo y cerró la puerta.

Harald se acercó hasta las camas sin hacer ruido y, al ver a los pequeños dormir, musitó:

—Está visto que ellos, en este instante, no necesitan nada.

—Se puede decir que ahora tienen todo lo que necesitan, sí —afirmó la joven.

Y, dicho esto, se acercó de nuevo a la ventana. La presencia de Harald la inquietaba y cuando sintió que él se acercaba a ella, dijo mirándolo:

—Siento mucho no haberte hecho caso. Por mi culpa, he puesto a los niños y a tío Matsuura en peligro. Y yo… yo… ¡Por las barbas de

Neptuno!

No me lo podré perdonar. Y encima hemos perdido a *Pousi*…

Harald sonrió al comprender que hablaba de la muñeca, y ella prosiguió:

— *Pousi* era lo único que Briana tenía de su madre, y yo la he perdido. ¡Maldita sea, Harald! Si les hubiera pas…

—Heyyy… —la cortó el vikingo al verla tan alterada. Sabía que era duro con ella. En ocasiones, excesivamente gruñón, pero, buscando su mirada, indicó—: Todos estáis bien.

Ella meneó entonces la cabeza y él exigió:

—Mírame, Alison.

Ella lo hizo y él, con cariño, musitó mientras retiraba un mechón de su pelo:

—Lo único que importa sois vosotros y todos estáis bien.

—Ya, pero…

Harald le puso un dedo sobre los labios y, sintiendo un latigazo en el corazón ante el contacto con su aliento, susurró sin poder apartar los ojos de ella:

—Vuestra vida es lo único que importa. El resto son cosas materiales y se pueden reemplazar.

La joven resopló y, con un gesto de derrota, murmuró:

— *Pousi* no se puede reemplazar.

Su expresión le hizo ver la vulnerabilidad de la joven, y añadió en un tono íntimo:

—Buscaremos una muñeca que la reemplace. Te lo prometo.

Oír eso la hizo sonreír con tristeza y, perdiéndose en aquella mirada

azul, dijo en un hilo de voz:

—Gracias.

Complacido, Harald asintió, y entonces ella, recordando algo, le

preguntó:

—¿Ya no quieres matarme?

Él rio y, negando con la cabeza, susurró:

—No. Ya no.

Se observaron en silencio unos instantes que hicieron que el vello de sus

cuerpos se erizara. Ambos leían en la mirada del otro el deseo, el temor, las

ganas de descubrir a la persona que tenían enfrente, cuando Alison, sin

poder contener lo que pensaba, soltó:

—Ni te imaginas la necesidad imperiosa que siento de besarte.

Y Harald sentía esa misma necesidad. Desde que la había encontrado, el

deseo de acercarse a ella para ver que estaba bien lo estaba martirizando.

Durante horas había luchado por no ir a verla, por no acudir a su

habitación, pero había sido en vano. La voluntad de pronto le fallaba y allí

estaba. A solas con ella, en aquella habitación, mirándola y deseándola

como llevaba tiempo sin desear a nadie, por lo que, dando un paso atrás,

musitó:

—Mejor me voy.

Alison, sin apartar los ojos de él, le cogió entonces la mano y murmuró:

—Te asusta mi imprudencia, ¿verdad?

Harald negó con la cabeza.

—No, Alison. Me asusta lo que me haces sentir —declaró sin medir sus palabras.

Oír eso era nuevo para la joven. ¿Acababa de admitir que se sentía atraído por ella?

Gustosa y feliz por saber aquello, sonrió. Por su vida y su carácter, solía tomar lo que se le antojaba, pero con Harald era diferente. Y agarrada a su mano, no lo soltó. No deseaba que se fuera. Quería estar con él. Hablar con él. Besarlo. Tocarlo. Lo deseaba todo de él, pero el vikingo, soltándose de su mano, dijo en voz muy baja:

—Alison, no puede ser. Lo siento.

Y, dándose la vuelta, se alejó de ella y salió de la habitación.

Una vez sola, se llevó las manos a los labios y se los tocó. Estaban calientes, deseosos de aquel hombre, y cerrando los ojos cuchicheó:

—Está claro que mi descaro lo ha asustado.

Durante unos segundos permaneció con los ojos cerrados. Las cosas que deseaba hacer y lo que se le pasaba por la cabeza eran una auténtica locura.

Aquel hombre, que tan pronto se le acercaba como la rehuía, la tenía totalmente descolocada y estaba comenzando a hacer que perdiera la razón.

Abrió los ojos y estaba maldiciendo por aquello cuando, a través del cristal de la ventana, lo vio cruzar la calle bajo la incesante lluvia.

Pero ¿adónde se dirigía?

Con curiosidad, lo siguió con la mirada y, al ver que entraba en los establos del hostal, deseó ir con él. Con toda seguridad, ese sería uno de sus últimos días en tierra. Una vez que Demelza y Aiden o Thomas y Regina se quedaran a cargo de los niños, volvería con su padre.

Por ello, y tras ver que los pequeños dormían plácidamente, salió de la habitación.

Sin hacer ruido, cruzó el pasillo descalza. Todo el mundo dormía en las habitaciones colindantes y, en cuanto llegó a la planta baja, sin mirar atrás, corrió hacia la puerta y salió al exterior. Rápidamente la lluvia la empapó.

El frío la hizo temblar, pero, sin detenerse, siguió los pasos de Harald.

Capítulo 35

Alison llegó al establo, empujó la puerta, entró y, cuando esta se cerró, vio a Harald frente a ella. Estaba en cuclillas, apoyado en la pared del fondo.

Parecía pensativo, y al verla se levantó lentamente. Ella iba descalza y con

la camisola empapada pegada al cuerpo. Harald, intentando aparentar

normalidad, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Ella no respondió. No podía. Solo se miraban. Se tentaban.

La atracción que existía entre ellos crecía a cada instante sin que nada ni

nadie pudiera evitarlo y comenzaba a ser ya incontrolable.

Entonces empezó a caminar en su dirección y, una vez que llegó frente a

él, Alison pegó su cuerpo al de él y lo besó con pasión sin que él la

detuviera.

El húmedo y caliente beso se prolongó, convirtiéndose en uno cargado

de sensualidad y deseo, hasta que él, consciente de lo que estaba haciendo,

la paró y Alison, mirándolo a los ojos, susurró:

—No pienses en nada. Solo déjate llevar y vive el presente.

Harald se resistió. Continuar era complicado, peligroso. No quería

deshonrar a aquella joven en aquel lugar y que luego todos la miraran con

recelo.

Pero el momento, la magia que ella desprendía, el deseo, la tentación y

la visión que le ofrecía la camisola empapada pegada a su cuerpo lo estaban

volviendo loco.

La joven, consciente de lo que él podía estar pensando, insistió:

—Te dije que no soy la inocente jovencita que crees. Sé lo que hago

aquí y lo que te estoy pidiendo.

—Alison…

Pero ella negó con la cabeza. No quería escucharlo. No quería su

rechazo. Le daba igual lo que pensara de ella. Lo necesitaba como no había

necesitado a nadie en el mundo, y afirmó:

—Si el deseo que sientes por mí es tan fuerte como el que yo siento por

ti, difícilmente podrás frenarlo.

Harald negó con la cabeza. Aquello era una auténtica locura.

—No debemos, Alison…

—Lo sé. Lo sé tan bien como tú —musitó ella en un hilo de voz. Pero

sin apartarse de él insistió—: Pero soy una cabezota irresponsable y, ante

eso, poco puedo hacer.

Seguían mirándose en silencio. El vikingo hacía grandes esfuerzos por

contener aquel deseo que ella manifestaba tan libremente, y la joven,

temblando, susurró:

—Si te asusta que luego te pida cuentas, tranquilo, no lo haré. Sé quién

soy. Sé quién eres. Y soy consciente de que entre tú y yo no hay más que

deseo carnal.

El cuerpo a Harald le temblaba. El deseo que sentía por tocar, besar o

abrazar a Alison era descomunal. Nunca una mujer, ni siquiera su amada

Ingrid, lo había excitado tanto con tan poco, e, incapaz de negarse, dio de

nuevo un paso hacia ella y, agarrándola, la atrajo contra su cuerpo.

En esta ocasión el beso de Harald fue firme, seguro, intenso, se dejó

llevar por lo que quería y deseaba en ese instante, y por ello, cogiéndola en

brazos declaró:

—Este no es el mejor lugar.

Excitada por su brutal respuesta, ella asintió, pero repuso:

—El lugar da igual, siempre y cuando estemos tú y yo.

Sus palabras y el modo en que lo miraba hicieron asentir a Harald, que,

tras depositarla en el suelo, preguntó mirándola a los ojos:

—¿Estás segura?

Ella asintió. No había estado más segura de nada en su vida.

Al ver aquello, y sin apartar sus ojos azules de ella, el vikingo se soltó el

cinturón y su espada cayó al suelo. Acto seguido se quitó la camisa que

llevaba dejando al descubierto su varonil torso.

Alison jadeó. Si antes lo deseaba, ahora mucho más, y, moviéndose con

rapidez, se quitó a su vez la camisola mojada.

Al quedar totalmente desnuda ante él sintió cierto rubor. Siempre había

sido una mujer osada. Siempre había disfrutado del placer del sexo sin

importarle la opinión de la gente, pero con él se sentía diferente.

Harald tomó aire. Si vestida era preciosa, desnuda era un deleite de

mujer, y, sin poder aguantarse un segundo más, la cogió entre sus brazos y,

tras soltarse el cordón que le sujetaba el pantalón, se metió entre sus piernas

y la poseyó.

Mirándose a los ojos y sin vergüenzas, se dejaron llevar por la pasión,

mientras sus cuerpos disfrutaban de la locura del momento.

Para Harald, saber que ella no era una mujer inexperta y sentir cómo se

movía para exigirle más, le dio el beneplácito para poseerla con deleite. El

sitio no era el más cómodo del mundo, pero sin dudarlo se hicieron el amor

de tal manera que, cuando ambos alcanzaron el clímax, se miraron a los

ojos y sonrieron.

Aquella sonrisa y la complicidad existente entre ellos les hizo saber que

todo estaba bien, que ambos habían disfrutado con lo ocurrido.

Y Harald, tras darle un último beso en los labios, la abrazó con

protección.

Durante unos minutos permanecieron abrazados en silencio dándose

calor, hasta que ella, con la cabeza sobre el pecho de él, susurró:

—Oigo el latido de tu corazón.

Ambos sonrieron por aquello y luego él, soltándola en el suelo al notar

que temblaba, susurró:

—Hace frío. Has de cubrirte, pero la camisola está empapada.

—¡Y helada! —exclamó ella riendo al tocarla.

Aun así se la colocó sin pensarlo, y una vez que la tuvo puesta volvió a

temblar de frío, momento que Harald, sin dudarlo, aprovechó para abrazarla

y hacerla entrar en calor.

De nuevo, se quedaron en silencio hasta que de pronto ella comenzó a

reír y, sin saber por qué, Harald la imitó. Y así, abrazados, Alison,

consciente de lo que había hecho, musitó mirándolo a los ojos y necesitando

abrir su corazón:

—No sé qué me ocurre, pero no puedo dejar de pensar en ti. Incluso,

por tonto que te parezca, he llegado a soñar cómo sería una vida contigo.

La franqueza de sus palabras hizo que Harald la mirara con seriedad.

Y Alison, comprendiéndolo, y consciente de que se había dejado llevar

por el momento, soltó para quitarle hierro al asunto:

—Tranquilo, pagano, solo ha sido en sueños…

Harald no se movió. Pero ¿qué decía? Y, dispuesto a dejárselo claro,

respondió:

—Eso nunca ocurrirá.

Sus palabras.

Su mirada.

Su rechazo le dolió a Alison en lo más profundo de su corazón.

Pero ¿cómo era tan tonta? ¿Por qué se había dejado llevar por lo que

sentía? ¿Por qué había creído entender en él lo que no era?

Y, disimulando para no mostrar lo mucho que le había dolido su

rechazo, cuchicheó:

—Mira que eres… tontito.

Esta vez él esbozó una sonrisa y ella, tomando aire, dijo:

—Siempre quise disfrutar del lado salvaje y pagano de un vikingo.

Harald la miró. ¿Ya estaba otra vez con aquello de *pagano*?

—¿Te ha gustado mi lado pagano y desinhibido en el disfrute del cuerpo?

Él asintió sin dudarlo y ella, sorprendiéndolo, preguntó:

—¿Sientes algo por mí?

—¿Por qué eres tan indiscreta?

—¿Por qué no, si quiero saber?

Asombrado porque volviera al ataque, Harald fue incapaz de contestar,

y ella, viendo su incomodidad, se apresuró a decir:

—Vale, ha sido una tontería preguntarte eso, cuando la realidad es que

ni tú me soportas a mí ni yo te soporto a ti.

—¿Por qué no me soportas? —preguntó él con curiosidad.

Deseosa de enredar de nuevo los dedos en aquel pelo claro, pero, conteniéndose de hacerlo, Alison respondió:

—Porque eres un hombre excesivamente responsable, gruñón e insoportable.

—¿Y eso no te agrada?

—No.

—¡¿No?!

La joven negó con la cabeza.

—Me agradan los hombres que me hacen sonreír. Y tú, la verdad, ¡de

sentido del humor vas justito!

Boquiabierto, él no supo qué decir; su sentido del humor siempre había

sido muy apreciado por Ingrid. Ella, con su transparencia habitual, añadió:

—Soy consciente de que piensas que soy una mujer ruda y bastante

bocazas. Solo hay que ver cómo me miras cuando digo o hago algo que tú

no apruebas. —Él no respondió—. Dijiste que no te atraen las mujeres de

pelo oscuro como el mío porque te gustan las de pelo claro, ¡vale!, lo

entiendo. Pero es que, además de eso, no has parado de repetirme que soy

una irresponsable, una tozuda, una malhablada, y si a eso le sumamos que

salto azoteas, me enfrento a tempestades y aquí estoy, ofreciéndote mi

cuerpo sin decoro, creo que…

—Cuidado con lo que vas a decir —la cortó él.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

Con un cariño que le salió del corazón, Harald le retiró un mechón de su

pelo oscuro para ponérselo tras la oreja e indicó:

—Porque lo que acaba de ocurrir entre nosotros ha sido algo que ambos

hemos buscado.

Oír eso la hizo sonreír y, recordando algo que su tío Edberg le había

contado acerca de las costumbres nórdicas, preguntó:

—¿Es cierto que los noruegos podéis tener más de una mujer?

—Sí.

Se quedaron unos segundos en silencio y luego ella, aventurándose,

soltó:

—¿Y tú por qué no tienes ni siquiera una?

La pregunta le resultaba incómoda a Harald, pero, en vez de callarse,

respondió tocándose el anillo de plata que llevaba en el dedo:

—Tengo mujer.

Consciente de lo que Demelza le había contado, pero sin querer revelar

que sabía su historia, Alison se hizo la sorprendida y preguntó mirando su

anillo:

—¿Y tu mujer, aun siendo pagana, aprobaría lo que acabamos de hacer?

A cada instante más incómodo, Harald repuso:

—Es complicado.

—¿Por qué?

Él no respondió, y Alison, necesitando que hablara, insistió:

—Si fueras mi marido no me gustaría que disfrutaras de los placeres de

la carne con otra mujer porque solo querría que lo hicieras conmigo. Y, sí,

lo admito, soy muy pagana para disfrutar del cuerpo, pero lo que es mío es

mío y no me gusta que lo toque nadie.

Harald asintió. Él, como hombre, pensaba igual, a pesar de su cultura y

sus costumbres vikingas, y dejándose llevar soltó:

—Ingrid, mi mujer, murió. —Luego tomó aire y añadió—: Era preciosa.

Maravillosa. La mujer más bonita que había en la Tierra. Con un asombroso

cabello dorado, una piel suave y blanca y un carácter cálido y conciliador.

Ella es mi amor. Mi mujer. Nadie más.

Que Harald le contara aquello, con lo reservado que era, como poco

resultaba inaudito. Y, consciente de que su esposa había sido todo lo

contrario de ella, y que ahora entendía por qué le gustaban las mujeres de

cabello claro como el sol, Alison bajó la voz y dijo:

—Harald, lo siento.

Él asintió y, tomando aire de nuevo, dijo tras besar con mimo el anillo

de su dedo:

—Ella estará en mi mente, en mi corazón y en mi vida eternamente.

—Es muy bonito lo que dices.

Sorprendido por oírla decir eso, él indicó entonces con una sonrisa

triste:

—Bonito, no sé, pero es mi realidad.

Tras unos segundos de silencio por ambas partes, Alison añadió:

—Te entiendo, y aunque me meta en lo que no me importa, ¿no crees

que «eternamente» es demasiado tiempo?

—¿Por qué dices eso?

—Lo digo porque, en tu vida, ¿no puede entrar otra mujer y ser feliz?

—No.

Ella parpadeó asombrada.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio.

—Pero ¿por qué? —insistió la joven.

Acorralado por aquellas preguntas, que siempre odiaba contestar, él

repuso:

—Porque ya me enamoré una vez de mi mujer y dudo que me vuelva a

enamorar.

—Eso no se sabe, Harald.

—Yo sí lo sé —afirmó él convencido.

Alison calló. Podía comprender el amor que sentía por Ingrid, como

podía entender que la pena por no tenerla a su lado lo tenía bloqueado. Pero

ella estaba muerta. Por mucho que la quisiera, no podía abrazarla, besarla,

hablar con ella.

—¿Eso quiere decir que estarás solo el resto de tu vida? —preguntó.

—Como sueles decir tú…, probablemente.

—Pues, como dice el tío Matsuura, deberías vivir el presente, Harald.

Molesto por sus palabras, él replicó entonces:

—Si no te importa, viviré como yo decida.

Alison resopló, pero, sin querer callarse, insistió:

—¿En serio te vas a negar hijos, una familia o amor? —Harald asintió y

ella musitó—: Pues es una pena oírte decir eso, y fíjate lo que te digo: sin

conocer a tu mujer estoy casi segura de que no le gustaría verte eternamente

solo. Creo que eres un buen hombre que puede dar mucho amor y es muy

triste que no vaya a ser así.

Harald suspiró.

—Quizá lo entenderías si te hubieras enamorado alguna vez.

Ella lo miró y, dispuesta a sincerarse como había hecho él, soltó:

—Pues, mira tú por dónde, te puedo entender porque una vez yo

también me enamoré.

Oír eso, que no esperaba, lo sorprendió, y más cuando la oyó decir:

—Lo creas o no, hace años me enamoré del idiota de Conrad McEwan.

Harald parpadeó.

—¡¿Conrad McEwan?!

Ella asintió.

—Increíble pero cierto. Me enamoré como una loca de ese maldito

gusano, pero créeme cuando te digo que, tras sufrir su aversión, me juré que

nunca volvería a permitir que mi corazón se prendara de nadie.

Unos extraños celos se instalaron en el interior de Harald. Imaginarla

amando a aquel imbécil no le hizo gracia.

—Durante años, y a pesar de que conocí a distintos hombres, ninguno

me despertó ningún sentimiento especial. Hasta que de pronto, en

Edimburgo, cuando te vi aquel día ante mi caballo, mi corazón

inexplicablemente se aceleró y desde entonces, aunque suene fatal lo que te

voy a confesar, no he podido dejar de pensar en ti.

Boquiabierto por la sinceridad de aquella muchacha, Harald contuvo el

aliento, pero entonces ella soltó sonriendo con un gesto de los suyos:

—¡Por Yemayá…, de nuevo me estoy comportando como una

irresponsable bocazas admitiendo ante ti que me aceleras el corazón! No

solo me he entregado a ti esta noche en esta horrible, pestilente y fría

cuadra, sino que, encima, admito que me atraes. Está claro que no tengo

remedio.

Sin salir de su asombro, Harald no sabía qué pensar; aquella joven sin

duda era diferente de todas las que hasta el momento había conocido.

Intentando poner en orden sus pensamientos, preguntó confundido:

—¿Quién es Yemayá?

—La diosa de los mares —dijo Alison, e incapaz de callar añadió—:

Está visto que sientes más curiosidad por saber quién es ella que por lo que

yo te acabo de decir.

Harald, horrorizado por no saber gestionar aquel momento, y queriendo

ser sincero, repuso:

—Eso no es así.

—Tranquilo —se burló ella—. Soy consciente de que sigo siendo

morena, bocazas e irresponsable, y, encima, bastante pagana en lo que se

refiere al disfrute del cuerpo.

Aquella manera de ser suya, sin poder evitarlo, lo hizo sonreír.

—Reconozco que, tras la pérdida de Ingrid, eres la primera mujer que ha llamado mi atención —indicó.

—¿Aun siendo morena?

—Aun siendo morena —admitió Harald.

Que él reconociera aquello, cuando era un hueso duro de roer, era como poco inaudito, y Alison insistió:

—¿Lo dices en serio?

—Acabo de decírtelo.

—Entonces ¿he de alegrarme por ello?

—Nunca habrá nada entre tú y yo.

De nuevo, el rechazo. Aquello estaba matando a la joven, pero, deseosa de que él no se percatara de ello, cuchicheó con gracia:

—Venga, confiésalo. Llamarte «tontito» fue crucial para llamar tu atención, ¿a que sí?

Harald rio, nadie lo conseguía como ella; no obstante, queriendo dejar las cosas claras entre ambos, añadió:

—Alison, me atraes mucho, pero en mi corazón solo hay cabida para una mujer, y esa es Ingrid. Con esto quiero decirte que…

—Que hay un corazón entre tú y yo —afirmó ella cortándolo.

Inevitablemente, él asintió. Sin duda, no podría haberlo definido mejor.

Y, al ver el desconcierto en sus ojos, el vikingo insistió:

—Lamento si lo que ha ocurrido esta noche te ha dado falsas

expectativas en cuanto a que algo pudiera pasar entre nosotros.

Ella no dijo nada en un primer momento; con su seguridad al hablar, no

tenía duda de lo que decía. Imaginar que entre ellos pudiera ocurrir algo,

teniendo a su mujer tan presente, era complicado. Demasiado. Y, furiosa y

sin medir las palabras, soltó:

—Está visto que tu mujer era tan perfecta, tan ideal, tan maravillosa

que…

Harald la agarró entonces del brazo para que lo mirara y siseó:

—No hables de mi mujer.

—Solo he dicho…

—¡Que no hables de mi mujer! —insistió él.

Ver su expresión y oír su tono hizo que la joven se diera cuenta de su

error, y susurró:

—Lo siento. No pretendía incomodarte.

Harald la soltó consciente de que su gesto había sido muy agresivo.

—Yo también lo siento. Discúlpame —musitó.

Se quedaron unos segundos en silencio durante los cuales ambos

pensaron en sus cosas, y finalmente Alison, al ver su expresión atormentada

por lo que acababa de suceder, susurró:

—Harald, no pienses más en ello. He sido yo.

—Pero…

—¡Harald, he sido yo! Yo he ido tras de ti. Yo te he exigido. Yo me he

entregado a ti y tú solo has tomado lo que yo te ofrecía. Nada más. Que

ambos nos atraemos, ¡sí! Pero está claro que entre nosotros no habrá nada, y

no hay más que hablar.

Oír eso en cierto modo incomodó al vikingo. Pero ¿qué le ocurría? ¿Por

qué, al oír por su boca lo mismo que él decía, se incomodaba? ¿Se estaba

volviendo loco?

Y, apartándose para acabar con aquella conversación, comenzó a anudar

el cordón de su pantalón. Después cogió su espada y, cuando iba a hablar,

Alison susurró al ver su apuro:

—Tranquilo, Harald, todo está bien entre nosotros.

Conmovido por cómo la muchacha lo miraba, él quiso abrazarla,

besarla, tocarla, pero se contuvo. Era mejor no hacerlo para no seguir

creándole falsas expectativas.

Alison volvió a sonreír disimulando su malestar para hacerle saber que

estaba bien, que no le importaba tanto su rechazo; se tocó los brazos y

musitó tiritando:

—Me muero de frío. Creo que regresaré a la habitación.

Harald asintió. Sin duda era lo mejor.

Por ello, la joven se dio la vuelta y, con el corazón latiéndole

desbocado, salió rápidamente de los establos para regresar al hostal con el

corazón roto.

Al llegar a su cuarto, se quitó la camisola empapada y, tras secarse, se

puso otra que Demelza le había prestado. A continuación, sin poder dejar de

pensar en lo ocurrido, se metió en la cama con Siggy, consciente de que

nunca sería amada de la manera incondicional en que era amada Demelza y

de su mala suerte en el amor.

Instantes después, Harald salió del establo con el semblante serio para

dirigirse hacia su habitación mientras pensaba que lo sucedido con Alison y

la conversación que posteriormente habían mantenido habían hecho que se

diera cuenta de que quizá estaba equivocado.

Capítulo 36

Durante horas Harald intentó dormir, pero le resultó imposible recordando

lo que había hablado con Alison. Tenía su olor pegado al cuerpo y su boca

aún sabía a ella.

Enterarse de que en el pasado había estado enamorada de Conrad

McEwan lo había sorprendido y, extrañamente, también incomodado. Que

aquel tipo la hubiera besado y tocado no le hacía ninguna gracia. Ahora

entendía por qué la perseguía aquella noche en Edimburgo y, molesto,

resopló.

Mientras miraba al techo tumbado en la cama, pensó en Ingrid, en su

preciosa mujer, y acarició el anillo que llevaba en el dedo.

La había conocido cuando ambos eran unos niños y decidieron hacerse

novios. Los años pasaron y los sentimientos que sentían el uno por el otro

fueron creciendo y asentándose, y el día que ella, con sus votos

matrimoniales, decidió ser su esposa, se sintió el hombre más feliz de la

Tierra.

Pero, desgraciadamente, el mejor día de su vida se convirtió en el peor

en pocas horas, cuando, durante el banquete de bodas, fueron asaltados e

Ingrid y su familia, asesinados.

Desde su muerte habían sido muchas las mujeres que lo habían mirado,

adulado y compartido su lecho durante unas horas para satisfacer sus deseos

carnales. Pero ninguna lo había hecho olvidarse de Ingrid.

Hasta que había aparecido Alison, aquella mujer que había irrumpido en

su vida de una manera inesperada, que lo sacaba de sus casillas con sus

acciones y su manera de hablar, pero que había conseguido que se diera

cuenta de que quizá estaba equivocado.

Pensar en ella de pronto lo hacía sonreír, lograba que su corazón se

acelerara como llevaba tiempo sin ocurrirle. Se levantó de la cama,

encendió una vela y se acercó a la ventana para mirar al exterior. El

temporal amainaba, las nubes escampaban y, como muchas otras

noches,

miró el cielo. Contemplar las estrellas era algo que a él y a Ingrid les

encantaba. Pero de pronto Harald sintió que desearía que Alison estuviera

allí con él.

¿Qué hacía pensando de nuevo en ella? ¿Qué le había ocurrido para

llegar a ese punto?

En ese instante oyó que alguien llamaba a la puerta. ¿Sería ella de

nuevo?

Sin dudarlo, se apresuró a abrir y se quedó sorprendido al ver a

Demelza.

Ambos se miraron unos instantes en silencio hasta que la pelirroja

indicó:

—He visto luz por debajo de tu puerta y he supuesto que estarías

despierto. ¿Puedo pasar?

Harald asintió y ella entró.

—¿Por qué no duermes? —preguntó Demelza tras cerrar la puerta.

—¿Y tú? —repuso él.

Dejando la vela que llevaba sobre la mesa que había en la habitación, la

pelirroja lo miró y soltó:

—¿Piensas responderme con preguntas?

Ambos rieron por aquello y ella, incapaz de callar, susurró:

—He visto que Alison y tú salíais del establo y he intuido que…

—¿Acaso nos espías? —preguntó Harald levantando la voz.

—No.

—Entonces ¿cómo narices sabes eso?

Rápidamente ella le ordenó callar con un gesto y, mirándolo, siseó:

—Aiden me ha dicho que, si nos oye gritar o discutir, vendrá y nos matará. Por tanto, baja la voz, que no hace falta chillar.

Molesto por aquello, él se sentó en la cama. Instantes después lo hizo Demelza y, tras unos segundos en silencio, finalmente él declaró:

—Esa mujer me confunde. ¿Sabías que estuvo enamorada de Conrad McEwan?

Sorprendida porque supiera aquello, Demelza afirmó con la cabeza y Harald añadió:

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Y por qué iba a decírtelo?

Harald no contestó y ella explicó:

—Fue algo íntimo que ella me contó. No es para ir pregonándolo.

Él asintió, sin duda tenía razón.

—Le he hablado de Ingrid —señaló a continuación—. Esa mujer me hace sentir vivo y necesitaba hablarle de mi mujer.

Conmovida por el enorme paso que Harald había dado al hablar de su hermana, ella iba a decir algo cuando este sentenció tocándose el anillo que llevaba:

—Le he dicho que Ingrid es la única dueña de mi corazón y que nadie le arrebatará su lugar.

—Harald…

—No lo digas —replicó él al ver cómo lo miraba—. Sé que me has

dicho mil veces que me quite este anillo, pero no pienso hacerlo. Es de ella

y…

No pudo continuar. Hablar de Ingrid en aquellos términos lo seguía

emocionando; pensando en Alison susurró:

—He sido sincero con ella como ella lo ha sido conmigo. No pretendo

que esa muchacha espere algo de mí que yo no estoy dispuesto a dar.

Demelza sonrió. Era la primera vez que veía en Harald un cambio en lo

que a las mujeres se refería. Nunca lo había visto enfadarse y preocuparse

por ninguna como lo hacía con Alison. Sin duda no todo estaba perdido.

—Alison me parece una muchacha excelente —musitó ella a

continuación.

—¿Y…?

—Y…, bueno, con lo que ha pasado, lo ha perdido todo. Se ha quedado

sin la carreta. Ha perdido su mercancía, sus cosas personales y, la verdad,

necesita…

—Tiene al gobernador. Él y su mujer son sus tíos, ¿acaso no se van a

ocupar de ella?

Demelza suspiró. Ella también había pensado en ello, pero, deseosa de

remover los sentimientos de su cuñado, se aventuró a decir:

—Harald…, si hablamos con el padre Murdoch os podría casar y…

—¡¿Qué?! —exclamó él boquiabierto.

Ella asintió, sabía que lo que había dicho era como poco provocador, e indicó:

—Alison te gusta. Y tú necesitas una mujer en tu hogar.

Sin dar crédito, el vikingo negó con la cabeza.

—Maldita sea, Demelza. ¿Te has vuelto loca?

—Probablemente —afirmó ella con gracia.

Al oírla y ver su sonrisa, Harald musitó:

—Estás muy graciosa esta madrugada, ¿no?

—Probablemente.

Él iba a protestar al oír por segunda vez aquella palabra tan propia de Alison cuando Demelza, agarrándolo del brazo, se apresuró a añadir:

—Vale…, vale…

Durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que el vikingo, sin querer revelar los pensamientos que había tenido antes de que ella llegara, agregó:

—Que Alison me atraiga como mujer no quiere decir que desee casarme con ella.

—Harald, ya no eres un niño. Eres un hombre.

—¿A qué viene eso? —preguntó él molesto.

Demelza sonrió y le guiñó un ojo.

—Viene a que Alison te hace sentir vivo.

—¡¿Y…?!

—Y se lo prometiste a Ingrid.

Él resopló.

—Sé que soy terriblemente pesada —continuó ella—, pero quiero verte

feliz. Sabes tan bien como yo que cuando me divorcié del impresentable de

mi exmarido dije que nunca, ni muerta, volvería a fijarme en un hombre,

porque ninguno me haría feliz. No obstante, me equivocaba. Apareció

Aiden y, aunque me costó dar mi brazo a torcer, cuando lo hice me di

cuenta de que no todos son iguales. Los hay buenos y malos. Y, por suerte

para mí, Aiden McAllister, a pesar de todos los pesares y de lo difícil que se

lo puse, me abrió su corazón y hoy por hoy puedo decir que me siento la

mujer más dichosa de toda Escocia. —Harald no dijo nada, y ella prosiguió

—: Si te digo esto es porque, cuando me di la oportunidad a mí misma, fui

feliz. Sé que Ingrid es irreemplazable. Lo será para ti y para mí el resto de

nuestras vidas. Ella era buena, increíble, maravillosa, pero se fue, Harald, y

nunca más volverá.

—Lo sé —afirmó él en un hilo de voz.

—En este tiempo has conocido a distintas mujeres —continuó la joven

—. Buenas, malas, mejores, peores. Sé que ninguna se parece a Ingrid,

y

ninguna se le parecerá porque Ingrid solo hay una. Pero llegó Alison con su

locura y su irreverencia, y en mi corazón hay algo que me dice que ella es la

mujer idónea para ti.

—Tú corazón está equivocado —se mofó él.

Demelza rio.

—Harald, comparar a Alison con Ingrid es un error. No lo hagas. Sé que

la que es mi hermana es Ingrid, y sé que el resto de tu vida la llevarás en tu

corazón. Pero ha aparecido Alison y ella te gusta, te atrae, te inquieta, te

desespera. Solo hay que ver tu expresión cuando ella está cerca y, sobre

todo, hay que leer tus palabras y el miedo que tienes a que le pase algo

cuando te enfadas con ella. Te conozco. Llevo toda la vida a tu lado y sé

cuándo algo te desagrada y cuándo te agrada, y te empeñas en hacernos

creer a todos, y especialmente a ti mismo, que tienes razón. Y, dicho esto,

sin que milagrosamente me hayas interrumpido, que os hayáis encontrado a

solas esta noche y hayáis hablado puede que…

—Que nos hayamos visto esta noche no quiere decir nada. Simplemente

ha ocurrido algo que ambos deseábamos, como personas adultas que

somos.

Nada más.

—¿Nada más?

—Nada más —repitió él, consciente de que mentía.

Demelza asintió y, mirándolo, susurró:

—Sé que aceptaste la muerte como parte de la vida, pero ¿por qué no

dejas ir a Ingrid? ¿Por qué sigues queriendo tenerla cogida de la mano?

—Porque ella es mi amor.

La joven pelirroja suspiró. Harald era un cabezota duro de roer.

—Muy bien —añadió—, pues entonces procura no poner cara de perro

apaleado cuando veas que Alison habla con Evander o con otros hombres.

—Pero ¿qué dices? —protestó él.

—Lo que oyes. Ni más ni menos.

En silencio, Harald rumió lo que acababa de oír. ¿Tan evidente era? Y

cuando iba a hablar, Demelza continuó:

—Alison ha perdido todo lo que tenía y me ha confesado que, si tuviera

un hogar, no buscaría familia para Siggy, Will y Briana.

—¿Y…?

—Pues que lo he hablado con Aiden y ambos estamos de acuerdo en

proponerle que se venga a vivir a Keith.

—¿Que venga a Keith? —preguntó Harald boquiabierto.

Demelza asintió y, al ver la mirada inquieta de él, indicó:

—Si ella vive en Keith, tendrás tiempo para conocerla y saber si esa

mujer te interesa o no como para incluirla en tu vida.

Sorprendido por aquello, él no supo qué responder, y a continuación su

cuñada preguntó:

—¿No crees que es una excelente idea?

—No.

—¿Por qué?

El vikingo maldijo de pronto, se levantó de la cama y afirmó con gesto

ceñudo:

—Porque acabo de decirte que entre Alison y yo nunca habrá nada.

—¡Jodido cabezón! —insistió Demelza sin bajar la guardia. Y, al ver

que él no respondía, añadió—: Alison es lista, cariñosa, valiente, bonita y

trabajadora. Y esos tres niños necesitan un hogar. ¿Por qué no te planteas

una vida con ella?

—Pero ¿te has vuelto loca? —gruñó él sin dar crédito.

La joven asintió, sin duda se estaba volviendo loca, e insistió:

—Alison y esos chiquillos necesitan un hogar y tú necesitas una mujer y

una familia.

—¡Demelza! —la cortó él—. ¡Basta ya!

Ambos se miraron a los ojos y, antes de que la pelirroja pudiera decir

nada, Harald soltó intentando convencerse a sí mismo:

—Ni Alison es mujer para mí ni yo hombre para ella. No quiero a mi

lado una muchacha osada que me quite la paz y el sosiego. —Ella iba a

protestar, pero él prosiguió—: Sí, Demelza, sí. Alison es como tú. Una loca

irresponsable que no me traería más que problemas. Y no estoy dispuesto a

pasarme la vida preocupado por ella, como Aiden se preocupa por ti por

culpa de tus locuras.

—Pero ¿qué dices? —se mofó ella sonriendo, consciente de que llevaba

razón.

—¿Lo ves? Te digo algo que es cierto, algo que es incómodo para tu

marido…, ¡y te ríes!

Ella suspiró.

—Si quieres, me pongo a llorar.

—Maldita irreverente.

—Maldito cabezón.

Harald sacudió la cabeza desesperado y, cuando iba a hablar, ella indicó:

—Piénsalo. Estás solo y tienes una casa preciosa y enorme para que

podáis vivir cómodamente tú, ella y los niños…

—He dicho que no.

—¡Harald!

—¡Dem! Por todos los dioses vikingos…, para de una vez y no insistas

más o Aiden vendrá a matarnos por los gritos que va a oír.

Ver su gesto ceñudo hizo que Demelza desistiera. No obstante, deseosa

de hacerle ver que se estaba equivocando, cambió de táctica y musitó:

—De acuerdo. No insistiré.

—Gracias.

—Tema zanjado.

—Te lo agradezco.

Y, después de unos segundos en silencio, ella tomó aire y agregó:

—Aun así, quiero ayudar a Alison y a esos niños. Ella necesita un hogar

y en Keith puede tenerlo porque Aiden y yo se lo podemos ofrecer.

Sin entender qué quería hacer ahora, Harald iba a hablar cuando ella

añadió:

—He de decirte que, imaginando tu negativa, ya hemos pensado en

otras opciones para ella.

—¿Qué opciones? —preguntó molesto.

A continuación, Demelza se levantó, cogió la vela que había dejado

sobre la mesa e indicó:

—Alison y los niños podrán vivir con nosotros en la casa grande.

—¡¿Qué?!

—También hemos pensado que, como es una mujer bastante

independiente, podría ocupar alguna de las cabañas vacías que hay al oeste

de las tierras. Esa sería una excelente opción para Alison, ya que podría

conocer a alguno de los hombres solteros que allí viven y formar una

familia.

Oír eso fue como un revulsivo para Harald. ¿Cómo que Alison podría

conocer a algún McAllister? ¡Ni hablar!

—La verdad —prosiguió Demelza caminando hacia la puerta—, estoy

convencida de que a Peter McGregor le encantará conocerla mejor. Y si a

ella no le interesa Peter, he pensado que están George, Brandal, Charles,

Bruce o Michael. Seguro que les gustará una mujer como ella. Es guapa,

lista, simpática, tiene una sonrisa preciosa y, aunque tenga tres niños a su

cargo y sea irresponsable como tú dices, creo que a ninguno de ellos le

importará todo eso… Incluso Evander podría venir a Keith si se interesara

por ella.

Harald no respondió:

Si su cuñada se proponía incomodarlo con sus planes, lo estaba

consiguiendo; aquella abrió la puerta e indicó:

—No veo el momento de proponérselo a Alison. Espero que acepte y

vea un bonito futuro en Keith.

Y, dicho eso, salió de la habitación tras guiñarle el ojo, dejando al

vikingo boquiabierto y sin poder reaccionar.

Pero ¿acaso Aiden y Demelza se habían vuelto locos?

Enfadado y molesto, apagó la vela y se volvió a tumbar en la cama.

Debía dormir.

Pero le resultaba imposible. La conversación con Demelza lo había

alterado.

¿Cómo soportar ver a los McAllister, a Evander o a Peter conquistando

a Alison?

Al cabo de un rato, volvió a levantarse y encendió de nuevo la vela

antes de acercarse a la ventana.

Ya no solo lo inquietaba el futuro de Alison, sino que lo incomodaba lo

que Demelza y Aiden pretendían provocar. Ni en el peor de sus sueños se

imaginaba ver a la única mujer que había llamado su atención en brazos de

otro hombre.

Intentando centrarse, cerró los ojos y respiró hondo.

Siempre había admirado a las mujeres guerreras. Ingrid lo fue, aunque

en menor medida que su hermana Demelza, pero era valiente y perfecta.

La diferencia entre ellas era que mientras Ingrid era una joven fácil de

manejar y que básicamente pensaba en estar bella y llevar bonitos vestidos,

Demelza era una cabezota inmanejable que tan solo tenía en mente cómo

pelear duro para sobrevivir vistiendo pantalones.

La manera de ser de la pelirroja siempre le había gustado, aunque en

ciertos momentos lo horrorizaba. Tener una mujer tan irresponsable y

guerrera a su lado, dependiendo del momento, podía ser una ventaja o un

peligro. Y justamente Alison era como Demelza.

Sin saber por qué, sonrió. Pensar en la joven morena, en su locura o en

su sentido del humor, lo hacía sonreír, pero al mismo tiempo lo hacía

sentirse mal, pues le parecía estar traicionando a Ingrid.

¿Qué pensaría ella de Alison?

No obstante, según se hizo esa pregunta, supo también la respuesta. Si

Ingrid conociera a Alison, le gustaría. ¿Por qué? Porque era como la

cabezota de Demelza, y ella siempre había admirado a su pelirroja preferida

por su valentía e incluso por su imprudencia.

Dolorido por los recuerdos, pensó en los niños. En Will, Briana y Siggy.

A aquellos pequeños, que no habían pedido venir al mundo, sin duda se les

presentaba un futuro incierto si Alison no aceptaba la propuesta de Demelza

y Aiden y les buscaba un hogar.

¿Y si no eran bien tratados? ¿Y si, a causa de que él no los aceptaba en

su hogar, esos pequeños sufrían?

Eso lo inquietó, porque sabía que en su casa serían criados con cariño y

amor.

Hecho un lío, volvió a mirar las estrellas. La luz cegadora de una de

ellas lo hizo parpadear y de pronto musitó tocándose el anillo del dedo:

—Ingrid…, mi amor. Sé que te prometí ser feliz, Pero ¿cómo serlo sin

ti?

Permaneció unos segundos en silencio hasta que, incapaz de callar,

añadió pensando en la propuesta de Demelza:

—Alison y tú no tenéis nada que ver. Tú eras la calma y ella es el

bullicio. Tú eras la cordura y ella es la locura. Tú eras mi amor y ella solo…

solo es una mujer que me atrae por su descaro, su arrojo, su

insensatez. La

veo tan parecida a Demelza que, bueno…, reconozco que me hace gracia.

Harald se tocó el rostro. Hablar con Ingrid era algo que hacía casi todos

los días, y prosiguió:

—Nuestro amor y nuestra complicidad se fueron fraguando a fuego

lento con el paso de los años. Eras especial. Tan especial que no sé cómo

soltarte de la mano y dejarte ir. ¿Qué hago, Ingrid? Ni te imaginas lo mucho

que necesitaría que me dieras una señal.

Conmovido por sus propias palabras, Harald cerró los ojos. Daría su

vida porque nada de lo ocurrido en el pasado hubiera sido verdad. Nada le

gustaría más que estar en Noruega con Ingrid y ser feliz rodeado de una

bonita familia. De esos hijos de los que tanto habló con ella y que ya nunca

llegarían por culpa del maldito destino.

Estaba pensando en ello cuando unos ruidos en la calle atrajeron su

atención y se sorprendió al ver salir del establo a Alison y al japonés. Pero

¿adónde iban?

Parapetado tras la ventana para no ser visto, oyó gruñir a la joven:

—La respuesta es ¡sí!

Harald parpadeó.

—Alison…, escucha… —dijo entonces el japonés.

—Por las barbas de Neptuno, ¡no quiero escucharte!

—Alison, te conozco y sé que no te da igual —afirmó Matsuura.

Pero la joven, que estaba alterada, indicó:

—Hablaré con ellos, te parezca a ti bien o no. Estoy convencida de que

aceptarán. Se ocuparán de ellos y les darán el cariño y el amor que

necesitan.

—Alison, escucha.

Pero entonces ella negó con la cabeza y repuso:

—Tío Matsuura, es lo mejor para todos. Una vez que los niños tengan

un hogar, regresaré al lugar del que nunca debería haberme marchado, y no

se hable más.

Y, dicho esto, Alison, que parecía muy enfadada, clavó los talones en su

bonito fiordo y se alejó al galope.

Confundido, Harald la vio partir mientras en su mente se repetía la frase

que ella acababa de decir: «Regresaré al lugar del que nunca debería

haberme marchado».

¿Adónde quería regresar, si siempre había dicho que no tenía hogar?

—Ingrid, ¿el «sí» de Alison es tu señal?… —susurró cerrando los ojos.

Durante unos segundos no se movió. Le había pedido una señal a su

esposa fallecida y Alison había aparecido gritando esa palabra: «¡Sí!».

En otro momento de su vida lo habría considerado una señal. ¿Por qué

ahora no?

De inmediato, se vistió a toda prisa para seguirlos.

Capítulo 37

Al amanecer, tras una noche en la que Alison no pudo dormir, pues su

mente y su cuerpo no paraban de rememorar lo sucedido en el establo con

Harald, al ver que la lluvia y el viento habían cesado, se levantó de la cama

con las ideas claras.

Hablaría con Aiden y Demelza. Ellos eran buenas personas. Se llevarían

a los niños consigo, y Gilroy, Matsuura y ella se las ingeniarían para

regresar al mar. Estaba claro que nunca debería haber salido de allí.

Con el pulso acelerado, se enfundó sus pantalones y, al comprobar que

los pequeños continuaban durmiendo, sin dejarse llevar por la pena que le

provocaba pensar en separarse de ellos, se dirigió a la habitación de

Matsuura y Gilroy.

Una vez allí, los despertó e hizo que Gilroy se quedara al cargo de los

niños, mientras ella y Matsuura regresaban al lugar de la catástrofe.

En silencio, cabalgaron hasta donde había estado la carreta y, mirando a

su alrededor, la joven susurró:

—Esto es un desastre. Ni joyas. Ni cajitas. Ni enseres personales…

¡Nada!

Ante ellos había árboles que habían sido arrancados de raíz por el fuerte

viento, otros estaban tronchados y, en medio de todo aquello, pedazos de lo

que un día fue una carreta.

Una vez que se apearon de los caballos y comenzaron a caminar,

Matsuura se agachó y recogió unos cacharros rotos.

La joven, al ver las piezas de cerámica que usaban como platos y vasos

hechos añicos, suspiró recordando algo que había oído:

—Al final tendré que matar a la gente para utilizar sus cráneos como

cuencos para la sopa…

Matsuura sonrió. Él también había oído aquella barbaridad.

Un rato después, tras rebuscar y no encontrar nada que se pudiera

recuperar, Alison cogió del suelo una especie de gurruño y, tras examinarlo

con atención, declaró:

—Es *Pousi*.

—Pero sin cabeza ni brazos —terminó Matsuura.

Horrorizada, soltó la muñeca de inmediato; no pensaba darle aquello a

Briana. Se llevó la mano a la frente y murmuró:

—¿Cómo le explico esto a la niña?

Matsuura no dijo nada, sabía lo culpable que aquella se sentía por la

pérdida de la muñeca. Entonces vio a Harald a lo lejos.

—Tío Matsuura —prosiguió ella agachándose sin percatarse de quién se

acercaba—. Soy un puñetero desastre. Nada de lo que hago o propongo sale

bien y… y… eso es porque mi sitio no es este, ¡y lo sabes tan bien como

yo!

—Alison… —musitó el japonés.

Pero la joven, metida en su bucle de rabia, insistió:

—No, «Alison», ¡no! Creí que podría vivir aquí, pero… pero me

equivoqué, y lo mejor que puedo o podemos hacer es rectificar.

El japonés, que observaba cómo Harald se acercaba, iba a hablar cuando

aquella, con una tristeza que le encogió el corazón, susurró:

— *Pousi* era lo único que Briana y Will tenían de su madre. De su vida en familia. Y ahora por mi culpa lo han perdido. ¿Acaso crees que esos niños no me van a odiar?

Harald, que se había aproximado a ellos en silencio, al oír eso y ver el gesto desolado del japonés, se agachó junto a la joven, que no se había dado cuenta de su presencia, e indicó:

—Will y Briana nunca te odiarán porque valorarán que salvases sus vidas. —Al oír su voz, la joven lo miró sorprendida y él añadió—: Cuando no tenían nada, cuando estaban solos y abandonados y no tenían a nadie que se preocupaba por ellos, tú los salvaste. Podrías haber mirado para otro lado, haberte marchado y olvidado de ellos, pero no lo hiciste. Los incluiste en tu vida para buscarles una mejor y eso, Alison Wilson, es lo que a ellos realmente les importará. *Pousi* es sustituible, pero tú no.

Oír eso hizo que ella parpadeara y, mirándolo con agradecimiento, susurró:

—¿Sabes que lo que has dicho es muy bonito?

Harald, que como ella no había pegado ojo en toda la noche, afirmó entonces:

—Tan bonito como tú.

Matsuura sonrió al oír eso. Aquel tipo de lindeza por parte de aquel

hombre era lo que Alison necesitaba y, con disimulo, se alejó para darles

intimidad.

Sorprendida por la alabanza del vikingo, ella parpadeó y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Algo te ocurre —aseguró ella boquiabierta—. Sonríes y me acabas de

decir un halago.

Harald sonrió, el primer sorprendido estaba siendo él, y musitó:

—Halagar siempre es bonito.

De pronto, sentía ganas de hacer montones de cosas con Alison, de

incluirla en su vida, de hacer planes con ella, pero entonces se oyeron los

cascos de unos caballos que se acercaban al galope. Al levantar la cabeza

vieron que se trataba de Demelza, Aiden y Peter e, incorporándose, Harald

se apresuró a decir:

—Alison, en cuanto a lo que ocurrió entre nosotros…

—¡Por todos las barbas mohosas y empapadas de Neptuno! —lo

interrumpió ella enfadada—. Ya hemos hablado de ello. ¿O pretendes

recordarme tu rechazo continuamente?

—No.

—Pues entonces ¡cállate!

Boquiabierto al verla tan enfadada, Harald exclamó:

—Mujer, ¡no me hables así!

Pero ella lo miró y, sin ganas de confraternizar, insistió:

—Lee mis labios: soy una mujer irreverente e irresponsable, ¡te hablo

como me da la gana! Y ahora olvida lo que hemos dicho.

Harald blasfemó. Olvidar precisamente le resultaba imposible cuando

había tomado una decisión. Intentó agarrarla del brazo, pero la joven se

soltó a toda prisa. En ese mismo instante Demelza llegó hasta ellos, se bajó

de un salto del caballo y exclamó mirando a su alrededor:

—¡Qué desastre!

Alison asintió, y Peter, apeándose a su vez del suyo, indicó dirigiéndose

a ella:

—Si quieres puedo pedirles a mis hombres que remuevan el barro para

ver si encuentran algo de lo que buscas.

Oír eso a Harald lo molestó.

—Ya me ha dicho Demelza que no quieres nada con… « *nadie*» —

cuchicheó Aiden acercándose a él.

El vikingo no contestó, y su amigo, azuzándolo, insistió:

—Como ves, pretendientes no le van a faltar.

Harald maldijo en silencio. No iba a consentir lo que decía Aiden, y

cuando se acercó a Alison, esta, ignorándolo, se agarró del brazo de Peter y

comenzó a hablar con él.

Ver aquello incomodó al gigante rubio. Por tonto, por idiota, de

repente

se dio cuenta de que no lo había hecho bien con ella y, rumiando para sus

adentros, no supo qué hacer.

Lo que había tenido con Ingrid se había fraguado lentamente con el

paso de los años, nada que ver con lo que estaba ocurriendo con Alison, que

estaba siendo todo muy intenso y acelerado.

Como le había dicho Demelza, compararla a ella con Ingrid era un error.

Un error que comenzaba a ser evidente también para él.

Durante horas el grupo estuvo rebuscando entre el barro, pero nada de lo

que encontraban se podía salvar o reutilizar. La furia de la tormenta lo había

hecho todo añicos a su paso, y cuando finalmente Alison se dio por vencida,

decidieron regresar al hostal.

En el trayecto Harald observó que Peter y ella charlaban

amigablemente, y verla sonreír por las cosas que decía el ingenioso de Peter

lo sacó de sus casillas.

Al llegar al hostal, Peter se excusó y se marchó y, cuando los demás se

sentaron a una de las mesas a beber algo, Alison tomó aire y declaró:

—Demelza, Aiden…, me gustaría hablar con vosotros.

En ese instante aparecieron Thomas y Regina y la joven, al verlos, dijo

levantándose para ofrecerles un asiento:

—Tío, tía… También quiero hablar con vosotros.

Matsuura la miró al oírla.

— *Shensi*…, no lo hagas —terció molesto.

Su tío solo la llamaba «Guerrera» en japonés cuando quería

tranquilizarla, y mirándolo repuso:

—Tío Matsuura, ¡ya está decidido!

Al observar el gesto incómodo de aquel, todos querían saber qué

ocurría; entonces Demelza, sin importarle, en este caso, el gesto incómodo

de Harald, intervino:

—Alison, Aiden y yo también queríamos hablar contigo.

Harald se tensó al oír eso y se apresuró a decir:

—Yo también quiero hablar contigo.

Thomas y Regina sonrieron y luego el gobernador cuchicheó:

—Qué comunicativos estáis todos esta mañana.

Alison, a quien los nervios por lo que tenía que decir la estaban

volviendo loca, miró a Harald y preguntó con gesto hosco:

—¿Tú quieres hablar conmigo?

—Sí —aseguró el vikingo.

La joven asintió. No pensaba soportar de nuevo su rechazo, por lo que,

no dispuesta a darle vueltas a un sinsentido, indicó al ver cómo él daba

vueltas al anillo de su dedo:

—Pues tendrás que esperar, porque primero quiero hablar con Aiden,

Demelza y mis tíos.

Harald iba a protestar cuando ella, mirando a Regina, dijo sin pensar en

italiano:

—Si ellos dicen que no, espero que tú y Thomas digáis que sí.

La mujer preguntó entonces también en italiano:

—¿Qué ocurre?

—Lo que ocurre es que necesito vuestra ayuda.

—Desde ya te digo que la tienes —afirmó Regina sin dudarlo.

Alison sonrió al oír eso, cuando Harald quiso saber sorprendido:

—¿En qué idioma estáis hablando?

—Italiano —dijo Thomas.

—¿Hablas italiano? —preguntó Demelza.

Alison, viendo que había metido la pata sin querer, se disponía a contestar cuando su presunto tío añadió:

—También habla francés y japonés.

—El japonés se lo enseñé yo. —Matsuura sonrió al ver la sorpresa de todos.

Boquiabiertos, todos miraron a Alison y luego Regina afirmó:

—Aunque ahora le guste vivir en una carreta destartalada, durante sus años en Sicilia, la familia y Matsuura nos encargamos de darle una buena educación a nuestra Alison.

Todos asintieron sorprendidos. La joven comenzaba a acumular tantas mentiras que recordar, que iba a tener que esforzarse mucho para no olvidarlas; como necesitaba hablar, dijo en gaélico:

—Aiden, Demelza, tía Regina, tío Thomas…, tengo una proposición para vosotros.

—Somos todo oídos —repuso Regina.

Tomando aire, Alison se retiró entonces su oscuro pelo del rostro y dijo

mirándolos:

—A ver, seré sincera, sois mi única esperanza de que Siggy, Briana y

Will puedan tener un hogar.

—¡Cáspita, muchacha! —musitó Thomas.

—Vosotros poseéis unas buenas casas y gente a vuestro servicio, ¿no es

así? —Ellos asintieron y la joven soltó—: Pues necesito que les

proporcionéis el hogar que yo no les puedo dar o, en su defecto, les

busquéis unas buenas familias que los críen con amor en vuestro clan.

—Por todos los santos, Alison, pero ¿qué estás diciendo? —susurró

Thomas.

Oír eso hizo que el tío Matsuura resoplara.

—Habla sin pensar. Si lo hiciera, vería que lo que dice es un gran error.

Alison lo miró sorprendida. El hombre raramente se metía en las

conversaciones, era la discreción personificada, e iba a intervenir cuando él

insistió en japonés:

—Esos niños son tu tabla de salvación como tú eres la de ellos. Tu vida

puede cambiar por ellos, del mismo modo que ellos pueden cambiar sus

vidas por ti. ¿Acaso quieres regresar a lo que tenías? ¿De verdad aún no te

has dado cuenta de que…?

—Tío Matsuura, ¡cállate! —siseó Alison.

Los demás los miraban sin entender, pero Thomas, intuyendo lo que el japonés podría haber dicho, indicó:

—Imagino que Matsuura solo quiere lo mejor para ti, muchacha. Él te conoce mejor que ninguno de los que estamos aquí. Creo que deberías escucharlo.

Alison maldijo. Estaba claro que Thomas y Matsuura se habían unido en sus pensamientos.

—Alison, tú misma les puedes dar un hogar junto a nosotros en Aberdeen —insistió Regina.

—Evander estará allí —señaló Demelza ganándose una dura mirada de Harald.

—Alison —señaló Thomas—, con nosotros no os faltará de nada y…

—No.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Regina.

La joven resopló.

—Vosotros sabéis mejor que nadie por qué.

Todos se quedaron en silencio y a continuación Alison, sin mirar a Harald, que no apartaba los ojos de ella, insistió:

—Solo necesito un hogar para los niños. Solo para ellos. Prometo que hablaré con Will y Briana para que lo entiendan. Siggy es muy pequeña y se

adaptará rápidamente a cualquiera de vosotros.

Aiden y Demelza, sorprendidos por aquella negativa a sus tíos, intercambiaron una mirada y luego Harald preguntó:

—¿Y tú?

Alison se retiró el pelo del rostro y preguntó:

—¿Yo, qué?

—¿Dónde entras tú, tu tío y tu hermano en esa proposición? —insistió Harald.

Sorprendida, ella miró a Matsuura, que estaba sentado a su lado, y respondió:

—Nosotros no entramos. Los niños se marcharán con vosotros y nosotros desapareceremos.

—¿Desapareceréis?

—Sí.

—¿Cómo que desapareceréis? —preguntó Aiden sorprendido.

Harald, que ya estaba cansado de intentar entender a aquella mujer, finalmente dijo:

—Alison…, ¿qué es lo que escondes?

—A ti te lo voy a decir —se mofó ella.

—Tú respuesta lo confirma, ¡escondes algo! —insistió él.

La joven resopló y, sin importarle lo que pensara, susurró:

—Probablemente.

Los demás se miraron unos a otros; estaba claro que aquella no tenía la menor intención de cooperar para recibir ayuda. Entonces Harald, incapaz de callar, reclamó:

—¿Por qué les has dicho a tus tíos que ellos saben mejor que nadie lo

que te ocurre?

—A ti te lo voy a decir —repitió la joven.

Desesperado por ver que aquella se había cerrado en banda, el vikingo exclamó:

—Mujer, ¡me desesperas!

Ella sonrió con humor y, cuando iba a soltar una de las suyas, el rubio insistió:

—Si no quieres contarme lo que te ocurre, ¡no lo hagas!, pero cuéntaselo a Demelza; estoy seguro de que ella intentará ayudarte.

—Lee mis labios: ¡cállate! —gruñó entonces Alison, que estaba cada vez más enfadada.

Pero Harald, incapaz de callar, añadió:

—Puedo sentir tu miedo a decir la verdad.

Oír eso hizo que Alison achinara los ojos y, con gesto fiero, respondió:

—Yo no le tengo miedo a nada.

Sin amilanarse ante su gesto ni preocuparse por cómo todos los miraban, Harald se levantó de la silla e insistió:

—Mientes.

—¡Que te calles!

—Tienes miedo y…

No pudo decir más. Con una rapidez que a todos los dejó boquiabiertos,

Alison se levantó, se colocó ante él y siseó furiosa mientras apretaba los

puños:

—Repite eso y lo lamentarás.

— *Shensi!* —exclamó Matsuura.

Pero Harald repitió sin amedrentarse:

—Tienes miedo.

Fue decir eso y lo que ocurrió a continuación los dejó a todos sin

palabras. Enfurecida, Alison se empinó y le arreó un cabezazo a aquel en la

nariz que lo hizo gritar de dolor.

Todos se levantaron horrorizados al ver la sangre de Harald correrle por

la cara mientras Matsuura susurraba:

—Lo sabía. Es que lo sabía.

Demelza y Regina se apresuraron a atender al vikingo, mientras

Thomas, asiendo a la joven del brazo, preguntaba:

—Pero, muchacha, ¿qué haces?

—¿Te has vuelto loca? —protestó Aiden sin poder creérselo.

Todos hablaban, todos opinaban, excepto Matsuura, que la observaba

sentado. Y Alison, consciente de lo que había hecho, viendo a su tío menear

la cabeza, se sentó junto a él, se tocó su dolorida frente, que comenzaba a

abultarse, y resopló.

—Se me ha ido de las manos.

—Un poco, muchacha…, un poco —convino el japonés.

Horrorizada por lo que había hecho, ella no supo qué decir. ¿Por qué era

tan bruta a veces? ¿Por qué le había dado aquel cabezazo a Harald?

Enfadado como nunca, el vikingo se limpiaba la sangre, y mirando a Demelza siseó:

—Ingrid nunca habría hecho esto.

La pelirroja asintió, pero repuso:

—Ella es Alison, no Ingrid.

—El miedo es tu prisión —exclamó él entonces furioso dirigiéndose a Alison. Oír eso y ver la sangre en su rostro hizo que la joven maldijera en silencio, y el vikingo, sin amilanarse, insistió mirándola—: Tu reacción confirma mis pensamientos. Ocultas algo que te atemoriza, y todos lo sabemos.

La muchacha cerró los ojos y notó la mano de su tío Matsuura cogiéndole la suya. Quizá había llegado el momento de decir la verdad.

Pero de nuevo la incertidumbre se apoderó de ella y, volviendo a abrir los ojos, respondió con rabia:

—Cierra la boca de una santa vez si no quieres que me vuelva a levantar y…

— *Shensi!* —la reprendió Matsuura para que se callara.

Harald gruñó enfadado mientras todos se sentaban de nuevo alrededor de la mesa.

—¡Por Thor! La testarudez de esta mujer es agotadora.

—Sí que es testaruda, sí… —Thomas sonrió.

—Alison, sé sincera, ¿qué temes? —la apremió Aiden.

—Alison… —insistió Demelza—, no solo Harald piensa de ese modo. Yo también.

Thomas, entendiendo a ambas partes, observaba en silencio. Estaba claro que para que la muchacha comenzara una nueva vida lo primero que tenía que hacer era confiar en las personas que estaban frente a ella.

—Alison, escúchalos —musitó—. Son tus amigos. Confía en ellos.

Pero la joven, por miedo a lo que pudiera pasar, negó con la cabeza.

—Solo os estoy pidiendo que os hagáis cargo de tres niños…, ¿tan difícil es entenderlo?

—¿Y tan difícil es entender que nosotros solo queremos saber la verdad? —replicó Harald.

De nuevo, el silencio se instaló en la mesa. La tensión era más que palpable entre ellos.

—Lo siento —soltó Demelza—, pero no cuentes con nosotros para quedarnos con los niños.

Sin dar crédito, Alison exclamó entonces levantando la voz:

—¿En serio me estáis diciendo que no os podéis quedar con ellos sabiendo que yo no puedo cuidarlos? Maldita sea, ¡son unos niños maravillosos! Pero ¿es que no lo veis?

Matsuura cogió su mano para que se tranquilizase, y Demelza, viendo lo nerviosa que estaba, declaró:

—Aiden y yo queríamos proponerte que te vinieras a vivir a Keith. —El japonés y Alison se miraron sorprendidos y luego la pelirroja añadió

—:

Podríais vivir en nuestra casa o en alguna de las casas vacías que hay allí.

—Otra buena opción —afirmó Regina.

Oír eso hizo que Alison parpadeara; entonces Demelza prosiguió:

—En Keith tú misma podrás darles ese hogar que reclamas a los niños y

no tendrás que dejarlos. Allí hay sitio para todos vosotros y…

—Pero, Demelza —la cortó Alison a pesar de la emoción que sentía al

ver que su nueva amiga y su marido le abrían las puertas de su hogar —,

nosotros somos comerciantes…, ¿de qué se supone que vamos a vivir allí?

Aiden, al entender la preocupación de la joven, terció entonces mirando

a Matsuura:

—Ese tema podríamos solventarlo una vez que llegáramos a Keith.

—Además —empezó a decir Demelza con segundas tras mirar a Harald,

que terminaba de limpiarse la sangre de la nariz—, allí hay infinidad de

hombres solteros que estoy convencida de que estarán encantados de

conocerte. —Y, dirigiéndose a Matsuura, cuchicheó—: Y en tu caso,

solteras.

El japonés sonrió ante el gesto sorprendido de Alison, y Harald exclamó

de pronto:

—¡Ni hablar!

Según dijo eso, todos lo miraron y Alison, levantándose enfadada, preguntó:

—¿Ni hablar de qué?

Al ver que se ponía de nuevo en pie, todos se inquietaron, y Thomas indicó mirando a Matsuura:

—Mejor que se quede sentadita.

El japonés asintió con una sonrisa y a continuación Harald, sin dejarse amilanar por la mirada de aquella, susurró:

—Ni hablar de todo.

Demelza resopló desesperada y luego musitó mirando a su marido:

—Pero ¿es que aquí nunca va a haber un entendimiento?

—Está visto que de momento no —cuchicheó Aiden.

Harald y Alison se observaban en silencio y Thomas, percatándose del poder de aquellas miradas, añadió:

—Ese «Ni hablar de todo» es demasiado extenso, muchacho. Si intervienes es para ayudar y buscar una solución, no para…

—Cásate conmigo, Alison —soltó entonces el vikingo.

Según dijo eso, Demelza se llevó una mano a la boca y murmuró:

—Ay, Dios mío…, Harald.

—Pues parece ser que ya ha llegado el entendimiento —se mofó Aiden.

Harald, consciente de cómo todos lo miraban tras lo que había dicho, declaró:

—Tú necesitas un hogar y yo necesito una familia.

—¡¿Qué?! —exclamó Alison descolocada.

Harald, nervioso como en su vida por lo que acababa de decir, insistió:

—Piénsalo. Mi propuesta puede ser algo beneficioso para todos.

Thomas, complacido al oír eso, y más aún viendo la atracción que existía entre aquellos, terció:

—Muchacho, eso es lo que yo llamo buscar una buena solución.

De inmediato todos comenzaron a dar su parecer, mientras Matsuura, mirando a aquel gigante rubio de ojos azules que sabía que a Alison la había enamorado, se dirigía a la joven en japonés:

—Menudo chichón llevas. ¿Cómo eres tan bruta? —Ella no contestó, y él añadió—: La propuesta del vikingo es la mejor que he oído nunca.

—No digas tonterías —replicó ella mirándolo.

—Te acaba de proponer matrimonio a pesar de que le has dado un cabezazo en la nariz. Sin duda este hombre, además de estar algo loco, siente algo por ti.

—Ese hombre aún quiere a su mujer —dijo ella en japonés.

—¡¿Tiene mujer?!

Rápidamente Alison le contó lo que sabía y, cuando finalizó, añadió:

—Además, no sabe quién soy en realidad. ¿Cómo reaccionará cuando se entere de quién es mi padre?

—Díselo y lo sabremos.

—¿Te has vuelto loco?

—Confía en él y en los que están aquí. Es la única manera de avanzar en la vida, *Shensi*.

Pero Alison, bloqueada al ver cómo todos los observaban, insistió

hablando en japonés:

—Tío Matsuura, te acabo de decir que sigue amando a su mujer.

—Pero también me has dicho que ella murió, y te acaba de pedir matrimonio a ti. ¿Quién dice que no te amará?

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Cómo me voy a casar?

Matsuura sonrió.

—Loco estaría si no te dijera que veo en él a un hombre que puede hacerte feliz. Su mirada es limpia, a pesar del enfado que tiene en estos momentos por lo que le has hecho. Eso sí, a tu padre se lo llevarán los demonios cuando se entere.

—¿Cómo me voy a casar si le prometí a mi padre que regresaría con él?

Su tío asintió, sabía lo importante que era para la muchacha cumplir sus promesas, y mirándola indicó:

—Llegado el momento tendrías que hablar con él y hacerle entender que…

—Imposible, ¡no puede ser!

— *Shensi*, vive el presente. Siempre te lo he dicho.

De pronto, Harald, molesto por no entender nada de lo que aquellos decían, gruñó:

—¿Podríais hablar en gaélico para que todos nos enteremos?

Alison lo miró mal y entonces Aiden lo pinchó acercándose a él:

—Yo me sentía igual cuando Demelza y tú hablabais en noruego y yo no me enteraba de nada… ¿A que no es agradable?

Harald le dirigió una fiera mirada y, sin amedrentarse por ello, su amigo

insistió:

—Intuyo que no te vas a aburrir con… « *nadie*».

Alison, que estaba en su mundo por la propuesta de aquel, se levantó de

nuevo de la silla y, al ver que todos la imitaban alertas, indicó:

—Tranquilos… No voy a atacar a nadie.

Los demás asintieron y volvieron a tomar asiento mientras veían a

aquella alejarse unos pasos.

¿Casarse? ¿En serio Harald acababa de proponerle matrimonio? ¿Debía

o no decirle quién era?

Llevándose las manos a la cabeza, se alejó un poco más, y Matsuura

preguntó dirigiéndose a Harald:

—Muchacho, ¿estás bien?

Mientras volvía a limpiarse la sangre de la nariz con la mano, él afirmó

con la cabeza, y a continuación el japonés le aconsejó:

—Si quieres que Alison te escuche, háblale desde el corazón, sin

imposiciones ni órdenes. Solo así conseguirás su atención.

El vikingo, tan sorprendido como el resto por lo que había propuesto

casi sin pensarlo, asintió, y entonces Alison, sentándose de nuevo junto a

aquellos, gruñó mirándolo:

—Lo tuyo no es normal.

—Te doy toda la razón —se mofó Aiden, que se ganó un pellizco de

Demelza.

—No hay quien te entienda —continuó Alison sin apartar la mirada de Harald—. Hace unas horas me rechazas…, me dices que nunca habrá nada entre nosotros, ¿y ahora me pides que me case contigo?

—Sí —afirmó él.

Demelza, que no cabía en sí del asombro por la propuesta de Harald, intervino con un hilo de voz:

—Quizá lo haya pensado mejor…

Oír eso hizo que Alison la mirase y, con su habitual desparpajo, indicó:

—Pero ¿qué dices?, si este hombre no me soporta.

Aiden sonrió; ver el desconcierto en el rostro de Harald era divertido.

Entonces Regina, tras mirar a su marido, soltó:

—Si es por eso, tranquila. Thomas tampoco me soportaba a mí cuando me conoció.

El aludido rio, y Demelza intervino tras tomar aire:

—Alison, pero ¿no ves sus pruebas de amor? —Oír eso hizo que su amiga la mirara y luego la pelirroja aclaró—: Harald te ayuda siempre que… que estás en un aprieto. Y lo último ha sido cuando se quedó bajo la tormenta velando por ti…, y cuando la cosa se puso fea, os salvó.

Harald no dijo nada, y Alison preguntó:

—¿Eso son pruebas de amor?

Demelza, sin entender muy bien por qué lo había dicho, afirmó:

—Desde mi punto de vista, sí.

Alison negó con la cabeza, aquello era una tontería. Y, tomando aire, se

dirigió al vikingo, que la observaba en silencio.

—Harald, ¿cómo vas a querer casarte conmigo si todo lo que hago es

reprochable y… y…? Maldita sea, ¡pero si ni siquiera sabes quién soy!

Él asintió. Entendía su reacción, de la misma forma que entendía el

modo en que todos lo miraban. No había parado de contradecirse desde que

había conocido a Alison. Se acercaba a ella para después alejarse. Ese había

sido su juego hasta el momento.

—Me gustas —declaró a continuación—, y el cariño que les das a los

niños me dice que eres una mujer atenta, entregada y cariñosa. Te he visto

saltar de azotea en azotea, enfrentarte a un temporal, maldecir como el peor

de los mercaderes, incluso pelear con rateros en la calle… ¿Crees que

todavía hay algo de ti que me pueda sorprender?

Sin poder evitarlo, Thomas y Matsuura sonrieron al oír eso, y Alison,

intentando disimular el malestar que sentía en su interior por lo que

ocultaba, repuso:

—¿Y si lo hubiera?

—Es fácil: dímelo —contestó Harald.

Verse observada por todos la incomodaba, pero más aún la incomodaba

lo que ocultaba.

—Si crees que hay algo importante que Harald deba saber, díselo —le

pidió entonces Matsuura en gaélico.

—Eso, muchacha. Es el momento —la animó Thomas, haciéndole saber

que tanto él como el japonés y su mujer estarían a su lado pasara lo que

pasase.

Alison resopló. ¿Qué debía hacer? ¿Era buena idea decir que su padre

era Jack Moore? ¿Debía poner en peligro a los que quería por un amor no

correspondido o mejor debía callar?

El tiempo apremiaba y todos la observaban. Demelza, emocionada,

musitó:

—Piénsalo, Alison. La propuesta de Harald te proporcionará un hogar.

Con el corazón desbocado, la joven miró al vikingo, a aquel hombre que

le estaba proponiendo algo que nunca imaginó que le propondrían.

—Alison, mi casa es lo suficientemente grande para que podamos vivir

todos —lo oyó decir a continuación—, y te aseguro que es un buen sitio

para que los niños se críen.

Ella lo miraba sin dar crédito con el corazón a mil. Pero ¿qué le pasaba

a Harald? ¿Por qué le daba una de cal y otra de arena? ¿Cuánto tiempo

tardaría en desdecirse de sus palabras?

Casarse con él era para ella lo ideal, lo que deseaba, pues estaba

enamorada de él. Su corazón se había desbocado desde la primera vez que

lo había visto. Sin embargo, mirando el anillo que aquel llevaba en su dedo,

susurró:

—Pero tú no me quieres.

Harald la entendió y, sin percatarse de su frialdad, repuso:

—Quizá no pueda darte amor, pero sí puedo darte un hogar.

Oír eso hizo que todos se echaran para atrás en sus sillas. Aquella no era

una buena respuesta, y Thomas, cabeceando, cuchicheó:

—Muchacho…, así no.

Alison negó con la cabeza. Ella quería ser amada, querida, idolatrada.

No le bastaba solo con ser deseada. Quería amor, complicidad. Necesitaba

sentirse única e importante para así poder enfrentarse a su padre e incumplir

su promesa de regresar con él. Sin embargo, para Harald nunca sería única e

importante, sino que siempre estaría Ingrid entre ellos.

Así pues, tomando aire por la nariz, y consciente de que le acababa de

dar la excusa perfecta para contestar, declaró:

—Ni hablar. No quiero.

—¿Por qué no me sorprende oír eso? —gruñó Thomas contrariado.

Harald permaneció inmóvil.

Hasta el momento, lo ocurrido con Alison había sido un juego. Se

retaban, se buscaban, se templaban. Lo que había sucedido en el establo

aquella madrugada y los sentimientos que ella le había confesado le habían

hecho darse cuenta de muchas cosas, pero el juego había terminado y aquello ya no era divertido. Cuando por fin se había decidido a soltar la mano de su mujer…, ¿ella lo rechazaba? Acababa de proponerle matrimonio y ella le había dicho que no delante de todos.

Estaba sin saber qué decir cuando la joven añadió:

—Mi respuesta es no porque yo no comparto corazón, Harald.

Él apretó los labios al oír eso, y Demelza exclamó azuzándolo:

—Por el amor de Dios, Harald, ¿cómo se te ocurre decir que no le vas a dar amor?

El vikingo no respondió. Solo intentaba ser sincero con ella, no quería engañarla.

Entonces Demelza, ignorándolo, se acercó a Alison para hablar con ella.

Aiden, al ver aquello, miró a su desconcertado amigo y cuchicheó:

—No medir tus palabras te ha llevado al desastre… ¡Vikingo tenías que ser!

Harald maldijo y, mirando a las mujeres, que hablaban, declaró:

—Solo intento ser sincero y decirle lo que realmente puedo ofrecerle.

Thomas, que, como todos, estaba siendo testigo de aquel desastre, se dirigió entonces a él:

—Muchacho, un poco de romanticismo en un momento así nunca viene mal. Si quieres conquistar a una mujer has de hablarle con el corazón, no

con la cabeza.

Desesperado, el vikingo no sabía qué hacer, y Aiden añadió mirándolo:

—Ingrid murió, Harald. Ella es tu pasado y…

—¿Quién es Ingrid? —quiso saber Thomas.

Rápidamente Aiden se lo contó, y el gobernador, entendiendo muchas cosas, miró a un desconcertado Harald y dijo pensando en Francesca:

—Muchacho, lo creas o no, entiendo lo que es amar a alguien a quien no puedes tener. Pero he de decirte que, aunque a veces uno quisiera volver atrás para cambiarlo todo, hay que seguir caminando para darte cuenta de que lo que en ocasiones el destino tiene para ti puede ser mejor. —Y mirando a Regina, que hablaba con Demelza y con Alison, afirmó sonriendo—: Sin duda, mucho mejor.

—Con Ingrid todo fue pausado, fácil —susurró Harald desconcertado —. Y…

—En los senderos más complicados están las mejores recompensas —lo cortó Matsuura.

Aiden y Thomas asistieron, y el japonés insistió:

—¿A qué esperas para llevártela aparte y hablar con ella? Te lo pondrá difícil. Alison es así. Pero no bajes la guardia, sé firme y enfréntate a ella.

Es la única manera de que te escuche.

Harald la miró. Por su manera de mover las manos, la joven parecía

muy enfadada.

—Hazle caso —terció Aiden—. Él la conoce.

El vikingo finalmente asintió y, cuando iba a dirigirse a ella, Matsuura lo detuvo.

—Si en algún momento ves que cierra los puños y se empina, échate hacia atrás o volverá a hacerte sangre —le advirtió.

—Pues sí que es bruta nuestra Alison —se mofó Thomas.

Aiden rio. Esta vez Harald también lo hizo, y luego afirmó:

—Tranquilos. No pasará nada.

Y, deseoso de estar a solas con la joven, se levantó de la mesa, caminó hacia donde ella estaba y pidió tendiéndole la mano:

—Ven conmigo.

—No.

—Alison, quiero hablar a solas contigo.

—Pero yo contigo no.

Harald no se movió. Él también podía ser cabezón. Y ella, molesta, insistió:

—¿A qué estás esperando? He dicho que no.

El vikingo suspiró y, tras un rápido movimiento, se agachó y se echó a la joven sobre un hombro. Como era de esperar, ella comenzó a gritar y a

patalear con furia, por lo que Harald indicó mirándolos a todos sin dejarse

amilanar:

—Estaremos hablando en mi habitación.

—Cuida tu nariz y su frente —insistió Matsuura.

—¡Maldita sea! ¡Suéltame! —gritaba Alison enfadada.

Aquello era indignante, por menos habría blandido su espada con quien

hubiera osado hacerlo. Pero, al mirar a su tío Matsuura para pedirle ayuda,

este simplemente se mofó:

—No quiero más chichones.

La muchacha gritó sin poder creérselo y, ante las miradas expectantes de

todos con los que se cruzaban, Harald la llevó hasta su habitación sin

soltarla.

Capítulo 38

Cuando Harald cerró la puerta de su cuarto y la dejó en el suelo, Alison

intentó darle un puñetazo que él esquivó y luego siseó furiosa:

—Quítate de en medio si no quieres lamentarlo.

El vikingo no se movió. Por el contrario, ancló los pies en el suelo y,

tras cruzar los brazos sobre el pecho, pidió con calma:

—Alison, tranquilízate.

Pero ella comenzó a insultarlo en su idioma.

—Pero ¿quién te ha enseñado a decir esas horribles palabras en

noruego? —preguntó él sorprendido.

—También te las puedo decir en italiano, en japonés y en francés —

replicó ella.

Eso hizo sonreír a Harald, pero no a la joven. Lo que estaba ocurriendo

era indignante para ella. Nunca había permitido que un hombre la manejara

de ese modo y, enfadada, comenzó a gritar los mayores improperios que se

le ocurrían en todos los idiomas.

Pero ¿de dónde sacaba aquella todo lo que salía por su boca?, pensó

Harald.

Intentando no perder la compostura, y dispuesto a aguantar el

chaparrón, apoyó la espalda en la puerta sin dejar de mirarla. De allí no iba

a salir hasta que lo escuchara.

Ella caminaba furiosa de un lado para otro mientras maldecía y agitaba

las manos con rabia.

Finalmente él rio al verla tan enfadada, pero, cuando comprobó que

abría la ventana y miraba hacia abajo, corrió hacia ella temiéndose lo peor.

—Por el amor de Dios, ¿qué narices pretendes hacer?

Alison resopló.

—Alejarme de ti —siseó ofuscada—. Eso es lo que quiero hacer.

El vikingo sonrió de nuevo cuando ella se empinó enfadada. Con

disimulo, él miró sus manos y, al ver que cerraba los puños, advirtió:

—Ni se te ocurra hacerlo otra vez.

Consciente de lo que iba a hacer, Alison bufó.

—Llevo tres dagas encima que no dudaré en usar contra ti como no me

dejes salir… —De nuevo, él sonrió y ella gruñó—: ¿Y esa sonrisa?

Arrebatado por lo que aquella mujer le hacía sentir, Harald confesó

hablando desde el corazón:

—La sonrisa es mía, pero quien la provoca eres tú.

Sin dar crédito, Alison siseó:

—Pues sigue y te la borraré de un puñetazo.

—Mujer…, no seas tan bruta.

Pero ella, fuera de sí, comenzó a maldecir y a decir cosas tan poco

apropiadas que finalmente Harald gruñó:

—¡Por Odín! Pero ¿dónde has oído semejantes vulgaridades?

Alison no respondió y él, sin cambiar su gesto, cerró la ventana e indicó

suavizando el tono:

—Creo que debes tranquilizarte.

—Lo haré cuando pueda salir de aquí.

El vikingo, a cada segundo más seguro de lo que hacía, afirmó entonces

siguiendo el consejo de Matsuura:

—Pues solo saldrás una vez que tú y yo hablemos.

Enfadada y rabiosa, la joven se le acercó de nuevo en actitud

intimidatoria y, poniéndose de puntillas, masculló:

—Por menos de lo que has hecho tú, otros ya estarían sangrando.

—Vaya…, ¿eso significa que he de sentirme especial?

Al ver que no se amilanaba ante ella, Alison resopló.

—¡Serás creído!

Él rio de nuevo. En todos los años que había estado con Ingrid, jamás

había sentido la tensión tan terriblemente arrebatadora que sentía por

aquella muchacha; entonces, recordando algo repuso:

—Lo dijo la… *tontita*.

Al oír eso Alison, que no esperaba, no supo qué responder, y él, al sentir

que en ese momento estaba ganando la partida, acercó sin dudarlo sus

labios a los de ella y, sin rozárselos, musitó:

—¿Qué tal si…?

Pero no pudo continuar. De pronto, sintió contra sus costillas algo

punzante que lo oprimía. Sabía perfectamente lo que era, pero sin dar un

paso atrás afirmó:

—Vamos, *tontita*…, hazlo si eso es lo que quieres.

—No me tientes.

—Clávamela. Venga…, te animo a hacerlo.

Alison cerró los ojos. Su cercanía la estaba volviendo loca, y, sin poder

continuar un segundo más con aquel juego, soltó la daga, que cayó al suelo,

y, acercando su boca a la de él, lo besó.

Un beso…, dos…

Una caricia…, dos…

La soledad de la habitación, el momento, el deseo y la tensión sexual

que existían entre ellos los hizo olvidarse de todo y, sin pensar en nada más,

comenzaron a desnudarse.

Las ropas volaron por los aires y, una vez desnudos, ambos cayeron

sobre la cama, se perdieron en el placer del cuerpo y, con ímpetu, ganas y

deseo, se hicieron el amor sin pensar en nada más.

Un buen rato después, y cuando quedaron agotados sobre la cama

mirando al techo, Harald murmuró:

—Ha sido increíble.

Ella asintió, pensaba lo mismo. En la vida había disfrutado tanto, pero

no queriendo dar su brazo a torcer, repuso:

—¡No ha estado mal!

Harald la miró al oírla, y ella soltó divertida:

—No voy a casarme contigo.

—Eso está por ver.

—¡Serás creído!

—Y arrogante —afirmó el vikingo.

—No pienso cambiar de opinión.

Eso provocó la sonrisa de Harald, que mirándola afirmó:

—Al menos te has tranquilizado. ¿O todavía quieres clavarme la daga?

Horrorizada por lo que había intentado hacer, al ver que él se tocaba la

nariz preguntó:

—¿Duele?

Él se tocó el tabique nasal y asintió y, mientras miraba el chichón que

ella tenía en la frente, indicó:

—Seguro que tanto como tu frente.

Ambos rieron y a continuación el vikingo clavó sus ojos azules en ella y

dijo:

—Si te hago una pregunta, ¿serás sincera en tu respuesta?

La joven parpadeó.

—Probablemente.

Harald sonrió de nuevo por su contestación, pero, dispuesto a saber de ella, preguntó:

—¿Por qué le has dicho a tu tío Matsuura que debíais regresar al lugar del que nunca tendrías que haberte marchado? ¿A qué lugar te referías?

Aquella pregunta, que Alison no esperaba, no era fácil de contestar.

Pero, viendo que él necesitaba una respuesta, mintió:

—Me refería a la carreta.

—¿A la carreta? —preguntó él sorprendido.

Si dudarlo, Alison asintió y continuó falseando la verdad:

—Cuando le dije eso a tío Matsuura era porque sentía que en el hostal no estaba cómoda, y menos aún pagándolo Aiden y Demelza. Por ello le decía que, una vez que los niños se marcharan con vosotros, nosotros debíamos continuar nuestro camino e intentar hacernos con otra carreta de alguna forma. Quizá joyas, como hasta el momento, no podríamos volver a vender, pero si recojo madera puedo volver a hacer cajitas y…, bueno, venderlas.

Harald la miró. Algo le decía que seguía mintiendo y, cuando se disponía a preguntar de nuevo, se oyeron unos golpes en la puerta y una voz

que decía:

—Señores, os traemos una bañera.

Ambos se sorprendieron, pues no la habían pedido, y el vikingo

cuchicheó:

—Esto es cosa de Demelza.

Más tranquila, Alison se tapó con las sábanas mientras él se levantaba,

se ponía unos pantalones y abría la puerta.

Durante el tiempo en que metían la bañera de cobre entre dos personas y

posteriormente cuatro más entraban a llenarla, Alison observó a Harald sin

ningún decoro.

Desnudo de cintura para arriba, el vikingo era increíble. Se veía un

hombre fuerte, poderoso, guerrero. Manos grandes. Piernas fornidas.

Hombro y pecho anchos. Ojos azules y fríos como el acero y sonrisa,

cuando quería, sobrecogedora. La piel de su cuerpo era clara, nada que ver

con la de Alison, que era morena, y, con curiosidad, se fijó en las cicatrices

que tenía en su cuerpo. No le hacía falta preguntar para saber que eran fruto

de distintas batallas.

Paseando la mirada por el cuerpo de aquel, subió hasta su pelo. Un pelo

largo y rubio que casi siempre llevaba recogido en una coleta, pero que en

esta ocasión estaba suelto, consiguiendo que su imagen fuera

tremendamente salvaje y viril.

Todo en él era increíble.

Todo en él llamaba la atención de Alison, y más aún desde que se había

dado cuenta de que aquel era un perfecto contrincante. Ni con una daga en

las costillas se había amilanado, y eso a la joven le gustó. Si algo la atraía

de un hombre era que le presentara batalla.

Cuando terminaron de llenarles la bañera, él cerró la puerta y, viendo

que la actitud de ella había cambiado, se quitó de nuevo los pantalones y

comentó:

—No hay nada mejor que un baño caliente.

Y, sin más, se metió en la bañera.

Se miraban en silencio, Alison desde la cama y él desde la bañera.

La atracción que existía entre ellos era difícil de explicar; entonces la

joven, todavía sin entender nada, soltó:

—¿Por qué me has pedido que me case contigo?

Mojándose el pelo, Harald respondió:

—Porque creo que es algo que nos beneficia a ambos. —Ella no dijo

nada, y él continuó con seguridad—: Buscas una familia para Siggy, Will y

Briana, y con nuestra unión se la podemos dar.

La muchacha asintió y luego indicó mientras se retiraba el pelo de la

cara:

—No te entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Anoche dijiste que entre tú y yo nunca habría nada, ¿a qué se debe ese cambio?

El vikingo, que deseaba que se metiera en la bañera con él, asintió y, dispuesto a darle una explicación, dijo:

—Te lo contaré si vienes aquí conmigo.

Intentando hacerse la dura, la joven negó con la cabeza, pero Harald, dando un manotazo al agua para que la salpicara, insistió:

—Vamos, *Bicho*… No seas tan terca.

Ella rio y, dando su brazo a torcer, se levantó.

Una vez que llegó junto a la bañera, tras asirse a la mano que él le tendía, se sentó frente a él. Quería mirarlo a los ojos.

Harald no dijo nada. Le habría encantado que se hubiera recostado sobre él, pero mirándola a los ojos, declaró:

—Ayer fui sincero contigo. Como te dije, me atraes, pero mi mujer sigue en mi corazón y ahí seguirá eternamente. Sin embargo, anoche, cuando regresamos a nuestras habitaciones, no podía dormir. Por primera vez desde que Ingrid murió comencé a pensar que quizá no estaba haciendo lo correcto. No paraba de darle vueltas a lo ocurrido entre nosotros, y entonces Demelza, al ver luz por debajo de mi puerta, llamó y hablamos.

Ella sabía que tú y yo nos habíamos encontrado en el establo, e imagino…

—Vaya.

—Le dije que entre tú y yo nunca habría nada más. —Esta vez Alison

no dijo nada, y él prosiguió—: Demelza me comentó que Aiden y ella

habían hablado de ti y que, deseosos de ayudarte, habían pensado en

ofrecerte un hogar en Keith. De entrada, tenerte cerca no me pareció bien.

Si no quería nada contigo aun sintiéndome atraído por ti, verte a menudo

podría ser complicado. Pero peor me pareció cuando Demelza me dio a

entender que otros hombres te podrían cortejar en Keith. Entre ellos, Peter o

Evander.

Oír eso hizo que Alison parpadeara sorprendida y preguntara:

—¿Y por qué no te parece bien que otros hombres me cortejen?

Harald sonrió y, con una seguridad que la joven nunca había visto en él,

afirmó:

—Porque yo, como tú, no comparto.

A cada segundo más asombrada, ella iba a hablar cuando este indicó:

—Sé que me contradigo constantemente. Sé que en mi corazón está mi

mujer. Pero también sé que no quiero que nadie te corteje, porque si alguien

ha de hacerlo ese debo ser yo.

Alison sonrió sin saber qué contestar. A su manera, Harald le estaba

diciendo palabras preciosas, y musitó:

—Has dicho que no me podías ofrecer amor, pero sí un hogar.

—Sé lo que he dicho.

La joven esperó que él añadiera algo más, pero cuando vio que no lo

hacía, insistió:

—¿Quieres una mujer pero no quieres amor?

Harald resopló. El lío que tenía en la cabeza era colosal. Aunque se

había propuesto soltar la mano de Ingrid, aún le costaba, y prosiguió:

—Alison, la verdad es que los niños y tú necesitáis un hogar, y yo,

aunque me empeñe en negarlo, necesito una mujer en mi casa. Nos

atraemos, y aunque existan cosas que nos distancian, creo que podríamos

entendernos. Si nos casamos…

—Harald —lo cortó—, soy consciente de que tú ya te casaste una vez

por amor y ahora no es amor lo que buscas. Pero has de entender que, por

muy bruta e insolente que me veas, siempre he pensado que el día que me

case lo haré por amor. —Entendiendo sus palabras, él no respondió y ella

añadió—: Las personas que contraen matrimonio suelen hacerlo para toda

la vida; ¿no crees que es aventurado y peligroso que tú y yo nos casemos

así, sin más?

El vikingo asintió, pero, sin darle tiempo a pensar, repuso:

—También es peligroso enfrentarse a una tormenta sin refugio, correr

detrás de unos rateros que te han robado la mercancía o saltar de azotea en

azotea jugándote la vida y, sin embargo, aquí estás.

Sin poder evitarlo, Alison rio.

—Ni que decir tiene que, siendo mi mujer —continuó él—, deberías

afinar tus modales y tu lenguaje. Y deberías prometerme que cambiarían

ciertas cosas.

Alison no respondió. Ella no pedía nada, ¿por qué él sí tenía que

hacerlo?

Estaba pensando en ello cuando Harald, fijándose en algunas de las

cicatrices que aquella tenía en el cuerpo, iba a preguntarle al respecto

cuando ella replicó:

—Yo nunca prometo.

—¿Qué no prometes?

—Nada.

Se miraron unos segundos en silencio. Alison era tentadora. Aquella

manera de ser que a Harald le resultaba tan difícil le parecía, al mismo

tiempo, irresistible. Y, acercándose a ella, la atrajo y susurró deseoso de sus

labios:

—De acuerdo. No me prometas nada, pero ahora bésame.

Sin dudarlo, Alison lo hizo, nada le apetecía más, y excitada, vio un

trozo de tela en el suelo y, cogiéndolo, susurró:

—Vikingo…, ¿me permites poseerte?

Oír eso lo inquietó. Por norma él, como hombre, era quien poseía a las

mujeres. En el placer de la carne nadie lo había poseído nunca. Y, cuando

iba a protestar, ella musitó enseñándole el trozo de tela:

—Lo colocaré sobre tus ojos. No me verás, pero me sentirás. ¿Me

dejas?

—¿Puedo fiarme de ti?

Oír eso la hizo asentir y luego aseguró:

—Eso sí te lo prometo.

Hechizado, él jadeó. El juego que aquella le proponía era, como poco,

perturbador y, una vez que tuvo la tela sobre sus ojos, Alison acercó la boca

a su oído y susurró:

—Sé mío…, solo mío.

A Harald se le erizó el vello de todo el cuerpo. La joven se percató de

ello y, acercando la boca a su oído, murmuró:

—Una vez me dijiste que cuando el vello del cuerpo se eriza es porque

las hadas advierten de que algo va a ocurrir.

Él sonrió al oírla y aquella, sentándose a horcajadas sobre él, asió con la

mano su pene y, tras colocarlo en la entrada de su húmedo y caliente deseo,

musitó:

—No te muevas.

El vikingo no lo hizo. No podía. Y entonces, lenta y pausadamente, la

joven se dejó caer sobre él mientras ambos se estremecían y ella, en un hilo

de voz, exigía con descaro:

—Te estoy haciendo mío. Solo mío.

Totalmente anulado y hechizado por lo que aquella mujer le provocaba,

Harald disfrutaba por primera vez en su vida, recostado en la bañera,

de la

sensación de ser poseído. Con las manos en la cintura de Alison, la notaba

moverse sobre él, provocándole un sinfín de nuevas y curiosas sensaciones.

Se estremeció de placer. Ella también.

Sentir cómo él se había abandonado a sus deseos era muy excitante;

acercó su boca a la de él, paseó la lengua por sus tentadores labios y,

separándose antes de que el beso los atrapase, Alison susurró:

—Las hadas tenían razón.

Harald echó la cabeza hacia atrás y jadeó.

—Soy una descarada, lo sé —dijo ella entonces.

Temblando de deseo, Harald rápidamente musitó:

—Me gusta que lo seas, pero solo conmigo.

—¿Solo contigo?

—Solo conmigo —afirmó él con el corazón desbocado.

Alison sonrió y, cogiéndose a la bañera, sacudió las caderas para

clavarse más en él mientras el vikingo jadeaba gustoso. Buscando también

su propio placer, la joven continuó moviéndose.

Harald gemía, se agitaba y, necesitando como en su vida abandonarse

por completo, lo hizo con ella.

Segura de sí misma, la joven se movía sobre aquel hombre disfrutando

del momento. Si algo le había enseñado la vida era a disfrutar de esos

pequeños instantes que aparecían mágicamente cuando menos lo esperabas,

y ese era uno de ellos. Verlo entregado a ella la hechizaba, la hacía temblar

de locura y pasión, hasta que ya no pudo más y, antes de llegar a lo que ella

consideraba el placer máximo, le quitó la venda de los ojos parar mirarlo y

un increíble y poderoso clímax los asoló.

Abrazada a él, Alison lo besó en el hombro mientras sentía cómo Harald

le besaba con mimo el cuello. Acostumbrarse a ese tipo de intimidad con él

podía estar bien. Le gustaba.

Entonces él la retiró ligeramente hacia atrás y, en silencio, se miraron a

los ojos durante unos segundos hasta que ella indicó con mimo:

—Cielo, ahora es cuando debes decirme que soy bonita y bella.

Harald sonrió sin apartar la mirada.

—¿Realmente necesitas oír eso?

Alison suspiró. La respuesta era «sí», pero, no dispuesta a repetir lo que

ya le había pedido, replicó:

—No, si no lo sientes.

Ver la decepción en sus ojos le dolió al vikingo, pero, incapaz de decir

lo que ella le pedía, declaró:

—Cuando digo que no puedo darte amor, pero sí un hogar me refiero a

que de momento te puedo dar esto: placer. No sé si algún día llegará el

amor entre nosotros, pero creo que el deseo que ambos sentimos puede ser

un buen comienzo.

La joven no respondió. Él hablaba de deseo, no de amor, e insistió:

—Piensa en Siggy, en Will y en Briana. Se merecen un buen hogar, y tú

y yo se lo podemos dar. Podemos intentarlo por ellos.

—Harald…

—Casémonos por una unión de manos.

—No.

—Un *handfasting* dura un año y…

—Que no.

Casarse con alguien que no la quería y que no sabía quién era realmente

ella no era una buena idea. Pero, consciente de que Siggy, Will y Briana

podrían tener un buen hogar junto a Harald cuando ella se marchara,

propuso sin dudarlo:

—¿Y si decimos que nos hemos casado sin hacerlo?

—¡¿Qué?!

Alison asintió.

—Hablaremos con Peter, Aiden, Demelza y mis tíos. Les pediremos su

colaboración para que la mentira sea creíble y tema solucionado.

—¿Y por qué mentir? —preguntó él.

—Será nuestro secreto. Nuestra mentira.

—Pero eso no está bien.

La joven asintió divertida. Estaba claro que su vida y la de aquel cada vez se alejaban más, y bajando la voz se mofó:

—Pagano…, no me digas que ahora eres también un puritano.

—Hay cosas que deben hacerse bien —replicó él—, aunque en nuestro caso ya hemos traspasado ciertos límites. —Ella sonrió y luego él se sinceró —: Durante los años en los que Ingrid y yo fuimos novios, nuestra máxima intimidad fue besarnos.

Alison parpadeó boquiabierta. Ella, aun siendo mujer, se había permitido infinidad de licencias en lo que al placer del cuerpo se refería. La vida en el mar como pirata le había dado la potestad de hacer lo que le venía en gana con quien quería.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó incapaz de callar.

—No tengo por qué mentir —afirmó el vikingo.

—Por las barbas de Neptuno… ¿Cuántos años fuisteis novios Ingrid y tú?

Harald se retiró el pelo que le caía sobre la cara y respondió:

—Unos quince. Comenzamos siendo unos niños.

Alison abrió mucho los ojos y sin poder evitarlo exclamó:

—¡Muerta me dejas! ¿Quince años de novios y solo os besabais?

—Sí.

La joven soltó entonces una risotada y, sin poder remediarlo, afirmó:

—¡Por Tritón! Oír eso me hace sentir como una ramera. Primero te

acorralo en el establo, y ahora voy y te poseo en la bañera…

Harald gruñó molesto mirándola:

—No te pases.

—No me paso —dijo ella—. Es solo que el puritanismo que tienes tú en

lo referente al disfrute del cuerpo no tiene nada que ver con lo que yo

siento. Está visto que, viviendo en el mismo mundo, nuestras realidades y

nuestras vivencias son muy distintas.

Se quedaron durante unos segundos en silencio mientras Harald

procesaba lo que ella decía. Tenía claro que Alison no era una mujer tímida

ni apocada como lo había sido Ingrid, pero oírla hablar así lo incomodó y

directamente le preguntó:

—¿Has ejercido como prostituta?

Eso hizo que Alison abriera la boca, y, tras lanzarle agua en el rostro, le

soltó:

—¡Alto ahí! ¡Ahora no te pases tú! —Y, mientras él se retiraba el agua

de la cara, ella añadió—: Nunca he hecho algo así.

Saber eso a Harald le agradó, y entonces la joven musitó sonriendo:

—Vaya con el vikingo… Y yo que creía que…

—Contener mis instintos carnales fue mi elección por el bien de Ingrid

—la cortó él incómodo—. La respetaba y…

—¿A mí no me respetas?

—Claro que sí —dijo él sorprendido por su pregunta—. Lo que pasa es

que tú y ella sois muy diferentes.

—Por suerte para mí…

—No te pases —susurró él.

De nuevo, la joven sonrió con picardía. No hacía falta preguntar lo que

pensaba para saberlo. Estaba claro que a Alison la opinión de la gente no le

importaba nada.

—¿Qué es una prueba de amor? —preguntó ella entonces.

Harald sonrió al oírla, sabía por qué se lo preguntaba.

—En mi país es algo que se hace por la persona a la que amas. Le

concedes deseos sin que los pida. Eso es una prueba de amor.

Ella asintió y luego susurró con aire soñador:

—Sin duda es algo muy bonito.

—Lo es.

Se quedaron unos segundos en silencio hasta que el vikingo preguntó:

—¿Aceptarías convivir conmigo?

—Probablemente.

—¿Sin estar casados?

Ella asintió y, segura de lo que decía y del tiempo limitado que estaría

en tierra, afirmó:

—Prefiero eso a una boda sin amor.

Harald trataba de entender lo que estaba a punto de aceptar cuando

Alison, mirándolo a los ojos y consciente de que ella y la que había sido su

mujer no podrían ser más distintas, cuchicheó:

—¿Recuerdas que te dije en Edimburgo que, a mi lado, la locura se

contagiaba? Pues bien, aquí tienes el resultado: ¡quieres casarte conmigo!

Harald rio. Había cambiado mucho desde que habían estado en

Edimburgo. Jamás se habría imaginado comportándose como lo hacía con

aquella ni planteándose lo que quería hacer, pero ella, sorprendiéndolo, dijo:

—Si quieres casarte conmigo, hagámoslo ahora mismo.

—¡¿Ahora mismo?!

Ella asintió.

—Casémonos tú y yo solos, desnudos y en la bañera.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Te has vuelto loca?

—Probablemente.

Alison sonrió, pero Harald no, y a continuación afirmó divertida:

—Al final voy a resultar ser más pagana que tú. —Él siguió sin hablar;

con aquella mujer todo era precipitado y loco. Entonces esta añadió—:

Tengamos nuestra particular boda. Un enlace diferente de lo nunca visto.

Da igual si dura una semana, dos meses o tres años.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

Harald, al que todo aquello le estaba superando, dijo sin saber muy bien

por qué:

—Pero si ni siquiera tenemos anillos.

Alison asintió y, mirándolo a los ojos, declaró:

—Tú ya llevas uno.

Rápidamente él bajó la vista hacia su mano e indicó:

—Este anillo es de mi unión con Ingrid.

Alison volvió a asentir y preguntó:

—¿Te lo quitarías para reemplazarlo por el de nuestra unión?

Oír eso le cortó la respiración a Harald, lo cierto era que no había

pensado en aquello, pero la muchacha, viendo lo que a aquel le rondaba por

la cabeza, y callando que su prueba de amor hacia él era que continuara con

aquel anillo en el dedo, añadió:

—Nunca te pediría que hicieras algo así porque eso es algo que has de

decidir tú. —Harald respiró hondo y ella, intentando que volviera a sonreír,

dijo entonces con gracia—: Nuestros anillos serán imaginarios y, si te

portas bien, quizá algún día te regale uno de verdad.

Aquella manera de ser tan irreflexiva y directa de Alison era lo que a

Harald lo volvía loco. Y, sonriendo por lo que le proponía, musitó:

—¿Contigo es todo el mundo al revés?

—¡Probablemente!

—Tú y tus «probablemente». ¡Qué miedo comienzan a darme!

Ambos soltaron una carcajada y luego ella, después de retirar con mimo

el pelo de su rostro y ponérselo detrás de la oreja, insistió mirándolo a los

ojos:

—¿Nos casamos o no?

Sin dudarlo él asintió y a continuación ella empezó a decir:

—Yo, Alison M… Wilson, desnuda como vine al mundo y tras haber

poseído con descaro tu cuerpo y tu mente, te tomo a ti, Harald *el Tontito*,

como mi esposo. Prometo no cocinar para no envenenarte —él sonrió —,

pero poco más prometeré para no decepcionarte. Solo espero que el tiempo

que estemos juntos sea algo bonito y digno de recordar.

Divertido al oír los diferentes y originales votos que no hablaban de

amor como los suyos con Ingrid en su boda, tras darle un beso a la joven en

la punta de la nariz, el vikingo dijo con seriedad:

—Yo, Harald Hermansen, te tomo a ti, Alison, como mi esposa. Aunque

no exista amor entre nosotros, prometo cuidarte, respetarte y darte un hogar

cálido y estable. Intentaré ser un buen marido, y ojalá el tiempo que

estemos juntos sea capaz de hacerte sonreír.

—Eso último es muy importante —terció ella divertida.

—¡Tremendamente importante! —asintió Harald mientras sentía cómo

se le aceleraba el corazón por el modo en que la joven lo miraba.

Una vez pronunciados aquellos particulares votos, se besaron y, cuando

el cálido y gustoso beso que sellaba aquella unión acabó, Harald musitó:

—Esposa mía, he de decirte que besas muy bien.

Con una maravillosa sonrisa, ella cuchicheó divertida:

—Esposo mío, tú tampoco lo haces mal.

Ambos rieron y luego Harald, tocando las cicatrices de su cuerpo, al ver

la que tenía en el costado, que era la más grande y fea, preguntó con

curiosidad:

—¿Qué vida has llevado como para tener tantas cicatrices?

Alison sonrió y, divertida por el momento, repuso:

—¿Y si te dijera que he sido una intrépida y aguerrida pirata que ha

surcado los mares, abordado barcos y viajado por el mundo?

Ahora el que rio fue Harald.

—Estoy hablando en serio —dijo.

Alison asintió. Estaba claro que creer la verdad no iba a resultarle fácil

y, clavando sus ojos negros en los azules de él, susurró dispuesta a hacerle

olvidar su pregunta antes de besarlo:

—¿Qué tal si dejas de preguntar y sellamos nuestro enlace haciéndonos

el amor?

Capítulo 39

Contarles la mentira de su boda a todos durante la comida fue fácil. Y,

mientras Aiden y Thomas lo veían como un problema y Peter como una

opción, Demelza y Regina estuvieron encantadas. El padre Murdoch, por su

parte, prefirió no opinar. Los paganos eran así.

Para los guerreros McAllister y McGregor que los acompañaban,

Harald y Alison habían contraído matrimonio en la intimidad de una capilla

de Saint Andrews, y todos los felicitaron. Incluso Evander lo hizo con

agrado. Ver aquello tranquilizó a Harald.

Alison, por su parte, fue sincera con Gilroy y Matsuura. Les contó que

había aceptado hacer creíble aquella mentira para asegurarles un hogar a los

niños junto a un buen hombre al que estaba segura de que los críos

adorarían, aunque evitó hablar de sus sentimientos hacia él. Sabía que

ilusionarse con Harald no tenía mucho sentido porque el corazón de aquel

ya estaba ocupado.

Por último, el vikingo y la joven hablaron con Will y Briana. Los niños

se merecían conocer lo que habían decidido, y no se sorprendieron al ver su

felicidad. Saber que vivirían junto a Alison y Harald en una casa como una

familia les encantó a los pequeños.

Antes de abandonar Saint Andrews, Harald se empeñó en pasar por la

tienda de Maya. Tanto Alison como los pequeños, Matsuura y Gilroy lo

habían perdido todo en el temporal y, de entrada, necesitaban ropa de

abrigo. Emocionados por aquel detalle, se lo agradecieron y Harald, con

una sonrisa que hizo increíblemente feliz a Demelza, lo disfrutó.

Finalmente, todos partieron hacia Keith y decidieron ir por la costa para

acompañar un tramo del trayecto a Regina y Thomas.

Las vistas eran maravillosas y Alison disfrutaba admirándolas.

Las demostraciones de cariño del vikingo hacia ella sorprendieron a

todos. Harald, que por norma era un hombre bastante frío y esquivo, de

pronto era todo lo contrario junto a la joven. Reía, hablaba, se implicaba en

los juegos para que los niños se mantuvieran entretenidos, disfrutaba

haciendo carantoñas a Siggy y, sobre todo, estaba pendiente de Alison. De

pronto, aquella familia que le había caído del cielo se había convertido en el

centro de su vida. En su mundo.

Demelza, complacida por verlo comportarse de ese modo, afirmó

dirigiéndose a su marido:

—Así era él con mi hermana. Atento, sonriente, cariñoso. Ni te

imaginas lo feliz que me hace ver que ese Harald está de nuevo con

nosotros.

Aiden asintió. Sin duda así Harald sería mucho más feliz.

Uno de los días, en el camino, Harald no podía apartar los ojos de la que

todos creían su mujer. Alison, con su increíble manera de ser y su sonrisa,

lo estaba haciendo reír de nuevo, y solo deseaba que llegara la noche para

volver a poseerla y que ella lo poseyera a él.

Su manera de amarse, sin reclamarse amor, era extraña, pero ambos

se

buscaban.

Entonces Aiden, al ver cómo él la miraba, preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas vivir así?

—¿Así, cómo?

Al ver que nadie podía oírlos, su amigo aclaró:

—Engañando a todo el mundo.

Harald suspiró. No entendía por qué a Aiden le parecía tan complicado

seguir con aquella mentira. No eran las primeras ni tampoco serían las

últimas personas que convivirían sin pasar por el altar, pero, cuando iba a

hablar, resonaron las risas de Alison, Regina, Demelza, el padre Murdoch y

Peter, y Aiden indicó:

—Si Demelza no fuera mi mujer, yo no viviría tranquilo.

Harald lo miró.

—¿Y por qué no?

—Porque siempre estaría temiendo que ella se marchara.

—¿Y por qué se iba a marchar, si le estoy ofreciendo un hogar?

Aiden asintió y, bajando la voz, observó:

—Pero no le estás ofreciendo amor.

—Oye…

—Podría enamorarse de un hombre que le ofreciera amor.

Harald ya había pensado en ello. Tanto él como Alison eran libres, pero,

intentando que la positividad siguiera siendo su compañera de viaje,

respondió:

—Tú también podrías enamorarte de otra mujer.

Aiden negó con la cabeza.

—Imposible. Si Demelza y yo estamos juntos es porque, como dijimos

en nuestros votos, somos el uno para el otro. Nos amamos por encima de

todas las cosas y el resto, tanto hombres como mujeres, sobran en nuestras

vidas. Pero en vuestro caso no os amáis. ¿Quién te dice que Alison no

conocerá a un hombre del que se enamore porque pueda ofrecerle amor?

Incómodo, y sin querer perder la seguridad en sí mismo, Harald afirmó

mientras observaba que Thomas y Matsuura parecían hablar alejados de

ellos:

—Eso no ocurrirá.

En ese instante llegó Peter hasta ellos y, divertido, comentó mirándolos:

—Lo que me estoy riendo con vuestras mujeres. —Harald y Aiden

asintieron y luego él añadió dirigiéndose al vikingo—: Alison es una

experta en adivinanzas, ¿lo sabías?

Él no respondió, lo cierto era que apenas sabía nada de ella.

En ese mismo instante, aguzó el oído y oyó que el padre Murdoch

decía:

—Hija, tu felicidad es contagiosa. Qué alegría que vengas a Keith con

nosotros.

Alison sonrió y luego cuchicheó:

—Más me alegro yo, padre.

De nuevo, aquellos se carcajearon, lo que provocó que Harald sonriera,

y al cabo la joven dijo:

—Me toca…, me toca. —Will y Briana, que iban en los caballos con

Demelza y ella, rápidamente la miraron y Alison añadió—: Aquí va mi

nueva adivinanza. ¿Preparados?

—¡Sí! —gritaron los niños felices.

A continuación, ella se retiró su pelo oscuro del rostro y, con gracia,

soltó:

—El cielo y la tierra se van a juntar. La ola y la nube se van a enredar.

Vayas a donde vayas siempre lo verás, pero por mucho que andes, nunca

llegarás. ¿Qué es?

Demelza y los niños comenzaron a decir cosas.

Desde donde estaba, Harald sonrió y Aiden, al verlo, susurró:

—Está visto que « *nadie*» te hace sonreír…

—Y mucho —afirmó el vikingo.

Los niños reían mientras exigían saber la respuesta a la adivinanza, y

finalmente Alison exclamó:

—¡El horizonte!

Encantados aplaudieron, y Will, que iba montado con Demelza, exigió

mirándola:

—Otra…, otra adivinanza.

Alison asintió encantada y, tras darle un beso a Briana en la frente, dijo:

—¿Qué cosa es? Que corre mucho y no tiene pies.

De nuevo, comenzaron a decir cosas, hasta que Demelza exclamó:

—¡Lo séééééé! —Y, tomando aire, soltó—: ¡El viento!

Según oyó eso, Alison asintió y gritó:

—¡Demelza ha acertadooooo!

Los niños aplaudieron felices. Eso hizo reír a los hombres, y Aiden

indicó:

—Si yo fuera tú, me aseguraría de que fuera mía en todos los sentidos.

Harald sonrió al oírlo, y a continuación su amigo señaló mirando hacia

el acantilado:

—Esta noche habrá una espesa niebla. —Y, dirigiéndose a sus hombres,

prosiguió—: Haremos noche allí, junto al acantilado. Moses, ordena montar

las tiendas para que los niños puedan dormir, y que unos hombres salgan a

cazar algo para la cena.

—Stefan —llamó Peter a otro de sus hombres—, que Ben y Saul

enciendan las hogueras y vayan preparando un caldo. Nos hará falta esta

noche.

Como era de esperar, los hombres de Aiden y Peter cumplieron su

cometido. Aquellos dos clanes, los McAllister y los McGregor, se

complementaban a la perfección, y cuando, horas después, tras tomar una

excelente sopa y un poco de conejo, acostaron a los niños y el padre

Murdoch se retiró también, los demás charlaban al calor de una de las

hogueras.

—Me muero de sueño. Me voy a dormir —explicó Regina en un

momento dado.

Thomas asintió y, tras darle un beso a su mujer, señaló:

—En unos segundos te seguiré.

Una vez que aquella se hubo marchado, Peter contaba divertido una de

sus historias cuando de pronto sonó una especie de silbido.

Al oírlo, Alison se puso en alerta. Conocía perfectamente aquel silbido.

Y, pasados unos minutos, este se oyó de nuevo. Esta vez, sus ojos y los de

Thomas se encontraron. Estaba claro que él también lo había oído.

Atónita, al ver que el resto seguían hablando tan tranquilos, vio con el

rabillo del ojo cómo Matsuura salía de una de las tiendas y ambos se

miraron. Él había oído lo mismo. Por ello, levantándose, Alison dijo:

—Voy a ver a Siggy.

—Te acompaño —propuso Harald.

Ella sonrió al oírlo. Desde su supuesta boda el vikingo estaba pendiente

de ella en todo momento, y tras guiñarle el ojo indicó:

—Quédate aquí.

Harald asintió y, sin soltarla de la mano, preguntó:

—¿Regresarás ahora?

—Probablemente —respondió ella sonriendo.

—Te acompañaré yo —señaló Thomas poniéndose en pie—. Seguro

que Regina me espera despierta.

Harald asintió y, tras recibir un beso de su mujer y ver el gesto divertido

de Aiden, continuó charlando con los demás.

Con paso firme y sin demostrar lo nerviosa que estaba, Alison echó a

andar.

—Lo he oído —afirmó Thomas—. Tu padre está cerca.

Molesta porque siguieran en tierras escoceses, la joven gruñó:

—Por Tritón…, lo voy a matar.

Cuando llegaron hasta Matsuura, los tres se metieron en la tienda y ella

preguntó:

—¿Lo has oído?

El japonés afirmó con la cabeza; entonces la tienda se abrió y Gilroy

dijo mirándolos:

—¿Habéis oído? —Los demás asintieron y luego él continuó—: He

mirado por el acantilado y he visto una luz parpadeante en la playa que me

ha hecho comprender que el capitán Moore está aquí.

—Tengo que ir —informó Alison.

—Pero, muchacha…

—Iré a verlo antes de que se le ocurra venir a él —insistió acalorada.

—Muchacha —musitó Thomas—, tardarás horas en llegar a la playa.

—Bajaré por el acantilado.

—Pero ¿te has vuelto loca? —exclamó él.

La joven sonrió y, al ver su inquietud, agregó:

—No te preocupes. Por peores acantilados he bajado y sigo viva y

enterita.

—Iré contigo —terció Matsuura.

—No, tío.

— *Shensi*, conozco a tu padre y…

—Yo también lo conozco. Así que quedaos tranquilos con los niños. Iré

y, con un poco de suerte, regresaré antes de que nadie se dé cuenta. —Y,

colocándose su katana a la espalda mientras miraba a aquellos que la

observaban en silencio, la joven añadió—: Si Harald o Demelza preguntan

por mí, decidles que me he quedado dormida con Briana. Que estaba

inquieta y que no quiero que nos molesten, ¿entendido?

Los hombres asintieron y ella, sin hacer ruido, rasgó la tela de la trasera

de la tienda para salir sin ser vista.

Con el corazón a mil, caminó hacia el acantilado. Al asomarse vio la luz

de la que Gilroy le había hablado y de inmediato supo que era su padre. Por

ello, sin pensarlo, comenzó a bajar por el angosto y complicado lugar. No

era la primera vez que descendía por un sitio así. Hacerlo por allí le evitaba

dar una gran vuelta, y eso le permitiría llegar antes a la desierta playa.

Un buen rato después, y con las manos destrozadas por haberse

agarrado con fuerza a las rocas para no despeñarse, finalmente alcanzó la

arena. El aire fresco procedente del mar llenó sus pulmones y, sin dudarlo,

Alison corrió en dirección a la luz. Nada más llegar, rápidamente Gus, que

estaba acompañado por otros dos hombres, le sonrió y exclamó:

—¡Bicho, qué alegría verte!

Ella sonrió a su vez y, de pronto, su padre surgió entre la niebla y exigió

mirándola:

—Dime que no es cierto…

Alison, furiosa porque aquel estuviera en tierras escocesas, gruñó:

—Por Tritón, papá, ¿qué narices haces aquí? ¿Acaso no sabes que

corres peligro?

Pero Jack Moore tenía muy claro por qué estaba allí, e insistió:

—Dime que no es cierto, Francesca.

—A ver, papá…

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea…

—¡Ya estamos!

—Por el amor de Dios, muchacha, ¿qué es eso de que te has casado?

—Papá…

—¡¿Te has casado?!

—Probablemente.

Oír eso era lo último que Jack Moore quería y, horrorizado, preguntó:

—¿Con quién?

—Papá…

—¡Por Tritón! Te lo dije, Francesca… Te dije que cuidaras tu corazón…

¡Repámpanos, muchacha! ¿Te has vuelto loca? ¿Acaso no eres consciente

de a lo que te expones y eres incapaz de entender que tu sitio está en el mar

conmigo y no aquí con… con vete tú a saber con qué patán?

—Papá, Harald no es ningún patán.

—¡¿Harald?!

—Sí, papá, ¡Harald!

—Pues con ese nombre seguro que es un patán de esos a los que te

encanta manejar y que tiene menos personalidad que una caracola —se

burló él—. Francesca, ¡por Yemayá!, dime que esta boda es simplemente un

juego más, no algo real.

Alison sonrió. A pesar de que su boda era ficticia, no había para ella

nada más real y, mirándolo, afirmó:

—Papá, lo quiero.

—¡¿Qué?! —bramó él consternado.

—Que lo quiero.

—¡Tonterías!

—Lo que siento por él es real —repuso la joven—. Tan real como que

tú y yo estamos hablando en esta playa rodeados de niebla y de frío.

Jack Moore se llevó las manos a la cabeza. Esperaba oír cientos de

cosas, pero aquella justamente no, y alterado preguntó:

—¿Y él te quiere a ti?

Según oyó eso, Alison se disponía a responder aquello de

«probablemente», pero por primera vez no le salió. Sabía a ciencia cierta

que Harald no la quería.

—A ver, papá…

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, ¿me estás diciendo que

te has casado con alguien que no te quiere?

—Probablemente —dijo ella, en cambio, esta vez.

Sin dar crédito, el capitán se llevó de nuevo las manos a la cabeza e

insistió:

—Rayos y centellas… ¡¿Me lo estás diciendo en serio?!

—Sí, papá. Te lo estoy diciendo en serio. No me quiere, pero yo a él sí.

Y… y aunque no me quiera, deseo pensar que eso cambiará y…

—Eres como tu madre —la cortó él—. Igualita que ella. No piensas.

Simplemente te dejas llevar por lo que sientes en el momento y… ¡Te has

casado! ¡Maldita loca!

La joven sonrió; la mentira de su boda también era creíble para su

padre.

—¿Acaso casarse es un delito? —preguntó mirándolo.

El capitán, impactado por la noticia, se acercó entonces a ella y la miró

a los ojos.

—Lo que es delito es casarse sin amor —musitó.

Ella asintió, y él añadió.

—Por las barbas pestilentes de Neptuno…, ¡eres mi hija! Mi única hija.

Y con amor o sin amor no he asistido a tu boda. No te he visto con un

precioso vestido de novia. No he mirado tus ojos cuando…

—No hubo nada de todo eso, tranquilo. No te has perdido nada.

—¿Cómo que no me he perdido nada?

Oír eso la hizo sonreír y, sin dudarlo, lo abrazó. Durante unos segundos,

padre e hija se abrazaron con cariño, hasta que él, separándola, iba a hablar

cuando ella insistió:

—¿Me puedes decir qué narices haces en suelo escocés cuando sabes

bien que estás en busca y captura?

—Tú también.

—Por el amor de Dios, papá, debéis alejaros de la costa escocesa. Les

dije a los tíos que, antes de morir, el imbécil de Conrad McEwan había

corrido la voz de que andabais cerca y…

—Por Dios, Francesca, ¡te has casado sin mí! Y con respecto a Conrad,

¡tenemos que hablar! ¿Cómo se te ocurre…?

—Papá, por favor, ¡deja de dramatizar!

Finalmente, Jack Moore asintió y luego añadió bajando el tono:

—Temo que te ocurra algo, ¿cómo me voy a alejar de ti? Eres mi

pequeña, mi niña, mi responsabilidad, aunque, ¡maldita sea!, te hayas

casado sin mí… y sin amor. ¡Qué locura!

—A ver, papá. Tío Marco me dijo que os habíais encargado de que

Julian no volviera a molestar, y yo… yo… no corro ningún peligro.

—Tú siempre corres peligros. ¡Te has casado!

—Papá…

—¡Rayos y centellas, Francesca! Mira por dónde, has bajado hasta la

playa. Podrías haberte despeñado por el acantilado y…

—Maldita sea, papá…, ¡no seas cabezón! Ni que fuera la primera vez

que bajo por un acantilado. —El capitán cabeceó, sin duda tenía razón, y su

hija insistió—: Y no me cambies de tema. Tú y toda tu tripulación corréis

peligro al estar aquí, y lo sabes.

El hombre negó con la cabeza y luego Alison dijo:

—Escúchame. Sabes que sé protegerme. Tío Matsuura está a mi lado. Y

ahora cuento también con la protección de Harald y los McAllister.

—¿McAllister? ¿Ese es el apellido de la familia de tu marido?

Ella asintió y, pensando en él, añadió:

—Es un buen hombre. Te gustaría. Y créeme cuando te digo que…

—¿Es rubio y de ojos claros? —Alison asintió y él añadió—: Lo

sabía… Es que lo sabía.

Sin poder evitarlo, ella sonrió y luego su padre preguntó:

—¿Ese Harald McAllister sabe quién eres realmente?

Al oír eso, la joven no respondió, y el capitán siseó al comprenderlo:

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, ¿qué has hecho?

—De acuerdo, papá —musitó ella al ver el horror en la mirada de su

padre—. No lo sabe.

Él negó con la cabeza. Pero ¿acaso su hija había perdido la razón en

tierra?

—¿Realmente crees que, cuando lo sepa, seguirá protegiéndote? —

siseó.

Ella de nuevo no habló y al final él explotó:

—¡Por las barbas de Neptuno, hija, ¿cómo se te ocurre casarte

ocultando algo tan importante a tu marido y a su clan?! ¿Qué crees que

dirán cuando se enteren? ¿Quieres que te diga yo lo que pasará?

—No, papá. No quiero que me lo digas.

Pero él respondió enfadado:

—Te repudiará y te apartará de su lado. Eso, si no te entrega a la Corona

escocesa para que te ahorquen.

—¡Papá! Harald no haría algo así.

El hombre, ofuscado y preocupado a partes iguales, no sabía qué pensar,

y siseó:

—Casarte no entraba en nuestro acuerdo. Sobre la botella y con la mano

en el corazón, prometiste que pasados seis meses regresarías al mar.

¿Piensas incumplir tu promesa?

Ella suspiró. En los días que llevaba casada con Harald lo había pensado

en varias ocasiones, pero, como aún faltaba algún tiempo para

regresar,

aclaró:

—Volveré, claro que lo haré. Pero cuando expire el plazo. Ni un día más

ni un día menos. Eso fue lo que prometí.

Padre e hija se miraban cuando Gus, junto a Kendall y Marc, que

observaban a su alrededor, anunció:

—¡Maldita sea, capitán! Tenemos compañía.

Rápidamente Alison empuñó su katana y su espada, pero en ese

momento vio que ante ellos aparecía Matsuura montado a caballo, y por

detrás de él Harald, Aiden, Demelza, Peter y Thomas.

Sin dar crédito, la joven los observó boquiabierta. Pero ¿qué hacían allí?

Y cuando iba a hablar, Matsuura intervino:

—Lo siento, *Shensi*, pero no me ha quedado más remedio que traerlos.

El gesto enojado de Harald lo decía todo, y más cuando Aiden, con la

espada en la mano como el resto, indicó:

—Nosotros también hemos oído los silbidos. No solo vosotros.

Alison maldijo y, a continuación, Demelza afirmó:

—Mal, Alison. Muy mal.

Acababan de enseñarle que sabían disimular mejor que ella; la joven

miró a Thomas y este, con un gesto, le indicó que no dijera nada.

A continuación, Harald se bajó de su caballo, se acercó a ella furioso y

siseó en su cara:

—Por todos los demonios… ¿Pensabas que me estabas engañando?

¿Acaso me crees tan idiota como para no percatarme de tu intranquilidad?

¿De verdad crees que ese «probablemente» que me has dicho no me ha

hecho pensar?

Al ver aquello, Jack Moore se colocó entremedias de aquel y su hija.

—No le hables así a Francesca si no quieres que te arranque la cabeza.

—¿Francesca? —se mofó Harald con acidez—. Otro nombrecito nuevo.

Ver la expresión de burla en el gigante rubio, que lo miraba con descaro,

hizo que el capitán se estirara más y sentenciara.

—Cuida tus palabras o…

—¡¿O qué?! —bramó Harald sin miedo.

El capitán Moore y él se miraban cuando el primero siseó:

—Muchacho, te la estás jugando conmigo.

—Viejo —dijo el vikingo sin amilanarse—, permíteme decirte que

quizá seas tú quien se la esté jugando conmigo.

Sorprendido por la fuerza que veía en aquel hombre, el capitán, que

presuponía que era el marido de su hija, iba a hablar cuando Harald,

mirando a la joven que los observaba boquiabierta, dijo:

—Alison, no sé qué haces aquí con esta gente, pero me lo vas a explicar.

—Harald…

—¡Por Tritón! ¡Esta gente…, dice! —se mofó el capitán.

—¡Papá!

—¡¿Papá?! —preguntaron Aiden, Demelza, Peter y Harald al unísono.

La muchacha, consciente de lo que había dicho, iba a añadir algo cuando Demelza añadió:

—Pero ¿no nos habías dicho que tu padre había muerto?

Aiden asintió al oír a su mujer y, sin apartar la mirada de aquellos desconocidos, indicó:

—A la vista está que no.

—¡Qué muerto tan vivo! —señaló Peter.

Y Demelza, mirando a Thomas, insistió enfadada:

—Lo que no entiendo es cómo tu tío el gobernador te ha seguido el juego.

Al oír eso, Jack miró al hombre que estaba sobre el caballo para después preguntar a su hija:

—¿Quién es ese gobernador y por qué la mujer dice que es tu tío?

Harald, sorprendido, se disponía a abrir la boca cuando Alison miró a Thomas y susurró, viendo la que se podía montar allí:

—A ver, en primer lugar, bajad las espadas. TODOS. Aquí nadie se va a pelear, ¿entendido?

Con recelo, todos obedecieron, y acto seguido se oyó llegar otra barca a la playa.

De nuevo, todos empuñaron sus espadas y Alison, al ver de quién se trataba, rogó:

—Por favor, bajad las espadas. Son mis tíos.

—Pero ¿cuántos tíos tienes tú? —preguntó Peter.

Horrorizada por no saber cómo contar las cosas sin que nadie saliera herido, la joven repitió:

—Bajad las espadas. Os prometo por mi vida que nadie os va a atacar.

—Tú no prometes —soltaron al unísono Harald y su padre.

Eso hizo que ambos se miraran con curiosidad.

Una vez que las espadas de todos estuvieron relajadas, al ver desembarcar a sus tíos Roy, Armand y Marco, Alison gritó furiosa:

—¡Por Yemayá! ¿Qué narices hacéis aquí?

—Isobel…, *amore mio*, ¡esa boca!

—Mira…, ahora es Isobel —se mofó Aiden.

La joven, situada en medio del grupo, no sabía qué hacer. Todos la miraban recelosos. Todos pedían explicaciones a su manera.

El gesto de enfado de Harald era considerable.

—Llegado el momento, Marguerite —dijo su tío Armand—, no estaría de más que nos presentaras a tus amigos.

Demelza, tan asombrada por lo que veía como su marido, aseguró mirando a la joven:

—Eso, *Marguerite*, sería una excelente idea.

Horrorizada por la peligrosa encerrona que se había originado sin proponérselo y en la que tendría que dar muchas explicaciones, ella no sabía qué decir cuando tío Roy, para echarle una mano a su sobrina, se acercó a Demelza. Rápidamente Aiden se colocó ante ella, el otro le tendió la mano, y se presentó:

—Soy Roy Loewe, tío de Orquídea.

—¡Por todos los santos…, ahora Orquídea! —se burló Peter.

Demelza, tras mirar a Aiden para que se quitara de delante, dio un paso

y, cogiendo la mano de aquel caballero, indicó:

—Encantada de conocerte, Roy. Soy Demelza McAllister. Él es mi

marido, Aiden, y ellos son Harald, Peter y el gobernador Thomas

McBouden.

Todos se miraban con desconfianza cuando Peter, sin saber qué decir,

estrechó la mano del hombre y dijo:

—Imagino que también es el tío de Gilroy, el hermano de… Orquídea.

Oír eso hizo que Jack Moore mirase a la joven y exclamase:

—¡Rayos y centellas, Francesca, ¿les has dicho que el patán de Gilroy

es tu hermano?!

—Papá…

—Por las barbas ennegrecidas de Neptuno, ¡lo que hay que oír!

Harald, cuyo enfado por todo aquello aumentaba por segundos, no sabía

a quién mirar, y Peter, tan sorprendido como el resto, preguntó mirando a

una descolocada Alison:

—¿Gilroy no es tu hermano?

Ella finalmente negó con la cabeza, cuando Marco, interesado por

alguien, preguntó:

—¿El gobernador McBouden no es su tío?

Thomas, que observaba la situación en silencio y en un tercer plano,

acercó su caballo a ellos y se bajó. Sin dudarlo, se acercó a Alison y, cuando

sintió que esta le cogía la mano para protegerlo, dijo quitándose la capucha

que llevaba.

—Por supuesto que soy su tío.

Aquellas simples palabras y la visión que les ofreció hicieron que Jack

Moore, Roy, Marco y Armand lo observaran durante unos segundos con

curiosidad, hasta que Marco susurró:

—No puede ser…

—Imposible —afirmó Roy.

— *Mon Dieu* —susurró Armand.

Alison, que veía cómo aquellos miraban a Thomas, finalmente declaró

mirando a su padre:

—Tú siempre dices que en ocasiones lo imposible puede ser posible, y

esta es una de ellas. Él es el gobernador Thomas McBouden, aunque

vosotros lo conocéis con el nombre de Robert Williamson.

—¡¿Cómo?! —exclamó Aiden.

—¡¿Qué?! —musitaron Demelza, Harald y Peter.

El hombre, al oír eso, los miró y, entendiendo que les debía una

explicación a aquellos que en Escocia lo conocían como Thomas, dijo:

—Si no os importa, luego os lo explico.

Todos se miraban sin dar crédito cuando Armand susurró:

—Robert Williamson…

Alison observó con curiosidad a su padre, que aún no había

reaccionado

ante aquel, y necesitando ser sincera, declaró:

—Papá, tíos, Robert es el gobernador de las Highlands. Y en el tiempo

que llevo en Escocia le ha contado a todo el mundo que soy su sobrina para

protegerme y crearme una vida.

—¡¿Qué?! —exclamó Harald atónito.

Alison, sin querer mirarlo, prosiguió:

—Cuando decidí matar a Conrad McEwan…

—¡¿Qué?! —exclamaron a continuación Harald y Peter.

—No me lo puedo creer —susurró Aiden y, al ver que su mujer no decía

nada, preguntó con incredulidad—: ¿Tú lo sabías?

Demelza no dijo nada, y Alison finalizó:

—Fue Thomas quien lo hizo para que yo no me manchara las manos de

sangre.

Sin moverse de su sitio, Jack Moore lo miraba desafiante. Los años

habían pasado para Robert al igual que para él. Ya no eran los jóvenes

impetuosos que, veinticinco años atrás, se despidieron de mala manera

después de la pérdida de Francesca. Ambos se miraban en silencio cuando

Alison exclamó:

—¡Por las barbas de Neptuno, papá, tíos…, ¿me habéis oído?!

Aquellos asintieron. Encontrarse había sido un *shock* para todos, y

Thomas, consciente de que era él quien debía decir algo, declaró:

—Durante todo este tiempo he tenido noticias vuestras y, por supuesto,

también de Alison. Por eso, cuando la vi sola en Edimburgo, supe que tenía

que ayudarla. —Ninguno dijo nada, y él prosiguió—: Quiero explicaros que

durante el tiempo que he estado con ella he hecho todo lo que estaba en mi

mano para protegerla, cuidarla y mantenerla a salvo, aunque es complicado,

porque es tan impetuosa y atrevida como lo fue su madre. —Eso hizo

sonreír al capitán—. Y si maté a Conrad McEwan con mi espada fue para

que sus manos no se ensuciaran con la sangre de ese patán. Sé que ese acto

no me redimirá de lo ocurrido en el pasado. Pero al menos he conseguido

ayudar y proteger a Alison, cosa que no pude hacer con Francesca y

vuestras mujeres.

Oír eso hizo que Jack, Roy, Marco y Armand se emocionaran. Los

recuerdos eran dolorosos, pero, tras mirarse y asentir con la cabeza, al final

el capitán musitó:

—Como el padre y los tíos que somos de Alison Francesca Isobel

Marguerite Orquídea, te lo agradeceremos eternamente, Robert.

—Gracias —susurró él emocionado.

Alison sonrió. El pasado no podía cambiarse, pero sin duda el futuro se

podía mejorar.

Entonces Harald, que cada vez entendía menos, dijo dando un paso

adelante:

—Si os soy sincero, vuestros problemas no me interesan absolutamente

nada. —Y mirando a Alison añadió—: ¿Te importaría aclararme qué

narices haces aquí y qué tienes tú que ver con estas personas a las que

llamas «padre» y «tíos»?

Ella asintió y, mirándolo directamente a los ojos, confesó:

—Mi nombre completo es Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea

Moore, no Wilson. Estos son mis tíos Roy, Armand y Marco. Y ese es mi

padre, el capitán Jack Moore.

Según pronunció ese nombre, Alison fue consciente de cómo la

expresión de todos cambiaba, y no precisamente para bien, y sin poder

remediarlo continuó:

—Y, como ya habréis imaginado, yo soy la tan nombrada hija del pirata

Moore.

—¿La sanguinaria Joya Moore? —preguntó Peter sin poder creérselo.

Alison asintió sin dudarlo y, al ver cómo aquellos se miraban

desconcertados, agregó:

—Pero, tranquilos, no os ocurrirá nada porque, a pesar de lo que habéis

oído sobre nosotros, no somos tan fieros como nos pintan.

—Habla por ti, Francesca. No por mí.

—¡Papá! —protestó ella al oírlo.

Aiden asió entonces a Demelza de la mano y la colocó a su espalda.

—¿Qué haces? —protestó ella.

Él la miró con gesto hosco y Alison, viendo aquello, indicó:

—Precisamente para evitar ese tipo de reacciones ocultaba mi verdadera

identidad. —Y mirando a Harald, que ni siquiera parpadeaba, añadió —: No

le temo a nada, pero sí temía esto, vuestro rechazo cuando os enterarais de

quién soy en realidad.

Sin poder hablar, el vikingo procesaba toda la información, y ella

prosiguió:

—Presentarme con el nombre de Alison Moore me habría traído

infinidad de preguntas y problemas, y por ello decidí cambiarme el apellido.

Me guste o no, no puedo ir diciendo por ahí que mi padre es el capitán

Moore. Y, aunque no me creáis, porque sois muy libres de no hacerlo, debo

deciros que, de todas las barbaridades que oís sobre nosotros, ni una décima

parte son verdad.

—Francesca… —musitó Jack.

—Papá, por favor…

Ver el gesto de su hija hizo que el capitán callara y esta prosiguió:

—Mi padre, mis tíos y yo no somos unos angelitos. No voy a negar que

en alguna ocasión hemos abordado algún barco y nos hemos

defendido

cuando nos han atacado a nosotros o pretendían hacernos daño. Pero

tampoco somos unos demonios como nos pintan. Es más, estoy convencida

de que vosotros tampoco seríais unos angelitos si se tratara de defender a

vuestra familia o vuestras pertenencias, ¿verdad?

—Verdad —asintió Aiden intentando comprenderla.

—Decir que soy Alison Wilson me ha dado la oportunidad de conoceros

sin que me prejuzgarais. Pude ser aceptada en la sociedad escocesa y hasta

he podido sentir vuestro cariño incondicional cuando me habéis ofrecido un

hogar y una casa —añadió mirando a un Harald que la observaba atónito—.

Solo con mencionar la palabra *pirata* la gente se asusta. ¡Pero, por Tritón, si

simplemente que mi caballo se llamara así daba miedo…! —Demelza

asintió con una sonrisa y Alison continuó—: Entended que no pudiera

confesaros la verdad, pero tampoco fue fácil para mí oíros decir cosas no

muy agradables de mi familia. —Y, sonriendo, miró a Aiden e indicó —: Te

aseguro que ni mi padre, ni mis tíos, ni yo vamos matando a la gente para

utilizar sus cráneos a modo de vajilla.

—¿En serio dicen esa barbaridad? —preguntó Armand sorprendido.

—Te lo juro, tío —afirmó la joven.

— *Mon Dieu!* —exclamó el francés divertido.

—Entonces ¿no eres hija de una sirena? —se mofó Peter.

Alison sonrió y, mirándolo, cuchicheó:

—A la vista está que no, aunque nado bastante bien. Pero de las historias que cuentan, te aseguro que es de las que más me gustan.

Demelza sonrió. Por fin entendía a Alison. Su manera de hablar, su desinformación acerca de muchas cosas que para ella eran normales, su arrojo, su falta de miedo, su forma de manejarse con los hombres, las marcas de su cuerpo y, sobre todo, entendía que hubiera ocultado todo aquello.

La pelirroja no solía prejuzgar a nadie. La vida le había enseñado a no hacerlo, pero era consciente de que, si hubiera sabido de primera mano quién era Alison, si hubiera sabido que se trataba de la sanguinaria hija del pirata Jack Moore, la habría alejado de su lado. Por ello, dando un paso al frente, se acercó a ella y declaró:

—Para mí sigues siendo Alison. La misma Alison de ayer y de esta noche cuando cenábamos frente a la hoguera, pero me habría gustado mucho que, cuando yo te preguntaba, me lo hubieras contado. Aun así, entiendo lo que dices y quiero que sepas que sigo estando aquí, ahora y siempre.

Emocionada, la muchacha se acercó a ella y, tras abrazarla con cariño,

musitó:

—Gracias…

Aiden asintió al oír eso y, mirando a la joven, le sonrió. Peter, por su parte, hizo lo mismo. Pero, cuando ella miró a Harald, comprobó que él la observaba con su habitual gesto serio. Sin duda él era el que peor se lo estaba tomando, y cuando iba a hablar, su padre intervino:

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, creo que…

—Por Dios, papá…, ¡no me llames por todos los nombres! —siseó ella al oírlo.

El capitán le hizo entonces un ademán para que se le acercara, pero esta indicó:

—Un segundo, papá. —Y mirando a Harald musitó—: ¿Puedo hablar contigo?

—¿Con él antes que conmigo? —masculló el capitán.

—Es su marido —intervino Thomas.

Oír eso hizo que Jack lo mirara y siseara:

—No estaba hablando contigo.

—Pero yo contigo sí —afirmó aquel sonriendo.

—Si antes eras un tontaina —gruñó Jack—, ahora, siendo gobernador, sin duda has de serlo mucho más.

—Como diría tu hija…, ¡probablemente!

La joven sonrió al oír eso y, mirando a su padre, protestó:

—Papá, ¡por Tritón!, ¿te puedes callar de una vez? Quiero hablar con

mi marido.

Tras intercambiar una mirada con Marco, que le pidió prudencia, Jack finalmente asintió y, aunque estaba molesto, calló.

Por su parte Harald, desconcertado por la información recibida, tras alejarse unos pasos del grupo con Alison, se detuvo y ella, sin tocarlo, clavó sus oscuros ojos en él.

—Lo siento —murmuró.

—¡¿La Joya Moore?! —exclamó el vikingo todavía sin poder creérselo.

—Sí. —El gesto de desagrado de Harald era evidente, y ella añadió—: Siento no haber sido sincera contigo en este tema. Y, antes de que sigas pensando cosas terribles sobre mí, aquí tienes la explicación a muchas cosas y de por qué no me casé contigo. Sé quién soy y…

—¿Pensabas decírmelo alguna vez?

Alison tomó aire y respondió con sinceridad:

—No lo sé, Harald. Pero solo tienes que ver cómo me miras ahora que sabes que soy Alison Moore y no Alison Wilson.

Él asintió. Miró en silencio a aquella joven que seguía ante él. Ver sus ojos y entender el desconcierto de su mirada lo hizo negar con la cabeza, e, intentando entender, susurró mientras veía cómo el padre de aquella y Thomas parecían enzarzarse en una discusión:

—Recuerdo que dijiste que habías sido una aguerrida pirata que había surcado los mares y yo no te creí. Pero si ahora lo analizo todo, tu manera

de ser, tu osadía, tu vocabulario, tu…

—¿Tan desastre soy?

Harald dio un paso atrás para observarla.

—Alison Moore… Eres la Joya Moore. Ahora lo entiendo todo.

Consciente de su gesto, ella no se movió. Debía aceptar su rechazo, y preguntó:

—Ahora que sabes quién soy en realidad, ¿quieres que…?

—No.

—¿Y quieres que continuemos con nuestro matrimonio?

Harald, que estaba totalmente desconcertado, clavó la mirada en ella y soltó:

—No estamos casados.

Oír eso hizo que ella asintiera. Le dolía que lo dijera con aquella crudeza, pero insistió:

—Ya lo sé. Lo sé tan bien como tú. Pero ¿quieres seguir estando conmigo?

El vikingo, confundido, respondió mirándola:

—No lo sé.

Oír eso hizo que el vello de todo el cuerpo de ella se erizara. Como bien había dicho su padre, una vez que Harald se enterara de quién era, la repudiaría. La apartaría de su lado. Aquello era el final. Y, mirándose el brazo, susurró al ver su vello erizado:

—Las hadas me están avisando. —Harald no dijo nada y luego ella

musitó—: Me ofreciste un hogar sin amor y lo acepté por los niños. Ellos se

merecen todo lo bueno que les pueda pasar.

—Me mentiste. Me ocultaste quién eras y…

—Y quiero que sepas —lo cortó, consciente de que se lo tenía que decir

antes de marcharse— que estos días sintiendo tu cariño y tu dedicación

hacia mi persona han sido los mejores de mi vida. Y… y aunque el final

fuera el mismo, los volvería a repetir una y mil veces más.

Harald, con el vello de punta por lo que aquella le decía, asintió, y

Alison tragó el nudo de emociones que pugnaba por salir de su garganta;

viendo que aquel nada tenía que decirle, dio media vuelta y se dirigió hacia

el lugar donde su padre y Thomas hablaban.

Jack Moore, al ver que Alison se acercaba, dejó de hablar con él y,

caminando hacia su desconcertada hija, preguntó preocupado:

—Francesca, ¿estás bien?

Tomando el control de su cuerpo, ella asintió, aunque en realidad sentía

todo lo contrario. Como imaginaba, Harald la había rechazado tras saber la

verdad, y estaba sumida en sus pensamientos cuando su padre se aproximó

al vikingo y, sorprendiéndolo, le tendió la mano.

—No nos han presentado formalmente. Soy Jack Moore, el padre de tu

mujer.

Harald miró la mano que le ofrecía. Ante él tenía al mítico y temido pirata Jack Moore, el hombre del que había oído contar cientos de desagradables historias; sin embargo, le estrechó la mano sin miedo y dijo:

—Harald Hermansen.

—Pero ¿no eras McAllister? —exclamó en voz alta.

Harald negó con la cabeza y Jack, mirando a su hija, iba a preguntar cuando esta gritó enfadada:

—¡Papá, Harald es vikingo, pero…!

—¿Te has casado con un pagano? —preguntó el capitán al tiempo que abría mucho los ojos.

—Isobel, *amore mio*, pero ¿qué has hecho? —se lamentó Marco.

Harald resopló al oír eso y entonces el capitán Moore se mofó:

—¡Por las barbas de Neptuno…, mi hija casada con un vikingo!

Su reacción llamó la atención de todos. ¿En serio a aquel pirata le importaba la procedencia de Harald?

De pronto, Jack Moore comenzó a reír. Tras él lo hicieron los tíos de Alison, y finalmente, apretando la mano de Harald, que lo miraba con gesto serio, afirmó:

—Bienvenido a esta variopinta familia. Como padre de Francesca, te…

Pero el vikingo lo soltó de repente y lo interrumpió:

—Alison, Francesca o como se llame su hija no es mi mujer.

—¡¿Qué?! —exclamó Jack Moore.

Harald asintió y, mirando a la descolocada joven, prosiguió:

—Nunca nos hemos casado.

Oír eso hizo que Alison cerrara los ojos. Ahora incluso negaba su boda.

Sin duda se avergonzaba de ella.

Y entonces Gus, que como el resto de los piratas oía lo que allí decían,

musitó:

—El Bicho, como siempre…, ¡liándola!

—¿Isobel? ¿Es eso cierto? ¿No es tu marido? —preguntó tío Marco.

—¡Marguerite! —susurró Armand.

Todos miraron de nuevo a Harald, y este, sin apartar los ojos de la mujer

que le había desbaratado la vida, añadió:

—Mentimos. ¿Verdad, Alison?

Jack Moore, al entender las palabras que su hija le había dicho antes en

referencia a que no se había perdido nada, preguntó:

—¿Por qué me mientes a mí, Francesca?

—Orquídea…, pero ¿por qué? —quiso saber Roy.

Demelza, al oír eso y ver el desconcierto de todo el mundo, iba a hacer

algo cuando Aiden, entendiendo lo que pasaba por la cabeza de Harald, la

detuvo. Demelza lo miró y este sentenció.

—No te muevas.

—Pero, Aiden…

—Cielo —susurró aquel—, como hombre que soy te aseguro que ahora

mismo sé cómo se siente Harald. No fuerces algo que no te corresponde y

sé respetuosa.

Demelza finalmente asintió. Le gustara o no, su marido tenía razón.

Alison, por su parte, se estremeció al sentir que era el centro de todas

las miradas y, viendo el reproche en los ojos de su padre y sus tíos,

exclamó:

—Rayos y centellas, ¡no me miréis así! Aunque me hubiera casado con

él como Alison Wilson, no valdría, porque yo soy Alison Moore. ¡¿Cómo

me iba a casar?!

Sus tíos asintieron, sin duda tenía razón, y ella, viendo cómo la miraba

su padre, insistió:

—Papá, entiéndelo.

—Francesca, me acabas de decir que lo…

—¡Cállate! —lo interrumpió.

—Pero…

—¡Por el jodido Maud Roak, que te calles, papá! —exclamó.

No quería que dijera ante él y el resto que amaba a Harald cuando este

la estaba repudiando. Y, tomando aire, indicó al ver la expresión de su

padre:

—Papá, no quería engañarlo más aún de lo que ya lo estaba haciendo.

Entre el falso apellido y que no sabía quién era, ¿cómo me iba a casar

verdaderamente con él?

—Se acabó —soltó Jack Moore—. Regresarás ahora mismo a *La Bruja*

del Mar.

Según oyó eso, Alison dio un paso atrás e indicó:

—Ni hablar. Todavía me quedan días de libertad.

—¡¿Libertad?! —preguntó Demelza.

—¡¿Qué libertad?! —se interesó Harald.

Alison, mirando entonces a la que ya consideraba su amiga, declaró:

—Juré ante una botella con la mano en el corazón que durante seis

meses viviría en tierra, y ya llevo…

—Te quedan…

—Sé los días que me quedan, papá —lo cortó ella antes de que dijera

que le quedaban cuarenta—. Y soy consciente de que, una vez que pasen,

debo regresar a *La Bruja del Mar*.

Boquiabierto, Harald arrugó el entrecejo. ¿En serio pensaba marcharse?

Pero ¿acaso con ella todo eran mentiras? Y, sin poder remediarlo, preguntó:

—¿Me puedes explicar qué pensabas hacer con Siggy, Will y Briana

pasados esos días?

Alison lo miró, vio la furia en sus ojos y, con sinceridad, respondió:

—Dejarlos contigo.

—¡¿Conmigo?!

—Me ofreciste un hogar para ellos y yo lo acepté.

Aiden y Peter se miraron sorprendidos y Harald, dando media vuelta

desesperado, comenzó a caminar hacia donde estaban los caballos.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco. Le mentía. Lo engañaba. Tan

pronto lo miraba con amor como estaba dispuesta a abandonarlo junto a tres

niños.

Pero ¿en qué locura se estaba metiendo?

Agobiado, se paró al llegar junto a su caballo, y Aiden, tras pedirle a

Demelza un segundo, se acercó a él. Ambos se miraron y este último

preguntó:

—¿Quieres que regresemos al campamento?

Harald miró a Alison mordiéndose el labio inferior. La muchacha,

rodeada por la que era su familia, hablaba con ellos, y respondió:

—No lo sé. No sé qué hacer.

Aiden, que comprendía su desconcierto, iba a hablar cuando él añadió:

—No solo me omite quién es, sino que encima se va a marchar y me va

a dejar al cargo de tres niños…, ¡tres!

—Te entiendo —asintió su amigo—. Esto es una locura.

El highlander y el vikingo se miraron en silencio durante unos

segundos, hasta que el primero preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con Alison.

—No lo sé.

—¿Y con los niños?

Pensar en Will, Briana y Siggy hizo que el corazón de Harald se

sacudiera. Esos niños se merecían lo mejor, los adoraba, y con una

seguridad aplastante declaró:

—Conmigo tendrán un hogar. No pienso abandonarlos como iba a hacer

ella.

—Tres niños son una gran responsabilidad.

Harald asintió.

—Lo sé… Lo sé… —susurró cerrando los ojos.

Durante unos segundos, ambos guardaron silencio, hasta que el vikingo,

intentando entender todo lo que estaba ocurriendo, declaró:

—Ingrid nunca me mintió. Siempre fue honesta y leal.

—No las compares. No es justo para ellas.

Pero Harald, con la cabeza hecha un lío, insistió:

—Y encima Alison es… es… Por el amor de Dios, ¡es la hija de Jack

Moore!

—Aun así, sigue siendo Alison.

Él asintió y su amigo, entendiendo el lío que podía tener en la cabeza,

añadió tras mirar a la joven:

—Quizá me meta donde no me llaman, pero estos últimos días junto a

Alison y los niños te he visto feliz, seguro y sereno por primera vez desde

que llegaste a Escocia. Y eso es porque todos ellos, desde el primero hasta

el último, te provocan esos sentimientos.

Harald asintió y luego aquel prosiguió:

—Cuando conocí a Demelza, ella también me mintió. Me hizo creer que

era escocesa, cuando en realidad no lo era. Nunca pensé que yo pudiera

estar con una vikinga. Para mí era impensable, pues, como bien sabes, un

vikingo marcó mi pasado. Pero créeme cuando te digo que hoy por hoy soy

yo el que no quiere separarse de ella. Demelza sigue siendo la guerrera

intrépida que hace que mi corazón se desboque cuando la veo saltando por

las azoteas o cuando hace cosas inapropiadas. Pero esa es ella. Así la conocí

y eso fue lo que me enamoró. Y si te digo esto es porque esa muchacha que

ves ahí es Alison. Da igual que se apellide Wilson o Moore. ¡Es Alison y…!

—Aiden —lo cortó él—. Ingrid nunca me habría dejado. Si me dejó fue

porque…

—Sé por qué te dejó —lo interrumpió su amigo—. Pero nunca sabrás lo

que podría haber pasado en el futuro con ella. No puedes saber si Ingrid te

habría dejado con los años.

—No lo habría hecho.

—Eso no puedes saberlo.

—Lo sé. Claro que lo sé —afirmó él molesto.

Aiden calló y, mirando hacia la orilla, donde estaban Alison y los

demás, sentenció:

—Vamos a ver, Harald. El tiempo apremia. Ingrid es pasado y Alison es

futuro. Nadie mejor que tú para saber que el tiempo se ha de aprovechar. Y,

dicho esto, ¿crees que conocer a Alison puede merecer la pena?

El vikingo miró hacia la orilla. Verla hacía que el corazón se le

acelerara. ¿Estaba preparado para que se marchara? ¿Realmente quería que

lo hiciera? Y, seguro de su respuesta, contestó:

—Sí. Merece la pena.

—Pues, amigo, tienes unos días para aclarar tus ideas y hacerle ver que

es contigo con quien ha de estar y no con su padre —repuso Aiden y,

mirando hacia la playa, subrayó—: Y si no eres rápido en tomar una

decisión, Alison… Francesca…, no sé qué más, se va a montar en una de

esas barcazas y va a desaparecer de tu vida para siempre. ¿Es eso lo que

quieres?

Harald negó con la cabeza.

Imaginarse una vida sin ella, tras conocerla, lo atormentaba. Se había

acostumbrado a ella, pero, sin poder olvidar a su mujer, añadió:

—En mi corazón está Ingrid.

—Pero en tu cabeza está Alison, ¿verdad? —replicó Aiden, a lo que

Harald asintió—. ¿Y quién te dice que de tu cabeza no puede pasar a tu

corazón?

El vikingo se llevó las manos al rostro. ¿Qué debía hacer?

Junto a la orilla, cerca de las barcazas, el capitán Moore discutía con su hija.

—Alison… Francesca… Isobel… Marguerite… Orquídea…, ¡se acabó!

—gritó fuera de sí—. Te dije que, si veía algo inapropiado en tu manera de

vivir en tierra, regresarías al mar conmigo. Y esto que veo ¡es inapropiado!

¡¿Qué haces con ese patán?! Pero ¿no ves que ese hombre no te quiere?

—¡Papá, cierra tu bocaza!

Percibir la rabia en la voz de su hija le dolió, pero, endureciendo el tono,

él insistió:

—Francesca, soy tu capitán y también tu padre, ¡vigila cómo me hablas!

La joven, que estaba hecha un lío, y sin dar crédito a que Harald hubiera

soltado que no estaban casados, lo miró; estaba claro que saber que era la

hija del capitán Jack Moore le había hecho tomar una decisión. Al ver que

él se cubría el rostro con las manos, tomó aire, miró a su padre y dijo

dándose la vuelta:

—Tienes razón. Regresemos a *La Bruja del Mar*.

—Alison —le reprochó Thomas—, no digas tonterías. Pero ¿qué narices

vas a hacer?

—¡Tú cállate! No eres quién para opinar —siseó Jack Moore.

Pero Thomas negó con la cabeza e insistió:

—Alison y Harald se aman…, ¿acaso no lo ves, maldito capitán?

El aludido lo miró.

—Siempre has sido un tonto enamoradizo —le soltó—. Donde tú ves

amor yo solo veo desprecio hacia ella al saber que su padre soy yo. Por

tanto, mi hija regresa conmigo.

—Muchacha… —terció Matsuura en japonés—, habla con Harald antes

de tomar esa decisión.

—Pero ¿tú has visto su cara cuando ha sabido quién soy?

Matsuura asintió e, incapaz de callar, respondió:

—Se ha sorprendido, ¿acaso te extraña? Por las barbas de Neptuno,

Shensi, ponte en su lugar…

Alison negó con la cabeza; los gestos de Harald lo decían todo.

—La decisión ya está tomada —contestó.

—Alison —insistió Matsuura—. Como siempre he dicho, hay que vivir

el presente. El futuro… ya se verá.

Al ver el desconcierto de su hija, Jack miró a aquel vikingo, que hablaba

con el McAllister alejado de ellos. Durante unos instantes esperó que aquel

se les acercara. Si amaba a su hija del mismo modo que él había amado a su

mujer, haría algo para retenerla. Pero, al darse cuenta de que aquel no se

movía, tras mirar a Matsuura afirmó:

—Como dice Francesca, la decisión ya está tomada.

Demelza, alterada por el rumbo que estaba tomando la situación, se

apresuró entonces a correr hacia Harald y masculló:

—¿En serio vas a dejar que se vaya?

—Demelza…

—Harald, ¡maldita sea!, lo mejor de la vida es la vida misma. —Él no

respondió, por lo que su cuñada continuó—: Entiendo tu desconcierto. Te

ha ocultado cosas importantes. ¡Pero, por las barbas de Neptuno, es Alison!

—Es la hija del capitán Moore.

—¡Y Alison! —repitió Demelza.

—Eso mismo le he dicho yo —afirmó Aiden.

Confundido como en su vida, Harald insistió:

—Vale, es Alison, pero se marchará, ¡ya lo has oído!

—¡Maldita sea, pues impídelo! Hazlo por ti y por los niños —gruñó

aquella y, mirándolo, sentenció—: ¿De verdad vas a permitir que se vaya

cuando sabes tan bien como yo que tu corazón late con más fuerza desde

que ella apareció en tu vida? Por el amor de Dios, Harald, ¡arriésgate y

vive! Suelta la mano de Ingrid de una vez y lo que tenga que ser será, pero

¡vive!

El vikingo miró a Alison. Verla alejarse lo dejaba sin respiración.

En pocos días, aquella complicada mujer había conseguido lo que en el

pasado Ingrid había logrado en años y, al ver que se encaminaba hacia una

de las barcas, corrió como si un imán lo atrajera hacia ella. Tenía que

detenerla.

Aiden miró entonces a su mujer y preguntó divertido:

—«¿Por las barbas de Neptuno?»

Demelza, viendo que Harald había reaccionado, sonrió y musitó al

comprobar que se acercaba a Alison:

—Y si tengo que decir «por Tritón» o «por Yemayá», lo diré también.

Sin aliento, Harald se aproximaba a la joven cuando su padre, al oír sus

pisadas, se volvió y, poniendo su espada frente a él, preguntó:

—¿Adónde narices crees que vas?

—Escuchad…

—Escuchad, no: ¡capitán Moore! —le recriminó aquel.

Alison se volvió al oír eso y, al ver la punta de la espada de su padre en

el pecho de Harald, se quedó sin respiración, y más cuando el vikingo dijo:

—Escuchad, o retiráis vuestra espada o me veré obligado a empuñar la

mía.

El pirata levantó una ceja. Nadie se atrevía a hablarle así, y, cuando iba

a responderle, Alison tiró de su brazo y siseó:

—Por Tritón…, ¿qué haces, papá? Baja ahora mismo la espada.

Él obedeció tras pensarlo unos segundos y, mirando a aquel con gesto

fiero, murmuró:

—Te mataría…

—¡Atreveos! —replicó Harald.

Todos los que estaban a su alrededor comenzaron a hablar, a dar su opinión; entonces el capitán, tras intercambiar una mirada con Marco, volvió a mirar al vikingo y preguntó:

—¿Me estás provocando, muchacho?

—Probablemente —afirmó Harald sin miedo.

Jack Moore asintió. Luego lo miró de arriba abajo y gritó:

—Francesca, ¡vámonos!

—Vos os vais, ¡ella no! —soltó Harald.

Padre e hija lo miraron. Sin duda el pagano se estaba comportando como un osado, pero Harald, al que ya no le importaba nada, indicó mirando a la joven:

—¿Podemos hablar tú y yo a solas?

—¡No! —soltó el capitán.

Alison miró con fiereza a su padre un momento y luego se dirigió al vikingo.

—¿Para qué…? ¿Por qué?

Harald, que sentía que su mundo se desmoronaría si ella se marchaba, finalmente respondió:

—Porque tienes que quedarte.

Oír eso hizo que la joven parpadeara. ¿En serio había dicho aquello sabiendo quién era ella?

Jack Moore, al oírlo, sintió que todo su cuerpo se revolucionaba. Que

aquel hombre, sabiendo lo que sabía, se enfrentara a él y le pidiera a su hija

aquello era como poco inaudito.

—¿Te has vuelto loco? —dijo entonces Alison.

Harald apartó la vista del capitán para dirigirla a ella e, intentando

sonreír, afirmó:

—Probablemente.

Ambos rieron y él insistió:

—Dijiste que la locura era contagiosa, ¿no?

—No voy a casarme contigo, Harald —declaró ella mientras sentía que

el corazón le latía a toda prisa—. Ahora que sabes la verdad, espero que

entiendas que eso es impensable.

—Mira que eres cabezota —se quejó Thomas, que se ganó una dura

mirada de todos.

Y la joven, dispuesta a que Harald no olvidara un importante detalle,

añadió:

—Solo estaré un tiempo en tierra.

—¿Cuánto? —preguntó él.

Alison lo miró. Le quedaban cuarenta días, pero, sin ganas de decirle la

verdad, respondió:

—Dos meses.

Al oír eso, su padre la miró y murmuró:

—¡Francesca!

—¡Cállate, papá! —Y, sin apartar la mirada del vikingo, añadió—: Mi

tiempo es limitado.

—¡Ni hablar, Francesca! —exclamó Jack Moore—. ¡Tu tiempo se acabó!

Harald, al oírlo, lo miró y gritó:

—¡Por Odín! ¿Os vais a callar de una santa vez?

—A mí tú no me hablas así —lo increpó él.

El vikingo, a quien el miedo lo había abandonado, aun sabiendo quién era aquel, replicó mirándolo:

—El respeto que recibo es el mismo que doy.

Acalorado, Jack dio entonces un paso al frente y, cuando iba a hablar de nuevo, Alison gruñó:

—Papá…, por favor.

Todos guardaron silencio, sabedores de que el capitán Moore no era precisamente conocido por ser un hombre paciente. Pero eso a Harald le daba igual. A él le importaba Alison, no él. Y, dispuesto a hacerse oír, preguntó:

—¿Has pensado en Will, Briana y Siggy? —Ella no respondió, y él insistió—: ¿Realmente pretendes que sea yo quien les explique que te has marchado? ¿Que los has abandonado?

A la joven le dolió oír eso.

—Si he de quedarme con los niños, ¡me los quedaré! —continuó él—. Les daré un hogar y formaré una familia con ellos, pero creo que, antes de

marcharte, lo mínimo que has de hacer es acompañarlos hasta mi casa,

acomodarlos allí y hablar con ellos.

—Harald, no es fácil y…

—Claro que no lo es —lo cortó él—. Pero ellos se merecen una

explicación. Tu explicación.

La joven, entendiendo que él llevaba razón, asintió y Harald, hablándole

con el corazón, musitó:

—Alison, para mí no te pido nada, aunque no te negaré que estar

contigo bien, como estábamos antes, sería algo bonito. En cambio, sí te

pido que me ayudes a que los niños vean mi casa como su hogar y, luego, lo

que tenga que ser será.

Al sentir la mirada de su padre, la joven iba a hablar cuando el vikingo

añadió:

—Eres Alison no sé qué más Moore, hija del capitán Jack Moore. Sé

quién eres, como tú sabes quién soy yo. Sabes lo que ofrezco, y ahora sé lo

que tú puedes ofrecerme. Y, siendo sincero y dejándome llevar por el

corazón, prefiero esos dos meses contigo que sin ti.

—Ay, Marguerite, que me emociono —musitó Armand al oír eso.

Alison se estremeció. Aquellas palabras, procediendo de Harald, eran

toda una declaración de amor, y, tras mirar a su padre, que parecía que fuera

a explotar, pidió:

—Un segundo, papá.

A continuación, tras intercambiar una mirada con Demelza, que le

sonrió, Alison cogió a Harald de la mano, lo llevó aparte para que nadie los

oyera y, mirándolo, preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué aun sabiendo que…?

No pudo continuar. Harald, necesitado de ella, la acercó a él para

besarla. Aquella boca, aquel cuerpo, aquel olor lo tenían totalmente

embaucado, y una vez que el beso acabó, dejándose llevar por lo que sentía,

musitó:

—Quédate conmigo esos dos meses y sé mi mujer.

Con el corazón latiéndole a mil, Alison sonrió.

Su padre, al ver que se estaba emocionando tanto como Roy, Armand o

Marco, exclamó de pronto para descargar la tensión en el ambiente:

—¡Por las barbas de Neptuno, Francesca, ¿acaso no te estás dando

cuenta de que lo que tú y ese joven pretendéis hacer es una locura?!

Y, sin apartar la mirada de Harald, ella afirmó con una sonrisa:

—Probablemente.

Jack cabeceó. Sin duda su hija iba a sufrir por amor. Y, dispuesto como

siempre a decir la última palabra, declaró:

—De acuerdo, Francesca. Cumpliré mi promesa. Pero después

regresarás a mi lado sí o sí.

Oír eso hizo que todos lo miraran con resquemor. Pero ¿acaso aquel

hombre no deseaba la felicidad de su hija?

—Como siempre, eres un jodido egoísta —gruñó Thomas incapaz de

callar—. Tú, luego tú y después tú… ¿Acaso no piensas en Alison y en lo

que ella necesita?

El pirata lo miró y, sin moverse, siseó:

—Cierra esa boca si no quieres que…

—¡Papá!

El ambiente estaba muy tenso. Y Harald, consciente de que debía

aprovechar al máximo el tiempo con aquella, asiéndola de la mano se

acercó hasta el capitán y dijo:

—Solo los que estamos aquí conocemos la verdadera identidad de

Alison. Nadie más puede saberlo para preservar su seguridad. Y eso implica

que vos y vuestros barcos habéis de alejaros de la costa. Nadie debe

relacionaros con ella o correrá peligro.

El capitán, conmovido y enfadado a partes iguales por cómo aquel

hombre exigía cosas en nombre de su hija, iba a hablar cuando el vikingo

añadió:

—Cuidaré de Alison en Keith hasta que vos volváis para cuidar de ella.

Jack Moore observó en silencio el gesto de su pequeña. Su niña sonreía.

Estaba feliz. Aquello que iba a hacer era una locura. Sin duda lo que sufriría

posteriormente sería tremendo, pero, consciente de que debía cumplir con

lo que le había prometido, declaró:

—Me iré, Francesca. Pero el día estipulado te quiero en la playa de

Cullen porque allí estaré para recogerte.

Ella asintió y, soltándose de Harald, abrazó a su padre y aseguró:

—Allí estaré, papá. Te lo prometo.

Pocos minutos después, con lágrimas en los ojos y de la mano de

Harald, Alison se despedía de aquellos a los que quería, incluido Gilroy,

que había decidido regresar al barco. Matsuura, en cambio, prefirió

quedarse con ella.

Harald, todavía boquiabierto por lo que había descubierto, al ver la

emoción en los ojos de Alison, preguntó:

—¿Dos meses?

Ella lo miró. De nuevo, lo estaba engañando. Pero, sin querer empañar

la felicidad que sentía en ese momento por las cosas tan bonitas que aquel

le había dicho, respondió:

—Sí.

Harald asintió en el mismo momento en que veía que Matsuura se

aproximaba a ellos.

A continuación, y en silencio, el japonés y Alison se impregnaron las

manos con unos polvos ocres para sorpresa de todos y, posteriormente,

separándose del grupo, se sentaron en la arena, colocaron las palmas

mirando hacia fuera frente a su rostro y Matsuura comenzó a murmurar.

Demelza, Thomas, Peter, Aiden y Harald, sorprendidos por aquel ritual

que no entendían, los observaron sin pronunciar una palabra. Estaba claro

que aquello que hacían el japonés y ella era importante, y cuando acabaron

y se levantaron, Matsuura les aclaró:

—Es nuestra manera de decir adiós.

Todos asintieron. Harald, por su parte, no dijo nada. Sin duda tenía que

aprender muchas cosas de ella y, sobre todo, hacer que el tiempo del que

disponían fuera tan especial como para que ella rompiera su promesa con su

padre.

Capítulo 40

La felicidad de Alison por la decisión que había tomado se reflejaba en su

cara. La joven sonreía, bromeaba, mientras los engañaba a todos en lo

referente a su partida. Estaba dispuesta a disfrutar de aquello cuanto

pudiera. Nadie, a excepción de los que habían estado en la playa, conocía su

verdadera identidad, y Harald y ella decidieron proseguir con la farsa de su

boda. ¿Por qué desmentirlo?

La joven sabía que tenía que hablar con Will y Briana como le había

pedido Harald, Siggy aún era demasiado pequeña para entenderlo, pero

decidió esperar a llegar a Keith para sentarse con ellos y contárselo.

No iba

a ser fácil explicarles a los niños que al cabo de un tiempo se marcharía

para no regresar nunca más, pero haría todo lo posible para hacérselo

entender. Contaba con el apoyo de Harald, y se lo agradeció.

Pero el primer berrinche a Alison le llegó el día en que tuvo que

despedirse de Thomas y Regina. Sus caminos se separaban. Ellos se

dirigían a Aberdeen, mientras que ella se iba a Keith.

Haber contado y seguir contando con su cariño era primordial para la

joven, y, mirándolos, declaró emocionada:

—Siempre os llevaré en mi corazón.

Regina, conmovida, no podía hablar, y Thomas preguntó:

—¿Acaso no nos vamos a volver a ver?

Alison negó con la cabeza. El tiempo que le quedaba en tierra quería

pasarlo con Harald y los niños, y, segura de sí, indicó:

—Una vez que abandone Escocia, no creo que vuelva a regresar. Ya

sabes que los Moore no somos muy queridos por estos lares.

—Pero ahora eres una McAllister. Tu marido es…

—Regina —la cortó ella—. Ni soy lo que dices ni estoy casada con

Harald. Si estoy aquí es para disfrutar de él todo lo que pueda y para

ayudarlo a que los niños se instalen en su hogar. Y, antes de que prosigas,

permíteme decirte que ese hombre nunca me va a querer como yo deseo, y

no hace falta que te diga por qué, porque ya lo sabes.

—Te querrá —replicó ella segura de sí misma—. Es imposible no

quererte, cielo.

Alison sonrió mientras se encogía de hombros.

—El corazón de Harald está ocupado por otra mujer. No soy tan especial ni tan perfecta como he oído que lo fue ella. Yo soy la ruda y despiadada hija de quien ya sabes, y contra eso poco se puede hacer.

Thomas asintió al oírla. Durante días había pensado cómo solucionar aquel tema, cómo hacer para revertir todo lo malo que se había contado de los Moore, pero, consciente de que, por mucho que hiciera, siempre habría cosas que reprocharles y por las que podrían ser apresados y juzgados, musitó:

—Lamento mucho no poder ayudarte más ni a ti, ni a tu padre y a tus tíos. Pero la realidad es la que es. Lo siento, muchacha.

Alison asintió conmovida.

—Ya nos has ayudado mucho, especialmente a mí —dijo, y al ver cómo él la miraba, cuchicheó—: Y que sepas que ahora sois mis tíos. Vosotros así lo decidisteis y ahora soy yo la que pide que siempre sea así.

Regina la abrazó emocionada. Separarse de aquella muchacha, a la que tanto cariño le había cogido, así como a los pequeños, le estaba resultando más difícil de lo que nunca habría imaginado.

—Estoy orgullosa de tener una sobrina tan valiente y maravillosa — murmuró sollozando.

Entre risas, ambas se besaron, y finalmente Regina se alejó para

despedirse de los chiquillos. Thomas, que había observado la situación en

silencio, susurró tan conmovido como su mujer:

—La conozco y sé que os va a echar mucho de menos, tanto a ti como a

los pequeños.

—Le diré a Harald que os los lleve a Aberdeen siempre que pueda.

Estoy convencida de que a ellos les encantará veros y estar con sus tíos.

—¡Los malcriaremos! —se mofó él.

—Nada me gustaría más que eso. —La joven sonrió.

Ambos se abrazaron con cariño y luego Thomas, separándola de él,

preguntó:

—¿En serio vas a regresar al mar con tu padre?

—Sí. —Alison suspiró.

—Pero, muchacha…, tú lo amas.

Ella volvió a asentir. Por mucho que lo intentara, no podía mirarlo de

otra manera, y, bajando la voz, añadió:

—Pero él a mí no, y yo no comparto corazón.

Thomas cabeceó desolado. Insistir en algo en lo que él no podía

intervenir le daba rabia, pero, entendiendo lo difícil que sería para ella vivir

con alguien que no la quería, musitó:

—Cualquier cosa que necesites, ahora o en el futuro, aquí estaré.

—Gracias —susurró emocionada.

Se hablaron en silencio, y luego él, mirando a Harald, que tenía sobre los hombros a Briana, indicó:

—Esos niños tendrán un excelente hogar gracias a ti.

Complacida, la joven siguió la dirección de su mirada. Harald reía por algo que Briana decía, y, enamorada de aquel hombre, afirmó:

—Su felicidad es también la mía, y sé que Harald será un buen padre para ellos.

Thomas asintió, pero, incapaz de marcharse sin decir lo que pensaba, añadió:

—Mereces ser feliz y eso tu padre debería entenderlo. Imagino que, si a mí me cuesta separarme de ti, más debe de costarle a él. Pero precisamente como tu padre que es, debería animarte para que lucharas por tu felicidad y no exigirte que regreses con él.

—¿Otra vez?

—Pero los niños…

—Los niños —volvió a cortarlo ella— estarán bien con Harald.

Ambos sonrieron, y luego Thomas indicó:

—Eres tan cabezota como tu padre.

—Los Moore somos así. —Alison suspiró—. Y yo le prometí que volvería y siempre cumplo mis promesas.

Él resopló y a continuación la abrazó de nuevo.

—Eres una mujer maravillosa, Alison Moore. Tu madre estaría muy

orgullosa de ti.

Ella asintió gustosa, y luego Thomas se dio la vuelta y se alejó tan

emocionado como ella.

Sin moverse de donde estaba, Alison vio cómo aquellos maravillosos

tíos que habían aparecido en la madurez de su vida se marchaban, y sonrió

al ver que Evander le decía adiós con la mano. Sin dudarlo, ella imitó su

gesto, pero entonces sintió que unas manos rodeaban su cintura por detrás.

Sin necesidad de mirar, supo quién era; ese tipo de intimidad con él

cada vez le gustaba más.

—¿Estás bien? —oyó que le susurraba al oído.

Tragándose el nudo de emociones que sentía, porque ella no lloraba,

Alison musitó:

—Sí.

Y Harald, feliz porque ella siguiera allí, indicó:

—Vamos. Debemos continuar hacia Keith.

Sin dudarlo, la joven asintió y, tras coger de la mano a Briana, que se

acababa de enganchar a su pierna, flanqueada por ella y por Harald, se

encaminó hacia su caballo. Debían seguir.

Capítulo 41

La llegada a la fortaleza de Keith, en las Tierras Altas, fue un gran

acontecimiento. Las gentes que allí vivían estaban felices por el regreso de

sus hombres, y Alison disfrutaba junto a los niños de aquel bonito

recibimiento.

Cuando entraron en la casa de Aiden y Demelza, la joven pelirroja

corrió de inmediato hacia Hilda, que tenía en brazos a su pequeña Ingrid. La

cogió gustosa y la besó con todo su amor, hasta que Aiden se la quitó para

besuquearla también. Tras él lo hizo Harald y, finalmente, Peter. Estaba

claro que la niña era el centro de atención.

Demelza, cogiendo entonces de nuevo a su pequeña, agarró a Hilda del

brazo y se acercó hasta donde estaba Alison con Will, Briana y Siggy.

—Alison —dijo—, esta es mi pequeña Ingrid, y ella es Hilda, mi madre.

Complacida, la joven miró a la niñita que su amiga tenía en brazos.

Tenía claro que se llamaba así por la mujer de Harald, y con mimo susurró:

—Hola, Ingrid, ¡pero qué bonita eres!

La niña se revolvió inquieta, y Alison, clavando los ojos en la mujer que

la observaba curiosa, sonrió. Ella era la mujer que Demelza le había

contado que, sin ser su madre, había ejercido por voluntad como tal.

—Encantada de conocerte, Hilda —la saludó.

—Lo mismo digo, Alison. Bienvenida a Keith —repuso ella y, al ver

que la pequeña Ingrid comenzaba a llorar, indicó—: Ya busca a Harald.

Cuando lo ve solo quiere estar con él.

El aludido se acercó a ellas con una sonrisa y, cogiendo a la pequeña

Ingrid, la colocó de tal manera en sus brazos que la niña dejó de llorar. Al

verlo, Demelza rio mirando a su pequeña.

—Con lo que yo te quiero y te he echado de menos, que solo tengas

ganas de estar con tu tío me parte el corazón…

De inmediato Siggy, que estaba con Alison, le echó los brazos a la

pelirroja, que se apresuró a cogerla encantada. Y entonces Ingrid, al verlo,

enseguida reclamó la atención de su madre y todos se echaron a reír. Estaba

claro que la pequeña Ingrid no era de las que compartían.

A la hora del almuerzo, Aiden y Demelza no permitieron que Harald y

Alison se fueran a su casa sin comer. Rápidamente Hilda, ayudada por

Girda, la criada, organizó la comida y, mientras la preparaban, Demelza le

mostró su hogar a su amiga.

Alison recorrió encantada la increíble fortaleza. Sin duda era un sitio

grande y bonito para vivir, y escuchó gustosa las mejoras que Demelza

había hecho allí desde su llegada.

En su camino pasaron por la habitación del matrimonio, un bonito y

confortable dormitorio con una gran chimenea. Alison, al verla, se acercó a

ella y murmuró:

—Siempre quise tener una chimenea, pero en mi camarote de *La Bruja*

del Mar era imposible…

Ambas rieron por aquello y luego Demelza repuso:

—Pues ya sabes…, pídele una a Harald.

—No creo que sea muy apropiado pedir nada.

—¿Por qué?

Alison la miró. Demelza sabía perfectamente por qué decía aquello y, como no contestaba, la vikinga cuchicheó:

—Si yo fuera tú, ¡se la pediría sin dudarlo!

Su amiga sonrió y no dijo más.

Poco después, cuando las dos mujeres regresaron al salón, donde todos hablaban, Alison se percató de que Ingrid lloraba.

—¿Qué le ocurre?

Hilda suspiró.

—Lo de siempre —dijo—. Acaba de comer, ha visto a su tío Harald y no quiere dormir porque quiere estar con él.

A su lado, sobre un butacón, Siggy, que acababa de comer igual que Ingrid, dormía plácidamente, y Aiden, sonriendo al ver a la pequeña, preguntó:

—¿Por qué los bebés no se comportan todos igual?

Eso hizo reír a Demelza. Se habían preguntado eso mismo cientos de veces. ¿Por qué Ingrid, después de comer, siempre montaba una buena juerga antes de dormirse?

Sonriendo como su amigo, Harald finalmente se acercó a la pequeña Ingrid y, tras besarla en la frente, la cogió de aquella determinada manera

que a la pequeña le gustaba y susurró:

—Mi amor…

A Alison le gustó oírlo decir eso. Que fuera tan cariñoso con la niña era

extraordinario, pero ¿por qué a ella nunca le decía nada parecido?

Se moría por oírlo decir palabras de amor. Era encantador con ella, pero

nunca le había dedicado una palabra especial, una que le hiciera saber que

la quería.

Estaba pensando en ello cuando el vikingo dijo con la niña en brazos:

—Muy bien, cariño. Un ratito y después… ¡a dormir!

Ni que decir tiene que la pequeña dejó de llorar en el acto.

Will y Briana, por su parte, lo miraban todo a su alrededor más callados

de lo habitual. Todo aquello era nuevo. Estar en una fortaleza como aquella

los impresionaba mucho porque, mientras vivieron con sus padres, su casa

era un techo de barro y poco más, nada que ver con eso. Peter McGregor, al

verlos mirar a su alrededor, se acercó a ellos.

—¿Qué os ocurre?

Briana, que como siempre intentaba ocultarse del mundo, sin separarse

de su hermano susurró al ver pasar a gente que no conocía:

—Tengo susto.

Conmovido, el highlander preguntó a continuación:

—¿Por qué, cariño?

Rápidamente la niña miró a Hilda y al resto de las mujeres y los

hombres que deambulaban por allí, y Alison, al leer en sus ojos, se apresuró

a decir:

—No has de temer nada, cielo.

—¿Seguro?

Ella asintió y, tras mirar a Peter y ver que este sonreía, preguntó:

—¿Recuerdas lo que Harald y yo os contamos en lo referente a ser un

McAllister? —La niña afirmó con la cabeza y Alison añadió—: Pues tú,

como yo, como Will, Harald, Demelza, Aiden y todos los que ves aquí,

somos McAllister, y a la familia se la protege. Por tanto, los sustos tienen

que desaparecer cuando estés con cualquiera de nosotros, porque te

protegeremos, ¿entendido?

—No olvides que los McGregor la protegerán también, Alison —le

recordó Peter antes de alejarse.

Briana, con gesto aún de miedo, asintió y la joven la cogió entonces con

mimo entre sus brazos. La pequeña se refugió en ellos y, tras darle un

cariñoso beso en el cuello, Alison se sentó junto a Will y musitó:

—Este sitio es precioso. Después de comer iremos a casa de Harald, que

a partir de ahora será también la nuestra.

—¿Y el hogar de Harald es tan grande como este? —quiso saber Will.

—Mi hogar —dijo él sentándose junto a ellos con la pequeña Ingrid en

brazos— es ahora el de todos nosotros. Por lo que me gustaría que os

refirierais a él como vuestro hogar, ¿de acuerdo?

Will y Briana asintieron.

—Harald —propuso Demelza—, ¿qué te parece si dais una fiesta en

vuestra casa para que todo el mundo conozca a Alison, a Matsuura y a los

niños?

El vikingo, al oír eso, no supo qué decir, pero Alison afirmó gustosa:

—Sería genial. Así Briana verá que todos la quieren y la protegerán.

Aiden, Peter y Harald se miraron sonriendo y finalmente este último

dijo:

—Me parece una idea excelente. En cuanto tengamos la casa

adecentada, celebraremos esa fiesta. —Y, dirigiéndose a sus amigos, añadió

—: Corred la voz entre los clanes de los McAllister y los McGregor de que

están todos invitados a conocer a mi familia y que pronto daremos una gran

fiesta.

Demelza sonrió orgullosa. Oír a Harald decir eso y ver cómo les sonreía

a Alison y a los niños era mucho más de lo que nunca habría imaginado.

Sin duda, su hermana Ingrid estaría feliz.

Capítulo 42

Tras la opípara comida que les ofrecieron Aiden y Demelza, Harald y la que

él ya consideraba su familia cabalgaban hacia su casa cuando, al llegar a

una colina, él se detuvo y declaró señalando a lo lejos:

—Bienvenidos a vuestro hogar.

Alison sonrió al divisar más allá diversas edificaciones situadas junto a un río y varios caballos que pastaban.

—La de piedra grisácea es la casa principal —explicó él—. En un principio mi intención era hacer algo más pequeño, pero Aiden, Peter y sus hombres comenzaron a traer piedras y, al final, se convirtió en una espaciosa casa de dos plantas.

—¡Por Tritón, es increíble! —exclamó Alison sorprendida.

En la vida había vivido en una casa, ni grande, ni pequeña, y lo que tenía ante ella era un sueño hecho realidad.

Harald, complacido al ver su expresión, indicó entonces mirando al japonés:

—Matsuura, a la derecha hay una casa más pequeña. Fue la que utilicé durante el tiempo que tardamos en construir la casa grande, ¿la ves? —El japonés asintió y él continuó—: Tienes dos opciones. O vivir en la casa grande con todos nosotros o quedarte esa casa solo para ti. Tú decides.

Matsuura, que como Alison nunca había tenido nada para él, pues cuando vivía en *La Bruja del Mar* simplemente ocupaba un trozo de suelo para dormir, asintió encantado y repuso sorprendido por el ofrecimiento:

—Lo que tú decidas estará bien, Harald.

—No, Matsuura —rectificó él—. Lo que decidas tú.

Conmovida por ver la felicidad en el rostro del japonés, Alison

intervino:

—Tío Matsuura, creo que deberías disfrutar del placer de tener una casa

solo para ti. —Y, sin mencionar el barco para que los niños no lo oyeran,

agregó—: Eso en donde tú ya sabes es imposible tenerlo.

El japonés se emocionó al oírlo.

—Tuya es —declaró Harald entonces—. No se hable más.

Alison sonrió y el vikingo, al verla tan feliz, señaló con el dedo y siguió

contando:

—El edificio largo que hay a la izquierda es la herrería, que está unida a

las caballerizas, donde criamos a los mejores caballos que sin duda hay en

toda Escocia. Yo trabajo en la herrería y…, bueno, el resto del terreno que

veis es el que Aiden McAllister me regaló y que ahora es mío. Nuestros

vecinos más cercanos son los McGregor, y por el noroeste los Campbell.

—¿Esas tierras de los Campbell son por las que Peter está enemistado

con ellos? —Harald asintió y Alison preguntó a continuación—: ¿Y

conoces a los que viven allí?

Harald negó con la cabeza.

—No, porque están abandonadas. Al parecer, en la fortaleza que hay en

esas tierras vivió hasta hace unos años Angus Campbell criando vacas, pero

al morir pasaron a ser de su hijo, a quien nunca he visto.

Alison asintió y contempló la amplitud de los terrenos que se extendían

ante ellos. Harald acarició entonces la cabeza de Will y dijo:

—¿Qué te parece? ¿Crees que tendrás suficiente espacio para correr?

—Claro que sí —se apresuró a responder el niño emocionado.

El vikingo sonrió y luego, mirando a Briana, preguntó al ver su gesto:

—¿Por qué tienes susto?

—Porque es muy grande y pueden venir las señoras malas.

Conmovido, Harald acercó su caballo al de Alison y, al ver su

expresión, cogió a la pequeña, la colocó entre su hermano y él y, con

seguridad, dijo señalando a su alrededor:

—Nadie va a venir a por ti porque ni yo ni ningún McAllister o

McGregor lo va a permitir, ¿de acuerdo, cielo?

—Ni yo tampoco —aseguró Alison.

—Ni yo —se unió Matsuura.

La cría los miró y, cuando esbozó una sonrisa, Harald afirmó feliz:

—Así me gusta. Sonríe, cariño.

Dicho eso, el vikingo continuó adelante con su caballo y Alison y

Matsuura lo siguieron.

Minutos después, una vez que llegaron hasta la casa, Harald se apeó.

Tras él bajó a Briana y a Will, y cuando todos hubieron desmontado, al ver

que Alison miraba la casa, el tío Matsuura propuso:

—Will, Briana, vayamos a las caballerizas a ver a los animales.

Los niños asintieron y, cuando aquel desapareció con ellos, Alison se dirigió a Harald con una sonrisa:

—Es mucho más de lo que esperaba —y, mirándolo, susurró—: Nunca he vivido en una casa.

—Me alegro de que te guste.

—Es preciosa.

Harald, conmovido por cómo ella lo miraba todo, la cogió entonces de la mano.

—Vamos. Te la enseñaré.

Sin embargo, al llegar frente a la puerta de entrada, él se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella.

El vikingo, confundido por lo que había pensado, la miró. Aquello que estaba a punto de proponer era algo que nunca había podido hacer con Ingrid, aunque siempre lo había deseado. Y, sintiéndose culpable por pensar en aquello cuando no era Ingrid sino Alison quien estaba a su lado, declaró:

—Siempre he oído que trae buena suerte cruzar el umbral de tu casa con tu mujer en brazos la primera vez.

A la joven le gustó oír eso. Ni en el mejor de sus sueños había imaginado que alguien hiciera algo tan romántico por ella, pero Harald, desechando la idea, añadió:

—Aunque en nuestro caso es innecesario.

Alison se sintió dolida, se había emocionado para nada, e intentando

que no se notara su decepción, se encogió de hombros sin más.

—Totalmente innecesario.

Acto seguido él abrió la puerta principal y Alison, lo siguió.

Aquella casa de dos plantas tenía una enorme cocina con alacenas, y un

grandioso salón comedor con una impresionante chimenea sobre la que se

veía un escudo en hierro forjado. La muchacha se acercó para examinarlo y

Harald indicó:

—Lo hice yo.

Ella lo admiró complacida; estaba claro que el vikingo era muy hábil

forjando el hierro. Al ver una inscripción que no entendía, preguntó:

—¿Está escrito en noruego?

—Sí.

—¿Y qué dice?

Harald se acercó y, pasando las manos por la inscripción, tradujo:

—«Eternamente viviré con tu recuerdo».

Al oír eso, la joven asintió sin necesidad de preguntar a quién iban

dirigidas aquellas palabras. Y con cierto malestar al pensar que tendría que

ver aquello todos los días, finalmente se dio la vuelta y echó un vistazo a su

alrededor. Miró los distintos muebles de madera oscura que estaban en

medio del salón.

—Los hice traer de Noruega —indicó Harald.

—Vaya…

—Ese aparador pertenecía a los padres de Ingrid y Demelza, y este —

añadió señalando el banco que había frente a la chimenea— lo encargamos

Ingrid y yo para nuestra casa.

De nuevo, Alison asintió y él, al ver su expresión, continuó señalando

los muebles que había sin colocar por en medio de la estancia:

—Estos los compré unos días antes de partir hacia Edimburgo. Hilda me

dijo que los habían traído en mi ausencia.

Alison se acercó a aquellos muebles finamente trabajados. Con placer,

paseó los dedos por la suave madera y sonrió.

—Son bonitos y delicados. —Harald asintió encantado, y ella agregó —:

Aunque, para mi gusto, excesivamente oscuros.

Sorprendido por su matización, él se apresuró a replicar entonces:

—A Ingrid le gustaba este color.

Oír eso no era lo que Alison esperaba. Ingrid otra vez. Pero, consciente

de que no podía quejarse, pues era la casa de Harald y no la de ella,

finalmente sonrió.

Cogidos de la mano, ambos subieron por la escalera que conducía a la

planta de arriba. Feliz y motivado, el vikingo le mostró las habitaciones.

Todas eran grandes, todas tenían cama, pero todas estaban vacías y

desangeladas.

Al llegar a la última puerta Harald se detuvo y, mirándola, comentó:

—Este es mi dormitorio y, si quieres, podría ser también el tuyo.

—¿Si yo quiero?

El vikingo asintió.

—Puedes elegir entre dormir aquí o hacerlo en otra de las habitaciones.

—¿Por qué?

Harald suspiró y, seguro de lo que decía, indicó:

—Si duermes aquí, la habitación debe permanecer como está. No quiero

que toques ni muevas nada de su sitio. —Alison parpadeó y él añadió —:

Lamento ser tan sincero, pero esas son las reglas.

Si la joven tenía algo claro era que quería compartir habitación con él y,

sin importarle las reglas, declaró acercándose a él para besarlo:

—Deseo compartir lecho contigo.

Gustosos, se besaron en la intimidad del que iba a ser su hogar a partir

de entonces y, cuando el beso acabó, Harald comentó riendo:

—Si sigues así, te voy a poseer aquí mismo, en el pasillo.

—¡Pues hazlo! Ya sabes que soy muy pagana para el sexo.

El vikingo sonrió divertido, pero musitó separándose de ella:

—Cuidado. Podrían venir los niños.

—Te aseguro que los oiríamos —se mofó ella.

Un beso. Dos. Cuatro. La apetencia que sentían el uno por el otro era

irracional; Harald, retirándose, afirmó:

—Ni te imaginas los esfuerzos que tengo que hacer para no ser tan loco

como tú.

Ambos rieron y, a continuación, el vikingo abrió la puerta de la estancia.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó al ver la expresión de Alison.

Complacida, ella se dirigió de inmediato hacia la enorme chimenea.

Demelza no le había contado que en el dormitorio de Harald había una tan

espectacular y, feliz, afirmó:

—Siempre quise tener una chimenea en la habitación.

Él asintió encantado, y cuando la joven vio la bonita bañera de cobre

que había en un lateral, cuchicheó:

—Qué preciosidad.

Harald colocó entonces unos leños en la chimenea y la encendió. La

casa estaba helada y necesitaba calentarse. Mientras miraba los troncos,

intentó serenarse. Nunca se había imaginado compartiendo su propia

estancia con una mujer. Sin embargo, allí estaba, con Alison.

Mientras él se ocupaba del fuego, la joven iba caminando por la

habitación fijándose en los muebles que, como los del salón, estaban sin

colocar. Eran nuevos, de calidad y oscuros. Estaba claro que Harald había

comprado todo aquello pensando en Ingrid, y de pronto, al ver un tapiz

colgado en la pared en el que se veía un paisaje que bien podía ser Noruega,

comentó:

—¡Qué maravilla!

Al oírla, Harald la miró y, viendo a lo que se refería, contó:

—Ingrid lo compró para nuestro hogar, concretamente para nuestra

habitación. Le gustaba mucho. Y eso también —indicó señalando una vieja

mesita baja que había junto a la cama—. Ella adoraba esa pieza porque

había pertenecido a sus abuelos.

Alison asintió molesta. La mesita baja estaba tremendamente vieja y,

mirando un joyero que parecía de plata que había sobre ella, preguntó:

—¿Qué es eso?

Harald lo miró unos segundos y al cabo contestó:

—Las joyas de Ingrid. Te rogaría que no las tocaras.

Ella volvió a asentir. Ingrid… Ingrid… Ingrid… Pero ¿cómo podía vivir

rodeado de tantos recuerdos?

Acto seguido desvió la mirada y, al fijarse en el cabecero de la cama,

con cierto malestar preguntó sintiendo que o se controlaba o algo no muy

bonito saldría por su boca:

—Por Tritón, ¿eso qué es?

Harald suspiró al ver lo que ella señalaba. Se trataba del nombre de

Ingrid, que una noche, desesperado, él había grabado con su daga en la

madera del cabecero.

Durante unos segundos se miraron en silencio hasta que el vikingo

indicó:

—Es el nombre de mi mujer. Yo mismo lo grabé.

Alison asintió, sabía leer, e, incapaz de callar, repuso:

—A riesgo de recibir una mala contestación por tu parte, he de decir, o

no sería yo, que no es en absoluto de mi agrado estar en una casa donde

parece vivir otra mujer y…

—Alison —la cortó él de pronto—. Te prometí un hogar, no amor.

Sabes lo que ofrezco como yo sé lo que tú ofreces. No exijo nada, y espero

que tú tampoco.

Oír eso, y en especial ver su mirada, le dolió a la joven. ¿Cómo podía

besarla con tanto cariño y al mismo tiempo no entender que estar rodeada

de las cosas de Ingrid podía molestarle?

Durante unos segundos los dos permanecieron en un tenso silencio,

hasta que él, en cierto tono agrio, añadió:

—Te vas a marchar dentro de dos meses, ¿acaso lo has olvidado? — Ella

negó con la cabeza—. Como te he dicho antes, tú decides si quieres dormir

aquí o en otra habitación.

Harald tenía razón. ¿Quién era ella para decir aquello cuando se

marcharía al cabo de poco tiempo? Así pues, esbozando una desconcertada

sonrisa, contestó:

—Tienes razón. Discúlpame.

Harald cabeceó serio y ella, dispuesta a hacerle saber que no había más

que hablar del tema, preguntó a continuación:

—¿Crees que podrías grabar los nombres de los niños en los cabeceros

de sus camas? Estoy segura de que eso les gustaría.

Sin dudarlo, Harald asintió. Era una excelente idea.

De pronto, Briana entró en la habitación. La alegría de sus pisadas y su

risa hicieron que el vikingo cambiara su expresión, y más aún cuando

exclamó emocionada mirándolo:

—He visto muchos caballos muy bonitos.

—No me digas —murmuró él.

—Sí. Y… y hay uno muy chiquitito.

Complacido por ver el gesto de felicidad de la pequeña, él asintió.

—Es verdad, es de *Yesnia*. Cuando partí estaba a punto de dar a luz.

—Es blanco y muy… muy precioso —añadió Briana sobreexcitada.

Harald sonrió e, intercambiando una mirada cómplice con Alison, dijo a

continuación:

—¿Sabes? Ese potrillo no tiene nombre.

La niña no respondió y la joven, entendiéndolo, preguntó:

—¿Qué tal si Will y tú pensáis uno para él?

—¡¿En serio?! —exclamó la niña.

—Seguro que le ponéis un nombre que le encantará —afirmó Harald.

La niña brincó feliz. En el tiempo que llevaban juntos, ni Alison ni

Harald la habían visto nunca tan encantada y, deseosa de mostrarle el

animalillo a Harald, lo agarró de la mano y tiró de él.

—Ven…, ¡es precioso!, vamos a verlo.

Sin dudarlo, él abandonó entonces la habitación guiado por la pequeña,

dejando a Alison sola por primera vez en aquel lugar.

Durante unos minutos, incapaz de moverse, sus ojos veían una y otra

vez el nombre de Ingrid. Aquella estaba demasiado presente en la casa, y

ella no estaba dispuesta a competir con nadie, menos aún con una muerta.

Lo que en un principio le había parecido buena idea comenzaba a hacerla

dudar, e, incapaz de seguir un segundo más allí, musitó:

—Ingrid, sé que tú no tienes la culpa de nada, pero, por Yemayá, te

prometo que antes me enveneno que volver a quejarme por nada que tenga

que ver contigo.

Y, dicho eso, salió del dormitorio y corrió tras aquellos. Ella también

quería ver al potrillo.

Capítulo 43

La noche llegó deprisa y, cuando los niños se quedaron dormidos sobre

unas mantas frente a la chimenea del salón, que Harald había encendido

horas antes para calentar el lugar, Matsuura comentó dejando su copa a un

lado:

—Verlos dormir da paz y tranquilidad.

Con cariño, los tres adultos los miraron y luego el vikingo indicó

levantándose:

—Matsuura, coge a Briana. Yo llevaré a Will y tú, Alison, a Siggy.

Los tres salieron entonces con los pequeños en brazos.

Alison acostó a Siggy en su cama y, cuando regresó la primera al salón,

volvió a mirar el escudo que colgaba sobre la chimenea y, sin poder

evitarlo, y como si supiera leer noruego, musitó tras dar un trago al vino de

su copa:

—«Eternamente viviré con tu recuerdo».

Estaba más que claro que Harald no quería olvidar a su mujer. Deseaba

tenerla presente en todos los aspectos de su vida, y eso la inquietó. Estaba

pensando en ello cuando Matsuura y él aparecieron de nuevo en el salón.

—Si no os importa —dijo su tío—, me retiraré a la casa para descansar.

Alison le guiñó un ojo al japonés y una vez que este salió de la casa

grande, se quedó mirando la chimenea en silencio; entonces Harald musitó:

—Matsuura prepara una sopa exquisita.

—Es un excelente cocinero.

—¿Con qué me vas a sorprender tú mañana? —preguntó él a

continuación.

Al oír eso, Alison lo miró divertida.

—¿Te refieres a cocinar?

Él asintió y ella respondió:

—¿Acaso no recuerdas que en nuestros votos incluí que nunca cocinaría

para, así, evitar envenenarte?

Eso hizo que Harald riera a carcajadas, por supuesto que lo recordaba, y,

curioso, preguntó:

—¿Iba en serio?

—Totalmente —afirmó ella mientras se recogía el pelo.

—Las mujeres cocinan…

—Yo no. —Y, sonriendo, indicó—: Pero, tranquilo, durante el tiempo

que esté aquí, tío Matsuura lo hará por mí.

El vikingo asintió y, como necesitaba hablar con ella largo y tendido,

dijo a continuación:

—Ahora que los niños están dormidos y tú y yo estamos solos, ¿quieres

preguntarme algo que tenga que ver con la casa o con mi vida?

Alison, tentada de preguntarle cientos de cosas, lo pensó. Deseaba

saberlo todo de él. Pero, cuanto más supiera, más lo añoraría después de

que se marchara, y respondió:

—No.

—¡¿No?! —preguntó él sorprendido.

La joven se encogió de hombros y contestó con sinceridad:

—Me encantaría saberlo todo sobre ti, pero creo que las circunstancias

no acompañan.

Oír eso incomodó al vikingo. Cada vez que recordaba que ella tendría

que marcharse, se ponía enfermo. Por lo que, evitando dramatizar, repuso:

—¿Puedo preguntarte yo sobre ti?

Acomodándose en el banco que en otro tiempo habían encargado Harald

y la que fue su mujer, la joven afirmó:

—Sí.

—¿Cómo es vivir en un barco?

Alison suspiró y le dio un trago a su copa.

—Curioso —respondió.

—¿Solo curioso? —Él sonrió.

La joven cerró entonces los ojos con gracia y al abrirlos indicó:

—Es húmedo, en ocasiones pegajoso, y los labios y cualquier parte de

tu cuerpo siempre saben a sal. Si te crías como yo en un barco terminas

viendo todo eso como algo normal. Te acostumbras a estar rodeada de agua,

a tener siempre la sensación de humedad en la piel. A dormir en medio de

un temporal, a morirte de calor bajo el cielo abrasador y a despertar en

diferentes puertos del mundo. Y aunque todo puede llegar a ser curioso e

interesante, si te soy sincera, siempre quise saber lo que era vivir en tierra

firme. En una casa como la tuya, rodeada de campos verdes y no de

mar.

Durante un buen rato Alison le habló de sus viajes, de sus vivencias, y

aunque en ocasiones él reía por las anécdotas divertidas que le contaba, en

otras, saber que había tenido que escapar de quienes la querían muerta,

saltar por escarpados acantilados, permanecer horas y horas flotando en el

mar, pasar sed hasta vomitar o ayudar a escapar de prisiones a su padre o a

sus tíos hacía que se preguntase cómo podía haber vivido así. ¿Cómo había

permitido su padre que se criara de esa forma?

Ciertos detalles de cómo había sido la vida de Alison rodeada de piratas

toscos, fiereza y muerte eran complicados de entender, pero al mismo

tiempo entendía su independencia, su rudeza en ocasiones y, sobre todo, las

marcas que tenía en el cuerpo.

—¿Nunca has temido por tu vida?

Ella negó.

—No. La verdad es que no.

—¿Ni siquiera un poquito?

Con un gesto gracioso, mientras pensaba en cierta ocasión en la que fue

prisionera de un pirata que odiaba a su padre, afirmó con sinceridad:

—Vale, confieso que cuando Ali Hafman *el Tuerto* me tuvo prisionera

dos días, sí que pensé que de esa no salía.

—¡¿Ali Hafman *el Tuerto*?!

Ella asintió.

—Es un pirata árabe que no se lleva muy bien con mi padre. Pero, por

suerte para mí, papá y su flota lo abordaron cerca de Madagascar y pagó la

osadía de raptarme.

Sin poder creerse lo que oía, Harald musitó:

—¿Raptarte?

—Ser la hija de Jack Moore hace que la gente te ame o te odie —aclaró

ella—. ¡Es lo que tiene ser la Joya Moore!

Conmovido por lo que entrañaban sus palabras, él preguntó a

continuación:

—¿Cómo es ser la hija de Jack Moore?

—Es complicado —dijo Alison gesticulando con las manos—. Papá

posee un carácter endemoniado y tiene muchos enemigos, demasiados. Y

no creas que es fácil vivir con eso. Pero bueno, a todo se acostumbra uno.

Por algo soy la sanguinaria hija del capitán Moore.

Los dos sonrieron y Harald, tras dar un nuevo trago a su copa, indicó:

—Todavía sigo sorprendido porque esa sanguinaria mujer seas tú.

Alison se mofó:

—No me enfades o te mataré y utilizaré tu cráneo para beber vino.

Ambos soltaron una carcajada.

—¿Crees que alguna vez él se ha podido equivocar? —quiso saber

entonces Harald.

—¿Mi padre?

—Sí.

—Probablemente —afirmó ella—. ¿Tú nunca te has equivocado?

—Más de cien veces.

Ambos sonrieron de nuevo y luego la muchacha añadió:

—Mi padre se ha equivocado infinidad de veces, como lo he hecho yo,

tú y seguramente todos. Pero también has de saber que él es muchas cosas

más, aunque se empeñe en ocultárselo a todo el mundo con sus malas

miradas, su rudeza y sus gritos. Jack Moore, ese temible pirata del que

todos dicen cosas horribles, tiene también su corazoncito, y yo moriría por

él, como sé que él lo haría por mí. Y aunque sé que ser su hija ha marcado

mi vida, si volviera a nacer querría volver a tener el mismo padre.

Conmovido por lo que oía, el vikingo murmuró:

—Eso te honra.

—Para mí, aun con sus defectos, es el mejor padre del mundo. Te

aseguro que él y los tíos han sido lo mejor de mi vida. Me han cuidado,

mimado, protegido. Me han regañado cuando he hecho cosas mal. También

me han premiado cuando las he hecho bien. Y me han enseñado todo lo que

han podido o yo les he dejado. Y aunque a veces han sido muy pesados en

ciertos aspectos, ahora que yo adoro a Siggy, a Will y a Briana los

entiendo

perfectamente.

El vikingo sonrió y luego preguntó con el corazón acelerado:

—¿Cuándo hablarás con los niños?

—No lo sé.

—Pero lo harás, ¿verdad?

Sin dudarlo, la joven asintió.

—Te lo prometí y lo haré. Hablaré con ellos antes de irme e intentaré

que lo entiendan. Aunque son niños, y algo me dice que me odiarán.

Se miraron en silencio y Harald, incapaz de callar un segundo más,

preguntó:

—¿En serio te vas a marchar?

Al oír eso y ver su mirada a la joven se le puso el vello del cuerpo de

punta. Deseaba decirle que, si él luchaba por ella, ella movería cielo y tierra

para quedarse, pero calló y solo susurró:

—Harald…

—Respóndeme.

Y, consciente de que era él quien debía demostrarle, sin presionarla, que

merecía la pena que se quedara, afirmó:

—Sí, Harald. Me voy a marchar.

—¿Por qué?

—Así lo prometí. Y soy una persona de palabra.

—No creo que en el barco de tu padre seas más necesaria que aquí —

repuso él—. Aquí están los niños.

Alison sonrió y luego suspiró.

—Los niños se acostumbrarán a vivir sin mí en pocos días.

—Muy segura te veo de eso.

—Siggy ya no se acuerda de sus padres, y Will y Briana apenas

mencionan a los suyos.

—¿Y yo?

Oír eso hizo que a ella le aleteara el corazón. Que le preguntase aquello

era, como poco, inaudito, y susurró esperanzada de que le dijera lo que

deseaba:

—Tú, ¿qué?

Consciente de lo que le había preguntado, él no contestó, y Alison

repuso tomando aire:

—Hay un corazón entre tú y yo. Y, como te dije en cierta ocasión, yo no

comparto.

Harald asintió. En su interior percibía cómo su mundo iba cambiando

día a día junto a Alison. De no necesitarla había pasado a desear verla en

todo momento. Pero, incapaz de decir por su boca lo que sucedía en su

cabeza y en su corazón, siguió callado; entonces Alison, intentando que no

se notara su decepción, añadió:

—Como dijiste, yo sé lo que tú ofreces y tú sabes lo que ofrezco yo. Por

tanto, sin exigencias ni reproches, disfrutemos el tiempo que estemos juntos

y hagamos que esto sea algo bonito de recordar.

Conmocionado por la lucha que había entre su cabeza y su corazón, el

vikingo se levantó entonces y, cogiendo a la joven en sus brazos, afirmó

mientras se encaminaba hacia su habitación:

—Tienes toda la razón. Disfrutemos ese tiempo.

Capítulo 44

Transcurrieron varios días y la felicidad en Keith parecía ser plena. De ser

una casa silenciosa había pasado a convertirse en un lugar lleno de bullicio

y, sobre todo, de risas y voces de niños.

De ser un sitio frío y gélido había pasado a convertirse en una casa con

calor de hogar.

Alison aprendió a vivir con las cosas de Ingrid a su alrededor, e

intentaba tocarlo todo excepto lo que sabía que había pertenecido a la mujer

de Harald para evitarse problemas.

Casi todos los que vivían en las tierras de los McAllister querían

conocer a la esposa del vikingo y, tras pasarse a saludarlos, cuando se

marchaban se iban satisfechos. Alison era encantadora.

Pero lo que la gente no veía era que, en aquella casa, y no solo en el

corazón de Harald, vivía también otra mujer. La casa estaba llena de

recuerdos de Ingrid que él se había llevado de Noruega y, aunque Alison los

apreciaba, en cierto modo la agobiaban, pues en ocasiones verlo parado ante

ellos, mirándolos, le hacía saber que estaba pensando en ella.

Una de las tardes en las que el vikingo estaba trabajando en la herrería y

la joven daba un paseo por las tierras a lomos de *Pirata*, estaba disfrutando

del paisaje cuando vio a una mujer lavando ropa en el río y, sin dudarlo, se

acercó a ella.

En cuanto la mujer oyó los cascos de un caballo que se acercaba se

levantó a toda prisa y, echándose por la cabeza la capucha de la capa que

llevaba, se ocultó. Alison, al sentir que podía haberla asustado, indicó

deteniendo al caballo:

—Tranquila. Soy Alison, la mujer de Harald McAllister. Nada tienes

que temer.

La mujer asintió sin mostrar su rostro, y ella, apeándose, se le acercó y,

al agacharse para mirarla, exclamó sorprendida:

—¡Por las barbas de Neptuno! Pero ¿qué te ha pasado?

Horrorizada, la mujer no supo qué decir, y menos aún cuando ella le

quitó la capucha con un rápido movimiento. Su rostro estaba marcado por

unas feas heridas recientes. Su supuesto pretendiente le había pegado la

noche anterior, pero la mujer se apresuró a responder:

—Oh, nada, milady, me caí.

—Pues menuda caída —dijo Alison mirándola a los ojos.

—Es que soy muy torpe —afirmó aquella intentando sonreír.

La muchacha, observando a la mujer, que era mayor que ella, de pelo rojo y preciosos ojos azules, añadió entonces:

—Tú estuviste el otro día en mi casa, ¿verdad? —Ella asintió. Había estado allí visitándolos junto a su pareja y otros vecinos, y Alison añadió—:

Y si mal no recuerdo, creo que te acompañaba tu marido, ¿no es así?

—No es mi marido, es solo un conocido, milady.

Sin apartar la mirada de aquella, Alison calibraba el golpe que había recibido en el rostro. Sin duda había sido un tremendo bofetón por las marcas de la mano que aún se veían, y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Janetta, milady —dijo ella apurada.

—¿Y tu… *conocido*?

—Armstrang.

—¿Armstrang McAllister?

—No, milady. Es Armstrang Sutherland. La McAllister soy yo.

Ella asintió y luego, incapaz de callar, preguntó:

—¿Y tu familia sabe que ese Sutherland te maltrata?

Al oír eso, la mujer negó con la cabeza. Para su suerte o para su desgracia, vivía lejos de sus familiares, algo que le evitaba dar explicaciones.

—No, milady —susurró—. Estáis equivocada.

Alison se le acercó un poco más, le retiró el pelo del rostro y, viendo

las

marcas que tenía también en el cuello, insistió:

—No, Janetta, no estoy equivocada. El golpe que tienes en la cara y las

marcas de tu cuello no te los ha provocado una caída.

—Milady, por favor. —Aquella sollozó—. Si Armstrang se entera de

que hemos mantenido esta conversación, me…

Sin esperar un segundo más, Alison le cogió las heladas manos y,

compadeciéndose, indicó:

—Ese hombre merece ser tratado con la dureza con la que te trata a ti.

De pronto, la mujer se derrumbó, comenzó a llorar con desconsuelo, y

Alison, caminando con ella hacia una roca, la hizo sentarse para que se

tranquilizara. Sin embargo, mientras lo intentaba, descubrió nuevas lesiones

en ella, y se enfureció todavía más.

Janetta no solo tenía un ojo cerrado, el pómulo abierto y el labio partido,

sino, además, los dedos de aquel tirano marcados en el cuello y, por lo que

podía apreciar también, algunos moratones en distintos puntos de los

brazos.

Entre lloros, le contó lo ocurrido a Alison. Al parecer, la mujer había

enviudado un año antes. Su marido, Sean McAllister, murió en una refriega

y, para no cargar a sus padres con una boca más, no había vuelto a la casa

familiar y se dejaba cortejar por el tal Sutherland. El problema era que

aquel le pegaba cada vez que bebía. Saber aquello a Alison la hizo maldecir

como el peor de los piratas, y Janetta indicó:

—Es mi culpa, milady.

—¿Cómo que es tu culpa?

La mujer pelirroja, tocándose el ojo, que le dolía horrores, aclaró:

—Armstrang no es un mal hombre. Es solo que, cuando bebe, pierde el

control.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Acaso tu marido Sean te pegaba?

La mujer cerró los ojos y susurró:

—Sean nunca me pegó. Nunca.

—¿Y por qué disculpas a Armstrang?

Janetta comprendió lo que quería decirle, y repuso:

—Milady, ya no soy una jovencita. Apenas tengo recursos para vivir y

él es el único hombre que se ha interesado por mí.

Alison, conmovida, no sabía qué decirle. Su situación no debía de ser

nada agradable, y, levantándose, dijo:

—Acompáñame.

—¿Adónde, milady?

—Vamos a ver a Harald para contárselo o, si no, a Aiden y a Demelza

McAllister.

Horrorizada, la mujer se negó. Que sus señores supieran lo que le

ocurría la avergonzaba, y suplicó:

—No. No, por favor. No me obliguéis a ir.

—Janetta, han de saber lo que te ocurre. Ellos te pueden ayudar.

—No, por favor. Eso enfurecerá a Armstrang.

Sentir su miedo y su desesperación conmovió a la joven, que,

mirándola, declaró:

—De acuerdo, no iremos a verlos. Pero vamos a ir a tu casa y…

—No. No podéis venir a mi casa.

—¿Por qué?

—Milady, si Armstrang se entera de que me habéis visto en esta

situación…

Alison asintió al entenderla; su situación era complicada, y el miedo que

le tenía a aquel hombre era evidente. Dispuesta a ayudarla como fuera,

indicó:

—Pues no se hable más. Vendrás a la mía.

—Pero, ¡milady!

—Janetta —la cortó ella—, solo hay dos opciones. O voy a tu casa a

curarte o vienes tú a la mía. Así como estás no te voy a dejar. Por tanto, ¡tú

decides!

Finalmente, la joven, viendo que no tenía escapatoria, la acompañó a su

casa.

Un buen rato después, cuando Alison le hubo curado las heridas en la

cocina, mientras hablaban, la puerta se abrió y entró Matsuura con Siggy.

—No sabía que tenías visita —se apresuró a decir el japonés, que, al ver

el rostro de aquella, susurró—: Por Tritón…, ¿qué te ha ocurrido, mujer?

Janetta, horrorizada por el modo en que aquel extraño hombre de ojos

rasgados la miraba, no supo qué responder, y Alison terció:

—Tío Matsuura, te presento a Janetta. Janetta, él es mi tío Matsuura, y

la pequeñita que nos sonríe es Siggy.

Ambos se miraron y Alison, viendo el desconcierto en el rostro de

aquel, explicó:

—Tiene un amigo que, como puedes ver, no es nada afectuoso con ella.

—Maldito animal —soltó el japonés.

Horrorizada, la mujer no sabía qué decir; entonces él se le acercó.

—Janetta, no lo permitas. Nadie debe tratarte así. Te mereces respeto, y

ese hombre te ha de respetar. Si no lo hace, aléjate de él porque no te traerá

nada bueno. ¿O acaso piensas vivir siempre así? —Al ver que ella no

respondía, sin querer ser más indiscreto finalmente añadió—: Si necesitas

cualquier cosa, aquí estoy para ayudarte.

Conmovida, la mujer lo miró y luego susurró con una tímida sonrisa:

—Gracias, Matsuura.

Instantes después, él desapareció por la misma puerta por la que había

entrado y Alison indicó mirándola:

—Tío Matsuura tiene razón. No creo que eso sea vida. Piénsalo.

Janetta asintió. Pero, sin querer seguir hablando de ello, dijo poniéndose

en pie:

—He de irme.

—¿Te esperan?

—No, milady —dijo la mujer.

Alison asintió y, no dispuesta a que se fuera andando, a pesar de sus

quejas, montó en su caballo con ella y la acompañó a su casa. Quería ver

dónde vivía.

Por prudencia, y para evitarle problemas, antes de llegar hasta la cabaña

que le indicó, detuvo el caballo y, cuando ambas se apearon, pidió:

—Mañana quiero verte. Necesito saber que tus heridas están sanando

bien, por lo que te espero en mi casa. —La mujer no contestó, y Alison,

entregándole una bolsita, añadió—: Aquí van unas hierbas. Cuécelas en

abundante agua y, cuando esta esté templada, te tomas varias tazas al día.

Eso hará que tus dolores se alivien, ¿de acuerdo?

Con una sonrisa, la mujer asintió y a continuación musitó:

—Muchas gracias, milady.

Alison le dijo adiós, aunque la siguió con la mirada con curiosidad, y

cuando esta desapareció en el interior de su casa, la joven montó en el

caballo y regresó a la suya.

Esa noche, sin haberle explicado a Harald lo ocurrido con Janetta, Alison

estaba en el dormitorio de Briana y de Will. Los hermanos, a pesar de tener

habitaciones separadas, habían decidido que querían dormir en la misma.

Mientras la joven les contaba una historia para que se durmieran, Harald los

observaba desde la puerta sin ser visto y, gustoso, comprobó que Will tenía

en las manos el puñal de madera que le había regalado esa tarde.

Desde que los niños y la joven estaban con él, su vida había cambiado

en todos los sentidos. Los pequeños demandaban su cariño y lo volvían loco

con sus carreras, su bullicio y sus risas. Matsuura y él se entendían

maravillosamente bien, y pronto Harald se dio cuenta de la estupenda

conexión que el japonés tenía con los caballos. Estaba claro que le

gustaban. Por su parte, Alison, con su particular manera de ser, aunque

seguía sin querer cocinar, no solo se ocupaba de la casa y de los niños, sino

que además le alegraba el día a día de una manera que nunca habría

imaginado.

Divertido, la observaba mientras les contaba una nueva historia a los

pequeños, que escuchaban encantados, cuando oyó a Briana preguntar:

—¿Y el hada entonces qué hizo?

Sonriendo, Alison asintió y cuchicheó:

—El hada, consciente de que Lucanello Batiato era un viejo avaro, solitario y gruñón, le dio dos opciones. La primera fue compartir el trigo con sus vecinos, que eran quienes lo ayudaban a cultivarlo todos los años, y la segunda, quedarse él con todo el trigo que había cosechado y hacer desaparecer a esos vecinos.

—¿Y qué opción escogió Lucanello Batiato?

Satisfecha al sentir que tenía la plena atención de los pequeños, Alison les guiñó entonces un ojo y sonrió.

—Eso queda pendiente para mañana por la noche… ¡A dormir!

—Joooo —protestaron los chiquillos.

La joven, divertida porque ya estaba acostumbrándose a oír eso cada noche, iba a hablar cuando Harald entró en el cuarto y exclamó:

—Alison, por favor, ¡no nos puedes dejar así!

Riendo al oírlo, y tras recibir un cariñoso beso de aquel en los labios, cuando vio que Harald se sentaba en la cama con los pequeños, que se acurrucaron en sus brazos, Alison indicó suspirando:

—La opción que escogió Lucanello Batiato fue quedarse con todo el trigo. Pero lo que en un principio le pareció una excelente idea, pues lo tenía todo para él, pasados unos días comenzó a pesarle.

—¿Por qué, si era lo que él quería? —preguntó Will.

—Porque, a pesar de ser un viejo solitario, añoraba las risas de los hijos de sus vecinos y el cariño que recibía por parte de todos aquellos. Y porque,

al no estar ellos, él solo no podía moler todo el trigo cosechado y este se

echaba a perder.

—¡Eso le pasa por egoísta! —declaró Briana.

Alison asintió y, tras intercambiar una mirada con Harald, que sonreía,

afirmó:

—Exacto. El egoísmo de Lucanello Batiato lo hizo darse cuenta de que

lo bonito de la vida no era ser rico de cosas materiales, sino rico de corazón.

De pronto, se percató de que era mil veces mejor vivir con lo justo y

necesario y con quienes te querían que vivir nadando en la riqueza, pero

solo y sin cariño, ayuda ni amor.

—¿Y el hada hizo algo para remediar su soledad y su dolor? —preguntó

Harald.

Ella asintió divertida.

—El hada, viendo cómo Lucanello Batiato la buscaba día y noche

implorando cambiar de opción, puesssssssssss… Y ahora sí que el resto de la

historia queda pendiente para mañana por la noche. ¡A dormir!

—Joooo —volvieron a protestar los niños.

Alison y Harald sonrieron, y el vikingo, mirando a Briana, dijo:

—Pequeñaja, tengo algo para ti.

—¿Para mí?

—Cierra los ojos —pidió él.

Encantada, la niña rápidamente obedeció. La tranquilidad de Briana desde que habían llegado a las tierras de Harald era más que evidente para todos. Ya no se escondía bajo las mantas cuando alguien iba a visitarlos y, lo mejor, ya no decía aquello de «tengo susto». Todos estaban felices con el cambio que veían en la pequeña.

De pronto, Alison vio que Harald se sacaba una pequeña muñeca de trapo de debajo de la camisa y se llevó las manos a la boca emocionada.

¿En serio se había acordado de aquello?

Will, feliz, pues sabía que a su hermana le iba a encantar, sonrió tras darle un abrazo a Harald; entonces el vikingo indicó mirando a la pequeña:

—Ya puedes abrir los ojos.

Sin dudarlo, Briana lo hizo y, cuando vio frente a ella una preciosa muñeca de trapo, susurró en un hilo de voz y sin tocarla:

—¿Es para mí?

Conmovido por su dulzura, él asintió y, tras mirar a Alison, que los observaba emocionada, declaró:

—Alison y yo queremos que tengas esta muñeca. Sabíamos lo mucho que querías a *Pousi*, pero bueno…, ya sabes lo que pasó.

La chiquilla observaba la muñeca sin dar crédito. ¡Era preciosa!

—Vamos, cógela —la animó Harald.

Briana extendió entonces las manitas y agarró la muñeca de trapo. A diferencia de *Pousi*, esta estaba limpia y reluciente; se la acercó al

rostro, le

dio un beso y murmuró:

—Huele muy bien.

Enternecida por aquello, mientras la niña admiraba su nueva muñeca

Alison se acercó a Harald y, pasando las manos por su cintura, musitó:

—¿Te han dicho alguna vez que eres el mejor?

Él sonrió y la besó en los labios.

—Me gusta que tú lo consideres así —repuso.

Hechizada por lo que aquel hombre le hacía sentir, ella lo miraba

cuando él dijo:

—Tengo algo para ti también, pero está en la habitación.

Divertida al oír eso y saber el lugar donde la esperaba su regalo, la

joven cuchicheó con descaro:

—Mmmmm…, me muero por tenerlo.

Él soltó una carcajada, y Briana preguntó:

—¿Puedo llamarla *Pousi*?

Harald la miró al oírla y, sujetando a Alison por la cintura para que no

se alejara de él, repuso:

—Cariño, puedes llamarla como tú quieras. Es tu muñeca.

Briana miró a Alison y esta, apoyando la cabeza en el hombro del

vikingo, señaló:

— *Pousi* es un nombre precioso.

Aquel instante íntimo entre los cuatro emocionó a Harald. Parecían una

familia, eran una familia, y, gustoso, besó la frente de Alison.

Briana los abrazó encantada.

—Sois los mejores papás del mundo —musitó feliz.

Oír eso hizo que a ambos se les erizara el vello de todo el cuerpo. Se miraron sin saber qué decir, y Will, entendiendo el apuro que estaban pasando, murmuró dirigiéndose a su hermana:

—Briana…

La niña, siendo de pronto consciente de lo que había dicho, susurró:

—Se me ha escapado.

Harald y Alison, sorprendidos, seguían en silencio cuando Will finalmente dijo:

—Briana y yo hemos hablado y queríamos preguntaros si podemos llamaros «mamá» y «papá».

Harald y Alison permanecieron frente a ellos como dos pasmarotes. Lo que los niños proponían era sin duda una de las cosas más bonitas que les podían ocurrir, puesto que no habían sido ellos quienes lo habían pedido, sino los chiquillos quienes lo reclamaban.

El vikingo miró a la joven. Entonces, ver su gesto confundido lo hizo reaccionar y, sonriendo, afirmó:

—Nada nos gustaría más a Alison y a mí que ser vuestros padres.

Sin dudarlo, los chiquillos se arrojaron a sus brazos para abrazarlos.

Instantes después, cuando el efusivo momento acabó, la pequeña miró a su muñeca y afirmó:

— *Pousi* está muy feliz.

Alison, enternecida al tiempo que confundida, como pudo soltó:

—Tan feliz como nosotros, cariño.

A continuación, los críos se tumbaron en sus camas contentos y Briana,

mirando a Alison, pidió:

—Mami, ¿me arropas?

Conmovida por aquello, la joven lo hizo con cariño. Harald, por su

parte, arropó a Will, y, tras darles sendos besos de buenas noches a los

pequeños, salieron de la habitación.

Caminaron por el pasillo en silencio y, cuando estuvieron lo

suficientemente lejos, Alison gruñó:

—Por las barbas de Neptuno, ¡los niños me van a odiar!

Entendiendo por qué lo decía, él musitó:

—Alison…

Pero ella, incapaz de razonar, insistió retirándose el pelo del rostro:

—Esto es una locura. No debería haber venido. Tendría que haberme

marchado con mi padre y, aunque los niños me hubieran echado de menos,

con los días me habrían olvidado y… y ahora… ¡Ay, Dios, Harald! Van a

sufrir de nuevo cuando sepan que su nueva mamá los va a dejar.

—Pues no los dejes —repuso él.

Al oír eso, Alison lo miró y, cuando iba a protestar, Harald se acercó a

ella, la agarró por la cintura y susurró atrayéndola hacia él:

—¿Recuerdas que te he dicho que tenía algo para ti en la habitación?

Alison resopló agobiada.

—Mira, no creo que sea un buen momento para…

—Por supuesto que es un buen momento —insistió él abriendo la puerta

del dormitorio.

Sin muchas ganas, ella entró y, cuando Harald cerró la puerta, sonrió

mirándola.

—De verdad, Harald —protestó ella—, no estoy de humor para… —

Pero, tras fijarse en algo que había junto al hogar, exclamó—: ¡Por las

barbas de Tritón! ¿Qué es eso?

El vikingo, divertido por su frescura, respondió:

—No sabría decirte si es un cojín o un candelabro.

Alison se acercó llena de felicidad hasta el cachorro blanco que dormía

en una caja y, llevándose las manos a la boca, se emocionó. Siempre había

deseado tener un perro, pero en el barco su padre nunca la había dejado.

Estaba contemplándolo embobada cuando oyó:

—Ayer, cuando fui a casa de Parker a entregarle la espada que me había

encargado, me comentó que su perra había parido cachorritos hacía un par

de meses. Recordé que me dijiste que siempre habías querido tener un perro

y, bueno…, ¡ya lo tienes!

Atónita, y sin saber qué contestar, Alison lo miraba y, cogiéndolo entre

las manos, lo despertó y, cuando el perro la miró, susurró:

—Es precioso…, precioso…

Conmovido por el amor que veía en los ojos de aquella, Harald asintió

con la esperanza de que aquel animalillo, junto a los niños, lo ayudara a que

ella no se marchara, algo que no se atrevía a decirle de viva voz, pero que

con hechos se lo gritaba.

Entusiasmada por aquel precioso regalo, Alison afirmó mirándolo:

—Antes te he dicho que eras el mejor y ahora lo repito: ¡eres el mejor

de los mejores!

—Sabía que esto te haría sonreír —dijo él encantado.

—Cuando lo vean los niños se volverán locos —musitó la joven feliz.

Durante unos minutos permanecieron sentados ante el enorme hogar de

la habitación jugando con el cachorro, hasta que Harald le preguntó:

—¿Cómo lo llamarás?

La muchacha miró entonces al perrillo y, divertida, respondió:

— *Tontito* no puedo llamarlo porque ese eres tú.

—Vaya, ¡muchas gracias, *tontita*!

Ambos rieron y luego él añadió:

—¿Puedo sugerir algún nombre?

—Por supuesto…

Harald cogió al perrillo entre las manos.

—¿Qué te parece *Tritón*? Al fin y al cabo, es una palabra que tú utilizas

a menudo.

La propuesta entusiasmó a Alison, que exclamó lanzándose a sus

brazos:

—¡Me encanta!

Un buen rato después, ella propuso bajar a la cocina para darle un poco

de leche a *Tritón*; cuando este bebía del cuenco que le había servido, la

joven protestó:

—No es justo.

—¿Qué no es justo? —preguntó Harald.

—Tú nos has regalado algo a Will, a Briana y a mí, y yo no tengo nada

que regalarte.

Complacido al oírla, él la atrajo entonces hacia sí y la besó.

—Tú eres mi regalo de cada día. No necesito más.

Oír eso tan bonito le encantó a la joven, que se dio la vuelta para no

mirarlo. Que agasajara a los niños, que le regalara a *Tritón*, todo aquello era

maravilloso, pero Harald seguía sin hablarle de amor.

Quería que la llamara «cariño», deseaba ser para él algo más que un

simple regalo. Estaba pensando en ello frente a la mesa donde Matsuura

cocinaba cuando el vikingo le preguntó:

—¿Qué piensas?

—No quieras saberlo —repuso sin mirarlo.

Harald dio un paso al frente y de pronto ella, volviéndose, lo miró.

Quería decirle lo mucho que lo amaba, lo mucho que deseaba que le dijera

cosas bonitas para que no se marchara, pero, consciente de que aquello era

un imposible para él, para intentar quitar hierro a aquel extraño y

complicado momento, metió la mano en un cuenco que contenía harina y,

antes de que él pudiera retirarse, Alison se la lanzó.

Con el rostro y el pelo manchados, Harald la miró y, sonriendo,

cuchicheó:

—El Bicho está juguetón…

—Probablemente.

— *Tontita*… —susurró él a continuación con la mirada cargada de

deseo.

Oír eso hizo sonreír a la joven, y él, en un rápido movimiento, metió la

mano en la harina y se la arrojó a su vez a ella. Entre risas, ambos se

embadurnaron de harina sin pensar en nada más. Aquello era lo que

necesitaban, simplemente disfrutar; entonces el vikingo, lleno de deseo, la

cogió entre sus brazos y, tras besarla con auténtica devoción, la sentó sobre

la encimera de la cocina y la poseyó mirándola a los ojos tras subirle la

falda que llevaba.

Capítulo 45

Así pasaron varios días durante los cuales Harald y Alison se

acostumbraron a ser llamados «papá» y «mamá» y en los que *Tritón* se

convirtió en el rey de la casa.

El vikingo, que trabajaba en la herrería y con los caballos, aparecía por

casa siempre que podía. La necesidad de ver a Alison era imperiosa, y más

cuando, sorteando a los niños, corrían hacia su dormitorio o al campo para

hacerse el amor.

Besar a Alison o que Alison lo besara a él le daba vida, lo hacía sentir

vivo, y aunque sabía que había un corazón entre ambos, pues Ingrid seguía

presente, y que el tiempo que tenían para estar juntos era limitado, ambos

habían decidido no hablar de ello y simplemente disfrutar. Era lo mejor.

Paseaban a caballo, caminaban cogidos de la mano, se tumbaban a ver

las estrellas juntos, y gran parte de las noches se quedaban hasta las tantas,

charlando ante el hogar del salón, para posteriormente ir a su cuarto, donde

se hacían el amor con deseo y pasión.

Cada vez que Harald iba a visitar a Aiden a su fortaleza, Alison lo

acompañaba para poder pasar un rato con Demelza, quien, al saber del

regalo de *Tritón*, entre risas le dijo a Alison que aquello era una prueba de

amor. Sin embargo, ella no lo entendió.

De pronto, la presencia de Alison se había convertido para Harald en

una necesidad, algo que le gustaba y lo horrorizaba a partes iguales cuando

Ingrid aparecía en sus pensamientos. Sentir que la estaba olvidando por una

mujer que lo iba a dejar en breve lo hacía dar un paso atrás.

¿Qué estaba haciendo? ¿Realmente merecía la pena centrarse en alguien

que lo iba a abandonar?

Por su parte, Alison, sin ser consciente de lo que martirizaba a Harald,

disfrutaba el día a día sin exigirle nada. El que decía ser su marido era

atento, delicado, cuidadoso, gentil, pero nunca le dedicaba palabras de

amor.

Deseaba que le dijera que la amaba, que la necesitaba, que no quería

que se marchara. Oírlo decir algo así haría que ella se enfrentara a su padre,

pero eso no sucedía.

Una tarde en la que llovía a mares, cuando la joven y Matsuura jugaban

con los niños frente a la chimenea del salón, Harald entró y, tras saludar a

Tritón, preguntó:

—¿A qué jugáis?

Briana, feliz, rápidamente respondió:

—A las adivinanzas.

El vikingo, dichoso por regresar a su hogar y verlo lleno de vida, cogió

a la pequeña Siggy, que le echó los brazos de inmediato; le habló en

noruego y la pequeña sonrió, y a continuación él señaló:

—Siggy y yo también queremos jugar.

—¿Siggy quiere jugar? —se mofó Alison.

Gustoso y encantado, Harald se sentó junto a su mujer y, tras darle un cariñoso beso en los labios, afirmó:

—Eso me ha dicho.

Divertida y entusiasmada con aquella muestra de cariño, Alison dio entonces una palmada y exclamó:

—¡Perfecto! ¡Juguemos, pues!

—Vamos, mamá, ¡te toca decir otra adivinanza! —apremió Briana.

Sonriendo por aquella palabra, que ahora los niños repetían cada dos por tres y que le llenaba el corazón, Alison se apresuró a preguntar:

—¿Qué será, será?… ¿Qué puede ser, que cuanto más grande se hace menos la podemos ver?

—¡Yo lo sé! —exclamó Matsuura.

Alison sonrió al oírlo, pero repuso:

—Ni se te ocurra decirlo. Déjalos que piensen.

Los niños y Harald se miraron. Las adivinanzas que Alison proponía siempre no tenían nada que ver con las que ellos sabían, y, tras estar un rato

diciendo de todo y como ninguno acertaba, finalmente la joven indicó:

—¡La oscuridad!

Todos aplaudieron encantados, y a continuación Will preguntó:

—Mamá, ¿de dónde sacas esas adivinanzas tan estupendas?

Alison sonrió.

—Me las enseñó tío Matsuura. Él sí que se sabe adivinanzas.

—Tío Matsuura, ¡te toca! —apremió Briana.

El japonés, gustoso por sentirse uno más en el juego, sin dudarlo, dijo

cogiendo al cachorro, que le estaba mordiendo una mano:

—Muy bien. ¡Allá voy! Adivina quién soy: cuanto más me lavo, más sucia estoy.

Los niños rápidamente miraron a Alison y esta, sonriendo, canturreó:

—Yo lo séééééé…

Matsuura rio. Harald también. Durante un buen rato los niños sugirieron

todo lo que se les ocurría y, cuando se rindieron, finalmente el japonés dijo:

—El agua.

Harald, Will y Briana asintieron, y entonces el primero exclamó divertido:

—¡Mecachisssss! Eso era justo lo que Siggy proponía.

De nuevo, todos rieron y Matsuura, levantándose, dejó a *Tritón* en el suelo.

—Es hora de cenar —anunció—. Vamos, niños, a la cocina.

Will y Briana rápidamente le hicieron caso, y el japonés, al ver que Siggy le echaba los brazos, dijo cogiéndola:

—Para ti tengo un puré ¡que te va a encantar!

Harald y Alison lo observaron marcharse con una sonrisa.

—¿Contigo siempre fue así? —quiso saber él.

—Sí —afirmó ella—. Te aseguro que tengo los mejores tíos del mundo.

Harald sonrió, y Alison, deseosa de mimos, se sentó a horcajadas sobre él y lo besó con cariño.

—¿Qué tal hoy en la herrería?

Gustoso por aquellas atenciones, él paseó la nariz por el cuello de

aquella y, cuando la miró a los ojos, murmuró:

—No tan bien como espero que vaya la noche en nuestra habitación…

—Ella sonrió y él bajó entonces la voz y añadió—: Pienso llenar la bañera

de agua caliente y disfrutar junto a mi *tontita* preferida.

Divertida, Alison soltó una risotada. Aquellos pequeños momentos

íntimos los disfrutaba una barbaridad, y cuando él se levantó del suelo con

ella en brazos, preguntó sin soltarla:

—¿Te parece una buena idea?

Ella asintió y lo besó con pasión.

—Me parece una idea excelente —dijo.

Estaban besándose con adoración cuando oyeron:

—Argggg…

Al levantar la vista se encontraron con Will, que musitó mirándolos con

cara de asco:

—¿Por qué tenéis que besaros tanto?

Sorprendidos, Harald no supo qué contestar, y Alison, dejándose llevar

por su desparpajo, indicó:

—Pero, Will, ¿acaso no ves lo atractivo que es Harald?

El niño no dijo nada y, cuando el vikingo la dejó en el suelo, esta

añadió:

—Tu padre es un hombre guapo, fornido y…

—¡No quiero oír mássssss! —exclamó el niño mientras se tapaba los

oídos.

Divertidos, aquellos rieron cuando el pequeño llamó a *Tritón* y a continuación añadió:

—Dice tío Matsuura que vengáis. La cena se enfría.

Después dio media vuelta y se marchó. Entonces Alison, introduciendo una nueva palabra entre ellos para ver cómo se la tomaba Harald, afirmó:

—Cariño…, que conste que lo que he dicho es cierto. Eres un hombre guapo y atractivo al que me encanta besar.

Harald, que sonreía, frunció el entrecejo al oír la palabra *cariño*. ¿Por qué lo había llamado así?

Y ella, consciente de cómo le había afectado oír aquello, insistió sin darse por vencida:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

Con un gesto que a él lo descolocó, la joven soltó a continuación:

—¿Te parezco bonita?

Asombrado, el vikingo la miró, y ella, plantándose ante él, dio una vuelta sobre sí misma y declaró:

—Ya sé que soy morena y que eso me resta puntos a tus ojos, pero ¿te gusto?

Harald sonrió encantado. Aquella mujer morena era preciosa.

Maravillosa. Sus ojos. Su sonrisa. Todo en ella era digno de admirar. Pero,

incapaz de abrirse como ella pedía, repuso:

—Me pareces bien.

Alison asintió y, necesitando que le dijera algo bonito, insistió:

—¿Solo bien?

Consciente de lo que le estaba pidiendo, él apartó entonces la mirada y,

fijándose en aquella inscripción que había en el escudo sobre la chimenea

que él había hecho para Ingrid, respondió:

—Alison…, ¿qué más quieres?

Molesta por su frialdad, la joven soltó:

—Pues me gustaría mucho oírte decir algo como «¡qué guapa estás

hoy!» o «¡qué bien luces hoy!». Y tampoco estaría mal que algún día me

pudieras decir alguna palabra cariñosa.

Oír eso incomodó al vikingo, que se apresuró a replicar:

—No soy de decir palabras cariñosas.

—Eso no es cierto. —Al oírlo, Harald la miró y ella añadió—: A

Briana, a Siggy y a Ingrid sueles decirles palabras muy bonitas, como

cariño, cielo, preciosa o *amor*.

—¿Estás celosa de lo que les digo a unas niñas? —preguntó él

divertido.

—Probablemente —afirmó ella sin un ápice de vergüenza.

Harald asintió y frunció el entrecejo. Sabía que Alison tenía razón.

—¿Tan difícil es decirme una palabra cariñosa o un piropo? —insistió

ella.

Él siguió sin contestar, y cuando Alison vio hacia dónde miraba,

afirmó

sin pensar en lo que decía:

—A riesgo de que discutamos, cosa que me da igual, está claro que,

mientras ella siga siendo la dueña y señora de tu casa, tu vida y tu corazón,

nada cambiará.

Sin necesidad de preguntar, Harald sabía a quién se refería. En el tiempo

que llevaban viviendo allí, Alison no había pronunciado el nombre de

Ingrid. Parecía aceptar vivir sin rechistar con las cosas de esta, y cuando iba

a contestar ella dejó de sonreír e indicó:

—Vamos, Matsuura y los niños nos esperan para cenar.

Y, sin más, y sin rozarse, ambos caminaron hacia la cocina.

Esa noche, mientras Harald estaba hablando con Will en su despacho y tío

Matsuura dormía a Siggy, Briana peinaba con mimo a Alison en su

dormitorio, donde *Tritón* dormía ante la chimenea. A la niña le encantaba

entrar allí y, sentadas las dos sobre la cama, charlaban cuando Briana

preguntó:

—Mamá, cuando sea mayor, ¿podré tener el pelo como tú?

—Claro que sí —afirmó ella—. Crecerá y podrás tenerlo tan largo como

yo.

—No digo eso. Digo de tu color. Me gusta el color negro de tu pelo y yo

quiero tenerlo así.

Oír eso hizo sonreír a Alison, que musitó:

—Cariño, tú tienes un precioso pelo rojo.

—Pero yo quiero tenerlo como tú —insistió aquella—. Ahora eres mi

mamá y quiero parecerme a ti.

Conmovida, Alison se volvió con cariño hacia ella.

—¿Tu mamá lo tenía rojo?

Briana afirmó con la cabeza y a continuación la joven cuchicheó

sonriendo:

—¿Te cuento un secreto? —Briana asintió y ella continuó—: Yo

siempre quise tener el cabello rojo como tú y tu mamá, porque siempre oí

que las mujeres pelirrojas son las más hermosas, valientes y guerreras.

La niña parpadeó y rápidamente dijo:

—Tú eres esas tres cosas.

Enternecida, Alison sonrió.

—Gracias, cariño —contestó, y agregó—: Tienes el pelo rojo y precioso

de la que fue tu mamá y eso te ha de agradar y honrar, como seguro que la

honra a ella.

La niña no contestó.

—Yo tengo el pelo negro de mi madre —prosiguió Alison—, y aunque

ella murió cuando yo era pequeña como te ha pasado a ti, me gusta saber

que mi pelo y el de ella eran idénticos, porque siento que eso es algo que

ella y yo compartiremos eternamente. Y tú igual, cariño. Siempre

compartirás el color de tu cabello con tu madre, aunque ella no esté a tu

lado, y eso tiene que hacerte muy feliz, ¿vale? —La niña asintió sonriendo

—. Y cuando crezca podrás hacerte infinidad de peinados con él y…

—¿Me los harás tú?

Oír eso a Alison le encogió el corazón. Saber que en pocas semanas la

niña lloraría por su pérdida hacía que le doliera hasta el alma; por ello la

miró y respondió lo que siempre decía cuando no tenía las cosas claras:

—Probablemente. —Ambas sonrieron, y luego añadió—: Pero si por un

casual yo no te los hiciera, prométeme que disfrutarás de tu pelo rojo como

el de tu madre y serás la niña más feliz del mundo.

—Te lo prometo —declaró Briana feliz.

Alison la miró a los ojos.

—Recuerda, cariño —susurró—. Las promesas son para cumplirlas.

¿Entendido?

La niña asintió; entonces unos golpecitos en la puerta atrajeron la

atención de Alison, que, levantándose de la cama, pidió:

—Dame un segundo.

Al abrir, se encontró con tío Matsuura, que sonriendo informó:

—La pequeña mofetilla ya está dormida.

—Estupendo.

—Mami, ¿esa es tu caja de joyas? —preguntó Briana.

Sin mirar, Alison asintió y luego la niña insistió:

—¿Puedo probarme ese anillo tuyo que tanto me gusta?

Ella volvió a asentir y Matsuura dijo:

—He subido varios cubos de agua caliente para tu baño como me has pedido.

Alison se apresuró a coger dos de ellos y dijo entonces viendo a *Tritón* salir de la habitación:

—Llenemos la bañera. Eso le gustará a Harald.

Encantado, el japonés la ayudó a llenar la bañera de humeante agua caliente mientras Briana jugaba sobre la cama con el joyero.

—Ahora me voy a dormir —dijo Matsuura cuando hubieron acabado —.

¿Todo bien por aquí?

Gustosa y feliz, Alison asintió y, tras darle un beso en la mejilla, respondió:

—Todo muy bien. Buenas noches.

Una vez que cerró la puerta, Alison se apoyó en la misma y en ese momento oyó a Briana preguntar:

—Mamá, ¿estoy guapa?

Pero, al mirarla, a la joven se le borró la sonrisa. Las joyas que la niña se había puesto no eran las suyas, y al ver que se trataba del joyero de Ingrid se apresuró a decir:

—Cariño, estás preciosa, pero ahora quítatelas.

Sin tiempo que perder, antes de que apareciera Harald, Alison le quitó

a

Briana todas aquellas joyas que ella ni siquiera había visto nunca. No había

tocado aquel joyero para respetar la petición de Harald y, en cuanto acabó,

tras depositarlo sobre la mesita, dijo cogiendo a la pequeña:

—Venga, te acompañaré a tu cama.

Después de cogerla en brazos, Alison la llevó a la cama. Will todavía no

había llegado, y estaba hablando con ella cuando vio que la pequeña

escondía una de sus manos. Consciente de ello, la joven se apresuró a

preguntar:

—Briana, ¿qué me ocultas?

Al oírlo, la niña sonrió y luego dijo enseñándole la mano:

—Mamá, ¿me regalas este colgante?

Aquello tampoco era suyo, y cuando iba a decir algo la puerta se abrió y

entraron Harald y Will. Rápidamente Alison miró a la pequeña y, quitándole

el colgante de las manos, le dio un beso en la cabeza y aseguró

escondiéndolo en la mano:

—Te prometo que mañana te regalaré otro mucho más bonito.

—¡Vale! —exclamó la niña con una sonrisa.

Harald y Alison besaron a los chiquillos y luego, al salir de la

habitación, Alison se encaminó hacia su dormitorio para dejar el colgante

en su sitio; Harald la agarró y, acercándola a él, preguntó:

—¿Sigues molesta conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—No…, *tontito* —cuchicheó.

Oír eso hizo sonreír a Harald, que, cogiéndola en brazos, la llevó hasta

la habitación. Una vez allí, tras echar el pestillo que él había instalado unos

días antes para tener intimidad, comenzó a besarla sin soltarla.

Alison respondía a sus besos encantada, pero necesitaba que la dejara en

el suelo para guardar de nuevo aquel colgante que Briana había cogido, por

lo que pidió separándose de él:

—Un segundo.

—¿Por qué? —Harald sonrió al oírla.

Ella tenía el puño derecho cerrado para esconder lo que llevaba, pero él

se la echó entonces al hombro de repente y a Alison se le escapó el colgante

a causa del impulso.

Cuando la joya cayó al suelo, el ruido atrajo la atención de Harald, que

al verlo se detuvo. Durante unos segundos miró aquel colgante que tan bien

conocía, y tras soltar a Alison se agachó y lo cogió.

—¿Qué haces tú con esto?

La joven suspiró y Harald, apartándose de ella, abrió el joyero de Ingrid

y siseó:

—¿Por qué has tocado sus cosas? ¿Acaso no recuerdas lo que te pedí?

—Mira…

—Te dije que sus cosas no se tocaban.

—Lo sé…

Pero el vikingo, enfadado, insistió levantando la voz:

—Por todos los dioses, Alison, entonces ¿por qué lo has hecho?

Durante unos instantes la joven se quedó paralizada. ¿Cómo podía pasar

de repente de ser un hombre tan dulce a estar tan enfadado?

Harald, colérico, se dirigió hacia la puerta y, retirando el pestillo, iba a

salir cuando Alison lo detuvo.

—Lo siento. Estaba jugando con Briana, me ha pedido abrir mi joyero,

le he dicho que sí sin mirar mientras hablaba con Matsuura y ella ha

confundido el mío con el de… tu mujer.

—¡Ingrid…, se llama Ingrid!

Al oírlo, ella asintió y repuso mordiéndose la lengua:

—Lo sé. Sé perfectamente cómo se llama.

Ambos se miraron en silencio unos instantes y luego Alison susurró:

—Siempre he oído decir a mis tíos que los vikingos os tomabais la

muerte como parte de la vida, pero sin duda en tu caso no es así, porque, si

lo fuera, ya habrías superado la muerte de tu mujer.

—Te equivocas —siseó él.

—No, no me equivoco. Si hubieras aceptado su muerte, podrías

continuar con tu vida. Y no es así.

Enfadado por hablar de aquel tema que tanto le dolía, Harald gruñó mirando la puerta:

—Repito: te equivocas. Lo he aceptado. Otra cosa es que me niegue a olvidarla. Ingrid era preciosa, maravillosa. La mujer más bonita, dulce y cariñosa que…

—¡Basta! —le ordenó Alison de pronto.

Oír eso hizo que él se sorprendiera. Durante unos segundos se miraron en silencio, hasta que ella, intentando templar la rabia que sentía, musitó:

—Siento que Briana cogiera ese colgante. Intentaré que no vuelva a pasar.

—Con que lo intentes no me vale.

Oír eso no era justamente lo que la joven necesitaba, e, incapaz de seguir conteniendo su furia, respondió:

—A mí no me valen muchas cosas tuyas, pero mira, ¡aquí estoy!

La expresión de Harald cambió y ella sentenció:

—Yo no tengo ningún interés en las joyas que pertenecieron a Ingrid; primero, porque tengo las mías propias y, segundo, porque son suyas y yo no las quiero. Pero no olvides que ahora vives en una casa con tres niños, y los niños son curiosos. Todo lo miran. Todo lo ven. Todo lo tocan.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Quiero decirte que si esa caja brillante y reluciente sigue ahí —indicó señalando la mesita—, ten por seguro que, cuando entren en esta

habitación, llamará su atención y volverá a ocurrir. La abrirán de nuevo te

guste a ti o no.

Ninguno de los dos se movió. Ambos estaban molestos por la situación,

y Alison, echándose por encima de la camisola una piel que era de Harald,

agarró el pomo de la puerta y añadió:

—Y ahora prefiero marcharme un rato para que tanto tú como yo nos

calmemos. Porque te digo una cosa: tengo paciencia, pero siento que

contigo, y en relación con ciertos temas, está a punto de acabárseme.

Y, dicho eso, abrió la puerta y salió del dormitorio.

Harald, ofuscado, no se movió y, cuando la puerta se cerró, consciente

de lo mal que lo hacía, acercó su frente a esta y, enfadado, le dio un

cabezazo.

Capítulo 46

Un buen rato después, tras darse un paseo por los alrededores abrigada con

la piel de Harald, que olía a él, Alison decidió regresar a la casa, donde

Tritón salió a saludarla.

Al entrar en el salón, miró en dirección a la chimenea. Ver aquello que

Harald había hecho para recordar a su mujer le revolvió el estómago.

Mientras él viviera rodeado de todas aquellas cosas, nunca podría continuar

su camino.

Durante un rato se calentó ante el fuego de la chimenea y, cuando sintió

que sus nervios por fin se templaban, tras ver al perrillo dormido decidió

subir a la habitación. Seguramente Harald ya estaría durmiendo.

Sin embargo, se sorprendió al abrir la puerta y verlo metido en la

bañera.

Como era de esperar, los ojos de ambos se encontraron y Alison se

quedó parada en la puerta. Se miraron unos segundos en silencio y luego él

extendió la mano y dijo:

—Te estaba esperando.

Su voz…

Su gesto…

La joven ya lo iba conociendo, y sabía que en ese instante él estaba

sosegado y tranquilo. Como ella.

Aun así, no se movió de donde estaba, y Harald, atormentado por lo mal

que hacía las cosas, se levantó desnudo de la bañera y salió de ella. A

continuación, tras coger un cubo de agua que se calentaba en la chimenea,

lo echó en la bañera y, en cuanto lo dejó en el suelo, insistió:

—Vamos…, ven.

Esta vez ella no se resistió. El magnetismo que el vikingo desprendía la

hizo caminar hacia él. Una vez a su lado, levantó la cabeza para mirarlo y

él, sorprendiéndola, susurró:

—Lo siento, Alison.

Oír eso le erizó el vello de todo el cuerpo. Que Harald comenzara a

darse cuenta de que quizá erraba en ciertas cosas era algo bueno para todos,

pero especialmente para él, y, acerándose, lo besó.

Con mimo, lentitud y deseo se besaron durante unos segundos mientras

ella dejaba caer la piel que llevaba al suelo. Sin tiempo que perder, Harald

le quitó entonces la camisola y, cuando estuvo desnuda como él, la cogió en

sus brazos y se metió en la bañera.

Al sentarse, Alison recostó la espalda en su pecho. Permanecieron así

unos instantes en silencio hasta que de pronto él dijo:

—Sé que no soy de trato fácil, y menos cuando se trata de Ingrid. Pero

nunca te he mentido. Siempre he sido sincero contigo en lo referente a ese

tema.

Alison asintió. Y, sin mirarlo, solo notando sus manos en su cuerpo,

respondió:

—Lo sé…

De nuevo, el silencio entre ambos se hizo eterno, y él susurró entonces

bajando la boca hasta su oído:

—Poséeme.

A la joven le gustó su petición. No quería otra cosa más que poseerlo,

sentirlo suyo, solo suyo, y, dándose la vuelta en la bañera, lo miró a los ojos

y, poniendo sus húmedas manos sobre el rostro de él, sonrió.

Harald se volvió loco al verla. Nadie, absolutamente nadie más, tenía aquella sonrisa. Pensó en decírselo, en hacerle saber que para él era bonita, preciosa, maravillosa, pero las palabras no le salían; entonces ella acercó sus labios a los de él y lo besó.

Un beso…

Dos…

Lo que Alison lo hacía sentir cuando lo besaba, lo tocaba, lo miraba, era tremendamente especial. Deseaba poseerla, besarla, amarla. Lo deseaba todo de ella, pero no sabía por qué aún era incapaz de hacerlo con tranquilidad.

La intensidad del momento subía por segundos cuando el vikingo hizo un gesto para darle a entender que él dirigiría lo que iba a ocurrir. No obstante, ella se sentó de pronto a horcajadas sobre él y musitó:

—Me has pedido que te posea y eso quiero hacer.

Él sonrió y ella, gustosa por ver aquella sonrisa tan bonita, susurró:

— *Tontito*…

La sonrisa de Harald se extendió más aún.

Más besos…

Más caricias…

Más jadeos…

Sentada sobre él mientras lo miraba a los ojos, Alison se introdujo su miembro y, agarrándose a su cuello, comenzó a mover las caderas con

decisión. Harald se estremeció, aquello lo volvía loco.

—Cierra los ojos y disfruta, mi amor…, disfruta —la oyó decir.

Sin dudarlo, el vikingo le hizo caso mientras temblaba como una hoja.

La intensidad de los movimientos de Alison se incrementó, y más

cuando comenzó a morderle con delicia la oreja. Sabía que a él eso le

gustaba mucho. El agua de la bañera se derramaba por los bordes a causa de

los movimientos de la joven, pero a ninguno de los dos les importaba. Lo

único que contaba era el momento, el disfrute, el desahogo.

Excitada por lo mucho que gozaba con lo que hacía, Alison se dejó

llevar. Harald era suyo. En aquel instante, en aquel momento, era suyo, no

de Ingrid, y deseosa de hacérselo saber, lo poseyó con decisión.

Durante un rato, el placer, la locura y el éxtasis se apoderaron de ambos,

hasta que la joven sintió cómo las manos de él se anclaban con fuerza a su

cintura. Apartando la boca de su oreja, Alison lo miró y el vello de todo su

cuerpo se erizó cuando este, tomando las riendas de la situación, susurró

incinerándola con su mirada azul:

—Ahora cierra tú los ojos y disfruta…, mi amor. Disfruta.

Oír ese «mi amor» erizó de nuevo el vello de la joven. Era la primera

vez que él le decía algo parecido y, sin poder evitarlo, cerró los ojos y

sonrió.

Ella disfrutaba…

Él disfrutaba…

Ella jadeaba…

Él jadeaba…

La conexión que había entre ambos, y no solo en el sexo, era

maravillosa. Y cuando alcanzaron el clímax y sus cuerpos se estremecieron

al unísono, al quedar abrazados en la bañera, Harald, satisfecho, susurró

besando el cuello mojado de la joven:

—Me vuelves loco, Alison. Loco.

Ella sonrió. No solo se habían hecho el amor con gusto y deleite, sino

que en esa ocasión él la había llamado «mi amor». Por ello, mirándolo

como se suele mirar a alguien a quien quieres más que a tu vida, Alison

Moore declaró incapaz de callar:

—Te amo…

Según oyó eso, a Harald se le paró el corazón. ¿Lo había oído bien?

Alison, sabedora de lo que había dicho y del gesto de desconcierto de

aquel, susurró intentando bromear:

—Igual que nunca prometo lo que no sé si seré capaz de hacer, cuando

tengo algo que decir, o lo digo o reviento. Y, sí, Harald. Te amo. Me he

enamorado de ti. Pero, tranquilo, sé lo que me ofreces y no te voy a exigir

nada.

Boquiabierto por aquella revelación, que no esperaba, el vikingo

contestó como pudo:

—No… no sé qué decir.

Suspirando por lo bocazas que era, Alison asintió. ¿Por qué no aprendía

a controlar sus palabras? Y, consciente de que ya no podía desdecirse,

añadió:

—Hay un corazón entre tú y yo y eso siempre será así. No te pido nada.

No te exijo nada. Pero, Harald, yo no soy como tú. Yo vivo el presente, y el

mañana… ya se verá. Tras poseerte y sentirme poseída por ti, he necesitado

decirte lo que siento. Y, aunque nuestro tiempo de estar juntos se agota,

quiero que sepas que estos días contigo en tu casa, con los niños y *Tritón*,

serán el tesoro más bonito que guardaré en mi corazón para el resto de mi

vida.

El vikingo asintió conmovido. No esperaba ni que la joven se

enamorara de él ni tampoco aquella franqueza por su parte. Él sentía algo

por ella, algo que todavía le resultaba difícil definir, y musitó:

—Alison, yo…

—No. No digas nada.

—¿Por qué?

Con cariño, ella le retiró el pelo mojado del rostro.

—Porque será lo mejor.

Y, sin dejar que dijera nada más, lo besó con deseo y, segundos

después,

le hizo de nuevo el amor.

Capítulo 47

Pasaron varios días de la revelación de Alison pero no volvieron a hablar de

ello, ya que Harald lo evitaba. Saber que lo amaba le agradaba, pero al

mismo tiempo lo desconcertaba. Tenía tal jaleo en su cabeza y en su

corazón que comenzó a dudar de todo. Incluso de sí mismo.

Alison, por su parte, al notar que él no se sentía bien y pensando que era

una bocazas por haberle dicho aquello, calló. Era lo mejor.

Una mañana, tras una noche en la que Harald y Alison disfrutaron de

sus cuerpos, primero en la cocina y más tarde en su habitación, cuando

Alison despertó se encontró sola en aquella estancia tan bonita. Recordar la

noche de pasión que había vivido con el vikingo la hizo sonreír, hasta que

sus ojos se encontraron con el tapiz que había comprado Ingrid en su

momento.

Apartando la vista de aquello, que cada día le molestaba más, se levantó

de la cama y, de pronto, notó dolor en la pierna. Al mirarse vio que tenía

una astilla de madera clavada en el muslo y se apresuró a sacársela.

Tras limpiar la sangre, se fijó en la mesita vieja y desvencijada que

Harald le había contado que había pertenecido a los abuelos de Ingrid.

En realidad era bonita, los dibujos labrados en la madera eran finos y delicados, pero estaba muy estropeada.

Entonces Alison, mirando la madera de la mesita y viendo que había más astillas que podía clavarse, musitó convencida:

—Te arreglaré. Quedarás como nueva y así evitaremos futuras heridas.

Tras vestirse, bajó a desayunar. Estaba hambrienta.

—Buenos días, *Shensi* —la saludó Matsuura—. Por tu cara veo que tienes hambre.

Divertida por ver el gesto pícaro de aquel, tras acercarse a la manta donde estaba Siggy y ver que dormía tranquila, Alison repuso:

—Solo diré que… ¡probablemente!

Matsuura sonrió. De pronto, se oyeron unos golpes en la puerta de la cocina y este se apresuró a abrir. Era, Janetta, que los había visitado en varias ocasiones en ese tiempo.

—Qué alegría volver a verte —la saludó el japonés sonriendo.

Ella, azorada por la caballerosidad de aquel hombre, se ruborizó y susurró:

—Venía… venía a ver a la señora.

Matsuura asintió y, con una especial galantería que dejó a Alison sin palabras, lo oyó decir:

—Por favor, Janetta, pasa. Ella está aquí.

Sin dudarlo, la mujer entró en la cocina y Alison, feliz de volver a verla,

indicó después de abrazarla:

—Tu rostro está mejor cada día. ¿Ha desaparecido el dolor?

La mujer sonrió.

—Milady, os aseguro que las hierbas que me disteis para calmar los

dolores han sido lo mejor.

—¡Estupendo!

Sentadas a la mesa, Janetta y ella estuvieron charlando con tranquilidad

durante un rato, hasta que Alison preguntó:

—¿Qué te parecería venir todos los días para ayudarnos con la casa y

los niños? —Sorprendida, la mujer la miró, y Alison, pensando que sería

bueno que los niños tuvieran a una mujer cerca una vez que ella se fuera,

añadió—: Hablaré con Harald, te pagaríamos. Creo que sería algo que

beneficiaría a ambas partes, ¿no te parece?

La mujer asintió. Trabajar cuidando a los niños de aquella pareja sin

duda era algo maravilloso, y afirmó:

—Me parece muy bien, milady.

—A mí también —declaró Matsuura.

Complacidos, continuaron charlando sobre aquello hasta que Janetta,

fijándose en lo que hacía el japonés, preguntó:

—Milady, ¿qué hace?

Tras mirar y observar a qué se refería, Alison rápidamente respondió:

—Prepara la comida.

La mujer parpadeó sorprendida.

—¿La prepara él y no vos?

Alison asintió y, bajando la voz, añadió:

—Si no queremos morir envenenados, es mejor que lo haga él.

Eso hizo sonreír abiertamente a la mujer. De pronto, Will y Briana entraron corriendo en la cocina seguidos de *Tritón* y, tras saludar con una sonrisa a Janetta, a la que ya habían visto otras mañanas, se acercaron a Alison.

—Mamá —dijo la pequeña—, tío Matsuura irá a pescar cuando acabe de trocear la verdura; ¿podemos ir con él?

Ella, gustosa al oír que la llamaba de ese modo, sonrió y afirmó:

—Claro que sí.

Los niños aplaudieron contentos, y luego Alison, mirándolos, dijo cogiendo a *Tritón* en brazos:

—A partir de ahora Janetta vendrá todos los días a casa y nos ayudará a cuidaros. ¿Qué os parece?

Will y Briana miraron a la mujer y, al ver que aquella sonreía, el niño respondió:

—A mí me parece bien.

Y Briana, con su muñeca en las manos, señaló:

—A *Pousi* y a mí nos gusta.

La mujer se emocionó y sonrió dichosa, y entonces Alison, soltando al cachorrillo en el suelo, quiso saber:

—Will, ¿está Harald en la herrería?

—Sí, mamá.

Acostumbrarse a oír eso era bonito y fácil y, viendo que aquellos iban a

salir, añadió:

—Dile que quiero verlo. Necesito hablar con él.

—¡Vale! —dijo el niño saliendo con su hermana perseguidos de nuevo

por *Tritón*.

Durante un rato Matsuura, Janetta y Alison charlaron sobre el tiempo en

Escocia, y luego Janetta, satisfecha al sentir la felicidad que se respiraba en

aquella casa, comentó:

—No hay nada más bonito que la risa de un niño. —Y, viendo a Siggy

dormir, se levantó y susurró—: Milady, permitidme deciros que tenéis unos

hijos preciosos.

Conmovida por lo que oía y por lo que para ella suponía decir eso,

Alison respondió:

—Gracias, Janetta.

En ese instante Harald entró en la cocina. Como siempre, su presencia

imponía. Se detuvo sorprendido al ver allí a aquella mujer que algunos días

había visto pasar de lejos, y Alison terció:

—Harald, ella es Janetta. Janetta él es…

—Vuestro esposo, Harald —finalizó la mujer.

Con una sonrisa, Alison asintió, y Harald, acercándose a aquella,

preguntó:

—Por todos los dioses…, ¿qué te ha ocurrido en el rostro?

Janetta bajó la mirada al oír eso. La cicatriz difícilmente desaparecería

como los moratones, y Alison, para intentar echarle una mano, intervino:

—Se cayó: resbaló en la orilla del río y se hizo daño con las piedras.

—Soy muy torpe, mi señor —afirmó la mujer.

Harald asintió. Sabía que lo que Alison decía era mentira pero, sin

querer ser indiscreto, agregó:

—Cuídate bien esas heridas, ¿de acuerdo?

—Sí, mi señor.

Alison, agradecida por la discreción del vikingo, lo miró, y este,

acercándose a ella, le dio un cálido beso en los labios y comentó mirándola:

—Will me ha dicho que querías verme.

La joven asintió.

—Acabo de contratar a Janetta para que venga todos los días y nos eche

una mano con la casa y los niños; ¿te parece buena idea?

—Me parece estupendo —afirmó él. Sin duda la ayuda de aquella mujer

les vendría muy bien.

Janetta y Alison se miraron felices y esta última indicó:

—Por cierto, hay un mueble que quiero arreglar. Siempre me ha gustado

trabajar la madera y quería preguntarte si tenías algún inconveniente en

que…

—¡Buenos días!

Al oír la voz de Peter McGregor, todos se volvieron, y este, con su

maravillosa sonrisa, comentó:

—Mmmm…, Matsuura, ese caldo que estás preparando huele de

maravilla.

El japonés sonrió.

—Pues cuando le añada luego el pescado, ¡mejor sabrá!

Todos rieron por aquello, y Peter, fijándose también en Janetta, musitó:

—Por el amor de Dios, mujer, ¿qué te ha ocurrido?

Ella bajó la cabeza azorada por su aspecto, y Harald se apresuró a

intervenir:

—Resbaló en el río y se golpeó con las piedras.

Según oyó eso, Peter levantó las cejas. Lo que aquella tenía en el rostro

no se lo había podido hacer por una caída. Pero, entendiendo lo que ocurría,

finalmente musitó mirándola:

—Ten más cuidado la próxima vez que vayas al río.

—Lo tendré, señor —aseguró ella.

Alison, al ver cómo aquel la miraba, terció:

—Peter, te presento a Janetta. A partir de ahora nos ayudará con la casa

y los niños. Janetta, él es Peter McGregor.

—Un placer, Janetta.

La mujer, colorada como un tomate por ser el centro de atención,

susurró:

—Lo mismo digo, señor.

E, instantes después, Peter se dirigió a Harald:

—En las caballerizas está esperándonos Alexander McDermont. Se ha enterado de que adquirimos unos buenos fiordos en Edimburgo y quiere comprarnos dos.

Harald asintió.

—Pues no lo hagamos esperar más. —Y, cuando iba a salir, añadió mirando a Alison—: Las herramientas que necesites para arreglar esa madera están en la herrería, cógelas.

Gustosa y feliz, la joven le guiñó un ojo y, cuando él se marchó junto a Peter, Janetta preguntó boquiabierta señalando a Matsuura:

—¿Él cocina y vos arregláis muebles?

Divertida al ver el asombro en su mirada, Alison iba a responder cuando el japonés indicó:

—Claro que sí. ¿Por qué no?

Durante un buen rato los tres siguieron charlando en la cocina. Hablaron del tiempo en Escocia, de las verduras que por allí se podían conseguir, de las flores que Janetta cultivaba en su jardín, hasta que Matsuura dijo retirando la olla del fuego:

—Me voy a pescar. Siggy queda a tu cargo.

Alison asintió y Janetta, levantándose, sugirió:

—Si quieres puedo acompañarte para cuidar de los niños y de paso decirte dónde abunda la pesca.

El japonés afirmó con la cabeza al oírla. Con lo tímida que era, que le propusiera aquello era toda una proeza, y con una sonrisa musitó:

—Nada me gustaría más.

Boquiabierta por la caballerosidad que Matsuura mostraba ante Janetta,

Alison lo miró sorprendida.

—Milady, ¿queréis que me lleve a Siggy?

—No, id vosotros —contestó ella—. La pequeña puede quedarse conmigo.

Una vez que ellos se marcharon, Alison se levantó y, mirando por la ventana, observó a su tío. Verlo andar con la espalda muy erguida y una

sonrisa en los labios era nuevo para ella. Sin duda aquella mujer le había

gustado. Instantes después, Will, Briana y *Tritón* se unieron a ellos.

Se acercó sonriendo a la manta donde estaba Siggy. Continuaba dormida. La herrería estaba cerca, por lo que corrió hasta ella para coger las

herramientas que necesitaba.

Con curiosidad, miró a su alrededor. Allí no faltaba de nada. Todo estaba ordenado y en su sitio. Sin duda Harald era muy cuidadoso y metódico. Estaba sonriendo cuando vio unas pequeñas herramientas parecidas a las que ella usaba para crear sus joyas y que había perdido el día

de la terrible tormenta. Eso la apenó, perder aquello que la había

acompañado durante tantos años la hizo suspirar.

Finalmente, tras escoger lo que necesitaba para reparar el mueble,

regresó a la casa y vio que Siggy seguía dormida. Sin tiempo que perder,

subió hasta su dormitorio. Allí cogió la pequeña mesita y la bajó a la

cocina. Cuando iba a comenzar a arreglarla, Siggy se despertó. Durante un

rato, olvidándose de la mesa, le prestó toda su atención a la pequeña y, al

ver que aquella quería caminar, la ayudó agarrándola de las manitas.

Cuando la niña se cansó y se sentó en el suelo, gustosa y feliz,

rápidamente Alison la rodeó con varias mantas para que estuviera caliente y

le dio algunos juguetes para que se entretuviera. Acto seguido ella se centró

en la mesa. La estudió como hacía con sus joyas. Tenía que desmontarla

con cuidado, lijarla para quitarle todos los picos y las astillas que tenía y,

después, debía volver a labrar con el punzón los dibujos que había perdido

la madera con el paso del tiempo para, por último, darle color. Oscuro, por

supuesto. Como a Ingrid le gustaría.

Pendiente de que la niña estuviera cómoda mientras jugaba, Alison

comenzó a desmontar la mesita con paciencia. Una vez que la tuvo

clasificada por partes, cogió una lija y una de las patas y comenzó a lijarla.

Las astillas y las impurezas de la madera vieja enseguida empezaron a

desaparecer, pero, de pronto, oyó:

—Por Odín, ¡dios de dioses!

Al levantar la cabeza se encontró con el gesto ofuscado de Harald.

—¿Qué pasa?

El vikingo, con los ojos fuera de sus órbitas, siseó:

—¿Cómo que qué pasa? ¿Qué narices estás haciendo?

Al entender que se refería a la mesita, Alison respondió con una sonrisa:

—Estoy arreglándola. Está vieja y necesita…

—¿Quién te ha pedido que lo hagas?

Ella no dijo nada y el vikingo, con los ojos encendidos, exigió:

—¿Quién te ha dado permiso para destrozar algo que es importante para

mí?

Boquiabierta por cómo le hablaba y por la rabia que veía en su mirada,

la joven finalmente respondió:

—Harald, la mesita está vieja. Necesita una buena restauración. Esta

mañana, al levantarme de la cama, me he clavado una astilla en la pierna

y…

—¿Y por eso te crees con derecho a destrozarla?

Alison resopló. Su paciencia comenzaba a esfumarse, pero, intentando

hacerlo razonar, repuso:

—No la estoy destrozando. La estoy arreglando.

Pero él, furioso al ver aquello hecho pedazos en el suelo, insistió:

—¿Por qué no me has dicho que se trataba de ese mueble?

—Te lo estaba diciendo cuando ha entrado Peter, ¿no lo recuerdas?

Harald, perdiendo los nervios por ver aquella mesita tan importante para

él hecha trizas, comenzó a gritar. No la escuchaba. No quería hacerlo.

Chillaba de tal manera que Siggy, asustada, empezó a llorar.

—¡Maldito pedazo de mierda, deja de gritar! —le ordenó Alison de

pronto.

En cuanto lo hubo dicho, la joven se dio cuenta de que no había estado

bien.

—¡Estaba claro que tus malos modales tarde o temprano saldrían a la

luz! —exclamó él ofuscado.

Oír eso hizo que Alison ladeara la cabeza y preguntara:

—¿Exactamente qué es lo que has querido decir con eso?

Harald, tan descontrolado como ella, sentía que el cuerpo le temblaba y,

sin medir sus palabras, siseó:

—Lo que quiero decir es que eres quien eres… ¿Qué podía esperar de

ti?

La joven asintió boquiabierta. Muchas veces a lo largo de su vida la

habían despreciado por ser quien era, pero nunca nadie le había hecho tanto

daño con sus palabras como se lo estaba haciendo Harald.

Un calor extraño invadió su cuerpo. Quiso abalanzarse sobre él, pero oír

a Siggy podía con ella. La pequeña lloraba pocas veces y, tras

levantarse del

suelo y lavarse las manos, cogió a la niña en los brazos y le dio un beso

para que se tranquilizara.

—La estás asustando, ¿no lo ves? —le reprochó al vikingo, que no se

había movido del sitio.

Harald, a quien le costaba hasta respirar, se sintió mal al ver llorar a la

pequeña. Sabía que no estaba siendo justo ni con ella ni con Alison, pero,

incapaz de dar un paso atrás, soltó:

—Quiero esa mesa tal como estaba.

—Como estaba, imposible. Cuando acabe con ella estará mejor.

Harald maldijo en noruego, como solía hacer cuando se enfadaba.

—Sé lo que has dicho —repuso ella—. Si algo aprendí de tu idioma son

las malas palabras.

—En momentos como este siento que todo es un error —siseó él.

Oír eso a Alison le dolió y, sin poder callar, indicó mirándolo:

—Error o no, aquí estoy porque tú así me lo pediste.

Harald resopló y, señalándola con el dedo, sentenció:

—No vuelvas a tocar nada de ella. ¡¿Me has oído?! ¡Nada!

Y a continuación salió de la cocina a toda prisa mientras Alison

arrullaba a Siggy, que lloraba desconsolada.

Capítulo 48

A mediodía Harald no se acercó a comer, lo que extrañó a Matsuura. En el

tiempo que llevaba con aquel, sabía lo mucho que al vikingo le gustaba

disfrutar de todos durante el rato de la comida. Mirando a Alison, que

estaba más callada de lo normal, preguntó:

—¿No viene Harald?

La joven se encogió de hombros, se metió un trozo de pescado en la

boca y respondió mientras observaba cómo dormía *Tritón*:

—Parece ser que no.

Will y Briana estaban felices. La mañana de pesca con Matsuura y

Janetta había sido divertida y, aunque la mujer había regresado con ellos, a

pesar de la insistencia de Matsuura para que se quedara a comer se había

marchado a su casa. Al día siguiente regresaría para comenzar su trabajo.

Una vez que terminaron de comer y los niños se fueron a jugar,

Matsuura preguntó mirándola:

—¿Qué te ocurre?

Incapaz de callar, Alison soltó entonces señalando la despensa, donde

tenía la mesa desmontada:

—Esa mesita está vieja y cochambrosa. Al levantarme hoy de la cama

me he clavado una astilla y pensaba restaurarla, pero a Harald no le ha

parecido buena idea.

Mirando aquello, que tenía una pinta horrible, el japonés indicó:

—No lo entiendo… Conociéndote, la dejarás como nueva.

—Era de la mujer de Harald —aclaró ella.

—Muchacha… —susurró entonces Matsuura—, pero ¿cómo se te ocurre?

—Quería hacer algo bonito —se defendió ella—. Deseaba restaurarla para que tuviera una nueva vida. Pensé que le gustaría ver que me preocupaba por algo que perteneció a Ingrid. Pero está visto que no.

Su tío asintió. Él, que estaba en medio, podía entender a ambas partes, y cuando iba a responder, Alison, que no deseaba seguir hablando del tema, señaló:

—Por lo que he oído decir a los niños, habéis disfrutado mucho esta mañana. —El japonés asintió—. Según Will, Janetta os ha llevado a un sitio increíble para pescar. —Él afirmó de nuevo, y entonces ella quiso saber—:

¿Lo has pasado bien en compañía de Janetta?

Matsuura la miró. En la vida Alison le había hecho una pregunta parecida; por ello, al verla sonreír respondió:

—¿Qué es lo que en realidad quieres saber?

La joven, retirando un plato de la mesa, rápidamente indicó:

—Tío Matsuura, nunca te había visto tan galante con una mujer…

Él rio.

—Nunca había estado más de cuatro días seguidos en un mismo sitio para poder conocer a ninguna —respondió.

—¿Te gusta Janetta?

El japonés asintió sin dudarlo.

—Es bonita, sencilla y cariñosa. Me gusta mucho que la hayas

contratado para estar con los niños. Y, por cierto, he podido comprobar que

tiene una interesante conversación.

—¡Tío Matsuura!

El hombre cabeceó sonriendo e iba a hablar cuando ella cuchicheó:

—¿Puede que sea verdad lo que me dicen tus ojitos?

Con picardía, él se encogió entonces de hombros y respondió:

—Probablemente.

Alison lo miró sin dar crédito. En la vida aquel se había fijado en una

mujer, y, segura de lo que decía, indicó mirando a *Tritón*, que se

desperezaba e iba hacia su cazo a beber agua:

—Partiremos dentro de pocos días…, ¿lo recuerdas?

—Vivo el presente —dijo él sin perder la sonrisa—. El mañana… ya se

verá.

Alison asintió y no dijo más, ¿para qué?

Durante el resto del día Harald no apareció y, cuando cayó la noche, tras

acostar a los niños y despedirse de Matsuura, Alison se acercó a la herrería.

Si estaba allí, tenía que hablar con él sobre lo que había pasado, pues sin

duda ambos se habían excedido. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando

tampoco lo encontró allí.

¿En serio estaba tan enfadado?

Cabizbaja, regresó a la casa y se sentó ante la chimenea con *Tritón*.

Esperó y esperó durante una eternidad y, cuando el sueño comenzaba a

vencerla, decidió irse a la cama.

Pensativa, subió hasta la primera planta y, tras pasar por las habitaciones

donde dormían los niños y ver que todo estaba bien, se encaminó hacia su

cuarto. Sin embargo, al intentar abrir la puerta le resultó imposible.

Sorprendida, lo intentó otra vez, pero rápidamente se percató de que la

habitación estaba cerrada por dentro.

—Harald, ¿estás ahí? —preguntó sin dar crédito.

El vikingo, que llevaba horas en la habitación, martirizado frente a la

chimenea, se levantó al oírla y dijo caminando hacia la puerta:

—Alison, vete a dormir.

La joven parpadeó atónita en el mismo instante en que *Tritón* aparecía

adormilado por el pasillo.

—Eso pretendo. Ábreme.

Harald cerró los ojos. Lo había pensado durante todo el día, y frente a la

puerta indicó:

—Esta es mi habitación. Es mejor que a partir de ahora duermas en otra

estancia.

Boquiabierta, la joven murmuró:

—Por las barbas de Neptuno, pero ¿qué narices estás diciendo?

—Alison, vete. No lo hagas más difícil.

Sin dar crédito a eso, cuando ella le había dicho que lo quería, insistió:

—¿En serio me echas de la habitación por querer arreglar una

cochambrosa y vieja mesita?

Harald se apoyó en la puerta.

—Te pedí que no tocaras nada. Te dije que quería esa vieja y

cochambrosa mesita en su sitio y ahora no está.

Enfadada, pero sin querer levantar la voz para que los niños no se

despertaran, indicó viendo al perrillo entrar en la habitación de los

pequeños para dormir:

—No está porque antes he de arreglarla.

—¡Maldita sea, Alison! —gruñó él enfadado.

Apoyando la frente en la puerta, la joven señaló:

—No puedo volver a montarla tal y como está. La arreglaré y luego la

dejaré donde estaba. ¡Pero, por Tritón…! —gruñó—. Pensé que te gustaría

mi detalle hacia algo que había pertenecido a Ingrid. Nunca imaginé que te

lo tomarías así.

Harald se sintió fatal. Pero, incapaz de revertir un problema en el que

estuviera involucrada Ingrid, susurró:

—Te exijo que mañana esté en el lugar de donde nunca debería haberse

movido, ¿me has entendido?

Se quedaron unos segundos en silencio, y luego ella amenazó:

—Harald, si no abres la puerta ahora mismo, no esperes que vuelva a entrar en tu maldita habitación.

—¡Vete a dormir!

—Jodido cabezota…, ¡abre!

—He dicho que te vayas a dormir —repitió él.

Oír eso y sentir su rechazo hizo que Alison apartara la frente de la puerta, y dando un paso atrás sentenció:

—Así será.

A continuación dio media vuelta y, muy enfadada, entró en una de las habitaciones libres. El frío de la estancia hizo que se estremeciera. Al no utilizarse, la chimenea no estaba encendida, por lo que se apresuró a meter unos troncos. El dormitorio estaba desangelado, allí había tan solo una cama. Nada que ver con la bonita y confortable habitación de Harald o con la que ella les había montado a los niños.

Furiosa y aterida, caminaba de un lado a otro.

¿En serio la había echado de su habitación? ¿Tan poco significaba para él? ¿De verdad intentar hacer algo bueno, algo bonito, con algo que había pertenecido a Ingrid lo veía como algo tan terrible?

No dejaba de darle vueltas a la cabeza mientras se sentaba en la cama tiritando. ¡Qué frío hacía!

Nadie había osado hacerle un feo como ese nunca. En la vida un hombre la había echado de su habitación y, tras sentir que iba a ser

incapaz

de dormir por lo furiosa que estaba y el frío que hacía en la estancia, abrió

la puerta con cuidado para no ser oída y salió.

Una vez que llegó al salón, por fin entró en calor, pero, necesitando

desfogarse, al ver los muebles de Ingrid maldijo de nuevo y salió al exterior.

La noche en las Highlands era tremendamente fría. Pero Alison,

acalorada por la furia que bullía en su interior, se dirigió a las caballerizas

sin apenas ir abrigada y, tras coger su caballo, montó en él y se alejó de la

casa.

En la oscuridad de la noche, trotó por los caminos que conocía

pensando en sus cosas. Le había recordado a Harald que les quedaban pocas

semanas de estar juntos, pero a él no parecía haberle importado. Eso le

dolía, la martirizaba, y al sentir la necesidad de gritar, lo hizo.

No supo cuánto tiempo cabalgó por aquellas tierras, hasta que sintió que

el cuerpo entero le temblaba a causa del frío. Hasta los dientes le

castañeteaban, y decidió regresar.

Tras dejar a *Pirata* en las caballerizas, entró de nuevo en la casa. El

calor rápidamente envolvió su helado cuerpo y, acercándose a la chimenea,

murmuró:

—Por las barbas de Tritón…, ¡qué frío!

Al mirarse las manos se las vio azuladas. Era tal el frío que había

pasado en su excursión nocturna que durante un buen rato tiritó

descontroladamente frente al hogar. Con malestar, miró el escudo con la

inscripción que había colgado sobre la chimenea, aquella declaración de

amor que Harald había hecho para su mujer, y enfadada siseó:

—Sin lugar a dudas, eternamente vivirás de su recuerdo, maldito

cabezón…

Mirara hacia donde mirase, aquello parecía el hogar de Ingrid y no el

suyo. Todo cuanto la rodeaba era un homenaje a ella. Todo era como le

gustaba a ella y, enfadada, afirmó agachándose para saludar al cachorro, que

llegaba:

— *Tritón*, eres el mejor perro que he tenido en mi vida, porque

básicamente eres y serás el único. Pero quiero que sepas que siempre te

llevaré en mi corazón. —Con mimo, acarició la cabeza del animal y susurró

—: He de marcharme. Le prometí a mi padre que regresaría junto a él y yo

nunca falto a una promesa. Te quedarás junto a Will, Siggy y Briana y…,

bueno, junto al jodido vikingo gruñón, pero, tranquilo, porque aquí serás

feliz. Los niños te adorarán y el vikingo también, aunque en ocasiones te lo

ponga difícil. —Como si la entendiera, el animal le lamió una mano y

luego

ella susurró con el corazón encogido—: Esto mismo se lo tengo que decir a

los niños, pero no sé cómo. No sé cómo hacerlo sin romperles el corazón.

¡Ay, *Tritón*! ¿Cómo lo hago? Que me odien lo asumiré, pero no quiero que

sufran, y dentro de unos días me marcharé para no regresar nunca más.

Dicho eso, y con el corazón encogido, caminó acompañada del animal

hacia la despensa de la cocina. Allí tenía la mesita desmontada y,

sentándose en el suelo, una vez que *Tritón* se tumbó a dormir, comenzó a

lijarla. O hacía eso o subiría a la habitación de Harald a cortarle el cuello.

Durante toda la noche trabajó sin descanso. Se sentía mal. Seguía

teniendo frío, pero la rabia la hacía trabajar con brío, y cuando al amanecer

la pequeña mesita estuvo de nuevo montada y encolada, Alison susurró

mirando a *Tritón*:

—Iba a pintarla en un tono oscuro, como a Ingrid le habría gustado,

pero se va a quedar así.

Dicho eso, tras recoger las herramientas que había utilizado, las llevó a

la herrería y las dejó en el mismo sitio donde las había encontrado. No

quería que Harald también le echara la bronca por aquello. A continuación

regresó a la despensa, cogió la mesita, la subió hasta la primera planta

y,

dejándola frente a la puerta de aquel, musitó:

—Espero que te abras la cabeza con ella cuando salgas.

Y, sin mirar atrás, se dirigió hacia la que a partir de ese momento sería

«su habitación». Al entrar, la sensación fue diferente de la de la noche

anterior. Ahora el fuego de la chimenea había caldeado la estancia y, tras

dejar a *Tritón* fuera y cerrar la puerta por dentro para que nadie entrara, se

desvistió, se tumbó en la cama y se arropó. Estaba muy cansada.

Capítulo 49

Harald se despertó inquieto de madrugada y se sentó en la cama. El sueño

que había tenido con Ingrid, como en otras ocasiones, había sido tan vívido

que hasta le había parecido oler su aroma.

Cerrando los ojos, se tumbó de nuevo mientras las palabras que Ingrid

le decía cada vez que soñaba con ella resonaban en su cabeza: «No pierdas

lo bueno que has encontrado. Cuida para que te cuiden. Ama para que te

amen. Sé feliz con quien te importa, y el pasado, aunque no lo olvides,

déjalo estar».

Abriendo los ojos en todos los sentidos, el vikingo miró entonces a su

alrededor. Y, consciente de que ella, a su manera, estaba regañándolo por lo

mal que lo estaba haciendo, susurró:

—Tienes razón, Ingrid, el pasado pasado está…

Y, dicho eso, lloró como un niño pequeño en la soledad de su habitación

hasta que finalmente se quedó dormido.

Cuando despertó por la mañana, tras acordarse del sueño y sentir el corazón

liberado, maldijo al ver que estaba solo en su enorme cama.

Su mente pensó en Alison de inmediato, no en Ingrid. Y, recordando lo

que había soñado, supo que ella era lo bueno que había encontrado que

debía cuidar y amar.

Tras levantarse, asearse y vestirse, cuando abrió la puerta de su

habitación dispuesto a hablar con ella para pedirle disculpas y arreglar las

cosas, se dio de bruces con la mesita, que estaba en el pasillo. La vieja y

cochambrosa mesita que había provocado la discusión entre Alison y él.

Agachándose para mirarla, la observó con detenimiento. La joven no solo la

había lijado, sino que además había recuperado los dibujos que aquella tuvo

en un pasado. Había trabajado la madera con finura y delicadeza y,

sorprendido, sonrió.

Tras cogerla y meterla en la habitación, la colocó junto a la cama.

Después puso sobre ella el joyero de Ingrid y, al ver el deslucido joyero en

el que Alison tenía las joyas que ella le había contado que habían

pertenecido a su madre y a su abuela, lo cogió y lo colocó junto al de Ingrid.

Durante unos segundos se quedó mirando ambos joyeros. Uno era bello y delicado y el otro era burdo y estaba oxidado por el salitre. Dos joyeros distintos para dos mujeres diferentes.

Por fin entendía lo que Demelza le había dicho en su momento. No debía comparar a Alison con Ingrid. Cada una era una mujer distinta de la otra, con sus defectos y sus virtudes. Y compararlas no tenía sentido.

Pero ¿cómo había sido tan tonto?

Cuando salió de la habitación, se dirigió a la cocina y saludó con una sonrisa. Allí estaban Matsuura, Janetta, *Tritón* y los niños. Estos últimos, al verlo, se levantaron para abrazarlo y Will preguntó mirándolo:

—Papá, ¿dónde está mamá?

Oír eso le extrañó, puesto que Alison siempre desayunaba con ellos; miró a Matsuura y comentó:

—Durmiendo.

—¡¿Todavía?! —preguntó el japonés sorprendido.

El vikingo asintió y, tras coger un pedazo de bollo, se marchó a la herrería. Tenía que pensar cómo encarar el problema que él mismo había creado con Alison.

Un buen rato después, al ver que ella no bajaba, Matsuura subió intranquilo a la primera planta. Allí llamó a la puerta de la habitación

de

Harald y, al ver que nadie contestaba, la abrió. De inmediato vio que allí no

estaba la muchacha.

Sin tiempo que perder, miró en las otras habitaciones, hasta llegar a una

cuya puerta estaba atrancada por dentro. Dio unos golpecitos con los

nudillos y preguntó:

—Alison, ¿estás ahí?

La joven se despertó al oírlo y, sin levantarse de la cama, musitó tras

estornudar:

—Sí.

En cierto modo, oír su voz tranquilizó al japonés, pero preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no estás en tu habitación?

Alison, que sabía que aquel no se marcharía hasta recibir una respuesta,

se levantó, caminó hacia la puerta y, abriéndola, dijo tras estornudar otra

vez:

—¡Lo odio! ¡Por *Tritón* que lo odio con todas mis fuerzas!

Sin necesidad de preguntar a quién odiaba, Matsuura asintió.

—A partir de ahora, y hasta que nos vayamos de esta maldita casa, esta

será mi habitación —soltó ella. Su tío iba a intervenir, pero ella añadió—:

Anoche ese… ese patán no me dejó entrar en *su* habitación y…

—¿Esto es por la mesita?

—Exacto —dijo ella tras estornudar de nuevo—. Toqué algo de su intocable mujer y… y… ¡Será idiota!

—Alison…

—Sí, tío Matsuura, ¡idiota! Con todas las letras. —Y, señalando a su alrededor, prosiguió—: Estoy aquí y aquí me voy a quedar. Al menos sé que esta cama no perteneció a Ingrid y, como la estancia está vacía, me aseguraré de que aquí no entre nada que tenga que ver con ella. Ya no puedo más. Papá tenía razón: ¡es un patán!, por no decir un mierda que…

—¡Alison!

Enfadada y molesta con Harald por el trato recibido, la joven insistió:

—Es lo que siento, tío Matsuura. Me conoces y sabes que soy de decir lo que pienso. Demasiado me he mordido ya la lengua desde que llegamos a esta casa en lo referente a las cosas que no puedo tocar porque pertenecieron a su mujer. ¡Pero, por Yemayá, que yo vivo aquí…! ¿Acaso pretende que no pueda opinar o tocar algo que era de su mujer?

Matsuura no supo qué contestar, y aquella, desesperada, indicó:

—Papá tenía razón. ¿Qué narices estoy haciendo aquí? ¿Por qué me complico la vida? Esto… esto es un error. ¡Un gran error! Ese hombre nunca me querrá. Y… y yo estoy haciendo el tonto como nunca lo he hecho en mi vida.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que Matsuura informó:

—Harald se ha ido a la herrería.

—Por mí como si se va a la…

— *Shensi!* —le reprochó aquel.

La joven volvió a estornudar entonces y, llevándose la mano a la nariz,

musitó:

—Y ahora, encima, ¡se me caen los mocos!

El japonés sonrió y, con cariño, dijo retirándole el cabello del rostro:

—Tu aspecto, tu enfado, ese tono, los estornudos y ahora los mocos me

hacen saber que te has resfriado.

—Posiblemente —afirmó ella. Y, tras sonarse la nariz con un pañuelo

gruñó—: ¡Lo que me faltaba!

Matsuura sonrió y posó una mano en su frente, como había hecho

millones de veces desde que se había convertido en su cuidador, y dijo al

notarla caliente:

—Janetta está en la cocina con los niños. Acuéstate y te subiré una taza

de caldo con esas hierbas que tú y yo sabemos. Creo que te sentarán muy

bien.

—Yo también lo creo —asintió la joven.

Una vez que él se hubo marchado, la joven iba a meterse en la cama,

pero se paró en seco.

Si el idiota de Harald no la quería en su habitación, no estaría allí, pero

sus cosas tampoco.

Capítulo 50

Furiosa, Alison salió del dormitorio para dirigirse hacia el que había sido el

suyo hasta la noche anterior. Saber que Harald no estaba allí le facilitaría la

tarea de llevarse sus cosas.

Al entrar, el olor a él le inundó las fosas nasales y siseó enfadada:

—¿Por qué tuve que decirle que lo amaba? ¿Por qué?

Sin sorprenderse mucho, vio la mesita restaurada en su lugar, pero se

quedó boquiabierta al ver su oxidado joyero junto al de Ingrid, tan precioso

y reluciente.

Los miró unos segundos en silencio y musitó:

—Así es, Ingrid. Tú siempre brillarás más que yo.

Dicho eso, se acercó a la mesita y, sin tocar el bonito joyero de Ingrid,

cogió el suyo y lo abrió. Sacó de él una caja redonda y luego regresó a su

habitación.

Al llegar allí, miró dónde dejar el joyero, pero al no haber ningún

mueble a excepción de la cama, finalmente lo puso sobre la repisa de la

bonita chimenea. A continuación miró la cajita redonda que sostenía y que

contenía los polvos color ocre que tío Matsuura y ella utilizaban para

impregnarse las manos siempre que se despedían de alguien. Con el

corazón latiéndole con fuerza, cerró los ojos y, consciente de que pronto

tendría que utilizarlos, musitó:

—Alison…, eres la maldita Joya Moore…, ¡déjate de sensiblerías!

Dicho eso, dejó la cajita junto al joyero y regresó de nuevo a la

habitación de Harald.

Sin tiempo que perder, recogió su ropa y sus pocos enseres personales y,

de nuevo en su cuarto, tras dejarlo todo en un rincón, se metió en la cama.

Se encontraba fatal.

Matsuura subió poco después con una bandeja acompañado por los

niños y Janetta. Will y Briana, al ver a Alison en aquella desangelada

habitación y en la cama, se acercaron a ella alarmados.

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó Will.

La joven, al ver cómo la miraban, indicó para quitarle hierro:

—Estoy bien. Solo cogí un poco de frío.

—¿Y por qué estás aquí y no en tu cuarto? —insistió Will.

—Este es ahora mi cuarto, cielo.

—Pero…

—Will —lo cortó ella—, me duele la cabeza.

El niño asintió al oírla. En el tiempo que hacía que se conocían, Alison

nunca le había hablado así. Briana, que lo observaba todo, susurró:

—Estás malita.

Alison, conmovida por el modo en que los niños la miraban, afirmó:

—Dentro de un par de días estaré bien, ¡ya lo veréis! Y, Will,

perdóname por haberte hablado así. Cuando enfermo no tengo muy buen

carácter…

El niño sonrió, y Matsuura, mirando a Janetta, indicó:

—Es mejor que ellos no estén aquí.

La mujer asintió y se apresuró a decir:

—Niños, vayamos al salón a jugar.

Sin dudarlo, ellos asintieron; Briana se acercó a Alison y dijo

tendiéndole su muñeca:

— *Pousi* dice que quiere quedarse a hacerte compañía.

Oír eso hizo que ella sonriera.

—Será agradable estar con *Pousi* —afirmó cogiéndola.

En cuanto aquellos salieron de la habitación, Matsuura preguntó:

—¿En serio te vas a quedar aquí?

—Totalmente en serio.

El japonés asintió, y ella, entendiendo por qué lo decía, comentó:

—Cuando mejore, haré algo para que la habitación sea más confortable

los pocos días que me quedan de estar aquí. De momento, con la cama

tengo más que suficiente.

—Subiré entonces una silla o algo para que dejes tus ropas.

—De acuerdo —dijo ella mientras veía pasar a *Tritón*.

A continuación se quedaron en silencio; el japonés cogió la talega de las

medicinas y, tras buscar unas en concreto, las echó en el caldo y dijo tras

removerlo con una cuchara:

—Vamos, tómatelo.

Sin dudarlo, Alison obedeció. El calorcito que aquel caldo medicinal le

proporcionaba era reconfortante.

—¿Cuántas veces habré cuidado tus resfriados? —preguntó él mirándola.

Ambos rieron por aquello y, cuando la joven terminó de tomarse el caldo, su tío musitó al tiempo que le cogía el tazón:

—Ahora cierra los ojos y descansa. Lo necesitas para reponerte.

—Tío Matsuura, quiero ver a Demelza. Tengo que hablar con ella.

El japonés asintió y, sin preguntar, indicó:

—La avisaré.

La mañana pasó y el japonés subió un par de veces más a la habitación de la joven para echar madera a la chimenea, subir una silla y ver cómo estaba.

Como siempre, se preocupaba por ella. Siempre había sido su prioridad. No tenía hijos, pero sin duda Alison era su hija, su niña.

En una de las ocasiones en las que Matsuura estaba en la cocina, Harald entró y se dirigió a él:

—Will acaba de decirme que Alison está enferma.

—Sí.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el vikingo alarmado.

Matsuura, al ver la preocupación en su rostro, tras unos segundos en silencio, decidió callar lo que estaba a punto de soltar y, en su lugar, respondió:

—Ha cogido frío y parece que tiene un poco de fiebre.

Harald, al oír eso, se dio la vuelta para ir a verla, pero Matsuura añadió:

—Si yo fuera tú, no iría. —El vikingo se detuvo y lo miró—. Necesita

descansar. Además, está bastante enfadada. —Harald, que comprendió que

sabía lo ocurrido, iba a hablar cuando Matsuura continuó—: Las despedidas

más dolorosas son las que se alargan en el tiempo y nunca llegan a hacerse.

—¿A qué viene eso? —preguntó él arrugando el entrecejo.

Matsuura dejó entonces lo que estaba haciendo y lo miró.

—Muchacho, soy consciente de que todos tenemos recuerdos en

nuestras vidas que nunca desaparecen y personas a las que nunca

olvidamos. Pero, mientras respires y estés vivo, la vida continúa para ti, y es

una pena que no la disfrutes. Si te digo esto es porque me apena que no te

des cuenta de que, si la dejaras entrar en tu corazón, Alison te haría

inmensamente feliz.

Asombrado al oírlo decir eso cuando el japonés era la discreción

personificada, Harald no sabía qué responder.

—No soy de meterme en las vidas de los demás ni opinar sobre ellas —

añadió aquel—. Nunca me ha gustado hacerlo porque nunca me ha

agradado que lo hicieran con mi vida. Pero, tratándose de Alison, me veo en

el derecho y en la obligación de decirte que esa mujer no solo merece

que

acaricies su cuerpo, sino también que acaricies y seduzcas como el hombre

que sé que eres su alma y su corazón.

Sin necesidad de preguntar, Harald lo entendió perfectamente y,

dándose la vuelta, salió de la casa. Necesitaba tomar el aire.

Esa noche, tras hacer grandes esfuerzos para no presentarse en la habitación

de Alison, el vikingo arropaba a los pequeños en sus camas cuando

preguntó mirando a Briana:

—¿Dónde está *Pousi*?

—Con mamá. Se la he dejado para que le hiciera compañía.

Oír eso a Harald lo hizo sonreír y luego Will, tras ver a *Tritón* tumbarse

en su manta, preguntó:

—Papá, ¿qué pasa? —Oír eso no era lo que él esperaba, y el niño

insistió—: ¿Por qué mamá duerme en esa habitación y no en la de siempre?

Harald suspiró. Explicarles a los niños ciertas cosas era complicado, y

finalmente respondió intentando ser sincero:

—Vuestra madre y yo discutimos. Pero, tranquilos, todo se solucionará.

—Y, levantándose para darles sendos besos en la frente, indicó—: Y ahora,

¡a dormir!

Briana y Will se miraron y no dijeron más.

Una vez que Harald salió de su habitación, pasó por la de Siggy. La

pequeña dormía feliz y encantada y, tras entornar su puerta, se quedó

mirando la del cuarto donde sabía que estaba Alison.

Llevaba todo el día sin verla, sin hablar con ella, y, necesitado, se acercó

a la puerta y prestó atención. Silencio total. Con delicadeza, la abrió y de

inmediato oyó el crepitar de la leña en el hogar. Con cuidado, entró en la

estancia y, mirando a su alrededor, al ver las ropas y las escasas

pertenencias de aquella sobre una silla, maldijo.

¿Por qué había sido tan idiota? ¿Por qué la había echado de la

habitación?

Estaba mirando los troncos de madera cuando decidió echar un par de

ellos al fuego. Lo hizo y, al levantarse, sus ojos se encontraron con el joyero

de Alison. Permaneció mirándolo unos instantes hasta que descubrió junto a

él otra cajita redonda que nunca había visto. Con curiosidad, la abrió y vio

que contenía aquellos polvos color ocre que ella se había untado en las

manos la noche que se despidió de su padre en la playa. Si mal no

recordaba, Matsuura le había dicho que los utilizaban siempre en las

despedidas.

Eso lo agobió. ¿Acaso Alison pensaba marcharse ya?

Una vez que dejó la cajita en su sitio, se acercó a ella y, como un tonto,

se quedó mirándola mientras dormía. Era preciosa. La mujer más

bonita,

linda e interesante que había visto nunca, aunque jamás se lo decía.

Sin poder reprimirse, posó la mano en su frente. Estaba caliente. Tenía

fiebre, pero su respiración era regular, lo que lo tranquilizó. Conmovido por

verla inmóvil, cuando ella era un torbellino lleno de vida, la observó y

sonrió al darse cuenta de que dormía abrazada a *Pousi*. Sin duda la muñeca

le estaba haciendo compañía.

Durante un rato Harald permaneció en la desangelada habitación. No

quería regresar a la suya. Su cuarto, sin ella, ya no era el lugar al que

siempre le había gustado regresar para descansar.

Pensó en el sueño que había tenido la pasada madrugada, en las palabras

que retumbaban una y otra vez en su cabeza, y susurró mirando a Alison:

—No pierdas lo bueno que has encontrado. Cuida para que te cuiden.

Ama para que te amen. Sé feliz con quien te importa, y el pasado, aunque

no lo olvides, déjalo estar.

Miles de momentos bonitos, pensamientos alegres y acciones locas y

divertidas cruzaron por su mente. Y lo que todos tenían en común era que

en ellos siempre estaba Alison. No Ingrid.

Enfadado consigo mismo por su deslealtad hacia las dos mujeres, y en

especial hacia Alison, que era quien estaba a su lado, salió de la habitación

con paso firme sintiendo como si de pronto hubiera despertado de un

mal

sueño.

Ingrid había muerto. Él no. La añoraría toda su vida. La querría

siempre, pero la vida continuaba y él, como le había prometido, debía

seguir caminando y ser feliz.

Amar a Alison no significaba que no hubiera amado a su esposa. Alison

era su presente, mientras que Ingrid era su pasado. Un pasado que nunca

recuperaría porque había terminado. No obstante, sí tenía un presente y un

futuro por comenzar con Alison.

Ofuscado, entró en su habitación. Miró a su alrededor y sintió cómo se

le encogían las entrañas. Aquel sitio estaba hecho por y para su pasado, no

para su presente y, acercándose al tapiz que había sido de Ingrid, lo arrancó

de golpe y murmuró con él en las manos:

—Alison, mi amor, he sido el hombre más tonto del mundo, pero si de

algo estoy seguro en este instante es de que ya no hay un corazón entre tú y

yo.

Capítulo 51

Al día siguiente, cuando Demelza y Aiden llegaron a la casa, Harald salió

de la herrería y los saludó con una sonrisa. Gustosos, aquellos se acercaron

a él y, cuando desmontaron de sus caballos, el vikingo preguntó:

—¿Qué hacéis por aquí?

Demelza le dio un cariñoso beso en la mejilla y se apresuró a responder:

—He venido a ver a Alison. Matsuura me hizo saber que no se

encontraba bien.

Harald asintió. Esa mañana él había ido a verla, pero su puerta estaba

cerrada por dentro. Llamó en varias ocasiones y, como no contestaba,

decidió regresar más tarde. Sin duda seguía enfadada, e intuyendo que la

presencia de Demelza la alegraría, comentó:

—Le hará ilusión verte.

La pelirroja asintió y luego, con picardía, recordando la última vez que

habían ido a visitarlos a su casa, preguntó:

—¿Qué tal todo por aquí, papaíto?

Sin contarle lo ocurrido, Harald se encogió de hombros.

—Podría ir mejor.

Aiden y Demelza se miraron sorprendidos. La última vez que habían

estado con Alison y con él, la pareja no había parado de mirarse de una

manera especial, y cuando Aiden se disponía a preguntar, Harald indicó

mirándolo:

—Ya que estás aquí, acompáñame. Quiero que veas un par de cosas de

las caballerizas.

—Genial. Yo iré a ver a Alison —afirmó Demelza.

Una vez que Aiden y ella se dieron un beso en los labios y la pelirroja

se alejó, este miró a su amigo.

—¿Qué ocurre ahora? —quiso saber.

—Mejor pregunta qué es lo que no ocurre —respondió Harald echando

a andar hacia las caballerizas.

Demelza, que caminaba en dirección a la casa, al ver a Will y a Briana

correr junto al perrito que Harald le había regalado a Alison y que para ella

era una preciosa prueba de amor, sonrió. Conociendo a su cuñado, el hecho

de hacerle aquel regalo significaba más que lo que él pudiera decir con

palabras.

Tras entrar y saludar a Janetta, que tenía a Siggy en brazos, Matsuura la

acompañó hasta la planta alta.

—Está mejor, ¿verdad?

El japonés asintió, pero, consciente de cómo se encontraba realmente,

repuso:

—Sí, aunque no de muy buen humor.

Demelza sonrió y, cuando se paró frente al dormitorio principal, el

japonés indicó:

—No está ahí. —La pelirroja lo miró sorprendida y él añadió—: Esa es

la habitación de Harald. La de Alison es la que está al fondo.

Boquiabierta, ella iba a preguntar cuando Matsuura dijo:

—Mejor háblalo con ella.

Acto seguido, continuaron por el pasillo hasta llegar a la habitación del

fondo. El japonés se detuvo frente a la puerta, llamó y, cuando Alison abrió,

este indicó:

—Si queréis algo, estaré en el salón con Janetta.

Cuando él se marchó, Alison sonrió y Demelza preguntó de inmediato:

—Pero ¿qué ha pasado?

Asiéndola de la mano, la joven la hizo entrar en su cuarto. La pelirroja

miró entonces a su alrededor y vio que allí apenas había muebles y, cuando

iba a hablar, Alison se le adelantó:

—Demelza, lo material me da igual. Solo estoy de paso.

Horrorizada por oírla decir eso, ella no supo qué responder.

—Ven, sentémonos en la cama —le pidió Alison.

Tras acomodarse, las dos mujeres se miraron y Demelza, necesitando

saber, preguntó:

—Por Freya, ¿me puedes decir qué está pasando?

Alison suspiró.

—¿Recuerdas la mesita que Harald tiene en su habitación y que era de

tus abuelos?

—Sí.

—Para tu gusto, ¿estaba bien o necesitaba ser reparada?

Demelza hizo memoria y, sin dudarlo, respondió:

—Estaba fatal. A Ingrid le gustaba mucho, pero le hacía falta una

buena

restauración.

Saber aquello a Alison le agradó, e indicó:

—El otro día, al levantarme, me clavé una astilla de esa mesita. Decidí

arreglarla para renovarla, y eso hizo que Harald me echara de su habitación

y, por consiguiente…, también de su vida.

—¡¿Qué?!

Alison asintió y, dispuesta a sincerarse, continuó:

—Desde que llegué a esta casa hay una norma inamovible y es que nada

de tu hermana se puede tocar, mover de sitio ni cuestionar. Da igual si a mí

me gusta o no. Como a Ingrid le gustaba, no hay más que hablar. Y… y sé

que es tu hermana, contra ella no tengo nada, pero esto te lo tenía que decir.

Demelza parpadeó sin dar crédito.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—Porque se trata de tu hermana…, ¿cómo te lo iba a contar?

La pelirroja, entendiéndola, asintió, y ella añadió:

—El otro día, sin que me diera cuenta, creyendo que jugaba con mi

joyero, Briana cogió el de Ingrid. Como la niña que es, se encaprichó de las

joyas y, cuando la llevé a dormir, vi que llevaba un colgante en las manos.

Tras quitárselo antes de que Harald se diera cuenta y organizara un buen lío,

le prometí a Briana que le regalaría uno de los míos. Pero Harald me

descubrió y se enfadó. Me reprochó que ni yo ni nadie debíamos tocar las

joyas de Ingrid y…

—Pero ¿Harald se ha vuelto loco?

—Probablemente.

Demelza, molesta porque aquel se comportara así, aun siendo algo de su

hermana, indicó incapaz de callar:

—Quiero a Ingrid, la querré toda mi vida como espero que Harald la

quiera. Pero ella murió, nunca regresará, y en cambio tú estás aquí. ¿De

verdad me estás diciendo que Harald antepone a mi hermana a ti, que estás

viva?

—Sí.

—¿En serio es tan idiota que…?

—Sí —la cortó Alison—. Incluso muerta, tu hermana está más presente

en su vida que yo. Y, mira, te voy a decir una cosa que quizá veas ridícula:

si Harald agasaja o dedica palabras de amor a alguien, no es a mí, sino a

ella.

—Por todos los santos…

—Para él, yo soy Alison, ella es… «mi amor».

Demelza, horrorizada por lo que estaba oyendo, dijo retirándose el pelo

del rostro:

—Entiendo lo que dices. Es más, si Ingrid viviera y otra mujer estuviera

pasando por lo mismo que tú, estoy convencida de que le diría: «Abre la

puerta y deja que se vaya, porque pronto llegará otro hombre que merezca

la pena».

Al oír eso, Alison sonrió.

—En este caso quien saldrá por la puerta seré yo, no él —repuso—.

Estoy en su casa.

Apenada, Demelza se levantó de la cama. Caminó de un lado para otro

intentando entender lo que le pasaba a Harald, y al cabo señaló:

—Te aseguro que te quiere. Lo sé, Alison. Lo sé porque lo conozco, y

su mirada y su sonrisa cuando te mira me demuestran que siente algo por ti.

Incluso, como te dije, te regala pruebas de amor.

Oír eso la hizo sonreír de nuevo, y repuso:

—Creo que lo que tú ves como pruebas de amor son simples detalles

para él.

—Te equivocas.

—Y me parece que lo hace más bien por los niños.

Demelza negó con la cabeza.

—Puede que en parte lo haga por ellos, pero también lo hace por ti.

—Odia quien soy…

—¡No digas tonterías!

—Odia que sea la malhablada e irresponsable hija del capitán Moore.

La pelirroja, viendo el dolor en sus ojos, insistió:

—Harald te adora. Lo sé, créeme.

—¿Y por qué no me lo dice?

—No lo sé, Alison. No lo sé. —Y, molesta, gruñó—: ¡Maldito cabezón!

¿Cuándo se dará cuenta de que…?

—Me marcharé la madrugada del sábado.

—¡¿Qué?!

—Voy a irme y necesito tu ayuda.

Según oyó eso, su amiga la miró.

—Pero ¿no faltan aún algo más de dos semanas?

Alison negó con una sonrisa triste.

—Os engañé a todos con el día de mi marcha. Nunca quise que ni

vosotros ni Harald lo supierais para evitar angustias y malos momentos.

Y…

—Ah, no, ¡ni hablar! No puedes irte.

Con una triste sonrisa, Alison asintió.

—Te pongas como te pongas, debo irme.

—¡Por todos los santos, Alison! ¡Recapacita!

—Demelza…

—Pero para el sábado ¡solo quedan cuatro días!

—Lo sé… Tengo un plan.

—¿Y pretendes que yo te ayude?

—Sí. Pero no puedes contárselo ni a Aiden ni a Harald.

—Por Thor…, ¡me matarán!

Alison suspiró. Sabía que si metía a Demelza en aquello y la descubrían, le acarrearía problemas, y apenada murmuró:

—Solo te tengo a ti. Y necesito tu ayuda.

—Pero… pero… ¡es una locura! ¿Cómo vas a regresar a la mar?

—Locura o no, es mi realidad. Y la mar, mi único hogar.

Desesperada, la pelirroja no sabía qué pensar.

—Will y Briana no lo van a pasar bien —añadió Alison—. Temo el disgusto que se van a llevar cuando yo desaparezca y… y necesito que estés con ellos.

—¿Y Harald?

Pensar en él le rompía el corazón, pero, haciendo a un lado sus sentimientos, respondió:

—El *tontito* ya es mayorcito… Seguirá adelante sin mí. —Demelza la miraba acongojada cuando Alison prosiguió—: Quizá el día de mañana otra mujer más parecida a tu hermana consiga entrar en su corazón. Creo que soy demasiado osada y malhablada, por no decir que le gustan las rubias y yo soy morena. —Y, resoplando, añadió—: Y luego está que soy quien soy.

Soy Alison Moore y eso siempre es un problema.

—Alison…

—Escucha, Demelza —la interrumpió—, cuando otra mujer ocupe mi lugar, ya que yo no estaré, asegúrate de que quiera a los niños o

mátala.

—¡Alison!

Ambas rieron y luego ella agregó:

—Vale, no la mates, pero asegúrate de que los niños estén bien. Por

favor…, por favor…

Demelza, que tenía la cabeza como un bombo, no sabía qué pensar. ¿En

serio Alison iba a irse? ¿De verdad Harald era tan imbécil como para dejar

marchar a una mujer como ella?

—Sé lo que piensas, Demelza. Pero cuando no te quieren, no te quieren,

y ante eso nada se puede hacer.

—Pero es que sí te quiere —insistió ella—. Lo sé.

—Lo siento —musitó Alison—, pero no me vale su manera de querer.

—Quizá no sabe cómo decírtelo. Tal vez…

—Demelza —la cortó—, Harald no es tonto. Precisamente lo considero

un hombre íntegro, valeroso y bastante listo que, cuando quiere, sabe

explicarse muy bien.

—Pero…

—Mira, soy Alison Moore, la sanguinaria hija del capitán Jack Moore.

Y, aunque todo el mundo crea que no tengo corazón, lo tengo, y me pide

que cuando sea amada por un hombre debo sentirme única y especial, y

Harald no me hace sentir así.

Demelza asintió al oírla. Lo que aquella decía era terrible.

—¡Por Thor! —murmuró—. Mataré a ese jodido vikingo cuando lo tenga enfrente. Juro que lo mataré…

Alison rio.

—No lo mates. Lo echarías mucho de menos.

—Se libra por eso —se mofó Demelza.

Ambas sonrieron y Alison insistió:

—Siempre supe que tu hermana Ingrid estaba en su corazón. Él nunca me mintió. Fue sincero conmigo en cuanto a que me daría un hogar pero no amor. Y si alguien es aquí un problema, esa soy yo.

—Pero…

—Demelza, él sigue queriendo a Ingrid, la sigue venerando, y yo, llámame egoísta, pero no comparto corazón.

—Te entiendo…

—Le prometí a mi padre que pasados seis meses regresaría a *La Bruja del Mar* y nunca incumplo mis promesas. Sin embargo, en esta ocasión estaba dispuesta a enfrentarme a él siempre y cuando sintiera que soy el amor de Harald.

—Insisto: él te quiere. Lo conozco y…

—Demelza —la interrumpió con cariño—, soy consciente de que le gusto, y de que hay momentos en los que lo hago sonreír. Pero, créeme, eso no es suficiente para mí.

Se miraron unos instantes en silencio y luego Alison preguntó:

—¿Podrías vivir con Aiden si supieras que ama a otra mujer y vuestra

casa estuviera llena de sus recuerdos?

Demelza negó con la cabeza. Si Aiden amara a otra que no fuera ella, no podría vivir junto a él.

—Lo mandaría a paseo —repuso—. Por supuesto que no podría vivir con él.

—Pues eso es lo que me ocurre a mí.

Las lágrimas le corrieron entonces a Demelza por la cara y, mirando a su amiga, declaró:

—No suelo llorar, pero todo esto me está tocando el corazón.

Alison asintió. Los esfuerzos que ella hacía para no llorar, para ser la mujer fuerte que siempre había tenido que ser, la estaban agotando, y

sonriendo musitó:

—Yo no lloro.

—¿Por qué?

Pensando en su padre y en sus tíos, Alison se encogió de hombros.

—Porque me enseñaron a no hacerlo.

Demelza, al oírla, se limpió las lágrimas e indicó:

—Pues, lo creas o no, en ocasiones es muy bueno.

—Eso he oído.

Ambas sonrieron y esta última, sabedora de que tenía que despedirse de

ella, murmuró:

—Te voy a echar mucho de menos.

—Yo también a ti.

Ambas se abrazaron y cuando, instantes después, se separaron, Alison

se mofó al ver de nuevo las lágrimas de Demelza:

—¡Por las barbas de Neptuno…, qué llorona estás!

Con los ojos enrojecidos, la pelirroja se secó las mejillas.

—Maldita seas, Alison Francesca no sé qué más… ¡Me estás haciendo

llorar!

Se miraron con cariño, y luego Demelza tomó aire y añadió:

—De acuerdo, te ayudaré. ¿Cuál es el plan?

—El sábado debes dar una fiesta en tu casa —se apresuró a decir Alison

—. Nosotros iremos con los niños y nos quedaremos allí a dormir. Durante

la fiesta, le presentaremos a Harald a todas las mujeres que podamos, y

tanto tú como yo lo animaremos a que las conozca ante mi inminente

marcha y…

—Pero, Alison, ¡él odiará eso!

—De eso se trata, de que lo odie. Así me evitará para que no le presente

a nadie más y, en un momento dado, podré marcharme de la fiesta y él no se

dará cuenta. Cuando se percate, ya estaré muy lejos.

Demelza, apenada y sin poder evitarlo, lloró de nuevo, mientras Alison

contenía su tristeza y la abrazaba.

Esa tarde, cuando Demelza se reunió con Aiden y Harald, que la esperaban

con los caballos para regresar a la fortaleza, el primero, al ver los ojos

enrojecidos de su mujer, preguntó preocupado:

—Cariño, ¿qué te ocurre?

Pero ella simplemente repuso intentando sonreír:

—Nada.

Según dijo eso, Harald y Aiden se miraron, y el vikingo insistió:

—Pues para no ocurrirte nada, tienes los ojos y la nariz como tomates.

La mirada de Demelza se clavó en el que era y siempre sería su cuñado.

Quiso decirle lo idiota y lo tonto que era, pero, intentando no levantar la

liebre, musitó:

—He hablado con Alison.

Él, imaginando que le habría contado su problema, iba a decir algo

cuando ella sentenció levantando una mano:

—No quiero hablarlo contigo.

—¿Por qué? —preguntó Harald.

Demelza, con ganas de cogerlo por las orejas, siseó mintiendo:

—Porque, siento decírtelo, pero te comportas como un patán. Al final

ella se marchará dentro de pocas semanas y volverás a quedarte sin una

mujer en tu casa.

Aiden, al oírla, musitó tras lo que había hablado con Harald:

—Tranquila, cielo. Te aseguro que todo cambiará en esas semanas.

Demelza lo miró. Si supiera la verdad no sonreiría así, e indicó

dirigiéndose a su cuñado:

—El sábado daremos una fiesta en la fortaleza y os quiero a ti, a

Alison

y a los niños allí.

Aiden, sorprendido, ya que no sabía nada, preguntó:

—¿Una fiesta?

Ella asintió.

—Creo que Alison necesita pasarlo bien y animarse. Y he pensado que

una fiesta en casa con nuestros vecinos y amigos le gustaría. ¿Te importa,

cariño?

Aiden negó con la cabeza.

—No, cielo. Será un placer dar esa fiesta.

Harald, ofuscado por lo que aquellas hubieran podido hablar, y

consciente como era del ánimo de Alison, preguntó:

—¿Se lo has comentado a ella?

La pelirroja levantó el mentón y asintió.

—Sí. Y le ha hecho mucha ilusión.

—¿En serio? —preguntó él sorprendido.

—Te diría que se lo preguntaras ella —replicó la joven con mala baba

—, pero casi mejor que la dejes en paz.

Harald resopló, estaba claro que aquella se había puesto de su parte.

—Como la fiesta se alargará —añadió ella—, ya he hablado con Alison

para que os quedéis allí a dormir. ¿Te importa?

El vikingo negó con la cabeza. Muchas eran las veces que se había

quedado en la fortaleza a dormir.

—No. Si a Alison le parece bien, a mí también —señaló.

Con el corazón encogido, pero sin ganas de seguir hablando con aquel,

la joven se le acercó y, tras darle un rápido beso en la mejilla, se subió a su

caballo.

—Pues hasta el sábado.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó.

—Pues sí que está enfadada mi pelirroja —comentó Aiden mirándola.

Harald asintió; imaginar lo que Alison le había podido contar no era

agradable.

—Espero que de aquí al sábado se le pase —repuso.

El highlander sonrió, sabía por él lo que había ocurrido con Alison, y,

montando a su vez, indicó:

—Amigo, tienes de aquí al sábado para arreglar el desaguisado del que

me has hablado o algo me dice que la fiesta será una tortura para ti…

Ambos sonrieron y Aiden, clavando los talones en su caballo, se dirigió

hacia su mujer.

Esa noche, cuando todos se durmieron en la casa, Harald daba vueltas en su

habitación como un lobo encerrado. Saber que Alison estaba a escasos

metros de él y no poder estar ni hablar con ella lo estaba martirizando.

En dos ocasiones salió del cuarto y, sin hacer ruido, fue hasta su puerta.

Quería entrar, deseaba hablar con ella, pero, consciente de que las cosas las

tenía que hacer de otra manera o sin duda Alison se la montaría, regresó a

su habitación. Era lo mejor.

Capítulo 52

Al día siguiente, cuando Alison despertó se encontraba mucho mejor. Aún

notaba que le faltaban las fuerzas, pero ya no sentía la debilidad del día

anterior. Incluso haber hablado con Demelza con sinceridad le había hecho

bien. Aunque pensar que lo que tenía que hacer aquel día era contárselo a

los niños la acobardó.

¿Cómo se lo tomarían?

Desde la cama, miró a la ventana. El día era gris, pero no llovía, y

decidió salir a cazar con *Pirata*, algo que una vez que regresara al mar ya

no podría hacer. Cuando volviera, pasaría el día con los niños jugando en el

salón. Quería disfrutar al máximo de ellos.

Tomando aire, se sentó en la cama y, tras desperezarse, se levantó.

Caminó hacia donde estaban sus cosas. En esos dos días Matsuura le había

subido un par de sillas, un bonito espejo y un baúl. Mirando las preciosas

ropas que Harald le había comprado en aquel tiempo, pensó en qué ponerse.

Harald siempre era espléndido con ella, le gustaba agasajarla con cosas

materiales, y de no tener qué ponerse cuando lo conoció, ahora contaba con

infinidad de vestidos, faldas, zapatos, corpiños y camisolas.

Con mimo, acarició todo aquello que tendría que abandonar allí al cabo

de unos días. No pensaba llevárselo y, mirándolo, tomó una decisión. A

excepción del día de la fiesta que Demelza daría en su casa, no utilizaría

nada de aquello. Solo usaría sus propias ropas. Por ello, y como iba a salir a

cazar, miró los pantalones que no había vuelto a ponerse desde que había

llegado a aquella casa, se los colocó junto a una camisa y su chaleco y,

después, se calzó sus botas. Después de vestirse, cogió las dagas que

estaban en el suelo y se las guardó: dos en la cintura y otra en el interior de

la bota.

Cuando acabó, se peinó frente al espejo y pudo comprobar que tenía

ojeras. Eso la sorprendió; llevaba meses sin tenerlas. Se recogió el pelo en

una coleta alta y tras contemplarse en el espejo, sonrió y musitó

convencida:

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, ¡jodida pirata, vuelves

a ser tú!

Miró la katana, aquella espada que desde que había llegado a aquel

hogar no había tenido que empuñar. Con cariño, la cogió también, la tocó,

pero finalmente la desechó. Para cazar no la necesitaba, así que cogió el

arco y cuando iba a colgárselo oyó unos golpecitos en la puerta.

—Pasa, tío Matsuura.

Miró hacia allí con una sonrisa, pensando que se trataba del aludido,

pero la sonrisa se le borró al ver a Harald. Su gesto era serio, tanto como el

de ella, y más cuando lo oyó preguntar:

—¿Qué haces así vestida?

De inmediato la joven levantó el mentón y repuso:

—Me voy a cazar.

Harald asintió. No era la primera vez que Alison hacía aquello, pero sí

lo sorprendió verla vestida con aquellas ropas que habían llamado siempre

tanto su atención. Estaba preciosa.

Ella, en cambio, imaginó todo lo contrario al ver cómo la miraba. Sin

duda, le desagradaba verla así vestida, y en ese instante decidió volver a ser

la que era y dijo caminando hacia él con gesto ceñudo:

—Si no te importa, esta es mi habitación.

Tras tres días sin hablar con ella, Harald no esperaba oír eso e iba a

hablar cuando la puerta se cerró en sus narices de golpe.

¿En serio?

A continuación Alison levantó el mentón, dio media vuelta y sonrió. Se

había acabado ser la dulce y conciliadora Alison Wilson. Volvía a ser la

osada y descarada Alison Moore.

Sin dar crédito, el vikingo cerró los ojos unos segundos. Aquella faceta suya lo ponía enfermo, pero, consciente de que era parte de su encanto, con seguridad asió entonces el pomo de la puerta y la abrió de nuevo.

—Alison…

Oír su nombre hizo que ella se volviera y, achinando los ojos, musitó:

—Tú tienes tu habitación y yo tengo la mía, ¿lo has olvidado?

Él no respondió. Si estaban así había sido por no haber pensado antes de actuar. Era un bocazas, e intentando reconducir la situación dijo:

—Creo que deberíamos hablar.

Pero la joven replicó con una frialdad que lo dejó sorprendido:

—Tú y yo ya no tenemos nada de que hablar.

—Alison…

Ella, implacable, pues se había preparado para algo así, insistió:

—Vamos a ver, quedan pocas semanas para que me vaya. ¿Qué tal si las vivimos en paz?

—No te vas a marchar —musitó él furioso al ver su seguridad.

—¡Porque tú lo digas!

—Alison…

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, ¡ese es mi nombre!

Harald parpadeó.

—¿Acaso pretendes que ahora te llame así?

Consciente de que lo desesperaba cuando se comportaba de ese modo,

la muchacha exclamó:

—¡Jodido vikingo! Te acabo de decir que es mi nombre.

—¡¿Jodido vikingo?!

—¿Acaso eres escocés, asiático o francés? —señaló ella con mofa.

Harald resopló molesto al verla tan enfadada cuando él necesitaba hablar de algo importante. ¡Qué difícil se lo ponía!

De pronto, la que tenía ante sí volvía a ser la mujer fría y esquiva que conoció en Edimburgo. Pero, sabedor de aquella parte dulce de Alison, y necesitando conectar con ella, preguntó omitiendo lo que pensaba:

—¿Te encuentras mejor?

Mientras se guardaba las flechas una a una, Alison repuso intentando no perder la compostura:

—A la vista está.

Se quedaron unos segundos en silencio, y luego ella añadió:

—Salgo a cazar, pero cuando regrese hablaré con los niños sobre mi partida.

—Pero ¿qué dices?…

—Cuanto antes lo sepan, antes lo digerirán.

Horrorizado por aquello, él exclamó entonces sin moverse del sitio:

—Alison, ¡por Thor!, hablemos antes tú y yo.

Al oír eso, ella lo miró y siseó con mofa:

—Harald, ¡por Tritón!, he dicho que no tengo nada que hablar contigo.

El cuerpo del vikingo se rebeló. Cuando se ponía en aquel plan tan

imposible sentía ganas de matarla, y sin pensar soltó:

—¿A qué vienen esos modales? ¿Por qué te comportas así?

—Mis modales son los que te mereces —replicó ella sin cambiar el

gesto, y a continuación cuchicheó—: No olvides que soy Alison Moore, la

Joya Moore. Esa pirata sanguinaria que…

—Eres mi mujer y…

—¡Yo no soy tu mujer! —lo cortó. Y al ver cómo la miraba, añadió

dulcificando el tono, deseosa de importunarlo—: Si lo dices por el disfrute

del cuerpo, tranquilo. Ya sabes que soy bastante pagana y deseo disfrutar

del tuyo antes de marcharme. Y, no, no me mires así. Ya te dije que eso es

importante para mí.

A cada instante más sorprendido por su descaro y su comportamiento

cuando él quería hablar con ella de sentimientos, Harald calló. Si decía lo

que pensaba, sin lugar a dudas ella se enfadaría más aún.

—Y ahora hazme un favor y desaparece de mi vista —dijo mientras asía

el pomo de la puerta—. Que yo sepa, no te he llamado y mucho menos te he

invitado a entrar en mi habitación.

Cuando se disponía a cerrar, esta vez él no se lo permitió, y Alison siseó

enfadada:

—¡Vete!

—No.

Incapaz de ganarlo en fuerza física, pues él era más alto y fornido que ella, la joven miró sus dedos y, sin dudarlo, se los mordió.

Rápidamente Harald gruñó dolorido.

—¡Serás bruta!

Con su típico descaro, Alison asintió. Se había cansado de ser dulce y gentil. No iba a permitir que aquel le hiciera más daño a su corazón.

—Puedo serlo mucho más —replicó—, ¡no me tientes!

Durante unos segundos los dos se miraron con rivalidad, hasta que ella dijo:

—Y ahora voy a cerrar la puerta.

—No.

—¡¿No?!

Harald negó con la cabeza y siseó enfadado:

—Si esta es tu habitación, permíteme recordarte que esta es mi casa.

Sin inmutarse, la joven cabeceó. Conociéndolo, esperaba que tarde o temprano llegara esa contestación, y, tomando aire, respondió:

—Muy bien. Quédate con tu jodida habitación y tu jodida casa. No las necesito ni a ellas ni a ti.

Y, dicho eso, salió al pasillo, donde echó a andar para dirigirse hacia la planta baja y Harald, atónito por su proceder, gritó yendo tras ella:

—Alison, ¡para!

—No.

—¡Alison, obedece! —dijo levantando la voz.

Oír aquel bramido hizo que la joven se detuviera.

—¿Que obedezca? ¿A ti? —se mofó. Él no contestó, y ella añadió—:

Mira, no me hagas reír.

Enfadado por la situación, iba a hablar cuando ella, furiosa como en su

vida, siseó mientras *Tritón* se acercaba a ellos:

—Te odio. Te odio como nunca he odiado a nadie.

Harald negó con la cabeza y, viendo lo nerviosa que estaba, musitó:

—Eso no es cierto. Me quieres.

Oír esa verdad le dolió a la joven. Ella y solo ella era la culpable de que

él lo supiera y, con una frialdad que llevaba tiempo sin emplear, gruñó:

—No, Harald, no te equivoques. No te quiero. Creí sentir algo bonito

por ti, pero he abierto los ojos y me he dado cuenta de que no mereces mi

amor. —Y, endureciendo la voz, masculló—: No mereces nada mío, ¡nada!

Horrorizado por lo que oía y veía en su rostro, el vikingo se le acercó.

Tenía que tranquilizarla, serenarla. Pero cuando alargó el brazo para tocarla,

ella levantó la mano y le advirtió:

—Ni se te ocurra tocarme.

Él retiró la mano pero se acercó más a ella, y esta sin dudarlo lo empujó.

—Estás acabando con mi paciencia —afirmó entonces Harald enfadado

mientras *Tritón* empezaba a ladrar.

Alison asintió sonriendo, sin percatarse de que por la puerta de la

habitación de los niños asomaban las cabecitas de Will y Briana.

—Suerte la tuya, que aún tienes paciencia, porque a mí ¡ya se me ha

acabado! —respondió.

Con un rápido movimiento, él la agarró y la inmovilizó contra la pared,

pero cuando iba a hablar, Alison le propinó un cabezazo. Por suerte, esta

vez pudo esquivarlo. Furiosa por no haber conseguido lo que esperaba, con

su mano libre, Alison se sacó de la cintura una de las dagas que llevaba y,

sin pensarlo, se la apretó contra las costillas y murmuró:

—Suéltame o te juro que te la clavo.

—Alison…, deja la daga —replicó él ofuscado.

Pero ella, negándose, insistió mientras ignoraba los ladridos del perro:

—Por tu bien, suéltame.

Estaban mirándose como dos auténticos rivales cuando de pronto se oyó

gritar:

—¡Noooooo!

Al oír la vocecita de Briana, ambos se volvieron y, al ver a los niños

mirándolos con cara de susto, enseguida se separaron.

Los cuatro se quedaron mirándose en silencio en el pasillo de la casa,

hasta que Will, tras llamar a *Tritón*, que estaba tan nervioso como ellos, lo

agarró y preguntó:

—Pero ¿qué os pasa? ¿Por qué os seguís peleando?

Harald y Alison no supieron qué responder; que los niños hubieran

presenciado aquel terrible espectáculo era bochornoso para ellos. Alison,

viendo el desconcierto de Harald, susurró:

—Lo sentimos. Estábamos discutiendo y se nos ha ido de las manos.

Will asintió y Briana, asustada, comenzó a llorar. Rápidamente Harald

fue hasta ella, y, cogiéndola en brazos, musitó:

—Cariño…, cariño…, lo siento.

—Tengo susto —hipó la niña.

Alison se guardó la daga y, acercándose a ellos, acarició la cabecita de

la niña con amor mientras la besaba y murmuraba:

—Lo siento, mi vida. Te prometo que no volverá a pasar.

Will se apresuró a abrazarla y Harald, aprovechando el momento, pasó

su brazo libre por encima de los hombros de Alison y la acercó a él. Los

cuatro quedaron unidos por un emotivo abrazo y cuando, segundos después,

el vikingo notó que todos lo miraban, aseguró:

—Os prometo que esto no volverá a pasar nunca más.

Alison no dijo nada, su cercanía como siempre podía con ella, y Briana

terció:

—Mamá siempre dice que lo que se promete se ha de cumplir.

Harald sonrió con una triste mueca y, tras darle un beso a la pequeña y

dejarla en el suelo junto a su hermano, declaró mirando a Alison:

—Sin duda tu madre tiene razón.

Oír eso hizo que la joven sintiera unas irrefrenables ganas de llorar e,

incapaz de aguantar un segundo más, dijo dirigiéndose a los niños:

—Will, Briana, tengo algo que contaros.

Horrorizado, Harald la miró.

—Alison, no —suplicó.

Pero ya estaba decidido. Nunca sería un buen momento para decirlo.

Agachándose para estar a su altura, la muchacha se tragó las lágrimas y

empezó:

—Sabéis que os quiero mucho, ¿verdad? —Los niños asintieron y

prosiguió—: Cuando os encontré, vosotros estabais solitos. Vuestros padres

habían muerto y yo os prometí que os buscaría un hogar, ¿lo recordáis?

—Sí, mamá —dijo Will.

Alison asintió.

—Pues bien, esta preciosa casa será vuestro hogar, junto a Siggy y

Harald.

Will miró al vikingo sin reaccionar, pero Briana intervino:

—Mami, has olvidado nombrarte a ti y a tío Matsuura.

Con una triste sonrisa, Alison le acarició el rostro. La inocencia de los

niños era lo más bonito del mundo y, sabedora de que, lo dijera como lo

dijese, nunca acertaría, musitó:

—Tío Matsuura y yo tenemos que marcharnos.

Según dijo eso, el mundo se tambaleó bajo los pies de Harald. Alison no

podía irse. ¿Qué iba a hacer él sin ella?

—Noooo… —susurró Will.

—Sí, cariño. Dentro de unos días tío Matsuura y yo nos marcharemos.

—Pero ¿por qué?

Alison suspiró y, sin mirar a Harald, o la fuerza que tenía en ese instante

se desmoronaría, contestó:

—Porque este no es mi hogar.

—Pero ¿qué dices, mamá? —musitó Will.

—Cariño, yo tengo un hogar. Un sitio donde me esperan y está muy

lejos de aquí.

—Pues nos vamos contigo, ¿verdad, Will? —susurró Briana en un hilo

de voz.

Oír eso emocionó a la joven, mientras que a Harald se le partía el

corazón, pero tomó aire y repuso:

—No, preciosa. No podéis venir. Quiero que estéis seguros y a salvo, y

eso yo no os lo puedo ofrecer, pero Harald sí. Con él tendréis una

maravillosa vida en esta bonita casa, donde no os faltará de nada, y…

—Nos faltarás tú. —Will sollozó.

Llevándose la mano al corazón, Alison asintió y Will exigió entonces

dirigiéndose a Harald:

—Dile que no se marche, papá. Dile que este es su hogar.

Él miró a Alison, que no lo miraba, y cuando iba a hablar ella se le adelantó:

—Will, Harald os quiere mucho a Siggy, a Briana y a ti. Y Janetta os cuidará.

—¿Y a ti no te quiere? —preguntó Briana entre sollozos.

Alison, horrorizada, se disponía a responder cuando Harald susurró desde el fondo de su corazón:

—Claro que la quiero.

Al oír eso, la joven se puso nerviosa, pero, aún sin dirigir la vista al vikingo y omitiendo su comentario, prosiguió mirando a los niños:

—Estando aquí podréis ver a Demelza, a Ingrid a Peter y a Aiden. Incluso Harald os llevará a visitar a los tíos Thomas y Regina y…

—Pero yo no quiero que te vayas —repuso la niña llorando.

—Briana…

—Mami, por favor.

Incapaz de seguir con aquello, que solo le causaba dolor, Alison le dio un beso a la pequeña en la cabeza y se incorporó.

—Sé que quizá sois demasiado pequeños para entender lo que os voy a decir. Pero no debéis llorar porque nos tengamos que despedir, sino que

debéis sonreír porque un día llegamos a conocernos.

Y, viendo las lágrimas en el rostro de los niños, tomó aire y, tras hacerles un cariñito con la palma de la mano a cada uno, susurró:

—Ahora me voy a cazar.

Briana rápidamente la agarró de la mano y Alison afirmó mirándola:

—Después, prometo que regresaré para estar contigo, ¿vale?

La niña asintió y ella, sin mirar a Harald, que estaba destrozado, dio media vuelta y se marchó mientras oía a Will y a Briana sollozar e imaginaba que él los consolaba.

Una vez fuera de la casa, corrió hasta las caballerizas, donde montó a *Pirata*, y en cuanto se alejó a lomos de aquel, gritó furiosa al aire:

—¡No voy a llorar! ¡No!

Capítulo 53

Los siguientes días en la casa fueron algo complicados. Los niños dormían mal. No paraban de suplicarle que no se marchara, mientras Harald intentaba una y otra vez hablar con ella y Matsuura simplemente los observaba con gesto serio.

Harald buscó la ayuda del japonés. Le contó cuáles eran sus sentimientos y él le prometió hablar con Alison. Pero hacerlo no era fácil.

Alison se negó a hablar también con su tío del tema y aunque él, enfadado, le contó todo lo que el nórdico le había dicho, ella ni se inmutó. No pensaba creerlo.

Para la joven esos días fueron una tortura. Se sentía fatal. Todos los que la rodeaban estaban tristes, desconsolados, mientras ella intentaba hacerles ver que la vida continuaba y que pronto todos estarían bien.

Seguía sin permitirse llorar, y eso le provocaba unos dolores de cabeza tremendos. La soledad se convirtió de pronto en su mejor compañera, y aunque de madrugada oía a Harald rondar por el pasillo, no le abría la puerta, pues hacerlo habría sido un error.

A las cuatro de la madrugada del viernes, la joven estaba inquieta. En solo veinticuatro horas tendría que estar en la playa de Cullen, como le había prometido a su padre.

Levantándose de la cama, caminó hacia la chimenea. Durante un rato estuvo mirando el fuego sumida en sus pensamientos, hasta que su estómago rugió y decidió bajar a la cocina a comer algo.

Con precaución, abrió la puerta y, al comprobar que el pasillo estaba vacío, descalza y vestida solo con la fina camisola, bajó la escalera y se dirigió a la cocina. Una vez allí, vio sobre la mesa el pastel que Janetta había llevado aquella mañana y, sin dudarlo, cortó un pedazo.

Dio un mordisco. Estaba buenísimo.

Mientras se lo comía, se acercó a la ventana para contemplar las estrellas. La noche era clara y la luna casi estaba llena. Disfrutaba del pastel cuando la luz que desprendía la chimenea de la casa en la que vivía tío Matsuura le permitió ver al japonés abrazado a Janetta. Eso conmovió a la joven, que sonrió. Estaba claro que Matsuura había encontrado su

felicidad

en aquella. Pero, aun así, había decidido regresar a *La Bruja del Mar* con

ella. Su tío era otro cabezón.

Sin querer ser indiscreta, se retiró de la ventana y, mientras se comía el

pastel, fue hasta el salón. Al llegar, *Tritón*, que dormía junto al hogar, se

levantó y fue a su encuentro. Sonriendo, Alison se agachó a saludarlo y,

dándole un trozo de pastel, que el animal devoró, susurró:

—Lo sé. Está muy bueno.

Con tranquilidad, se acercó al cómodo banco de madera oscura que en

otro momento había pertenecido a la casa que Harald e Ingrid tuvieron en

Noruega. Con cariño, lo miró y, sentándose en él, afirmó:

—Lo creas o no, a ti también te voy a echar de menos.

Cuando se hubo terminado el pastel, apoyó la cabeza en el respaldo y se

quedó mirando el fuego. Sin querer evitarlo, recordó todos los momentos

pasados en los días que había vivido en aquella preciosa casa, y sonrió.

Harald, los niños, *Tritón* y sus amigos le habían proporcionado infinidad de

inolvidables recuerdos que sin duda atesoraría para siempre en su corazón.

Con una sonrisa pensaba en todo aquello cuando de pronto Harald

apareció a su lado. Durante unos segundos ambos se miraron, hasta

que

Alison hizo ademán de levantarse y este, sin moverse, dijo:

—Una vez me dijiste que la mejor manera de solucionar un problema de

pareja era mirarse a los ojos y sonreír. ¿Lo has olvidado?

Alison negó con la cabeza. Nunca podría olvidar nada que tuviera que

ver con él, y respondió:

—No. No lo he olvidado.

El vikingo cabeceó y, notándola tranquila, susurró:

—Me alegra que no lo hayas hecho.

Permanecieron unos instantes en silencio hasta que finalmente Harald

preguntó señalando el banco:

—¿Puedo sentarme?

Alison asintió y, cuando él se hubo acomodado, ella se bajó al suelo. Al

ver eso, Harald se apresuró a decir:

—Cabemos los dos.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué…?

Sin dejarlo terminar la frase, Alison repuso:

—Es tu asiento, no el mío.

Eso le dolió al vikingo. Lo había hecho todo terriblemente mal. Todo lo

que aquella le dijera se lo merecía y él tenía que callar.

Sin mirarlo para no reprocharle nada más, la joven contempló el fuego

sin pronunciar una palabra mientras Harald la observaba a ella. Tenía

tantas

cosas que explicarle que no sabía por dónde empezar; entonces, necesitando

decir algo, soltó:

—Esta noche estás muy bonita.

Alison levantó la mirada. Era la primera vez que recibía un piropo de él

y preguntó sorprendida:

—¿Tienes fiebre o algo así?

Entendiendo su respuesta, Harald sonrió.

—No. Simplemente digo lo que veo.

—Ah, pero ¿tú ves? —se mofó ella.

—Ahora sí, Alison —repuso él—. Ahora ya veo.

La joven asintió y, sin querer dejarse embaucar por aquel piropo que en

otro momento habría sido mejor recibido, musitó:

—Pues gracias, Harald. Me alegro de que me veas.

Percibir su frialdad, cuando sabía que en su interior se escondía un

huracán lleno de amor, sentimientos, luz y vida, desesperó al vikingo.

Alison no lloraba. Como le había dicho una vez, nunca le habían permitido

hacerlo, y eso hacía que su desapego fuera extremo.

Harald, por su parte, con todo lo hábil que era en su día a día, era un

completo inútil en lo que se refería a cortejar a una mujer como ella. En

silencio pensaba qué decir, qué hacer para llamar su atención, cuando

preguntó:

—¿Tu padre y tus tíos te esperarán el día acordado donde dijeron?

Alison asintió y, sin aclararle que era al día siguiente y no al cabo de

dos semanas cuando partiría, afirmó:

—Por supuesto.

Harald aguardó a que ella dijera algo, que intentara hablar con él, pero

la joven no lo hizo. Seguía mirando el fuego en silencio cuando él, con

muchas ganas de comunicarse con ella, insistió:

—La tristeza de los niños me parte el alma. —Alison asintió sin mirarlo

y él prosiguió—: Briana y Will no paran de pedirme que te convenza para

que no te vayas. No entienden que, estando casados, tú…

—Diles que no estamos casados. Es fácil.

—No puedo decirles eso.

—¿Por qué, si es la verdad? —preguntó ella. El vikingo no respondió y

a continuación la joven añadió—: La verdad solo tiene un camino.

—Alison, por favor, déjame hablar contigo y…

—¡Maldita sea, Harald! Lee mis labios: ¡no tenemos nada de que

hablar!

—Pero necesito…

—Lo que tú necesites no me interesa, ¡a ver si te enteras ya de una vez!

De nuevo, silencio entre ambos, y luego Alison susurró:

—¿Llevarás a los niños a Aberdeen a ver a Thomas y a Regina?

—Sí, lo haré. No te preocupes.

Entonces él se sentó en el suelo junto a ella y musitó:

—Siento que todo acabe así.

Oír su voz, oler su aroma y sentirlo cerca, como siempre, podía con ella,

y al mirarlo murmuró:

—Yo también lo siento, Harald…, te lo aseguro.

Se observaron de nuevo unos segundos en silencio, hasta que ella,

anhelando una última vez con él, lo abrazó. Sin dudarlo, Harald aceptó

aquel abrazo tan deseado, y permanecieron así un buen rato sin decir nada,

hasta que ella soltó dejándose llevar:

—Te deseo.

El vikingo no habló, no podía. Y ella, sentándose a horcajadas sobre él,

intentando olvidar todo lo ocurrido en los últimos días para disfrutar de

aquel último momento íntimo entre ambos, susurró:

—Tú me deseas a mí…, *tontito*.

Harald sonrió al oírla y ella añadió:

—Una vez más, seré yo la pagana que tome la iniciativa.

Pero él reaccionó de pronto y, dispuesto a que todo cambiara entre ellos,

cuchicheó mirándola:

—No, Alison. El pagano soy yo, y esta vez seré yo quien la tome.

Y, acercando su boca a la de ella, la besó con auténtica devoción.

Nunca había necesitado tanto a una mujer como la necesitaba a ella. A

Ingrid la adoró. El cariño que sintió por ella fue creciendo lentamente con el

paso de los años, pero a Alison, en poco tiempo, no solo la amaba, sino que

la necesitaba en su vida.

Pensar eso le gustó. Atrás quedaba el pasado para vivir el presente y

construir un nuevo y bonito futuro. Acababa de admitirse a sí mismo una

vez más que la quería, que la amaba. Amaba a esa mujer por encima de

todo, y, dejándose caer hacia un lado, la colocó bajo su cuerpo y murmuró:

—Eres mía.

Sobrecogida por lo que oía, ella sonrió y, cuando sintió cómo las manos

de aquel le subían la camisola, deseosa de ser poseída para recordarlo

eternamente, afirmó:

—En este instante…, sí.

Sintiéndose poderoso como desde hacía tiempo que no le ocurría,

Harald le quitó la prenda, que tiró a un lado, y contempló aquel cuerpo

desnudo que adoraba.

—Eres preciosa…

Excitada por aquello, Alison sonrió. Harald comenzó a besarle el cuello,

después los pechos, de ahí bajó a su ombligo y, cuando su boca se instaló en

el centro de su ardiente deseo, la joven se estremeció. No porque Harald

nunca antes le hubiera hecho eso, sino porque esta vez la sensación de

posesión de él era muy diferente.

Dejándose llevar por el placer, disfrutó como nunca había disfrutado de

aquello que Harald le hacía sin importarle nada más. No había vergüenzas.

No había reproches. No había exigencias. Solo había goce puro y duro, y

con eso quería quedarse.

Tras hacerla gritar de placer en varias ocasiones, Harald ascendió con su

boca hasta la de ella, la besó con exigencia y, cuando el abrasador beso

acabó, mientras le introducía su duro pene entre las piernas, susurró

mirándola a los ojos:

—Ábrete para mí.

Hechizada, ella obedeció y, cuando el miembro de aquel entró

totalmente en ella de una certera estocada, se arqueó de placer enloquecida

por el momento.

Besos, jadeos, roces, mimos, todo estaba permitido en ese instante, y

entonces oyó a Harald decir:

—Mírame, mi amor…, mírame.

Sin dudarlo, ella lo hizo. Él se apretó entonces contra ella y ambos se

estremecieron de placer. Instantes después, el vikingo salió de ella y luego

volvió a penetrarla. Los dedos de la joven se clavaron en su espalda, y

Harald, sonriendo, lo volvió a hacer.

Enloquecida, Alison jadeó mientras él, mirándola a los ojos, la poseía con auténtica devoción.

—Eres mía, mi amor. Solo mía.

Temblando de gozo por cómo aquel hombre al que tanto deseaba la hacía suya, la joven se entregó por completo a él mientras sus cuerpos se encontraban una y otra vez, mientras daban y recibían todo el placer del mundo, hasta que un demoledor orgasmo los asoló al mismo tiempo y ambos gritaron de gozo.

Tumbado sobre ella, pero apoyado en una mano para no aplastarla, Harald sonrió. Ni en el mejor de sus sueños había imaginado hacerle el amor así.

—Bonito recuerdo —afirmó ella, sonriendo como él.

Un beso…

Dos…

Durante un rato, frente a la enorme chimenea del salón, disfrutaron nuevamente de intimidad, mimos y caricias olvidándose de todo, hasta que Alison clavó los ojos en el escudo que colgaba sobre la chimenea y, sintiendo que la magia del momento se rompía, de golpe preguntó:

—¿Me has poseído a mí o a ella?

Al oír eso, Harald la miró boquiabierto. Sin necesidad de que hubiera pronunciado su nombre, sabía a quién se refería, y se apresuró a responder:

—La duda ofende. Por supuesto que a ti.

Pero la receptividad de Alison ya no era la misma y, apartándose de él,

cogió su camisola y, mientras se la ponía, indicó recuperando su frialdad:

—Lo siento, pero permíteme que lo dude.

—¿Por qué?

Ella lo miró e, incapaz de callar, aclaró:

—Me has llamado «mi amor».

Consciente de lo que ella podía estar pensando, Harald se apresuró a

afirmar:

—Tú eres mi amor.

Oír eso hizo que a Alison le bullera la sangre y, levantándose del suelo,

siseara:

—¡Mentiroso! Siempre has dicho que…

—Sé lo que dije —la cortó él poniéndose también en pie—. Y sé lo que

te acabo de decir ahora. Y, sí, Alison, ¡mi amor eres tú!

Con ganas de desaparecer antes de que terminara de hundirla, la joven

iba a dar media vuelta cuando él la sujetó por un brazo.

—Sé que en este tiempo no lo he hecho bien. Sé que por mi culpa

estamos en esta situación. Pero, por todos los dioses, no quiero que dudes ni

por un instante de que es a ti a quien he poseído y hecho el amor.

Sorprendida por su declaración, la joven no se movió, y él, soltándola,

cogió sus pantalones y prosiguió mientras se los ponía:

—Soy un tonto, un patán, un necio, pero por fin he despertado y… y te

quiero, Alison. Yo te quiero.

Boquiabierta, ella negó con la cabeza. Conociéndolo, al cabo de un par de horas ya habría cambiado de opinión.

—Solo he necesitado sentir que te perdía para darme cuenta de que te necesito a mi lado para vivir —añadió Harald. Conmocionada por lo que le decía y sin querer creerlo, ella volvió a negar, pero él musitó—: Siento haber montado en cólera cuando vi que habías cogido la maldita mesita de los abuelos de Ingrid. No sé qué me pasó y…

—Pues te pasó que no soportas que nadie toque lo que fue suyo —lo cortó ella—. Eso fue lo que te pasó.

Harald cabeceó, sin duda tenía razón.

—¿Puedo ser totalmente sincera contigo?

—Puedes.

Alison asintió y, cogiendo fuerzas, dijo:

—Fue una fatalidad que Ingrid muriera. Ojalá nada de lo ocurrido hubiera pasado por el bien de vuestra felicidad, pero por desgracia pasó.

Comprendo que su recuerdo viva en ti, como vive el recuerdo de mi madre en mi padre.

—Alison…

—Durante estos meses he conocido a diversos Harald. Al que me ignoraba porque parecía que yo no le caía bien; después al Harald que parecía preocuparse por mí; luego llegó el que, tras un encuentro en un

establo, me dijo que nunca habría nada entre nosotros; más tarde surgió el

que incomprensiblemente me pidió matrimonio y me ofreció un hogar pero

no amor; tras ese llegó el Harald que, aun descubriendo quién era yo, me

pidió que lo acompañara a su hogar en beneficio de los niños, y por último

ahora aparece el que…

—Alison, por favor…, créeme. ¡Te quiero! —murmuró él martirizado.

—¡Rayos y centellas, no mientas! ¡No digas tonterías! Tú no me quieres

y nunca me querrás.

Oír eso para el vikingo no era fácil. Sabía que sus dudas y su

inseguridad no se lo habían hecho pasar bien a ella; entonces la oyó

preguntar:

—¿Puedes decirme cuántas Alison has visto en mí?

—¿A qué te refieres?

—¿Yo he sido tan cambiante como tú?

—Tú siempre has sido tú —murmuró él.

—Nunca te pedí nada. Nunca exigí que desaparecieran de mi vista las

cosas de Ingrid porque sabía que eso causaría problemas. Pero sí, Harald, sí,

es muy indignante, por no decir frustrante, vivir en un lugar donde cada

rincón de la casa te recuerda a tu mujer. Y para una vez que decidí arreglar,

¡arreglar…, no tirar, ni destruir, ni romper!, algo que era de ella, fíjate

adónde nos llevó. Te enfadaste tanto conmigo que, sin pensar en mis

sentimientos o cómo yo podía sentirme, aun sabiendo que te amaba, me

echaste de tu habitación y también de tu vida. Por tanto, ahora no tengas la

poca vergüenza de decirme que soy tu amor ni que me quieres, porque no

puedo creerte.

Martirizado, él asintió, Alison volvía a tener razón, y ella, incapaz de

callar, preguntó:

—¡Por las barbas de Neptuno…, ¿en algún momento te pusiste en mi

lugar?!

—No.

—¿Tu podrías vivir con una mujer que no te quiere, que se pasa el día

entero comparándote con su marido fallecido y que no te permite tocar nada

de la casa en la que vivís porque todo lo que te rodea fue de él?

Harald negó con la cabeza. Oír eso era terrible.

La desafortunada muerte de Ingrid lo había bloqueado de tal manera

que, hasta que Alison había llegado a su vida y le había hecho sentir que la

necesitaba para vivir, no había sido consciente de la realidad, por mucho

que todos los que lo rodeaban se lo dijeran.

Ingrid estaba muerta. Había fallecido hacía años y eso nada ni nadie lo

iba a remediar. Y mirando a Alison, la mujer que le había hecho ver que la

vida continuaba y a la que amaba, indicó:

—Alison, te quiero.

—¡Por Yemayá! ¡Tu nivel de estupidez sube por momentos!

—Por favor, cariño, no te vayas. ¡Quédate conmigo! Ahora soy

consciente de todos los errores que he cometido. Y te aseguro que, si me lo

permites, te resarciré de todos ellos.

—Es tarde, Harald.

—Escucha, Alison. No es tarde —insistió él desesperado—. Tú y yo

estamos aquí. Estamos vivos. Nos estamos mirando a los ojos y…

—¡No te creo! Maldita sea, ¡no te creo! —gritó perdiendo el control.

Ver su enfado y oír su rabia hizo que Harald callara y ella, dando media

vuelta, corrió a su habitación.

Solo y ofuscado, el vikingo maldijo en noruego. Con rabia, recogió su

camisa, que estaba en el suelo. Pensó en ir detrás de Alison para seguir

hablando con ella, pero, viendo el estado en que aquella se encontraba,

temía que los gritos despertaran a los niños y se asustaran. Ya había

sucedido hacía unos días y no quería que volviera a pasar. Y menos aún tras

habérselo prometido a Briana.

Por ello, y aunque furioso, se dirigió hacia su habitación, consciente de

que tenía algo más de dos semanas para demostrarle su amor y hacer que

cambiara de opinión, aunque en realidad ignoraba que no tenía ni

siquiera

un día entero.

Capítulo 54

El sábado por la mañana, cuando Alison bajaba la escalera los niños

corrieron hacia ella para abrazarla. Si por norma eran cariñosos, en esos

días lo eran mucho más. Los besuqueó gustosa hasta que Briana dijo tirando

de ella:

—Mamá, ven, ¡corre!

Dejándose llevar por la niña, entraron en el salón. Allí estaba Harald,

con la pequeña Siggy, y al verla aparecer la saludó.

—Buenos días, cariño.

Según oyó eso, Alison levantó una ceja e iba a soltar una de sus frescas

cuando, viendo que Will y Briana la miraban, musitó con una sonrisa:

—Buenos días.

Rápidamente Will pidió:

—Papá, deja a Siggy en el suelo para que mamá vea lo que hace.

Con una sonrisa, Harald obedeció y, soltando a la pequeña, indicó:

—Vamos, Siggy, ve con Will.

La niña se tambaleó hacia los lados mientras el vikingo estaba pendiente

de ella para sujetarla si hacía falta; de pronto Siggy, dando un pasito tras

otro, comenzó a caminar entre risas en dirección a su hermano.

Alison sonrió. Era la primera vez que la veía andar sola y, emocionada,

exclamó mirando a Harald:

—¡Ay, Dios! ¡Si ya camina sola!

El vikingo asintió.

—Hoy se ha levantado con ganas de andar.

A continuación cogió de nuevo a la pequeña y, tras besarla, la colocó en

posición y dijo:

—Vamos, Siggy, ve con mamá.

Y, sin dudarlo, la pequeña caminó hasta Alison, que, emocionada, la

cogió y le hizo pedorretas en el cuello, algo que a la niña le encantaba.

Durante un rato los cinco integrantes de la familia disfrutaron de aquel

maravilloso momento, y un poco más tarde Janetta entró en el salón y se

dirigió a Alison:

—Disculpad, milady, pero Matsuura os busca.

Sin tiempo que perder, Alison, aún sonriendo por los progresos de la

niña, salió del salón. Janetta y ella caminaban en silencio cuando la mujer,

parándose, susurró:

—Milady, ¿puedo pediros un favor?

—Claro…, dime.

Janetta, al comprobar que nadie podía oírlas, se apresuró a decir:

—¿Por qué no me lleváis con vos y Matsuura?

Consciente de que su tío le había dicho la verdad, Alison la ordenó

callar y, una vez que las dos salieron al exterior de la casa, musitó:

—Janetta, no sé qué te ha dicho Mat…

—Sé lo que va a ocurrir esta noche.

Alison cerró los ojos, iba a matar a su tío…

—Como se lo cuentes a alguien, te juro que no sé lo que te hago.

Ella, algo asustada por oírla decir eso, se apresuró a contestar:

—Antes moriría que contar nada, milady. Podéis estar segura.

Alison asintió y, mirando a aquella mujer que tanta ternura le

despertaba, repuso:

—Lo siento, pero no puedes venir con nosotros.

—Pero, milady…

—Janetta, créeme, no puedes.

Acongojada, la mujer suspiró.

—Matsuura ya me lo dijo, pero tenía la esperanza de que vos os

apiadarais de mí.

Alison la abrazó con cariño y, al cabo, susurró:

—Te pido que te quedes con los niños. Ellos te van a necesitar como no

han necesitado a nadie en su vida. Y Harald también. Probablemente te

ofrezca vivir en la casa que es ahora de Matsuura para tenerte cerca y debes

aceptar.

Conmovida, finalmente la mujer asintió y, mirándola, murmuró:

—Milady, ¿me prometéis cuidar de Matsuura?

Alison sonrió y afirmó sin dudarlo:

—Te lo prometo.

Y, dicho eso, sin percatarse de que Harald las observaba desde la ventana, las dos mujeres se dirigieron hacia la casa de Matsuura.

Una vez allí, el japonés le dio un beso en los labios a Janetta y luego dijo:

—Ve con el señor. Está solo con los niños y podría necesitarte.

Ella asintió y, en cuanto desapareció y se quedaron solos, Alison iba a preguntar cuando él indicó mirándola:

—Imagino que le habrás dicho que no, ¿verdad? —Ella afirmó con la cabeza—. Tranquila, Janetta no dirá nada a nadie. Pero tuve que contárselo, muchacha. No sé mentir y no quería desaparecer de su vida sin darle una explicación. Es una buena mujer, siento algo por ella y no quería que…

—Lo entiendo. No te preocupes.

Permanecieron unos instantes en silencio hasta que él dijo:

—Ese hombre te quiere, Alison, y…

—¡Por Odín! —gruñó ella—. No comiences tú también ahora con eso.

Matsuura resopló.

—¡ *Shensi*, por Tritón!

Molesta, la joven miró a su tío.

—¡Se acabó! No quiero oír una palabra más en referencia a Harald y a mí. Es mi vida, son mis sentimientos y yo decido, ¿te queda claro?

—Pero…

—¿Te queda claro? —insistió levantando la voz.

Finalmente el japonés asintió. Sabía que, cuando la joven se ponía así,

era imposible hablar con ella y, dando media vuelta, susurró:

—Cuando os marchéis a la fiesta de Demelza, yo iré con mi caballo y

con el tuyo hasta el lugar de la fortaleza que acordamos. Allí dejaré atado a

un árbol a *Pirata* para que luego puedas cogerlo y regresar aquí a buscarme.

—De acuerdo, tío. —Ella suspiró.

—Recuerda, antes de marcharte deja las cosas que quieras llevarte sobre

el baúl de tu habitación. Así sabré qué es lo que tengo que coger.

—Vale.

Luego se quedaron mirándose en silencio, ambos tenían cientos de

cosas en la cabeza, hasta que Alison susurró:

—Lo siento, tío Matsuura. Siento haberte hablado así.

El japonés asintió y, cuando iba a hablar, ella comentó:

—¿Sabes que la mofetilla se ha levantado hoy con ganas de andar?

Sorprendido por aquello, porque la pequeña dormilona era bastante

vaga, el japonés exclamó:

—¡No me digas!

Alison asintió intentando sonreír y, cogiéndolo de la mano, lo animó:

—Vamos al salón. Así podrás verla caminar.

Minutos después, en el salón, todos disfrutaban viendo a la pequeña

andar, mientras Alison sonreía y a Harald se le rompía el corazón.

Capítulo 55

Como cada vez que celebraban una fiesta, la fortaleza de Aiden y Demelza

se veía fastuosa.

Una vez que Harald llegó allí con Alison, Janetta y los niños, tras saludar con cariño a los anfitriones preguntó:

—¿Somos los primeros?

Aiden negó con la cabeza.

—Peter, Adnerb, Alastair y algunos invitados más ya están en el salón.

Harald asintió gustoso y Demelza dijo:

—Os he instalado en la primera planta. En las tres habitaciones del fondo.

—¡¿Tres?! —exclamó su marido.

Ella asintió y, tras mirar a Alison y entender que seguían con el plan, declaró:

—Los tres niños con Janetta en una de ellas, y Alison y Harald en dos distintas.

Oír eso molestó al vikingo. Si algo necesitaba era roce y cercanía con Alison para que ella sintiera que lo que le decía era cierto.

—Con una habitación para los dos bastará —señaló mirando a Demelza.

Según oyó eso, Alison clavó los ojos en él y replicó:

—Te bastará a ti. —Y luego, dirigiéndose a Demelza, pidió—: Dime cuál es mi habitación y la de los niños y Janetta, y que Harald duerma donde él quiera.

A la pelirroja le dolió oír eso. Estaba claro que todo seguía igual entre ellos, y cuando estas desaparecieron Aiden musitó sonriendo:

—Menudo genio tiene… « *nadie*», y luego yo me quejo de mi pelirroja.

Harald, fastidiado por lo imposible que estaba siendo Alison, declaró:

—Le he confesado mi amor.

—Ya era hora —repuso Aiden complacido.

—Le he dicho que la amo. Pero, aun así, ¡no me cree!

Su amigo resopló; sabía lo que era luchar contra una mujer terca.

—Dale unos días —indicó—. Seguro que recapacitará.

Harald asintió. Aunque tarde, al menos había despertado.

—Eso espero —señaló suspirando—. Pero es tan cabezota…

Aiden rio divertido y, pasando la mano por los hombros de aquel,

afirmó:

—Bienvenido al club de los maridos pacientes.

A continuación, entre risas y con complicidad, los dos amigos pasaron

al salón.

Alison y Demelza, tras acomodar a los niños en la habitación con Janetta, se

encaminaron hacia la que ocuparía Alison, y tras cerrar la puerta la pelirroja

susurró:

—Por el amor de Dios, ¿sigues pensando en hacerlo?

Rápidamente Alison abrió la ventana. Y, al ver que podría descolgarse

con facilidad por ella para llegar abajo, aseguró:

—Por supuesto.

—Alison, por favor…

—Demelza, por favor…

Esta resopló y entonces la morena añadió mirándola:

—Estás muy guapa. Ese vestido te sienta muy bien.

Su amiga suspiró. Estaba visto que, dijera lo que dijese, aquella iba a

proseguir con su plan, por lo que, omitiendo lo que pensaba, preguntó:

—¿Qué vestido te vas a poner tú?

Alison dejó la bolsa que llevaba consigo sobre la cama y, cuando la

abrió y quedó ante ellas un vestido rojo con detalles plateados, indicó:

—Lo compré con Harald el último día que estuvimos en Forres. Aunque

los adornos plateados se los he puesto yo.

—Qué maravilla —exclamó Demelza admirándolo.

Entonces oyeron unos golpes en la puerta y, cuando esta se abrió, entró

Adnerb, que exclamó al ver el vestido:

—Muero de amorrrrr…, ¡es preciosooo!

Demelza y Alison se miraron al oírla y sonrieron. Si algo hacía bien su

amiga, sin duda era morir de amor.

Durante un rato las tres charlaron en la habitación hasta que se les unió

Sandra, que había llegado con Zac. Como siempre que se veían, reían y

hablaban con total tranquilidad, pero en un momento dado, al oír unas

gaitas Demelza indicó:

—Alison, tienes que vestirte. La fiesta va a empezar ya.

Ella asintió y, cuando finalmente la dejaron a solas en el cuarto, de la

misma bolsa de donde había sacado el vestido extrajo sus botas, los

pantalones, la camisa y el chaleco y, guardándolo todo bajo el colchón para

que nadie lo viera, sonrió satisfecha.

Acto seguido se desnudó, se aseó en la jofaina con agua que había en la

habitación y, al acabar, se puso el vestido rojo y suspiró al sentir cómo se

ceñía a su cuerpo.

Por el color de su piel, el rojo le sentaba muy bien. Siempre se lo habían

dicho su padre y sus tíos, y quería estar guapa esa noche. Quería que

Harald, si alguna vez pensaba en ella, la recordara como poco

impresionante.

De otra bolsa más pequeña sacó entonces unos brazaletes de plata que

habían pertenecido a su madre y se los colocó. A continuación se puso unos

pendientes que eran de su abuela y, tras dejarse el cabello suelto y

perfumarse el cuello con unas gotas de una esencia que guardaba en un

bote, se miró en el espejo y sonrió.

Cuando terminó de arreglarse, tras asegurarse de que todo estaba como

lo necesitaba para esa noche, salió de la habitación y se dirigió a ver a los

niños. Parándose ante su puerta, se estremeció; esa sería la última vez que

los vería despiertos y, tras tomar aire, entró.

Siggy estaba tumbada sobre una cama jugando con sus manitas,

mientras que Briana y Will jugaban con Janetta con unas piedras sobre el

colchón. Salir de la casa familiar e ir a la de Demelza y Aiden les había

venido muy bien y, cuando estos vieron a Alison aparecer, Briana se

apresuró a decir:

—Mamá…, pareces una princesa.

Alison sonrió al oírla.

—Serás la más guapa de la fiesta —aseguró Will.

Conmovida por los piropos tan bonitos que aquellos niños le dedicaban,

con cariño se acercó a ellos. Quería decirles tantas cosas en tan poco tiempo

que supo que era imposible. Por ello, aproximándose a la cama donde Siggy

estaba, la cogió y, consciente de que Will y Briana habían vuelto al juego,

acercó la nariz al cuello de la pequeña para olerla y susurró muy bajito:

—Desde el primer instante en que te vi, me enamoré de ti, pequeña

mofetilla. Eres y has sido el mejor regalo que la vida me ha dado, y gracias

a ti he vivido los mejores seis meses de mi vida. Te quiero, Siggy, y siempre

serás mi bebé, aunque te olvides de mí y sea Harald quien te críe y te cuide.

Conteniendo las ganas de llorar, besó a la pequeña, que como siempre,

le dedicó una de sus preciosas sonrisas. Y una vez más, aspiró su

aroma;

necesitaba retener eternamente el dulce olor de Siggy. Tras un último beso,

la dejó sobre la cama.

A continuación cogió aire, se volvió y, sentándose con Briana y Will,

los miró con cariño y preguntó:

—¿Lo pasáis bien?

Los niños rápidamente asintieron y Alison, tocando el cabello rojo de la

niña, murmuró:

—Tienes el pelo más precioso que he visto en mi vida, cariño mío. —Y,

tras darle un cariñoso beso que duró más de lo habitual, susurró—: Eres

muy especial para mí y siempre, siempre te voy a querer.

—Yo también a ti, mami. —Ella sonrió.

Janetta, al oír eso, se conmovió y, cogiendo a Briana en sus brazos, dijo:

—Ven, vamos a ver a Siggy.

Una vez que la mujer pasó a la otra cama, Alison miró a Will y musitó

con cariño:

—Posees los ojos más especiales y maravillosos que un hombrecito

puede tener. Estoy convencida de que, cuando crezcas, romperás cientos de

corazones.

—¡Mamá! —gruñó él poniéndose colorado.

Alison sonrió y, besándolo con todo el amor del mundo, pidió:

—Prométeme que cuidarás de tus hermanas, ¿de acuerdo?

Will la miró extrañado y ella se apresuró a añadir entonces bajando la voz:

—Te lo digo porque esta habitación no la conocen y quizá luego tengan un poco de susto.

—Tranquila, mamá —dijo él sonriendo—. Yo las cuidaré.

Con el corazón encogido, la joven asintió y se levantó. Fue hasta la puerta y, tras intercambiar una mirada con Janetta, contempló a los pequeños una vez más y afirmó antes de salir de la habitación:

—Os quiero mucho. Nunca lo olvidéis.

Dicho eso, salió al pasillo y, llevándose la mano al corazón, cerró los ojos. El dolor de aquella despedida estaba a punto de hacerla llorar, pero tomando aire murmuró:

—Maldita sea…, no es momento de llorar.

Después de recuperar el resuello, tras atusarse el cabello levantó el mentón y bajó en dirección al salón. Había ido a una fiesta y pensaba disfrutarla.

Capítulo 56

Cuando Harald la vio aparecer se estremeció de satisfacción. Alison, su Alison, era la mujer más bonita que había visto en la vida.

Ahora que por fin la miraba y la admiraba era consciente de lo tonto que había sido todo aquel tiempo. Estaba pensando en ello cuando Peter, al

verla, musitó:

—Por una mujer así, más de uno alzaría su espada.

—Alison es una mujer muy bella —convino Aiden mientras asentía.

Harald, que ni siquiera podía tragar saliva, no sabía qué decir. Alison estaba deslumbrante esa noche con aquel vestido rojo que realzaba su silueta. Y, al ver que unos McGregor la observaban embobados, siseó con gesto fiero:

—Maldita sea, ¡¿qué miráis?!

Los hombres, al oírlo, se apresuraron a señalarla.

—A esa preciosa y deseable mujer.

Encendido por su comentario, el vikingo iba a replicar cuando Peter McGregor intervino:

—Esa es la esposa de Harald. Por tanto, si no queréis problemas, ya podéis apartar vuestra sucia mirada de ella.

Los otros dos asintieron rápidamente y, sin dudarlo, miraron hacia otro lado. Las mujeres casadas, y más si eran las de los amigos de su señor, eran terreno prohibido.

Alison, ajena a lo que Harald pensaba, sonreía a todo el mundo que Demelza le presentaba, mientras con el rabillo del ojo observaba al vikingo.

Estaba guapísimo con aquel pantalón oscuro y la chaqueta azul, y ver cómo la miraba la hacía sonreír. Sin duda había conseguido el efecto que ella

esperaba, por lo que se pavoneó todo lo que pudo ante él para mostrarle lo

que se perdía.

Como era de esperar, los hombres que nunca habían visto a Alison

pronto se interesaron por ella. Todos querían saber quién era aquella

preciosa mujer morena, y muchos de ellos se llevaron una decepción al

enterarse de que era la mujer de Harald, el íntimo amigo de Aiden

McAllister.

El enorme salón se llenó de gente dispuesta a pasarlo bien; Harald,

acercándose a ella, la asió por la cintura para dejar claro a los lobos que la

miraban que estaba con él, la retiró del grupo con el que se encontraba y

preguntó:

—¿Te diviertes?

Alison, gustosa, tras sonreír a los hombres con los que charlaba, afirmó

mirando al vikingo:

—Sí. La verdad es que sí.

Él asintió y, al ver que ella sonreía de nuevo a dos jóvenes que pasaban

por su lado, musitó:

—Me incomoda el modo en que te miran los hombres.

—¿Por qué?

—Porque eres mi mujer —sentenció Harald clavando los ojos en ella.

A Alison le hizo gracia oír eso, y este, sorprendido, preguntó:

—¿Por qué te ríes?

Ella, retirándose el pelo del rostro, acercó la boca a su oído y cuchicheó:

—Porque sabes tan bien como yo que eso es mentira. No soy tu mujer.

—Y, mirando a unas muchachas que reían en un lateral del salón, comentó

—: Según tengo entendido, la joven de la derecha, la que tiene el cabello

rubio como a ti te gusta, está soltera. Demelza me ha dicho que es la hija de

Randall McAllister y, al parecer, es una muchacha encantadora y sosegada.

Al oírla, Harald la miró boquiabierto.

—¿Y por qué me cuentas eso?

—Porque esa joven podría ser una buena esposa para ti una vez que yo

me vaya. Se la ve delicada y discreta, algo que a ti te gusta, y creo que a los

niños les podría gustar también.

Sin dar crédito, el vikingo blasfemó en noruego, y de inmediato Alison

susurró:

—¡Por Tritón! Eso que has dicho está muy feo.

Él suspiró, aquella mujer lo estaba volviendo loco. Tan pronto estaba

colérica, como le hacía el amor, como le buscaba una esposa. Estaba claro

que estaba enfadada y su manera de hacérselo pagar era esa,

desconcertándolo.

—¡Harald!

Oír la voz de Demelza hizo que ambos se volvieran, y aquella,

acercándose a ellos comentó:

—Ha venido a la fiesta Robert Sisley con su familia. —Él asintió y la

pelirroja, tras mirar con disimulo a Alison, añadió—: Lo acompaña su hija

Lorna, la cual la última vez que nos visitó te agradó… Recuerdo que le

enseñaste los caballos y me dijiste que volverías a interesarte por ella.

Harald maldijo. ¿Ahora también Demelza? E iba a protestar cuando

Alison preguntó con interés:

—¿Quién es esa Lorna?

Rápidamente, y ante la mirada sorprendida de Harald, la pelirroja la

señaló y Alison musitó:

—Otra con el cabello claro como a ti te gusta… ¡Qué maravilla! Y si te

agradó la vez que estuviste con ella, está claro que es apocada y tranquila.

Además, es muy hermosa. —Ver el gesto ofuscado del vikingo a Alison le

gustó y, mirando a otra mujer, preguntó—: ¿Quién es aquella?

Demelza, con el corazón encogido por lo que estaba haciendo, se volvió

e indicó:

—Esa es Patricia, y que yo sepa tampoco tiene pretendiente conocido.

Según dijo eso, Alison se dirigió a Harald.

—¿Qué te parece si te la presentamos y hablas con ella? —Él la miró

furioso y ella, con un gesto de fingida inocencia, añadió—: Bueno, vale. Si

te gusta más Lorna, ve y habla con ella. Pronto te quedarás solo, y los

niños

necesitan una madre.

A Harald el cuerpo se le estaba descomponiendo. Él no quería fijarse en

otra mujer porque ya tenía una y, sin decir nada, se dio la vuelta y se alejó.

Demelza y Alison al ver aquello se miraron, y la primera musitó:

—Esto que estamos haciendo está muy mal. —Alison no respondió, y

ella insistió—: Pero ¿no ves que te quiere a ti?

Oír eso le agradó a la joven. Nada en el mundo le gustaría más, pero,

consciente de que era complicado, y sin creer las palabras que aquel le

había dicho el día anterior, repuso mirando a su amiga:

—Ya te dije que yo no comparto corazón.

Demelza suspiró y, agarrándola del brazo, propuso:

—Vayamos a por algo de beber.

—Excelente idea —dijo Alison intentando contener la rabia que sentía.

El resto de la noche Harald y ella jugaron al ratón y al gato. Cada vez que

Alison se acercaba a él acompañada por una mujer para presentársela, al

vikingo se le revolvían las entrañas. Pero ¿qué narices se proponía?

Molesto por ello, llegó un momento en el que, cada vez que veía a

Alison buscándolo, él desaparecía. Ya se había cansado de su tonto juego.

Aiden, que disfrutaba de la fiesta, tras fijarse en que en varias ocasiones

Harald se alejaba si Alison se le aproximaba, preguntó mirando a su mujer:

—¿A qué juegan esos dos?

Con una inocente mirada, ella miró a su marido y respondió mientras se

apresuraba a alejarse:

—Que yo sepa, a nada.

Sorprendido por su contestación, cuando Demelza ante una pregunta así

ya estaría indagando qué ocurría, Aiden suspiró. Estaba claro que aquella

sabía perfectamente lo que pasaba. Por ello, y sin tiempo que perder, se

acercó a Harald, que bebía una copa con gesto ceñudo, y preguntó:

—¿Qué ocurre?

El vikingo, consciente de que aquel se había percatado de que algo

extraño pasaba, respondió:

—Tu mujer y la mía se han empeñado en buscarme… ¡esposa!

—¡¿Qué?!

Harald asintió e indicó molesto:

—No paran de hablar de la marcha de Alison y de que tengo que

encontrar una mujer para mi hogar. Y estoy harto…, ¡me han presentado a

todas las mujeres viudas y solteras de la fiesta!

—¿En serio? —Aiden rio.

—Como te lo digo —afirmó el vikingo. Su amigo suspiró, estaba claro

que su pelirroja estaba metida en el ajo, y Harald añadió—: Si me presentan

a una mujer más, creo que las voy a matar por su extraño jueguecito.

Aiden miró a Demelza, que hablaba al fondo del salón con Peter, e iba a

decir algo cuando Harald comentó:

—No entiendo a las mujeres… O, mejor dicho, no entiendo a Alison. Le

he dicho que la amo, que es el amor de mi vida, pero ella y Demelza…

—¿Y si les haces caso?

—Aiden ¡pero ¿qué dices?! —Y al ver cómo lo miraba añadió—: Eso

agravaría más las cosas entre Alison y yo.

—¿Crees que se podrían agravar más de lo que ya lo están? —Él no

respondió y Aiden sugirió—: Juega tú también.

Harald lo miró.

—Si crees que ella juega contigo, juega tú con ella —insistió su amigo.

El vikingo resopló y Aiden cuchicheó—: Harald, por haber sido desde niño

el novio de Ingrid y no haber puesto tus ojos en ninguna otra, te has perdido

lo que es el juego y el cortejo entre un hombre y una mujer. Y sin duda,

amigo mío, Alison en eso está por delante de ti.

Él asintió. Nunca había tonteado con mujeres. Su única novia había sido

Ingrid, hasta que murió, y posteriormente solo se había acostado con ellas

por puro placer, hasta que apareció Alison. Estaba valorando lo que su

amigo le proponía cuando este insistió:

—Ya que Alison te anima a que hables y conozcas a otras mujeres,

¡hazlo para ver su reacción! Te aseguro que posiblemente te sorprenderá.

—No soy yo de jueguecitos de esos —musitó él.

—Ni yo. Pero a ti te lo están proponiendo.

Divertido al oír aquello, Harald tomó aire y, acercándose a una de las jóvenes de la fiesta, comenzó a hablar con ella. La muchacha, encantada, pestañeaba al sentir que el vikingo se interesaba por ella.

Un buen rato después, Alison, que lo observaba desde la distancia, se mordió el labio inferior furiosa al verlo reír encantado, y Demelza, que estaba a su lado, indicó:

—Esa es Lorna. Sin duda le tiene que gustar, pues ha bailado tres veces con ella y no paran de hablar. —Alison asintió y la pelirroja cuchicheó —:

Te aseguro que si yo veo a Aiden sonreírle así a otra mujer, le arranco la cabeza.

De nuevo, ella asintió. Lo que Demelza le decía era lo que ella sentía ganas de hacer, pero, intentando seguir con el plan, repuso:

—Aunque me duele y te aseguro que las tripas me revientan, lo que hace me beneficia. Con un poco de suerte se olvidará de que estoy por aquí y entonces podré aprovechar el momento para marcharme.

Demelza maldijo al oír eso, pero Alison, sonriendo, la agarró de la mano y, tras correr con ella hacia el centro del salón, comenzaron a bailar

con los demás.

Bien entrada la noche, a Alison la poseía la rabia al ver a Harald, que continuaba hablando con Lorna, pero, consciente de que eso era lo que necesitaba para marcharse, lo asumió. En un momento dado en el que ella bailaba con Peter McGregor, de pronto vio pasar a la muchacha con Harald dirigiéndose hacia los jardines traseros, y el corazón se le aceleró.

—Estoy sedienta —se apresuró a decir—, ¡voy a beber algo!

Peter asintió e, invitando a otra mujer a bailar, continuó pasándolo bien.

Curiosa por ver qué ocurría, Alison siguió con la mirada a Harald y a Lorna, y de pronto oyó a su lado:

—Por todos los dioses…, ¿no vas a hacer nada?

—¡Por Tritón, Demelza, qué susto me has pegado!

La pelirroja, incómoda con la situación, iba a hablar cuando Alison, mirando la luna, señaló:

—Creo que ha llegado la hora.

Demelza la agarró de la mano. No quería que se marchara.

—Por favor —musitó su amiga—. No me lo hagas más difícil.

Finalmente la pelirroja asintió y susurró:

—De acuerdo. Vamos.

En silencio, se dirigieron hacia la escalera y, antes de subir, Alison se detuvo y miró atrás. Con una sonrisa observó aquella fiesta en la que todos se divertían y, tras tomar aire, ambas subieron hasta la primera

planta.

Al llegar frente a la habitación de los niños, las dos mujeres entraron.

Los pequeños dormían, y Alison, acercándose a ellos, los observó y sonrió.

No los besó para no despertarlos, y Janetta, que no podía dormir, se levantó

y, sin decir nada, la abrazó. Sobraban las palabras.

Una vez que salieron del cuarto, Demelza preguntó mirándola:

—¿Estás bien?

Conteniendo sus emociones, Alison intentó sonreír. No iba a llorar, pero

la verdad era que se encontraba fatal.

En cuanto entraron en su habitación, se apresuró a desnudarse. Dejó el

vestido sobre la cama y, sacando de debajo del colchón su ropaje y sus

botas, se los colocó. Acto seguido sacó también una cajita y la abrió para

untarse las manos.

—¿Qué haces? —preguntó Demelza al verla.

Enseñándole aquellos polvos, Alison susurró:

—Tío Matsuura y yo nos despedimos así de nuestros seres queridos.

Nos impregnamos las palmas de las manos con estos polvos iluminadores

para decir adiós con la esperanza de volver a encontrarnos.

La pelirroja asintió. Recordaba haberle visto hacer aquello la

madrugada en que su padre y sus tíos se marcharon, y cuando iba a hablar,

Alison dijo atormentada:

—Lo siento, pero necesito ver a los niños una última vez.

Entendiéndolo, Demelza asintió otra vez y, con cuidado de no ser vistas,

salieron de la habitación.

Cuando entraron de nuevo en el cuarto de los niños, Janetta las miró

sorprendida y Alison, sin hablar, se acercó a Will y a Briana y, sin apoyarse

en ellos pero con mimo, los besó. Acto seguido, caminó hacia Siggy, que,

como siempre, dormía plácidamente. Con adoración la besó en el rostro y,

sin poder evitarlo, le tocó el moflete. Era tan bonita…

Una vez que dio por finalizada la despedida, su amiga y ella salieron de

la habitación para entrar de nuevo en la suya.

—Recuerda: en ocasiones es bueno llorar —comentó Demelza

mirándola.

Alison asintió. La opresión que sentía en el pecho la estaba matando,

pero, consciente de lo que tenía que hacer, respondió con su habitual

frialdad:

—No tengo tiempo para llorar.

A continuación, abriendo la ventana para que la luz de la luna entrara en

la estancia, se colocó las manos frente al rostro y, con las palmas hacia

fuera, declaró mirando a Demelza:

—Mi alma, mi vida y mi corazón se quedan con vosotros, solo mi

cuerpo se va. Espero que algún día, sea en esta vida o en otra, nos volvamos

a encontrar.

Emocionada, su amiga asintió y Alison, intentando que no la invadiera

la tristeza, se limpió el ocre de las manos y, tras guardarse la cajita en su

talega de cuero, sacó un papel doblado que dejó sobre su vestido.

—Es para Harald —indicó—. Procura que no lo descubra hasta bien

entrada la mañana.

—Lo intentaré —susurró Demelza.

Durante unos segundos, e iluminadas solo por la luz de la luna, las dos

mujeres se miraron en silencio, hasta que Alison dijo cogiendo su mano:

—Te diría muchas cosas, pero no tengo tiempo que perder, por lo que

simplemente te diré con todo el amor del mundo: gracias, Demelza. Gracias

por ayudarme, por aceptarme, por quererme. Gracias por todo.

Ella asintió emocionada y Alison la abrazó.

—Cuidaos mucho. Todos.

La joven pelirroja sonrió y, cuando el abrazo acabó, musitó:

—Cuídate tú también.

—Te lo prometo —aseguró ella.

Dicho eso, ambas se asomaron a la ventana y, tras mirar hacia abajo y

comprobar que no había nadie, Alison se subió al alféizar. A continuación

se descolgó por la pared con una pericia que sorprendió a Demelza, y al

llegar al suelo la miró, le sonrió y después desapareció.

Sin tiempo que perder, y antes de que nadie la echara en falta, la

pelirroja regresó a la fiesta, donde habló con todo el mundo, mientras su

mente intentaba procesar lo ocurrido. Su amiga se había marchado para

siempre y ella la había ayudado a hacerlo. Harald la mataría.

Alison, por su parte, amparada por la oscuridad de la noche, corrió a

través de la arboleda hasta llegar al lugar donde la esperaba su caballo. Al

verlo, sonrió y, montándose en él, indicó tras oír a lo lejos las gaitas que

sonaban en la fiesta:

—Vamos, *Pirata*, tengo que regresar a mi hogar.

Capítulo 57

Harald, que paseaba con Lorna por los jardines de la fortaleza, tras oír lo

que aquella le estaba contando, indicó:

—Si es lo que quieres, ¿por qué no lo hablas con tu padre?

Lorna, que era una muchacha algo tímida, aunque siempre hablaba con

Harald, respondió:

—Porque seguro que dirá que no. Él desea que me despose con un

McAllister.

El vikingo asintió y, parándose para mirarla, insistió:

—¿Y ese tal Lethall McDougall no piensa hablar con tu padre?

Lorna sonrió. Su amado llevaba tiempo queriendo hacer aquello que

Harald sugería, y contestó:

—Él quiere, pero yo temo la reacción de padre. —Harald asintió y la

joven añadió—: Si te cuento algo, ¿prometes guardarme el secreto?

Harald dijo que sí y ella, tras mirar a ambos lados para asegurarse de que nadie la escuchaba, cuchicheó:

—Dentro de dos días, Lethall y yo nos veremos en Forres. Nos casaremos y, una vez hecho, padre no podrá oponerse.

Sorprendido, él levantó las cejas y musitó:

—Lorna, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

La joven asintió y se encogió de hombros.

—Padre se enfadará conmigo en cuanto se entere, pero, conociéndolo, sé que tarde o temprano se le pasará. Amo a Lethall y él a mí, y esto es lo único que podemos hacer para que respeten nuestro amor.

Ambos sonrieron y a continuación Lorna preguntó mirándolo:

—¿Eres feliz con tu esposa?

Harald tomó aire al oír eso y la joven susurró poniéndose colorada:

—Ay, Harald, ¡creo que he sido indiscreta!

Sonriendo para tranquilizarla, él negó con la cabeza, pero repuso curioso:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

La joven, mirándolo al ver que esperaba una respuesta, dijo:

—Porque no entiendo qué haces hablando toda la noche conmigo o con otras mujeres mientras tu esposa está en la fiesta. Es más, como mujer que soy, no creo que me agradara ver a mi marido paseando con otra.

Oír eso a Harald lo hizo sonreír e, intentando ser sincero con Lorna

como ella lo era con él, respondió:

—A veces los esposos discuten.

—¿Y tú y tu mujer habéis discutido?

Harald asintió.

—Probablemente —contestó sonriendo.

—Madre siempre dice que en los matrimonios siempre hay peleas, malentendidos o celos —ella suspiró—, pero que todo eso se puede solucionar si verdaderamente ambos se quieren y desean entenderse.

—Tu madre tiene mucha razón.

Estaban sonriendo por aquello cuando regresaron a la fiesta. La gente seguía bailando, bebiendo, riendo. Fueron hasta una de las mesas para coger

algo de beber y en ese instante Demelza se les acercó.

—¿Qué tal? ¿Lo pasáis bien?

Harald y Lorna asintieron, y esta, mirando a su hermana dijo entonces:

—Os dejo, Erika me llama.

En cuanto se marchó, el vikingo preguntó al ver cómo lo miraba su cuñada:

—¡¿Qué?!

Demelza, aguantándose la rabia que sentía o de nada serviría haber ayudado a Alison, indicó:

—Por lo que veo, Lorna sigue agradándote.

El vikingo asintió. No pensaba contarle la clase de relación sana que tenía con ella y, tras beber de su copa, preguntó mirando en derredor:

—¿Dónde está Alison?

Sin perder la compostura, Demelza bebió de su copa y respondió:

—Hace unos instantes estaba hablando con Adnerb.

Harald se dio la vuelta para ir a buscarla, pero ella se apresuró entonces

a agarrarlo del brazo.

—Ven, quiero presentarte a Jordana…

Oír eso hizo que el vikingo resoplara pero, continuando con el juego de

aquellas dos, accedió a ir con ella.

Capítulo 58

Cuando Alison llegó a casa de Harald, su tío Matsuura la esperaba montado

en su caballo.

—¿Todo bien, muchacha?

—Sí.

—¿Y los niños y Janetta? —se interesó él.

Los ladridos de *Tritón* se oían dentro de la casa, sin duda el animal sabía

que Alison estaba allí, y respondió:

—Los niños se han quedado dormidos. Y Janetta me ha dicho que te

mandaba mil besos.

Matsuura sonrió.

Janetta era una buena mujer, maravillosa. Si su vida hubiera sido otra,

no habría dudado en seguir con ella, pero, como su sobrina decía, su vida

era… la que era.

Ambos miraron aquella casa que durante un tiempo había sido su hogar

en silencio.

—Si quieres, entra —dijo el japonés.

Durante unos segundos la joven dudó. Deseaba entrar allí, en el hogar

que Harald le había ofrecido y donde había pasado por todos los estados de

ánimo. Pero, consciente de que era innecesario alargar la agonía, preguntó:

—¿Has recogido lo que te he dejado sobre el baúl?

Él asintió y ella, necesitando dejar de oír los gemidos de *Tritón*, añadió:

—Entonces no tengo por qué entrar. Partamos, es lo mejor.

Matsuura asintió y, espoleando como hacía Alison a su caballo, ambos

se dirigieron hacia la playa de Cullen. Allí los esperaban.

Harald, que desde hacía un buen rato no había visto a Alison, disfrutaba de

la fiesta junto a sus amigos y miraba inquieto a su alrededor. De pronto,

Peter se acercó a él.

—Preciosas mujeres las invitadas. Especialmente Rebecca… —

comentó Peter. Harald, Aiden y Peter miraron a la muchacha en cuestión—.

Acabo de pasar un magnífico rato con ella… —añadió.

Sorprendido por aquello, Aiden se le aproximó y cuchicheó:

—Pues que no se entere su prometido, o te aseguro que tendrás un grave

problema. —Peter McGregor frunció el entrecejo al oírlo y Aiden afirmó—:

Reginald McAllister, el hijo de Brandon, es su prometido.

Harald sonrió y Peter, sin poder creérselo, se quejó:

—Por san Fergus…, ¿y cómo ella no me lo ha dicho?

—Porque quizá se lo estabas haciendo pasar demasiado bien —repuso el vikingo.

Los tres hombres rieron; entonces Demelza se acercó a ellos y exclamó dándose aire con la mano:

—¡Qué calor!

—No paras de bailar —dijo Aiden agarrándola por la cintura—, ¿cómo no vas a tener calor?

Sonrieron encantados y la joven preguntó:

—¿Lo pasáis bien?

Peter asintió mientras le guiñaba un ojo a una muchacha que pasaba frente a él y Harald, por su parte, señaló:

—¿Sabes dónde está Alison?

Demelza se encogió al oírlo, pero contestó disimulando:

—La última vez que la he visto, bajaba de ver a los niños y ha comenzado a bailar con Angus.

Harald cabeceó, si algo le gustaba a Alison era bailar. Y cuando Demelza se quedó mirando a una mujer, harto ya de aquello, siseó:

—Ni se te ocurra proponerlo o te juro que…

—Vale…, vale… —se defendió ella.

Instantes después, algunos escoceses se acercaron a ellos y Harald y el

resto, olvidándose de todo, se sumergieron en una conversación.

Alison y Matsuura llegaron a la bonita y solitaria playa de Cullen

amparados por la oscuridad. Una vez que desmontaron de sus caballos, ella

aproximó su rostro al hocico de *Pirata* y susurró:

—Ahora toca decirte adiós a ti. Fuiste al primero que conocí y el último

del que me despido.

El animal cabeceó, y ella, sintiendo que le faltaba el aire, musitó:

—Me ha encantado que fueras mi caballo. Ahora regresa a casa. A tu

hogar.

Dicho eso, Matsuura y Alison les dieron un azotito a *Pirata* y a *Bo* y los

animales se alejaron al galope; por el camino que tomaban, con seguridad

regresarían a su casa.

El rumor de las olas rompiendo en la playa era un sonido muy conocido

para ellos. Y, sentándose en el suelo a esperar, semiescondidos tras las

dunas que recorrían la playa, Matsuura indicó:

—El mar es caprichoso. Nunca deja de besar las costas.

Ambos sonrieron, y Alison, relamiéndose, murmuró:

—Mis labios ya saben a sal.

Matsuura asintió y, tumbándose en la arena, se quedó mirando las

estrellas. Su sobrina lo imitó.

Permanecieron allí en silencio y durante un buen rato, hasta que el

japonés se incorporó y dijo señalando con el dedo:

—Ya están ahí.

Al levantarse, Alison vio los barcos de su padre a lo lejos. Ahí estaba su

hogar. Pero, frunciendo el ceño, gruñó:

—Por las barbas pestilentes de Neptuno…, ¿han venido los cuatro?

—¿Acaso lo dudabas? —repuso Matsuura.

Incómoda porque se acercaran tanto a la costa escocesa, exponiéndose

así al peligro, siseó:

—Los voy a matar. Juro que los voy a matar. Son unos inconscientes.

Durante un buen rato esperaron pacientemente en silencio ocultos tras

las dunas. Sabían que una barcaza iría a recogerlos y, cuando esta llegó, Gus

saludó mirando a Alison:

—¡Bicho, qué bien te veo!

Montándose en la barcaza, la joven sonrió.

—Te diría lo mismo, pero… ¿dónde está el diente que te falta?

Gus resopló.

—El cagapantalones de Sean bebió demasiado la otra noche y, al ir a

sujetarlo para que no cayera por la borda, me lo arrancó de un puñetazo.

Alison suspiró. La bestialidad de aquellos en ocasiones era increíble y,

en silencio, junto a tres hombres más que se encargaron de remar, llegaron a

La Bruja del Mar.

Tan pronto como la barcaza se pegó al casco de la nave, los hombres

que estaban a bordo lanzaron una red a la que se engancharon y, en cuanto

terminaron de escalar con soltura y pusieron los pies en la proa del barco,

vieron que unos cincuenta hombres de aspecto nada recomendable los

observaban; entonces se oyó:

—¡Bicho, se te echaba de menos!

Alison sonrió y, cambiando su tono de voz por otro más grave,

respondió:

—¡Repámpanos, Ferdinald, pues yo a ti no!

Los hombres estallaron en carcajadas; Kendrak se acercó a ella y dijo

mirándola:

—Me alegra ver que esta vez no traes a la mocosa contigo.

—Ella se alegra más de no tener que verte a ti —replicó la joven.

Todos rieron de nuevo y entonces aquel, acercándose más a ella, gruñó:

—Las mujeres traéis mala suerte en el mar. Bien sabes que pienso así.

Alison lo miró. Ese imbécil nunca cambiaría y, antes de que pudiera

moverse, le propinó un cabezazo en la nariz y siseó aguantando el dolor de

su frente:

—Los pedazos de mierda seca como tú sí que traen mala suerte.

Esta vez los demás aplaudieron; si algo les gustaba de la hija de su

capitán era su fuerza. La muchacha, riendo como ellos, levantó los brazos y

exclamó:

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Aquí no se bebe?!

Rápidamente todos gritaron y, sacando varias botellas de ron y whisky,

comenzaron a celebrar su regreso.

Tras saludar a varios de aquellos marinos, que, como su padre y sus tíos,

la habían visto crecer, Alison y Matsuura se encaminaron hacia donde sabía

que los esperaban mientras él murmuraba:

—Mucho tiempo llevabas tú sin un chichón.

Tocándose la frente, ella suspiró y cuchicheó con gesto de dolor:

—Ese Kendrak cada vez tiene la cabeza más dura.

El japonés resopló y, abriendo la puerta de un camarote, Alison iba a

saludar cuando oyó:

— *Mon Dieu*, Marguerite, ¿ya llevas un chichón?

Entrando junto a Matsuura, ella sonrió y, mirando a sus tíos, repuso:

—Bien sabéis todos que, si no llevo uno, ¡no soy yo!

—Orquídea, ¡pero qué preciosa estás con esas joyas!

Dándose cuenta de que aún llevaba puestos los pendientes y los

brazaletes de la fiesta, la joven iba a contestar cuando su tío Marco musitó:

—Isobel, *amore mio*, ¡ven aquí!

Sus tíos la abrazaron con mimo y con amor. Amaban, adoraban a

aquella terca jovencita. Con cada abrazo, con cada beso, Alison, sin

entender qué le ocurría, sintió que perdía las fuerzas. Se estaba

emocionando más y más, cuando se oyó:

—Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea, ¿acaso no vas a

saludar a tu padre?

Con una sonrisa en los labios, la joven corrió hacia él, pero cuando se

refugió entre sus brazos, sin poder remediarlo, y consciente de que ya no

podía más, rompió a llorar.

Ver eso los dejó a todos sin habla. Aquella muchacha no lloraba. Desde

pequeña la habían enseñado a no hacerlo. Siempre había sido dura como

una piedra, y el capitán Moore, sin saber qué hacer, preguntó asustado:

—Por Tritón, ¿qué te ocurre?

Pero Alison no pudo contestar. Ahora que estaba en *La Bruja del Mar*,

en lo que para ella era su hogar, sin importarle que aquellos la vieran ni la

prohibición de no llorar que allí había, se permitió hacerlo.

Quería a sus tíos y a su padre, los adoraba, pero al ser finalmente

consciente de que su vida volvía a ser la de antes y que nunca más vería a

los niños ni a Harald le partió el corazón en mil pedazos.

Sus tíos, nerviosos, rápidamente le sirvieron agua, whisky, ron…,

cualquier cosa era buena para que Alison dejara de llorar, y el capitán

Moore, mirando a Matsuura, que sabía por qué lloraba, preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—Mejor que os lo cuente ella —repuso él conmovido.

El capitán Moore, tan desconcertado como Armand, Roy y Marco, no

sabía qué hacer ni qué decir. La sensiblería no formaba parte de la vida de

la joven.

—¿Acaso la tierra firme me ha devuelto a una hija y no a un hijo? —

preguntó mirándola.

Al oír eso Alison levantó la cabeza. Quería gritarle que siempre había

sido una mujer, a pesar de haber tenido que criarse como un hombre. Pero,

cuando iba a contestar, las palabras murieron en sus labios y, sentándose en

el suelo, lloró y lloró y lloró.

Muchos de los invitados a la fiesta en la fortaleza comenzaban a marcharse

ya cuando Harald, sin poder aguantar un segundo más, preguntó:

—¿Dónde demonios está Alison?

Adnerb, que en ese instante se acercaba hasta el grupo junto a Alastair,

dijo al oírlo:

—La verdad es que llevo gran parte de la noche sin verla.

Incómodo, el vikingo miró a su alrededor y no la vio. ¿Dónde se habría

metido?

—Subiré al cuarto de los niños —decidió.

—Oh, los niños duermen plácidamente. No subas —se apresuró a

intervenir Demelza.

Pero Harald insistió:

—Voy a subir. No sería la primera vez que se queda dormida con ellos.

Una vez que desapareció, Aiden, al ver que su mujer lo seguía con la mirada mientras se retorcía las manos, pidió:

—Cariño, mírame.

Sin pensarlo, ella lo hizo y rápidamente él preguntó al ver el color de sus ojos:

—¿Te ocurre algo?

La joven apartó enseguida la mirada de él.

—¿A mí? Pues no. ¿Qué tendría que ocurrirme?

Pero él, no contento con su respuesta, insistió:

—Pelirroja…, ¿tú sabes dónde está Alison?

Demelza negó con gesto inocente y, mirando entonces a unos vecinos, indicó:

—Cecil, llévate un poco de asado. Ha sobrado un montón.

En cuanto su mujer se alejó, Aiden maldijo. La conocía y sabía que algo ocultaba.

Harald, que había subido los escalones de dos en dos, al llegar ante la habitación de los niños, abrió la puerta con sumo cuidado. La luz de una vela iluminaba la estancia y, acercándose a los pequeños para mirarlos, sonrió.

Briana y Will, como siempre, dormían abrazados, y entremedias de ellos tenían a *Pousi*. Estaba mirándolos cuando Janetta se despertó sobresaltada.

—¿Ocurre algo, mi señor?

Harald la miró y susurró:

—Duerme. Solo he venido para ver cómo estaban.

Janetta volvió a tumbarse y cerró los ojos. Cuando el señor se enterara

de la marcha de su mujer, se iba a liar bien gorda.

A continuación Harald se asomó a la cama donde dormía Siggy y, con

dulzura, la observó. Aquella regordeta de ojos negros como Alison y pelo

rubio como él lo traía loco y, agachándose, fue a besarla cuando algo en su

rostro le llamó la atención.

Lo tocó con los dedos, que se impregnaron de algo brillante, y lo

examinó unos segundos pues no sabía qué era aquello. Hasta que,

acercándose a la vela, el brillo ocre de sus yemas le erizó el vello de todo el

cuerpo.

—No… —murmuró.

Saliendo a toda prisa de la habitación de los niños, abrió sin llamar la de

Alison y, al ver el vestido de aquella sobre la cama, se quedó sin palabras y

supo que se había ido. Se había marchado sin decirle nada. Desesperado,

miró entonces a su alrededor y, al fijarse de nuevo en el vestido, vio que

sobre él había una nota en la que decía su nombre.

Con manos temblorosas, la cogió y, desdoblándola, leyó:

Harald:

Tú y yo sabíamos que este día llegaría.

La vida está llena de recuerdos de personas increíbles y de momentos inolvidables

que solo tienes que agarrar con ganas y fuerza para ser feliz. Solo eso…

Siempre estarás en mi corazón y serás mi bonito recuerdo,

ALISON

Sin dar crédito, la leyó varias veces más mientras sentía que el cuerpo se le

descomponía; entonces oyó:

—Lo siento.

Al volverse, se encontró con Demelza. Durante unos segundos ambos se

miraron a los ojos y luego él musitó con la respiración entrecortada:

—Dime que tú no lo sabías.

Ella no contestó. Ni quería ni podía mentirle. Y Harald, subiendo el

tono, gruñó:

—¡Por Odín, Demelza, ¿dónde está?!

Horrorizada, la joven se le acercó.

—Se ha ido, Harald —musitó.

—¡No!

—Lo siento, pero tuve que ayudarla. Ella me lo pidió.

Con el corazón latiéndole con fuerza, él se dio la vuelta y se acercó a la

ventana. La abrió y miró abajo, y ella añadió:

—Le imploré que no se fuera. Le dije que…

—¿Cómo se lo has permitido? —gritó mirándola—. ¿Cómo no me has

avisado?

—Harald…

—Demelza, ¡por todos los santos! Te quiero y sé que me quieres, pero esto no me lo esperaba de ti. De ti, no. —Ella no contestó y él, desesperado, musitó—: Quedan aún unas dos semanas para que su padre la recoja y…

—Nos mintió.

—¡¿Qué?! ¡Explícate!

Demelza tomó aire y respondió:

—La noche de su recogida era hoy, pero nos mintió a todos porque no quería que supiéramos cuándo era el día de su marcha. Y… y si no os hubierais enfadado, seguro que yo tampoco me habría enterado y…

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ella no respondió y Harald, perdiendo los nervios, gritó:

—¡¿Desde cuándo lo sabes?!

Sintiendo que le había fallado, finalmente su cuñada contestó:

—Desde hace cuatro días. Desde la última vez que estuve en tu casa.

—¡Demelza! —bramó él ofuscado levantando las manos al cielo.

La joven, al ver su desesperación, murmuró:

—Entiendo tu enfado, pero…

—¡Pero ¿qué?! —bramó Harald descolocado.

La pelirroja tomó entonces aire, levantó el mentón con dignidad y soltó:

—Enfádate todo lo que quieras conmigo; reconozco mi falta al ayudarla y no avisarte. Pero tú y solo tú has tenido la culpa de que ella se marchara al

hacerle sentir que ese no era su hogar, sino el de Ingrid. —Harald maldijo

en noruego y ella prosiguió—: Una parte de mí adora que sigas amando a

mi hermana, pero otra lo odia porque tú estás vivo y…

—Le dije que la amaba… Amo a Alison. —Oír eso hizo que Demelza

parpadeara, y él, sintiendo que el mundo se desmoronaba bajo sus pies,

añadió—: Te digo a ti lo que le dije a ella. No lo hice bien. Antepuse el

recuerdo de Ingrid a Alison sin darme cuenta de mi error. Pero… pero hace

unos días por fin me di cuenta de que Ingrid era mi pasado y Alison mi

presente.

—Harald…

—La amo. Se lo dije. Intenté hablarle de amor, pero ella estaba tan

enfadada conmigo que no me creyó.

Oír eso a Demelza la hizo suspirar y, endureciendo el tono, siseó

levantando las manos al cielo:

—¡Maldita seas, Alison… ¿Por qué no me lo dijiste?!

El vikingo no podía contestar, y su cuñada, mirándolo, insistió:

—¿Por qué no se lo gritaste? ¿Por qué no la ataste a la cama y se lo

dijiste una y otra vez hasta que te creyera?

—Porque no soy un salvaje —soltó él.

Demelza lo entendió y él preguntó entonces en busca de una solución:

—¿Ha ido a la playa de Cullen?

—Sí…

—Voy a ir…

—No creo que esté allí ya. Ha partido hace horas.

Desesperado, y sin poder quedarse allí sin hacer nada, Harald tomó aire,

se quitó el anillo que llevaba de su primera boda y, guardándoselo en el

bolsillo, insistió:

—Iré de todos modos.

Sin tiempo que perder, ambos bajaron la escalera con rapidez; Peter y

Aiden, al verlos correr hacia el exterior, sin dudarlo fueron tras ellos. Al

llegar a las caballerizas, Peter asió al vikingo del brazo y preguntó:

—¿Qué pasa?

Pero Harald saltó de inmediato sobre su caballo y exclamó clavando los

talones en él:

—¡Tengo que encontrar a Alison!

Demelza, que estaba montando para seguirlo, fue detenida por Aiden,

que siseó mirándola:

—Sabía yo que tú estabas metida en algo…

Desesperada, ella protestó, pero entonces Peter y su marido se subieron

también a sus caballos y los tres siguieron a Harald. Tenían que encontrar a

Alison.

Capítulo 59

En *La Bruja del Mar*, mientras los tripulantes celebraban el regreso de

Alison y Matsuura en cubierta, la joven no podía parar de llorar sin consuelo en el camarote de su padre.

—Isobel, *amore mio*, para ya —musitó Marco preocupado.

—Bebe un poco de whisky, cielo —indicó Roy.

Cogiendo el vaso con manos temblorosas, Alison dio un trago; que aquella bebida le quemara la garganta no le importaba. Armand, preocupado como todos, insistió:

—Querida, cuéntanos lo que te ocurre y podremos ayudarte.

Pero, cada vez que la joven intentaba hablar, el llanto se apoderaba de ella y era incapaz de hacerlo.

Todos se miraban desesperados cuando el capitán Moore, que estaba sentado en su silla, dijo incapaz de callar un segundo más:

—Te lo advertí, Francesca. Te advertí que regresar con ese patán era un error.

Oír eso era lo último que Alison necesitaba. Estaba rabiosa, furiosa, enfadada. Su padre tenía razón, pero le jorobaba dársela y, sin pensarlo, se sacó una de las dagas que llevaba en la cintura, se agachó y exclamó mientras la clavaba en el suelo:

—¡Harald no es un patán!

Todos la miraron y ella, incorporándose, caminó hacia su padre y dijo aún con lágrimas en los ojos:

—Si lo conocieras, verías que es un buen hombre.

—Si ese pagano fuera un buen hombre que te ama —repuso él molesto

—, dudo que ahora estuvieras llorando como una tonta damisela.

—¡Jack, *mon Dieu*! —se quejó Armand.

El capitán, al oírlo, le lanzó una mirada para que se callara, y volviendo

a dirigirse a su hija sentenció:

—Francesca, déjate de tonterías y sensiblerías de mujeres y compórtate

como el guerrero duro y firme que te he enseñado a ser.

Alison cerró los ojos. Necesitaba cariños y abrazos, no broncas, y

Matsuura, viendo su expresión y temiéndose lo peor, le advirtió:

— *Shensi*…

Alison se sentó al oírlo, y Roy dijo acercándose a Jack:

—Creo que…

—Tú no crees nada —lo cortó aquel—. Francesca se ha enamorado de

un jodido vikingo; le dije que no se fuera con él porque le iba a romper el

corazón, pero, aun así, no me hizo caso. Y ahora el resultado ¡es el que

vemos! ¡Moñerías, lloros y sensiblerías! ¡Te lo dije, Francesca! Te lo

advertí y no quisiste escucharme.

Ninguno contestó, y al rato Marco, acercándose a aquel, indicó:

—No te entiendo, Jack. ¿Acaso amar es algo malo? ¿Acaso nunca

quisiste a mi hermana? —E, ignorando el gesto fiero de aquel, añadió

dirigiéndose a la joven—: Doy por supuesto que tú lo amas a él, pero ¿él te

ama a ti?

Alison no contestó. De nuevo, los ojos se le llenaron de lágrimas, y

Matsuura, incapaz de permanecer callado un segundo más, sentenció:

—Sí, por supuesto que la ama. Pero ella no lo quiere creer.

—Orquídea, pero ¿por qué? —preguntó Roy.

La joven, cogiendo un pañuelo que le ofrecía su tío Armand, se sonó la

nariz y, cuando iba a responder, el japonés añadió mirándola:

—Harald, sin darse cuenta ni proponérselo, se ha ido enamorando de ti.

Te ama. Lo sé. Me lo confesó. Te lo dije y él también, pero tú no quisiste

escucharnos.

—Repámpanos, ¡las tonterías que hay que oír! —murmuró el capitán.

Todos lo miraron con furia. ¿Acaso no se daba cuenta del dolor que

sentía la joven?

—El vikingo no es perfecto —continuó Matsuura—. Se ha equivocado

muchas veces. Pero tú también has errado. Y no hay nada que enseñe más

en la vida que las equivocaciones. Harald… aprendió e intentó rectificar.

Ahora solo me falta saber si has aprendido tú.

Ignorando la mirada de su padre, la joven se llevó las manos al rostro;

en ese momento su tío Marco intervino:

—Si crees que has tomado una mala decisión o cometido un error en lo

que a tu vida se refiere, corrígelo, Isobel. Todos nos equivocamos y está en

nuestra mano rectificar o no.

—Vida solo hay una, y algunos te hemos dicho siempre que hay que

vivirla —añadió el japonés.

—Eso mismo pienso yo —afirmó Armand.

—¡Y yo! —exclamó Roy.

Matsuura sonrió, sabía que podría contar con aquellos, pero el capitán

soltó:

—¡Rayos y centellas…!, ¿queréis dejaros de sensiblerías?

Al oír a su cuñado, Marco iba a hablar cuando Matsuura, enfrentándose

por primera vez a su capitán desde que había puesto los pies en *La Bruja*

del Mar, soltó mirándolo:

—A riesgo de que esto me haga tener que andar por la pasarela, diré que

un poco de sensibilidad con tu hija no te vendría nada mal. Ella sufre,

¿acaso su sufrimiento no es también el tuyo?

—Matsuura…, jodido ojos rasgados… Para decir eso, ¡mejor cállate!

—¡Papá! —gruñó Alison.

Instantes después, su padre y sus tíos se enzarzaron en una terrible

discusión. En una de tantas en las que el capitán, como siempre, pretendía

llevar la razón.

Alison se acercó al ojo de buey del camarote y miró a través de él. Veía

la costa escocesa, y mientras pensaba en las palabras que sus tíos le habían

dicho desde el corazón, de pronto percibió claramente la realidad.

Marcharse sin haberse despedido de Harald había sido un gran error. Pero

peor era haber oído decirle que la quería y habérselo cuestionado.

¿Acaso se había vuelto loca? ¿De verdad era tan tonta como para no saber que él nunca diría algo así si no lo sentía?

Los hombres seguían enfrascados en su discusión cuando la joven, plantándose frente a su padre, lo cogió del brazo, hizo que la mirara y exclamó:

—Jodido capitán Moore…, ¡¿qué tal si te callas?!

Oír eso y ver la insolencia en el rostro de su hija lo hizo levantarse como un resorte y sisear:

—No vuelvas a hablarme así o…

—¿O qué? —exigió ella.

Padre e hija se miraron fijamente hasta que él dijo:

—Prometiste con la mano en la botella y el corazón regresar conmigo a *La Bruja del Mar*, y una persona vale lo que vale su palabra.

Alison asintió, desde pequeña aquella frase había estado muy presente en su vida, y afirmó:

—Por eso estoy aquí. Porque tú me enseñaste a ser una persona de palabra. —Su padre sonrió y luego ella añadió—: Pero quiero que sepas que los últimos seis meses en Escocia, junto a Harald, Siggy, Will y Briana, han sido los más increíbles de mi vida. Tú y los tíos sois mi familia y os quiero con todo mi ser. Pero en Escocia he creado otro tipo de familia a la que adoro y por la que daría la vida, como la daría por vosotros. En este

tiempo

he hecho amigas que me han aceptado tal y como soy. Amigos que me han

respetado sin necesidad de desenvainar la espada. Tres preciosos niños me

han querido, me han necesitado y me han hecho sentir madre. Y un

maravilloso hombre al que amo, y que no me lo ha puesto fácil, me ha

hecho sentir mujer. ¿Y sabes, papá? Si me dieran a elegir entre quedarme

aquí o regresar a Escocia, sin dudarlo elegiría regresar. Y lo elegiría porque

mi vida aquí, contigo, siempre será lo que es, y en tierra podría ser lo que

siempre deseé.

Conmovidos por aquellas palabras que a la joven le habían salido del

corazón, los hombres se miraron. Todos sabían lo que Alison siempre había

anhelado, aunque nunca lo hubiera dicho.

—Has olvidado a *Pirata* y a *Tritón* —terció Matsuura.

Sonriendo, Alison indicó:

— *Pirata* es mi caballo y *Tritón*, un perro que Harald me regaló como

una prueba de amor.

—¿Una prueba de amor? ¿Qué es eso, Orquídea? —preguntó Roy

curioso.

Ella asintió tragándose las lágrimas y, mirando a su tío, indicó:

—Una prueba de amor es algo propio de los pueblos nórdicos. Consiste

en regalar a quien amas algo que ansíe mucho, aunque no lo pida. Eso

es

una prueba de amor.

— *Oh, ma pétite* —murmuró Armand emocionado.

Oír eso la hizo sonreír con tristeza.

—Isobel… —musitó Marco—, siempre deseaste tener un perro y un

caballo.

—Sí, tío, así es.

—Por las barbas infectas de Neptuno… —se quejó el capitán, a quien

las palabras de su hija le habían llegado al corazón—. Te hemos dado todo

lo que hemos podido. Pero ¿cómo íbamos a meter un perro y un caballo en

un barco?

Oír eso los hizo sonreír a todos. Y Alison, mirando a su padre, señaló:

—Lo sé, papá. Pero Harald… me dio a *Tritón* y en cierto modo también

a *Pirata*.

Los hombres se contemplaron entre sí. Todos pensaban lo mismo,

cuando Jack, al sentir las miradas de sus amigos, gruñó:

—Que regrese a tierra nos obligará a renunciar a ella. Y yo no quiero

renunciar a mi hija…

Tragándose el nudo de emociones que sentía, la joven asintió. Lo sabía.

Sabía que, para que ella y los que la rodeaban pudieran vivir en paz, no

debería ser relacionada con el capitán Jack Moore en la vida. Por lo que,

asintiendo, se acercó a su padre y murmuró:

—Tranquilo, papá. Soy tu hija, la Joya Moore, y siempre estaré contigo.

Él asintió gustoso, aquello era lo único que deseaba saber. E, ignorando

el gesto contrariado de los demás, exigió:

—Subamos a cubierta e icemos el ancla.

Según oyó eso, Alison tomó aire y asintió. Ese era su destino. No había

más.

Capítulo 60

En cuanto Harald llegó a la playa de Cullen acompañado de Demelza,

Aiden y Peter, ya amanecía.

El vikingo, enloquecido, miraba hacia todos lados en busca de Alison

cuando detuvo su caballo, escrutó el horizonte y gritó:

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No!

Todos siguieron la dirección de su mirada y, al ver varios barcos que se

alejaban, horrorizados, no supieron qué decir.

Harald se bajó del caballo histérico y comenzó a caminar de un lado a

otro destrozado. Había llegado demasiado tarde y Alison ya se había

marchado.

Demelza se apeó y, tras mirar a su marido, se acercó al vikingo.

—Harald…

Pero aquel no podía parar de moverse mientras exclamaba desesperado:

—¡Se ha marchado, Demelza! ¡Se ha marchado!

Aiden bajó a su vez de su caballo e iba a hablar cuando Harald dijo:

—Me enrolaré en un barco y…

—¿Qué tonterías estás diciendo? —preguntó Peter.

Pero Harald, que necesitaba buscar soluciones para encontrar a Alison,

indicó mirando a Demelza:

—Si te encontré a ti cuando te perdí en Noruega, también la encontraré

a ella.

Conmovida, su cuñada asintió.

—Estoy convencida de que lo harás.

Desesperado, el vikingo daba vueltas en círculos por la playa mientras

sus amigos lo observaban. Aquello no podía estar pasándole a él. Entonces

se detuvo y declaró:

—Ingrid murió, me dejó… Y cuando por fin me concedo la oportunidad

de volver a amar porque una maravillosa mujer aparece en mi vida

llenándola de luz, locura y alegría y me da una bonita familia, lo hago tan

mal que… que…

Aiden, entendiéndolo, iba a intervenir cuando Harald, mirando los

barcos que se alejaban en el horizonte, gritó:

—¡Te quiero, Alison Francesca Isobel Marguerite Orquídea! ¡Te quiero

y te voy a encontrar aunque sea lo último que haga en esta vida, porque eres

la madre de mis hijos y todos te necesitamos!

Demelza, emocionada, susurró entonces con una sonrisa:

—¿Por qué no le gritaste esto antes? ¿Por qué?

Harald cerró los ojos. Y, consciente de lo mal que lo había hecho,

murmuró:

—Porque, como ella decía, soy… un *tontito*.

Oír eso hizo sonreír a Peter y a Aiden, y mientras el vikingo y Demelza

hablaban, Peter preguntó con curiosidad:

—¿Tan loco es el amor?

Aiden asintió.

—El amor, querido amigo —dijo Aiden mirando a la pelirroja—, es una

simple palabra que no entiendes hasta que alguien llega para darle sentido.

Puedes conocer a cientos de mujeres y disfrutar, pero cuando sientes que

una de ellas te roba el aliento, el sueño, la paz y la vida, sabes que ella y

solo ella es tu amor y tu mujer.

Peter sonrió y, al ver cómo su amigo miraba a su esposa, cuchicheó:

—Y Demelza es…

—Mi amor y mi mujer —declaró Aiden.

Peter asintió divertido.

—Por suerte para mí, disfruto de las mujeres sin pensar en nada más.

—Hasta que llegue la que te haga pensar… —replicó su amigo.

Ambos sonreían por aquello cuando Harald, sumido en su

desesperación, volvió a gritar en dirección a los barcos:

—¡Te encontraré, ¿me oyes, Alison?! ¡Por Tritón que te voy a buscar y

te voy a convencer como sea de que ya no hay un corazón entre tú y yo,

porque solo te quiero a ti, maldita cabezota!

Peter, que nunca había visto así a Harald, se acercó a él y, agarrándolo

para que lo mirara, le aseguró:

—Prometo ayudarte. No te preocupes porque la encontraremos.

El vikingo asintió y, caminando de nuevo hacia la orilla, bramó

desesperado:

—¡Te quiero, Alison! ¡Te quiero, maldita sea! ¡Tú eres mi amor…! ¡Tú!

La angustia que todos vieron en su amigo era tal que no sabían qué

decir. Harald siempre había sido un hombre comedido, sosegado, y verlo en

aquel estado de descontrol no era fácil, pero de pronto oyeron:

—¿En serio soy tu amor…, *tontito*?

De inmediato, todos se volvieron. Aquella era la voz de Alison. Y, de

repente, las cabezas de la joven y de Matsuura aparecieron tras una duna.

Harald, al verla, corrió hacia ella y, abrazándola con desesperación para

confirmar que no era un sueño, susurró:

—Tú y solo tú eres mi amor… Mi único amor.

Alison sonrió y lo abrazó.

—Mi corazón es tuyo —añadió Harald mirándola a los ojos.

Dicho eso, se fundieron en un maravilloso beso de amor mientras

Matsuura, Demelza, Aiden y Peter sonreían encantados.

Un beso…

Dos…

No podían dejar de besarse, de amarse, hasta que finalmente Demelza, aproximándose a ellos, miró a Alison y soltó:

—¡Te voy a matar! ¿Cómo no me dijiste que Harald te había dicho que te amaba?

La muchacha sonrió emocionada y, separándose de Harald, la abrazó.

Aquella mujer, a pesar de querer con locura a su cuñado, la había ayudado sin pensar en las consecuencias, y eso era de agradecer. Cuando el abrazo acabó, Demelza susurró al ver que una lágrima le corría por la mejilla:

—Pero si tú no lloras…

Alison cabeceó y, tragándose las emociones, afirmó:

—Ahora lloro de felicidad. De absoluta felicidad.

Aiden y Peter, tras abrazar a Matsuura, que una vez más había decidido continuar junto a Alison, miraron con cariño a la joven. Que no se hubiera marchado era lo mejor que le podía pasar a Harald y, emocionados, la estrecharon también entre sus brazos; al mismo tiempo Harald abrazaba a Matsuura conmovido.

Así estuvieron un buen rato mientras amanecía, hasta que decidieron regresar a la fortaleza. Los niños y Janetta se iban a despertar, y tanto Alison como Matsuura querían darles una sorpresa.

Demelza, gustosa, le ofreció su caballo al japonés y montó junto a su marido, mientras Harald, ayudando a Alison, la subió delante de él.

La marcha de regreso la hicieron más tranquilos, y mientras disfrutaban

del camino, Alison, mirando Harald, iba a hablar pero este indicó:

—Cuando lleguemos a casa quiero que hagas con ella lo que te

apetezca. Si quieres, la tiraremos abajo y…

—Harald, ¡no! —Ella rio.

—Cambiaremos muebles, tapices, habitaciones…, lo cambiaremos todo

—insistió el vikingo feliz—. Mi hogar es el tuyo, y no quiero que nunca

más vuelvas a dudarlo. —Eso hizo sonreír a Alison, y a continuación el

gigante rubio susurró—: Prometo que siempre intentaré hacerte reír. Sé lo

importante que es eso para ti.

Ella lo besó complacida y, a continuación, preguntó:

—¿En serio ya no hay un corazón entre tú y yo?

Seguro como nunca en la vida, Harald asintió y le mostró su mano sin

anillo.

—Ingrid es mi pasado —declaró—. Y tú, mi amor, eres mi presente y

mi futuro. A ella la quise y a ti te quiero.

Conmovida porque aquel se hubiera quitado el anillo, ella tomó aire y

musitó:

—No pretendo que la olvides, porque eso sería muy egoísta por mi

parte, pero…

—Alison —la cortó—, te mentiría si te dijera que la voy a olvidar. Pero

créeme cuando te aseguro que tú me has hecho olvidar el pasado para

hacerme ver el presente. Y en ese presente la mujer de mi vida se llama

Alison Francesca Isobel Marg…

—¡Por Tritón, Harald! No empieces como mi padre. —Ella rio

divertida.

— *Tontita* —se mofó él al oírla.

Ambos rieron por aquello prodigándose mimos, pero de pronto el

vikingo preguntó:

—Hablando de tu padre…, ¿qué hiciste para no partir con él?

Al mencionarlo, la joven se emocionó ante el gesto desconcertado de

Harald, pero, limpiándose las lágrimas, respondió:

—Hablamos. Discutimos. Nos retamos. Y, tras contarle cómo me sentía

y por qué estaba allí, cuando subimos a cubierta para zarpar, de pronto me

miró, me dijo que me quería más que a su vida y que permitirme regresar

contigo era su prueba de amor hacia mí. —Sorprendido, Harald parpadeó y

ella añadió con una sonrisa—: Ver que había cumplido mi promesa de

regresar a pesar de que te amaba le hizo entender lo mucho que lo quiero y

lo importante que es para mí.

Él asintió y Alison, consciente de lo que aquel podía estar pensando,

continuó:

—Papá y los tíos saben que no deben acercarse a mí para protegerme.

Nunca volveré a ser Alison Moore a ojos de los demás, sino Alison Wilson

y…

—Alison McAllister —rectificó Harald. Y, sonriendo, añadió—:

Aunque para mí, aunque no lo podamos decir, serás Alison Hermansen.

—Será nuestro secreto pagano —dijo ella guiñándole un ojo, y luego

agregó—: He prometido a mi padre y a mis tíos que siempre que vaya a

Edimburgo, dejaré en la tienda de tío Pinwi una carta para ellos.

—¡¿Tío Pinwi?! —preguntó Harald y, sonriendo, añadió—: Ese es

nuevo.

Alison rio por aquello y, apoyando la cabeza en el fornido pecho de

aquel al que amaba y por quien lo había dejado todo, no respondió, y él,

consciente de lo que podía estar pensando, indicó:

—Te prometo que buscaremos la forma de que puedas verlos.

—Ojalá…, ellos son mi familia.

El vikingo sonrió. No conocía mucho al capitán Moore, pero por lo

poco que había visto de él, algo le decía que no pasaría el resto de su vida

sin ver a su única Joya; entonces, recordando una cosa señaló:

—¿Sabes lo que mi padre decía sobre la familia? —Al oír eso, Alison lo

miró—. Decía que lo importante no es estar todo el día juntos, ni siquiera

vivir juntos, sino que lo importante es quererse, respetarse y nunca, pase lo

que pase, perder la unión.

—Muy acertado el pensamiento de tu padre.

Cabalgaron unos momentos en silencio y luego ella le pidió:

—¿Podrías parar un momento?

Sin dudarlo, él detuvo el caballo y la joven, mirándolo con amor,

murmuró:

—Quiero preguntarte algo.

Harald, consciente de que seguramente ella tenía muchas preguntas,

respondió:

—Lo que quieras.

La muchacha sonrió con gusto y, sin dejar de mirarlo a los ojos, se sacó

del bolsillo del chaleco dos anillos y, enseñándoselos, declaró:

—Este anillo perteneció a mi madre y este, a mi padre. Harald

Hermansen…, ¿quieres casarte conmigo?

Boquiabierto, él parpadeó. De todas las preguntas del mundo aquella era

la última que esperaba, y, mirándola a los ojos, susurró:

—Te lo iba a pedir yo a ti.

Oír eso la hizo sonreír, y añadió:

—Podríamos casarnos a lomos de este caballo y…

No pudo continuar, puesto que Harald la besó. Besar a la mujer que

amaba y, sobre todo, tenerla a su lado era lo mejor que le podía pasar en la

vida. Y cuando el beso acabó, afirmó:

—Por supuesto que me casaré contigo.

Divertida, Alison sonrió, y él, feliz como en su vida, mientras espoleaba

al caballo para contarles la grata noticia a sus amigos, agregó:

—Pero esta vez lo haremos bien. Con fiesta, invitados y junto a nuestros

hijos.

Keith, seis meses después

Las gaitas sonaban y la gente bailaba. Se acababa de celebrar una boda en

casa de Harald y Alison y todo el mundo se divertía mientras danzaba

alrededor de la hoguera.

La joven, feliz, abrazó a su tío Matsuura y a Janetta.

—¡Que seáis muy felices! —les deseó.

—Tanto como nosotros —añadió Harald dichoso.

Recordar su romántica boda cinco meses atrás los hizo sonreír a ambos.

Aquel día lo habían pasado increíblemente bien.

Matsuura asintió encantado. En la vida imaginó que aquella dicha

llegara a su vida y, tras besar con gusto a su mujer, afirmó mirándolos:

—Os aseguro que lo intentaremos.

Demelza, Aiden y Peter, junto a varias personas más, se acercaron

entonces a los novios para felicitarlos. Las bodas siempre eran motivo de

felicidad.

Harald, que llevaba sobre sus hombros a Siggy, besó en el cuello a

Alison y comentó señalando más allá:

—¿Has visto a Will?

Alison miró hacia donde le indicaba, y al ver al chico hablando y

sonriendo con una niña, cuchicheó:

—¿En serio está haciendo lo que creo?

Harald soltó una risotada. Sin lugar a dudas, Will estaba tonteando con

aquella chiquilla, y Peter, que los había oído, intervino:

—Espero que no os importe, pero le he dado un par de consejitos acerca

de cómo deslumbrar a una mujer.

—¡Por Tritón, Peter, que solo tiene once años! —exclamó Alison.

Harald y él sonrieron, y de pronto oyeron una voz a sus espaldas que

decía:

—Hola, Peter McGregor.

Al volverse se encontraron con la preciosa a la par que complicada

Sheena, una guapa viuda con la que Peter se había visto varias veces y con

la que se divertía.

Durante unos minutos Sheena habló con aquellos y, cuando se alejó,

Peter comentó:

—Me espera una buena noche.

Al oírlo, Alison sonrió y Harald preguntó mirando a su amigo:

—¿En serio vas a seguir viéndote con ella? —Peter se encogió de

hombros y él insistió—: Al parecer, hace un par de días estuvo con Moses y

la semana anterior con Gardel.

—No soy celoso —repuso su amigo—, y me consta que ella tampoco lo

es.

Eso hizo sonreír a Alison, pero entonces, viendo a unas muchachas que

lo miraban, sugirió:

—¿Por qué no te fijas en otras jóvenes y te olvidas de esa mujer?

—Porque no busco novia ni mujer —dijo él mientras sonreía a las

chicas.

—Pues créeme que te haría mucho bien —afirmó Harald.

Al oír eso Peter rio y, mirando a su antiguo compañero de correrías,

musitó:

—Que tú hayas caído en la marmita del amor no quiere decir que los

demás lo deseemos.

Y, dicho eso, se alejó tan campante mientras Alison preguntaba

divertida:

—¿Y tú desde cuándo eres tan cotilla?

Harald sonrió, y, mientras veía a Briana correr tras *Tritón* junto a Regina

y Thomas, indicó:

—Desde que Moses y Gardel vinieron a la herrería e intercambiaron

impresiones con respecto a esa mujer delante de mí.

—¿Y qué impresiones intercambiaron? —quiso saber ella; al ver cómo

él la miraba, cuchicheó—: Cariño, mi parte pagana se muere por saber…

Feliz y encantado, Harald la besó y aseguró:

—Te prometo que te lo contaré esta noche, en nuestra habitación.

Ambos reían por aquello cuando el resto de sus amigos se les unieron

y

todos comenzaron a charlar.

Aquella madrugada, una vez que la fiesta acabó y los invitados se

marcharon, Alison arropó a los niños y luego bajó al salón.

Allí, miró en derredor. Aquel salón, que en otro momento había sido

oscuro y sombrío, era ahora un sitio repleto de luz. Como Harald le había

dicho, tan pronto como regresaron a su hogar, la obligó a cambiar todo lo

que no le gustaba de la casa.

De lo primero que quiso deshacerse Alison fue del cabecero, donde

estaba grabado el nombre de Ingrid, y del escudo labrado que había sobre la

chimenea. Y Harald, sin dudarlo, lo respetó. Todo lo que ella dijera con

respecto a ese tema estaba bien.

En cuanto al resto de las cosas de Ingrid, algunas se las llevó Demelza y

otras Alison las reubicó en la casa. La joven no guardaba rencor a la

exmujer de Harald. Al contrario, sin conocerla, le tenía aprecio, y le

agradaba dejar claro a su marido y a todo el mundo que en su hogar y en su

familia ella siempre tendría su espacio.

Gustosa y feliz por ver a *Tritón* durmiendo frente al enorme hogar,

subió de nuevo la escalera y entró en su habitación.

Al llegar allí, vio sobre la piel del suelo que estaba ante la chimenea dos

copas de vino preparadas. Eso la hizo sonreír.

La relación con Harald había ido a mejor en todos los sentidos. Ahora podían hablar de cualquier cosa, nada era tabú entre ellos, aunque de vez en cuando discutían si Alison se metía en algún problema por defender a alguien de lo que ella consideraba una injusticia o sacaba aquel genio pirata que lo había enamorado.

La joven sonreía cuando la puerta se abrió y apareció Harald. Durante una fracción de segundo se miraron a los ojos, hasta que él susurró:

—Tengo algo para ti.

Oír eso hizo que el vello del cuerpo de Alison se erizara y, con gracia, murmuró:

—Las hadas me acaban de avisar de que algo va a pasar.

Ambos sonrieron y él sacó de detrás de la espalda un *kransen*, la corona de flores que había llevado durante la boda de Matsuura y Janetta, y poniéndosela en la cabeza musitó:

—Estás bellísima…

Encantada, Alison se acercó a él y sonrió. Nada le gustaba más que su marido la piropeara.

Los besos no tardaron en llegar…

Uno…

Dos…

Y cuando el vikingo la miró a los ojos y la vio sonreír, preguntó entre divertido y excitado:

—¿Te imaginas lo que estoy pensando?

Ella soltó una carcajada. La pasión que sentían el uno por el otro era

irrefrenable, y con un gesto pícaro que hizo que el corazón del vikingo se

acelerara, repuso antes de besarlo de nuevo:

—Probablemente.

MEGAN MAXWELL (seudónimo literario de Carmen Rodríguez del

Álamo) es una escritora de nacionalidad española nacida en Nuremberg

(Alemania) en el año 1965.

De madre española y padre americano, Megan ha vivido en Madrid,

Cataluña y Cádiz.

Es una reconocida y prolífica escritora especializada en novelas románticas,

en especial del subgénero *chick lit*, posee influencias de autoras románticas

estadounidenses como Rachel Gibson, Susan Elizabeth Phillips o Julie

Garwood.

En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela

Romántica, en 2010, 2011 y 2012 recibió el Premio Dama de

Clubromantica.com y en 2013 recibió el *AURA*, galardón que otorga el

Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta).

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las

Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la

novela romántica.

Vive en un precioso pueblecito de Madrid, en compañía de su marido, sus

hijos, su perro Drako y sus gatos Romeo y Julieta.

Document Outline

- Cubierta
- Un corazón entre tú y yo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38

- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Sobre la autora